

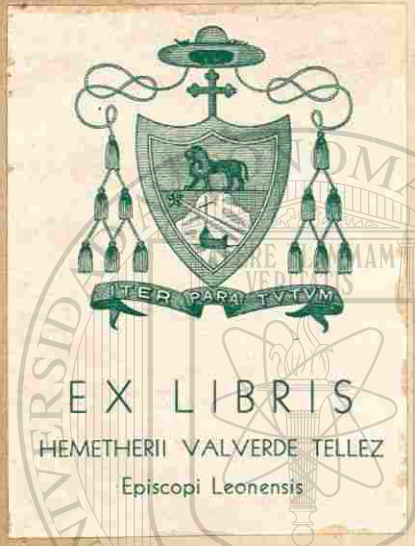
BR162
L5
1841

004296

1080014615

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Casimiro Therrin



COMPENDIO

DE LA

HISTORIA ECLESIÁSTICA,

ESCRITA EN FRANCES

POR MR. DE LHOMOND,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL

Br. D. Ignacio Aguado,

Presbítero del

OBISPADO DE MICHOACAN.

MÉXICO.

Impreso por Ignacio Cumplido,
calle de los Rebeldes núm. 2.

1841.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BR 162
L5
1841

DICTÁMEN

DEL

Sr. Dr. D. José María Castañeta,

cura de la parroquia

DE SANTA MARIA LA REDONDA DE ESTA CAPITAL.

Señor Provisor.

He leido atentamente en doce cuadernos que V. S. se sirvió pasar á mi censura, la obrita intitulada Compendio de la Historia eclesiastica, escrito en frances por Mr. de Lhomond, y traducido nuevamente al castellano por un sugeto digno de las mas justas recomendaciones. El eclesiástico que solicita su impresion, es uno de los mas respetables en el obispado de Morelia, por sus talentos y virtudes; así como por su laudable empeño en formar de sus jóvenes alumnos, los venideros y mas brillantes ornamentos de la patria: el traductor está muy versado en el idioma frances, sus sentimientos religiosos son indisputables, y se desvive por la sana instruccion y costumbres ejemplares de la juventud mexicana. Resulta, pues, de estos antecedentes, que la obra en cuestion es lo grande en lo mínimo; que guarda esactitud en la parte histórica y eronológica, que abunda en método y claridad, que es sumamente amena, y segun me parece, la mas bien escogida para instruir á los niños en la historia eclesiástica, ramo tan precioso, tan útil é interesante. Y tal es el juicio que he formado, el que sujeto en todas sus partes al de V. S., que por mil títulos es acreedor á mi mas profundo respeto.

México 9 de Diciembre de 1840.

Dr. José María Castañeta.

004298

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LICENCIA.

MEXICO, DICIEMBRE 16 DE 1840.

VISTO el anterior dictámen estendido por el cura de la parroquia de Santa María la Redonda, D. José María Gastañeta, sobre el Compendio de la Historia Eclesiástica, escrito en frances por Mr. Lhomond, y traducido por el Br. D. Ignacio Aguado, presbítero del obispado de Michoacán, concedemos la licencia que se pide para su impresion, bajo la precisa prevencion de que se inserten la censura, este decreto, y de que no salga á la luz pública sin estar cotejada préviamente por el doctor aprobante. Asi lo decretó el Sr. Provisor vicario general, y firmó.—Doy fé. —OSORES.—JOSE MARIA CARRERA, notario oficial mayor.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

ESTA obra, cuyo título es "La Historia compendiada de la Iglesia," escrita en frances por Mr. Lhomond, reune en un punto de vista con la mayor concision y claridad, la série de los sucesos mas notables de la Iglesia, desde que fué establecida por su Divino fundador hasta nuestro siglo: en su relacion desenvuelve y aclara con un método sencillo y magestuoso cuanto hay de mas interesante en el órden admirable con que la Divina Providencia ha dirigido los acontecimientos, ya contrarios ya conformes á la suprema verdad, que es el fundamento incontrastable sobre que está cimentada esta obra maravillosa y Divina, esta sociedad Sagrada, esta Iglesia Santa, en cuyo seno únicamente puede el hombre alcanzar su eterna salud. En su historia se nota fácilmente el glorioso triunfo de la verdad contra el error; porque si el Señor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha permitido que en diversas épocas apareciese éste con un aspecto formidable, amenazando destruir nuestros dogmas sagrados, no ha sido sino para que aparezcan revestidos de una luz mas brillante por entre las mismas tinieblas de la mentira. Así es, que los novadores, cismáticos ó hereges han dado ocasion para que la sana doctrina de la Iglesia haya quedado mas solidamente establecida, mas claramente demostrada, y con tanta mas seguridad recibida. El autor de la presente obra, sin hacer mas que referir los diversos pasages de la historia, manifiesta claramente esta verdad. Es fácil conocer la maestría y destreza con que este virtuoso eclesiástico ha sabido, sin omitir cosa alguna de lo esencial de la historia, demarcar en tan corto volúmen cuantos hechos pueden servir para dar testimonio de aquella amorosa Providencia con que Nuestro Señor Jesucristo vela sobre el honor y conservacion de su Divina Esposa; y como contra todos los esfuerzos del infierno la hará prevalecer hasta la consumacion de los siglos.

Mr. Lhomond, cuya sólida instruccion y esperiencia consumada, le han hecho apreciable en la mayor parte de la Europa, hará, sin duda, en todo el orbe católico, su nombre y su memoria particularmente distinguidos: él

fué uno de los ilustres confesores de la fé, en la época fatal de la revolucion francesa: esperaba desde San Fermín, en donde fué encarcelado por haber rehusado prestar el juramento civil del clero, salir á sacrificar su vida en obsequio de tan justa causa, y en defensa de los derechos sagrados de la Iglesia, violados indignamente por la impiedad: dos veces se vió prócsimo á la muerte; pero Dios lo preservó, con harto dolor suyo, para que no con su sangre sino con sus escritos y su palabra, sirviese á la obra de la santificacion de sus hermanos.

La obrita de este autor respetable, que presento á la luz pública, traducida al castellano, es en mi juicio uno de los mas grandes servicios que puedo hacer á los jóvenes que en esta casa (*) de estudios se preparan con la instruccion de las ciencias eclesiásticas á recibir con el sacerdocio el carácter de ministros y defensores de nuestra santa Iglesia C. A. R., cuya historia no deben ignorar. Esta parte de su estudio les sería bastantemente embarazosa, y acaso (por necesaria que sea) les llegaria á fastidiar, si emprendiesen instruirse en ella por los A. A. Berault Bercastél, Ducreux, ó Amat. A ellos,

(*) Pertenece á la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles de la ciudad de Leon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues, la dedico con el pesar de que, antes que yo, otra mas diestra pluma no hubiese trabajado en su traduccion, escusándome con esto de las innumerables faltas que es indispensable tenga la mia, las cuales únicamente merecerán disculpa, así por la sinceridad con que confieso la poca versacion que tengo en el idioma frances, como porque el fin que me propuse fué de que sirviese á la juventud para instruirse en lo sustancial de la Historia Eclesiástica, sin detenerse en el ecsámen de si está bien ó mal, literal ó parafrásticamente traducida.

Si como es de esperar, tuviese de mis jóvenes esta obra la acogida que me prometo, y llega á ceder en utilidad suya, á honra y gloria de Dios Nuestro Señor; esto me llenará de complacencia y satisfaccion.

INTRODUCCION.

LA Iglesia es una congregacion establecida por Jesucristo, para dar nacimiento espiritual á los hijos de Dios, haciendo crecer en virtud y formando en santidad á los que algun dia deben ocupar el Cielo. Como la ejecucion de este designio abraza todos los tiempos, preciso es que la Iglesia subsista sin interrupcion alguna, hasta el fin del mundo: que sea siempre visible, siempre pura en su fé y en su moral; que constantemente tenga santos, y que en ella jamás falte la caridad. "La generacion de los cristianos, dice S. Bernardo, no debe cesar un instante, ni la fé sobre la tierra, ni la caridad en la Iglesia, porque Jesucristo ha santificado todos los siglos." Sin embargo, se ha predicho que seria perseguida por las potestades de la tierra: que seria desgarrada por las heregias y los cismas: que habria escándalos en su mismo seno, y que la zizaña creceria con el trigo. Es, pues, claro, que siendo así combatida por todas partes, ni habria podido establecerse, ni subsistir sin el ausilio de una mano Todo-Poderosa; por eso su Divino Autor le prometió estar siempre con ella, esto es, asistirla con su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

continua é invisible proteccion, hasta la consumacion de los siglos. Nacida en medio de los milagros, la Iglesia no se sostiene sino por un milagro contínuo, y era preciso que Dios la hiciese triunfar de todos los obstáculos que los hombres han opuesto constantemente á su conservacion. Sin la proteccion Divina, primero, debió haber perecido bajo la cuchilla de sus perseguidores, que por espacio de trescientos años se esforzaron á sofocarla en su cuna; pero las persecuciones en vez de destruirla, solamente han servido para estenderla y multiplicarla. Dios ha inspirado frecuentemente á multitud de héroes, un valor y una paciencia muy superiores á nuestra débil naturaleza, y la admiracion que escitaban convertia á sus mismos verdugos. Segundo: debió haber perecido la Iglesia por los esfuerzos de los hereges que sucesivamente han combatido los diferentes dogmas de la fé; pero sus esfuerzos, aunque apoyados frecuentemente en todo el poder de los reyes y emperadores, lejos de alterar la fé, no han hecho mas que esclarecerla y afirmarla ventajosamente: Dios ha proporcionado muchos santos doctores para confundir cada error tan pronto como ha aparecido: ha facilitado la celebracion de los concilios, en que toda innovacion era solemnemente proscrita, y en que la verdad quedaba consagrada por decisiones auténticas, manifestadas con una precision, que evitaba toda equivocacion y subterfugio. Tercero: la Iglesia debió haber perecido por la relajacion que en ciertos tiempos se ha introducido entre sus hijos, y aun entre sus ministros; pero á pesar de los vicios y desórdenes, que alguna vez han abundado en su seno, la autoridad de los pastores ha sido reconocida siempre:

su moral ha permanecido pura, su disciplina santa, y su doctrina irreprensible: jamás ha cesado de oponer á la relajacion y á los vicios, las reglas santas del Evangelio, ni dejado de formar cristianos perfectos, cuya eminente santidad clamaba contra los desórdenes, condenaba altamente todos los vicios, y ofrecia á la vista del universo, modelos de todas las virtudes. Esta victoria que la Iglesia ha obtenido perpétua y constantemente sobre los tiranos, sobre las heregias y los vicios, es un milagro patente de todo el poder de Dios. Los rios salidos de madre, y los huracanes furiosos la han embestido, pero ella ha permanecido inmóvil, porque está fundada sobre la piedra que es Jesucristo, y sobre su inviolable promesa. ¡Qué cosa mas hermosa, cual mas respetable, que esta Iglesia, cuyo orígen y duracion están marcados con caractéres sensibles de la divinidad! ¡Qué mas admirable que una asociacion de hombres, la única que no cámbia, en medio de la contínua vicisitud de las cosas humanas, y que mientras que todo pasa y todo perece en torno de sí, ella permanece inmóvil como la roca en medio de las olas, siempre una misma, siempre santa, siempre católica y siempre apostólica, esto es, que conserva sin interrupcion alguna, en medio de las mas violentas tempestades, todos sus caractéres y todas sus ventajas! Este es, pues, el cumplimiento visible de aquellas palabras de su Divino Autor. "Toda potestad me ha sido dada.... Id, pues, y enseñad á todas las gentes .... y mirad que yo estoy siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos." No se necesitaba menos que un apoyo Todo-Poderoso, para preservar á la Iglesia de la instabilidad anecsa á todas las cosas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la tierra: solamente una mano Divina podia construir un edificio inmortal, al cual ninguna fuerza, ninguna tempestad pudiera, no ya derribar, pero ni aun mover, y que lejos de debilitarse se afirmase y fortificase, con los mismos esfuerzos que se hacian para trastornarlo. No, nada hay mas grande, dice el ilustre Bossuet, nada mas divino en la persona de Jesucristo, que el haber predicho, por una parte, que la Iglesia no cesaria de ser combatida, ya por las persecuciones de todo el universo, ya por los cismas y las heregias que se suscitarian diariamente, ya en fin, porque resfriada la caridad, amenazaria la relajacion de la disciplina; y por otra parte, haber prometido que á pesar de todos estos obstáculos, ninguna fuerza impediria que esta Iglesia ecsistiese siempre, y que siempre tuviese pastores, que de mano en mano se trasmitiera la autoridad de Jesucristo, y con ella la santa doctrina de los Sacramentos. Ningun autor de nueva secta se ha atrevido á decir, ni lo que le aconteceria á él mismo, ni lo que sucederia al dia siguiente á la asociacion que acaba de establecerse: Jesucristo ha sido el único que se ha esplicado en términos claros y precisos, no solamente sobre las circunstancias de su pasion y de su muerte, sino aun sobre los combates y victorias de su Iglesia. "Yo os he instituido, dice á los apóstoles, para que vosotros vayais y que lleveis el fruto, y que vuestro fruto permanezca." Y ¿cómo permanecerá éste fruto? ¡Ah! Jesucristo no ha vacilado en declararlo, anunciando de la manera mas espresa, una duracion constante, y sin otro fin que el del universo mismo. Esto es lo que ha prometido á la obra de doce pescadores, y véase el sello manifiesto de la verdad de su palabra, pues se ha confirmado en la fé de las cosas pasadas, notando como ha podido ver claramente un porvenir tan lejano. Dos cosas afirman nuestra fé: los milagros de Jesucristo á vista de los Apóstoles y de todo el pueblo, y el cumplimiento visible de sus predicciones y promesas: los Apóstoles solamente vieron la primera de estas dos cosas, y nosotros no vemos sino la segunda; pero así como no podia dejar de creerse en la verdad de las predicciones de aquel, á quien se veia hacer tan grandes prodigios, así tampoco se puede dudar de que ha sido capaz de obrar los mayores milagros, quien ha cumplido tan visiblemente las maravillas que prometió: por esto dice San Agustin, nuestra fé está afirmada por dos partes, y ni los Apóstoles ni nosotros podemos dudar: lo que ellos vieron en su origen les aseguró de todo lo que debia seguirse; y lo que nosotros hemos visto que en efecto se ha seguido, nos asegura de lo que ellos presenciaron y admiraron en el origen: á lo que agrega el Sr. Bossuet, que á mas de la ventaja que tiene la Iglesia de Jesucristo de ser la única fundada en hechos milagrosos y divinos, escritos satisfactoriamente y sin temor de que se desmintiesen en los tiempos mismos en que sucedian, tiene tambien, en favor de los que no vivieron en aquel tiempo, la de un milagro siempre subsistente, que confirma la verdad de todos los otros, y este es, la continuacion de la religion siempre victoriosa de los esfuerzos que se han hecho para destruirla. ¡Qué consuelo para los hijos de Dios! ¡Qué convencimiento de la verdad, al ver que desde Pio VIII, que ocupa actualmente la primera silla de

la Iglesia, se sube sin interrupcion hasta S. Pedro, instituido príncipe de los Apóstoles por el mismo Jesucristo, y que prosiguiendo con los pontífices que han servido segun la ley, se llega á Aaron y Moises, y de allí hasta el origen del mundo! ¡Qué succesion! ¡Qué tradicion! ¡Qué encadenamiento maravilloso! Si nuestro espíritu naturalmente incierto, y hecho por sus incertidumbres el juguete de sus propios raciocinios, necesita de alguna autoridad, para fijarse y determinarse en las cuestiones que interesan su felicidad, ¿qué mayor autoridad que la de la Iglesia Católica, que reune en sí misma la de todos los siglos pasados, con las antiguas tradiciones del género humano desde su origen: que está justificada por su misma continuidad, y que lleva en su duracion eterna el carácter de la mano de Dios.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

PREDICACION DE LOS APÓSTOLES.

(Año 33 de J. C.)

Luego que Jesucristo subió á los cielos, volvieron los Apóstoles á Jerusalen, y segun la órden que habian recibido, se encerraron en el cenáculo con el fin de disponerse por medio del retiro y la oracion, á recibir el Espíritu Santo que les habia sido prometido. El dia 10, que era puntualmente el de la fiesta de Pentecostés, bajó visiblemente el Espíritu Santo sobre ellos, y los hizo unos nuevos hombres. Revestidos de una fuerza celestial, y encendidos en un fuego divino, se pusieron los Apóstoles á hablar diversas lenguas y á publicar las grandezas de Dios. El pueblo que se habia reunido en gran número en Jerusalen para celebrar la fiesta, ocurrió con diligencia al rededor de ellos. En aquel año habian concurrido de todas las partes del mun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Iglesia, se sube sin interrupcion hasta S. Pedro, instituido príncipe de los Apóstoles por el mismo Jesucristo, y que prosiguiendo con los pontífices que han servido segun la ley, se llega á Aaron y Moises, y de allí hasta el origen del mundo! ¡Qué succesion! ¡Qué tradicion! ¡Qué encadenamiento maravilloso! Si nuestro espíritu naturalmente incierto, y hecho por sus incertidumbres el juguete de sus propios raciocinios, necesita de alguna autoridad, para fijarse y determinarse en las cuestiones que interesan su felicidad, ¿qué mayor autoridad que la de la Iglesia Católica, que reune en sí misma la de todos los siglos pasados, con las antiguas tradiciones del género humano desde su origen: que está justificada por su misma continuidad, y que lleva en su duracion eterna el carácter de la mano de Dios.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

PREDICACION DE LOS APÓSTOLES.

(Año 33 de J. C.)

Luego que Jesucristo subió á los cielos, volvieron los Apóstoles á Jerusalen, y segun la órden que habian recibido, se encerraron en el cenáculo con el fin de disponerse por medio del retiro y la oracion, á recibir el Espíritu Santo que les habia sido prometido. El dia 10, que era puntualmente el de la fiesta de Pentecostés, bajó visiblemente el Espíritu Santo sobre ellos, y los hizo unos nuevos hombres. Revestidos de una fuerza celestial, y encendidos en un fuego divino, se pusieron los Apóstoles á hablar diversas lenguas y á publicar las grandezas de Dios. El pueblo que se habia reunido en gran número en Jerusalen para celebrar la fiesta, ocurrió con diligencia al rededor de ellos. En aquel año habian concurrido de todas las partes del mun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do en mayor número que antes; porque estaban persuadidos en todo el Oriente, que el Mesías habia de aparecer. Este pueblo mezclado de tantas naciones, quedó sumamente sorprendido al oir hablar á los Apóstoles idiomas de paises diferentes. San Pedro tomó de allí ocasion para decirles: "La maravilla que os tiene absortos, es el sensible cumplimiento del vaticinio de Joel, concebido en estos términos: Vendrá tiempo en que yo derramaré mi espíritu sobre toda carne, entonces haré aparecer portentos en el cielo y sobre la tierra, y profetizarán vuestros hijos." Les anuncia á continuacion la divinidad de Jesucristo á quien ellos habian crucificado, declarándoles, que él era verdaderamente el Mesías esperado por sus padres desde el principio del mundo. Los ecshorta á recibir en su nombre el bautismo para obtener el perdon de sus pecados y el don del Espíritu Santo. En efecto, tres mil se convirtieron y se agregaron al número de los discípulos. Ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles aplicados á escuchar sus instrucciones, y Dios confirmaba esta doctrina con un gran número de milagros que á todo el pueblo tenia en un santo temor. San Pedro y San Juan, habiendo subido al templo á la hora del sacrificio, encontraron en la puerta á un hombre de edad de cuarenta años, que era cojo de nacimiento. Este les pidió limosna segun su costumbre: San Pedro le respondió: yo no tengo oro ni plata; mas lo que tengo te doy: *en nombre de Jesucristo levántate y marcha.* El cojo al punto quedó sano: comenzó á andar, y entró en el templo trasportado de gozo y alabando á Dios. El pueblo ocurrió al templo al ruido de este milagro:

y San Pedro por segunda vez hizo un discurso con el que convirtió á cinco mil. Los sacerdotes y guardias del templo, irritados por los prodigios sucedidos en la predicacion de los Apóstoles, los prendieron y aprisionaron. Al dia siguiente el Sanedrin, que era el gran consejo de la nacion, se juntó, y habiendo hecho traer á los Apóstoles les preguntó con qué autoridad obraban: entonces San Pedro lleno del Espíritu Santo, respondió con firmeza: en nombre de Jesucristo, á quien vosotros crucificásteis. Todos los que componian el gran consejo, estaban llenos de asombro al ver la firmeza de los Apóstoles, que ellos sabian no ser mas que unos hombres del pueblo. Mas se contentaron con prohibirles que enseñasen en nombre de Jesucristo. Los Apóstoles les respondieron con una santa intrepidez, juzgad vosotros si es justo obedeceros mas bien que á Dios: nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oido, cuando Dios nos ordena que lo publiquemos; y los dieron libres. Los Apóstoles vinieron á los fieles á referirles lo que habia pasado. Todos dieron gracias á Dios, y le pidieron fortaleza para anunciar su palabra sin temer la prohibicion y amenazas de los hombres, que deben ser tenidas en nada cuando se trata de cumplir la ley de Dios. Los fieles se reunieron en el templo en la galería de Salomon, á orar. Lo restante del pueblo no se atrevia á unirse á ellos, por temor de ser inquietados por la autoridad pública; mas no podian dejar de honrarlos y alabarlos á vista de los prodigios que se obraban diariamente. Presentaban los enfermos en sus camas por las calles, á fin de que la sombra de San Pedro les tocase cuando pasaba. Se traían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á allí de las ciudades vecinas, y todos volvian sanos. El príncipe de los sacerdotes, arrebatado de indignacion, hizo poner á los Apóstoles nuevamente en prision. Mas un ángel los libertó y les mandó ir al templo á predicar con valor la palabra de Dios. El consejo dió órden de traerlos de la prision; mas sin embargo de estar ellos bien asegurados, no se encontró allí alguno. Al mismo tiempo vino uno á decir que los prisioneros estaban en el templo y enseñaban al pueblo. Entónces el capitan de las guardias del templo, salió con sus oficiales, y sacó á los Apóstoles sin hacerles violencia, porque temia al pueblo. Cuando se les hubo presentado ante el consejo, les dijo el presidente: ¿no os hemos prohibido espresamente predicar en nombre de Jesucristo, por qué, pues, llenais á Jerusalen con vuestra doctrina, y quereis cargarnos la muerte de este hombre? Pedro y los Apóstoles respondieron: es preciso obedecer á Dios mas bien que á los hombres: cuando la ley humana se halla en oposicion con la divina, no se debe vacilar sobre la eleccion: así es que á la ley divina es preciso dar siempre la preferencia. ¡Generosa respuesta que todos los mártires á ejemplo de los Apóstoles han repetido á presencia de los tiranos, cuando se les prohibia hacer lo que Dios manda ó se les mandaba aquello que Dios prohibe! Los miembros del soberano consejo, trasportados de furor, tuvieron designio de hacer morir á los Apóstoles; mas uno de entre ellos llamado Gamaliel, dió un parecer mas moderado: "Si esta empresa viene de los hombres, les dijo, ella por sí misma se destruirá; pero si viene de Dios, vosotros no podreis impedir que tenga

efecto. Este consejo fué aceptado; sin embargo, se hizo azotar á los Apóstoles antes de despedirlos, y se les reiteró la prohibicion de predicar el nombre de Jesucristo. Los apóstoles se retiraron llenos de alegría por haber sido juzgados y dignos de sufrir esta afrenta por el nombre de su maestro. Ellos continuaron en predicar á Jesucristo en el templo, y enseñar diariamente á los fieles en lo interior de sus casas.

Adicion.=No se ha tenido en esta época la incredulidad de los cafarnaitas como la primera heregía: así porque los que negaron el adorable misterio de la Santa Eucaristía no formaron cuerpo de secta; como porque no consta que declarasen su error mas que cuando al separarse de Nuestro Señor Jesucristo dijeron: *Durus est hic sermo, ¿et quis potest eum audire?* Y tambien porque estos no turbaron la creencia y union de los primeros fieles.

ADMIRABLES PROGRESOS DEL EVANGELIO.

EL número de discípulos de Jesucristo crecia de dia en dia. La Iglesia de Jerusalen era ya considerable y numerosa cuando San Lucas escribió los Hechos de los Apóstoles. Nosotros sabemos que se componia de personas de todo secso, edad y condicion. No era únicamente Jerusalen en donde la fé hacia sus conquistas: los Apóstoles, viéndose obligados á dispersarse por motivo de la persecucion que se levantó en esta ciudad, esparcieron por todas partes la semilla de la divina palabra, y formaron en los lugares á donde llegaban, Iglesias com-

puestas de judíos y de gentiles. San Pedro corrió diversas provincias y fundó algunas Iglesias: estableció primero su silla en Antioquía, y despues fué á Roma, que era entonces el centro de la idolatría, con el objeto de combatirla hasta en el lugar donde dominaba con el mayor imperio. Habia predicado á los judíos dispersos en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, á quienes dirigió su primer carta. Envió á algunos de sus discípulos á fundar diversas Iglesias en el Occidente. San Pablo por su parte anunciaba á Jesucristo á los gentiles, con el mismo suceso. Primero fué á Seleucia, Salamina y Páfos, y convirtió al procónsul Sergio Paulo que era allí gobernador: la mayor parte de la isla recibió el Evangelio. Atravesó despues la Pisidia, la Panfilia, la Licaonia, la Frigia, la Galacia, la Misia y la Macedonia: su predicacion era siempre seguida de la conversion de los pueblos. Estableció en Filippos una Iglesia, que permaneció invariablemente adicta á la persona y doctrina del santo apóstol. Despues de haber hecho una grande cosecha, en su tránsito se detuvo en Tesalónica, capital de Macedonia, donde fundó una Iglesia, cuyo fervor sirvió de modelo á todas las demas. De allí pasó á la Acalla: predicó en Atenas, donde hizo en medio del Areópago un célebre discurso, de que resultó la conversion de San Dionisio y muchos otros: volvió á Roma y permaneció allí dos años enteros, anunciando el reino de Dios hasta en el mismo palacio del emperador Neron, donde convirtió á muchos. Los otros Apóstoles se dispersaron tambien por diferentes provincias del imperio romano, para llevar á ellas la buena y admirable nueva de la sa-

lud: las conversiones eran tan frecuentes en estos principios de la Iglesia, y la luz del Evangelio se estendió por tantos lugares, que al fin del primer siglo se veían cristianos en la mayor parte del imperio romano. De este modo fué como los Apóstoles á vista de todas las naciones de los judíos y los gentiles, los griegos y los bárbaros, los sábios y los ignorantes, los pueblos y los príncipes, dieron testimonio de las maravillas de Jesucristo, y en particular de su admirable resurreccion, que ellos habian visto con sus ojos, oido con sus oidos, y tocado con sus manos. Sostenian este testimonio sin algun interes, y contra todas las razones de la prudencia humana, hasta el último suspiro, sellándolo con su sangre. La prontitud inaudita con que la religion cristiana se estableció por todas partes, prueba manifiestamente que ella es divina y obra de Dios. Este es un prodigio sensible, contra el cual la incredulidad no sabria sostenerse, si ella no cierra los ojos á la luz. Jesucristo habia predicho, que su Evangelio seria predicado por toda la tierra: esta maravilla debia suceder luego despues de su muerte: Jesucristo habia dicho, que cuando fuese levantado de la tierra, es decir, cuando fuese clavado en la Cruz, atraeria todas las cosas ácia sí: los Apóstoles no habian concluido aún su mision, y ya San Pablo decia á los romanos, que en todo el mundo se anunciaba la fé: á los colosenses decia, que el Evangelio se estendia á toda criatura, que era predicado, que fructificaba y crecia por todo el universo. En efecto, una constante tradicion nos enseña que Santo Tomás lo llevó á las Indias, San Juan á la Asia menor, San Andrés al pais de los Sitas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

San Felipe á la Asia Alta, San Bartolomé á la gran Armenia, San Mateo á la Persia, San Simon á la Mesopotamia, San Judas á la Arabia, y San Matías á la Etiópia. Mas no hay necesidad de historias para confirmar esta verdad: el mismo efecto la comprueba: tantas Iglesias que nosotros vemos al fin de este siglo, no se han formado ellas solas: ellas manifiestan con cuanta razon San Pablo aplica á los Apóstoles este pasage del Salmista: su voz se ha hecho oír por toda la tierra, y su palabra ha sido llevada hasta los estremos del mundo.

Adicion.=Como en la seccion precedente se habla en general de los admirables progresos del Evangelio, sin asignar en particular los hechos ni la época en que sucedieron, se reserva la narracion de los errores y heregías, para el fin de la seccion en que se habla del concilio de Jerusalen y siguientes.

VIRTUDES DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS.

NADA, á la verdad, es mas hermoso y sorprendente, que el cuadro de la Iglesia naciente: él ha sido trazado por San Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Toda aquella multitud de creyentes, dice, no tenia mas que un solo corazon y una sola alma, y ninguno de ellos miraba como propio lo que poseía; todo lo ponia para utilidad comun. No habia pobreza entre ellos; porque todos los que tenian tierras ó habitaciones las vendian y traían su precio, lo ponian á los pies de los Apóstoles, que lo distribuían á cada uno segun su necesidad. Los fieles

se mantenian en la doctrina del Salvador, en la oracion y fraccion del pan: esto es, en la participacion de la divina Eucaristía: por otra parte, todos estaban unidos, y cuanto tenian era comun; vendian sus posesiones y sus bienes, y los distribuían segun la necesidad de cada uno. Continuaban en ir diariamente unidos en espíritu al templo, y repartian el pan por las casas: tomaban su alimento con júbilo y simplicidad de corazon alabando á Dios y siendo amados de todo el pueblo. Se obraban muchos milagros por mano de los Apóstoles, y todos estaban animados de un mismo espíritu: ningun otro se atrevia á juntarse á ellos en el templo; mas el pueblo les daba grandes alabanzas, y el número de los que creían en el Señor, mas y mas se aumentaba. La Iglesia así se estableció caminando en el temor del Señor, y estaba llena de la consolacion del Espíritu Santo. El Historiador sagrado habla principalmente de la Iglesia de Jerusalen; aunque las otras Iglesias, principalmente de gentiles, fuesen inferiores en esta perfeccion soberana, no dejaban por eso de ser unos prodigios de virtud y santidad con respecto al estado en que se hallaban los gentiles antes de su conversion.

Una vez recibido el bautismo ya no se veian lo que antes habian sido: desde luego comenzaban á vivir una nueva vida, toda interior y toda espiritual: se les hacia fácil lo que antes les parecia imposible: los que antes habian sido esclavos del deleite, al punto se hacian castos y temperantes: los ambiciosos no encontraban grandeza sólida mas que en la cruz, triunfaban de todas las pasiones, y practicaban las virtudes: renunciaban las dulzuras y como-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

didades de la vida: el trabajo, el retiro, el ayuno y el silencio, tenian únicamente para ellos atractivo. La oracion era la primera y principal de sus ocupaciones, y la que así en primer lugar recomienda San Pablo: y como este Apóstol ecshorta á la contínua oracion segun el precepto de Jesucristo, ellos empleaban toda suerte de medios para no interrumpir en cuanto les era posible la aplicacion de su espíritu á Dios, y cosas celestiales. Oraban en comun lo mas que podian, persuadidos á que cuanto mas se reunian los fieles para pedir á Dios unas mismas gracias, tanta mayor eficacia tenia la oracion para alcanzarlas, segun esta palabra del Señor: "Si dos de vosotros se unen sobre la tierra para orar, todo lo que pidan les será concedido por mi Padre, que está en los cielos: porque cuando dos ó tres se junten en mi nombre, yo estaré en medio de ellos." Para renovar mas la atencion á Dios, hacian sus oraciones particulares antes y despues de algunas de sus acciones: estudiaban la ley de Dios y recorrian en sus casas lo que habian oido decir en el lugar de su reunion, é imprimian en su memoria las esplicaciones del Pastor, entreteniéndose así mútuamente. Sobre todo, los padres tenian cuidado de hacer estas repeticiones á su familia: así la vida cristiana era una série de oraciones, de lectura y de trabajos que se alternaban segun sus horas, sin mas interrupcion que la que ecsigia la necesidad de la vida. Esta conducta era bien admirable en una multitud de hombres, que hasta entonces se habian dejado arrastrar de todos los desórdenes de la idolatría. ¿De dónde venia una mudanza tan repentina y maravillosa? Es preciso que ellos estuvieran

vivamente penetrados de los milagros y de las virtudes de aquellos que anunciaban esta religion: era necesario que el espíritu de Dios hubiese obrado muy poderosamente sobre su alma para formar unos hombres nuevos, unos hombres castos y mortificados: unos hombres desprendidos de las riquezas, que no desean mas que los bienes eternos é invisibles. Una mudanza como esta es manifiestamente obra de este poder, que ha sacado al mundo de la nada, y que es mas admirable cuando triunfa de los corazones, sin dañar la libertad. Por una parte, Dios obra como absoluto dueño, sin encontrar resistencia; y por otra, queriendo Dios de parte del hombre una obediencia libre, le dejó el poder de resistir.

CONCILIO DE JERUSALEN.

Algunos de los judíos nuevamente convertidos, permanecieron adictos á la ley de Moisés: querian sujetar á ella á los gentiles que abrazaban el cristianismo. Vinieron á Antioquía en donde estaban entonces San Pablo y San Bernabé: escitaron un gran tumulto diciendo, que los gentiles que se convertian á la fé, no podian salvarse sin la circuncision y las otras observancias legales ordenadas por Moisés. San Pablo y San Bernabé se oponian, asegurando que Jesucristo habia venido á libertar á los hombres de esta servidumbre; y que su gracia de nada serviria á aquellos que miraban la circunci-

sion como necesaria: se resolvió sin embargo que irian á Jerusalen á consultar á los Apóstoles sobre esta cuestion. A su llegada fueron recibidos por toda la Iglesia. San Pablo habia emprendido este viage por una inspiracion divina. Conferenció con los Apóstoles que estaban en Jerusalen: es decir, con San Pedro, Santiago y San Juan, que eran vistos como las columnas de la Iglesia: comparó con su doctrina la que él predicaba á los gentiles, y que no habia aprendido de algun hombre, sino por la revelacion de Jesucristo: todo se halló conforme de una y otra parte. Los cinco Apóstoles y los sacerdotes se reunieron despues para ecsaminar y resolver la cuestion que se habia suscitado.

Despues de una gran discusion, se levantó San Pedro y dijo: vosotros sabeis, hermanos mios, que despues de largo tiempo, Dios me escogió, para que por mi boca escuchasen los gentiles su Evangelio: y aquel que conoce los corazones, ha dado testimonio de su fé, dándoles el Espíritu Santo, como á nosotros (habla de la conversion de Cornelio): ¿por qué, pues, tentais vosotros á Dios, imponiendo á los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Nosotros esperamos ser salvos de la misma manera que ellos, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando San Pedro habló de esta manera, toda la asamblea guardó silencio: y escuchaban las maravillas que referian S. Pablo y San Bernabé, que Dios habia hecho por ellos á los gentiles. Santiago tomó despues la palabra y confirmó el dictámen de San Pedro, con los testimonios de los Profetas, tocantes á la vocacion de los gentiles. Esto es, dice, por lo que yo juzgo,

que no debe inquietarse á los gentiles que se convierten á Dios, sino únicamente escribirles el que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos, de la fornicacion, de las viandas sufocadas, y de la sangre. Los Apóstoles advierten á los gentiles que eviten la fornicacion, porque la gravedad de este crímen no era conocida en el paganismo: y cuanto á la prohibicion de comer viandas sufocadas y sangre, era esto una condescendencia de los Apóstoles, que querian conservar por algun tiempo esta sola observancia legal para reunir mas fácilmente los gentiles á los judíos. Decidida la cuestion, los Apóstoles, los Sacerdotes y toda la Iglesia resolvieron elegir algunos de entre ellos, y enviarlos á Antioquía con Pablo y Bernabé; y les encargaron una carta que contenia la decision del concilio, concebida en estos términos: "Ha parecido al Espíritu "Santo y á nosotros, no imponeros otra carga que "la de absteneros de las viandas inmoladas á los "ídolos, de los animales sufocados, de la sangre y "de la fornicacion."

Los Apóstoles en este primer concilio han dado el ejemplo que la Iglesia ha seguido en los concilios generales, para terminar, no solamente las cuestiones de fé, sino tambien las de disciplina con una autoridad soberana, independiente de la potestad secular en los puntos que directamente se versan á cerca de la salud de las almas. Se suscitó una cuestion notable entre los fieles: se envió á consultar á la Iglesia de Jerusalen, donde la predicacion habia comenzado, y donde San Pedro estaba entonces. Los Apóstoles se reunen, deliberan, cada uno dice su parecer: se decide, San Pedro preside la asam-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

blea, abre la sesion, propone la cuestion, y él primero dice su dictámen: la decision está fundada sobre las Santas Escrituras, y formada por el comun consentimiento de los pastores: se hace de ella resúmen por escrito, no como un juicio humano, sino como un oráculo del Espíritu Santo, y se dice con firmeza "ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros:" se manda esta decision á las iglesias particulares, no para que la ecsaminen, sino para que la reciban y ejecuten con una entera sumision. El Espíritu Santo se esplica aquí por la voz de la Iglesia. Así San Pablo y Silas, que llevaban á los fieles el primer juicio de los Apóstoles, lejos de permitirles la discusion sobre lo que habian decidido, iban por las ciudades enseñándoles á guardar la doctrina de los Apóstoles. Los hijos de Dios asienten al juicio de la Iglesia, persuadidos de que oyen por su boca el oráculo del Espíritu Santo; esta es la razon porque despues de haber dicho en el Símbolo: Creo en el Espíritu Santo, añadimos inmediatamente: Y LA SANTA IGLESIA CATÓLICA: así estamos obligados á reconocer una verdad infalible y perpetua en la Iglesia universal; pues la misma Iglesia que nosotros creemos, dejaria de serlo, si ella dejase de enseñar la verdad revelada por Dios. Esta creencia está fundada sobre la solemne promesa que en estos términos le ha hecho Jesucristo: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra.* Id, pues, instruid á todas las gentes enseñándolas á practicar todo lo que os he ordenado: y he aquí que yo estaré con vosotros todos los dias, hasta la consumacion de los siglos. Jesucristo ha puesto por base de esta promesa su misma omnipotencia. Con este socorro soberano y todopoderoso, enseñad toda verdad: combatid todo error: nada podrá abatiros, ni os faltará jamas este socorro: yo estaré con vosotros todos los dias hasta el fin del mundo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria "Alfonso Reyes"

Adicion.=Desde el año 41, Simon Mago, despues de la infame apostasía á que lo condujo la ambiciosa pretension de alcanzar por el dinero el don de hacer milagros, formó una monstruosa heregía, la primera que afligió á la Iglesia. Llevaba éste una muger que habia comprado en Tyro, llamada Helena ó Selena. No es creible los delirios que publicaba á cerca de ella, mezclando las fábulas mitológicas con los hechos de nuestras Santas Escrituras. Su doctrina sobre las costumbres era tan corrompida como su fé: decia que no habia accion buena por su naturaleza: que los hombres se salvaban únicamente por la gracia de que él se decia autor. Tuvo discípulos que mantuvieron su secta por espacio de dos siglos; pero ella al fin se disipó, sin que hubiese sido perseguida.

(AÑO 62 DE JESUCRISTO.)

MUERTE DE SANTIAGO EL MENOR.

SANTIAGO, por sobrenombre el Menor, para distinguirlo de otro apóstol del mismo nombre, habia sido constituido obispo de Jerusalen: él fué quien en el primer concilio habló despues de San Pedro. Era amado de todos los fieles y respetado aun de los mismos judíos, á causa de su eminente santidad. Su vida era austéra, no se cortaba el pelo, y no bebia vino, ni otro licor que pudiera embriagar: añádese á esto que no llevaba calzado, y que no tenia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blea, abre la sesion, propone la cuestion, y él primero dice su dictámen: la decision está fundada sobre las Santas Escrituras, y formada por el comun consentimiento de los pastores: se hace de ella resúmen por escrito, no como un juicio humano, sino como un oráculo del Espíritu Santo, y se dice con firmeza "ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros:" se manda esta decision á las iglesias particulares, no para que la ecsaminen, sino para que la reciban y ejecuten con una entera sumision. El Espíritu Santo se esplica aquí por la voz de la Iglesia. Así San Pablo y Silas, que llevaban á los fieles el primer juicio de los Apóstoles, lejos de permitirles la discusion sobre lo que habian decidido, iban por las ciudades enseñándoles á guardar la doctrina de los Apóstoles. Los hijos de Dios asienten al juicio de la Iglesia, persuadidos de que oyen por su boca el oráculo del Espíritu Santo; esta es la razon porque despues de haber dicho en el Símbolo: Creo en el Espíritu Santo, añadimos inmediatamente: Y LA SANTA IGLESIA CATÓLICA: así estamos obligados á reconocer una verdad infalible y perpetua en la Iglesia universal; pues la misma Iglesia que nosotros creemos, dejaria de serlo, si ella dejase de enseñar la verdad revelada por Dios. Esta creencia está fundada sobre la solemne promesa que en estos términos le ha hecho Jesucristo: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra.* Id, pues, instruid á todas las gentes enseñándolas á practicar todo lo que os he ordenado: y he aquí que yo estaré con vosotros todos los dias, hasta la consumacion de los siglos. Jesucristo ha puesto por base de esta promesa su misma omnipotencia. Con este socorro soberano y todopoderoso, enseñad toda verdad: combatid todo error: nada podrá abatiros, ni os faltará jamas este socorro: yo estaré con vosotros todos los dias hasta el fin del mundo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria "Alfonso Reyes"

Adicion.=Desde el año 41, Simon Mago, despues de la infame apostasía á que lo condujo la ambiciosa pretension de alcanzar por el dinero el don de hacer milagros, formó una monstruosa heregía, la primera que afligió á la Iglesia. Llevaba éste una muger que habia comprado en Tyro, llamada Helena ó Selena. No es creible los delirios que publicaba á cerca de ella, mezclando las fábulas mitológicas con los hechos de nuestras Santas Escrituras. Su doctrina sobre las costumbres era tan corrompida como su fé: decia que no habia accion buena por su naturaleza: que los hombres se salvaban únicamente por la gracia de que él se decia autor. Tuvo discípulos que mantuvieron su secta por espacio de dos siglos; pero ella al fin se disipó, sin que hubiese sido perseguida.

(AÑO 62 DE JESUCRISTO.)

MUERTE DE SANTIAGO EL MENOR.

SANTIAGO, por sobrenombre el Menor, para distinguirlo de otro apóstol del mismo nombre, habia sido constituido obispo de Jerusalen: él fué quien en el primer concilio habló despues de San Pedro. Era amado de todos los fieles y respetado aun de los mismos judíos, á causa de su eminente santidad. Su vida era austéra, no se cortaba el pelo, y no bebia vino, ni otro licor que pudiera embriagar: añádese á esto que no llevaba calzado, y que no tenia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas que una capa de un paño muy grosero: tenia costumbre de ir al templo á hora en que no habia nadie en él, y allí postrado delante de Dios, rogaba por los pecados del pueblo: duraba tan largo tiempo en esta postura, que sus rodillas se habian endurecido como la piel de un camello: su adhesion á la oracion, y su ardiente caridad, le dieron el nombre de justo.

Despues de la muerte de Festo, gobernador de la Judea, y antes de la llegada de su sucesor, el gran sacerdote Anano, quiso aprovecharse de este intervalo, para impedir los progresos del Evangelio: convocó el gran consejo, á donde fué Santiago conducido: fingió entonces que él consultaba á cerca de Jesucristo: el pueblo (le dijo) tiene á Jesus por el Mesías: á tí toca disipar este error; pues que todos estamos prontos á creer lo que nos dijeres: en seguida le hicieron subir sobre el terrazo del templo, á fin de que toda la multitud pudiese escucharle. Luego que apareció elevado sobre aquel lugar, los escribas y fariseos le gritaron: ¡hombre justo á quien nosotros todos debemos creer; pues que el pueblo se engaña siguiendo á Jesus crucificado, dinos qué debemos pensar á cerca de esto! Entonces Santiago respondió en alta voz: "Jesus, el Hijo del hombre, de quien vosotros me hablais, está sentado á la diestra de la Magestad soberana, como hijo de Dios; y debe venir sobre las nubes del cielo á juzgar á todo el universo." Un testimonio tan formal, dado de la divinidad de Jesucristo, sirvió en gran manera para confirmar á los nuevos cristianos en la fé que habian abrazado, y todos á una voz esclamaron: ¡Gloria al hijo de David! ¡Honor y gloria á Jesus!

Los fariseos al contrario, viéndose burlados en su proyecto, se decian unos á otros, ¿qué es lo que hemos hecho? ¿Por qué hemos dado lugar á que así se dé un público testimonio en favor de Jesus? Es necesario precipitar á este hombre. Y esclamaban: ¿qué, hasta este hombre justo ha caido en el error? Y animados de un ciego furor subieron á lo alto del templo, y precipitaron de allí al santo apóstol. Santiago no murió allí mismo, é hizo esfuerzo para ponerse de rodillas y dirigir á Dios esta súplica: Señor, perdónales, que no saben lo que hacen; mas aquellos hombres crueles dijeron: es necesario apedrearle; y al instante mismo descargaron sobre él una multitud de piedras. Uno solo de entre ellos, movido interiormente de un sentimiento de humanidad, dijo á los demas, ¿qué haceis? deteneos, el justo ruega por vosotros, y ¿le haceis morir? Estas palabras no pudieron detener su furor: un batanero que se hallaba allí, tomando su mazo, descargó un gran golpe en la cabeza del santo, y consumó su martirio. El santo apóstol tenia tan grande reputacion de santidad para con el pueblo, que se atribuyó á su muerte la ruina de Jerusalen, que siguió á su martirio. Fué sepultado á un lado del templo en el mismo lugar de su martirio, y se le erigió una columna. Escribió Santiago una epístola que está en el Nuevo Testamento, y es una de las siete que se llaman católicas: esto es, dirigidas á la Iglesia universal: en ella prueba la necesidad de las buenas obras para alcanzar la salud; porque algunos pretendian que la fé sin las buenas obras bastaba para la salvacion. El apóstol, por el contrario, enseña que la justicia cuando es verdadera, encierra

esencialmente la voluntad de cumplir sus mandatos; y que los siervos de Dios son siempre fecundos en buenas obras: lo que demuestra con el ejemplo de todos los santos que han sido en todos tiempos distinguidos por sus acciones virtuosas.

Adicion.=Año 62. Poco tiempo antes, Ebion comenzó á divulgar sus errores en Cácata su patria, lugar cercano á Peya. Aunque elogiaba á San Pedro, estaba muy distante de la fé de este santo apóstol. Enseñaba este impío que Jesus habia nacido de José y María como los demas hombres: que no era hijo de Dios: que el Cristo habia descendido á él en figura de paloma, y le concedió el imperio del siglo futuro. Sus secuaces permitian y aun mandaban la poligamia simultánea. Cerinto adoptó estos errores, y decia que el Cristo descendió al tiempo del bautismo de Jesus: que se separó de él, para dejarlo morir. Aquí se advierten las primeras semillas del Nestorianismo, que admite en Jesus dos personas. Enseñó el error de los milenarios. Menandro de Sarmásia siguió por este mismo tiempo los errores de Simon Mago: añadiendo que el bautismo era la resurreccion verdadera. Estos errores fueron combatidos despues por muchos doctores celosos.

(AÑO 69 DE JESUCRISTO.)

PRIMERA PERSECUCION BAJO EL IMPERIO DE NERON.

LA Iglesia habia ya sufrido mucho por los judíos y los paganos; mas estas persecuciones no eran generales. El emperador Neron fué el primero que empleó el poder soberano contra los cristianos. Irritado este príncipe cruel de que muchas personas de su palacio, abandonaban el culto de los ídolos,

publicó un edicto para prohibirles que abrazasen la religion cristiana. A esto dió causa el incendio que consumió á casi toda la ciudad de Roma. Se cree que el mismo Neron habia mandado ponerle fuego, para reedificarla con mas magnificencia. Para prevenir las sospechas que corrian contra él, y dar materia al aborrecimiento público, imputó este crímen á los cristianos, y comenzó á perseguirlos de una manera la mas bárbara. Hizo prender un gran número de ellos, y los hizo morir, segun dicen los mismos autores paganos, como convencidos, no del crímen del incendio, sino del de ser odiosos al género humano á causa de la religion que profesaban. Neron no se contentó solamente con aplicar á los cristianos los suplicios ordinarios; aun todavia inventó su crueldad otros muchos. Algunos, cubiertos de pieles de animales salvages, eran espuestos á los perros, para ser devorados; otros, vestidos de túnicas embreadas, eran atados á los postes, se les ponia fuego, y así servian de antorchas para alumbrar por la noche. Hizo el emperador un espectáculo en sus jardines, á donde él mismo conducia sus carros á la luz de aquellas horribles luminarias. El pueblo romano, aunque por otra parte aborrecia á los cristianos, veía sin embargo con horror que fueran sacrificados por la crueldad del tirano. En esta persecucion, San Pedro y San Pablo terminaron su vida, por medio del martirio. Se dice que estos santos apóstoles fueron encerrados por nueve meses en una prision que estaba al pié del Capitolio: que dos de sus guardias asombrados de los milagros que les veían hacer, se convirtieron, y que San Pedro los bautizó con otros cuarenta y siete, que á la sazon se

hallaban en la cárcel. Los fieles que estaban en Roma sugirieron á San Pedro el modo de escapar, y le instaban á que se aprovechase de él para conservar unos dias tan preciosos á la Iglesia. El santo apóstol cedió finalmente á sus instancias; mas luego que llegó á las puertas de la ciudad, se le apareció Jesucristo, y le dijo: que iba á Roma á ser nuevamente crucificado. San Pedro penetró el sentido de estas palabras, que Jesucristo en la persona de su vicario debia ser crucificado segunda vez. Se volvió á la prision y fué efectivamente condenado al suplicio de la cruz; mas él suplicó que se le clavase con la cabeza ácia abajo, juzgándose indigno de morir del mismo modo que su divino Maestro. A San Pablo, que era ciudadano romano, se le cortó la cabeza. Es tradicion que yendo al suplicio convirtió tres soldados, que poco tiempo despues, sufrieron el martirio. Tal fué el origen de la primera persecucion que la Iglesia sufrió por parte de los emperadores romanos. Es glorioso para ella haber tenido por enemigo un príncipe, que lo era de toda virtud. El peor de los hombres era digno de ser el primero de sus perseguidores.

Adicion.—Desde el año 65 comenzaron á esparcir sus errores los nicolaitas: tomaron este nombre de Nicolao, uno de los siete diáconos de Jerusalen, que con algunas acciones y palabras imprudentes, dió motivo á esta heregía, sin que él fuese herege: sostenian la práctica de la circuncision y la observancia del sábado. A estos se unieron los discípulos de Elcay y los ebionitas. Ya por este tiempo comenzaban á infestar la Arabia y confines de la Palestina los esenos. Estos, á mas de sus ridículas estravagancias sobre la persona de Nuestro Señor Jesucristo, cuya virtud atribuian á la fuerza y desmesurada grandeza de su cuerpo, enseñaban sobre la moral que era un delito conservar la virginidad: que era lícito profesar en lo esterior cualquiera religion, y aun ofrecer incienso á los ídolos.

Todos estos novatores, tan corrompidos como soberbios, fueron conocidos bajo el nombre *gnósticos*, que quiere decir hombres versados en las cosas de Dios. Disimularon sus errores largo tiempo por temor á la presencia y doctrina de los primeros discípulos de Jesucristo, que levantaron la frente con audacia, luego que faltó un freno tan propio para contenerlos. Ya en tiempo de Trajano hacian un gran daño á la religion, porque como todos se daban tambien el nombre de cristianos, los paganos confundian muchas veces á los verdaderos hijos de la Iglesia con estos visionarios disolutos: y concebian las ideas mas siniestras, y el odio mas furioso contra todo el cristianismo, por las escandalosas maldades de los sectarios.

PROFECIA TERRIBLE CONTRA LA CIUDAD DE JERUSALEN.

SE acercaba el tiempo en que se debia cumplir la profecía de Jesucristo contra la ciudad y templo de Jerusalen: aquella generacion no debia pasar sin que aconteciesen los males predichos. Es una tradicion constante atestiguada en el Talmut de los judíos, y confirmada por los rabinos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalen, esto es, desde el tiempo de la muerte de Jesucristo, no cesaban de verse en el templo cosas estrañas: todos los dias aparecian nuevos prodigios; de suerte que un famoso rabino esclamó un dia: ¡O templo, ó templo! ¿qué es lo que te conmueve, y por qué te asustas tú mismo? ¡Qué cosa mas asombrosa que aquel ruido horroroso que se oyó en el santuario el dia de Pentecostés, y aquella voz clara que resonó en el fondo de este lugar sagrado: *Salgámos de aquí, salgámos de aquí!* Los santos ángeles protectores del templo, declararon altamente que lo abandonaban, por-

que Dios, que habia establecido allí su domicilio, por el espacio de tantos siglos, lo habia reprobado. En fin, cuatro años ántes de la guerra en que Jerusalen fué destruida, los judíos tuvieron de esto un terrible presagio, que se manifestó á vista de todo el pueblo.

Josefo, historiador judío, lo refiere de este modo: "Uno llamado Jesus, hijo de Anano, habia venido "del campo á la fiesta de los tabernáculos. Cuando la ciudad estaba todavia en una profunda paz, "comenzó de repente á gritar: ¡Ay de la ciudad, ay "del templo! Voz del Oriente, voz del Occidente, "voz de los cuatro vientos, ¡ay del templo, ay de "Jerusalen! Ni de dia, ni de noche cesaba de cor"rer por la ciudad, repitiendo la misma amenaza. "Los magistrados para hacerle callar, lo castigaron "rigurosamente; mas él no habló una palabra para "justificarse: y continuó gritando como antes: ¡ay "del templo, ay de Jerusalen! Se le condujo des"pues al gobernador romano, que lo hizo azotar con "varas: el dolor no le obligó á pedir misericordia, "ni á derramar una sola lágrima. A cada golpe "que se le daba, repetia con una voz mas lamenta"ble ¡ay, ay de Jerusalen! Redoblaba sus esclama"ciones los dias de fiesta, y cuando se le pregunta"ba quién era, de dónde venia, ó qué pretendia con "sus esclamaciones, á ninguna de estas cosas res"pondia ó contestaba; mas continuaba del mismo "modo y con la misma fuerza: por último, se le de"jó como á un insensato, sin que él jamas mudase "de lenguage. Se observó que su voz continua y "violentamente ejercitada no se enflaqueció. En "el último sitio de Jerusalen se encerró en la ciu-

"dad, y corriendo infatigablemente al rededor de "sus muros, gritaba con todas sus fuerzas: ¡ay del "templo, ay de Jerusalen, ay del pueblo! y al fin "añadió, ¡ay de mí mismo!..... y al punto fué "muerto por una piedra arrojada por una máquina." ¿No se diria que la venganza divina se habia hecho como visible en este hombre, que no subsistia, sino para pronunciar sus decretos, que ésta le habia llenado de sus fuerzas para poder mostrar con sus gritos los males del pueblo, y que ella no solo le habia hecho su profeta y testigo, sino tambien su víctima por su muerte, para hacer mas sensibles las amenazas de Dios? Este profeta de los males de Jerusalen, se llamaba Jesus; parecia que el nombre de Jesus, nombre de salud y de paz, debia volverse un presagio funesto para los judíos que le despreciaban en la persona de nuestro Salvador, y que estos ingratos habiendo desechado á un Jesus, que les anunciaba la gracia, la misericordia y la vida, Dios les enviaba otro Jesus, que no les anunciase sino males irremediables, y el inevitable decreto de su próesima ruina.

(AÑO 70 DE JESUCRISTO.)

RUINA DE JERUSALEN.

LOS judíos que siempre habian llevado con desagrado el yugo de los romanos, se rebelaron contra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos, y esta rebelion fué la causa de su ruina. Los mas sábios de la nacion se salieron de Jerusalen, previendo los males que habian de caer sobre ella: entonces fué cuando los cristianos que se hallaban en su recinto, se retiraron á la pequeña ciudad de Peya, situada en medio de los montes de Siria, segun el consejo que Nuestro Señor habia dado á sus discípulos cuando predijo la destruccion del templo. El ejército romano tuvo primero un pequeño choque que animó á los rebeldes; pero habiéndose dado el mando á Vespaciano, este general tomó bien pronto la venganza sobre ellos: entónces se dividieron los judíos y se formaron en la ciudad diferentes partidos que cometieron los mayores escesos. Esta desgraciada ciudad estaba oprimida por dos partes: en su recinto por unas crueles facciones, y en lo esterior por los romanos. Vespaciano, instruido de lo que pasaba en Jerusalen, dejaba que los judios se destruyesen mútuamente para lograr despues mas fácilmente sus fines. Habiendo sido entonces reconocido emperador, encargó á su hijo Tito la continuacion del sitio. Este jóven príncipe vino á acamparse una legua de Jerusalen, y le cerró todas las salidas. Como esto era por la fiesta de pascua, una gran multitud de judíos se encontró encerrada en la ciudad, y consumió en poco tiempo todo lo que habia en ella de víveres. La hambre se hizo sentir vivamente: los facciosos se echaban sobre las casas á esculcarlas: maltrataban á los que habian escondido alguna comida, y los forzaban con crueles tormentos á descubrirla. La mayor parte de los ciudadanos estaban reducidos á comer todo lo que encontraban, y se lo arrebataban

los unos á los otros: se les quitaba á los niños el pan que tenian, y los estropeaban para hacérselos soltar. Los sediciosos no se enternecian por estos males: no estaban sino mas animados del furor, y mas obstinados en continuar la guerra. Entretanto, Tito, habiendo tomado la fortaleza llamada Antoniana, adelantó sus trabajos, llegó hasta cerca del templo, y se hizo dueño de las dos galerías esteriores. Entonces fué cuando la hambre llegó á ser terrible: se registraban aun los muladares y se comian las inmundicias mas infectas. Una muger acosada de la hambre y reducida á la desesperacion, tomó á su propio hijo, que era de pecho, y mirándolo con unos ojos inquietos: desgraciado le dijo, ¿para qué te reservaré yo á morir de hambre ó á ser esclavo de los romanos? Ella le degolló al instante y lo hizo asar; se comió la mitad y ocultó lo restante. Los facciosos atraidos del olor, entraron á la casa y amenazaron á esta muger de matarla, si no les mostraba lo que habia ocultado: ella les presenta lo que habia quedado de su hijo, y viéndolos sorprendidos de horror é inmóviles les dijo: muy bien podeis comer despues de mí: yo misma lo he matado: vosotros no sois mas delicados que una muger, ni mas tiernos que una madre. Ellos salieron de la casa horrorizados. Entretanto, Tito hizo atacar el segundo recinto del templo y poner fuego á sus puertas, mandando sin embargo, conservar el cuerpo del edificio; pero un soldado romano, movido por una inspiracion divina (dice el historiador Josefo) tomó un tizon, y haciéndose levantar por sus compañeros, lo arrojó á uno de los alojamientos que caian al templo. El fuego tomó cuerpo al instante, pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

netró á lo interior del templo y lo consumió enteramente por mas esfuerzos que hizo Tito para impedir el incendio. Los romanos mataron á cuantos encontraron en la ciudad, llevando todo á fuego y sangre. De este modo se cumplió la profecía de Jesucristo. El mismo Tito declaró que este suceso no era obra suya, y que no habia sido mas que un instrumento de la venganza divina. Perecieron en este sitio un millon y cien mil habitantes. Los restos de esta desgraciada nacion, se dispersaron por todo el imperio. ¿Quién no vé en este doloroso desastre el justo castigo del impío furor que los judíos habian ejercitado contra el Mesías? Otras ciudades han tenido que sufrir los rigores del sitio y de la hambre; pero jamás se ha visto que los habitantes de una ciudad sitiada se hayan hecho la guerra con tanto encarnizamiento, y que hayan ejercido unos con otros una crueldad mas atroz que la que podian esperimentar por parte de los mismos enemigos. Este ejemplo es singular y lo será siempre; porque éste único era necesario para que se verificase la prediccion de Jesucristo, y para dar á Jerusalen un castigo proporcionado al crímen que habia cometido, crucificando á su Dios: crímen igualmente singular, que ni en lo pasado ni en lo futuro podia tener ejemplo.

Adicion.=A poco tiempo Carpócrates, Basílides y Saturnino, comenzaron á enseñar que el matrimonio era una union impura y detestable. El segundo afirmaba que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo era fantástico, y que por consiguiente en su crucificcion nada habia padecido. Carpócrates tenia al Salvador por puro hombre. Los espantosos desastres de la ruina de Jerusalen, é igualmente la piedad fervorosa de los fieles que se retiraron á Peya, sofocaron la semilla de estos errores, que despues se produjeron hasta causar graves daños á la Iglesia, poco antes del reinado de Trajano.

(AÑO 93 DE JESUCRISTO.)

SEGUNDA PERSECUCION BAJO EL IMPERIO DE DOMICIANO.

LAS guerras que los emperadores sucesores de Neron se hicieron mútuamente, y el carácter pacífico de Tito y Vespaciano, dieron algun reposo á los cristianos; hasta que Domiciano, sucesor de estos, comenzó la persecucion segunda general. Este emperador que tenia todos los vicios de Neron, le imitó tambien en su ódio contra los cristianos: publicó un edicto para destruir, si fuese posible, la Iglesia de Dios, establecida ya en una infinidad de lugares. Dios habia advertido á sus siervos esta tribulacion antes que llegase, para que se preparasen á ella, renovando su furor. Se puede juzgar de la violencia de esta persecucion, por el modo con que el emperador trató á las personas mas distinguidas, y aun á sus mismos parientes los mas cercanos. Hizo morir al cónsul Flavio Clemente, su primo hermano, y desterró á Domitila, muger del cónsul, porque se habian hecho cristianos. Dos de sus esclavos, Nereo y Aquileo que se habian convertido á la fé, sufrieron diversos tormentos, y al fin fueron degollados: hubo entonces otros muchos á quienes se hizo morir ó se les despojó de sus bienes; mas lo que hizo la persecucion de Domiciano, muy célebre, fué el martirio de San Juan. Se delató el santo apóstol al tirano, quien le hizo llevar

á Roma: fué arrojado en una caldera de aceite hirviendo, sin que el santo recibiese mal alguno. Jesucristo que le habia favorecido particularmente entre los Apóstoles, le concedió como á los demas, la gloria del martirio; mas no quiso dejar á los hombres el poder de acabar con una vida tan preciosa. De este modo se cumplió lo que nuestro Salvador habia predicho, que este apóstol beberia el caliz amargo de su pasion. Este milagro sucedió ante la puerta latina, segun la tradicion que se ha conservado en Roma: se vé todavia un monumento ilustre y muy antiguo, que es una Iglesia que los cristianos edificaron en este lugar bajo su nombre, para perpetuar la memoria de este hecho. San Juan despues de haberse libertado de la muerte, por un milagro evidente, fué desterrado por Domiciano á la isla de Patmos, que es una de las islas del mar Egéo. En este lugar fué donde escribió su Apocalipsis, lejos del comercio de los hombres: tuvo en su destierro unas revelaciones proféticas, que dirigió á las siete principales Iglesias de Asia, mas especialmente encomendadas á su cuidado. En este libro divino, despues de haber dado á estas Iglesias los avisos que convenian á cada una de ellas, ilustrado por el espíritu de Dios, predijo bajo de imágenes sublimes, la ruina de la idolatría y el triunfo de la Iglesia. Despues de la muerte del tirano, habiendo anulado el senado todo lo que habia hecho, San Juan volvió á Efeso, y pasó allí lo restante de su vida, gobernando desde este lugar todas las Iglesias de la Asia. Era entonces de edad de 90 años, y esta avanzada ancianidad no le impedia ir á las provincias cercanas, tanto para ordenar obispos como para formar y establecer nuevas Iglesias. Escribió su Evangelio á solicitud de los obispos de Asia, que le pedian diese por escrito un testimonio auténtico de la divinidad de Jesucristo que algunos hereges atacaban. Lo hizo así despues de un ayuno y de oraciones públicas. Sus epístolas fueron escritas poco despues de este mismo tiempo; ellas respiran por todas partes la caridad mas tierna, y allí se vé que su corazon estaba abrasado de aquel fuego divino que habia bebido en el seno del Señor, sobre el cual reposó en la última cena. La primera se dirigió á los partos, y las otras dos á personas particulares: no se dá en ellas el título de Apóstol sino el de anciano, que comunmente se le daba.

Adicion.=Como á la presencia de la luz desaparecen las tinieblas, así á la presencia de la doctrina celestial que brilla en el Evangelio del apóstol amado, escrito á solicitud de los obispos de Asia, desaparecieron los errores que afligieron á la Iglesia; particularmente los que tendian á destruir la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; aunque despues, como veremos, comenzaron nuevamente á suscitarse por el detestable orgullo. ¡Permision admirable de la providencia de Dios Nuestro Señor, para que la verdad en todos tiempos triunfando del error, aparezca en la Iglesia con toda su hermosura!

ULTIMAS ACCIONES DE SAN JUAN.

SE refiere de San Juan un hecho muy tierno, y que descubre bastante el ardor de su caridad. En uno de los viages, despues de haber ecshortado á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á Roma: fué arrojado en una caldera de aceite hirviendo, sin que el santo recibiese mal alguno. Jesucristo que le habia favorecido particularmente entre los Apóstoles, le concedió como á los demas, la gloria del martirio; mas no quiso dejar á los hombres el poder de acabar con una vida tan preciosa. De este modo se cumplió lo que nuestro Salvador habia predicho, que este apóstol beberia el caliz amargo de su pasion. Este milagro sucedió ante la puerta latina, segun la tradicion que se ha conservado en Roma: se vé todavia un monumento ilustre y muy antiguo, que es una Iglesia que los cristianos edificaron en este lugar bajo su nombre, para perpetuar la memoria de este hecho. San Juan despues de haberse libertado de la muerte, por un milagro evidente, fué desterrado por Domiciano á la isla de Patmos, que es una de las islas del mar Egéo. En este lugar fué donde escribió su Apocalipsis, lejos del comercio de los hombres: tuvo en su destierro unas revelaciones proféticas, que dirigió á las siete principales Iglesias de Asia, mas especialmente encomendadas á su cuidado. En este libro divino, despues de haber dado á estas Iglesias los avisos que convenian á cada una de ellas, ilustrado por el espíritu de Dios, predijo bajo de imágenes sublimes, la ruina de la idolatría y el triunfo de la Iglesia. Despues de la muerte del tirano, habiendo anulado el senado todo lo que habia hecho, San Juan volvió á Efeso, y pasó allí lo restante de su vida, gobernando desde este lugar todas las Iglesias de la Asia. Era entonces de edad de 90 años, y esta avanzada ancianidad no le impedia ir á las provincias cercanas, tanto para ordenar obispos como para formar y establecer nuevas Iglesias. Escribió su Evangelio á solicitud de los obispos de Asia, que le pedian diese por escrito un testimonio auténtico de la divinidad de Jesucristo que algunos hereges atacaban. Lo hizo así despues de un ayuno y de oraciones públicas. Sus epístolas fueron escritas poco despues de este mismo tiempo; ellas respiran por todas partes la caridad mas tierna, y allí se vé que su corazon estaba abrasado de aquel fuego divino que habia bebido en el seno del Señor, sobre el cual reposó en la última cena. La primera se dirigió á los partos, y las otras dos á personas particulares: no se dá en ellas el título de Apóstol sino el de anciano, que comunmente se le daba.

Adicion.=Como á la presencia de la luz desaparecen las tinieblas, así á la presencia de la doctrina celestial que brilla en el Evangelio del apóstol amado, escrito á solicitud de los obispos de Asia, desaparecieron los errores que afligieron á la Iglesia; particularmente los que tendian á destruir la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; aunque despues, como veremos, comenzaron nuevamente á suscitarse por el detestable orgullo. ¡Permision admirable de la providencia de Dios Nuestro Señor, para que la verdad en todos tiempos triunfando del error, aparezca en la Iglesia con toda su hermosura!

ULTIMAS ACCIONES DE SAN JUAN.

SE refiere de San Juan un hecho muy tierno, y que descubre bastante el ardor de su caridad. En uno de los viages, despues de haber ecshortado á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los fieles, en una ciudad de Asia, observó en el concurso, un jóven bien formado y de un espíritu vivo: le cobró aficion, y dirigiéndose al obispo, le dijo delante de todo el público: Tened cuidado de este jóven, yo os lo recomiendo en presencia de la Iglesia y de Jesucristo. Él se volvió despues á Efeso. El obispo instruyó al jóven, y lo dispuso á recibir el bautismo. Despues de haberle conferido este sacramento, el de la confirmacion y el de la Eucaristía, creyendo que lo podia abandonar á su propia conducta, dejó de velar sobre él, y le dió mas libertad. El jóven abusó y trabó amistad con unos libertinos de su edad, que lo instigaron á cometer con ellos toda clase de crímenes. El jóven recibió fácilmente estas funestas impresiones, y por el abuso que hizo de su espíritu, aventajó á sus compañeros en el desórden, y vino á ser gefe de salteadores. Algunos años despues, San Juan volvió á la misma ciudad, y pidió cuenta al obispo del depósito que le habia confiado. El obispo se sorprendió primero, creyendo que le pedia algun depósito de plata; mas el apóstol le dice: es el jóven que os confié, es el alma de nuestro hermano. Está muerto, respondió el obispo, bajando los ojos. ¿Como, replicó San Juan, y de qué muerte murió? Está muerto para Dios (respondió el obispo) y ha venido á parar en malvado y salteador: se ha apoderado de una montaña, y vive con una tropa de malvados como él. A esta nueva, el santo apóstol arrojó un grande grito; que se me dé, dijo, un caballo y una guia. Sale de la Iglesia y se dirige al lugar donde estaban los salteadores. Los centinelas lo detienen y lo conducen ácia su capitan, que

lo esperaba con las armas; mas el jóven habiendo reconocido á San Juan, se avergonzó y huyó. Entonces el santo apóstol, olvidando la flaqueza de su edad, corrió tras él, y le gritó: hijo mio, ¿por qué huyes de mí? ¿Por qué huyes de vuestro padre viejo, y sin armas? Hijo mio, ten piedad de mí, no temas, todavia hay esperanzas de vuestra salud: yo responderé por tí á Jesucristo: yo daré voluntariamente mi vida por vos, como Jesucristo ha dado la suya por nosotros: detente, creeme, Jesucristo me ha enviado ácia tí. A estas palabras el salteador se detuvo, dejó caer las armas y deshízose en llanto. El santo viejo le abrazó con ternura y le aseguró, prometiéndole de parte del Señor el perdon de sus pecados. Lo volvió á la Iglesia y oró por él, ayunó con él, lo entretuvo con discursos edificantes, y no lo dejó hasta que lo restableció en la participacion de los sacramentos. San Juan vivió hasta la edad de cien años, su vejez no era molesta: queria que se tuvieran recreaciones inocentes; y él mismo daba este ejemplo. Un dia que se divertia acariciando una perdiz domesticada, fué encontrado por un cazador, quien asombrado de ver á un hombre tan grande abatirse á tal diversion, ¿qué teneis en la mano? le dijo San Juan, es un arco, respondió el cazador; y ¿por qué no le teneis siempre tirante? porque perderia su fuerza, dijo el cazador; pues bien, replicó el santo apóstol, por la misma razon doy yo algun entretenimiento á mi espíritu.

Adicion.=Poco antes de la muerte de San Juan, se habia estinguido ya del todo la memoria de los saduceos, que negaban la resurreccion; pero se conservaban todavia algunos nazarenos que eran unos cristianos, judaizantes. Hacian una mezcla estraña de las dos religiones; mas en realidad ni eran judíos ni eran cristianos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIVISION EN LA IGLESIA DE CORINTHO.

Despues de San Pedro, gobernaron sucesivamente la Iglesia romana, San Lino, San Cleto y San Clemente, el mismo de quien se hace mencion en la carta á los filippenses. En su tiempo hubo una gran disension en la Iglesia de Corintho. Los legos, animados de un espíritu de disension, se levantaron contra los eclesiásticos é hicieron deponer injustamente á algunos. El papa Clemente les escribió con este objeto, una carta tan tierna como instructiva. Esta es despues de la santa Escritura, uno de los mas bellos monumentos de la antigüedad eclesiástica. Comienza de este modo: La Iglesia de Dios que está en Roma, á la de Corintho, á aquellos que son llamados y santificados por la voluntad de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, que la gracia y la paz de Dios se aumente por Jesucristo sobre cada uno de vosotros. Despues de haberles inspirado horror á la division que turbaba á la Iglesia de Corintho, les traza un escelente cuadro de la vida cristiana. ¿Quién no apreciaba, les dice, vuestra virtud, y la firmeza de vuestra fé? ¿Quién no admiraba el fervor de vuestra piedad? Vosotros caminábais segun la ley de Dios; vosotros estábais obedientes á vuestros pastores: honrábais á los ancianos, dábais á los jóvenes ejemplo de honestidad y modestia: vosotros advertíais á las mugeres que obrasen en todo con una conciencia pura y casta,

amando á sus esposos como deben: conteniéndose en la regla de la sumision, y aplicándose al arreglo de su casa, con una gran modestia: vosotros manifestábais en todos vuestros sentimientos una humildad sincera, mas pronto á obedecer que á mandar, á dar que á recibir: contentos con lo que Dios os concedia necesario para la peregrinacion de esta vida, y aplicados cuidadosamente á escuchar su palabra, la guardábais en vuestro corazon: teníais siempre su ley delante de vosotros, y así gozábais siempre la paz mas profunda: teníais un deseo insaciable de hacer bien: llenos de buena voluntad, de celo y de una santa confianza, levantábais las manos al Todopoderoso, suplicándole que os perdonase los pecados de vuestra fragilidad: le dirigíais vuestras oraciones de dia y de noche, por todos los hermanos, para que el número de los escogidos de Dios fuese salvo por su misericordia y la pureza de su conciencia: érais sinceros é inocentes, sin malignidad ni resentimiento: toda sedicion, toda division os causaba horror: llorábais las faltas del prójimo como si hubieran sido vuestras: hacíais toda clase de bienes, y estábais prontos á toda obra buena: una conducta virtuosa y digna de respeto era vuestro ornamento. El santo papa opone en seguida á este cuadro, el de los males que la discordia ha causado, la envidia, las desavenencias y contiendas reinan ahora entre vosotros. Refiere muchos ejemplos del Antiguo Testamento, para mostrar los malos efectos de la discordia: ecshorta á los corinthos á la penitencia, caridad y humildad, por el ejemplo de los santos y por la consideracion de los beneficios de Dios, y últimamente, por los vínculos sagrados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que unen á los cristianos. ¿Por qué hay entre vosotros quejas y divisiones? ¿No tenemos todos un mismo Dios, un mismo Jesucristo, un mismo espíritu de gracia derramado sobre nosotros, una misma vocacion en Jesucristo? ¿Por qué despedazamos sus miembros? ¿Por qué hacemos la guerra á nuestro propio cuerpo? ¿Somos tan insensatos para olvidar que somos miembros unos de otros? Vuestra division ha pervertido muchas personas: ella ha desanimado á otros: y á nosotros y á todos habeis sumergido en la afliccion. Quitemos pronto este escándalo, arrojémonos á los piés del Señor, supliquémosle que nos perdone y nos restablezca en la caridad fraternal. Esta carta produjo el efecto que el santo papa deseaba, y tuvo el consuelo de esterminar el cisma que despedazaba esta Iglesia.

Adicion.—Ecsisten varios fragmentos considerables de otra carta, que algunos atribuyen al mismo San Clemente, y no es indigna de él; pero es de admirar que á vista de unas obras tan llenas de piedad, se le haya atribuido al santo el libro de las Recogniciones, ó Itinerario de San Pedro, con otros escritos visiblemente apócrifos. Han corrido con su nombre algunos Cánones apostólicos, que ni son de este padre, ni menos de los Apóstoles: contienen varios reglamentos de disciplina; pero se colocan entre los escritos apócrifos, por contener muchos defectos, y especialmente porque favorecen el error de los rebaptizantes.

(AÑO 106 DE JESUCRISTO.)

TERCERA PERSECUCION BAJO EL IMPERIO DE TRAJANO.

LA tercera persecucion comenzó siendo pontífice San Evaristo, que habia sucedido á San Clemente.

Fué á la verdad menos violenta que las dos primeras: duró mas largo tiempo, é hizo un gran número de mártires. El emperador Trajano, cuya sabiduría y clemencia alaba la historia, por una parte contribuyó á las crueldades, que por otra parte se ejercian contra los cristianos, y aunque no hizo publicar nuevos edictos contra ellos, quiso sin embargo que las leyes sangrientas ya publicadas por sus predecesores, se ejecutasen en diferentes provincias de su imperio. Nos ha quedado un monumento memorable de esta empresa en la respuesta de este príncipe á Plinio, gobernador de Bitinia. Plinio escribió á Trajano para consultarle sobre la conducta que debia observar con respecto á los cristianos: declara que no los halla culpables de algun crímen: todo su error consiste, dice, en que en un dia señalado, se reunen antes de salir el sol, y cantan á dos coros, himnos en honor de Cristo, que ellos miran como Dios. Por lo demas, ellos se obligan con juramento, no á una maldad, sino á no cometer robo, ni adulterio, ni á faltar á su promesa, ni á negar un depósito: yo no he descubierto en su culto mas que una mala supersticion, llevada hasta el esceso; y por esta razon he suspendido toda deliberacion, hasta recibir vuestras órdenes: el asunto me ha parecido digno de vuestras reflecsiones, por la multitud de los que están complicados en esta acusacion, pues en ella hay un gran número de toda edad, de todo secso y de todo estado: este contagioso mal, no ha infestado solamente las ciudades, sino que ha ganado las aldeas y los campos. A mi llegada á Bitinia, los templos de nuestros dioses estaban abandonados, é interrumpidas las fies-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas: apenas se encontraba algun dinero para comprar víctimas. Se ve por esta carta dirigida á un emperador pagano cuantos progresos habia hecho ya la religion en el primer siglo, y cuál era la pureza de costumbres de que los cristianos hacian profesion. Este testimonio, dado á su inocencia por un perseguidor, es muy glorioso á la religion. Trajano le responde: Que no es necesario perseguir á los cristianos; pero luego que ellos mismos siendo denunciados, se confesasen y declarasen como tales, se les debia castigar con la muerte. ¡Respuesta absurda y digna de admiracion en boca de un príncipe, por otra parte estimable! Si los cristianos son culpables, ¿para qué prohibir el que los busquen? Y si por el contrario, son inocentes, ¿para qué castigarlos luego que son acusados? ¡Cuán limitados son los conocimientos de los hombres, cuán imperfecta y defectuosa es su misma justicia, cuando no están esclarecidos con la luz de la fé! Este príncipe hizo en efecto morir muchos cristianos. Uno de los primeros que sufrieron entonces el martirio, fué San Simeon, obispo de Jerusalen, y de edad de ciento veinte años: fué denunciado como cristiano y como descendiente de la raza de David (pues era pariente cercano de Nuestro Señor Jesucristo) por estos dos títulos se le hicieron sufrir diversos tormentos, de que triunfó con una constancia admirable. Todos los espectadores estaban sorprendidos al ver tanto valor y tanta fuerza en una vejez tan avanzada. Se le condenó, en fin, á ser crucificado, y tuvo la gloria de dar su vida por Jesucristo, muriendo con el mismo suplicio que su divino Maestro.

Adicion.=Desde el año 101, uno que se decia discípulo de Carpócrates, llamado Pródico, se hizo cabeza de una nueva secta, llamada de los adamitas, porque pretendian guardar la vida de Adan y Eva en el estado de inocencia; pero al mismo tiempo que se entregaban á la lubricidad mas licenciosa, aborrecian el matrimonio, que segun ellos se introdujo por el pecado del primer hombre. Fué compañero suyo un hijo del mismo Carpócrates, llamado Epifanio. Este despues de su muerte, fué venerado como un Dios; y le erigieron templos en la isla de Cefalonia. Los *gnósticos* le ofrecian sacrificios y libaciones, porque el culto de éstos estaba mezclado con la idolatría y la mágia.

TRAJANO HACE UN INTERROGATORIO,

Y

Condena á muerte á San Ignacio.

EL emperador Trajano no solamente dejó que los magistrados obrasen contra los cristianos, sino que él mismo ejerció la persecucion. Pasando por Antioquía á combatir á los persas, hizo venir á su presencia á San Ignacio, llamado tambien Teóforo, obispo de esta ciudad; y dirigiéndole la palabra, ¿sois vos, le dice, el que como un demonio maligno se atreve á contravenir á mis órdenes, y persuadís á otros á que se estravien? Ignacio responde: Príncipe, ningun otro, hasta ahora, como vos, ha llamado demonio maligno á Teóforo (el santo hacia alusion á la significacion de la palabra Teóforo, que en griego quiere decir el que lleva á Dios) es cosa bien distante el que los siervos de Dios sean malos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

genios, antes los demonios tiemblan en su presencia, y huyen á su voz. ¿Quién es ese Teóforo, dice el emperador. Yo soy, replicó San Ignacio; y cualquiera que como yó, lleva á Jesucristo en su corazon. ¿Crees tú, repite Trajano, que nosotros no tenemos tambien en nuestro corazon á los dioses que combaten por nosotros? Dioses, dijo Ignacio, os engañais, esos dioses no son sino demonios: no hay mas que un Dios, que hizo el cielo y la tierra; ni hay mas que un solo Jesucristo, hijo único de Dios, á cuyo reino aspiro. ¿Hablais, responde Trajano, de aquel Jesus que Pilatos hizo clavar en una cruz? Decid mas bien, respondió el santo obispo, que Jesus clavó en esta cruz al pecado y á su autor; y que desde luego dió á aquellos que le llevan en su pecho, el poder de abatir al infierno y á su poder. ¿Llevas tú desde luego á Jesucristo en medio de tí, dijo el emperador? Sí, ciertamente, respondió el santo, porque está escrito: "Yo habitaré "enmedio de ellos y dirigiré todos sus pasos." Trajano fatigado por las respuestas vivas y urgentes de San Ignacio, pronunció contra él esta sentencia: Ordenamos que Ignacio, que se gloría de llevar en sí al Crucificado, sea echado á las fieras y conducido bajo una buena guardia á Roma, para que allí sea espuesto á las bestias, y sirva de espectáculo al pueblo. El santo al oír este decreto, esclamó trasportado de gozo: Yo os doy las gracias, Señor, que me hayas concedido un perfecto amor ácia vos, y de que me hayais honrado con las mismas cadenas que honrasteis en otro tiempo al gran Pablo, apóstol vuestro. Al decir esto, él mismo se echó las cadenas, pidió por la Iglesia, y con lágrimas la encomendó á Dios. En seguida se entregó á toda la crueldad de una tropa de soldados inhumanos, que debian conducirlo á Roma, para que sirviese de pasto á los leones, y de entretenimiento al pueblo: impaciente de derramar su sangre por Jesucristo, se dirigió apresuradamente á Antioquía para volver á Seleucia, donde debia embarcarse. Despues de una larga y penosa navegacion, abordó á Esmirna. Luego desembarcó: fué á ver á San Policarpo, que era obispo de esta ciudad, y que habia sido como él, discípulo de San Juan: su conversacion fué toda espiritual. San Ignacio manifestó el placer que esperimentaba de ser condenado á morir por Jesucristo. En Esmirna se encontraron los diputados de todas las Iglesias inmediatas, que venian á saludarle; y que se apresuraban á adquirir alguna parte de aquella gracia espiritual de que estaba lleno. El santo obispo suplicó á todos, y particularmente á San Policarpo, el que uniese sus oraciones con las suyas, para alcanzar de Dios la gracia de morir por Jesucristo. Desde aquí escribió á las iglesias de Asia unas cartas llenas del espíritu apostólico: despues dirigiéndose á los diputados que habian venido á visitarle en su camino, les suplicó que no lo detuviesen en su marcha, y que sufriesen el que él se uniese prontamente á Jesucristo, pasando por los dientes de las fieras que lo aguardaban para devorarle. Como temia que los cristianos que estaban en Roma pusiesen obstáculo al ardiente deseo que tenia de morir por Dios, con el fin de apartarlos de la intencion que tenian, les dirigió una carta admirable, con los de Efeso, que debian llegar antes que él.

Adicion.—En el año 109 comenzó á tener mayor séquito el error de los milenarios. Estos defendian pertinazmente que Nuestro Señor Jesucristo reinaria sobre la tierra el espacio de mil años, cuando venga segunda vez al mundo. Papías, obispo de Hierápolis en Frigia, y San Irineo, adoptaron una opinion tan estraña porque creian hallarla en los escritos de San Juan. De aqui resultó que muchos doctores y mártires, como dice San Gerónimo, abrazasen esta doctrina; pero todos la entendian de muy diverso modo que los enemigos de la Iglesia. Estos hereges decian que los santos vivirian en la tierra aquellos mil años, en banquetes, disoluciones y deleites carnales. ¡Estravagancia ciertamente la mas grosera é impía, que jamas pasó ni por el pensamiento á estos santos doctores!

CARTA DE SAN IGNACIO A LOS FIELES DE ROMA.

SAN Ignacio en la carta que escribió á los fieles de Roma, comienza por manifestarles el júbilo que le causaba la esperanza de volverlos á ver bien pronto; y les manda despues con los términos mas vivos y tiernos, que no le privasen del efecto de sus deseos, empeñándose (á causa de su reputacion) en que no fuese inmolado á Jesucristo por el martirio: yo temo, les dice, vuestra caridad: yo temo que vosotros tengais para conmigo una aficion puramente humana: vosotros acaso impedireis mi muerte; pero oponiendoos á ella, impedis igualmente mi felicidad: si teneis para conmigo una sincera caridad, me dejareis ir á gozar de mi Dios: yo no tendré jamás una ocasion mas favorable de unirme á él, ni vosotros mismos lograreis mejor ocasion para ejercer una buena obra; y basta para ejercitarla, que permanezcais quietos: no me arranqueis de las manos de los verdugos, é iré á reunirme á mi Dios; pero si os dejais persuadir de una funesta compasion, me haceis volver al trabajo y entrar nuevamente á la carrera: sufrid pues, os lo suplico, que sea inmolado; pues ya está dispuesto el altar: sobre todo, alcanzadme por medio de vuestras oraciones el valor que me es necesario para resistir los ataques interiores y soportar los esteriores: no basta mostrarse cristianos si no se es en efecto; lo que constituye un verdadero cristiano, no son ni las bellas palabras ni las preciosas apariencias, sino la grandeza de la alma y la solidez de la virtud. Escribo á las Iglesias, que voy á morir con gusto, con tal de que vosotros no os opongais á mi muerte: yo os conjuro nuevamente que no me mireis con una aficion que me seria muy dañosa; dejadme servir de pasto á los leones y osos, este es un camino muy corto para llegar al cielo: yo soy el trigo de Dios, es necesario que sea molido para llegar á ser pan, digno de ofrecerse á Jesucristo. Llegando á Roma espero que encontraré á las fieras dispuestas á devorarme, ¡ojalá ellas me devoren prontamente! Emplearé primero los halagos para que me despedacen; y si este medio no bastare, las irritaré para que me quiten la vida: perdonadme estos sentimientos: sé bien cuan ventajosa me es esta suerte: comienzo á ser un verdadero discípulo de Jesucristo, nada me conmueve, todo me es indiferente, si no es la esperanza de poseer á Dios; que el fuego me reduzca á cenizas; que una cruz me haga morir lentamente; que se arrojen sobre mí los tigres furiosos y los leones hambrientos; que mis huesos sean quebrantados, mis miembros despedazados, y golpeado todo mi cuerpo; que todos los demonios apuren su rábia contra mí; todo lo sufriré con gusto con tal de que go-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce de Jesucristo. La posesion de todos los reinos no podria hacerme feliz, y me es infinitamente mas glorioso el padecer y morir por Jesucristo, que reinar sobre toda la tierra. Mi corazon suspira por aquel que murió por mí: mi corazon anhela por aquel que resucitó por mí: ved lo que espero recibir en cámbio de mi vida: dejadme imitar los sufrimientos de mí Dios: no me impidais vivir queriendo impedir mi muerte: si alguno de vosotros tiene á Dios en su corazon, comprenderá lo que digo y será sensible á mi pena, si arde en el mismo fuego que me consume. El deseo ardiente que tengo de morir, me obliga á escribiros; pues el único objeto de mi amor está crucificado, y mi amor ácia él, hace que yo esté lo mismo. El fuego que me anima y oprime no puede sufrir algun lenitivo ó mezcla que lo debilite: aquel que vive y habla en mí, me dice en el fondo de mi corazon contínuamente: esfórzate á venir á mi Padre: ya no gusto de cuanto los hombres solicitan; el pan que apetezco es la carne adorable de Jesucristo, y el vino que deseo es su preciosa sangre: vino celestial que enciende en mi corazon el fuego vivo é inmortal de una caridad incorruptible: nada tengo ya en la tierra ni me miro como viviente entre los hombres. Acordaos en vuestras oraciones de la Iglesia de Antioquia, que desprovista de pastor pone sus esperanzas en aquel que es el pastor soberano de todas las Iglesias. Que Jesucristo, faltando yo, se digne gobernarla: á su Providencia y á vuestra caridad la confio.

No es necesario hacer notar que el espíritu de Dios es el que habla en esta carta; fácilmente se conoce que este no es el lenguage de los hombres.

MARTIRIO DE S. IGNACIO.

Despues de alguna demora en Esmirna, partió San Ignacio de esta ciudad para continuar su viage. Se esforzaba á llegar á Roma, porque ya se acercaba el tiempo señalado para los espectáculos: abordó á Troade: atravesó la Macedonia, y en un barco dispuesto á hacerse á la vela, que se hallaba ácia las costas del Epíro, se embarcó en el mar Adriático y tomó el mar de Toscana. El viento favorecia los deseos del santo mártir, y fué llevado el bajel á la embocadura del Tiber. A la noticia ruidosa de su llegada, los fieles de Roma llegaron antes que él: tenian el mayor gusto de verlo y oirlo; pero este gozo estaba mezclado de tristeza cuando conocian que era conducido á la muerte. Algunos se propusieron ganar al pueblo, (como algunas otras veces se habia hecho) con el fin de conservar la vida de este venerable anciano: pero el santo obispo les habló con tanto esfuerzo, y les mandó con tanta instancia que no le impidiesen el bien de ir prontamente á Dios; que se rindieron á sus súplicas. Todos se arrodillaron, y el santo obispo levantando la voz en medio de ellos, pidió á Nuestro Señor Jesucristo que hiciese cesar la persecucion y volviese la paz á su Iglesia, y mantuviese en el corazon de los fieles una caridad tierna y mútua. Acabada la oracion fué el santo conducido por los soldados al anfiteatro: este era uno de los dias que la supersticion

ce de Jesucristo. La posesion de todos los reinos no podria hacerme feliz, y me es infinitamente mas glorioso el padecer y morir por Jesucristo, que reinar sobre toda la tierra. Mi corazon suspira por aquel que murió por mí: mi corazon anhela por aquel que resucitó por mí: ved lo que espero recibir en cámbio de mi vida: dejadme imitar los sufrimientos de mí Dios: no me impidais vivir queriendo impedir mi muerte: si alguno de vosotros tiene á Dios en su corazon, comprenderá lo que digo y será sensible á mi pena, si arde en el mismo fuego que me consume. El deseo ardiente que tengo de morir, me obliga á escribiros; pues el único objeto de mi amor está crucificado, y mi amor ácia él, hace que yo esté lo mismo. El fuego que me anima y oprime no puede sufrir algun lenitivo ó mezcla que lo debilite: aquel que vive y habla en mí, me dice en el fondo de mi corazon contínuamente: esfórzate á venir á mi Padre: ya no gusto de cuanto los hombres solicitan; el pan que apetezco es la carne adorable de Jesucristo, y el vino que deseo es su preciosa sangre: vino celestial que enciende en mi corazon el fuego vivo é inmortal de una caridad incorruptible: nada tengo ya en la tierra ni me miro como viviente entre los hombres. Acordaos en vuestras oraciones de la Iglesia de Antioquia, que desprovista de pastor pone sus esperanzas en aquel que es el pastor soberano de todas las Iglesias. Que Jesucristo, faltando yo, se digne gobernarla: á su Providencia y á vuestra caridad la confio.

No es necesario hacer notar que el espíritu de Dios es el que habla en esta carta; fácilmente se conoce que este no es el lenguage de los hombres.

MARTIRIO DE S. IGNACIO.

Despues de alguna demora en Esmirna, partió San Ignacio de esta ciudad para continuar su viage. Se esforzaba á llegar á Roma, porque ya se acercaba el tiempo señalado para los espectáculos: abordó á Troade: atravesó la Macedonia, y en un barco dispuesto á hacerse á la vela, que se hallaba ácia las costas del Epíro, se embarcó en el mar Adriático y tomó el mar de Toscana. El viento favorecia los deseos del santo mártir, y fué llevado el bajel á la embocadura del Tiber. A la noticia ruidosa de su llegada, los fieles de Roma llegaron antes que él: tenian el mayor gusto de verlo y oirlo; pero este gozo estaba mezclado de tristeza cuando conocian que era conducido á la muerte. Algunos se propusieron ganar al pueblo, (como algunas otras veces se habia hecho) con el fin de conservar la vida de este venerable anciano: pero el santo obispo les habló con tanto esfuerzo, y les mandó con tanta instancia que no le impidiesen el bien de ir prontamente á Dios; que se rindieron á sus súplicas. Todos se arrodillaron, y el santo obispo levantando la voz en medio de ellos, pidió á Nuestro Señor Jesucristo que hiciese cesar la persecucion y volviese la paz á su Iglesia, y mantuviese en el corazon de los fieles una caridad tierna y mútua. Acabada la oracion fué el santo conducido por los soldados al anfiteatro: este era uno de los dias que la supersticion

pagana habia consagrado bajo el nombre de fiestas sigilarias. Toda la ciudad estaba presente: el santo mártir al entrar allí, oyó los rugidos de los leones: la vista de su suplicio en nada disminuyó su firmeza ni su ardor: su semblante y su modestia anunciaban al contrario, el contento y el gozo; pero un gozo modesto y apacible. Prontamente murió; en un momento dos leones lo despedazaron, y no quedó de su cuerpo mas que los huesos mayores, que fueron recogidos con respeto por los fieles, y llevados á Antioquía, como un tesoro de un precio inestimable. Tuvieron un grande consuelo los cristianos de aquellos lugares por donde pasaron las santas reliquias, al recibirlas y adorarlas: se pusieron en una caja y se depositaron en el cementerio que estaba inmediato á la puerta de la ciudad. Los que han escrito la historia de su martirio, la concluyen de este modo. Nosotros mismos fuimos testigos de esta gloriosa muerte, que nos obligó á derramar un torrente de lágrimas: pasamos la noche en vela y oracion, suplicando á Nuestro Señor se dignase sostener nuestra flaqueza. El santo mártir se nos apareció como un atleta que sale de un penoso y glorioso combate. Estaba en pié delante del Señor, y cercado de una gloria inefable. Llenos de gozo por esta vision, dimos gracias al autor de tanto bien, y le bendijimos por la dicha que habia concedido á su siervo. Os señalamos el dia de su muerte, para que todos los años nos reunamos á honrar su martirio en aquel tiempo mismo en que lo sufrió, con la esperanza de participar de la victoria de este glorioso atleta del Señor, que ha rendido á sus pies al demonio con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y al cual sea la gloria y el poder con el Padre y Espíritu Santo por todos los siglos. Amén.

Adicion.=Valentino, despues de haber manifestado en Egipto el celo mas fervoroso en defensa de la fé, despechado por no haber obtenido el santo carácter del episcopado que pretendia (motivo suficiente en aquellos tiempos felices para ser escluido de él) comenzó á impugnar la doctrina de la Iglesia, é inventó un sistema de religion tan absurdo, como podia esperarse de la estravagante miscelánea que habia formado de los Números, generacion de los dioses de Esiodo con el Evangelio de San Juan, que era el único que respetaba. Sobre la moral establecia la inamisibilidad de la justicia: principio que despues de tantos siglos suscitaron Lutero y Calvino. Decia que la adopcion divina salva al hombre aunque niegue la fé esteriormente. Sin embargo, estos delirios hallaron un prodigioso número de partidarios, que en breve tiempo se subdividieron en muchas sectas. De estas, los sethinos veneraban á Seth, hijo de Adan, como redentor de los hombres. Los cainitas honraban á Cain: y los sophitas á una serpiente.

(AÑO 150 DE JESUCRISTO.)

APOLOGIA DE SAN JUSTINO.

MIENTRAS que los santos mártires daban con su sangre una esclarecida prueba de adhesion á la religion cristiana, los santos doctores la defendian con sábias apologías. La primera de las que han llegado á nosotros es la de San Justino. Este santo tuvo el valor de poner su nombre al frente, y dirigirla al emperador Antonino, y á sus dos hijos Mar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

co Aurelio y Cómmodo. San Justino habia nacido en el paganismo: no abrazó la religion sino á la edad de treinta años, despues de un sério ecsámen, y despues de un meditado juicio, fundado sobre las mas sólidas razones. La constancia de los mártires le habia llenado de admiracion, y habia comenzado á abrirle los ojos. El estudio que hizo en seguida de las divinas Escrituras, y principalmente de los profetas, le convenció de la verdad de la religion cristiana. En su apología suplica principalmente al emperador, que juzgue por sus acciones, y no solamente por su nombre, á los que se han denunciado como cristianos, que no los condene únicamente porque lo son: os suplicamos, le dice, que no escucheis las pasiones ni las calumnias para formar un juicio; á vos mismo os harán injusto, porque á nosotros no se nos podrá perjudicar, ni aun quitándonos la libertad y la vida. Que se haga una esacta averiguacion de los crímenes que se nos imputan: si ellos se prueban, que se nos castigue; pero si no se nos encuentra culpables de algun crímen, la recta razon prohibe condenar á los inocentes. ¿Cómo se nos puede tratar de impíos á los que adoramos al verdadero Dios, al Eterno Padre, autor de todas las cosas, á su hijo Jesucristo, que ha sido crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, y al Espíritu Santo que ha hablado por boca de los profetas? Para manifestar que este Jesus crucificado es verdaderamente Dios, dice: que Jesucristo es la soberana razon que convierte enteramente á los que se adhieren á su doctrina. Eramos en otro tiempo esclavos de los placeres; y ahora tenemos una vida pura y casta: éramos apreciados por las riquezas, y ahora ponemos nuestros bienes en comunidad, para que nuestros hermanos participen de ellos: aborreciamos á nuestros enemigos, y ahora los amamos y rogamos por ellos. Refiere en seguida, algunos preceptos de la moral de Jesucristo: si os dignais, les dice, ecsaminar nuestros principios y nuestra conducta, quedareis convencidos de que no teneis súbditos mas sumisos ni mas dispuestos á conservar la paz y la pública tranquilidad. Ni vuestras leyes ni vuestros suplicios refrenan á los malvados: ellos saben que se os puede ocultar el conocimiento de muchos crímenes; pero nosotros, nosotros estamos persuadidos que nada hay oculto á los ojos de Dios: que él debe juzgarnos algun dia y castigarnos ó recompensarnos segun nuestras obras: nosotros no adoramos mas que á un solo Dios; pero os obedecemos con gusto en todo lo demas: os reconocemos por nuestro emperador y dueño del mundo, no cesamos de suplicar á Dios, que con el soberano poder tengais tambien un espíritu recto y una conducta sábia. En seguida, el santo doctor prueba la verdad de la religion, por las profecías que han sido recogidas y conservadas segun el órden de los tiempos en que han sido escritas. Insiste sobre las que hacen relacion á la ciudad de Jerusalen, á la dispersion de los judios, á la vocacion de los gentiles, y despues de haber manifestado que es decisivo en favor de la religion cristiana, el cumplimiento reciente de una profecía tan notable, concluye que las otras profecías, y en particular las que se refieren á la segunda venida de Jesucristo, á la resurreccion y juicio universal, tendrán tambien su cumplimiento. En fin, para responder á las

calumnias que se publicaban contra las asambleas de los cristianos, espone circunstanciadamente todo lo que se hacia en ellas: y vemos con consuelo una perfecta conformidad entre lo que refiere San Justino, y lo que se practica entre nosotros: acaba por estas palabras: "Si esta doctrina os parece racio-"nal, haced de ella la estimacion que merece; si al "contrario, ella no os agrada, no la abraceis; pero "no condeneis á la muerte por solo esto á las gen-"tes que ningun mal han hecho." San Justino tuvo en seguida, la felicidad de sellar con su sangre el público testimonio que habia dado á la religion cristiana.

Adicion.=Tasiano, discípulo de San Justino, célebre por su escelente tratado contra los gentiles, cayó en la heregía de Valentino, esforzándose en propagarla por diferentes provincias de la Asia Menor y de la Siria. Se hizo cabeza de los encratitas ó continentes, llamados así por la abstinencia que afectaban; jamas comian carne ni bebian vino: y aun en la consagracion de la Eucaristía, solo usaban agua para el cáliz. Estas sectas y las que al fin de la leccion anterior hemos referido, afligieron á la Iglesia por los años 140 hasta el de 171.

(AÑO 166 DE JESUCRISTO.)

CUARTA PERSECUCION BAJO EL IMPERIO DE MARCO AURELIO.

LA Iglesia naciente aun entonces estaba diseminada por toda la tierra: llenaba, no solo al Oriente, en donde habia comenzado, es decir, la Palestina, la Siria, la Asia Menor, el Egipto y la Grecia, sino tambien en el Occidente; ademas de la Italia, las diversas naciones de los galos, todas las provincias de España, la Africa, la Germania y la Gran Bretaña: ella se propagaba por los parages impenetrables á las armas de los romanos, y aun fuera del imperio, en Armenia, la Persia, las Indias, en los pueblos mas bárbaros los Sarmentos, los Darios, los Scythas, los Mauriacos, los Getulianos, y hasta las islas mas desconocidas, todo lo ocupaba ya el cristianismo. La sangre de sus mártires la hacia fecunda. El emperador Marco Aurelio, desgraciadamente prevenido contra el cristianismo, por las calumnias con que lo denigraban, se manifestó cruel para con los que le profesaban. Parecia que la persecucion fué mas violenta por el gran número de los que sufrieron entonces el martirio. Comenzó en Asia, y las primeras violencias se ejercieron en Esmirna. Se condujeron muchos cristianos de las inmediaciones, para atormentarlos. Fueron llevados al tribunal del gobernador de Asia, que residia en esta ciudad. Despues que ellos hubieron confesado generosamente á Jesucristo, se les hizo sufrir toda clase de tormentos, cuya descripcion se refiere en la hermosa carta que los fieles de Esmirna, testigos de su martirio, escribieron con tal motivo á las otras Iglesias. Estos mártires (se lee en esta carta) han sido de tal modo destrozados á azotes, que se les veían las venas, las arterias, y aun las entrañas. En medio de este cruel tormento, ellos permanecian firmes é inalterables; y cuando los espectadores se enternecian hasta llegar á derramar sus lágrimas, estos generosos soldados de Jesucristo no daban la menor que-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ja ni el mas leve suspiro. Veian sin desfallecer, correr su sangre por mil bocas: contemplaban tranquilos sus entrañas palpitantes: se presentaban al suplicio con un aire de gozo: sufrian en silencio, y sus lábios cerrados para la queja no se abrian sino para bendecir al Señor: como absortos y fuera de sí, unicamente escuchaban la voz de Jesucristo que estaba en ellos, y hablaba en su corazon: el gozo que les causaba su presencia, les hacia despreciar todos los tormentos: se tenian por felices con evitar los suplicios eternos, por un dolor de algunos momentos; y el fuego que sufrian les parecia fresco, en comparacion de aquel que no se estinguirá jamás: ellos tenian los ojos del corazon fijos sobre los inefables bienes que Dios reserva á los que perseveran: bienes que los ojos no han visto, que los oidos no han escuchado, y el corazon humano no ha jamás comprendido; pero que Dios les manifestaba para que ellos ya no fuesen hombres sino ángeles. Los que han sido condenados á las fieras, han sufrido las incomodidades de una larga prision, esperando el dia destinado á su coronacion. Se les veia desnudos y vertiendo sangre sobre escarpadas y agudas piedras: se agotaban á millares otras clases de tormentos para abatir su valor y hacerles renunciar á Jesucristo; porque nada hay que el infierno no haya intentado contra ellos; pero por la gracia de Dios nada ha podido vencerlos. Un jóven llamado Germano, alentaba á los otros con su ejemplo. Antes de ser espuesto á las bestias, el procónsul por un sentimiento de humanidad, le ecshortaba á que tuviese piedad de sí mismo; pero el santo mártir le respondió con firmeza, que él desearia mejor perder la vida mil veces, que conservarla al precio de su inocencia. Despues, dirigiéndose valerosamente ácia un leon que venia á él, y buscando la muerte en las garras y dientes voraces de este animal, se apresuró á dejar allí el despojo sangriento de su cuerpo, y salir de un mundo en donde no se respiraba sino impiedad y crímen. Esta accion heroica encendió en cólera al pueblo que hacia resonar el anfiteatro con estas palabras: "Que se cas-
" tigue á los impíos, que se haga venir al obispo Policarpo!"

Adicion.=Celso publicó por el año 149, poco mas ó menos, su libro intitulado: Filaletes. En esta obra introduce el autor á los cristianos, disputando con los judios; y despues ridiculiza á unos y á otros, intentando hacerlos igualmente odiosos y despreciables. Este satírico filósofo dice: que al paso que los adoradores del crucificado se multiplican, se han formado entre ellos una infinidad de testigos, cada uno de ellos se esfuerza á superar á sus rivales y destruirlos.

A la apología de San Justino deben añadirse tambien la de Cuadrato y Arístides.

SAN POLICARPO,

OBISPO DE ESMIRNA,

Preso y presentado al procónsul.

BUSCABAN por todas partes á San Policarpo para hacerle morir; y las pesquisas llegaron á hacerse con mas empeño, desde que el pueblo irritado por la constancia de los mártires, pidió á gritos que el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

santo fuese entregado á su furor. El santo obispo no se turbó: quiso permanecer en la ciudad; pero cedió á las súplicas de los fieles, y se retiró á una casa, que no estaba distante de allí. Algunos dias despues, como con frecuencia lo buscaban, se pasó á otra de campo. Acababa de salir de allí, cuando llegaron los que le buscaban: no habiéndole encontrado, preguntaron por él á dos jóvenes, de los que el uno, cediendo á los tormentos, descubrió la nueva morada del santo obispo. Los flecheros que estaban armados, como para prender á un ladron, llegaron allí un viérnes al principio de la noche. San Policarpo estaba entonces acostado en una recámara alta: habria podido salvarse; pero no quiso hacerlo, y dijo: *Hágase la voluntad de Dios.* Bajó, pues, y vino á hablar á los flecheros, quienes viendo su avanzada edad y su firmeza, no pudieron dejar de esclamar; ¿y era necesario apresurarse tanto para aprisionar á este buen viejo? Estaban ellos disgustados por haber sido encargados de una comision tan odiosa; pero lo habrian sido aun mas, si se les escapase la ocasion de una fortuna que les aseguraba ordinariamente esta suerte de espediciones. San Policarpo les hizo disponer una gran cena, y habiendo obtenido algun tiempo para orar, pidió con los ojos levantados ácia el cielo, por toda la Iglesia; y lo hizo con tanto fervor, que todos los asistentes, y aun sus mismos enemigos, estaban llenos de admiracion. Cuando llegó el tiempo de partir, se le hizo montar en un asno para llevarlo á la ciudad. A su llegada, fué inmediatamente conducido al anfiteatro, en donde el pueblo estaba reunido: se le presentó al procónsul, quien le ecshortó á

obedecer las órdenes del emperador, para salvar su vida. Conservad vuestra vejez, le dice este magistrado, ¿creis poder sostener los tormentos cuya vista hace temblar á la mas vigorosa juventud? Pero el santo obispo se manifestó tan insensible á sus amenazas, como á la falsa piedad que le manifestaba. Le urgía el procónsul diciéndole: Maldice á Cristo, y te dejaré libre: Policarpo respondió: Hace ochenta y seis años que le sirvo, y hasta ahora no me ha hecho mal alguno, ¿cómo podré blasfemar contra mi Rey que me ha salvado? El procónsul le dice: Jura por la fortuna de los Césares: os tomais un trabajo inútil, respondió el santo obispo, como si no me conocieseis: yo declaro públicamente que soy cristiano: si quereis saber cuál es la doctrina de los cristianos, yo os la haré conocer. El procónsul le amenazó, que lo espondria á las fieras. Me es ventajoso, dice el santo obispo, llegar por medio de los sufrimientos á la perfeccion de la virtud; pues ya que no temeis á las fieras (añadió el procónsul) os haré quemar vivo. El santo obispo respondió: Me amenazais con un fuego que en un momento se estingue; porque no conoceis el fuego eterno que está reservado á los impíos: ¿pero qué os detiene? Haced de mí lo que os agrade; y al decir esto, parecia lleno de confianza y de gozo: la gracia que brillaba en su semblante, sorprendia al procónsul. Entonces el pueblo furioso, esclamó: *Que sea entregado á las fieras: este es el Padre de los cristianos y el enemigo de nuestros dioses;* mas como se habia acabado ya el tiempo de los regocijos públicos, condenó el procónsul al santo obispo, á que fuese quemado vivo.

MARTIRIO DE S. POLICARPO.

Luego que se pronunció la sentencia, todo el pueblo corrió en tropel, para buscar leña y construir la hoguera. Entonces el santo mártir se quitó su cíngulo, se despojó de sus vestidos, y semejante á una víctima electa entre todo el rebaño, subió á la hoguera, como sobre un altar, para ser inmolada allí. Se disponian á atarle, segun costumbre, con cadenas de hierro; pero él dijo á los verdugos: Dejadme así: aquel que me da fuerza para sufrir el fuego, me hará permanecer firme sobre la hoguera, sin que sean necesarias vuestras cadenas. Se contentaron entonces con atarle las manos á las espaldas; y levantando los ojos al cielo el santo mártir, hizo esta deprecacion: Dios Todopoderoso, Padre de Jesucristo, vuestro Hijo muy amado, por quien hemos recibido la gracia de conoceros, yo os doy gracias porque me habeis hecho llegar á este dia feliz, en que debo entrar en la sociedad de vuestros mártires, y participar del cáliz de vuestro hijo, para resucitar á la vida eterna: sea yo admitido hoy en vuestra presencia como una víctima agradable: yo os alabo, os bendigo, os glorifico por el pontífice eterno Jesucristo vuestro Hijo, á quien sea dada gloria, con vos y el Espíritu Santo, ahora y en todos los siglos. Amén. Cuando hubo acabado su deprecacion, se encendió la hoguera, y se elevó inmediatamente una gran llama, que por un admirable prodigio no tocó al cuerpo del santo mártir, sino que le rodeó en forma de bóveda. Estaba en medio de la hoguera, como el oro en el crisol, y ecshalaba un olor tan agradable, como el de los mas escelentes perfúmes. Los paganos viendo que no se quemaba, lo atravesaron con una espada, y la sangre salia con tanta abundancia, que apagó el fuego. Esta historia del martirio de San Policarpo, fué escrita por los que fueron testigos de él. Añaden que los paganos no permitieron que levantasen de allí el cuerpo, sino que lo hicieron consumir por temor de que los cristianos no dejasen al crucificado (decian ellos) para adorar á éste: á lo que los escritores de esta historia responden, ¿no saben ellos que nosotros jamas podremos dejar á Jesucristo, que ha sufrido por la salud de todos, ni honrar á otro alguno? No le adoramos sino porque es el Hijo de Dios, y no consideramos á los mártires, sino como sus discípulos é imitadores; y los reverenciamos con justicia por la fidelidad que han guardado á su Rey y á su Señor. Acaban así su historia: sacamos del fuego sus huesos, mas preciosos que las piedras finas, y los pusimos en un lugar conveniente, en donde esperamos reunirnos todos los años, para celebrar con gozo la fiesta del santo mártir, para que los que vengan despues de él, sean escitados á prepararse al combate; se ve por estas últimas palabras que desde los primeros siglos, la Iglesia Católica ha honrado á los santos, como siervos y amigos de Dios; y que en todos tiempos ha visto con una religiosa veneracion sus reliquias, ó los restos de su cuerpo, por haber sido víctimas inmoladas, ó por el martirio, ó por la penitencia, y como miembros vi-

004298

vos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo. Esta práctica, está pues, autorizada por la tradicion de todos los siglos; y por consiguiente, apoyada sobre los fundamentos mismos de la religion.

Adicion.—Marcion, heresiarca, tanto mas seductor, cuanto en la apariencia se oponia su doctrina á la de todos los que hasta entonces se habian separado de la Iglesia, habia tenido en Roma mucho séquito; obligaba á sus sectarios á abstenerse de carne y de vino, y á practicar rigurosos ayunos: condenaba absolutamente el matrimonio, fundándose en la doctrina de los dos principios, que fué invencion suya, aunque despues la adoptaron los maniqueos. Con esta afectacion procuraba ocultar el motivo de su vergonzosa apostasía. Era hijo de un santo obispo, el cual le escomulgó por un pecado de incontinencia; y como en Roma se aprobó la conducta del obispo, amenazó con despecho, que habia de perseguir una religion donde, segun él decia, se le trataba con tanto rigor. Abrazó los estravagantes y sacrílegos principios de Cerdon, sobre la naturaleza y division de la divinidad. Apeles, su discípulo, precipitado como él en la heregía por un pecado deshonesto, del que no quiso sufrir la debida penitencia, le imitó igualmente en sus errores. Enseñaba con Marcion, que habia dos dioses, uno bueno y otro malo; el malo criado por el bueno. Por lo que hace á Nuestro Señor Jesucristo, decia que no habia tenido una carne real y verdadera, sino un cuerpo celeste y aereo. Negaba la resurreccion de la carne. A las almas atribuia la diversidad de secsos: publicaba como revelacion los delirios de Filumena, muger que se cree estaba endemoniada. Pocio, Basílico y Cineros, siguieron igualmente á Marcion. Rodon, doctor ortodoxo, estrechó tan vivamente á Apeles en la disputa, que le hizo conocer los errores de su doctrina; mas por no confesarse vencido, le contestó, que no se debia examinar la religion, y que cada uno podia persistir en la suya. Marcion, encontrando en Roma á San Policarpo, preguntó al santo si le conocia: te conozco, le respondió, por primogénito de Satanas.

(AÑO 174 DE JESUCRISTO.)

LEGION FULMINANTE.

EL emperador Marco Aurelio hizo cesar estas persecuciones, con motivo de un favor singular que recibió del cielo, por la mezcla de los soldados cristianos que servian en su ejército; pues tanto los campos como las ciudades y campiñas, estaban llenas de cristianos. Dios se servia de los soldados romanos como de misioneros, para llevar la religion hasta los paises mas remotos, á donde ellos eran enviados para servicio del estado, y hacia algunas veces milagros por medio de los cristianos, en su favor. El que obró por las oraciones de la legion fulminante, fué muy esclarecido. El emperador hacia la guerra á los Sarmentos y á otros pueblos de la Germania. El ejército romano se encontró comprometido en las montañas áridas de Boemia, y rodeado de pueblos bárbaros superiores á ellos en número. Era la fuerza del estío, y hacia un calor escesivo, y no habia agua en aquel lugar. Los romanos estaban en peligro de perecer por la sed. En esta tribulacion, los cristianos se pusieron de rodillas y dirigieron á Dios fervorosas súplicas delante del enemigo que se burlaba de ellos; pero de improviso, el cielo se nubló y llovió con abundancia en el lado donde estaban los romanos. Al principio te-

vos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo. Esta práctica, está pues, autorizada por la tradicion de todos los siglos; y por consiguiente, apoyada sobre los fundamentos mismos de la religion.

Adicion.—Marcion, heresiarca, tanto mas seductor, cuanto en la apariencia se oponia su doctrina á la de todos los que hasta entonces se habian separado de la Iglesia, habia tenido en Roma mucho séquito; obligaba á sus sectarios á abstenerse de carne y de vino, y á practicar rigurosos ayunos: condenaba absolutamente el matrimonio, fundándose en la doctrina de los dos principios, que fué invencion suya, aunque despues la adoptaron los maniqueos. Con esta afectacion procuraba ocultar el motivo de su vergonzosa apostasía. Era hijo de un santo obispo, el cual le escomulgó por un pecado de incontinencia; y como en Roma se aprobó la conducta del obispo, amenazó con despecho, que habia de perseguir una religion donde, segun él decia, se le trataba con tanto rigor. Abrazó los estravagantes y sacrílegos principios de Cerdon, sobre la naturaleza y division de la divinidad. Apeles, su discípulo, precipitado como él en la heregía por un pecado deshonesto, del que no quiso sufrir la debida penitencia, le imitó igualmente en sus errores. Enseñaba con Marcion, que habia dos dioses, uno bueno y otro malo; el malo criado por el bueno. Por lo que hace á Nuestro Señor Jesucristo, decia que no habia tenido una carne real y verdadera, sino un cuerpo celeste y aereo. Negaba la resurreccion de la carne. A las almas atribuia la diversidad de secsos: publicaba como revelacion los delirios de Filumena, muger que se cree estaba endemoniada. Pocio, Basílico y Cineros, siguieron igualmente á Marcion. Rodon, doctor ortodoxo, estrechó tan vivamente á Apeles en la disputa, que le hizo conocer los errores de su doctrina; mas por no confesarse vencido, le contestó, que no se debia examinar la religion, y que cada uno podia persistir en la suya. Marcion, encontrando en Roma á San Policarpo, preguntó al santo si le conocia: te conozco, le respondió, por primogénito de Satanas.

(AÑO 174 DE JESUCRISTO.)

LEGION FULMINANTE.

EL emperador Marco Aurelio hizo cesar estas persecuciones, con motivo de un favor singular que recibió del cielo, por la mezcla de los soldados cristianos que servian en su ejército; pues tanto los campos como las ciudades y campiñas, estaban llenas de cristianos. Dios se servia de los soldados romanos como de misioneros, para llevar la religion hasta los paises mas remotos, á donde ellos eran enviados para servicio del estado, y hacia algunas veces milagros por medio de los cristianos, en su favor. El que obró por las oraciones de la legion fulminante, fué muy esclarecido. El emperador hacia la guerra á los Sarmentos y á otros pueblos de la Germania. El ejército romano se encontró comprometido en las montañas áridas de Boemia, y rodeado de pueblos bárbaros superiores á ellos en número. Era la fuerza del estío, y hacia un calor escesivo, y no habia agua en aquel lugar. Los romanos estaban en peligro de perecer por la sed. En esta tribulacion, los cristianos se pusieron de rodillas y dirigieron á Dios fervorosas súplicas delante del enemigo que se burlaba de ellos; pero de improviso, el cielo se nubló y llovió con abundancia en el lado donde estaban los romanos. Al principio te-

nian la cabeza levantada y recibian la agua en la boca; ¡tal era la sed que los oprimia! despues llenaron sus cascos y bebieron abundantemente ellos y sus caballos. Los bárbaros creyeron que este momento era favorable para atacarlos, y mientras que los veian ocupados en satisfacer su ardiente sed, se preparaban para caer sobre ellos; pero el cielo, sirviendo de escudo á los romanos, hizo caer sobre sus enemigos un formidable granizo mezclado de rayos que despedazaban sus batallones, mientras que las tropas de Marco Aurelio eran rociadas con una lluvia suave y consoladora. Este prodigio dió la victoria á los romanos. Los bárbaros arrojaron sus armas y vinieron á buscar un asilo en medio de sus enemigos, para ponerse al abrigo de la tempestad que asolaba su campo. Todos consideraron tal suceso como milagroso. Las tropas cristianas que habian obtenido del cielo este favor, fueron llamadas la legion fulminante, ó incorporadas á la que ya tenia este nombre. El mismo emperador escribió al senado este suceso. El historiador Eusebio refiere, que Marco Aurelio decia en esta carta, que su armada estando espuesta á perecer, se habia salvado por las oraciones de los cristianos. El emperador tomando en favor de ellos las disposiciones mas favorables, mandó que se les tratase con menos rigor; y prohibió que se les persiguiese por causa de su religion. Para perpetuar la memoria de este prodigio, se levantó en Roma un monumento perpétuo, que aun hoy se vé allí la representacion de este suceso, de bajo relieve, en la columna antoniana, erigida en aquel tiempo. Los romanos se representaban allí con las armas en las manos, entre los bárbaros, que se veian tendidos por tierra con sus caballos; y sobre ellos caian unas lluvias mezcladas de rayos y centellas, que parecia que los confundian. Con este motivo la armada dió á Marco Aurelio el título de Emperador, por séptima vez; y aunque no acostumbraba á recibir títulos antes que el senado lo hubiese ordenado, recibió entonces este como enviado del Cielo.

Adicion.=Montano, eunuco, natural del pueblo de Ardabán, en la Frigia, deseaba con ardor el Episcopado: indignado por haber sido escluido aunque tan justamente, de esta dignidad, y arrebatado de furor, comenzó á proferir cosas del todo estraordinarias y ridículas, á las que unos rústicos Frigios, sea por adulacion ó por ignorancia, dieron el nombre de profecías: esta opinion que tanto lisongeaba su vanidad, le movió á forjar la secta, á cuyos secuaces dió el nombre de *montanistas*. Montano se preferia á todos los Profetas y á los santos Apóstoles: decia que él era el paráclito prometido por el Redentor, que venia á salvar al mundo por no haberlo podido hacer Dios con la encarnacion del Verbo. Juntáronse al seductor dos mugeres perdidas y endemoniadas como él. Muchos Santos Obispos quisieron espeler los demonios que las poseian; pero con sagacidad no lo permitieron sus partidarios codiciosos. Varias asambleas eclesiásticas en la Asia, declararon hereje á Montano, y lo arrojaron de la Iglesia. Se tiene por cierto, que él y Maesimila se ahorcaron con sus propias manos. No se estinguió su secta hasta muchos años despues de su muerte. Sedujo á unos hombres doctos que antes habian hecho servicios á la Iglesia, y esta heregía se dividió en una multitud de ramas diferentes por los años 174 hasta 179.

(AÑO 177 DE JESUCRISTO.)

PERSECUCION EN LAS GALIAS.

APENAS habian pasado tres años despues del milagro de la Legion fulminante, cuando volvió á tomarse con ardor la persecucion, bajo el nombre y

autoridad de Marco Aurelio, sea porque pasado este tiempo se le hubiese persuadido que aquel prodigio era debido á sus dioses, sea por el ciego furor de los pueblos, ó por el odio de los oficiales romanos, que cuando querian, hacian revivir los antiguos edictos. Esta nueva tempestad estalló principalmente en Leon. Se creía que la fé habia sido llevada allí, y que San Teofimo, primer obispo de Arlés, habia sido enviado á ese punto por San Pedro, desde donde el don de la fé se comunicaba á las provincias vecinas. Los progresos rápidos del Evangelio en esta comarca, escitaron la rabia de los idólatras: se comenzó por hacer aborrecibles á los cristianos, imputándoles los mas grandes crímenes: se les prohibió concurrir á los mercados y edificios públicos. Estas vejaciones eran acompañadas de toda clase de ultrages: en cualquier parte que se presentaban, les arrojaban piedras, los estropeaban y les llevaban á presencia de los magistrados. Los pormenores de esta persecucion, se encuentran en una carta interesante, que los fieles de Leon escribieron á los de Asia. Los que de entre nosotros fueron interrogados, (dicen ellos) sobre la religion, la confesaron con valor, y se les puso en una estrecha prision, hasta la llegada del presidente, que ya se esperaba. Habiendo éste llegado á Leon, algunos dias despues, les hizo llevar á su tribunal, y este juez apasionado, los trató con tanta dureza, que un jóven llamado Epágato, que estaba presente, no pudo reprimir su indignacion. Él era cristiano, y amaba á Dios de todo corazon: tenia igualmente una ardiente caridad con sus prójimos: sus costumbres eran puras, y su vida austéra, aunque estaba aun

en la edad de las pasiones: seguia el camino del Señor, y cumplia sus preceptos, siempre pronto á servir á Dios, á la Iglesia y al prójimo: siempre animado del celo de la gloria de su Señor, siempre lleno de fervor por la salud de sus hermanos. Suplicó, pues, que le fuese permitido hablar una palabra para defender la inocencia de los cristianos; ofreciendo patentizar, que la acusacion de impíos é irreligiosos con que se les abrumaba, no era sino una pura calumnia; pero al momento se oyeron contra él mil voces al derredor del tribunal. El juez por su parte, ofendido de la peticion que habia hecho, para hablar en favor de los acusados, le preguntó, si era cristiano él; y Epágato lo confesó en alta voz; y al instante fué puesto en el número de los mártires. El juez le dió por mofa el glorioso nombre de *abogado de los cristianos:* haciendo de este modo, sin pensar en ello, su elogio con una sola palabra. El ejemplo de Epágato animó á los otros cristianos, que públicamente se declararon por tales, é hicieron con un júbilo que resaltaba en su semblante y en el tono de su voz la pública confesion de los mártires. Entre tanto, se habia dado órden de prender al bienaventurado Pótino, obispo de Leon, que, en un cuerpo agoviado por la vejez, manifestaba los sentimientos de una alma jóven y vigorosa; y lo condujeron los soldados hasta el tribunal. El pueblo le seguia cargándole de oprobios: el santo anciano dió entonces un ilustre testimonio de la divinidad de su Maestro; porque habiéndole preguntado el presidente, quién era el Dios de los cristianos: vos le conoceriais, dijo el santo obispo, si fuerais digno de conocerle. Inmediatamente fué arranca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do de aquel lugar, arrastrado con violencia, y lleno de golpes. Los que estaban inmediatos al santo anciano, lo golpeaban con piés y manos: los que estaban mas distantes, le arrojaban todo lo que podian encontrar, sin respetar su avanzada edad. Hubieran creido todos cometer una grande impiedad, si hubieran dejado de insultar al enemigo de sus dioses. Lo dejaron medio muerto las manos de estos furiosos, y lo arrojaron en una prision donde espiró dos dias despues.

Adicion.—Algunos montanistas seguian á Próculo ó Próclo, otros á Esquines, otros á una muger llamada Quintila. Estos últimos llegaron al estremo de admitir á las mugeres al sacerdocio y al episcopado. Los esquinistas añadieron á los errores de Montano, la confusion de las personas de la Trinidad, por los años 176 hasta 179. El inventor de este dogma impio, fué Prajéas, y despues lo enseñó Sabélio, con mayor celebridad y escándalo. Teodóto de Bizancio renovó las impiedades de Cerintho y Ebion contra el Verbo encarnado, para cohonestar su ignominiosa apostasia; pues para librarse de la prision que con otros muchos cristianos padecia, negó la fé, y publicaba que no habia renegado de Dios, sino de un hombre, cual es Jesucristo, que nada tiene de divino. Hubo tambien otro Teodóto, posterior al de Bizancio, que enseñaba la misma doctrina respecto de Jesucristo, y aun añadia, que le era superior Melquisedec, por cuyo ridículo sistema, tomaron el nombre sus discípulos de melquisedequianos.

Hermógenes, poco despues, casi por el año de 179, predicaba las mas estravagantes especies en Africa; mas su principal error consistia en decir, que el alma del hombre es un fuego ó aire sutil, creado por los ángeles, ó mas bien formado de otra sustancia preexistente; por consiguiente defectible, y no inmortal.

TORMENTOS QUE SUFRIERON LOS SANTOS MARTIRES.

SE unieron despues el furor del magistrado y del pueblo contra la persona de Sancto, diácono de la iglesia de Leon, de Maturo, que no era aun sino

neófito de Atalo, y de una niña llamada Blandina, que era esclava. La estrema delicadeza de Blandina, hacia temer que no tuviese el valor necesario para confesar; pero la fortaleza valerosa de esta jóven, admiró á todos los asistentes, y cansó á los verdugos, que uno despues de otro la atormentaron, desde por la mañana hasta en la tarde. Despues de haber agotado sobre su cuerpo todo lo que la crueldad puede inventar de variedad de tormentos, se vieron precisados á ceder, y á confesarse vencidos por una niña de pocos años; y no podian concebir como ella respiraba aun: uno solo de los tormentos que habia sufrido, era mas que suficiente, para haberla hecho morir; pero esta admirable niña, cuando se le cambiaba de suplicio, se rehacia de nuevas fuerzas. Las manifestaciones de amor que ella daba á Jesucristo, parecian reanimarla: su consuelo y su reposo lo encontraba en decir: *Yo soy cristiana;* nada malo se hace entre nosotros. El diácono Sancto, sufrió tambien increibles tormentos. Los paganos esperaban hacerle proferir alguna palabra indigna de él; pero tuvo suficiente constancia para no decir su nombre, ni su patria, ni su clase: á todas las preguntas que le hicieron, no respondió sino estas palabras: Yo soy cristiano. Su firmeza irritó al presidente y á los ejecutores; despues de los tormentos comunes, se hicieron enrojecer al fuego láminas de cobre, y se le aplicaron á los puntos mas sensibles y delicados del cuerpo. El santo mártir sentia arder su carne, sin hacer el menor movimiento, y sin manifestar la mas pequeña señal de dolores. Los verdugos le dejaron cuando todo su cuerpo estaba ya convertido en una lla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ga: apenas podian ya distinguirse en él algunos rasgos de la forma humana: todos sus miembros estaban contraidos ó mutilados, ó no ocupaban ya su sitio natural; pero este cuerpo tan desfigurado como se hallaba, era un objeto de admiracion: él estaba animado por Jesucristo, que hacia en él maravillas dignas de su Omnipotencia, y que usaba de estos restos informes para confundir al tirano, para convencer al demonio y destruir su imperio. Se veia sensiblemente que el amor de Dios cuando es vivo y perfecto, vence todo temor y hace insensibles los tormentos. Enfurecidos los verdugos, habian vuelto á tomar al santo mártir para atormentarlo de nuevo: creian que iban ya á abatir su constancia, volviendo á abrir de nuevo sus llagas aun inflamadas, volviendo á poner en ellas el hierro y el fuego tan encendidos, que apenas podian sufrirse un solo instante en la mano; pero quedaron burlados; pues por un efecto manifiesto del divino poder, los nuevos tormentos sirvieron de remedio á las llagas que los primeros habian hecho: y el cuerpo del santo mártir quedó enteramente curado. Habiendo sido inútiles estos diversos tormentos, se encerró á los santos mártires en un oscuro calabozo, y se les pusieron en los pies unas trabas: eran estas una máquina de madera, que tenia las piernas de los mártires violentamente separadas. En este estado, el mas horrible que puede imaginarse, los verdugos enfurecidos por haberse visto tan frecuentemente vencidos por unos hombres moribundos, reunian contra ellos todo lo que el arte de atormentar les habia enseñado: este último tormento fué tan terrible, que muchos murieron en él. Dios lo permitió

así para su gloria; pero conservó á los otros, volvió la salud á sus cuerpos y aumentó la fuerza de sus almas, para nuevos combates. Aunque hubiesen sido privados de todos los socorros humanos, fueron de tal modo fortificados, que consolaron y dieron ánimo á los que estaban presentes.

HUMILDAD DE LOS SANTOS MARTIRES.

Entre todas las virtudes que brillaban en estos santos mártires, era aun mas admirable su profunda humildad: aunque hubiesen ellos confesado muchas veces á Jesucristo, aunque hubiesen sufrido con constancia los mas horribles tormentos, y llevasen sobre sus cuerpos las señales mas gloriosas de su victoria, no creian merecer aun el nombre de mártires, ni podian sufrir que se les diese este título. Cuando se nos escapaba, dicen los autores de esta relacion, llamarlos mártires en las conversaciones, ó cuando ellos recibian cartas que llevaran tal inscripcion, se afligian visiblemente y no podian dejar de hacernos moderadas, pero sinceras reconvenciones. Este nombre glorioso nos decian, no conviene sino á los que han acabado su carrera, y que Jesucristo ha recibido en el momento de su confesion; pero no á viles criaturas como nosotros; y estrechando nuestras manos y roceándolas con sus lágrimas, nos suplicaban que les alcanzácemos por nuestros ruegos, la gracia de terminar felizmente

sus trabajos: ellos poseian, no obstante, todas las virtudes de los mártires: su dulzura, su paciencia, y sobre todo, su generosa firmeza que los sobreponia á todo temor, y los hacia dignos de este nombre que rehusaban. La caridad no reinaba menos en su corazon, que la humildad sobre su espíritu: ponian todo su estudio y aplicacion en imitar la caridad de Jesucristo, y en formar sus sentimientos conformes á los de este Divino Salvador que ha amado á los hombres hasta morir por ellos: ellos perdonaban como él, á sus enemigos, y dirigian á Dios fervientes súplicas en favor de los que les perseguian: á nadie condenaban: con todo el mundo eran indulgentes, y particularmente con los pecadores que recurrian á la penitencia. Algunos por el temor de los tormentos habian sucumbido en el primer interrogatorio; y sin embargo, se les habia puesto en la misma prision, en donde estaban los santos mártires. No se les vió manifestar un celo austero para con estos débiles cristianos; antes bien, dándoles la mano para ayudarles á levantarse, les manifestaban los sentimientos de una tierna y compasiva madre, y con torrentes de lágrimas que derramaban en la presencia del Señor, obtuvieron de su misericordia infinita, el perdon de sus hermanos. En efecto, los que habian sido vencidos, reconocieron su falta, y la repararon despues por una valerosa confesion. Su arrepentimiento no fué menos glorioso á Jesucristo, que sensible á los paganos; porque en el interrogatorio que sufrieron segunda vez, (pero separadamente y solo por ceremonia, como que ya entonces debian ser puestos en libertad) quedó el juez sorprendido al oirlos confesar á Jesucristo; satisfacieron asimismo su resolucion por un fervoroso cristiano llamado Alejandro, médico de profesion, que se habia llegado al tribunal, y que por repetidas señas los ecshortaba á permanecer firmes en la fé. Habiendo notado esto el pueblo, y furioso de ver que los que ya habian renunciado la fé, volvian á ella y la confesaban con valor; convirtió su ira contra Alejandro, y lo denunció al presidente. Este magistrado le preguntó quién era: Alejandro, respondió, soy cristiano. A causa de esta respuesta fué puesto en el número de los mártires; y habiendo sido condenado á las fieras, recibió una nueva corona.

ULTIMO COMBATE DE LOS MARTIRES.

Despues de haber dejado á los santos mártires en la prision por algunos dias, se les hizo salir para efectuar la sentencia que los condenaba á diversos géneros de muerte. Maturo, Sancto, Blandina y Atalo, se destinaron al anfiteatro, y se escogió un dia en que al pueblo se daba un espectáculo. Despues de haberles hecho sufrir nuevamente los tormentos que servian como de ensayo á su suplicio, fueron entregados á las fieras, que parece habian depuesto su furor. Entonces el pueblo pidió que obligasen á Maturo y á Sancto á sentarse en una silla de hierro enrogecida al fuego. Como vieron que despues de estos diversos tormentos respiraban aun todavia, se vieron en la necesidad de terminar sus sufrimientos al filo de la espada, cuyo golpe re-

cibieron en la garganta. Blandina habia sido atada á un poste, con los brazos estendidos, y la vista de la santa que representaba al Señor en la cruz, sostuvo el valor y constancia de los mártires. Como las fieras no se habian atrevido á tocarla, se reservó para el dia siguiente; pero el pueblo irritado pidió á Atalo, que era muy conocido. Se le hizo dar vuelta al anfiteatro, llevando delante de él un cartel en que se leian estas palabras: *Atalo, cristiano.* Bramaban los paganos contra él, y no cesaban de pedir su muerte; pero el presidente habiendo entendido que era ciudadano romano, lo volvió á la prision con otros mártires, esperando la respuesta del emperador, á quien escribió sobre este asunto. El emperador respondió que era preciso hacer morir á todos aquellos que persistiesen en confesar á Jesucristo; y poner en libertad á todos los que le renunciasen. El presidente, entonces sentado en su tribunal, hizo comparecer á los prisioneros, y nuevamente les preguntó. Todos ellos perseveraron en su confesion y la sentencia fué pronunciada. Al dia siguiente el médico Alejandro fué conducido al anfiteatro con Atalo, á quien el juez por complacer al pueblo, habia condenado al mismo suplicio, sin embargo de ser ciudadano romano. Uno y otro, despues de haber sufrido los tormentos ordinarios, fueron degollados. El último dia de los espectáculos, presentaron á Blandina junta con un jóven cristiano llamado Póntico, de edad de quince años. Se les aplicó toda suerte de tormentos, sin atender á la edad corta del uno, ni al débil secso de la otra. Ellos permanecieron firmes en la fé, y caminaban á la muerte con mas gozo que si fuesen

á un festín. El jóven consumó primero su sacrificio, y Blandina quedó sola en la palestra. La ataron con un cordel y la espusieron á un toro enfurecido, que la golpeó por largo tiempo; pero la esperanza de una vida eterna, y su amor ácia Dios, la hacian insensible. Como una víctima, en fin, pura y obediente, ofreció la garganta al cuchillo, que la inmoló al Dios que adoraba. A juicio de los paganos mismos, jamás muger alguna habia sufrido tormentos tan crueles y multiplicados. La rábia de sus perseguidores no habia cesado; ella se ejerció sobre los mismos cadáveres: aquellos hombres que habian perdido todo sentimiento de humanidad, entregaron á los perros los cuerpos de los santos mártires: despues recogieron todos los restos esparcidos, los quemaron y arrojaron sus cenizas al Ródano. Todas estas persecuciones fueron inútiles contra el poder del Señor. Despues se conoció por revelacion, el parage en donde las cenizas estaban reunidas: las que se recogieron con respeto y se colocaron bajo el altar de la Iglesia, que se erigió en honor de los santos Apóstoles, que el dia de hoy se llama con el nombre de San Nizier. Estos santos mártires ascendian al número de cuarenta y ocho, y sus nombres se han conservado.

MARTIRIO DE SAN EPIPODIO Y SAN ALEJANDRO.

La sangre de tantos mártires no habia podido estinguir el fuego de la persecucion. Un gran nú-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cibieron en la garganta. Blandina habia sido atada á un poste, con los brazos estendidos, y la vista de la santa que representaba al Señor en la cruz, sostuvo el valor y constancia de los mártires. Como las fieras no se habian atrevido á tocarla, se reservó para el dia siguiente; pero el pueblo irritado pidió á Atalo, que era muy conocido. Se le hizo dar vuelta al anfiteatro, llevando delante de él un cartel en que se leian estas palabras: *Atalo, cristiano.* Bramaban los paganos contra él, y no cesaban de pedir su muerte; pero el presidente habiendo entendido que era ciudadano romano, lo volvió á la prision con otros mártires, esperando la respuesta del emperador, á quien escribió sobre este asunto. El emperador respondió que era preciso hacer morir á todos aquellos que persistiesen en confesar á Jesucristo; y poner en libertad á todos los que le renunciasen. El presidente, entonces sentado en su tribunal, hizo comparecer á los prisioneros, y nuevamente les preguntó. Todos ellos perseveraron en su confesion y la sentencia fué pronunciada. Al dia siguiente el médico Alejandro fué conducido al anfiteatro con Atalo, á quien el juez por complacer al pueblo, habia condenado al mismo suplicio, sin embargo de ser ciudadano romano. Uno y otro, despues de haber sufrido los tormentos ordinarios, fueron degollados. El último dia de los espectáculos, presentaron á Blandina junta con un jóven cristiano llamado Póntico, de edad de quince años. Se les aplicó toda suerte de tormentos, sin atender á la edad corta del uno, ni al débil secso de la otra. Ellos permanecieron firmes en la fé, y caminaban á la muerte con mas gozo que si fuesen

á un festín. El jóven consumó primero su sacrificio, y Blandina quedó sola en la palestra. La ataron con un cordel y la espusieron á un toro enfurecido, que la golpeó por largo tiempo; pero la esperanza de una vida eterna, y su amor ácia Dios, la hacian insensible. Como una víctima, en fin, pura y obediente, ofreció la garganta al cuchillo, que la inmoló al Dios que adoraba. A juicio de los paganos mismos, jamás muger alguna habia sufrido tormentos tan crueles y multiplicados. La rábia de sus perseguidores no habia cesado; ella se ejerció sobre los mismos cadáveres: aquellos hombres que habian perdido todo sentimiento de humanidad, entregaron á los perros los cuerpos de los santos mártires: despues recogieron todos los restos esparcidos, los quemaron y arrojaron sus cenizas al Ródano. Todas estas persecuciones fueron inútiles contra el poder del Señor. Despues se conoció por revelacion, el parage en donde las cenizas estaban reunidas: las que se recogieron con respeto y se colocaron bajo el altar de la Iglesia, que se erigió en honor de los santos Apóstoles, que el dia de hoy se llama con el nombre de San Nizier. Estos santos mártires ascendian al número de cuarenta y ocho, y sus nombres se han conservado.

MARTIRIO DE SAN EPIPODIO Y SAN ALEJANDRO.

La sangre de tantos mártires no habia podido estinguir el fuego de la persecucion. Un gran nú-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mero de otros confesores, sufrieron entonces el martirio en las Gálias. La ciudad de Leon tuvo la gloria de dar á la Iglesia entonces dos héroes, Epipodio y Alejandro. Ambos eran jóvenes, de un nacimiento distinguido: una tierna amistad los habia unido, y la piedad habia ligado este nudo. Habiendo sido denunciados al presidente, se salieron de la ciudad y se refugiaron en la cabaña de una pobre viuda, donde por algun tiempo estuvieron acogidos; mas como se hacian unas exactas pesquizas, fueron descubiertos y puestos en prision. Tres dias despues les hicieron comparecer con las manos atadas á las espaldas, delante del tribunal del presidente. El juez les preguntó su nombre y la religion que profesaban: ellos manifestaron su nombre, y dijeron públicamente que eran cristianos. Al punto clamaron contra ellos, y el juez furioso, esclamó: ¿Qué todavia se tiene atrevimiento de violar los edictos de nuestros príncipes? ¿De qué han servido los tormentos que hemos hecho sufrir á otros muchos? Al punto, por temor de que mútuamente los santos no esforzasen su valor, los separaron. Alejandro que era de mas edad, fué conducido á la prision, y comenzaron á atormentar á Epipodio, que parecia mas debil; pero antes de hacerlo, el juez que esperaba ganarlo por medio de discursos afables, le dijo: no te obstines en perecer, nosotros adoramos á los dioses inmortales, á quienes todos los pueblos de la tierra y los emperadores, rinden adoracion con nosotros: honramos estos dioses con juegos, festines y regocijos; mas vosotros adorais á un hombre crucificado, á quien no se puede agradar, sino renunciando los placeres: dejad esa austeridad para gozar las dulzuras de la vida, que son tan conformes á vuestra edad: vuestra cruel compasion no me mueve, respondió Epipodio: vosotros ignorais que Jesucristo, despues de haber sido crucificado, resucitó; y que siendo por un inefable misterio Dios y hombre, ha abierto á los que le sirven el reino de los cielos; mas para hablaros de cosas que mas estén á vuestro alcance, ¿ignorais que el hombre es un compuesto de dos sustancias, alma y cuerpo? En nosotros el alma manda, y el cuerpo obedece: aquellos deleites á que vosotros os entregais en honor de vuestros dioses, halagan ciertamente los sentidos; pero ellos matan á la alma: nosotros hacemos la guerra al cuerpo; pero es para vivir al alma, y conservarla su imperio: vosotros despues de haber procurado satisfaceros como los brutos, no encontrais mas que una triste muerte, al paso que cuando nos haceis perecer, hallamos una eterna vida. El juez irritado con esta respuesta, le hizo abofetear; despues de tenderlo sobre un potro, dos verdugos de uno y otro lado, le desgarraron los costados con uñas de hierro; pero la crueldad del juez era muy lenta, comparada con los deseos de un pueblo furioso. Éste pidió á grandes gritos que se le entregase al santo para despedazarle. El presidente, que temia se le perdiese el respeto á su dignidad, dió órden de que se le cortase la cabeza. Un dia despues, el presidente que queria satisfacer su rabia y la del pueblo, por los suplicios que reservaba á Alejandro, le hizo comparecer ante su tribunal, y le dijo: Ahora puedes aprovecharte de los ejemplos de los demas: nosotros hemos hecho una guerra sangrienta á los cristianos, y tú solo á mi juicio eres

el único que nos ha quedado. Respondió Alejandro: doy gracias á Dios que se digna llamarme á los triunfos de los mártires: vos me animais con su ejemplo: basta, os engañais, el nombre de cristianos no puede perecer: soy cristiano y lo seré siempre. El presidente le hizo estender sobre el potro, con las piernas muy abiertas, y le atormentaban tres verdugos, que se remudaban uno despues de otro: durante este tormento, el santo mártir invocaba con fervor los socorros del cielo; y recibió tanta fortaleza, que primero se fatigaron de atormentarle los verdugos, que él se cansase de sufrir. El juez, por último, viéndole inflecsible, le condenó á morir en una cruz.

MARTIRIO DE S. SINFORIANO.

EN la misma persecucion, la ciudad de Autúm ofreció un espectáculo igualmente edificante en la persona de San Sinforiano, jóven de una familia distinguida. Un dia que se celebraba con pompa la fiesta de Cibeles, diosa del paganismo, manifestó Sinforiano el horror que tenia á este culto impío. Se le prendió y fué conducido al gobernador, que estaba entonces en Autúm, para hacer esactas pesquisas de los que fuesen cristianos. Sentado este en su tribunal, le dijo: ¿cómo has podido escaparte hasta ahora de mis investigaciones, cuando creia haber purgado esta ciudad de aquellos que se llaman cristianos? ¿Y por qué, dime, has rehusado adorar á la gran Cibeles? Sinforiano respondió: yo soy cristiano, no adoro mas que á un solo Dios que reina en el cielo; pero á la imágen del demonio, no solamente niego mi adoracion, sino que si vos me lo permitis, yo la reduciré á polvo: vuestro nacimiento, dice el juez, es el que os hace aparentar ese ardor impío; ¿pero sabes cuales son las órdenes del emperador? y desde luego hizo que se le leyese el edicto, que mandaba quitar la vida á cualquiera que rehusase sacrificar á los dioses: ¿qué respondes á esto? (añadió el juez) ¿podemos obrar nosotros contra las órdenes del príncipe? Ese ídolo, respondió Sinforiano, es una invencion del demonio, que procura perder á los hombres: y el cristiano que se entrega á la maldad, se precipita á los abismos: nuestro Dios tiene castigos para el pecado, así como tiene recompensas para la virtud: yo no llegaria á la puerta de la eterna bienaventuranza, sin perseverar en la confesion de su santo nombre. El juez con esta respuesta, le hizo azotar y le mandó á la prision: le hizo salir de ella despues de algunos dias, y le ofreció una gratificacion tomada del tesoro público, con una honrosa plaza en la milicia, si queria adorar á la estátua. Un juez, le dice Sinforiano, no debe perder el tiempo en discursos inútiles, ni tender lazos á la inocencia: yo no temo la muerte; pues debemos dar nuestra vida por aquel que es autor de ella, ¿y por qué no ofreceriamos á Jesucristo como un don, lo que algun dia debemos pagarle como una deuda? Vuestros favores no son mas que un veneno oculto, bajo un pérfido cebo: el tiempo arrastra vuestros bienes, como un rápido torrente:

nuestro Dios es el que únicamente puede concedernos una felicidad constante é inalterable. La antigüedad mas remota no ha visto el principio de su gloria, y la duracion de los futuros siglos, no verá su fin. Tú cansas mi paciencia, repuso vivamente el juez: si no sacrificas á Cibeles, ahora mismo te condenaré á la muerte, despues de haberte hecho sufrir horribles tormentos. Yo no temo mas que al Dios Todopoderoso que me ha criado, y á él únicamente sirvo, dijo el santo: mi cuerpo está en vuestro poder, pero no mi alma. El juez entonces lleno de furor, pronunció la sentencia en estos términos: que el sacrílego Sinforiano muera á cuchillo, para vengar así los dioses y las leyes. Cuando se le conducia al lugar del suplicio, su madre corrió, no para enternecerlo con sus lágrimas, sino para fortalecerlo y animarlo con sus ecshortaciones: ella le gritaba desde lo alto de las murallas: "hijo "mio Sinforiano, mi querido hijo, acuérdate del "Dios vivo, muestra tu valor, hijo mio: no se debe "temer una muerte que con seguridad conduce á "la vida; para que ninguna pena te cause lo terre- "no, levanta tu vista al cielo y desprecia los tor- "mentos, que no duran mas que algunos instantes: "si permaneces constante, los tormentos van á cam- "biarse por una eterna felicidad." La fé que hizo triunfar á esta generosa madre, de la ternura que inspira la naturaleza, no es menos admirable que la que hizo triunfar al hijo, de los horrores de la muerte.

APOLOGIA DE TERTULIANO.

LAS luces concurrian con los sufrimientos al triunfo del cristianismo; y la Iglesia no era menos defendida por los escritos sólidos de sus defensores, que honrada por el valor invencible de sus mártires. Tertuliano, sacerdote de Cartago, publicó entonces en favor de la religion cristiana, una obra que intituló Apologético, y que dió un golpe mortal al paganismo. Primero se queja de que se condenase á los cristianos sin querer escucharles: los cristianos, dice, son los únicos á quienes se quita la libertad de defenderse delante de sus jueces, y de informarlos de lo que debian saber para sentenciar con justicia. Demuestra, que las leyes que condenan la religion cristiana, son manifiestamente injustas, por haber sido dictadas por príncipes malos, cuya memoria y acciones detestan los mismos paganos. Contesta al reproche que se hacia á los cristianos de no adorar á los dioses del imperio. Despues de haber espuesto el origen de las divinidades paganas, lo absurdo de su culto y la indecencia de sus ceremonias, concluye que estos dioses son indignos del culto supremo, y demonios que engañan á los hombres: que se me presente aquí, dice él, alguno de los que se creen agitados de cualquiera divinidad, y que pronuncien oráculos: á la presencia de los cristianos mandándoles hablar, harán ver que es verdaderamente el demonio; y que sin em-

bargo se hacia adorar como un Dios: si no lo confiesa ó se atreve á mentir á un cristiano, consiento desde luego que este cristiano sea condenado á muerte. Es preciso que el don de espeler á los demonios fuese aun, muy comun en la Iglesia; supuesto que Tertuliano se atreve á hacer públicamente este desafio. Justifica á continuacion á los cristianos de la acusacion de impiedad, asignando el verdadero objeto de su culto. El Dios de los cristianos, dice, es aquel que ha sacado el universo de la nada con su poder: que todo lo ha arreglado con su sabiduría, y que todo lo rige por su Providencia. Así es que el magnífico espectáculo de la naturaleza, da el mas esclarecido testimonio de este Ser Supremo. Los mismos paganos, aunque ciegos por los perjuicios de su educacion, y por sus pasiones, naturalmente lo testifican, cuando en medio de los peligros esclaman: ¡Gran Dios! ¡buen Dios! testimonio de una alma naturalmente cristiana. Este es aquel Ser, que en todo tiempo se ha manifestado á sí mismo de viva voz en los escritos de los profetas que ha suscitado, y á quienes ha llenado de su espíritu. Estos escritos no pueden ser sospechosos, pues andan en las manos de los judíos nuestros enemigos, quienes los leen públicamente en las Sinagogas. La antigüedad de estos escritos no podrá contradecirse: es cierto que Moisés, el primero de estos autores, ecsistió mucho tiempo antes que los griegos y los romanos. Aquellos mismos profetas que ecsistieron despues, no son menos antiguos, que vuestros mismos historiadores y legisladores. El cumplimiento de las profecías prueba manifiestamente que son divinas; y nos aseguran la verdad

de aquellas que deben cumplirse en lo ulterior. Las Escrituras han anunciado las desgracias de los judíos, que nosotros vemos hoy literalmente cumplidas. Dios los habia colmado de favores por la piedad de sus padres, y les ha continuado su proteccion, hasta que ellos merecieron ser abandonados. No se puede desconocer la mano vengadora de Dios, viendo el estado infeliz á que han sido reducidos; desterrados de su propio pais, errantes en todo el universo, sin leyes, sin magistrados, sin patria: los oráculos mismos que les habian predicho estos males, les hacian ver al mismo tiempo, que Dios se habia escogido de todas las naciones y lugares, adoradores mas fieles, á quienes comunicar su gracia en vista de los méritos de aquel que debia ser su maestro y gefe. Tertuliano habla despues de Jesucristo, del misterio de su Encarnacion, y prueba su divinidad por las profecías, por sus milagros y por su resurreccion: dice, que las circunstancias de su muerte han parecido tan sorprendentes á los paganos mismos, que Pilato dió aviso de esto al emperador Tiberio, cuya relacion fué depositada en el archivo de Roma; y Tiberio habria creido en Jesucristo, si se pudiese ser á un mismo tiempo César y cristiano.

CONTINUACION DEL APOLOGÉTICO DE TERTULIANO.

Despues de haber establecido Tertuliano la verdad del cristianismo, desvanece con vigor las calum-

nias que se producian contra los cristianos: se nos acusa, dice, que no honramos á los emperadores por medio de los sacrificios: es verdad que no ofrecemos víctimas; pero dirigimos al Dios eterno nuestras súplicas por la salud de los emperadores: los respetamos, aunque no les demos el nombre de dioses, porque no podemos mentir. Nuestra fidelidad no puede ser sospechosa: de esto teneis una convincente prueba en la paciencia con que sufrimos las persecuciones: el pueblo continuamente nos apedrea; incendia nuestras casas: ni aun á los mismos cadáveres de los nuestros se les perdona en el furor de los bacanales: se les saca de sus sepulcros y los despedazan, y nosotros ¿hacemos por ventura alguna cosa para vengarnos de todas estas injurias? Si quisiésemos haceros una guerra abierta, ¿nos faltarian fuerzas y tropas? Nosotros ahora comenzamos á ser, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestros campos, los palacios, el senado y la plaza, únicamente os dejamos vuestros templos, ¿no seremos nosotros mas á propósito para la guerra aun con fuerzas desiguales, supuesto que no tememos la muerte, siendo una de nuestras máxsimas sufrirla mas bien que darla? Basta solo para vengarnos el abandonaros, y retirarnos lejos de vuestro imperio: os quedariais asombrados de vuestra soledad. Para mostrar que las asambleas de los cristianos nada tenian de facciosas, Tertuliano describe lo que allí pasa: nosotros, dice, formamos un solo cuerpo, porque tenemos una misma religion, una misma moral y una misma esperanza: nos reunimos á pedir á Dios en comun, como si quisiésemos obligarlo á que acceda á nuestras súplicas: esta violencia le es agrada-

ble: los que presiden nuestras asambleas, son ancianos de una probada virtud, que llegaron á este honor, no por la plata, sino por el laudable testimonio de su vida, pues en la Iglesia de Dios, nada se hace por el dinero: si hay entre nosotros alguna especie de tesoro, no hace á la religion vituperable: cada uno contribuye á él como quiere: á nadie se ecsige por fuerza á que dé: lo que se recoge, es un depósito sagrado; no lo disipamos en festines inútiles, sino que sirve á los alimentos de los huérfanos, al socorro de los pobres y de todos los enfermos. Es estraño que una caridad como esta sea para alguno vituperable: ved, dice, como se aman todos recíprocamente: ved como están dispuestos á morir los unos por los otros: nuestra union os asombra; pero vosotros mútuamente os aborreceis. Como todos tenemos una misma alma y un mismo espíritu, no tenemos dificultad para comunicarnos nuestros bienes: así, no es de admirar, que una amistad tan íntima como esta, produzca las reflecsiones comunes: tanto los pobres como los ricos, son admitidos á ellas (estas reflecsiones se llaman ágapas, que quiere decir, caridad): todo se hace allí con modestia y compostura: antes de sentarse á la mesa, se hace oracion y se come, como si Dios estuviese presente: la refeccion termina del mismo modo que comienza, es decir, por la oracion. Tales eran las juntas de los cristianos tan desacreditados entre los infieles. ¿Cómo puede decirse, añade, que dejamos el comercio de la vida? Nosotros vivimos en vuestra compañía: usamos del mismo alimento, vestuario y muebles que vosotros: nada de lo que Dios ha criado despreciamos: usamos únicamente de ello

con moderacion, dando gracias á aquel que es su autor: transitamos los mares, cultivamos la tierra, llevamos las armas, y comerciamos con vosotros: ¿por qué, pues, merecemos la muerte? Vosotros que juzgais á los criminales, decid si acaso entre ellos hay un solo cristiano: yo pongo por testigo vuestros registros. Entre los malhechores que se condenan diariamente por sus crímenes, no hay un solo cristiano, ó si lo hay, no puede tener otra causa que el serlo; y en caso que sea condenado por algun otro delito, ya no es cristiano. La inocencia es para nosotros una necesidad: perfectamente la conocemos; y habiéndola aprendido de Dios, que es nuestro Maestro, la guardamos fielmente como precepto de un juez á quien no se puede engañar. Tal era entonces la vida de los cristianos, en el tercer siglo de la Iglesia.

Adicion.—Hermas y Seleuco enseñaron en Galacia los errores de Hermógenes. Por este tiempo tomaron los discípulos de Pragéas el nombre de Patripacianos, porque no confesando en Dios mas que una sola persona, decian, que el Padre hecho hombre, fué el que murió en la cruz; por este motivo les llamaron igualmente monárquicos.

Tantas impiedades y delirios que en este siglo segundo se suscitaron, desaparecieron progresivamente como un débil humo; reportando de todos ellos nuestra santa religion, el mas glorioso triunfo. La divina Providencia tomó por instrumento para proteger la santa Iglesia, y hacer brillar con mas esplendor y hermosura su doctrina ortodoxa, la pluma de muchos doctores católicos. San Dionisio, obispo de Corintho, impugnó con particularidad la heregía de Montano, en sus cartas dirigidas á los fieles de Gortina, é iglesias de Lacedemonia, Aténas y Nicomedia. Escribió tambien Teófilo, obispo de Alejandría, un elegante tratado á Autólico, sobre el verdadero Dios y la verdad del cristianismo: es el primero que ha usado la palabra TRINIDAD, para esplicar la distincion de las divinas Personas. Rodon publicó otra obra contra Marcion, cuyos fragmentos conservó Eusebio.

Orígenes escribió contra la mayor parte de los hereges, principalmente contra los Marcionistas y los Valentinianos: contestó á la obra escrita por Celso contra la religion cristiana. Esta respuesta se ha mirado siempre como una Apología del cristianismo, la mejor de toda la antigüedad, tanto por su erudicion sagrada y profana, como por la pureza de su estilo, por el calor de sus espresiones y fuerza de razonamiento; de manera que Eusebio que escribió en el siglo IV, remite esta apología á los que desean tener un pleno conocimiento de la verdad de nuestra religion. Finalmente, S. Irineo, por el año 203 impugnó en su tratado de la Ogdoada, á los Valentinianos.

(AÑO 202 DE JESUCRISTO.)

QUINTA PERSECUCION BAJO EL EMPERADOR SEVERO.

Despues de la muerte de Marco Aurelio, gozó de alguna tranquilidad la Iglesia. El emperador Severo manifestóse al principio, humano con los cristianos, y aun se creia que estaba en favor de ellos; mas por los hechos posteriores no parece que dejaba aumentar su número, sino para tener mas víctimas que sacrificar á su furor. El año décimo de su reinado, publicó contra ellos sangrientos edictos, los que fueron ejecutados con tanto rigor, que los fieles creyeron que habia llegado ya el tiempo del anticristo. Comenzó la persecucion en Egipto, y fué allí muy violenta. Entre los mártires que allí derramaron su sangre, se distinguió una esclava jóven, llamada Potamina. El amo á quien pertenecia, hi-

zo algunas veces esfuerzo para corromperla; y viendo su resistencia, se llenó de furor, y resolvió perder á esta santa esclava. La denunció como cristiana, al gobernador de Alejandría; pero al mismo tiempo el gobernador le encargó que favoreciese á su pasion, prometiéndole una gruesa suma de plata si podia lograr el que Potamina se rindiese á sus deseos, á quien no debia condenar sino en caso que ella perseverase en su resistencia. Se condujo entónces al tribunal del gobernador, el que empleó todos los medios que pudo imaginar para seducirla; mas esta generosa esclava permaneció firme y no se dejó rendir ni por las engañosas caricias de este juez inícuo, ni por los suplicios con que la amenazaba. Su firmeza irritó al gobernador que la condenó á ser echada en una caldera de pez ardiendo. Cuando los ejecutores iban á despojarla, ella les suplicó que no le quitasen sus vestidos, y que en cámbio de esta gracia tan debida á su pudor, consentiria que la metiesen lentamente á la caldera, para que sus sufrimientos mas prolongados, fuesen una prueba del poder de Jesucristo, y de la fidelidad que ella queria guardarle. Los verdugos concediéndole lo que pedia, la sumergieron con tanto espacio, que le hicieron sufrir este tormento por espacio de tres horas: ellos mismos quedaron convencidos de que la gracia de Jesucristo hace á sus siervos superiores á las mas largas y duras pruebas. Uno de las guardias que asistia á su ejecucion, llamado Basílides, trataba á la santa con mucho decoro, é impedia que el populacho la insultase. La santa se manifestó agradecida y le prometió interesarse por él para con Dios. En efecto, pasado algun tiempo,

Basílides tocado por Dios, se declaró cristiano. Al principio se creyó que lo hacia por burla; pero se vió que perseveraba en la confesion de la fé, se le condujo al juez y le envió á la prision. Los fieles vinieron á visitarlo, y le ministraron el bautismo. Al siguiente dia fué degollado, despues de haber confesado gloriosamente á Jesucristo. Solo una religion hay verdadera, cuya divinidad se prueba en medio de los suplicios mas crueles.

MARTIRIO DE SAN IRINEO, OBISPO DE LEON.

La persecucion se estendió hasta las Gálias, y es indubitable que San Irineo, obispo de Leon, recibió en ellas la corona del martirio. Habia sido discípulo de San Policarpo, y en su escuela aprendió la ciencia de la religion, que le hizo una de las lumbreras de la Iglesia. San Policarpo formó á un mismo tiempo su espíritu y su corazon con sus lecciones y ejemplos. El discípulo por su parte, estaba penetrado de veneracion á las eminentes virtudes de su maestro: observaba cada una de sus acciones para llenar su espíritu, y escuchaba, dice el mismo santo, con mucha atencion sus instrucciones, y las tenia grabadas, no en tablas, sino en lo mas profundo de mi corazon: aun todavia está impresa en mi espíritu la gravedad de sus pasos, la magestad de su semblante, la pureza de su vida y las santas ecshortaciones con que alimentaba á su pueblo: me parece que le oigo decir aun, como habia conver-

zo algunas veces esfuerzo para corromperla; y viendo su resistencia, se llenó de furor, y resolvió perder á esta santa esclava. La denunció como cristiana, al gobernador de Alejandría; pero al mismo tiempo el gobernador le encargó que favoreciese á su pasion, prometiéndole una gruesa suma de plata si podia lograr el que Potamina se rindiese á sus deseos, á quien no debia condenar sino en caso que ella perseverase en su resistencia. Se condujo entónces al tribunal del gobernador, el que empleó todos los medios que pudo imaginar para seducirla; mas esta generosa esclava permaneció firme y no se dejó rendir ni por las engañosas caricias de este juez inícuo, ni por los suplicios con que la amenazaba. Su firmeza irritó al gobernador que la condenó á ser echada en una caldera de pez ardiendo. Cuando los ejecutores iban á despojarla, ella les suplicó que no le quitasen sus vestidos, y que en cámbio de esta gracia tan debida á su pudor, consentiria que la metiesen lentamente á la caldera, para que sus sufrimientos mas prolongados, fuesen una prueba del poder de Jesucristo, y de la fidelidad que ella queria guardarle. Los verdugos concediéndole lo que pedia, la sumergieron con tanto espacio, que le hicieron sufrir este tormento por espacio de tres horas: ellos mismos quedaron convencidos de que la gracia de Jesucristo hace á sus siervos superiores á las mas largas y duras pruebas. Uno de las guardias que asistia á su ejecucion, llamado Basílides, trataba á la santa con mucho decoro, é impedia que el populacho la insultase. La santa se manifestó agradecida y le prometió interesarse por él para con Dios. En efecto, pasado algun tiempo,

Basílides tocado por Dios, se declaró cristiano. Al principio se creyó que lo hacia por burla; pero se vió que perseveraba en la confesion de la fé, se le condujo al juez y le envió á la prision. Los fieles vinieron á visitarlo, y le ministraron el bautismo. Al siguiente dia fué degollado, despues de haber confesado gloriosamente á Jesucristo. Solo una religion hay verdadera, cuya divinidad se prueba en medio de los suplicios mas crueles.

MARTIRIO DE SAN IRINEO, OBISPO DE LEON.

La persecucion se estendió hasta las Gálias, y es indubitable que San Irineo, obispo de Leon, recibió en ellas la corona del martirio. Habia sido discípulo de San Policarpo, y en su escuela aprendió la ciencia de la religion, que le hizo una de las lumbreras de la Iglesia. San Policarpo formó á un mismo tiempo su espíritu y su corazon con sus lecciones y ejemplos. El discípulo por su parte, estaba penetrado de veneracion á las eminentes virtudes de su maestro: observaba cada una de sus acciones para llenar su espíritu, y escuchaba, dice el mismo santo, con mucha atencion sus instrucciones, y las tenia grabadas, no en tablas, sino en lo mas profundo de mi corazon: aun todavia está impresa en mi espíritu la gravedad de sus pasos, la magestad de su semblante, la pureza de su vida y las santas ecshortaciones con que alimentaba á su pueblo: me parece que le oigo decir aun, como habia conver-

sado con San Juan y con otros muchos que habian visto á Jesucristo, las palabras que habia escuchado de su boca, y todas las particularidades que ellos habian aprendido, tanto de los milagros, como de la doctrina de este divino Salvador: todo lo que él decia, era conforme á las divinas Escrituras. San Irineo fué escogido por sucesor de San Pótino en la Iglesia de Leon: tenia todas las cualidades necesarias para consolar y sostener esta Iglesia en tiempos tan peligrosos; como son, un celo ardiente, una erudicion profunda y una probada santidad. Nada menos se necesitaba para reparar las pérdidas que habia sufrido, y para formar un nuevo pueblo de mártires, que bien pronto habian de renovar sus triunfos. Se asegura que el emperador Severo, viendo que se multiplicaba el número de los fieles en Leon, por las ecshortaciones de este santo prelado, tomó una resolucion digna de su crueldad. Dió órden á sus soldados de que entrasen en la ciudad y pasasen á cuchillo á todos los que se declarasen cristianos. La mortandad fué casi general. San Irineo fué conducido ante el tirano, quien le hizo condenar á muerte, gloriándose de haber degollado al pastor y al rebaño. Esto es lo que sabemos por las actas de San Irineo, y lo que se ha confirmado aun por otros monumentos. San Adón, en su Crónica, dice, que S. Irineo sufrió el martirio con una multitud innumerable de cristianos; y una inscripcion antigua que se ve todavia en Leon, manifiesta, que sin contar las mugeres y niños, llegó el número de los mártires á diez y nueve mil. Se puede creer, considerada la crueldad del emperador Severo, y la constancia de los fieles. Esto, sin duda,

hizo decir á San Buquero, que Leon era un pueblo de mártires; y á San Gregorio de Tours, que allí una multitud muy grande de cristianos habian sido degollados por la fé; y que arroyos de sangre corrian por las plazas. Los Santos Padres han hecho magníficos elogios de este grande obispo Irineo. Un santo padre, llamado Zacarías, que escapó de este estrago, tuvo cuidado de sepultar su cadáver; y se cree que este fué su sucesor: Dios le conservó como una centellita, para volver á encender en esta Iglesia el fuego sagrado ó fervoroso celo, que acababa de purificar á tantas víctimas.

(AÑO 205 DE JESUCRISTO.)

MARTIRIO DE SANTAS PERPETUA Y FELICITAS.

No era menos violenta la persecucion en la ciudad de Cartago, donde se prendieron á cuatro jóvenes, Saturnino, Revocato, Secóndulo y Saturo, y á dos cristianas, Perpetua y Felícitas. La primera, que era de noble origen, y hermana de Saturo, tenia un niño de pecho; y la segunda se hallaba en cinta. Es muy interesante la historia de su combate, escrita por la misma Perpetua: lo refiere en estos términos: "Luego que nos prendieron, se nos "guardó algun tiempo antes de conducirnos á la "prision. Mi padre, que era el único de la familia "que no era cristiano, ocurrió al punto é hizo gran- "des esfuerzos para hacerme variar de resolucion;

"y precisándome bastantemente á que no dijese que
"era cristiana, le mostré un vaso que estaba allí
"delante. Padre mio, le dije, ¿puede dársele á es-
"te vaso un nombre diferente del que le es propio?
"No, respondió; pues bien, tampoco puedo yo ne-
"gar lo que soy. A estas palabras se arrojó sobre
"mí como para arrancarme los ojos; mas se retiró
"confuso de haber hecho esta accion; y por espa-
"cio de algunos dias no volvió, y yo tuve algun
"descanso. En este intervalo recibimos el bautis-
"mo, y el Espíritu Santo me inspiró entonces no
"pedir á Dios otra cosa que la constancia en los
"tormentos. Poco despues se nos condujo á la pri-
"sion: yo me sorprendí al entrar, porque jamas ha-
"bia visto esta clase de lugares: ¡qué dia tan peno-
"so! ¡qué calor tan escesivo! Casi se impedia allí
"la respiracion, ¡tanta era su estrechez! Añádese á
"esto la brutalidad de los soldados que nos custo-
"diaban; pero lo que mas me inquietaba era no te-
"ner á mi hijo: al fin me lo trajeron, y dos diáco-
"nos, Festino y Pomposo, obtuvieron á fuerza de
"dinero que se nos pusiese durante algunas horas
"en un parage menos incómodo: cada uno pensa-
"ba únicamente en lo que le interesaba; pero yo so-
"lamente me afligia por dar alimento á mi hijo, que
"moria de hambre: le recomendé con instancia á
"mi madre, que habia venido á verme. Me halla-
"ba vivamente afligida de ver á mi familia cons-
"ternada y condolida por causa mia, y duró algu-
"nos dias esta pena; pero despues se disipó. La
"prision vino á ser para mí una mansion agrada-
"ble. Un dia me dijo mi hermano, tú que eres tan
"acepta á los ojos de Dios, pídele que te haga co-

"nocer si has de sufrir la muerte, ó si serás puesta
"en libertad. Como yo ya habia esperimentado la
"bondad de Dios, prometí á mi hermano respon-
"derle al dia siguiente. En efecto, despues de mi
"oracion, ví una escala de oro que se elevaba has-
"ta el cielo; pero tan estrecha, que no podia subir
"por ella, mas que una persona á la vez: de los dos
"lados estaba cercada de espadas, puñales y lanzas;
"de manera, que sin una grande atencion y sin mi-
"rar á lo alto, no se podia libertar de ser traspasa-
"do todo el cuerpo: al pié de la escalera estaba un
"dragon terrible, dispuesto á arrojarse sobre aque-
"llos que subian. Saturo habia subido, y desde lo
"alto de la escala, me dijo: Perpetua, yo te aguar-
"do; pero líbrate del dragon: yo respondí, no me
"hará daño alguno, espero en Nuestro Señor Todo-
"poderoso: yo me acerqué en efecto, y entonces el
"dragon levantó suavemente la cabeza, como que
"tenia miedo de mí: puse el pié sobre su cabeza, y
"me sirvió de primer escalon: subí á lo alto de la
"escalera; descubrí un jardin inmenso, y en medio
"un hombre venerable en forma de pastor, cercado
"de una multitud de personas vestidas de blanco:
"este me dijo con dulzura: hija mia, seas bien ve-
"nida; y puso en mi boca un manjar muy dulce,
"que juntando las manos recibí, y toda aquella
"multitud respondió *Amén*. Esto me despertó, y
"me parecia que mascaba entonces una cosa de ma-
"ravillosa dulzura. Conté este sueño á mi herma-
"no el dia siguiente, y concluimos que bien pron-
"to habiamos de sufrir el martirio: comenzamos á
"desprendernos de las cosas de la tierra, y á fijar
"únicamente nuestra consideracion en la eternidad."

INTERROGATORIO Y CONDENACION DE LOS SANTOS MARTIRES.

Santa Perpétua continúa de este modo la historia de su martirio. "Pocos dias despues se estendió el rumor de que íbamos á pasar interrogatorio: mi padre vino otra vez á la prision, y traspasado de tristeza me dijo: hija mia, ten piedad de mis canas: mira con lástima á tu padre: yo te he criado con el mayor cuidado: te he amado mas que á mis otros hijos: no cubras de oprobio mi vejez, atiende á tu madre: mira por tu hijo, que sin tí no podrá vivir: deja esa obstinacion que á todos nos pierde. Cuando así hablaba, me apretaba las manos, las besaba, y las empapaba con sus lágrimas: sus instancias me oprimian el corazon, y yo me lamentaba de que él solo de toda mi familia era el que se afligia por mi martirio. Entre tanto, sin conmoverme por estas razones, le dije: que en el interrogatorio seria todo lo que á Dios le agradase; porque no estamos en nuestro poder sino en el suyo; y se retiró. Al dia siguiente luego que comimos, ocurrieron en aquel momento á sacarnos para presentarnos al juez: toda la ciudad lo supo; y encontramos la plaza cubierta de un pueblo numeroso. Nos hicieron subir á un tablado, en donde primero se hizo el interrogatorio á mis compañeros, quienes valerosamente confesaron á Jesucristo: pasaron luego á mí, y en aquel momento mi padre volvió á presentárseme con mi hijo: me

sacó aparte, é intentaba persuadirme con esfuerzos mas vivos que los anteriores. El juez se unió á él y me dijo: mira con lástima y ten compasion de la ancianidad de tu padre, y de la tierna infancia de tu hijo: haz sacrificio á los dioses por la prosperidad de los emperadores: yo no sacrifico, respondí. ¿Eres, pues, cristiana? Sí, dije, yo soy cristiana. Como entonces mi padre se esforzaba á sacarme del tablado, el juez dió órden de que se le hiciese salir de allí: y se hizo hasta el estremo de golpearle para obligarlo á obedecer. Yo sentí vivamente los golpes que se le dieron, como si yo misma los hubiera recibido; y mi corazon estaba traspasado de ver á mi padre maltratado en su vejez. El juez entonces pronunció contra nosotros, la sentencia que á todos igualmente nos condenaba á ser echados á las fieras. Llenos de gozo nos volvimos á la prision; mas en medio de esta alegría, sentiamos la amargura de ver el estado en que se hallaba Felícitas, en el octavo mes de su preñado. Ella temia con estremo, que su martirio se difiriese; y á causa de esto, todos se unieron á pedir á Dios con fervor, que les alcanzase el que Felícitas pariese antes del dia señalado á nuestro martirio. Apenas habian concluido su oracion, cuando Felícitas sintió los dolores del parto. Como ella no estaba en su término, los dolores eran sumamente vivos: tuvo mucho que sufrir, y la violencia del mal le hacia arrojar algunos gritos de rato en rato. Uno de sus guardias tomó de esto ocasion para decirle: si ahora tanto te quejas ¿qué será cuando seas despedazada por las fieras? A lo que respondió esta generosa mu-

" ger: al presente yo soy sola la que sufro; mas en-
" tonces habrá otro en mí, que por mí sufrirá, por-
" que yo padezco por él. Ella dió á luz una hija,
" de la que se hizo cargo una muger cristiana, y la
" crió como si fuese su hija. Entre tanto, el carce-
" lero de la prision llamado Pudente, observando
" que Dios nos concedia muchos favores, nos trata-
" ba con mucha atencion y piedad, y dejaba entrar
" á nuestra prision libremente á cuantos nos venian
" á visitar. Pocos dias antes de los espectáculos,
" ví entrar á mi padre, que venia á darme el últi-
" mo asalto: estaba con una angustia inesplicable:
" él se arrancaba la barba, se arrojaba por tierra, y
" permanecia en esta forma sobre su rostro, dando
" gritos y maldiciendo su vejez: yo moria de dolor
" viéndolo en este estado; pero Dios me sostuvo en-
" tonces contra la violencia de este ataque." Aquí termina la relacion de la santa. Lo restante ha sido escrito por un testigo ocular.

SUPLICIO DE LOS MARTIRES.

Luego que llegó el dia de los espectáculos, sacaron á los santos mártires de la prision para llevarlos al anfiteatro. El júbilo estaba pintado en su semblante, brillaba en sus ojos, aparecia en sus facciones, y resplandecia en sus palabras. Perpétua marchaba al último: la tranquilidad de su alma se descubria en su aire y en sus pasos: llevaba los ojos bajos para ocultar su brillantez á los espectadores.

Felícitas no mostraba menos gusto al verse ya suficientemente restablecida para morir con sus compañeros: Saturnino y Saturo amenazaban con la cólera de Dios al público idólatra que los cercaba; y luego que los presentaron al juez que los habia condenado, le dijeron con autoridad: Tú nos condenas ahora; pero Dios bien pronto te juzgará á tí. Irritado el pueblo de estos reproches, pidió que los azotasen. Deseosos de alcanzar este nuevo tratamiento, semejante al que dieron á nuestro Salvador, no mostraban los santos mártires mas que un grande gozo. Dios les concedió el género de muerte que cada uno de ellos deseaba; porque en los ratos que reunidos se entretenian hablando sobre los diversos suplicios que se hacian sufrir á los cristianos, Saturnino manifestó el deseo que tenia de combatir contra todas las fieras del anfiteatro. En efecto, despues de haber sido acometido por un furioso leopardo, del mismo modo que Revocato; uno y otro fueron arrastrados por un oso. Saturo al contrario, nada temia mas que al oso, y deseaba que un leopardo le quitase la vida á la primer mordida. Entre tanto, fué primero echado á un jabalí; pero el animal se volvió contra el cazador que lo conducia, y le hirió de muerte: le espusieron despues á un oso, que no salió de su casilla: de este modo Saturo no recibió herida alguna. A las dos santas, Perpétua y Felícitas, las espusieron en una red á una vaca furiosa: acometió el animal primero á Perpétua, la levantó con violencia y la tiró de espaldas. Perpétua se levantó, se compuso el cabello; y habiendo observado á Felícitas, á quien la vaca habia acometido del mismo modo, y que esta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

ba tendida sobre la tierra, cubierta toda de heridas, le dió la mano y le ayudó á levantarse: hasta entonces no habia sentido lo que pasaba por ella, y preguntó á su compañera ¿hasta qué horas nos espondrán á que nos acometa esa vaca?; para hacerla entender lo que ya Perpétua habia sufrido, fué necesario mostrarle sus vestidos hechos pedazos, los golpes y contusiones que habia recibido. Habiendo conocido entonces á un catecúmeno llamado Rústico, le suplicó que llamase á su hermano Saturo; y cuando ambos se acercaron, los ecshortó á la constancia en la fé. Saturo, habiéndose retirado al pórtico del anfiteatro, decia al carcelero Pudente, que se habia convertido: ¿no te dije que las primeras fieras no me habian de hacer mal alguno, y que únicamente los dientes de un leopardo serian los que me quitarian la vida? Un momento despues, habiendo sido espuesto por tercera vez á un leopardo, se arrojó éste sobre él, y de una sola mordida le hizo una herida tan profunda, que todo se cubrió de sangre: el pueblo gritó entonces: "Vedlo hay bautizado por segunda vez." Entonces Saturo volviendo su vista á Pudente le dijo: adios, querido amigo: acuérdate de mi fé, é imítala: no te turbe mi muerte; antes sí, ella te dé valor para sufrir. Pidiendo despues al carcelero el anillo que tenia en su dedo, y mojándolo en su sangre, se lo volvió como en prenda de su fé y amistad, y espiró. Así murió Saturo Primero, segun la vision de Perpétua. Al concluir los espectáculos, el pueblo pidió que los otros mártires fuesen llevados á en medio del anfiteatro; y al llegar todos allí se dejaron degollar, sin hacer el menor movimiento. Perpétua cayó en las

manos de un gladiador poco diestro, que le hizo padecer algun tiempo, y fué necesario que ella misma llevase la espada á su garganta para enseñarle así el lugar donde le debia dar el golpe. Tan grande heroismo en unas mugeres delicadas no puede provenir de la naturaleza: es evidente que ella no alcanza tanto, y que es preciso recurrir á la Divinidad.

Adicion.=Por este tiempo, Tertuliano, hombre singular y digno de la alta reputacion que su ciencia y virtudes le habian adquirido; como á los cuarenta años de edad vino á precipitarse en la heregía de los Montanistas. Como estos novadores afectaban una grande austeridad, y publicaban muchas maravillas en favor de su secta; Tertuliano, que tenia un génio fogoso, duro y severo, y por otra parte crédulo, cayó con facilidad en el engaño. Pretendia tener algunos motivos de queja contra los eclesiásticos de la Iglesia romana, los cuales no pudo digerir su orgullo, y los confundió con la causa comun de la Iglesia. ¡Ejemplo espantoso á la verdad! pero que no debe causarnos admiracion á vista del carácter de este espíritu altanero; y que nos enseña á no juzgar de la doctrina por las personas que la profesan; pero sí de las personas, por la doctrina que siempre ha profesado la Iglesia.

BELLAS CUALIDADES DE ORIGENES.

EN este mismo tiempo se hizo célebre Orígenes en toda la Iglesia, desde los primeros años de su juventud. Era hijo de San Leonides, que padeció el martirio por la fé en la persecucion de Alejandría, bajo el emperador Severo. Este santo mártir le habia criado con el mas grande cuidado, no contentándose con ejercitarlo en las artes liberales y las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

bellas letras; le habia instruido en las santas Escrituras, de las que le hacia aprender diariamente algunas sentencias. El jóven Orígenes se aplicaba á este estudio con un ardor increible, y su padre admiraba entonces en él, mas las bendiciones con que la gracia lo prevenia, que sus naturales talentos: frecuentemente se acercaba á él mientras dormia, y descubriéndole el pecho, se lo besaba con respeto, como que era, decia, el templo del Espíritu Santo. Durante la persecucion, concibió Orígenes un deseo de sufrir el martirio, tan vivo, que él mismo se hubiera presentado para recibirlo, si su madre con lágrimas y ruegos no lo hubiera contenido. Luego que su padre fué preso por la fé, se redobló su celo, y fué necesario ocultarle sus vestidos para impedir que no fuese á reunírsele; y no pudo hacer mas que escribirle una carta muy tierna, en que le ecshortaba al martirio. "No tengais cuidado, le dice, de vuestros hijos, Dios cuidará de nosotros." Leonides fué degollado. Habiéndole confiscado sus bienes, quedó reducida á la indigencia su familia. Orígenes encontró asilo en la casa de una señora muy rica; pero despues abrió una escuela de gramática para subsistir sin el socorro ageno. Fué, en fin, establecido preceptor de la escuela de Alejandría, que era muy célebre. Vendió entonces todos sus libros profanos, así para aplicarse únicamente á la Santa Escritura, como para subvenir á su subsistencia, porque enseñaba gratuitamente: no sacaba de este fondo, mas que cosa de seis monedas para el dia; y esto poco era bastante á su vida penitente. Sin embargo de esta austeridad, tenia una dulzura que á todo el mundo encantaba: y

la amenidad de su carácter del mismo modo que la brillantez de sus talentos, atraía á sus lecciones un número prodigioso de oyentes, no solo de los jóvenes, sino aun de los sábios y filósofos, tanto cristianos como gentiles. Hizo un gran número de conversiones, y muchos de sus discípulos llegaron á ser ilustres santos; de los que algunos consiguieron la corona del martirio. Ponia particularmente su atencion en aquellos que eran presos por la fé, para con quienes ejercia con mucho celo las funciones de un maestro cristiano: él los visitaba en sus prisiones: los acompañaba al interrogatorio, y hasta al lugar del suplicio: los animaba por señas, y algunas veces por medio de unos discursos enérgicos: muchas veces espuso su vida en este ejercicio de su celo: frecuentemente se vió espuesto á ser apedreado ó golpeado: llegó á verse preso, cargado de cadenas y arrojado en un calabozo. Si no se le condenó á muerte, fué únicamente por la esperanza con que se vanagloriaban sus perseguidores de cansar su paciencia y de arrastrar una multitud de cristianos por el ejemplo de la caida de tan insigne hombre. Se le hizo sufrir la hambre, la sed, la desnudez, sin que el rigor ni la dureza de sus sufrimientos, rindiese su valor: la costumbre de una vida tan austéra le hacia fuerte á todas estas pruebas: ayunaba casi diariamente, y pasaba la mayor parte de la noche en la oracion y meditacion de las santas Escrituras: para el escaso reposo que le era necesario dar á la naturaleza, no tenia por cama mas que la tierra desnuda. Algunos admiraban la estension de su talento: no habia ciencia alguna que no poseyese, y en medio de esta multitud de cono-

cimientos, no se ofuscaba su esplendor: su espresion era tan clara, que hacia comprender las cosas mas dificiles, y hablaba con una gracia, que inspiraba amor á las verdades que enseñaba.

OBRAS DE ORIGENES.

El escrito mas célebre de Orígenes, es el que publicó contra Celso para refutar las calumnias que este filósofo pagano habia publicado contra los cristianos. Esta obra se mira como una apología la mas completa de la religion cristiana que nos ha quedado de la antigüedad. Ved aquí la sustancia de ella: "Podria ser acaso mas á propósito, dice Orígenes, imitar á Nuestro Señor Jesucristo, que guardaba un profundo silencio delante de sus jueces y que no respondia á las calumnias de sus enemigos, sino con la santidad de su vida y lo esclarecido de sus milagros: así es que podia mirarse como inútil, refutar las calumnias que la malicia de los hombres no cesa de producir contra él: pues que se defiende mejor con la virtud sólida de sus verdaderos discípulos, cuyo esplendor disipa toda impostura. Yo no escribo ahora para los verdaderos fieles; para ellos una apología es superflua: escribo para los infieles, á quienes podrá ser útil esta instruccion. Despues de haber refutado las opiniones particulares de Celso, establece victoriosamente la verdad de la religion cristiana, ya por los hechos que jamas

se han podido contestar, ya por las profecías que han anunciado á Jesucristo, ya por los milagros, y ya finalmente por las costumbres de sus discípulos. Cuanto á las profecías, dice, es justo dar fé á los libros de los judíos, del mismo modo que á los de las demas naciones: es indubitable su antigüedad, si se consideran las pruebas que han dado Josefo y otros escritores cuya autoridad es de gran peso. Orígenes trae las profecías que con claridad predicen el nacimiento, pasion, muerte y todas las circunstancias de la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Observa que despues de la venida de Jesucristo se han negado á los judíos las profecías, los milagros y cualquiera otra señal de la proteccion divina; al paso que á los cristianos se han concedido. Con respecto á los milagros, Celso no negaba que Jesucristo los hubiese hecho; pero lo atribuia á la mágia. Orígenes responde sobre este particular, que hay medios para discernir los prestigios del demonio, y la diferencia que hay de ellos á los verdaderos milagros que tienen á Dios por autor. Estos medios consisten en ecsaminar las costumbres de aquellos que los obran, la doctrina y los efectos que estos milagros producen. Moisés y los profetas, Jesucristo y sus discípulos, nada han enseñado que no sea muy digno de Dios, muy conforme á la razon, muy útil á las buenas costumbres y á la sociedad civil: ellos han practicado primero, lo que á otros han enseñado, y el efecto ha sido grande y permanente. Moisés ha formado una nacion entera gobernada por leyes santas: Jesucristo ha reunido todas las naciones en el conocimiento del verdadero Dios y la práctica de las virtudes: los engaños

cimientos, no se ofuscaba su esplendor: su espresion era tan clara, que hacia comprender las cosas mas dificiles, y hablaba con una gracia, que inspiraba amor á las verdades que enseñaba.

OBRAS DE ORIGENES.

El escrito mas célebre de Orígenes, es el que publicó contra Celso para refutar las calumnias que este filósofo pagano habia publicado contra los cristianos. Esta obra se mira como una apología la mas completa de la religion cristiana que nos ha quedado de la antigüedad. Ved aquí la sustancia de ella: "Podria ser acaso mas á propósito, dice Orígenes, imitar á Nuestro Señor Jesucristo, que guardaba un profundo silencio delante de sus jueces y que no respondia á las calumnias de sus enemigos, sino con la santidad de su vida y lo esclarecido de sus milagros: así es que podia mirarse como inútil, refutar las calumnias que la malicia de los hombres no cesa de producir contra él: pues que se defiende mejor con la virtud sólida de sus verdaderos discípulos, cuyo esplendor disipa toda impostura. Yo no escribo ahora para los verdaderos fieles; para ellos una apología es superflua: escribo para los infieles, á quienes podrá ser útil esta instruccion. Despues de haber refutado las opiniones particulares de Celso, establece victoriosamente la verdad de la religion cristiana, ya por los hechos que jamas

se han podido contestar, ya por las profecías que han anunciado á Jesucristo, ya por los milagros, y ya finalmente por las costumbres de sus discípulos. Cuanto á las profecías, dice, es justo dar fé á los libros de los judíos, del mismo modo que á los de las demas naciones: es indubitable su antigüedad, si se consideran las pruebas que han dado Josefo y otros escritores cuya autoridad es de gran peso. Orígenes trae las profecías que con claridad predicen el nacimiento, pasion, muerte y todas las circunstancias de la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Observa que despues de la venida de Jesucristo se han negado á los judíos las profecías, los milagros y cualquiera otra señal de la proteccion divina; al paso que á los cristianos se han concedido. Con respecto á los milagros, Celso no negaba que Jesucristo los hubiese hecho; pero lo atribuia á la mágia. Orígenes responde sobre este particular, que hay medios para discernir los prestigios del demonio, y la diferencia que hay de ellos á los verdaderos milagros que tienen á Dios por autor. Estos medios consisten en ecsaminar las costumbres de aquellos que los obran, la doctrina y los efectos que estos milagros producen. Moisés y los profetas, Jesucristo y sus discípulos, nada han enseñado que no sea muy digno de Dios, muy conforme á la razon, muy útil á las buenas costumbres y á la sociedad civil: ellos han practicado primero, lo que á otros han enseñado, y el efecto ha sido grande y permanente. Moisés ha formado una nacion entera gobernada por leyes santas: Jesucristo ha reunido todas las naciones en el conocimiento del verdadero Dios y la práctica de las virtudes: los engaños

y las imposturas no procuran corregir á los hombres; y los prestigios han tenido poco séquito. En la resurreccion de Jesucristo, que es el gran milagro y fundamento de la religion, no puede haber sospecha alguna de artificio: Jesucristo muere en público sobre la cruz, á vista de todo el pueblo judío; despues de haber sido sepultado y haber estado tres dias en una tumba, sellada y guardada por los soldados, ha aparecido en el espacio de cuarenta dias, á Pedro, á los doce Apóstoles, y despues á quinientos discípulos en una sola vez. Si ellos no lo hubieran visto resucitado, si no hubieran estado convencidos de su divinidad, jamas hubieran querido esponerse á los tormentos y á la muerte, para anunciar en todos los lugares por órden suya, la doctrina que habian recibido de él. Su muerte afrentosa habria deshecho la opinion que ellos se habian formado: se hubieran considerado como engañados, y hubieran sido los primeros que lo condenasen: era necesario que hubieran visto alguna cosa muy estraordinaria para abrazar sus mácsimas, y hacer que otros las abrazasen desprendidos de su reposo, de su libertad y de su vida. ¿Cómo unos hombres ignorantes y groseros, si ellos no se hubiesen sentido sostenidos por una virtud divina, habrian podido emprender la conversion del universo? ¿Cómo los pueblos con su predicacion habrian dejado sus antiguas costumbres, para seguir una doctrina contraria, si ellos mismos no hubieran sido trasformados por un poder estraordinario y por unos hechos maravillosos?

CONTINUACION DE LA APOLOGIA DE ORIGENES.

Orígenes prueba despues, la divinidad de la religion cristiana por el maravilloso cámbio que ella produce en aquellos que la abrazan. El grande efecto de la predicacion del Evangelio, dice, es la reforma de las costumbres. Si alguno hubiese sanado á cien personas del vicio de la impureza, seria difícil creer que en esto no habia cosa alguna sobrenatural; ¿qué, pues, se deberá pensar de una tan gran multitud de cristianos que se han convertido en otros hombres, despues que han recibido esta doctrina, abrazando la continencia perfecta, y esto en todas las provincias del imperio? Las mácsimas cristianas los hacen muy superiores á aquellos que no las han abrazado: un cristiano sujeta sus pasiones las mas violentas con la intencion de agradar á Dios, al paso que los paganos se entregan sin rubor á los mas vergonzosos deleites, y en medio de sus desórdenes pretenden conservar el carácter de hombres honestos. El cristiano menos instruido, es infinitamente mas ilustrado á cerca de la escelencia y estension de la castidad, que los filósofos, las vestales y los pontífices mas arreglados entre los paganos. Ninguno de nosotros se halla manchado de estos desórdenes, ó si se halla alguno, no es del número de aquellos que asisten á nuestras asambleas, ni es cristiano. En efecto, se

espelian de la Iglesia á aquellos que caían en algun pecado, principalmente de impureza: se les lloraba como muertos para Dios, y cuando se reconciliaban por la penitencia, se les sujetaba á mas largas pruebas que para el bautismo: no les era permitido ejercer en la Iglesia alguna funcion pública. La fidelidad de los cristianos á su soberano es bien manifiesta: están tan distantes de escitar la menor sedicion, que segun la órden que han recibido de su legislador, jamas emplean otras armas á vista de sus enemigos, que la paciencia: Jesucristo ha querido que se dejen degollar como corderos, antes que oponer la menor violencia: Dios se encarga de sus intereses y de su defensa; y ellos ganan mas por medio de esta dulzura, que lo que lograrian por su resistencia: muy lejos de que se haya podido esterminarlos, la muerte de los mártires no ha hecho mas que aumentar su número. El rigor que se ha ejercido con los cristianos no ha podido desalentar el celo que tienen por la conversion de los infieles. Algunos hay que no se ocupan sino en correr las ciudades, las villas y las aldeas, para anunciar el Evangelio: y temiendo que se crea que lo hacen por interés, no reciben frecuentemente cosa alguna ni aun para su subsistencia, ó si la necesidad les obliga, se contentan con lo muy necesario, aunque se les quiera dar mas. Cuando entre la multitud de aquellos que se convertian (añade Orígenes) se hallan algunos reos, personas constituidas en dignidad, ó mugeres nobles, se diria acaso que se tenia alguna gloria de anunciar nuestra doctrina; pero esta suposicion no podia tener lugar al principio: al presente el honor que nosotros podemos recibir de alguno de

menosprecio y ultrage que los nuestros, no igu de los paganos. Orígenes ob- recibimos por stianos en medio del celo ardiente serva que naba para atraer á los infieles á la fé, no que los de probar cuanto era posible á aquellos que dej rian abrazarla. Los preparaban en particular, con ecshortaciones, antes de recibirlos en la asamblea; y cuando los veian en la resolucion sincera de mantener una vida arreglada, los hacian entrar á ella, los distinguian entonces en dos órdenes ó clases, el uno de principiantes, y el otro de aquellos que estaban mas aprovechados: allí habia personas encargadas de velar sobre su conducta, para espeler á aquellos que no tenian una vida conforme á la santidad del cristianismo, y para conducir á los otros en la práctica de la piedad. Tal era entonces la virtud de los cristianos, mucho tiempo despues del siglo de los Apóstoles, que nuestros antiguos apologistas, testigos de los hechos, citan en prueba de la divinidad de la religion, y de estos mismos hechos tomaban ocasion para convencer de injusticia á sus perseguidores, y de echar en cara á los paganos sus desórdenes.

Adicion.=Algunos años despues de Tertuliano murió Orígenes. En el número prodigioso de obras que escribió (pues sus producciones, segun Rufino, pasan de seis mil) se ingirieron ciertos errores groseros, tanto por la malignidad de los hereges, cuanto por la temeridad de sus discípulos, y aun á veces por inadvertencia del mismo Orígenes; pero estos vicios de su entendimiento, mas que de su corazon, no sirven de obstáculo para que se piense favorablemente de su suerte eterna, especialmente si se considera la generosa confesion que hizo de la fé en los últimos tiempos de su vida. Sin embargo, los errores que con su nombre aparecieron en sus obras, dieron lugar á la secta de los origenistas, de los cuales hablaremos despues.

(AÑO 235 DE JESUCR[illegible])

SESTA PERSECUCION POR EL EMPERADOR MACSIMIN[illegible]

Por el espacio de veinte y cuatro años gozaron los cristianos de alguna paz. Los emperadores sucesores de Severo no los persiguieron. El mismo Alejandro les era favorable, y honraba á Jesucristo como á uno de sus dioses, y habia puesto su estatua en una especie de templo doméstico: habia concebido igualmente el designio de hacerle poner solemnemente en el número de las divinidades del senado. Este príncipe abrazaba con singular gusto la siguiente máxima que habia aprendido de los cristianos: *No hagais á otros lo que vosotros no quereis que os hagan:* la hizo grabar en su palacio, y ordenó que por las calles se gritase por un rey de armas, cuando condenado un malhechor era conducido al suplicio. Esta disposicion tan favorable de Alejandro, para con los cristianos, fué para Macsimino, su sucesor, un motivo de perseguirlos. Este príncipe, que era de un natural feroz, publicó contra ellos nuevos edictos. Se cree que un soldado cristiano dió ocasion á ello por una accion magnánima. Cuando se proclamó Macsimino emperador, este príncipe, segun costumbre, repartió con liberalidad sus obsequios á sus tropas. Cada soldado debia presentarse al nuevo emperador con una corona de laurel en la cabeza: presentóse uno con la cabeza desnuda, llevando la corona en la mano: habia pasado ya sin que hiciese refleja de este hecho el tribuno, cuando el murmullo de sus compañeros fijó su atencion. El oficial preguntó al soldado por qué no llevaba, como los otros, la corona en la cabeza? Porque yo soy cristiano, respondió el soldado, y mi religion me prohibe llevar vuestras coronas; (parece verosimil que esto fuese entonces una señal de idolatría) despojaron al soldado de su uniforme, y lo pusieron en prision. Este hecho dió lugar á una persecucion general. Entretanto, el emperador no ordenó la pena de muerte, mas que contra aquellos que enseñaban á los otros, y gobernaban las Iglesias, persuadido de que los pueblos destituidos del apoyo de sus pastores, serian fácilmente vencidos: creia por otra parte despojar ó dejar despoblado el imperio, si estendia la persecucion á la multitud de los fieles; porque las ciudades, campos y armadas, todo estaba lleno de cristianos. Entonces la fuerza de la persecucion cayó sobre los obispos y eclesiásticos: condenó á los últimos suplicios á todos los que se pudieron coger. El papa San Ponciano fué uno de los primeros que padecieron entonces por la fé. San Antero, su sucesor, no ocupó la silla mas que mes y medio; y se cree que recibió igualmente la corona del martirio. El reinado de Macsimino no fué mas que una continuacion de crueldades; mas no ha llegado á nosotros su *pormenor:* se dice únicamente que quemó las Iglesias, lo que muestra que desde entonces tenian los cristianos lugares públicos para sus asambleas. Esta persecucion duró tres años, porque Macsimino, que se

habia hecho odioso, fué asesinado por sus tropas, despues de un reinado tan corto.

Adicion.=En esta época se celebró en Arabia un concilio contra los hereges llamados simplemente árabes, que creian que nuestra alma muere y resucita con el cuerpo: aparecieron en las mismas regiones de la Arabia, los hereges valesianos, discípulos del filósofo Valesio, los cuales defendian que la libertad del hombre es incompatible con la concupiscencia, y consiguiente á esto, sostenian aquellos estravagantes sectarios, que era preciso absolutamente, suprimir el origen de aquellas tentaciones invencibles, haciéndose eunucos. Orígenes, á pesar de la imprudencia que cometió en su juventud, siempre se manifestó opuesto á estos errores, y los confutó por la mayor parte, con el mejor escrito.

(AÑO 249 DE JESUCRISTO.)

SEPTIMA PERSECUCION BAJO EL EMPERADOR DECIO.

EL emperador Decio fué el autor de la séptima persecucion. Desde el principio de su reinado publicó sangrientos edictos contra los cristianos, cuya ejecucion cometió á todos los gobernadores de las provincias, y se hizo con sumo rigor. No se ocupaban los magistrados mas que en buscar á los cristianos, y en reunir todo género de suplicios para atormentarlos: las prisiones, los azotes, el fuego, las fieras, la pez hirviendo, la cera derretida, las estacas aguzadas, y las tenazas encendidas, fueron puestas en uso; mas la Iglesia tuvo el consuelo de ver una multitud de sus hijos permanecer constantes y

sufrir los tormentos mas prolongados y crueles con una admirable constancia. El papa San Fabian les dió el ejemplo, y fué una de las primeras víctimas inmoladas en esta persecucion. San Alejandro, obispo de Jerusalen, anciano venerable, fué presentado al tribunal del gobernador de Palestina, y confesó generosamente el nombre de Jesucristo por segunda vez; pues ya habia dado testimonio de él, bajo el emperador Severo, cerca de cuarenta años antes: fué puesto en la prision, donde murió. San Babilas, obispo de Antioquía, recibió igualmente la corona del martirio con tres niños á quienes enseñaba. El número de los que padecieron entonces por la fé, fué tan grande, que segun se lee en la historia de Nizéforo, no era posible computarlo. Despues de haber empleado inútilmente los suplicios mas violentos, pusieron los perseguidores por obra las torturas lentas y prolongadas, para cansar de este modo la paciencia de los mártires, y algunas veces los atractivos del deleite para corromperlos. Ved aquí dos ejemplos de esta refinada crueldad á que entonces recurrieron. Un cristiano habia sufrido ya el tormento de las uñas de hierro y de las láminas encendidas: todo su cuerpo estaba cubierto de llagas, se le empapó de miel, y despues de haberle atado las manos á las espaldas, lo espusieron al sol ardiente acostado boca arriba, para hacerle sufrir los piquetes insoportables de las moscas y otros insectos. Otro que aun era jóven, fué puesto por órden del juez en un jardin hermoso entre los lirios y rosas cerca de un arroyuelo, que corria con dulce murmullo, y bajo de unos árboles cuyas hojas eran agitadas ligeramente por los vientos: le

acostaron sobre un lecho de plumas, se le dejó allí solo, y despues de haberlo atado con unos cordones de seda, le introdujeron despues una cortesana que se habia escogido como la mas propia para seducir el corazon del jóven mártir y rendirlo. Él hizo un esfuerzo violento para resistir esta tentacion vehemente: espuesto á este ataque tan peligroso, el santo jóven, no teniendo otro recurso, se cortó la lengua con los dientes y la escupió á la cara de la perversa muger, la que se retiró confundida. Muchos cristianos para sustraerse de esta persecucion, en que se empleaba, tanto la violencia, como la seduccion, se fueron á los desiertos. De este número fué San Pablo nacido en la Tebáyda, provincia del Egipto. Él se retiró bastante jóven á la soledad, en donde hizo una vida angelical con una entera separacion del comercio de los hombres, y en una continua union con Dios.

Adicion.—Desde el año 242 hasta este de 249, se condenaron en diversos concilios los errores que en esta época afligieron sumamente la Iglesia de Jesucristo. En Bostra ó Filadelfia el año de 242, se celebró el primero, en donde fué condenado Berilo, que afirmaba que Jesucristo era un mero hombre. En Efeso se congregó el concilio contra Noeto, que negaba la distincion de las divinas Personas. En el concilio de Arabia se fulminó anatema contra los que sostenian que las almas morian y resuciiaban con los cuerpos, año 246: y el año 250, el concilio de Acaya condenó á los valesianos.

Se celebró en Roma el año 51, siendo papa San Cornelio, un concilio en que se reunieron setenta obispos, y mayor número de sacerdotes y diáconos. En él se condenó á Novaciano, primer antipapa, que impelido de una ambicion desmesurada, se declaró contra la legítima eleccion de San Cornelio al pontificado: despues de haber sembrado las mas atroces calumnias contra Cornelio, disfrazadas con tanto artificio, que sorprendieron un gran número de confesores, hizo venir á Roma tres obispos italianos, hombres sencillos, á quienes aseguró que ellos solos podian terminar las divisiones de la Iglesia;

y á pretesto de recibirlos con el decoro debido, los alojó en su casa, los sentó á la mesa y les hizo beber con esceso por medio de sus confidentes. Cuando ya supo Novaciano que estaban embriagados, se presentó á ellos, persuadiéndoles, que la silla pontifical estaba vacante por haber sido nula la eleccion de Cornelio, é hizo que le ordenasen á él en su lugar. Como tenia el apoyo de los confesores, á quienes supo astutamente seducir, pudo esta trama, aunque tan grosera, deslumbrar el espíritu de algunos.

Se condenaron en el mismo concilio las heréticas pretensiones de Novaciano, porque sostenia que la Iglesia no tenia facultad de conceder la paz á los que habian caido, durante la persecucion, y que no podian permitirse las segundas nupcias.

MARTIRIO DE SAN PIONIO.

Entre todos los generosos atletas que sufrieron el martirio por Jesucristo en la persecucion del emperador Decio, acaso es el mas ilustre San Pionío, sacerdote de Esmirna. Un dia que estaba orando en la Iglesia, conoció por revelacion que seria preso al dia siguiente. Al punto se echó una cadena al cuello, para manifestar á los perseguidores que estaba dispuesto á sufrir; y en caso que le condujesen al templo de los dioses falsos, manifestar á los espectadores que esto era por violencia y contra su voluntad. Efectivamente, al dia siguiente vino un oficial para prenderlo, y le preguntó si sabia las órdenes del emperador. Nosotros sabemos (respondió el santo) que hay un mandamiento, y este es el que nos obliga á adorar un solo Dios. Venid á la plaza, dijo el oficial, y vereis el edicto del emperador que ordena sacrificar á los dioses. Luego que llegaron á la plaza, una gran multitud de paganos y

acostaron sobre un lecho de plumas, se le dejó allí solo, y despues de haberlo atado con unos cordones de seda, le introdujeron despues una cortesana que se habia escogido como la mas propia para seducir el corazon del jóven mártir y rendirlo. Él hizo un esfuerzo violento para resistir esta tentacion vehemente: espuesto á este ataque tan peligroso, el santo jóven, no teniendo otro recurso, se cortó la lengua con los dientes y la escupió á la cara de la perversa muger, la que se retiró confundida. Muchos cristianos para sustraerse de esta persecucion, en que se empleaba, tanto la violencia, como la seduccion, se fueron á los desiertos. De este número fué San Pablo nacido en la Tebáyda, provincia del Egipto. Él se retiró bastante jóven á la soledad, en donde hizo una vida angelical con una entera separacion del comercio de los hombres, y en una continua union con Dios.

Adicion.—Desde el año 242 hasta este de 249, se condenaron en diversos concilios los errores que en esta época afligieron sumamente la Iglesia de Jesucristo. En Bostra ó Filadelfia el año de 242, se celebró el primero, en donde fué condenado Berilo, que afirmaba que Jesucristo era un mero hombre. En Efeso se congregó el concilio contra Noeto, que negaba la distincion de las divinas Personas. En el concilio de Arabia se fulminó anatema contra los que sostenian que las almas morian y resuciiaban con los cuerpos, año 246: y el año 250, el concilio de Acaya condenó á los valesianos.

Se celebró en Roma el año 51, siendo papa San Cornelio, un concilio en que se reunieron setenta obispos, y mayor número de sacerdotes y diáconos. En él se condenó á Novaciano, primer antipapa, que impelido de una ambicion desmesurada, se declaró contra la legítima eleccion de San Cornelio al pontificado: despues de haber sembrado las mas atroces calumnias contra Cornelio, disfrazadas con tanto artificio, que sorprendieron un gran número de confesores, hizo venir á Roma tres obispos italianos, hombres sencillos, á quienes aseguró que ellos solos podian terminar las divisiones de la Iglesia;

y á pretesto de recibirlos con el decoro debido, los alojó en su casa, los sentó á la mesa y les hizo beber con esceso por medio de sus confidentes. Cuando ya supo Novaciano que estaban embriagados, se presentó á ellos, persuadiéndoles, que la silla pontifical estaba vacante por haber sido nula la eleccion de Cornelio, é hizo que le ordenasen á él en su lugar. Como tenia el apoyo de los confesores, á quienes supo astutamente seducir, pudo esta trama, aunque tan grosera, deslumbrar el espíritu de algunos.

Se condenaron en el mismo concilio las heréticas pretensiones de Novaciano, porque sostenia que la Iglesia no tenia facultad de conceder la paz á los que habian caido, durante la persecucion, y que no podian permitirse las segundas nupcias.

MARTIRIO DE SAN PIONIO.

Entre todos los generosos atletas que sufrieron el martirio por Jesucristo en la persecucion del emperador Decio, acaso es el mas ilustre San Pionío, sacerdote de Esmirna. Un dia que estaba orando en la Iglesia, conoció por revelacion que seria preso al dia siguiente. Al punto se echó una cadena al cuello, para manifestar á los perseguidores que estaba dispuesto á sufrir; y en caso que le condujesen al templo de los dioses falsos, manifestar á los espectadores que esto era por violencia y contra su voluntad. Efectivamente, al dia siguiente vino un oficial para prenderlo, y le preguntó si sabia las órdenes del emperador. Nosotros sabemos (respondió el santo) que hay un mandamiento, y este es el que nos obliga á adorar un solo Dios. Venid á la plaza, dijo el oficial, y vereis el edicto del emperador que ordena sacrificar á los dioses. Luego que llegaron á la plaza, una gran multitud de paganos y

de judíos le siguió. San Pionío hizo un largo discurso á este pueblo, el que escuchó con atencion. Luego que él declaró al fin de su discurso que no adoraba los dioses ni las estátuas, procuraron hacerle variar de resolucion: dejaos persuadir, le dijeron: un hombre de vuestro mérito es digno de vivir: creednos, es bueno disfrutar de la vida. Sin duda, replicó el mártir, la vida es un bien, y un cristiano no la desprecia; mas nosotros deseamos otra vida que le es aun mucho mas preferible: yo os agradezco el afecto que me manifestais; mas sospecho algo de artificio: el ódio declarado es menos nocivo que las caricias fingidas. Despues, volviéndose al juez, le dice: si vuestra comision tiene por objeto persuadirme ó castigarme, castigadme pues, porque jamas me persuadireis. Despues de muchas preguntas, á las que el santo respondió con firmeza, el juez comenzó á instruir el proceso y el interrogatorio jurídico, para que todo estuviese dispuesto á la llegada del procónsul, que debia ser dentro de pocos dias. El cual habiendo llegado á Esmirna, hizo comparecer á San Pionío á su tribunal. ¿Persistis, le dice, en vuestra resolucion? ¿No os arrepentis por fin? El santo mártir respondió que no mudaba jamas de resolucion. Entonces el procónsul hizo que se le aplicase el castigo, despues del cual le dijo: os doy lugar ahora para que consulteis con vos mismo: es inútil la dilacion, dijo San Pionío, pues no he de mudar de parecer. Luego el juez pronunció la sentencia, la que estaba escrita en una tabla en estos términos: "Ordenamos que Pionío, sacrílego, que se ha confesado cristiano, sea quemado vivo para vengar á los dioses y llenar de

terror á los hombres." El mártir caminó con gozo y á paso firme, al lugar de la ejecucion: se despojó él mismo, se estendió sobre el poste, y se dejó clavar. Luego que lo clavaron le dijo el ejecutor: depon ese error, todavia es tiempo, promete hacer lo que se te pide y se te quitarán los clavos. No, replicó el santo mártir, yo me apresuro á morir para resucitar. Despues lo levantaron clavado en el poste con la vista ácia el Oriente: se estendió al rededor de él un gran monton de leña y se le prendió fuego: como cerró los ojos, el pueblo creyó que habia muerto; mas él oraba en silencio. Concluida su oracion, abrió los ojos á tiempo en que la llama comenzaba á elevarse, y viendo al fuego con un semblante alegre, dijo: Amén; Señor, recibe mi alma: y al punto espiró, dando un largo suspiro. Despues que el fuego se apagó, los fieles que estaban presentes encontraron su cuerpo entero y sin lesion alguna: la cabellera intacta, la barba hermosa y resplandeciente todo su semblante. Los cristianos quedaron confirmados en la fé, y los infieles se retiraron espantados y agitados con los remordimientos de su conciencia.

(AÑO 257 DE JESUCRISTO.)

OCTAVA PERSECUCION BAJO EL EMPERADOR VALERIANO.

HABIÉNDOSE aplacado por un poco de tiempo la persecucion, volvió á comenzar con nueva violen-

cia bajo el emperador Valeriano. Este príncipe fué animado contra los cristianos, por uno de sus ministros que los aborrecia, quien le persuadió que para el acierto feliz de la guerra que entonces iba á sostener, debia abolir el cristianismo. En vista de esto, publicó edictos que hicieron lograr la gloria del martirio á un gran número de cristianos. El mas ilustre de estos mártires fué San Lorenzo, primer diácono de la Iglesia romana. Cuando llevaban al suplicio al papa San Sixto, que lo habia elevado al diaconado, San Lorenzo, alentado con el deseo de dar igualmente su vida por Jesucristo, le seguia vertiendo lágrimas, y le decia: ¿adonde vas, padre mio, sin vuestro hijo? ¿Adonde vas, pontífice santo, sin vuestro ministro? San Sixto le respondió: hijo mio, mayor combate se te aguarda, dentro de tres dias me seguirás. Consolado el santo diácono por estas palabras, se preparó al martirio y se apresuró á distribuir á los pobres toda la plata que estaba en su poder; porque entonces los diáconos estaban encargados de la distribucion de los bienes de la Iglesia. Sabiendo el prefecto de Roma que la Iglesia tenia muchas riquezas, quiso apoderarse de ellas. Mandó buscar al santo diácono, que era el depositario, y le dice: quejaos á vos mismo y á los demas cristianos, de que se os trate con rigor; mas por ahora no se habla de tormentos: os pido con agrado lo que podeis conceder: yo sé que teneis vasos de oro y de plata para vuestros sacrificios; traedme esos tesoros: el príncipe tiene necesidad de ellos para mantener sus tropas. San Lorenzo respondió: confieso que nuestra Iglesia es rica, y que el emperador no tiene tesoros tan preciosos: os haré ver gran

parte de ellos: concededme únicamente un poco de tiempo para poner todo en órden. El prefecto no entendió de qué riquezas se le hablaba, y le concedió tres dias de plazo. En este intermedio, el santo diácono corrió toda la ciudad para reunir los pobres que mantenia la Iglesia, y fué luego á decir al prefecto que todo estaba dispuesto. El prefecto le siguió, y viendo aquella tropa de ciegos, cojos y valdados, en lugar de los vasos preciosos que aguardaba, volvió ácia el santo sus ojos con indignacion: ¿por qué os irritais, le dijo San Lorenzo, el oro no es mas que un vil metal y orígen funesto de muchos males: el oro verdadero es la Divina luz que ilumina á estos pobres: ved aquí las riquezas que os he prometido. ¿Así te burlas de mí? dijo el prefecto con furor: yo sé que los cristianos se glorían de menospreciar la muerte; no esperes, por tanto, morir en un momento: yo haré prolongar los tormentos, para que tú de grado en grado recibas la muerte. En efecto, comenzaron á desgarrar á azotes su cuerpo: despues se preparó una parrilla de fierro sobre brasas, y en ella estendieron al santo mártir; de modo que el fuego iba penetrando su carne lentamente. Pero el fuego de la caridad que abrazaba su corazon era mas fuerte que el que quemaba su cuerpo, y le hacia como insensible á este tormento: su mente estaba fija en la ley del Señor, y su suplicio venia á ser para él un verdadero descanso. Despues de haber sufrido largo tiempo este horrible tormento, dijo tranquilamente al juez: mi cuerpo está ya bien asado por esta parte; haced que se vuelva ácia la otra: y algunos momentos despues añadió: mi carne es un manjar bien asado, la

podeis comer. Levantando despues los ojos al cielo, pidió á Dios por la conversion de Roma, y espiró. ¡Qué valor! ¡Qué tranquilidad en medio de los mas agudos dolores! Es inútil buscar en otra parte su fortaleza, que en la fuerza todopoderosa del socorro divino.

SAN CIPRIANO ES PRESO Y ENVIADO AL DESTIERRO.

EN esta misma persecucion sufrió el martirio San Cipriano, obispo de Cartago. Nació en África de una familia distinguida. Antes de su conversion, enseñó la retórica en Cartago con mucho aplauso: no abrazó el cristianismo sino ya en una edad madura, y despues de muchas reflecsiones: habia vacilado largo tiempo, para resolverse á abandonar el paganismo, en cuya falsa religion habia nacido: le parecia muy dificil renacer para tener una nueva vida, y convertirse en otro hombre conservando su mismo cuerpo. ¿Cómo podrán destruirse, decia, las costumbres inveteradas, que han llegado á ser como otra naturaleza? ¿Cómo abrazar la frugalidad cuando se ha acostumbrado á una abundante y delicada mesa? En estos mismos términos se espresaba escribiendo á sus amigos; mas añade el mismo santo: luego que la agua de la regeneracion lavó las manchas de mi vida pasada, y mi corazon purificado recibió la luz celestial, todas mis dificultades desaparecieron: encontré fácil cuanto me habia parecido imposible. Hizo tan grandes progresos en la virtud, que se creyó conveniente conferirle el sacerdocio poco tiempo despues de su bautismo. Muerto el obispo de Cartago, el pueblo fiel le pidió con instancia para su pastor. A esta noticia, el santo sacerdote procuró evadirse con la fuga, cediendo á los mas ancianos un honor de que él se creía indigno; pero descubierto el lugar donde se habia ocultado, se vió en la necesidad de condescender. Brillaron sus virtudes con un nuevo esplendor en esta dignidad: su caridad para con los pobres no tenia límites: se aplicó con un celo infatigable en establecer con firmeza la disciplina, y en instruir á su pueblo. Escapó de la persecucion del emperador Decio, retirándose por algun tiempo; porque á él principalmente procuraban quitar la vida los paganos, y el anfiteatro muchas veces habia resonado con estas repetidas esclamaciones: Cipriano á los leones, Cipriano á los leones. No estuvo ocioso en su retiro: trabajó sin descanso por el bien de su pueblo, unas veces escribiendo, y otras valiéndose del ministerio de aquellos á quienes habia confiado su cuidado. Volviendo á su Iglesia estendió hasta la África su solicitud pastoral; nada se escapaba á su vigilancia. Un cisma se habia formado en Roma: Novaciano se habia hecho consagrar obispo, viviendo aun San Cornelio, legítimo pontífice. Cuando llegó esto á noticia de San Cipriano, se encendió su celo, y escribió contra el intruso. Los cismas, dice el santo, tienen su origen de la impía temeridad de algunos que menospreciando al obispo, que no puede ser mas que uno solo en su Iglesia, arrojan de su seno aquel á quien

el mismo Dios ha constituido. No es mas que un solo Dios, uno solo es Jesucristo, y una la silla episcopal, concedida únicamente á San Pedro, desde su establecimiento por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo. No puede erigirse otro altar ni establecer otro sacerdocio; y sustituir un nuevo obispo á aquel que la Iglesia ha puesto, es erigir otro altar. Todas las empresas de los hombres, sean las que fuesen, contrarias á la institucion divina, son falsas, profanas y sacrílegas: la Iglesia de Jesucristo, es esencialmente una, y jamas puede estar dividida: Jesucristo nos dice, que no hay mas que un solo redíl, y para hacer mas sensible esta unidad, sobre uno solo fundó su Iglesia, que fué San Pedro, á quien dió el poder de las llaves. Cornelio ha sido, con arreglo á los sagrados cánones, instituido sobre la silla pontifical; así es que otro cualquiera que quiera ser tenido por obispo de Roma, rompe la unidad. Su ordinacion no puede ser legítima, así como no puede haber dos obispos en una misma silla: el que se ha creado obispo despues del primero, nada es, porque no puede haber un segundo obispo; de consiguiente no puede tener ni el poder ni la dignidad de tal. Este no es pastor, es un profano, un estrangero, un apóstata: de nadie es sucesor, del mismo toma principio, y pretende establecer una Iglesia nueva, una Iglesia puramente humana, en medio de la Iglesia de Dios: esto es lo que ha hecho Novaciano. Su eleccion ha sido contra todas las leyes de la disciplina, hecha por unos apóstatas que han abandonado á su verdadero pastor. Cuando un obispo ha sido criado pontífice, no puede establecerse otro, y es un enorme crímen

querer elegir un segundo: crímen tan grande, que el martirio mismo no podria espiarlo, porque fuera de la Iglesia, este martirio no seria verdadero. Los cismáticos podrán entregarse á los tormentos y á la muerte; mas no podrán recibir la corona de mártires. Cualquiera division en la grey del Señor, viene á ser impura, estrangera, enemiga, y cuando no se tiene á la Iglesia por Madre, tampoco se puede tener á Dios por Padre.

Adicion.=Fué para toda la Iglesia sumamente sensible la vergonzosa apostasía de muchos cristianos de Alejandría, que por temor de los tormentos y la muerte, ofrecian sacrificios á los ídolos. Y con mayor escándalo en Cartago: personas de distincion y acomodadas se presentaban á los magistrados, protestando que renunciaban al cristianismo. Estos para evitar la vergüenza de una pública apostasía, recibian de los mismos magistrados ciertos libelos ó cédulas para que no se les buscase; de donde les vino el nombre de libeláticos. Despues de haber idolatrado tan libremente, pretendian ser admitidos á la comunion ó reconciliacion solemne, por medio de otras cédulas que sacaban frecuentemente de los mártires y confesores. Esperábanlos al paso, cuando los conducian al suplicio, ó los iban á buscar á las cárceles, y con ruegos y lágrimas las mas veces afectadas, los precisaban á concederles lo que llamaban una cédula de paz, concebida en estos términos: "Que N. comunique con los suyos." Era tan grande la veneracion que se tenia á estos santos mártires, que se miraba su dictámen, como si hubiese sido pronunciado por el mismo Jesucristo; pero esta religiosa disposicion cedia en detrimento de la religion, porque los mártires muchas veces concedian la paz con poco discernimiento de las personas; y de aquí resultaba que el uso de las penitencias canónicas se iba aboliendo poco á poco. San Cipriano procuró poner remedio á tan grave mal, escribiendo á los confesores, y rogándoles con la mayor eficacia, que no concediesen la paz á la comunion, sin considerar la diferencia de las caidas, y el tiempo que por ellas se hacia penitencia. Como Felicísimo y Novato defendian contra el sentir de San Cipriano, la astucia de los libeláticos, suscitaron en Roma un cisma bastantemente escandaloso.

Mucho tiempo habia que Felicísimo se empeñaba en causar al

santo obispo cuantos disgustos y sinsabores podia, y con esta idea, puso por obra, todo lo que le sugeria su espíritu artificioso, para enredar mas el negocio de los libeláticos; mas desesperado al ver desvanecidos sus proyectos, se separó á una montaña con todos los de su partido, desde donde fulminó escomuniones contra los fieles. Logró triunfar de su astucia San Cipriano, tanto por los justos anatemas que pronunció contra él, como porque á todos era manifiesta su reprensible y corrompida conducta. Por igual motivo se desvaneció el cisma de Novato, defensor de las maquinaciones é intrigas del primero. Fortunato, uno de los fautores de Felicísimo, pretendiendo que el papa condenase á San Cipriano, y con deseo de encender nuevamente el cisma de los libeláticos, se puso en camino para Roma, en donde por la profunda sabiduría de San Cipriano fueron descubiertas las maquinaciones de este cismático.

(AÑO 258 DE JESUCRISTO.)

MARTIRIO DE SAN CIPRIANO.

SAN Cipriano se ocupaba en las funciones de su celo, cuando estalló la persecucion del emperador Valeriano. El procónsul de la África, Paterno, le hizo comparecer á su tribunal. Por órden del emperador, le dijo, debo hacer que todos sus vasallos profesen la religion que él mismo profesa: tú ¿qué estás en ánimo de hacer? El santo obispo le respondió: yo soy cristiano y obispo, y no conocemos mas que solo un Dios verdadero, que sacó de la nada el cielo y la tierra; este es el Dios á quien servimos, y á quien en particular pedimos por la prosperidad de los emperadores. Quiero saber, añadió

el procónsul, quienes son los sacerdotes adictos á vuestra Iglesia: no puedo descubrirlos, replicó San Cipriano, vuestras mismas leyes condenan á los delatores. Despues de algunas preguntas, á las que el santo contestó con la misma firmeza, el procónsul mandó que el santo saliese desterrado á Curuba, ciudad pequeña, situada en la costa de África. Un gran número de sacerdotes fué al mismo tiempo desterrado, y disperso por lugares desiertos, y padecieron mil incomodidades. San Cipriano los consuela en una de sus cartas (la setenta y siete de la coleccion de sus obras) que no puede leerse sin percibir alguna parte de aquel fuego divino con que su corazon estaba abrasado, y que le hacia encontrar toda su felicidad en sufrir trabajos por Jesucristo. Un año entero permaneció en el lugar de su destierro: despues se le hizo volver á Cartago, para que lo juzgase allí el nuevo procónsul, sucesor de Paterno. La persecucion se habia encendido con mas violencia; y el edicto del emperador Valeriano ordenaba, que los sacerdotes, obispos y diáconos, fuesen inmediatamente condenados á muerte. San Cipriano quedó bajo el cuidado del capitan de las guardias, que vivia en un lugar suburbio de Cartago. Permitióse á sus amigos que le viesen, y concurrió allí todo el pueblo. Los cristianos temian que durante la noche le quitasen la vida, y la pasaron en vela á la puerta de la habitacion en que estaba preso. Se hallaba entonces el procónsul en su casa de campo, á donde el santo obispo fué conducido en un tiempo muy caloroso. Viéndolo un soldado empapado de sudor, le precisaba á que mudase de vestido; ¿por qué motivo, di-

jo el santo obispo, se ha de buscar alivio á los males que van á acabar? Luego que le vió el procónsul le preguntó si era aquel á quien llamaban Cipriano: ese es mi nombre, respondió el santo. Entonces, dijo el procónsul: el emperador ha dado órden de que sacrifiques á los dioses: de ninguna suerte haré tal cosa, respondió San Cipriano: piénsalo bien, añadió el juez: San Cipriano replicó, no hay que deliberar en una accion tan notoriamente justa. Habiendo, por último, el procónsul, tomado parecer á su consejo, habló al santo obispo de este modo: largo tiempo hace que haceis profesion de la impiedad, sin que hayan podido nuestros emperadores haceros volver á mejores sentimientos; y supuesto que tú eres el gefe de esta perniciosa secta, servirás de ejemplo á aquellos á quienes has inducido á la desobediencia: la disciplina de las leyes quedará asegurada con tu muerte. Tomando entonces la tablilla en que estaba escrita la sentencia, la leyó en alta voz: estaba concebida en estos términos: "Mando que Cipriano sea degollado." El santo obispo respondió: gracias á Dios. Los fieles que en gran número se habian reunido, esclamaron: que se nos degüelle tambien á nosotros. Se escogió para lugar de la ejecucion, una plaza de árboles frondosos, á poca distancia de la ciudad; y aunque era de bastante amplitud, se halló estrecha para el numeroso concurso que allí se reunió. El santo obispo dió hasta el fin pruebas del cuidado que tenia por su pueblo. Sabiendo que en aquel numeroso concurso habia algunas doncellas, mandó que se tuviese cuidado de ponerlas en alguna parte separada de todo peligro. Subió al lugar del suplicio, y postrado, pegado su rostro á la tierra, dirigió á Dios una oracion fervorosa: cuando la concluyó, se quitó sus vestiduras que entregó á sus diáconos: pidió luego la venda para cubrir los ojos; y como le era incómodo atarsela ácia atras, un sacerdote y un diácono le hicieron este último servicio: entonces llegó el verdugo, y el Santo hizo que se le diesen veinte y cinco escudos de oro: despues se puso de rodillas y cruzadas las manos sobre el pecho, esperó el golpe que debia hacerle pasar de esta vida á una gloriosa é inmortal. Los fieles recogieron su sangre en unos lienzos que habian estendido al derredor de él, antes que le cortasen la cabeza, y conservaron esta preciosa reliquia con un culto religioso.

Adicion.=San Cipriano escribió al papa San Estevan, suplicándole por el nombre de Jesucristo, de quien era vicario, tomase las medidas mas eficaces para recoger y congregar las obejas que el cisma habia dispersado: escomulgar á Marciano, obispo de Arlés, y nombrar otro en su lugar. Marciano, adicto á la secta Novaciana, tuvo la crueldad de permitir que muriesen sin reconciliarlos con la Iglesia, unos renegados sinceramente convertidos, que pedian con lágrimas volver á ser admitidos en su seno; y aun se jactaba de haberse separado de la comunion de sus hermanos.

CONTINUACION DE LA PERSECUCION EN LA AFRICA.

NO se aplacó la persecucion con la muerte de San Cipriano; pocos meses despues hubo una multitud de mártires: los mas ilustres fueron San Montano y sus siete compañeros. Tenemos la historia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su martirio referida al principio por ellos mismos estando en la prision, y continuada hasta su muerte por un testigo de vista. Hé aquí sus espresiones: "Luego que nos prendieron, supimos que el "gobernador nos debia condenar á ser quemados "vivos, y que el dia siguiente debia ejecutarse este "suplicio; pero Dios, que tiene en sus manos el co- "razon de los jueces, no permitió que nos aplica- "sen este género de suplicio. El gobernador mu- "dó de resolucion, y nos volvieron á la prision. "Este lugar no fué para nosotros tan horroroso, su "oscuridad se cambió en una luz toda celestial: un "rayo del Espíritu Santo iluminó esta oscura mo- "rada, é hizo que la luz brillase en medio de las "tinieblas. El siguiente dia por la tarde nos saca- "ron á todos juntos los soldados, y nos condujeron "al palacio para ser interrogados. ¡Oh dia dichoso! "¡oh qué ligeras nos parecieron las cadenas con que "nos ataron! El gobernador nos hizo muchas pre- "guntas acompañadas de amenazas, y promesas: "nuestras respuestas fueron modestas, pero firmes, "generosas y cristianas. Nosotros salimos del in- "terrogatorio, victoriosos del demonio: nos volvie- "ron á la prision, y allí nos preparamos á un nue- "vo combate. El mas penoso que sufrimos fué el "hambre y la sed; porque despues de habernos obli- "gado á trabajar todo el dia, nos negaban todo "alimento, hasta un poco de agua. Mas el mismo "Dios nos consoló, dándonos á conocer en una vi- "sion, que nosotros teniamos poco tiempo que pa- "decer, y que no nos desampararia: nos concedió "algunos desahogos, por el ministerio de dos cris- "tianos, á quienes permitieron que nos visitasen.

"Este socorro nos consoló un poco, y nuestros ma- "les se restablecieron. Pronto olvidamos nuestras "fatigas, y bendecimos la divina misericordia, que "se dignó endulzar nuestras penas. La íntima "union que habia entre nosotros, contribuyó parti- "cularmente á sostenernos y consolarnos: un mismo "espíritu nos unia en la oracion y en nuestras plá- "ticas." Sabed, que nada hay mas dulce que esta caridad fraternal, que es tan agradable á Dios, y con la cual se obtiene cuanto se le pide, segun esta promesa de Nuestro Señor Jesucristo: "Si dos se "unen sobre la tierra para pedir alguna cosa á mi "Padre, la alcanzarán infaliblemente." El gobernador, por último, hizo comparecer de nuevo á los santos mártires á su tribunal. Todos declararon altamente que persistian en su primera confesion. El juez entonces dió la sentencia, que les condenaba á ser degollados: y los condujeron al lugar donde iban á ser inmolados. Se formó un numeroso concurso, y tanto los fieles, como los gentiles, concurrian á porfia al lugar del suplicio. Manifestaban los santos en su semblante, el gozo que sentian de verse prócsimos á entrar á la eterna bienaventuranza: ecshortaban con fervor á todos los que les cercaban. A los fieles para que perseverasen firmes en la fé, y conservasen con cuidado este precioso depósito; y á los idólatras á que reconociesen y adorasen al verdadero Dios. Todo hombre, les decian, que sacrifica á las falsas deidades, será indefectiblemente arrojado á los eternos suplicios: es una impiedad horrible abandonar al verdadero Dios, y dar adoracion á los demonios. Todos los ocho fueron degollados.

ADMIRABLE CONSTANCIA DE UN NIÑO.

EL Señor, que cuando le agrada hace elocuentes á los infantes, para ensalzar su gloria quiso que muchas veces estos cooperasen al triunfo de la fé, confesándola valerosamente. En Cesaréa de Capadocia, un niño llamado Cirilo, mostró un estraordinario valor, que llenó á los fieles de gozo y admiracion. Este Santo niño traia continuamente en la boca el nombre sagrado de Jesucristo: sentia al pronunciarlo una fortaleza, que le hacia insensible á las amenazas y promesas que se le hacian. Su padre, que era idólatra, no pudiendo conseguir que invocase á los dioses falsos, lo arrojó de su casa, despues de haberle maltratado. Informado de esto el juez de la ciudad, mandó á los soldados que prendiesen al jóven Cirilo, y lo llevasen á su presencia. Cuando lo vió le dijo con dulzura: hijo mio, quiero, en consideracion á tu edad, perdonar tus faltas: nada te interesa tanto como volver á la gracia de tu padre, y á la posesion de sus bienes: sé sábio y reconoce tu supersticion. El Santo niño respondió: estoy muy contento en sufrir baldones por lo que hago: Dios me ha recibido y yo estaré mejor con él que con mi padre: me complazco de ser arrojado de la casa de mi padre, habitaré otra que es de mayor hermosura y belleza: renuncio gustosamente los bienes temporales, para poseer los del cielo: no temo la muerte, porque á ella se sigue una vida mas dichosa. Pronunció estas palabras con un valor, que mostraba bien que Dios hablaba en él. El juez entonces tomando un tono de severidad, propio para intimidar al Santo Niño, le amenazó con la muerte: le hizo atar como para llevarle al suplicio: mandó preparar un monton de leña y prenderle fuego; pero este admirable niño, lejos de atemorizarse, jamas mostró tanto valor y firmeza como entonces: se dejó conducir sin derramar una lágrima: lo acercaron al fuego: le amenazaron arrojarle en él; mas nada perdió de su constancia. (El juez secretamente habia mandado, que únicamente se contentasen con aterrorizarlo). Cuando vieron que la presencia del suplicio no habia hecho en él impresion alguna, lo volvieron al juez. Este le dijo, ahora bien, ya has visto el fuego y la espada, pensarás con mas cordura: por tu sumision á mi voluntad y á la de tu padre, merecerás el que te vuelva á su gracia, y que te reciba en su casa. El niño Cirilo respondió: me habeis hecho un gran daño con volverme á llamar: no temo ni el fuego ni la espada: suspiro por llegar á una mansion feliz mas apetecible, y con ansia deseo la posesion de unas riquezas mas sólidas que las de mi padre: Dios, que debe recibirme, me recompensará: has que muera pronto para ir á él cuanto antes. Los circunstantes lloraban oyéndolo hablar de esta manera; pero él les decia, no debeis llorar sino alegraros: y en lugar de quererme ablandar con vuestras lágrimas; debiais esforzarme y animarme á padecer: no sabeis la gloria que me aguarda, y que es mi única esperanza; dejad que mi vida temporal termine. Tales fueron los sentimientos con que se dirigió al suplicio, segun dicen las

actas de su martirio; aunque no refiere el género de muerte que sufrió. La fortaleza del socorro divino, de la que ya hemos visto pruebas tan sensibles en un secso frágil y delicado; se manifestaba entonces en una edad en que son tan naturales la timidez y la inconstancia.

CASTIGO DE LOS PERSEGUIDORES Y CARIDAD DE LOS CRISTIANOS.

DIOS ejerció su venganza divina contra Valeriano, que fué uno de los mas crueles perseguidores del cristianismo. Este príncipe, despues de haber perdido una batalla, se empeñó imprudentemente en una conferencia con Saport, rey de Persia, que se apoderó de su persona. Le hizo prisionero, y le trató con la mayor indignidad. Cuando Saport queria montar á caballo, le hacia postrarse delante de él, le ponia el pié sobre el cuello, y le servia de estribo al subir: le hizo por último, desollar vivo, y su piel teñida en sangre, se colgó en el templo de los persas como un monumento de oprobio de los romanos. Los paganos se asombraban de la desdicha de Valeriano; pero los cristianos reconocian la mano de Dios agravada sobre la cabeza de un príncipe, que tan cruelmente les habia perseguido. El imperio quedó entonces sumergido en las mas terribles calamidades: los pueblos bárbaros se estendieron por todas sus provincias; los godos recorrieron la Trasia y la Macedonia, y dejaron en toda la

Grecia señales de su furor: los germanos pasaron los Alpes, y se dirigieron á la Italia, hasta Rabena: otros entraton á las Galias y pasaron á España. Los Sármatas asolaron la Panónia: los partos penetraron hasta la Siria, y todo el imperio ardia en guerras civiles. Se contaban hasta treinta tiranos que se daban el nombre de emperadores de Roma. Hubo entonces grandes terremotos; y el mar saliendo de sus límites inundó muchas ciudades. Succedió la peste á todos estos males, y fué en Roma tan violenta, que muchas veces en un solo dia, arrebataba muchos millares de hombres. Esta no fué menos asoladora en Alejandria: era, dice San Dionisio, obispo de esta ciudad, como una inundacion general; no habia casa en que no se llorase algun muerto: la ciudad resonaba con los clamores y gemidos de sus habitantes: el santo obispo añade que este mal era para los paganos la mas cruel de todas sus calamidades, y para los cristianos la ocasion mas propia de ejercer una heroica caridad: ellos únicamente tenian el valor de ocurrir al socorro de los enfermos: la mayor parte de nuestros hermanos, dice el Santo, ocurren á hacer estos oficios de piedad: ellos visitan con generosidad y consuelan á los enfermos: no les detenia el peligro de contagiarse, de suerte que muchos murieron por la asistencia y curacion de los enfermos: muchos sacerdotes, diáconos y legos virtuosos han sacrificado su vida: los que quedan remplazan á los otros y continúan haciendo á los enfermos los mismos servicios. Por el contrario, los paganos huyen, abandonan á los que mas aman, arrojan en las calles á los moribundos, y dejan insepultos á los cadáveres, tirados como un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estiercol: tanto es el temor que tienen de contaminarse, que siempre procuran salvarse con la fuga. Esta diferencia en la conducta de unos y otros, era notoria á todo el mundo, y declaraban todos públicamente, que los cristianos eran los únicos que conocian la verdadera piedad. La Iglesia honra como mártires á aquellos que por motivo de esta peste fueron víctimas de la caridad.

Adicion.—En el pontificado de San Dionisio, y por el celo de este santo papa que murió el año fueron condenados los principios heréticos de Sabelio y Pablo Samosata. Sabelio sostenia que no habia otra distincion que la de los nombres en las tres divinas personas; pero que en el fondo habia la misma unidad entre ellas que la divina esencia: por otra parte, (digan lo que quieran algunos autores que no penetraron bien sus sutilezas) negaba la consubstancialidad del hijo con el padre, tomando este término en un sentido grosero y corporal, y acusando á los santos doctores de que dividian la divinidad como un cuerpo en varios pedazos, por tanto pretendia este heresiarca, que Jesucristo era un puro hombre que no ecsistia antes de María, de la cual habia adquirido el principio de todo su ser. Pablo de Samosata, sucesor de Demetriano, obispo de Antioquía, de vida afeminada y voluptuosa, de disolutas y escandalosas costumbres, condenado en el concilio de Antioquía, cuyo presidente fué el piadoso Firmiliano de Cesaréa, ante quien por entonces fingió arrepentirse, abjurando sus errores, depuso al fin la máscara de su hipocresía: fué escomulgado y vergonzosamente depuesto de su silla: usaba la palabra consubstancial; mas no como se recibió en el concilio Niseno, sino en el sentido material y grosero de los sabelianos, á cuyos demas errores se adheria.

(AÑO 274 DE JESUCRISTO.)

NONA PERSECUCION BAJO EL EMPERADOR AURELIANO.

El emperador Aureliano que, en los primeros años de su reinado, no se habia declarado contrario á los cristianos, varió pronto con respecto á ellos de conducta. Creyó grangearse la estimacion del senado y del pueblo persiguiendo á los enemigos de sus dioses: iba á firmar un edicto terrible contra ellos, cuando un rayo que cayó á sus piés lo llenó de terror: el pavor que se apoderó entonces de su espíritu, le hizo abandonar en aquella vez su designio; pero no se mudó su voluntad, y difirió únicamente la persecucion. Algun tiempo despues entregado á la corrupcion de su corazon, dice Lactancio, autor casi contemporáneo, publicó Aureliano contra nosotros edictos crueles y sanguinarios; mas esto fué por dicha nuestra casi al fin de su reinado, que fué muy corto; de suerte que los edictos no habian sido aun remitidos á las provincias retiradas, cuando murió. De este modo el Señor hace ver que no deja á los poderosos del siglo la libertad de perseguir á sus siervos, sino es cuando sirven á los designios que tiene sobre ellos de su justicia ó de su misericordia. Entre tanto, como las inclinaciones conocidas de los emperadores ó soberanos no son frecuentemente menos eficaces que sus órdenes espresas, el odio al nombre cristiano que este emperador habia manifestado antes de morir, no dejó de hacer que muchos confesores recibiesen la corona del martirio. Uno de los mas ilustres fué San Conon, que lo padeció en Licaonia. Burlándose el juez de su austéra y mortificada vida, el santo mártir le dijo con firmeza: la cruz es toda mi delicia: no creas intimidarme con todo el aparato de los tormentos: yo conozco su precio, y sé cuanto contribuyen á la verdadera felicidad: los mas crueles y dilatados, forman el objeto de mis deseos. El juez para ablandarlo, le preguntó si tenia hijos: uno tengo, respon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dió, y tendria bastante gozo, si participase de mi dicha. Lo hizo traer al momento, y condenó á ambos á un mismo suplicio. Les cortaron á ambos las manos con una sierra de madera. Los tendieron en una cama de hierro hecho ascua; y los trasladaron desde ella á una caldera de aceite hirviendo, donde espiraron alabando á Dios. A esta persecucion se refiere igualmente el martirio de San Dionisio, primer obispo de Paris. Este santo obispo despues de haber establecido en la misma capital una iglesia floreciente, trabajó por el ministerio de sus discípulos para estender la fé en las provincias cercanas, con tanto celo, que por él mereció el título de *Apóstol de las Gálias*. No se sabe con certeza el pormenor de la vida de estos hombres apostólicos; pero cultivaron con mucho fruto esta parte del campo del Señor; y para hacerlo mas fértil era preciso que no solamente con sus sudores, sino que tambien lo regasen con su propia sangre. Dios coronó los trabajos de sus generosos ministros con un glorioso martirio, cuyas actas no han llegado á nosotros: lo único que se sabe es que en una persecucion que se levantó prontamente prendieron á San Dionisio en compañía de un sacerdote llamado Rústico, y de un diácono Eleuterio, por órden del presidente Fesenio; quienes despues de haber confesado generosamente la fé, sufrieron los azotes y diversos géneros de suplicios, y al fin fueron degollados. Una tradicion constante apoyada sobre antiguos monumentos, nos manifiesta, que su martirio se ejecutó en una montaña cerca de Paris, nombrada despues por este motivo, Monte de los Mártires, y vulgarmente Monte Mártir. En Paris

se manifiesta el lugar donde San Dionisio fué aprisionado; y otro igualmente en donde lo atormentaron: dos iglesias se han erigido en honor suyo. El presidente habia dado órden de que se arrojasen los cuerpos de los mártires en al Sena; mas una señora pagana que pensaba abrazar la fé, pudo conseguirlos, de aquellos á quienes se habia encargado esta comision, é hizo enterrar secretamente las santas reliquias.

Adicion.=En un concilio celebrado en Mesopotamia el año de 277 fué condenado el maniqueismo, cuyo autor Manés, empezó el año anterior á este, á arrojar las primeras semillas de la heregía mas duradera y monstruosa. Manés era natural de Persia, nacido en la esclavitud, de que le sacó una viuda, la que lo educó como á su propio hijo: mudó su nombre Cubric, en el de Manés. Los errores de este sofista, sin embargo de ser bastante impios y groseros, tuvieron mucho séquito: establecia dos dioses ó principios; el uno autor del bien, y el otro autor del mal: atribuian igualmente al hombre dos almas: negaban el libre albedrio, y no se tenian por culpables de sus acciones aun las mas infames, que miraban como natural efecto del alma mala: desechaban por tanto, todos los artículos de fé que eran incompatibles con sus máxsimas: como el pecado original, la necesidad de las buenas obras y el misterio de la Redencion: condenaban el matrimonio: declamaban sediciosamente contra la administracion civil, y toda potestad esterior: atribuian al principio malo la antigua ley: daban el nombre de idolatría al culto de las reliquias y santas imágenes: miraban como solo aparente la Encarnacion y Pasion de Nuestro Señor Jesucristo: adoptaron las mas estrañas ideas contra la augusta Trinidad; pues unas veces decian, que una sola era la persona de Dios, bajo tres nombres diferentes; y otras veces, que estas Personas estaban incorporadas con el aire, la luz, el sol y la luna: admitian la transmigracion Pitagórica.

El maniqueismo se componia de dos clases: oyentes y escogidos: á estos últimos se confiaban todos los misterios de la secta, reducidos á las infamias mas escecrables cometidas en sus conventículos: entre los escogidos habia doce que llamaban maestros; y ademas otro, que en calidad de sucesor de Manés, tomaba el nombre de Paráclito. Inferiores á estos habia setenta y dos obispos ordenados por los maestros que podian ordenar igualmente presbíteros y diáconos.

(AÑO 303 DE JESUCRISTO.)

DÉCIMA Y ÚLTIMA PERSECUCION

BAJO EL IMPERIO DE DIOCLESIANO.

EL imperio romano, que por espacio de tres siglos habia procurado inútilmente con ataques casi frecuentes, destruir el cristianismo, hizo á este fin, el último esfuerzo, y en lugar de aniquilarlo, acabó de establecerlo. Reinaban entonces Dioclesiano en el Oriente, y en el Occidente Macsimiano. Publicó el primero en Nicomedia un edicto, el año de 303, que mandaba destruir las Iglesias y quemar las Santas Escrituras. Este, sin embargo, no era mas que un ensayo de otros crueles edictos, que despues de este se publicaron é hicieron correr arroyos de sangre en todas las provincias del imperio; porque su colega Macsimiano imitó un ejemplo tan conforme á su feroz inclinacion. Ejercieron contra los cristianos crueldades inauditas, y emplearon tormentos que hasta entonces habian sido desconocidos. A algunos en Mesopotamia, colgaron con la cabeza ácia abajo, y los sofocaron con un fuego lento que encendian bajo de ellos. En la Siria los quemaban en parrillas: en la provincia del Ponto se les introducian unas puntas de caña bajo las uñas, y despues vertian sobre ellos plomo derretido: en Egipto, despues de atenacearlos, dilaseraban su

cuerpo con pedazos de vasijas quebradas: en la Frigia, una ciudad entera, cuyos habitantes eran cristianos, fué acometida por los soldados, á quienes se dió órden de incendiarla: los hombres, las mugeres y los niños, todos perecieron en las llamas invocando el nombre de Jesucristo. El historiador Eusebio, testigo ocular de una parte de estas bárbaras escenas, dice: que los tormentos ejercidos contra los cristianos en esta horrible persecucion, superan á cuanto se puede decir: toda la tierra de Oriente á Occidente, dice Lactancio, se inundó en sangre. Dios, que jamas deja desamparada á su Iglesia, la sostuvo en tan terrible prueba, y proporcionó los socorros de su divina gracia, á la violencia de este combate. Comenzó la persecucion por el mismo palacio del emperador. Muchos de sus primeros oficiales eran cristianos: les obligaron á sacrificar á los ídolos; pero ellos quisieron perder mas bien el favor del príncipe, ser depuestos de sus empleos, y sufrir los mas crueles tormentos, que ser infieles á su Dios. Uno de ellos llamado Pedro, sufrió con invicta constancia unos tormentos, cuya relacion hace estremecer. Despues de haberle despojado de sus vestidos, lo ataron á una máquina, que elevándolo á grande altura le hacia caer despues sobre un pavimento cubierto de piedras; aunque su cuerpo quedó bastantemente maltratado con la caida, añadieron á este tormento los mas inhumanos golpes, que molieron todos sus miembros: sus llagas eran tan profundas, que se le descubrian los huesos: sobre ellas vertieron sal y vinagre. Los fuertes dolores que sentia no bastaron á rendir su valor. Pusieron entonces fuego bajo una parrilla, sobre la

cual hacian quemar cada parte de su cuerpo, una despues de otra; y para prolongar este insufrible tormento, le retiraban del fuego algunos intervalos de tiempo, para continuar despues la misma tortura. Toda esta crueldad refinada fué inútil; y el mártir habiendo triunfado del dolor y del tirano, espiró sobre este horroroso lecho, sin haber dado ni la menor señal de flaqueza. ¡Qué fortaleza! ¡Qué constancia! No, el hombre por sí mismo no es capaz de tal firmeza, y es preciso que una virtud mas que humana, lo haga insensible en medio del fuego en que es paulatinamente abrasado.

MARTIRIO DE S. QUINTIN.

Macsimiano habia establecido á Riccio Varo su prefecto, en las Gálias. Éste tan cruel como su príncipe, corria de una á otra ciudad, llevando por todas partes el espanto y el horror: inundando con la sangre de los cristianos todos los lugares por donde pasaba. Llegó á Miens donde San Quintín, hijo de un senador romano, anunciaba con celo y con feliz suceso, la sagrada doctrina del Evangelio. Hizo prender al santo; y habiéndole hecho presentar á su tribunal, le preguntó su nombre. Soy cristiano, este es mi nombre, respondió el santo: si deseas conocer mas, sabe, que mis padres me llaman Quintín. Quiénes son tus padres, preguntó el prefecto; soy ciudadano romano é hijo del senador Zenon.

El prefecto añadió, ¿cómo siendo de tan noble familia, te has dejado infatuar de esas locas supersticiones? Quintín respondió: la mas brillante nobleza, es conocer á Dios y obedecer con fidelidad sus mandamientos: no des á la religion cristiana el nombre de supersticion, que de ninguna suerte puede convenirle; pues ella conduce á la verdadera felicidad, que consiste en el conocimiento del verdadero Dios y su hijo Jesucristo, por quien todas las cosas fueron hechas, y en todo es igual á su Padre. Si tú ahora mismo, añadió el prefecto, no ofreces sacrificios á los dioses, yo te juro por todos ellos, que te haré morir en los mas crueles tormentos. Por lo que á mí toca, dijo Quintín, yo te prometo por el Señor mi Dios, que jamas haré lo que me mandas; pues no temo ni á tus amenazas, ni á tus dioses. El tirano le hizo azotar primero cruelmente, y ordenó despues que se encerrase en una oscura prision. Allí lo visitó un ángel, y le mandó que fuese á instruir al pueblo. Salió sin obstáculo alguno del calabozo, y corrió á predicar á la plaza principal. Así un milagro tan manifiesto, como sus sufrimientos por Jesucristo, dieron tal fuerza á sus palabras, que convirtió entonces casi seiscientas personas. Los mismos guardias convencidos de su libertad milagrosa, creyeron en Jesucristo. S. Quintín compareció segunda vez ante el prefecto, el cual trató de ganarlo con lisongeras promesas: como ellas eran tan inútiles como las amenazas, recurrió el tirano á nuevos tormentos para vencer la constancia del santo mártir. Le hizo atar y atirantar su cuerpo, por medio de unas poleas, de un modo tan violento, que todos sus miembros se dislocaron:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cual hacian quemar cada parte de su cuerpo, una despues de otra; y para prolongar este insufrible tormento, le retiraban del fuego algunos intervalos de tiempo, para continuar despues la misma tortura. Toda esta crueldad refinada fué inútil; y el mártir habiendo triunfado del dolor y del tirano, espiró sobre este horroroso lecho, sin haber dado ni la menor señal de flaqueza. ¡Qué fortaleza! ¡Qué constancia! No, el hombre por sí mismo no es capaz de tal firmeza, y es preciso que una virtud mas que humana, lo haga insensible en medio del fuego en que es paulatinamente abrasado.

MARTIRIO DE S. QUINTIN.

Macsimiano habia establecido á Riccio Varo su prefecto, en las Gálias. Éste tan cruel como su príncipe, corria de una á otra ciudad, llevando por todas partes el espanto y el horror: inundando con la sangre de los cristianos todos los lugares por donde pasaba. Llegó á Miens donde San Quintín, hijo de un senador romano, anunciaba con celo y con feliz suceso, la sagrada doctrina del Evangelio. Hizo prender al santo; y habiéndole hecho presentar á su tribunal, le preguntó su nombre. Soy cristiano, este es mi nombre, respondió el santo: si deseas conocer mas, sabe, que mis padres me llaman Quintín. Quiénes son tus padres, preguntó el prefecto; soy ciudadano romano é hijo del senador Zenon.

El prefecto añadió, ¿cómo siendo de tan noble familia, te has dejado infatuar de esas locas supersticiones? Quintín respondió: la mas brillante nobleza, es conocer á Dios y obedecer con fidelidad sus mandamientos: no des á la religion cristiana el nombre de supersticion, que de ninguna suerte puede convenirle; pues ella conduce á la verdadera felicidad, que consiste en el conocimiento del verdadero Dios y su hijo Jesucristo, por quien todas las cosas fueron hechas, y en todo es igual á su Padre. Si tú ahora mismo, añadió el prefecto, no ofreces sacrificios á los dioses, yo te juro por todos ellos, que te haré morir en los mas crueles tormentos. Por lo que á mí toca, dijo Quintín, yo te prometo por el Señor mi Dios, que jamas haré lo que me mandas; pues no temo ni á tus amenazas, ni á tus dioses. El tirano le hizo azotar primero cruelmente, y ordenó despues que se encerrase en una oscura prision. Allí lo visitó un ángel, y le mandó que fuese á instruir al pueblo. Salió sin obstáculo alguno del calabozo, y corrió á predicar á la plaza principal. Así un milagro tan manifiesto, como sus sufrimientos por Jesucristo, dieron tal fuerza á sus palabras, que convirtió entonces casi seiscientas personas. Los mismos guardias convencidos de su libertad milagrosa, creyeron en Jesucristo. S. Quintín compareció segunda vez ante el prefecto, el cual trató de ganarlo con lisongeras promesas: como ellas eran tan inútiles como las amenazas, recurrió el tirano á nuevos tormentos para vencer la constancia del santo mártir. Le hizo atar y atirantar su cuerpo, por medio de unas poleas, de un modo tan violento, que todos sus miembros se dislocaron:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en seguida mandó que lo azotasen con cadenas de fierro: virtieron sobre sus llagas aceite hirviendo con pez derretida; y le aplicaron á ellas planchas de metal ardientes. Parece que la crueldad mas ingeniosa de los hombres solo se ejecutaba contra los mártires de Jesucristo. Enfurecido Varo, de que sin embargo de estos tormentos Quintín bendecia sin cesar al Señor, le hizo llenar la boca de cal y de vinagre: despues mandó cargarlo de cadenas, para que de este modo se condujese hasta la capital de Vernandéz, á donde él debia ir. La Providencia habia dispuesto que el santo mártir fuese patrono de esta ciudad, la cual posteriormente ha tomado su nombre. Habiendo llegado Varo, hizo el último pero inútil esfuerzo para rendirle. Viendo que el santo parecia que sacaba nuevas fuerzas de los tormentos, se dejó arrebatar de su rabiosa cólera: mandó pasar al santo transversalmente con dos barras de hierro, desde el cuello hasta los muslos: le clavaron espinas entre las uñas y la carne de los dedos. Como despues de este último suplicio, el santo vivia aun, le condenó el juez á ser degollado. Cuando Quintín era conducido al lugar del suplicio, obtuvo de los verdugos un poco de tiempo para orar: luego que concluyó su oracion, volvió ácia ellos y les dijo: ya estoy dispuesto, haced lo que se os manda. Le cortaron la cabeza, y la arrojaron con su cuerpo en el rio Soma. Mas Dios no permitió que las reliquias de tan ilustre mártir, quedasen sin honor. Una santa cristiana, llamada Eusebia, encontró el cuerpo, y le enterró en una colina inmediata. La relacion de su martirio fué escrita por un autor testigo ocular de él.

MARTIRIO DE LA LEGION TEBANA.

EL emperador Macsimiano pasó á las Gálias con el fin de reprimir una faccion que se habia formado allí. Juzgó necesario reformar su ejército, é hizo venir de Oriente la legion Tebana. Esta se componia de cristianos; y la fé inspiraba un nuevo valor á estos valerosos soldados. Mauricio la mandaba; y los principales oficiales despues de él, eran Exuperio y Cándido. Se unió la legion en el canton de los Alpes al cuerpo del ejército, é hizo alto por algun tiempo en Octodura, llamado el dia de hoy Valés. Macsimiano que deseaba mas bien esterminar á los cristianos que á los enemigos del estado, dió órden que la legion Tebana combatiese á los primeros; ó ya sea segun se refiere en otras actas, quiso obligarla á que concurriese á los solemnes sacrificios que hacia á sus dioses al entrar á las Gálias. Estos valerosos soldados respondieron que ellos venian únicamente á combatir á los enemigos del estado; y no á teñir sus manos con la sangre de sus hermanos, ni á contaminarlas con un culto impío. Macsimiano se irritó de tal manera con esta respuesta, que al punto hizo diezmar la legion. Aquellos á quienes tocó la suerte, se dejaron degollar, sin la menor resistencia. Este destrozo no aterró á sus compañeros; antes sí, los animó mas al martirio, y esclamaron con un nuevo valor, que ellos detestaban el culto de los ídolos. Cuando

Macsimiano vió esta resolucion, mandó que fuese diezmada la legion por segunda vez, y así se ejecutó. Instando despues á los demas á que obedeciesen al tirano, hicieron la siguiente representacion: "Nosotros, señor, somos vuestros soldados; pero igualmente servimos á Dios, y si debemos serviros en la guerra, á Dios debemos servir con la inocencia de nuestras costumbres: de vos hemos recibido la paz; mas Dios nos ha conservado la vida: nosotros no podemos obedeceros, renunciando á Dios Nuestro Criador y Señor, que igualmente es vuestro: estamos dispuestos á ejecutar vuestras órdenes, en todo cuanto no sea ofensa de su Magestad; mas si es preciso escoger, entre obedecer á Dios ó al hombre, nosotros siempre preferimos obedecer á Dios: ponednos al frente del enemigo: nuestras armas están dispuestas para combatir á los rebeldes y á los impíos; mas no deben derramar la sangre de los ciudadanos y de los inocentes: hemos hecho primero á Dios que á tí, el juramento de obedecerle. Ah! y ¿cómo podriais estar seguro de nuestra fidelidad, si faltásemos á la que á Dios hemos jurado? Si pretendeis hacer morir á los cristianos, vednos aquí: nosotros confesamos á un Dios, Criador de todas las cosas, y á Jesucristo su hijo: estamos dispuestos á recibir la muerte como nuestros compañeros, cuya suerte envidiamos. No temais una rebelion de nuestra parte: los cristianos saben morir, pero no rebelarse: tenemos armas; mas no nos servimos de ellas: queremos mas bien morir inocentes, que morir culpados." Una representacion tan generosa y comedida, no hizo mas que encender el furor del tirano, y desesperando de vencer su heróica constancia, tomó la resolucion de pasar á cuchillo á toda la legion. Hizo que todo el ejército la cercase, y dió órden de pasarla á filo de espada. Estos valerosos guerreros rindieron las armas, se despojaron de sus corazas, y presentaron el cuello á sus perseguidores. No se oyeron ni los llantos ni los gemidos, ni hablaban unos á otros, sino para animarse recíprocamente á morir por Jesucristo. El campo quedó al momento regado de sus cadáveres y teñido en su sangre. Eran, segun se cree, mas de seis mil. ¡Qué espectáculo! ¡ver toda una legion de soldados armados con tan sublimes y santas disposiciones. Una religion capaz de formar hombres tan perfectos ¿no llevará por ventura una señal visible de la divinidad? El espíritu de Dios únicamente puede inspirar tal heroismo, y tan profunda sabiduría, que sabe unir todos sus deberes: ser fiel á Dios y no hacer resistencia á su príncipe, aunque sea injusto y cruel.

MARTIRIO DE SAN VICTOR DE MARSELLA.

Poco tiempo despues del martirio de la legion tebana, dió igualmente San Victor de Marsella el mas glorioso testimonio de Jesucristo. Era militar distinguido por su nobleza, por su valor, y mas particularmente por la nobleza de su fé. El emperador Macsimiano habia emprendido su marcha para volver á Marsella; y la persecucion se habia encendi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do con mayor ardor á solo el rumor de su llegada. Victor se aplicaba entonces en alentar á los fieles: visitaba particularmente á aquellos que eran de su profesion: los ecshortaba á mostrarse en esta ocasion como verdadero soldado de Jesucristo, y á despreciar una vida pasagera con la esperanza de la eterna. Lo sorprendieron, cuando ejercitaba su celo, y fué conducido al tribunal de los prefectos. Como se trataba á cerca de la causa de un hombre distinguido, se creyó conveniente volver á mandar al emperador el conocimiento de ella. Cuando llegó Macsimiano, hizo que Victor compareciese á su tribunal. Empleó tanto las promesas como las amenazas, para obligarle á que sacrificase á los dioses; pero el santo mártir confundió al tirano y á sus oficiales demostrando la vanidad de los ídolos, y la divinidad de Jesucristo. Entonces Macsimiano juzgando que para un guerrero seria mas sensible la ignominia que el dolor; le condenó á ser arrastrado por las calles, atado de piés y manos. Despues de este primer tormento, el santo mártir se presentó todo ensangrentado, al tribunal de los prefectos. Estos creyendo que su ánimo se hallaba abatido por los sufrimientos anteriores, le precisaban á que sacrificase á los dioses del imperio. Pero él les respondió con firmeza, que jamas habia hecho cosa alguna contra el servicio del emperador y del estado; y que no podia adorar á los dioses del paganismo, sin tributar en esto honor á sus infamias. Entonces le ataron á un caballete, donde por largo tiempo le atormentaron: todo el tiempo que duró este suplicio, tenia el santo los ojos fijos en el cielo, pidiendo á Dios la paciencia. Se le apareció

Jesucristo con la cruz, y le dijo: "La paz sea contigo: yo soy Jesus el que padezco con mis santos: ten valor, yo te sostengo en el combate, y te recompensaré despues de la victoria." Estas palabras consoladoras fortalecieron á Victor, y le hicieron insensible al dolor. Como nada ganaban con atormentarle, le volvieron á mandar á la prision. Dios le visitó allí, y durante la noche, su calabozo se iluminó con una luz celestial. Tres soldados que le custodiaban, viendo esta luz, se arrojaron á los piés del santo y le pidieron el bautismo. Informado Macsimiano de este hecho, mandó quitar la vida á los soldados, si ellos no abjuraban su fé. Todos tres la confesaron con valor, y al punto fueron degollados. El emperador mandó que le presentasen á Victor, y despues de haberle hecho sufrir nuevos tormentos, hizo que se levantase un altar, y lo ecshortó á que ofreciese incienso á los dioses, prometiéndole recompensar su obediencia. Victor, acercándose como para ofrecer el sacrificio, echó abajo el altar con el pié; y ordenó que el santo fuese comprimido y despedazado, bajo la piedra de un molino. Pero el santo respiraba aun despues de haberse roto la máquina. Para acabar de quitarle la vida, se le cortó la cabeza, y al momento se oyó una voz del cielo que dijo: "Tú has vencido Victor, tú has vencido." Macsimiano mandó arrojar al mar los cuerpos de los mártires; pero se acercaron á la orilla, y fueron enterrados por los cristianos, en una gruta, donde Dios ha obrado muchos milagros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(AÑO 304 DE JESUCRISTO.)

MARTIRIO DE SAN VICENTE DE ZARAGOZA.

LA España en la misma persecucion, dió igualmente testimonios esclarecidos de su fé, y muchos de sus hijos recibieron el martirio. El mas ilustre fué San Vicente diácono de Zaragoza. Daciano que era entonces gobernador, y uno de los mas crueles enemigos del cristianismo, le hizo prender y arrojar en una oscura prision: le dejó allí algun tiempo sin permitir se le ministrase alimento, con el designio de rendir su valor, debilitando su cuerpo con la hambre. Despues haciéndole comparecer á su presencia, le hizo las mas grandes promesas, y le amenazó con los mas crueles suplicios, para obligarle á adorar á los ídolos. Mas el santo diácono permaneció inflecsible: declaró que era cristiano, y que estaba pronto á padecer por el verdadero Dios. Daciano entonces le hizo atormentar: lo ataron al potro, y le estendieron con tanta violencia, que se dislocaron sus huesos, y sus miembros se separaron con violencia. En este estado le desgarraron los costados con uñas de hierro, de suerte que se le veian las entrañas. En medio de estos crueles tormentos, el santo mártir estaba lleno de gozo: su inalterable paciencia, y la serenidad de su semblante, llenaron al juez de furor. Como este hizo castigar á los verdugos mismos, para que ellos con mas violencia le atormentasen, se comenzó á herir nuevamente al santo mártir con mayor esfuerzo que la vez primera. Los verdugos estaban sin aliento, los brazos se les caían por el cansancio: el juez mismo viendo correr la sangre por todas partes, y el lastimoso estado del santo mártir, sin que nada fuese bastante para abatir su fortaleza; no podia volver en sí de su sorpresa, y comenzó á confesarse vencido. Mandó cesar los tormentos para usar de los medios de la dulzura: ten piedad de tí, decia al santo diácono: sacrifica á los dioses, ó por lo menos entrégame las escrituras de los cristianos. Vicente respondió, que menos temor le causaban los tormentos, que una falsa compasion. Daciano, mas enfurecido que nunca, hizo tender al mártir sobre un lecho de hierro, cuyas barras, cubiertas de agudas puntas, estaban colocadas sobre un brasero encendido: al mismo tiempo aplicaban láminas hechas ascua, á aquellas partes del cuerpo que no tocaban al doloroso lecho: echaban sal sobre sus llagas, cuyas puntas escitadas con la actividad del fuego, se le introducian con fuerza en la carne. Todo el tiempo que Vicente permaneció en este suplicio, estuvo inmóvil con los ojos elevados al cielo. Daciano turbado, no sabia ya que partido tomar: le mandó nuevamente á la prision con órden de que le tendiesen sobre pedazos de vasijas, puestos los piés en unas trabas, que le tenian las piernas fuertemente separadas. Mas no abandonó Dios á su siervo: los ángeles bajando del cielo vinieron á consolarlo, y el santo mártir cantaba con ellos alabanzas á Dios. Oyendo el carcelero estos cánticos, se convirtió al

punto. Daciano se llenó de rabia con esta noticia. Para quitar al santo mártir la gloria de morir en los tormentos, mandó que se le acostase sobre una cama blanda. Entonces este generoso atleta, á quien las uñas de hierro y los braseros encendidos no habian fatigado, no pudiendo sufrir un descanso que retardaba su felicidad, pidió al Señor le concediese la corona que le habia prometido, y entregó dulcemente su espíritu. Jamas se vió tan manifiesto triunfo de Jesucristo sobre el demonio: toda clase de suplicios se apuró en este glorioso mártir; mas Dios infundió á su siervo un valor superior á los tormentos, y obligó á sus enemigos á confesarse vencidos. No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay fortaleza contra el Señor.

REFLECSIONES SOBRE LAS PERSECUCIONES.

PARA manifestar Dios que la Iglesia es obra suya, ha querido que se estableciese á pesar de la oposicion de los hombres, y que se fundase por el martirio: su poder la ha conservado en este estado durante trescientos años, sin que tuviese un momento de reposo. El Señor habia predicho á sus discípulos que serian perseguidos, llevados ante los reyes y magistrados, maltratados y condenados á muerte por su nombre: les habia prometido hacer inútiles todos los esfuerzos de sus enemigos: "No temais á aquellos, les dice, cuyo poder únicamente se limita

á quitar la vida del cuerpo: ni un cabello solo de vuestra cabeza puede caer sin que vuestro Padre celestial lo permita: por la paciencia poseereis en paz vuestras almas: á mí me toca sosteneros, yo os daré el valor y la fortaleza para vencer á vuestros enemigos: yo he vencido al mundo, y haré que vosotros triunfeis igualmente de él." En efecto, desde que el cristianismo apareció en el mundo, se levantaron contra él todas las potestades de la tierra: los sentidos, las pasiones, todos los intereses combatian en defensa de la idolatría: ella estaba acostumbrada á los placeres: los juegos, los espectáculos y la licencia formaban una parte del culto que tributaban á sus falsas deidades: las fiestas del paganismo no eran otra cosa que divertimientos, ni habia algunas circunstancias de la vida en que el pudor fuese menos respetado que en estas ceremonias y misterios.

La religion cristiana casta, severa, enemiga de los sentidos, y adicta únicamente á los bienes invisibles, no podia agradar á espíritus tan corrompidos. Los cristianos que jamas tomaban parte alguna en las fiestas de los paganos, debian ser aborrecidos y detestados.

A estos motivos se añadia igualmente, el interes del estado: la política romana se creia atacada en sus fundamentos cuando menospreciaban sus dioses. Roma se vanagloriaba de ser una ciudad santa por su fundacion, consagrada desde su origen por el auspicio de sus deidades, y dedicada por su fundador al dios de la guerra. Se creía deudora á su religion en sus victorias: creía haber sojuzgado por ella á las naciones: no reconocer á sus dio-

ses era derrocar los fundamentos del imperio, y ver con odio y desprecio las victorias y el poder del pueblo romano. Así los cristianos enemigos de sus dioses, eran al mismo tiempo considerados como los enemigos de la república: deseaban mas vivamente los emperadores esterminarlos, que abatir á los Partos, á los Sarmentos y á los Dacios. Así despues del imperio de Neron, los cristianos fueron siempre perseguidos tanto, bajo los buenos, como los malos emperadores. El origen de estas persecuciones cuan pronto dependia de la órden del emperador, ó del odio particular de los magistrados; ya provenia de los decretos del senado ó de la sublevacion de los pueblos, que suscitaba contra los cristianos la calumnia. Causas particulares tal vez mitigaban la persecucion por poco tiempo; pero bien pronto, prevalecia el odio público: se encendia el furor de los paganos, y todo el imperio era regado con la sangre de los cristianos. Sobre todo, cuando la pública autoridad daba órden de perseguirlos, la persecucion venia á ser mas violenta y general por la frecuencia con que se renovaba. Los historiadores eclesiásticos asignan diez persecuciones, bajo diez emperadores diferentes. Fué muy considerable el número de los mártires, y asciende á muchos millones.

Los emperadores idólatras se lisongeaban de aniquilar por esta carnicería, á una religion que miraban con tanto ódio; pero esta misma religion tomaba nuevos incrementos con el fuego y la espada de sus perseguidores: en vano empleaban contra ella los suplicios mas horrorosos: uñas de hierro, ruedas armadas con cuchillos afilados, parrillas encendidas, hogueras, dientes de fieras, y todo género de tormentos fueron puestos en uso; pero no servian mas que para multiplicar á aquellos mismos á quienes querian destruir: cuanto mas violenta era la persecucion, mas se aumentaba el número de los cristianos. La sangre de los mártires era una semilla fecunda que reproducia un ciento por uno de los cristianos. Ellos no ponian mas que la paciencia al furor de los cristianos, y esta paciencia, segun la promesa de su Divino Maestro, les hacia triunfar de toda la rábia de sus perseguidores: jamás hicieron ni la menor resistencia de su parte; y despues de sufrir por tantos siglos una persecucion tan cruel, la Iglesia ha subsistido siempre; y tan obediente y sumisa se vió bajo el imperio de Dioclesiano cuando habia llenado toda la tierra, como bajo el imperio de Neron, cuando no comenzaba mas que á nacer. Sufrir todo por la verdad, era el ordinario ejercicio entre los cristianos: ellos corrian á los suplicios con mas ardor y júbilo, que los paganos á sus fiestas licenciosas. Ancianos, enfermos, vírgenes delicadas, despreciaban los tormentos, subian con gusto á los cadalzos y á las hogueras. Se han visto niños que balvucientes aun por su pequeñez, confesaban intrépidamente á Jesucristo, y sufrian sin llorar los mas crueles tormentos. Los verdugos dejaban caer de su mano la espada, y convertidos en un momento, presentaban del mismo modo la cabeza, y lograban, como los demas, recibir tambien el martirio. Los tiranos vencidos, se veian obligados á contener la persecucion, por no despoblar al imperio. En esto se veia verdaderamente el dedo de Dios: los paganos mismos asombrados

de la constancia y de los milagros de los mártires, reconocian en ellos una fuerza divina. Muchas veces se oian, en medio de una asamblea numerosa, estas esclamaciones del pueblo: ¡Qué grande es el Dios de los cristianos! ¡Es grande el Dios de los cristianos! Ciertamente no se puede considerar la fuerza, la estension y la crueldad de este destrozo sangriento, con que procuraban azotar á la Iglesia naciente, sin reconocer en la firmeza de sus héroes una virtud sobre natural, y tan invencible como aquel Dios que les inspiraba tanto valor. Si ha habido tal cual ejemplo de hombres obstinados que hayan sacrificado su vida en defensa del error, á mas de ser muy pequeño su número, era únicamente por sostener opiniones en que puede el entendimiento engañarse; no así los primeros mártires del cristianismo, que murieron por testificar hechos, que habian visto, que habian tocado, y de los que estaban bastantemente seguros por el testimonio constante de todos sus sentidos. Se puede adherir con pasion á una opinion; pero jamas se han encaprichado hasta este punto los hombres por defender hechos dudosos ó falsos, ni se dejan fácilmente degollar por asegurar que han visto, lo que realmente no ha pasado por sus ojos. Los mártires en los siglos siguientes han dado igualmente testimonio á la verdad de una religion que ellos mismos han visto establecida sobre estos hechos incontestables. Concluyamos, tantos esfuerzos inútiles de todo el poder romano, conjurado contra los cristianos con el fin de esterminarlos, es decir, contra unos hombres que no sabian mas que sufrir y morir por su religion; demuestran que esta religion es

obra de Dios, y que los hombres no han establecido lo que ellos mismos no pueden destruir. La Iglesia católica subsiste no solamente sin el apoyo de los poderosos de la tierra, sino aun oponiéndose ellos mismos. La Iglesia, pues, subsiste como ha sido establecida con su gerarquía, derechos y poder espiritual: esto es, con la constitucion que ha recibido de Jesucristo. Una constancia ó constitucion que se ha mantenido tan largo tiempo por su propia fuerza, y en medio de ataques violentos y multiplicados, no puede venir mas que de Dios, y no depende del poder de los hombres destruirla ó mudarla.

(AÑO 305 DE JESUCRISTO.)

CONSTANCIO CLORO FAVORECE A LOS CRISTIANOS.

EN la fuerte persecucion, la mas violenta y general que entonces sufrió la Iglesia, Dios que señala límites al mar en su mas fuerte agitacion, los puso asimismo al poder de dos tiranos. Dioclesiano y Macsimiano se vieron precisados á dejar la púrpura imperial, y ceder el imperio á Constancio Cloro y á Galerio, que ocupaban ya mucho tiempo antes el segundo lugar, con título de Césares. Este último, bárbaro por su origen, y nacido de padres pobres, que tenia unas inclinaciones mas bajas que su

de la constancia y de los milagros de los mártires, reconocian en ellos una fuerza divina. Muchas veces se oian, en medio de una asamblea numerosa, estas esclamaciones del pueblo: ¡Qué grande es el Dios de los cristianos! ¡Es grande el Dios de los cristianos! Ciertamente no se puede considerar la fuerza, la estension y la crueldad de este destrozo sangriento, con que procuraban azotar á la Iglesia naciente, sin reconocer en la firmeza de sus héroes una virtud sobre natural, y tan invencible como aquel Dios que les inspiraba tanto valor. Si ha habido tal cual ejemplo de hombres obstinados que hayan sacrificado su vida en defensa del error, á mas de ser muy pequeño su número, era únicamente por sostener opiniones en que puede el entendimiento engañarse; no así los primeros mártires del cristianismo, que murieron por testificar hechos, que habian visto, que habian tocado, y de los que estaban bastantemente seguros por el testimonio constante de todos sus sentidos. Se puede adherir con pasion á una opinion; pero jamas se han encaprichado hasta este punto los hombres por defender hechos dudosos ó falsos, ni se dejan fácilmente degollar por asegurar que han visto, lo que realmente no ha pasado por sus ojos. Los mártires en los siglos siguientes han dado igualmente testimonio á la verdad de una religion que ellos mismos han visto establecida sobre estos hechos incontestables. Concluyamos, tantos esfuerzos inútiles de todo el poder romano, conjurado contra los cristianos con el fin de esterminarlos, es decir, contra unos hombres que no sabian mas que sufrir y morir por su religion; demuestran que esta religion es

obra de Dios, y que los hombres no han establecido lo que ellos mismos no pueden destruir. La Iglesia católica subsiste no solamente sin el apoyo de los poderosos de la tierra, sino aun oponiéndose ellos mismos. La Iglesia, pues, subsiste como ha sido establecida con su gerarquía, derechos y poder espiritual: esto es, con la constitucion que ha recibido de Jesucristo. Una constancia ó constitucion que se ha mantenido tan largo tiempo por su propia fuerza, y en medio de ataques violentos y multiplicados, no puede venir mas que de Dios, y no depende del poder de los hombres destruirla ó mudarla.

(AÑO 305 DE JESUCRISTO.)

CONSTANCIO CLORO FAVORECE A LOS CRISTIANOS.

EN la fuerte persecucion, la mas violenta y general que entonces sufrió la Iglesia, Dios que señala límites al mar en su mas fuerte agitacion, los puso asimismo al poder de dos tiranos. Dioclesiano y Macsimiano se vieron precisados á dejar la púrpura imperial, y ceder el imperio á Constancio Cloro y á Galerio, que ocupaban ya mucho tiempo antes el segundo lugar, con título de Césares. Este último, bárbaro por su origen, y nacido de padres pobres, que tenia unas inclinaciones mas bajas que su

nacimiento, continuó la persecucion en el Oriente. Constancio Cloro al contrario, mereció igualmente los elogios de los cristianos, que de los paganos: lleno de bondad y clemencia, puso toda su gloria en hacer felices á sus vasallos, y conciliarse su amor: estimaba al cristianismo, porque amaba la virtud. Se refiere de él un hecho memorable que no hace á él menos honor, que á la religion: habia un gran número de cristianos en su palacio, y entre los oficiales adictos á su persona. Aun todavia era César cuando se publicó el edicto de Dioclesiano contra los cristianos: los juntó á todos, les manifestó las órdenes del emperador, y declaró, que era preciso sacrificasen á los ídolos, ó que renunciasen los empleos que poseian. Esta proposicion en boca de un príncipe, que hasta entonces habia favorecido á la religion, fué como un rayo para los cristianos: quedaron sumamente consternados; mas no todos se sintieron abatidos: la parte mayor de ellos protestaron que con mayor gusto harian el sacrificio de sus bienes y de su misma vida, que el de su fé. Algunos mas débiles y conformes al génio de los cortesanos, que por lo comun, no tienen mas Dios que su fortuna, ni otra religion que la que profesa su soberano, convinieron en ofrecer incienso á los ídolos, para conservar su favor y los empleos con que los habia honrado. Constancio entonces manifestó sus verdaderos sentimientos: colmó de elogios la generosa firmeza de los primeros, y reprendió con la mas dura acrimonia, la cobarde y criminal condescendencia de los otros. ¿Cómo, les dice, guardareis al emperador una fidelidad inviolable, vosotros que para con Dios os mostrais pérfi-

dos y traidores? Los arrojó luego de su palacio, como indignos de estar en su servicio. Pero aquellos que habian estado prontos á renunciar mas bien cuanto tenian, que su fé; los miró como sus mas fieles vasallos: les conservó sus empleos, y siempre los honró con su aficion y confianza. Decia que un príncipe debia preferir unos vasallos de este carácter á todos los tesoros de su erario. Un príncipe como Constancio, estaba bien lejos de derramar la sangre de los cristianos; así es que cuando ascendió al trono, no cesó jamas de favorecerlos. El cristianismo de las Gálias, que estaba bajo su dominio, restauró pronto las pérdidas que habia sufrido bajo el del cruel Macsimiano. Luego que pasó la tempestad, los operarios evangélicos se estendieron con nuevo celo y ardor por todas las provincias, é hicieron una abundante cosecha en aquellos paises empapados aun por decirlo así, y que aun humeaban con la sangre de tantos mártires. Se multiplicaban por todas partes las Iglesias, y se ocuparon las sillas de donde los pastores habian sido arrojados por la espada de la persecucion. Sin embargo, no apareció aun entonces mas que la aurora de la paz que Dios iba á conceder á su Iglesia. Estaba reservada, no á Constancio Cloro, sino á su hijo, la dicha de ser discípulo de esta religion que tantos emperadores habian perseguido, y de hacer por consiguiente que triunfase del orgullo de los Césares. Constancio, aunque protector del cristianismo, no tuvo valor de abrazarlo; pero Dios estableciendo el imperio en su familia, concedió una recompensa sobre la tierra á sus virtudes morales, que sin la fé son estériles para el cielo.

Adicion.=A principios del siglo IV, Hierocles impugnó, no tanto con sus artificiosos escritos, cuanto con sus violentas tropelías, la verdad y pureza de la cristiana doctrina: tuvo la osadía de dar el nombre de filaletes (que significa amigos de la verdad) á los dos libros que publicó con este depravado intento. Fueron, sin embargo, de mucha mas utilidad que de perjuicio á la religion; porque prestan á los siglos posteriores un testimonio irrefragable de la antigua creencia de los cristianos á cerca de la divinidad de Jesucristo. Pondera los pretendidos milagros de Apolonio Tianéo; sin que por esto, concluye, debamos tenerlo por Dios: ¿por qué pues han de sostener los cristianos que Jesucristo lo es, por algunos milagros que ha obrado? Si este impío hubiese reflecsionado con una sana crítica sobre la ridícula historia de Filóstrato, y el auténtico testimonio que prueba la verdad de los milagros de Jesucristo que confiesa; quedaría confundido, y no estrañaria el alto desprecio con que ha visto siempre sus obras aun la impiedad misma.

El filósofo Porfirio, natural de Batanéa, cerca de Tiro, impugnó al cristianismo, con tanto mayor encono cuanto se cree, y con mas fundamento que de Hierocles que habia apostatado de él. En sus quince libros contra el cristianismo, se dedicó principalmente á buscar contradicciones en la Santa Escritura; mas halló las profecías de Daniel tan esactas y conformes á los sucesos, que no se atrevió á darles otro sentido distinto del que las dieron nuestros intérpretes. Y para eludir unos oráculos tan luminosos, no le quedó otro recurso que negar su autenticidad contra el testimonio tan concluyente de la sinagoga.

San Metodio impugnó los escritos de Porfirio; pero su obra se ha perdido, como igualmente las de otros varios apologistas de la religion.

(AÑO 312 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE CONSTANTINO.

Luego que el Señor hizo ver tan clara y sensiblemente su maravillosa proteccion en el establecimiento de la Iglesia, y dió á conocer bastantemente que todas las potestades de la tierra no podian destruirla; llamó por último, y recibió en su seno á los emperadores. Así, del gran Constantino hizo un protector declarado del cristianismo. Este príncipe era hijo de Constancio Cloro: reunia en su persona las mas eminentes cualidades: un génio vivo, pero moderado, con una rara sabiduría, se distinguia en él por una gallarda presencia y un aspecto noble. El emperador Galerio que lo aborrecia, le tendió muchas veces lazos para hacerle perecer; pero Dios lo libró siempre, porque tenia grandes designios á cerca de este príncipe. Le proclamaron emperador despues de la muerte de su padre, á la edad de 31 años: Majencio, hijo del emperador Macsimiano, le disputó esta dignidad: se suscitaron por esto algunos pequeños combates, en que Majencio obtuvo primero la ventaja: Constantino despues tomó la resolucion de presentarle una batalla decisiva. Hizo marchar su ejército para la Italia, y se acercó á Roma. Como el ejército de Majencio era mas poderoso que el suyo, conoció la necesidad que tenia de un socorro estraordinario, y pensó alcanzarlo haciendo propicio ácia él, al Dios de los cristianos. Le pidió con las mas fervientes súplicas que se le diese á conocer: el corazon de este príncipe era recto, y sus súplicas muy sumisas para dejar de ser escuchadas: ácia la hora de medio dia, cuando marchaba al frente de sus tropas en un tiempo sereno, advirtió en el cielo una cruz brillante, en medio de la cual estaban escritas, en caractéres no menos resplandecientes, estas palabras: "Con esta señal vencerás." Todo el ejército vió este prodigio;

pero á ninguno causó tanta sorpresa como al príncipe. Se ocupaba lo restante del dia con el deseo de saber la significacion de esta maravilla. La siguiente noche, en el reposo del sueño, se le apareció Jesucristo con la misma señal, y le mandó que hiciese, por el modelo de aquella cruz, un estandarte para llevarlo en sus combates, como un salvo conducto contra los ataques de sus enemigos. Muy de mañana el emperador llamó á sus oficiales y les trazó el dibujo de aquel estandarte. Este era una especie de asta cubierta de planchas de oro, á la cual atravezaba otra en figura de cruz, de la que pendia una rica tela ó velo entretegido de oro. En lo mas alto de la cruz habia una corona de rica pedrería: se veia en medio de la corona, las dos primeras letras del nombre de Jesucristo entrelazadas; encima de la tela se advertian el retrato del emperador y de sus hijos. Dieron á este estandarte el nombre de Labaro. Constantino escogió cincuenta hombres de los mas valientes y religiosos de sus guardias para que lo llevasen alternativamente. Lleno de valor por esta celestial vision, no temió ya presentar la batalla á su enemigo. En efecto, Majencio fué vencido y huyó; mas en su fuga pereció cayendo en el rio Tiber. Roma abrió al punto sus puertas á Constantino, que entró en ella victorioso. Entonces hizo que viniesen á él los obispos para instruirse en las verdades de la religion cristiana, de que hizo una pública profesion. Nada hay mas cierto en la historia que esta milagrosa vision, escrita por Eusebio de Cesaréa, y confirmada por una multitud de escritores y monumentos de toda especie. Si otro nos lo hubiera referido, dice el historiador,

hallariamos dificultad en creerlo; pero el mismo emperador Constantino que nos ha referido este prodigio, nos lo asegura con juramento cuando escribimos esta historia. ¿Quién podia ponerlo en duda, y particularmente despues que el suceso ha justificado la promesa? Así hablaba Eusebio en aquel mismo tiempo en que una infinidad de personas, que dice haber sido testigos oculares de este hecho, vivian aun, y podrian desmentirlos.

Adicion.—Los últimos perseguidores de la Iglesia habian ecsigido se les entregasen todos los libros de las Sagradas Escrituras. Muchos sacerdotes y algunos obispos tuvieron la debilidad de conformarse con una órden tan impía; y este delito fué reputado de tanta gravedad, con corta diferencia, como el de formal apostasia. Donato, obispo de Casas-Negras en Numidia, fué condenado en el concilio romano celebrado el año 313; y declarado en el mismo la inocencia de Ceciliano, obispo de Cartago, calumniado por Donato sobre haber sido uno del número de los traditores ó de los que entregaron á los paganos las Santas Escrituras: delito que él y otros obispos cismáticos se cree habian cometido.

Este cisma despues fué mas escandaloso; pues el partido de los donatistas tomó mayor fuerza por la simulacion é hipocresia del segundo Donato, diferente del de Casas-Negras, cuya astucia sedujo y mantuvo separados del centro de unidad muchos obispos. A mas de sesenta atrajeron á su partido los traditores cismáticos en Numidia, y erigieron aun dentro de Cartago altares contra altares.

TRIUNFO DE LA RELIGION CRISTIANA.

CONSTANTINO despues de haber derrotado á sus enemigos, ofreció á Jesucristo el homenage de la victoria, y se dedicó á hacerle reinar en toda la es-

tension de su imperio. Como conocia el carácter de la religion cristiana, que para hacerse discípulos no empleaba mas que la instruccion y la persuacion, no quiso ecsaltar el espíritu de sus súbditos con edictos rigurosos; y aunque veía con horror la idolatría, dejó sin embargo á sus vasallos en una entera libertad con respecto á la religion: imponer silencio al paganismo reverenciado despues de tantos siglos, seria dar motivo á que todo el imperio se sublevase: creyó que bastaba proteger la verdadera religion, y ponerla en estado de confundir á sus enemigos por la sabiduría de sus dogmas y pureza de su moral, no se valió por tanto de otros medios, mas que de la dulzura y moderacion para ganar á los paganos, y de este modo convirtió un gran número: comenzó por remediar todos los males que habian causado sus predecesores: llamó á los desterrados, é hizo que á los cristianos se devolviesen todos los lugares en que acostumbraban reunirse, que se les habian quitado: lleno de celo por la magestad del culto divino, le dió su debido esplendor, cediendo parte de sus tesoros á las Iglesias, y enriqueciéndolas con vasos preciosos y magníficos ornamentos: trató con toda suerte de honores á los ministros de la religion, y les concedió grandes privilegios. Los obispos de Roma que hasta entonces habian padecido alguna particular persecucion, llevaban la principal atencion de este religioso príncipe: les cedió el palacio de Letrán y otro contiguo á él, y erigió una Basílica, á que dió el nombre de Constantiniana, y esta es el dia de hoy la iglesia de San Juan de Letrán, primer patrimonio de los papas. Los cristianos se hallaron en

un estado muy diferente de aquel en que se habian visto por espacio de tres siglos: consideraban con admiracion y accion de gracias, las maravillas del poder divino, la religion cristiana sobre el trono, honrado el culto del verdadero Dios, puestos en libertad los desterrados, las Iglesias reedificadas y adornadas con magnificencia. Una mudanza inesperada inspiraba por lo presente el gozo mas puro, y en lo ulterior las mas dulces esperanzas. La religion cristiana se presentaba aun á los mismos paganos de un modo digno de veneracion, al ver al emperador practicar públicamente todos los deberes que impone. Tenia este príncipe en su palacio un oratorio donde diariamente se recogia á leer las Santas Escrituras, y á hacer sus oraciones á ciertas horas establecidas: su ejemplo atraia al cristianismo muchos idólatras: la religion cristiana penetró aun al senado romano, que era el asilo mas poderoso del paganismo. Anicio, ilustre senador, fué el primero que la abrazó, y muy breve se vió lo mas distinguido de Roma someterse al yugo del Evangelio. Constantino sentia el gozo mas vivo; y mas se complacia de saber la conversion de uno solo, que la conquista de una provincia. Su celo se estendia aun mas allá del imperio Romano: mandó predicadores á los pueblos bárbaros que no estaban bajo su dominio á que les ecshortasen á adorar al verdadero Dios y á su hijo Jesucristo. A su entrada en Roma, quiso que la cruz que habia sido señal de la victoria, fuese el mas precioso ornamento de su triunfo. La estátua que se le erigió, le representaba empuñando en lugar de lanza, este instrumento de nuestra redencion. De este modo, la

cruz que habia sido hasta entonces un objeto de ignominia y el suplicio de los esclavos, vino á ser una señal de salud y de gloria para los mismos Césares adornando con ella su corona, y enarbolándola hasta sobre el Capitolio, como para anunciar al universo el triunfo de un Dios crucificado.

(AÑO 326 DE JESUCRISTO.)

INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

LA prueba mas esclarecida que dió Constantino de su respeto á la religion cristiana, fué la empresa que tomó para honrar los lugares consagrados con la presencia visible de Nuestro Señor Jesucristo. Formó el proyecto de erigir una Iglesia magnífica en Jerusalen. Santa Elena, madre de este príncipe, tenia como él, una grande devocion á los santos lugares: aunque ya era de edad de casi ochenta años, pasó á Palestina. Al llegar á Jerusalen se sintió animada de un deseo el mas ardiente de encontrar la cruz en que Nuestro Señor Jesucristo habia muerto. Era dificil su hallazgo: los paganos para abolir enteramente la memoria de la resurreccion de Jesucristo, habian amontonado mucha tierra en el sitio de su sepulcro; y despues de haber construido una gran plataforma, levantaron allí un templo

consagrado á Vénus, con el fin de estorbar que los cristianos visitasen este lugar. Nada, sin embargo, pudo retraer á esta piadosa princesa: consultó á los mas viejos de Jerusalen, quienes le respondieron, que si podia descubrir el sepulcro del Salvador, no dejaria de encontrar los instrumentos de su suplicio. En efecto, era costumbre entre los judios enterrar con los cadáveres, todo lo que habia servido á la ejecucion de algun reo condenado á muerte. La emperatriz hizo demoler al punto aquel templo profano: se descombró aquel sitio y comenzaron á cavar. Encontraron por último, la gruta del santo sepulcro: cerca de la tumba estaban tres cruces, con la inscripcion que se habia puesto en la de Jesucristo, pero separada de la cruz; y los clavos que habian sostenido su sagrado cuerpo. Tratábase únicamente de distinguir entre las cruces la del Salvador, lo que una fé viva pudo obtener. Santa Elena, por consejo de Macario, obispo de Jerusalen, mandó se trasportasen las cruces á casa de una persona rendida por muy largo tiempo de una enfermedad incurable. Le aplicaron sucesivamente cada una de las tres cruces, pidiendo á Dios diese á conocer la que habia sido regada con su sangre. Se hallaba presente la emperatriz y toda la ciudad, en espectacion del suceso: las dos cruces primeras no produjeron efecto alguno; mas luego que se le aplicó la tercera, la persona enferma se encontró perfectamente sana, y al instante se levantó. El historiador Sozomeno asegura, que se aplicó del mismo modo al cadáver de un hombre, que resucitó al punto: lo mismo asegura San Paulino. La piadosa princesa quedó trasportada de gozo luego que se

vió en posesion de un tesoro, que preferia á todas las riquezas del imperio. Tomó una parte de esta cruz para llevarla á su hijo: y encerrando la otra en una urna de plata la puso en manos del obispo de Jerusalen, para que se depositase en la Iglesia que Constantino habia mandado erigir sobre el santo sepulcro. Este edificio se construyó con una magnificencia digna de la santidad del lugar: abrazaba en su recinto al sepulcro, y se estendia hasta el Monte Calvario. Hizo tambien Santa Elena edificar otras dos Iglesias, una en el parage de donde el Salvador subió al cielo, y otra en Belén, donde nació: no se limitaba su piedad á la pompa de estos edificios, repartió tambien sus beneficios en todos los lugares por donde pasó: socorria con limosnas abundantes á los pobres, á los huérfanos y á las viudas: tenia particular aficion á las vírgenes consagradas á Dios: reunió un dia todas las que habia en Jerusalen, y les dió una espléndida comida en que ella misma quizo servirlas. No sobrevivió mucho tiempo despues de su viage á Jerusalen: el Señor se habia servido de la conversion de su hijo para atraerla al cristianismo, y lo abrazó con un corazon sincero y un espíritu ilustrado. Llena por último de méritos delante de Dios y de los hombres; murió de edad de ochenta años en los brazos de Constantino, que se mostro en estos últimos momentos de la vida de su madre, fiel á los deberes de la piedad filial, que siempre habia cumplido con esactitud.

(AÑO 306 DE JESUCRISTO.)

INSTITUCION DE LOS SOLITARIOS.—S. Antonio.

Luego que cesaron las persecuciones, dió la Iglesia al mundo un espectáculo tan edificante como el de los mártires: se vieron entonces los desiertos poblados de solitarios, cuya vida era toda angelical. Ya antes se habian retirado á ellos algunos cristianos fervorosos á quienes daban el nombre de Ascéticos, que renunciando los negocios del mundo, se aplicaban á los ejercicios de la oracion y mortificacion; pero estaban solos, bastante inmediatos á las ciudades y poblaciones, en lugar de reunirse entonces en el desierto, y formar comunidades. San Antonio que fué el autor de esta nueva institucion, habia nacido en Egipto de padres nobles, ricos y virtuosos, que lo educaron cristianamente y lo preservaron de los peligros de la juventud; pero le faltaron cuando era aun de diez y seis años. Un dia, habiendo oido leer en la Iglesia estas palabras del Evangelio: *Si vis perfectus esse vade et vende quae habes, et da pauperibus, et habebis thesaurum in coelis*, como si á él se las hubiesen dicho volvió á su casa, vendió todos sus bienes y distribuyó el precio á los pobres: retirándose despues á una soledad, se ocupó únicamente en el negocio de su salvacion: se ejercitaba en obras de penitencia para domar su carne, y con el trabajo de sus manos, procuraba su

vió en posesion de un tesoro, que preferia á todas las riquezas del imperio. Tomó una parte de esta cruz para llevarla á su hijo: y encerrando la otra en una urna de plata la puso en manos del obispo de Jerusalen, para que se depositase en la Iglesia que Constantino habia mandado erigir sobre el santo sepulcro. Este edificio se construyó con una magnificencia digna de la santidad del lugar: abrazaba en su recinto al sepulcro, y se estendia hasta el Monte Calvario. Hizo tambien Santa Elena edificar otras dos Iglesias, una en el parage de donde el Salvador subió al cielo, y otra en Belén, donde nació: no se limitaba su piedad á la pompa de estos edificios, repartió tambien sus beneficios en todos los lugares por donde pasó: socorria con limosnas abundantes á los pobres, á los huérfanos y á las viudas: tenia particular aficion á las vírgenes consagradas á Dios: reunió un dia todas las que habia en Jerusalen, y les dió una espléndida comida en que ella misma quizo servirlas. No sobrevivió mucho tiempo despues de su viage á Jerusalen: el Señor se habia servido de la conversion de su hijo para atraerla al cristianismo, y lo abrazó con un corazon sincero y un espíritu ilustrado. Llena por último de méritos delante de Dios y de los hombres; murió de edad de ochenta años en los brazos de Constantino, que se mostro en estos últimos momentos de la vida de su madre, fiel á los deberes de la piedad filial, que siempre habia cumplido con esactitud.

(AÑO 306 DE JESUCRISTO.)

INSTITUCION DE LOS SOLITARIOS.—S. Antonio.

Luego que cesaron las persecuciones, dió la Iglesia al mundo un espectáculo tan edificante como el de los mártires: se vieron entonces los desiertos poblados de solitarios, cuya vida era toda angelical. Ya antes se habian retirado á ellos algunos cristianos fervorosos á quienes daban el nombre de Ascéticos, que renunciando los negocios del mundo, se aplicaban á los ejercicios de la oracion y mortificacion; pero estaban solos, bastante inmediatos á las ciudades y poblaciones, en lugar de reunirse entonces en el desierto, y formar comunidades. San Antonio que fué el autor de esta nueva institucion, habia nacido en Egipto de padres nobles, ricos y virtuosos, que lo educaron cristianamente y lo preservaron de los peligros de la juventud; pero le faltaron cuando era aun de diez y seis años. Un dia, habiendo oido leer en la Iglesia estas palabras del Evangelio: *Si vis perfectus esse vade et vende quae habes, et da pauperibus, et habebis thesaurum in coelis*, como si á él se las hubiesen dicho volvió á su casa, vendió todos sus bienes y distribuyó el precio á los pobres: retirándose despues á una soledad, se ocupó únicamente en el negocio de su salvacion: se ejercitaba en obras de penitencia para domar su carne, y con el trabajo de sus manos, procuraba su

subsistencia, y el socorro á las necesidades de los pobres: animado de una piadosa emulacion cuando oía hablar de algun siervo de Dios, iba al punto á encontrarle para recibir alguna instruccion ó ejemplo que pudiese practicar ó imitar: por este medio llegó á ser bien pronto un perfecto modelo de todas las virtudes. El comun enemigo no podia ver sin despecho lo que presagiaban tan felices principios, y recurrió á toda clase de tentaciones para derribarlo. El jóven solitario triunfó de todas con el ausilio de la oracion y la mortificacion: su lecho era una estéra, y frecuentemente se acostaba sobre la tierra desnuda: no comia sino una sola vez al dia despues de puesto el sol, y solamente pan con un poco de sal: no bebia mas que agua: su vestido consistia en un cilicio, un manto de cuero ó piel de carnero, y un capúz. Como el Espíritu Santo le destinaba para poblar los desiertos, lo condujo á la soledad en lugares mas retirados. Antonio atravesó el Nilo, y se internó en la Tebaida: despues de haber permanecido mucho tiempo separado del comercio de los hombres, Dios que queria dar á conocer á su siervo, le honró con el don de los milagros: las curaciones que hizo, le atrageron bien pronto un gran número de discípulos, que deseaban vivir bajo su direccion. Se vió obligado á edificar un gran número de monasterios para recibirlos. Antonio instruia á sus discípulos, tanto en particular, como en comun; y les prescribia las piadosas reglas que debian observar. "Que jamas se borre de vuestro espíritu la eternidad (les decia) pensad diariamente por la mañana, que vuestra vida acaso no llegará al fin del dia: y por la noche, que por ventura no amanecereis el dia siguiente: ejecutad cada una de vuestras acciones como si ella fuese la última de vuestra vida: velad continuamente contra las tentaciones, y resistid con valor las sugestiones y combates del demonio: este enemigo es muy débil cuando se le sabe desarmar: mucho le hace temer el ayuno, la oracion, la humildad y las buenas obras; la señal de la cruz es poderosa para disipar sus prestigios é ilusiones: sí, esta señal de la cruz del Salvador, que le ha despojado de su poder, basta para hacerle temblar." Instruidos con estas lecciones los discípulos de Antonio, fueron un objeto de admiracion para el mismo San Atanasio. Sus monasterios, dice, son como otros tantos templos, donde se emplea la vida en cantar salmos, leer, orar, ayunar y velar: donde la esperanza de los monges está puesta únicamente en los bienes eternos; donde se hallan unidos por una caridad admirable, y donde menos trabajan para su sustento que para el socorro de los pobres: es como una vasta region, separada enteramente del mundo, donde sus felices habitantes no tienen otro cuidado que el de ejercitarse en la justicia y la piedad.

(AÑO 329 DE JESUCRISTO.)

S. HILARION ESTABLECE ALGUNOS MONASTERIOS EN PALESTINA.

LO mismo que San Antonio habia hecho en Egipto, San Hilarion su discípulo hizo en la Palestina

y en la Siria: él fué el primero que estableció allí algunos monasterios, y formó los solitarios. Los padres de Hilarion eran idólatras; pero prevenido desde su infancia con las bendiciones de Dios, abrazó el cristianismo á la edad de doce años. Desde la aldea de Tábata, lugar de su nacimiento, le enviaron á estudiar á Alejandría. A mas de las ciencias humanas, se habia instruido allí en la inestimable ciencia de la salvacion. Para perfeccionarse mas y mas en ella, procuró tratar á San Antonio, y estuvo algun tiempo en su compañía: se instruyó en el método de su vida, en la continua oracion, en la humildad, en la perseverancia, en el trabajo y austeridades. Saliendo de esta escelente escuela, volvió á su patria con algunos monges, para practicar en la soledad el mismo género de vida. Muertos sus padres distribuyó á los pobres sus bienes, y se retiró con sus compañeros al desierto, que desde la ciudad de Gaza se estendia á gran distancia por las riberas del mar. Este desierto estaba lleno de salteadores que corrian continuamente por todo aquel espacio, para sorprender á los caminantes ó despojar á los navegantes que se habian libertado de alguna tempestad. No hacia mucho tiempo que Hilarion ocupaba aquel desierto, cuando entraron estos bandidos á su celda: salió á recibirles con un aire tan firme, que ellos se sorprendieron ¿pues qué, le dijo uno de ellos, no nos temes? y por qué os he de temer respondió Hilarion, cuando yo nada tengo? Podemos sin embargo, quitarte la vida. Cuando no se tiene apego á ninguna cosa de este mundo (respondió el jóven solitario) poco temor causa dejarlo. En efecto, Hilarion no vestia mas que un

saco ó túnica de pieles que le habia dado San Antonio: su lecho consistia en una estera de juncos tendida sobre la tierra, y su celda apenas igualaba en estension á su cuerpo, parecida mas bien á un sepulcro que á una habitacion: seis onzas de pan de cebada y algunas yerbas cocidas era cada dia su único alimento. Un método de vida tan austero, no le impidió llegar á la edad de ochenta años: su ocupacion era labrar la tierra y hacer cestas de juncos: en su trabajo meditaba el sentido de las divinas Escrituras, que habia aprendido de memoria. Dios para manifestar la santidad de su siervo, le concedió el don de hacer milagros, y las curaciones maravillosas que obró, le atrajeron una multitud de discípulos: muy pronto se vió la Palestina llena de monasterios. Cuando visitaba á los solitarios que estaban bajo su gobierno, le rodeaban como tres mil. Apartó de la idolatría á muchos pueblos, conmovidos por los milagros de que eran testigos; pero como turbaban su soledad con frecuentes visitas, y afligian igualmente su humildad con el respeto que daban á su virtud, se quejaba diciendo: ¡ay de mí! yo he vuelto nuevamente al siglo, y he recibido mi recompensa en esta vida. Quiso pasar á un lugar donde no fuese conocido; pero esta nueva se estendió, y la Palestina quedó consternada como de una pública desgracia. A cualquier parage á donde iba, le seguian como á un hombre de Dios, que tenia el poder de curar las enfermedades, espeler á los demonios, y de obtener con sus oraciones la conversion de las almas. Cuando curaba á alguno añadia siempre alguna instruccion á este beneficio, y procuraba hacerle comprender cuan-

to mayores y mas temibles son las enfermedades del alma; y que debia con mas empeño curarse de ellas. Sin embargo de haber sido su vida tan penitente y llena de buenas obras, el temor de los juicios de Dios le hacia temblar, cuando estaba cercana su muerte, y se escitaba la confianza con estas espresiones: sal alma mia, sal ya, ¿por qué te inquietas y temes? tú has servido á Jesucristo setenta años, ¿y temes la muerte?

VIDA DE LOS SOLITARIOS.

LA vida de los solitarios tenia por objeto arribar á la perfeccion cristiana por la práctica de los consejos evangélicos, es decir, por la perfecta continencia y la pobreza. Para conseguir este fin, se valian particularmente de cuatro medios: de la soledad, trabajo de manos, ayuno y oracion. Se retiraban de toda poblacion, y se internaban en los desiertos, á donde no se podia llegar sino despues de un dilatado camino. Estos desiertos no eran espaciosas florestas, ni terrenos fecundos que se pudiesen desmontar y cultivar; eran lugares no solamente inhabitados, sino inhabitables, valles áridos y montañas estériles, escarpadas y horribles rocas. Los solitarios se acomodaban en aquellos parages donde encontraban agua: en ellos fabricaban sus pobres celdas de madera ó de cañas: allí retirados de todo objeto que pudiese escitar las pasiones, se esforzaban

en adquirir aquella pureza de espíritu, cuya recompensa es la vista de Dios: se ejercitaban en destruir los vicios y practicar todas las virtudes con mas libertad, y un écsito mas seguro: combatian la avaricia con la pobreza, y con la fidelidad con que se despojaban de toda propiedad: domaban la pereza con el continuo trabajo: este no les ocasionaba disipacion alguna, ni les turbaba la presencia de Dios: consistia en hacer esteras ó cestos de junco; por este medio lograban la doble ventaja de evitar la ociosidad y subvenir á su subsistencia sin ser gravosos á los demas. Como gastaban muy poco, se hallaban siempre en disposicion de hacer limosnas abundantes, y no dejaban de distribuir á los pobres lo que les sobraba diariamente del precio de sus obras: todo el año ayunaban á escepcion de la pascua, y los domingos, su comida era únicamente pan y agua. La cantidad de pan, se limitaba á una libra romana: esto es á doce onzas por dia, distribuyendo en dos tiempos su escasa refeccion, una á las tres de la tarde, y otra en la noche: se habian sujetado á esta medida despues de sábias reflecsiones, y guiados por una constante esperiencia; pues esto bastaba para mantener sus fuerzas, y hacerlos capaces de trabajar mucho y dormir poco. En efecto, este régimen austéro prolongaba su vida, y fortificaba su salud: ordinariamente llegaban á una avanzada ancianidad, sin padecer enfermedades: San Antonio, su Patriarca, vivió mas de cien años: arreglaban su oracion con la misma sabiduría: se reunian á practicarla dos veces al dia: en cada una rezaban doce salmos, interpolados con oraciones, y al fin añadian dos lecciones de la Escritura. Can-

taban los monges, alternando cada uno un salmo, estando en pié en medio de la asamblea: todos los demas lo oían con atencion sentados, y guardando un profundo silencio, sin fatiga ni movimiento alguno de su cuerpo. Para soportar despues el ayuno y el trabajo, lo restante del dia se ocupaban en trabajar encerrados en sus celdillas: conocian bastantemente que nada es mas propio para fijar en Dios sus pensamientos é impedir las distracciones, que esta continua ocupacion: la obediencia era el remedio eficaz que oponian al orgullo que es al hombre tan natural, al paso que no le es conveniente: se sujetaban como niños á sus superiores; sin embargo de ser sus comunidades tan numerosas, estaban bajo la direccion de un mismo Abad; pues en poco tiempo se multiplicaron sumamente, y una vida tan mortificada, llegó á ser comun entre los fieles: los desiertos se poblaron de santos penitentes, que ejercitaban contra sí mismos una justicia mas severa que la de los jueces contra los criminales. Se vió entonces á los inocentes castigar en ellos mismos con un rigor increible, la mala inclinacion que todos tenemos al pecado. Hubo por último tantos solitarios, que de todos ellos, los mas perfectos se vieron en la necesidad de buscar otras soledades mas retiradas. Tan gustosa les era la fuga del mundo y la vida contemplativa. Tales han sido los frutos de virtud que ha producido el Evangelio. La Iglesia no ha sido menos rica en ejemplos, que en preceptos, y se ha manifestado santa su doctrina, produciendo una infinidad de santos.

(AÑO 319 DE JESUCRISTO.)

HEREGIA DE ARRIO.

EL infierno, dice San Cipriano, viendo destruidos los ídolos, inventó un nuevo medio para turbar la paz de la Iglesia: este fué la heregia y el cisma: pretendió alterar la fé y romper la unidad; pero dándole nuevos ataques, le dió igualmente motivo de nuevos triunfos. Ya habia habido heregías; mas ni habian sido tan ecsaltadas ni de efectos tan funestos como el arrianismo. Arrio, sacerdote de Alejandria, hombre turbulento y ambicioso, aspiraba á la silla episcopal de esta gran ciudad; pero frustradas sus esperanzas, por la eleccion de S. Alejandro, no escuchó mas que á su envidia y resentimiento: procuró desacreditar la doctrina de este santo prelado, oponiendo á ella, otra del todo nueva. El orgullo fué el que dió origen á sus heregías; mas el heresiarca tenia gran cuidado de encubrirlo: una afectada modestia, un esterior mortificado en una edad ya avanzada, acreditaban á este novator, y contribuyeron á grangearle algunos prosélitos. Tuvo la osadia de atacar y negar la divinidad de Jesucristo, adelantándose á decir que el Hijo de Dios no era en todo igual á su Padre. Esta doctrina hasta entonces desconocida, y contraria á lo que siempre se habia creido, causó un ge-

neral escándalo: fué vista con horror, y se declamó contra ella, como blasfema é impía. Este era el clamor de la fé que repugnaba la novedad. San Alejandro procuró primero atraer á Arrio con amonestaciones caritativas, y usó para con él de una paciencia estremada; pero viendo que su dulzura y sus paternales ecshortaciones eran inútiles, y que la impiedad comenzaba á estenderse, levantó con fuerza la voz, y escomulgó al heresiarca en un sínodo, compuesto de todos los obispos sus sufraganeos: escribió al papa y á todos los demas obispos de la cristiandad lo que pasaba, para advertirles del peligro que amenazaba á la Iglesia, y dar igualmente mas peso á su juicio. Este golpe aterró á Arrio; pero no abatió su orgullo: se retiró á la Palestina, donde se hizo de algunos partidarios: de allí pasó á Nicomedia, ordinaria residencia del emperador, y procuró atraer á su partido al obispo Eusebio, que vino á ser su principal apoyo. Viéndose sostenido, se esforzó á estender su dogma impío entre la plebe. Con este fin compuso algunos cánticos en los que hizo propagar sus errores; por este medio fácil, el pueblo bebió el veneno casi sin percibirlo. El emperador miró con dolor esta division funesta: habló á Eusebio, y este procuró persuadirlo de que el mal no provenia de otro origen, que de la aversion que tenia el obispo Alejandro contra el sacerdote Arrio; y que á su piedad convenia detener los progresos, imponiendo á ambos silencio. Engañado Constantino de este modo, creyó que bastaba escribir á Alejandro y Arrio, ecshortándoles á que se reuniesen en sentimientos. En vista de esto, envió á Alejandría á Ossio, obispo de Córdoba, en quien tenia particular confianza. Era este un viejo respetable: tenia treinta años de obispo, y habia confesado la fé en la persecucion de Macsimiano, y su fama se habia estendido por toda la Iglesia: reunió allí un sínodo numeroso: nada omitió para conciliar los espíritus; mas los encontró en tal fermentacion, que se vió en la necesidad de volver á Nicomedia, sin haber logrado su intento. Arrio y sus partidarios por una obstinacion comun á todos los hereges, no quisieron someterse al silencio que el emperador les imponia: Alejandro por otra parte y su clero bien seguros de que se hallaban en posesion de la verdad, cuyo sagrado depósito debian conservar y transmitir, no podia consentir en retenerla encerrada con el silencio, sin comunicarla á los fieles. Esto fué para Ossio ocasion oportuna para hacer conocer al emperador la verdad en toda su estension, y la grandeza del mal que afligia á la Iglesia.

(AÑO 325 DE JESUCRISTO.)

CONCILIO DE NICEA.

EL emperador Constantino, habiendo visto el poco efecto que habia producido su carta, resolvió, por consejo de los obispos, hacer que se celebrase un concilio ecuménico, esto es, universal, para des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

truir al error, y reprimir á sus partidarios. Bajo los emperadores paganos, no se habian podido tener tan numerosas asambleas; pero Constantino llegando á ser señor de todo el imperio, podia ejecutar este designio tan digno de su piedad, y no puede dejar de admirarse la providencia que hizo entonces fácil su ejecucion, reuniendo tantas provincias bajo el imperio de un solo hombre. La ciudad de Nicéa fué electa para lugar de la asamblea, porque estaba inmediata á Nicomedia, donde residia el emperador. Constantino mandó entonces á todos los obispos, rescriptos invitatorios para empeñarlos á que concurriesen, y dió órden de que se les proveyese de refrescos, víveres y todo cuanto fuese necesario para el camino. El asunto era de muy grande importancia, para que los obispos no accediesen á este llamamiento con la mas grande solicitud: así es que muy pronto se juntaron en Nicéa trescientos diez y ocho obispos, reunidos de todas las provincias del imperio, sin contar los sacerdotes y los diáconos. Ossio, obispo de Córdoba, presidió el concilio, é hizo su representacion al papa San Silvestre, que habia enviado dos sacerdotes por no haber podido asistir personalmente á causa de su avanzada edad. San Alejandro, obispo de Alejandría, iba en compañia del diácono Atanasio, jóven aun á quien particularmente estimaba, y que le fué de mucha utilidad. Jamás se vió asamblea tan venerable. Muchos de los obispos que la componian, eran eminentes en santidad, y llevaban en su cuerpo las cicatrices de las heridas que habian recibido por la fé durante la última persecucion: tal era entre muchos San Pafnucio, Obispo de la alta Tebaida, que

habia perdido el ojo derecho en defensa de la fé. El emperador le llamaba frecuentemente á su palacio, y tenia particular placer en tratar y hablar con él; y por respeto besaba la cicatriz de la herida que habia recibido en el rostro. El dia de la pública sesion, habiendo llegado todos aquellos que debian asistir, se reunieron en una gran sala, donde Constantino entró despues de todos los demas, dando las mas grandes señales de respeto á esta augusta asamblea: quiso que los obispos tratasen con entera libertad las cuestiones de la fé: se dió principio por ecsaminar la doctrina de Arrio, que fué citado y oido. Este se atrevió á pronunciar y defender sus blasfemias en presencia del concilio. Todos los padres se taparon los oidos y dieron muestras de la mas viva indignacion. Rechazaron con fuerza las novedades impías: opusieron contra ellas la autoridad de las Santas Escrituras, y los escritos de los primeros padres. Sobre este fundamento se estableció la doctrina de la Iglesia: declaró el concilio entónces, que Jesucristo es verdadero hijo de Dios, su virtud, su imágen subsistente siempre en él: en fin verdadero Dios. Como los Arrianos, fecundos en sutilezas, tenian astucia para eludir la fuerza de estas espresiones, y para admitirlas sin renunciar su error; el concilio no encontró término mas propio para esplicar la unidad indivisible de naturaleza, que la palabra consubstancial; y esta palabra que no dejaba subterfugio alguno á la heregia, fué despues el terror de los arrianos: espresaba con claridad que el hijo de Dios es en todo igual á su padre, y que es un mismo Dios con él. Los arrianos se resistieron; pero los padres del concilio se sostuvie-

ron constantemente adictos á este término, que vino á ser despues la señal distintiva de los católicos: estendieron entonces la profesion solemne de fé, que es muy comun, bajo el nombre de *símbolo Niceno*. Todos los obispos, á escepcion del pequeño número de arrianos, suscribieron á este símbolo, y pronunciaron anatema contra Arrio y sus sectarios. En virtud de este juicio que la autoridad secular apoyó, pero que ella no previno, el emperador condenó á Arrio al destierro. Tal fué la conclusion de esta célebre asamblea, cuya memoria ha sido siempre venerada en la Iglesia.

Adicion.=Arrio habia seguido el cisma de Melecio, obispo de Lica ó Licópolis en la Tebaida, depuesto en un concilio por el Santo Patriarca Pedro, á causa de haber sacrificado á los ídolos, y por otros muchos delitos. No por esto se corrigió Melecio, antes formó empeño de seducir á una multitud de incautos y espíritus débiles: se erigió en cabeza de secta, contentándose con decir vagamente que se le habia hecho una injusticia, con cuyo pretesto vomitó mil invectivas contra el patriarca Pedro, y llenó todo el Egipto de turbacion y escándalo: procuró ganar á Arrio para sostener su cisma: el écsito fué tal como se podia esperar de dos hombres tan propios el uno para el otro. El Santo Patriarca Pedro pudo, sin embargo, atraer de nuevo á Arrio al verdadero camino, y no solamente le admitió á la comunion, sino que le ordenó de diácono. Mas como la conversion de Arrio no fué sincera, y el santo pastor advirtió su hipocresía, lo arrojó nuevamente de la Iglesia, y no quiso oir hablar mas de este hipócrita, que llevaba muy á mal se escomulgase á los secuaces de Melecio.

San Aquilas que sucedió á Pedro en la silla de Alejandría, fué engañado por Arrio, á pesar de las prevenciones que le hizo, respecto de él su ilustre antecesor, le ordenó de sacerdote y le confirió el gobierno de una de las principales iglesias de Alejandría. Aquilas duró pocos meses en la silla patriarcal; y despues de su muerte se juzgó Arrio con mérito suficiente para ser su sucesor, y se ofendió de que le fuese preferido Alejandro. De aquí tuvo orígen el pretendido agravio del sobervio Arrio, por lo que resolvió tomar venganza, y buscó ocasion de censurar la doctrina de su pastor; y en efecto, cuando Alejandro predicaba del adorable misterio de la Trinidad, le interrumpió diciéndole con insolencia, que predicaba el Sabelianismo. Tales fueron los principios de su monstruosa heregía.

Entre los obispos fautores principales del arrianismo, que por todos se contaron veinte y dos, fueron los principales los dos Eusebios, el de Nicomedia y el de Cesaréa de Palestina; Paulino de Tiro, Menofanto de Efeso, Aecio de Lida, Segundo de Ptolemaida, Teonas de Marmarica, Maris de Calcedonia, y Tegonis de Nicéa.

EL EMPERADOR SE DEJA SORPRENDER,

Y DESTIERRA A SAN ATANASIO.

EL espíritu de la heregía, que es siempre inquieto y revoltoso, no pudo quedar reprimido por la autoridad del santo concilio de Nicéa. Los arrianos aunque confundidos trataron de suscitar nuevas turbulencias. Escribieron al emperador y fingieron admitir la fé de Nicéa: obtuvieron el que se les levantase el destierro: trabajaron despues en prevenir al emperador con varios artificios contra los obispos católicos, y particularmente contra Atanasio que habia sucedido á San Alejandro en la silla de Alejandria, y á quien miraban como á su mas formidable enemigo: trataron de disculpar á Arrio delante del príncipe, y le persuadieron que no habia sido condenado, sino porque se habia esplicado mal: le representaron que como Arrio tenia buenos sentimientos, seria cosa muy agradable á Dios, que ordenase á Atanasio que lo recibiese en su Iglesia. Era este un lazo que tendian al santo obispo: ellos

ron constantemente adictos á este término, que vino á ser despues la señal distintiva de los católicos: estendieron entonces la profesion solemne de fé, que es muy comun, bajo el nombre de *símbolo Niceno*. Todos los obispos, á escepcion del pequeño número de arrianos, suscribieron á este símbolo, y pronunciaron anatema contra Arrio y sus sectarios. En virtud de este juicio que la autoridad secular apoyó, pero que ella no previno, el emperador condenó á Arrio al destierro. Tal fué la conclusion de esta célebre asamblea, cuya memoria ha sido siempre venerada en la Iglesia.

Adicion.=Arrio habia seguido el cisma de Melecio, obispo de Lica ó Licópolis en la Tebaida, depuesto en un concilio por el Santo Patriarca Pedro, á causa de haber sacrificado á los ídolos, y por otros muchos delitos. No por esto se corrigió Melecio, antes formó empeño de seducir á una multitud de incautos y espíritus débiles: se erigió en cabeza de secta, contentándose con decir vagamente que se le habia hecho una injusticia, con cuyo pretesto vomitó mil invectivas contra el patriarca Pedro, y llenó todo el Egipto de turbacion y escándalo: procuró ganar á Arrio para sostener su cisma: el écsito fué tal como se podia esperar de dos hombres tan propios el uno para el otro. El Santo Patriarca Pedro pudo, sin embargo, atraer de nuevo á Arrio al verdadero camino, y no solamente le admitió á la comunion, sino que le ordenó de diácono. Mas como la conversion de Arrio no fué sincera, y el santo pastor advirtió su hipocresía, lo arrojó nuevamente de la Iglesia, y no quiso oir hablar mas de este hipócrita, que llevaba muy á mal se escomulgase á los secuaces de Melecio.

San Aquilas que sucedió á Pedro en la silla de Alejandría, fué engañado por Arrio, á pesar de las prevenciones que le hizo, respecto de él su ilustre antecesor, le ordenó de sacerdote y le confirió el gobierno de una de las principales iglesias de Alejandría. Aquilas duró pocos meses en la silla patriarcal; y despues de su muerte se juzgó Arrio con mérito suficiente para ser su sucesor, y se ofendió de que le fuese preferido Alejandro. De aquí tuvo orígen el pretendido agravio del sobervio Arrio, por lo que resolvió tomar venganza, y buscó ocasion de censurar la doctrina de su pastor; y en efecto, cuando Alejandro predicaba del adorable misterio de la Trinidad, le interrumpió diciéndole con insolencia, que predicaba el Sabelianismo. Tales fueron los principios de su monstruosa heregía.

Entre los obispos fautores principales del arrianismo, que por todos se contaron veinte y dos, fueron los principales los dos Eusebios, el de Nicomedia y el de Cesaréa de Palestina; Paulino de Tiro, Menofanto de Efeso, Aecio de Lida, Segundo de Ptolemaida, Teonas de Marmarica, Maris de Calcedonia, y Tegonis de Nicéa.

EL EMPERADOR SE DEJA SORPRENDER,

Y DESTIERRA A SAN ATANASIO.

EL espíritu de la heregía, que es siempre inquieto y revoltoso, no pudo quedar reprimido por la autoridad del santo concilio de Nicéa. Los arrianos aunque confundidos trataron de suscitar nuevas turbulencias. Escribieron al emperador y fingieron admitir la fé de Nicéa: obtuvieron el que se les levantase el destierro: trabajaron despues en prevenir al emperador con varios artificios contra los obispos católicos, y particularmente contra Atanasio que habia sucedido á San Alejandro en la silla de Alejandria, y á quien miraban como á su mas formidable enemigo: trataron de disculpar á Arrio delante del príncipe, y le persuadieron que no habia sido condenado, sino porque se habia esplicado mal: le representaron que como Arrio tenia buenos sentimientos, seria cosa muy agradable á Dios, que ordenase á Atanasio que lo recibiese en su Iglesia. Era este un lazo que tendian al santo obispo: ellos

muy bien sabian que el prelado rehusaria constantemente el recibirlo, y por su denegacion indispondria al emperador. Este siguió tan pernicioso consejo: mandó á Atanasio que recibiese á Arrio so pena de ser depuesto. No se contentaron con esto los arrianos: publicaron diferentes calumnias contra el santo obispo, y metieron tanto ruido, que el emperador creyó que era necesario ecsaminar por lo menos si tan graves acusaciones tenian fundamento. Convocó á este fin una asamblea de obispos en la ciudad de Tiro, para ecsaminar la conducta de Atanasio; y mandó al acusado que se presentase á ella. Los arrianos habian tenido cuidado de hacer que se nombrasen por jueces obispos de su partido, que tratando á San Atanasio del modo mas indigno, no le permitieron que tomase asiento entre ellos: le obligaron á que estuviese en pié, como un criminal que aguarda únicamente que se pronuncie su sentencia. El santo prelado escuchó tranquilamente las acusaciones que le hacian, y las desvaneció con tanta claridad, que sus acusadores quedaron confundidos. Los arrianos no pudiendo oponer nada á la evidencia de sus respuestas, se dejaron arrebatar de su furor conta él, y le hubieran despedazado, si el comisionado del emperador no lo hubiera arrancado de sus manos. Viendo San Atanasio que su vida no estaba segura, tomó el partido de ir á Constantinopla para justificarse delante del emperador. Durante su ausencia, los arrianos no dejaron de pronunciar contra él la sentencia de deposicion, ni se avergonzaron de insertar en esta sentencia las mismas calumnias que habian sido tan plenamente refutadas. Despues habiéndole se

guido á Constantinopla, añadieron contra él una nueva acusacion que creyeron propia para hacer grande impresion en el espíritu del emperador: dijeron que Atanasio habia amenazado de impedir el transporte de la semilla, que se enviaba anualmente de Alejandria á Constantinopla. El santo obispo tuvo á bien protestar contra la falsedad de la acusacion. Constantino prevenido, le juzgó culpable, y le desterró á Tréveris, ciudad considerable de la Galia Belfica, distante ochocientas leguas de Alejandria. Atanasio partió inmediatamente para el lugar de su destierro, y llegó á él á principios del año 336. Tal es el triste destino de los príncipes: con las mejores intenciones, cometen algunas veces grandes injusticias, porque están espuestos á ser engañados por los malvados, y á confiarse de hombres, que toman la apariencia de virtud, para perseguir á la virtud misma.

(AÑO 336 DE JESUCRISTO.)

MUERTE FUNESTA DE ARRIO.

LOS arrianos animados con los sucesos de su intriga contra San Atanasio, resolvieron restablecer á Arrio á Alejandria. Este heresiarca aprovechándose de la ausencia de San Atanasio, partió para esta ciudad y fué á presentarse á la Iglesia. Pero el pueblo católico no pudo sufrirlo, y se suscitaron

en esta ocasion tan grandes turbulencias, que el emperador se vió obligado á dar órden á Arrio de salirse y pasar á Constantinopla. Para indemnizarlo de la repulsa que habia recibido la Iglesia de Alejandria, resolvieron los arrianos hacerle recibir con un brillante aparato en la de Constantinopla. El obispo de esta ciudad imperial, era un anciano venerable y muy adicto á la fé de Nicéa. Los arrianos hicieron inútiles esfuerzos para que este santo obispo admitiese á Arrio á la comunion. Rehusó constantemente lo que le pedian. Los arrianos se irritaron contra él: le amenazaron que lo harian deponer, é impetrarian una órden del emperador, para hacer que por fuerza recibiese á Arrio en su Iglesia. Se dió en efecto esta órden; y escogieron un domingo para restablecer á este impío, con el fin de hacer su recibimiento mas brillante. Recurrió entonces el santo obispo á Dios: se retiró á su Iglesia: allí solo al pié del altar, postrado su rostro por tierra, los ojos bañados en lágrimas, dirigió á Dios esta oracion humilde y fervorosa: "Señor, si "Arrio ha de ser recibido en la Iglesia, yo os pido "que antes me saqueis de este mundo; pero si teneis "compasion de ella, como yo confio, no permitais "que llegue á ser un objeto de desprecio." El dia siguiente los partidarios de Arrio se reunieron y se obligaron á conducirle á la Iglesia, á pesar del obispo. Lo acompañaban en las calles como en triunfo; y permitieron el que se pronunciasen discursos insultantes contra el santo prelado. Cuando se aprocsimaban á la plaza y ya descubrian la Iglesia, Arrio á vista de todo el concurso, se puso pálido, y al mismo tiempo sintió una necesidad natural, que

le obligó á apartarse de la comitiva, y á retirarse á un lugar secreto. Como tardaba mucho, entraron allí y le encontraron muerto, tirado en tierra, nadando en su sangre, y sus entrañas fuera de su cuerpo. El horror de este espectáculo hizo temblar á sus mismos sectarios. Este lugar quedó abandonado: no se atrevian á acercarse á él, y le mostraban con el dedo como un monumento de la venganza divina. Muy pronto se divulgó este suceso; y el santo prelado el dia siguiente á la cabeza de todo su pueblo ofreció á Dios solemnes acciones de gracias, no porque Arrio hubiese tenido tan desastrado fin, cuya infeliz suerte lloraba, sino por haberse dignado de repeler al herege que marchaba con audacia á forzar la entrada del santuario. El emperador hizo profundas reflecsiones sobre este acaecimiento: reconoció la mano de Dios, y concibió una aversion muy grande á esta secta impía: sintió la falta que habia cometido en desterrar á San Atanasio, é iba á levantar su destierro, cuando le impidió la muerte ejecutar su resolucion; pero lo dejó mandado antes de morir.

(AÑO 337 DE JESUCRISTO.)

DECRETO DE LIBERTAD Y JUSTIFICACION DE S. ATANASIO.

EL emperador Constantino habia dejado tres hijos, Constantino, Constancio y Constante, que divi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dieron entre si el imperio. El primero, bajo cuyo mando se hallaban las Galias, restableció á San Atanasio en su silla. Le envió de nuevo á Alejandría con una carta en que hacia grandes elogios de su virtud, y mostraba mucha indignacion contra sus enemigos. Dice que en restituir al santo prelado á su grey, no hacia otra cosa que ejecutar el piadoso designio de su padre, quien sin duda le habria levantado el destierro, si la muerte no se le hubiese anticipado: cuando Atanasio, pues, (añade) haya llegado, vosotros conocereis muy bien el honor que le damos; y no debeis sorprenderos, pues á nosotros nos ha movido vivamente, tanto la afliccion que os ha causado su ausencia, como el respeto de que nos sentimos penetrados por su virtud. El santo patriarca pasó por la Siria y llegó á Alejandría: allí fué recibido con trasportes de gozo: el clero y los fieles ocurrieron en gran número á verle: todas las Iglesias resonaban con cánticos de acciones de gracias: á este acto, los enemigos de San Atanasio concurrieron á despecho suyo: ellos se quejaban de su vuelta como de un hecho contrario á los cánones, diciendo que no podia ser restablecido sino por la autoridad del concilio: inventaron contra él nuevas calumnias, y movieron todos los resortes para perderle. Interesaron al emperador Constancio, á quien habia tocado en la particion el Oriente: le representaron á Atanasio como un espíritu inquieto y turbulento, que despues de su vuelta habia escitado varias sediciones, le acusaron falsamente y sin prueba alguna de que habia retenido las semillas destinadas al alimento de las viudas y de los eclesiásticos que habitaban los lugares inmediatos, donde no

habia ni un grano de trigo. No fué dificil al santo prelado manifestar la falsedad de estas acusaciones; pero la calumnia descubierta, no disipó la prevencion de Constancio. Este desgraciado príncipe se habia entregado á discrecion de los arrianos: no escuchaba mas que lo que le decian contra Atanasio, y cerró los oidos á cuanto podia justificarlo. Los enemigos del santo obispo obtuvieron del emperador el permiso de elegir un nuevo patriarca para la silla de Alejandría, en lugar de Atanasio: esta era su principal intencion: ellos no perdieron tiempo: luego que obtuvieron lo que deseaban, se reunieron sin dilacion: depusieron á Atanasio y ordenaron en su lugar un eclesiástico escomulgado llamado Pisto. Este mal presbítero, como el obispo que le consagró, habian sido escomulgados en el concilio de Nicéa. El papa, instruido de esta ordenacion cismática, rehusó su comunion al intruso, y todas las Iglesias católicas lo anatematizaron. De este modo Pisto nunca pudo tomar posesion de la dignidad que deseaba usurpar. La Iglesia católica siempre ha detestado el cisma, y ha rechazado con horror á aquellos que se apoderan de una silla, cuyo legítimo pastor vive y está autorizado para ella: en todo tiempo ha declarado que un usurpador carece siempre de autoridad y jurisdiccion; que no es obispo sino adúltero, ni pastor sino un salteador y un lobo que entra al aprisco para disipar y matar al rebaño. San Atanasio oprimido por sus enemigos que lo eran igualmente de la religion, escribió al papa para pedir justicia de este atentado. Él mismo fué á Roma, é impuso al papa de todo cuanto habia pasado. Ocupaba entonces la Santa

Sede San Julio, quien acogió benignamente al santo prelado, y convocó un concilio para juzgar este hecho. San Atanasio quedó justificado y confirmado en la posesion de su silla. Tenemos la carta que el soberano pontífice escribió con este objeto: en ella defiende la verdad, con un vigor digno del gefe de los obispos. Se veía que desde los primeros siglos de la Iglesia era el papa el sucesor de San Pedro, propuesto por el mismo Jesucristo, para conducir á todo el rebaño que á él recurrian en las causas graves que interesaban á la fé y á la disciplina. Los mas grandes obispos de la antigüedad se dirigian á la Santa Sede para hacer que se reformasen los juicios injustos formados contra ellos: se han reconocido siempre en el papa, no solo una preeminencia de honor, sino tambien una primacía de jurisdiccion y autoridad, que se estiende á toda la Iglesia. Esta primacía ha sido mirada como un artículo de fé.

VIOLENCIAS QUE EJECUTABAN LOS CISMATICOS.

EL poco efecto que la empresa del primer usurpador habia producido, no desalentó á los enemigos de San Atanasio. Dispusieron mejor sus medidas para establecer en Alejandría otro obispo, y hacer que fuese recibido: eligieron uno oriundo de Capadocia llamado Gregorio, y por autoridad del emperador le pusieron en posesion á mano armada de la silla de San Atanasio, que se vió en la necesidad de

huir; y por este motivo cometieron escesos é impiedades horribles. Se vió entonces, como despues frecuentemente se ha visto, cuál es el espíritu que anima á los cismáticos, y á qué furores se arrojan cuando los sostiene el poder del príncipe. La intrusion violenta de Gregorio habia conmovido y alarmado á Alejandría: el pueblo católico llenaba las Iglesias que estaban abiertas. El oficial del emperador ganó al populacho, judios y gentes viciosas: reune los pastores y la juventud mas insolente en las plazas públicas, los alienta y los envia en tropa contra los católicos que se hallaban recogidos en las Iglesias. A unos hollaba con los pies, á otros golpeaba con masos ó pasaba á filo de espada: los presbíteros eran arrastrados al tribunal del gobernador, y abofeteados á presencia del mismo Gregorio cuando rehusaban comunicar con los impíos. Las vírgenes consagradas á Dios fueron despojadas y azotadas con varas cruelmente. Quitaban el pan á los ministros de la Iglesia para hacerlos morir de hambre; y á la atrocidad de esta conducta, añadian la impiedad de presentar estas crueles é indecentes escenas, particularmente en los dias que precedian á la fiesta de Páscua. El mismo dia viernes santo entró Gregorio con una escolta de soldados paganos, á una Iglesia de que queria apoderarse: é hizo azotar públicamente y aprisionar treinta y cuatro personas, de las cuales las mas eran vírgenes y mugeres honestas: de este modo se apoderó de todas las Iglesias; de suerte que el clero y el pueblo católico se veian en el estrecho, ó de separarse del lugar santo, ó de comunicar con el intruso. El papa tomó la defensa de San Atanasio, y en un concilio de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciento setenta obispos declaró ser nula la ordenacion del intruso. Esto, sin embargo, no sirvió de obstáculo para que despues de la muerte de Gregorio, los enemigos de San Atanasio le nombrasen un sucesor, y renovasen todas las escenas de la primera intrusion. Los cismáticos conturbaban al pueblo reunido para orar: estrageron muchas vírgenes de sus casas, y á otros insultaban en las calles, principalmente por sus mugeres: los que se paseaban insolentemente como ebrios, buscaban ocasion de ultrajar á las mugeres católicas. No solo se enardeció la persecucion en Alejandría, se estendió tambien por todo el Egipto: allí se recibió una órden del emperador para echar de las Iglesias á los obispos católicos: en su lugar ponian jóvenes corrompidos, que trataban los negocios de la Iglesia con arreglo á una política puramente humana. Estos falsos pastores comenzaron á alterar la fé en Egipto, donde la doctrina católica habia sido predicada hasta entonces con una entera libertad: y como los verdaderos fieles se retiraban de ellos, tomaron por esto motivo para ultrajarlos, ponerlos en prision y confiscar sus bienes.

El cisma, como despues en la Iglesia siempre se ha manifestado con los mismos caractéres, con hechos muy parecidos á estos, de suerte que es imposible desconocerlo; las mismas son ahora sus escenas, sus indecencias y violencias. Es preciso si así puede esplicarse, que esta sea su natural fisonomía. No podria ponerse en duda de qué parte está el cisma; la cosa es induvitable. En todos tiempos los perseguidores han sido los cismáticos, los perseguidos han sido siempre los católicos.

(AÑO 355 DE JESUCRISTO.)

EL EMPERADOR CONSTANCIO TURBA TODA LA IGLESIA.

Llegando á ser Constancio solo, el señor de todo el imperio, por la muerte de sus dos hermanos, publicó un edicto para obligar á todos los obispos á que suscribiesen la condenacion de Atanasio bajo la pena de destierro. Creian no poder destruir la fé de Nicéa sin perder á su mas celoso defensor. Para conseguirlo, hizo que los obispos se reuniesen en Arlés y despues en Milán: él mismo se presentó como acusador á este concilio: los obispos representaron á este príncipe que no podian condenar á Atanasio sin violar los sagrados cánones: que mi voluntad os sirva de cánones, respondió el emperador, obedeced ó salid desterrados. Le representaron que no era suyo el imperio, sino de Dios que se lo habia confiado: que debia temer sus juicios, que no quisiese confundir el gobierno de la Iglesia con el del estado. Esta respuesta tan digna de la firmeza episcopal, llenó de furor á Constancio: sacó entonces la espada, y dió órden de que llevasen al suplicio algunos de los obispos. Mudó luego de parecer y se contentó con desterrarlos: los que rehusaron suscribir, fueron arrojados de sus sillas, y en su lugar pusieron obispos de la faccion arriana. El papa Liberio que al principio mostró mucha firmeza,

fué desterrado á Beréa en la Trasia; pero rendido despues por las incomodidades de su destierro, tuvo la debilidad de firmar la condenacion de Atanasio: muy pronto se levantó de esta caida y reparó el escándalo que habia dado. Poco tiempo despues, el emperador que mas bien se ocupaba en turbar la Iglesia que en gobernar el imperio, hizo que se convocase un concilio en Rímini de Italia, en el mismo tiempo en que se celebraba el de Seleucia en el Oriente: este último, mucho menos numeroso, no tuvo efecto, y se disolvió sin que nada se hubiese concluido. El concilio de Rímini, mientras con libertad se hacian sus sesiones, mantuvo la verdad católica; rehusó admitir una nueva profesion de fé: declaró que era preciso sostener el símbolo de Nicéa en que nada habia que quitar ni añadir: anatematizó á Arrio y sus partidarios. Los obispos en número de trescientos veinte, suscribieron este decreto, y los arrianos que rehusaron hacerlo, fueron condenados y depuestos. Pero el emperador prevenido por los arrianos, dió órden al prefecto Tauro que no dejase disolver el concilio, hasta que los obispos hubiesen firmado una fórmula capciosa, en que se omitia la palabra *consubstancial*, y de desterrar á aquellos que mas se obstinasen en desecharla. Entonces la mayor parte de los padres que se detenian en Rímini, impacientes de estar por tan largo tiempo separados de sus Iglesias, intimidados con las amenazas de Tauro, se dejaron engañar de los arrianos, y creyendo que el sentido de la palabra *consubstancial*, se espresaba en otros términos, suscribieron aquella fórmula sin conocer su veneno. Los arrianos no tardaron en triunfar. Cuando los padres de Rímini conocieron el engaño, manifestaron su indignacion y arrepentimiento: desecharon valerosamente el mal sentido que los arrianos daban á la fórmula suscrita, y declararon su adhesion á la fé de Nicéa. Esto es lo que dió lugar á aquella célebre espresion de San Gerónimo: "que el mundo se asombró de encontrarse arriano;" pero no lo era en efecto. Todas las faltas de los padres de Rímini consistian en haber dado lugar al triunfo del arrianismo por sorpresa y sin pensarlo. Por otra parte, el mas grande número de obispos repartidos en toda la Iglesia, no tuvieron parte alguna en la seduccion; al contrario, ellos declamaron y el papa Liberio el primero, con el mas esforzado celo contra este escándalo; y desaprobaron las actas del concilio de Rímini. Es tan cierto que la enseñanza pública de la fé no tuvo entonces variacion alguna, que San Atanasio dos años despues del concilio, decia en una carta al emperador Joviano: "la fé de Nicéa, que confesamos, ha subsistido en todo tiempo: todas las Iglesias la siguen: las de España, de la Gran Bretaña, de la Galia, de Italia, de la Dalmacia, de la Dacia, de la Micia, de la Macedonia, las de toda la Grecia, de toda la Africa, de Cerdeña, Creta, Chipre, Panfilia, Licia, Isauria, Egipto, Libia, Ponto, Capadocia tienen la misma fé, y todas las del Oriente, á escepcion de una ú otra. Así es que no solamente todo el imperio romano, sino aun todo el universo, hasta los pueblos mas bárbaros pensaban lo mismo, y nunca ha habido por parte del error, mas que un número muy pequeño, en comparacion de todas las Iglesias que lo han desechado: ni el concilio de Rímini, ni las crueles

y largas persecuciones de Constancio, ni el favor con que protejió á los arrianos han podido alterar la fé de la Iglesia católica."

CELO DE SAN HILARIO DE POITIERS

EN DEFENSA DE LA FE DE NICEA.

Dios suscitó en las Gálias un ilustre defensor de la consubstancialidad de su hijo, en S. Hilario, obispo de Poitiers. Este santo prelado trabajó en el Occidente del mismo modo que San Atanasio en el Oriente: se opuso con un valor inflecsible á la impiedad de los arrianos: tuvo la dicha de preservar á su patria del contagio y de mantener allí la fé de Nicéa. Como el emperador Constancio, mucho tiempo hacia, trabajaba por estender el arrianismo, presentó á este príncipe un memorial, en que le suplica que ponga término á las persecuciones injustas que padecia la mayor parte de las Iglesias, privadas de sus pastores, y entregadas á falsos obispos que se apoderaban de ellas con mano armada. La generosa libertad con que habla al emperador, ya era necesaria. Se opuso con fortaleza á las intrigas de Saturnino, obispo de Arlés, escomulgado, tanto por sus vicios, como por sus relaciones con los arrianos, quienes lo protegian poderosamente. Constancio informado por Saturnino del celo de S. Hilario, desterró al santo obispo á la Frigia. Este destierro fué una disposicion de la divina Pro-

videncia, que hizo que sirviese á la ejecucion de sus designios la voluntad depravada de los hombres. El emperador convocó poco tiempo despues un concilio en Seleucia, con el designio de abolir en él los cánones de Nicéa. Como los hereges estaban divididos entre sí, y formaban dos partidos opuestos, uno de ellos invitó á San Hilario para que asistiese al concilio, esperando que se uniese á ellos, con el fin de sacar esta ventaja para confundir al partido contrario. El santo prelado vino á Seleucia, y allí defendió la fé de Nicéa con una firmeza, que confundió á los enemigos de la verdad. Pasó despues á Constantinopla, y pidió al emperador una conferencia pública para combatir en ella á los hereges á su presencia, y demostrarles la falsedad de su doctrina, por las continuas variaciones con que la presentaban. "Despues del santo concilio de Nicéa, dice, aquellos á quienes concedeis vuestra confianza, no hacen otra cosa que componer símbolos: su fé, no es la fé de los Evangelios, sino de las congeturas: el último año han variado cuatro veces su símbolo: entre ellos la fé tiene tantas variaciones como sus voluntades, y su doctrina igualmente se muda como las costumbres: cada año, y aun cada mes producen nuevos símbolos: destruyen lo que antes habian hecho: anatematizan lo que primero habian sostenido: no hablan mas que de la Escritura Santa y la fé apostólica; mas esto es para engañar á los débiles y debilitar la doctrina de la Iglesia." Esta reflecsion puede aplicarse á las diversas heregías que han nacido en los siglos posteriores al de San Hilario. Los arrianos que temian el ardor de su celo y la fuerza de

y largas persecuciones de Constancio, ni el favor con que protejió á los arrianos han podido alterar la fé de la Iglesia católica."

CELO DE SAN HILARIO DE POITIERS

EN DEFENSA DE LA FE DE NICEA.

Dios suscitó en las Gálias un ilustre defensor de la consubstancialidad de su hijo, en S. Hilario, obispo de Poitiers. Este santo prelado trabajó en el Occidente del mismo modo que San Atanasio en el Oriente: se opuso con un valor inflecsible á la impiedad de los arrianos: tuvo la dicha de preservar á su patria del contagio y de mantener allí la fé de Nicéa. Como el emperador Constancio, mucho tiempo hacia, trabajaba por estender el arrianismo, presentó á este príncipe un memorial, en que le suplica que ponga término á las persecuciones injustas que padecia la mayor parte de las Iglesias, privadas de sus pastores, y entregadas á falsos obispos que se apoderaban de ellas con mano armada. La generosa libertad con que habla al emperador, ya era necesaria. Se opuso con fortaleza á las intrigas de Saturnino, obispo de Arlés, escomulgado, tanto por sus vicios, como por sus relaciones con los arrianos, quienes lo protegian poderosamente. Constancio informado por Saturnino del celo de S. Hilario, desterró al santo obispo á la Frigia. Este destierro fué una disposicion de la divina Pro-

videncia, que hizo que sirviese á la ejecucion de sus designios la voluntad depravada de los hombres. El emperador convocó poco tiempo despues un concilio en Seleucia, con el designio de abolir en él los cánones de Nicéa. Como los hereges estaban divididos entre sí, y formaban dos partidos opuestos, uno de ellos invitó á San Hilario para que asistiese al concilio, esperando que se uniese á ellos, con el fin de sacar esta ventaja para confundir al partido contrario. El santo prelado vino á Seleucia, y allí defendió la fé de Nicéa con una firmeza, que confundió á los enemigos de la verdad. Pasó despues á Constantinopla, y pidió al emperador una conferencia pública para combatir en ella á los hereges á su presencia, y demostrarles la falsedad de su doctrina, por las continuas variaciones con que la presentaban. "Despues del santo concilio de Nicéa, dice, aquellos á quienes concedeis vuestra confianza, no hacen otra cosa que componer símbolos: su fé, no es la fé de los Evangelios, sino de las congeturas: el último año han variado cuatro veces su símbolo: entre ellos la fé tiene tantas variaciones como sus voluntades, y su doctrina igualmente se muda como las costumbres: cada año, y aun cada mes producen nuevos símbolos: destruyen lo que antes habian hecho: anatematizan lo que primero habian sostenido: no hablan mas que de la Escritura Santa y la fé apostólica; mas esto es para engañar á los débiles y debilitar la doctrina de la Iglesia." Esta reflecsion puede aplicarse á las diversas heregías que han nacido en los siglos posteriores al de San Hilario. Los arrianos que temian el ardor de su celo y la fuerza de

sus razones, evitaron la conferencia que pedia; y para librarse de un hombre á quien temian, obligaron al emperador lo restituyese á su Iglesia. Volviendo el santo obispo á su diócesis, atravesó la Iliria y la Italia: por todas partes animaba á los cristianos débiles y vacilantes en la fé. Su primer cuidado cuando llegó á las Gálias, fué remediar los males de la Iglesia. Saturnino fué escomulgado y depuesto como culpable de heregía, y otros muchos crímenes. La vuelta del santo prelado produjo los mas felices efectos: se restableció la fé en toda su pureza: recobró la disciplina eclesiástica su antiguo vigor: cesaron los escándalos, y la paz sucedió á las turbulencias. La muerte del emperador Constancio, sucedida el año 361, quitó á los arrianos su principal apoyo.

Adicion.=La causa de Fótino que desde el año 345 habia sostenido con pertinacia la heregía detestable contra el augusto misterio de la Trinidad y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, halló en esta época nuevos y quizá mas atrevidos defensores; porque los arrianos estendieron una confesion de fé, bajo una fórmula, que á primera vista presentaba la sencillez y pureza de la doctrina católica; pero en ella maliciosamente suprimian los artículos que negaban á cerca de los misterios referidos.

Potamio, obispo de Lisboa, hizo en Sirmic el año de 351, una segunda fórmula, mucho mas mala que la primera, que solo pecaba por insuficiencia, concebida en estos términos: *Convenimos en que no hay sino un Dios Padre Todopoderoso como lo cree todo el mundo, y un solo Jesucristo su único hijo nuestro Señor y nuestro Salvador, engendrado de él ante todos los siglos, que no se puede ni se debe reconocer dos dioses; pues el Señor mismo ha dicho: Yo iré á mi Padre, y á vuestro Padre, á mi Dios, y á vuestro Dios.* Los que adoptaron esta fórmula, ensalzaban con énfasis este testo, para atribuir la divinidad á solo el Padre con esclusion del Hijo: *Hemos convenido sobre todo lo demas, añaden, pero como algunos se ofendian con la palabra sustancia, se ha juzgado conveniente no hacer mension alguna de ella.* Con este pretesto no se hablaba, ni de identidad, ni aun de semejanza de naturaleza, y todo el contesto inducia naturalmente á pensar que el Hijo de Dios era de otra naturaleza que su Padre, procedente, no de su sustancia, sino de la nada, como todos los séres criados.

San Febadio hace observar que lo que esta fórmula al parecer tenia de bueno, está espresado con tanto artificio, que fácilmente se puede torcer á un sentido perverso y muy conforme al arrianismo. Así la firmeza de Febadio, como la de los obispos de la Gália, escitó la emulacion de los mismos orientales, y dividió á los contradictores del concilio de Nicéa. Juntáronse estos en concilio en Ancira á solicitud del metropolitano Basílico; pero las resultas de esta asamblea fueron la condenacion de los anomeos ó arrianos puros, que negaban, no solo que el Hijo de Dios era consustancial al Padre, sino tambien que era semejante en sustancia; por lo que admitian la palabra griega *anomoios, ó desemejante*, que les dió el nombre &c.

Eudoxio, Acacio de Cesaréa y Uraneo de Tiro, se hallaban al frente de esta faccion la mas impía del arrianismo. A estos heresiarcas siguió Aésio y Eunómio. Dividido de este modo el partido de los arrianos, se dió á los demas el nombre de semiarrianos, cuyos mas célebres maestros fueron Basilio de Ancira, Eustatio de Cebaste, Eleucio de Zísico, que no admitian el concilio de Nicéa, aunque sostenian fuertemente que el Hijo era semejante al Padre en la sustancia y en todas las cosas; pero estos mismos nunca confesaban que fuese del Padre y del Hijo una misma la sustancia y naturaleza. El último anatema de su concilio de Ancira condena espresamente el término *consubstancial*.

(AÑO 360 DE JESUCRISTO.)

S. MARTIN, OBISPO DE TOURS.

EL mas ilustre de los discípulos de San Hilario, fué San Martin, que se unió particularmente á este santo obispo, cuyas virtudes admiraba, y á quien

acompañó en todos sus combates por la fé. Martin nació en Sabaria, ciudad de Panonia, de padres idólatras. Dios previno á este santo hijo con una bendicion tan singular, que á la edad de diez años fué á la Iglesia de los cristianos, y se hizo alistar en el número de los catecúmenos. Como era hijo de un tribuno, se vió obligado á seguir la carrera de las armas; pero esta profesion, que para otros muchos es una escuela de licencia y de desórdenes; fué para el santo el taller de las mas heroicas virtudes. Se distinguió particularmente en el tierno amor que tenia á los pobres, nada podia negarles, y les distribuia todo lo que les sobraba de su sueldo. Un dia en el rigor del invierno, encontró á la puerta de Amiens un mendigo desnudo y traspasado de frio: este espectáculo escitó la caridad del santo caballero; pero no llevaba mas que sus armas y su vestido militar: sacó el sable, cortó la mitad de su capa, y la dió á este pobre para que se cubriese. Una accion tan heroica no quedó sin recompensa. La noche siguiente vió Martin en sueños á Jesucristo, vestido con aquella parte de su capa: y oyó que decia á los ángeles que le cercaban: "Martin siendo aun catecúmeno, me ha vestido con esta capa." Esta vision que le llenó de consuelo, lo determinó á pedir el bautismo; y luego que le recibió, pensó dejar el servicio militar: unido á San Hilario de Poitiers, atraido por la alta reputacion de este obispo, estableció á dos leguas de esta ciudad un monasterio á donde se retiró con algunos discípulos. Salia de tiempo en tiempo de su retiro para ir á predicar la fé á los idólatras, que habia entonces en gran número en aquellas poblaciones, y Dios autorizó el celo de su siervo con esclarecidos milagros. Pronto se dió á conocer en toda la Galia, y lo juzgaron digno del episcopado: el pueblo de Tours le pidió para su pastor; pero fué necesario usar de algun artificio, y aun de la violencia, para arrancarlo de su soledad. San Martin se portó en la silla de Tours con el mismo género de vida que en su monasterio: no se vió mudanza alguna ni en su vestuario ni en su mesa: únicamente con sus virtudes procuraba honrar su dignidad: la destruccion de la idolatría era el objeto mas ordinario de sus trabajos: corrió muchas veces la Turena con un celo infatigable, y sus discursos acompañados siempre de muchos milagros, convirtieron á los idólatras. Estando un dia en una poblacion llena de paganos, despues de haberles ecshortado á abandonar sus supersticiones, determinó cortar un robusto y viejo árbol, que era ocasion de idolatría: no lo consintieron los paganos, sino con la condicion de que el santo se tendiese á el lado mismo en que el árbol debia caer: Martin lleno de fé, aceptó la condicion: se cortó el árbol, pero al momento que iba á caer, el santo obispo hizo la señal de la cruz, y el árbol se inclinó para caer al lado opuesto con grande asombro de los paganos, que pidieron el bautismo. El santo prelado no interrumpió sus misiones mas que por otras obras de caridad: iba algunas veces á interceder cerca de los príncipes en favor de los malhechores: con este motivo hizo dos viages á Tréberis, donde estaba entonces el emperador Mácsimo; pero pedia estas gracias como obispo, y con un tono de dignidad que imponia al mismo príncipe. Mácsimo le veia con grande estimacion, y muchas veces le convidó á comer

á su mesa: San Martin se escusó al principio, pero despues creyó que debia acceder á este convite: Mácsimo tuvo tanto gozo, que llamó como á una fiesta solemne á los mas distinguidos de su corte. El santo obispo estaba en la mesa con un eclesiástico de la Iglesia de Tours, que siempre le acompañaba. Cuando se sirvió el vino, el emperador hizo seña al criado que diese la copa á San Martin, creyendo que él la recibiria despues de su mano; pero el santo obispo se la pasó al eclesiástico como á la persona mas respetable de la mesa: esta accion no desagradó al príncipe, y alabó á San Martin de que diese con preferencia á la magestad imperial, el honor debido á un sacerdote de Jesucristo. Tantas virtudes que resplandecian entonces con milagros sin número, hicieron á San Martin muy célebre en toda la Iglesia.

(AÑO 363 DE JESUCRISTO.)

EL EMPERADOR JULIANO INTENTA RESTABLECER EL PAGANISMO.

JULIANO, sucesor del emperador Constancio, abandonó el cristianismo, lo que dió motivo á llamarle con el sobrenombre de apóstata. Habiendo subido al trono, comenzó por conceder á cada uno de sus vasallos, el libre ejercicio de su religion, y por levantar el destierro á todos aquellos que por esta causa lo padecian. No trabajaba tanto en esto con la mira de conciliarse la estimacion de los pue-

blos, cuanto por hacer odioso el gobierno de Constancio. San Atanasio se aprovechó de esta libertad, y volvió á Alejandría: su entrada en esta ciudad parecia un verdadero triunfo: el pueblo fué á recibirle hasta una jornada del camino; y en tanto número, que parecia que allí se habia reunido todo el Egipto: subian á los tejados y á la cumbre de los árboles para verle: miraban como una gran dicha el que les tocase la sombra de su cuerpo; mas el gozo que causó la vuelta del santo obispo, no fué de larga duracion. El emperador, que á sus grandes cualidades añadia un espíritu falso y caprichoso, habia concebido el proyecto insensato de destruir el cristianismo, y restablecer el culto de los ídolos: para poner por obra sus designios, hizo salir á San Atanasio de Alejandría, y este grande hombre se vió obligado á ocultarse por el temor de esperimentar mas malos tratamientos. Entre tanto, Juliano empleaba mas bien la seduccion que la violencia, fomentó la division entre los católicos y los hereges, para debilitar los unos por medio de los otros, y destruir á todos despues de un solo golpe. Aquella libertad de religion, que aparentemente dejaba á los cristianos, no era en realidad mas que una dura esclavitud: no les condenaba á muerte por un edicto general; pero tomaba por otra parte los remedios mas seguros para oprimirlos: prodigaba todos sus favores á los paganos, cuando los cristianos no recibian de él sino menosprecios, vejaciones y desgracias: se aplicaba particularmente á envilecer al clero, y todo cuanto tenia visos de la religion que él odiaba: con estas miras despojó á los eclesiásticos de sus privilegios; suprimió las pensiones destina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das á la subsistencia de los ministros y de las vírgenes consagradas á Dios: esto disponia (decia él por irrision) para ayudarles á alcanzar la perfeccion de su estado, y hacerles practicar la pobreza evangélica: despojó las Iglesias, é hizo pasar todas sus riquezas á los templos de los ídolos, que hacia reedificar á costa de los cristianos. En esta ocasion tuvieron mucho que sufrir los eclesiásticos: los aprisionaban, los aplicaban á la tortura para que descubriesen ó entregasen los vasos sagrados y ornamentos: públicamente los insultaban, sin que alguno se atreviese á defenderlos: las Iglesias eran despojadas, demolidas ó profanadas; derribados los sepulcros de los santos; sus huesos arrojados á la inmundicia, y disipadas sus cenizas. Juliano procuraba ganar por medio de sus promesas á los cristianos débiles en la fé: la firmeza de aquellos que resistian, era tenida por un crímen de estado; al contrario los que se dejaban vencer y sacrificaban su conciencia á la fortuna, eran colmados de honores y de gracias. La apostasía era el medio seguro para obtener todos los cargos: ella suplia el talento y el mérito; ella cubria todos los crímenes pasados; y ella, en suma, daba derecho á cometer impunemente nuevos delitos. Dió Juliano una ley que escluia á los cristianos de toda magistratura, con el pretesto de que el Evangelio les prohibia hacer uso de la espada: les privaba de los derechos que les disputaban, y no permitia que ellos se defendiesen ante los tribunales. "Vuestra religion, les decia, os prohibe estos procesos y querellas." Las ciudades que se declaraban en favor de la idolatría, estaban seguras de su benevolencia; por el contrario á las que se mantenian en la religion cristiana, jamás se hacia justicia: nunca daba audiencia á sus diputados; rechazaba sus querellas: prohibió á los cristianos el que enseñasen las bellas letras y ciencias humanas, porque sabia cuán útiles son para confundir el error, y para defender la verdad; pero él daba por motivo el que los cristianos debian permanecer en la ignorancia, y creer sin raciocinar. Este género de persecucion, hubiera sin duda alguna llegado á ser mas funesto á la Iglesia, que la crueldad de Neron y Dioclesiano, si Dios que la proteje, no hubiera puesto cortos límites á la vida de este príncipe, y no hubiese destruido este proyecto infernal, quitando del medio á su autor con solo el aliento de su boca.

(AÑO 366 DE JESUCRISTO.)

JULIANO INTENTA REEDIFICAR EL TEMPLO DE JERUSALEN. SU MUERTE.

EL emperador Juliano empeñándose en destruir la religion cristiana, él mismo dió una prueba de la divinidad de su autor y verdad de sus vaticinios. Conocia las profecías que anunciaban la ruina del templo de Jerusalen como irreparable: sabia que Jesucristo habia predicho, "que no quedaria de él piedra sobre piedra." Para destruir las Escrituras intentó volver á levantar el templo, y aunque no amaba á los judíos, los invitó él mismo para que cooperasen á esta empresa. Franqueó al mismo tiem-

po las sumas necesarias, y envió á uno de sus oficiales llamado Alipio, de mas confianza, para que apresurase la ejecucion de sus órdenes. Al punto ocurrieron de todas partes los judíos: una multitud innumerable de operarios se reunieron en el sitio del templo: se descombró la plaza, cavaron la tierra y trabajaron con ardor para arrancar los antiguos cimientos: los viejos, los niños y aun las mugeres cooperaron á este trabajo: ellas recibian en las faldas de sus vestidos las piedras y la tierra de los escombros. Entre tanto Cirilo, obispo de Jerusalen, se burlaba de sus esfuerzos: decia públicamente que habia llegado el tiempo en que la profecía del Salvador iba á cumplirse á la letra, que de este vasto edificio no quedaria piedra sobre piedra. En efecto, luego que demolieron los fundamentos del antiguo templo, sobrevino un horrible temblor de tierra, que arrazó las escavaciones, dispersó los materiales que se habian acopiado, echó abajo los edificios inmediatos, mató ó hirió á los operarios: quedaron arruinadas las obras; mas los judíos no deponian su obstinacion: recobrados de su terror volvieron á poner mano á la obra. Entonces salieron del seno de la tierra unos globos de fuego, despidiendo contra los operarios las piedras que ellos procuraban acomodar, y consumieron sus herramientas. Este terrible fenómeno se repitió muchas veces, y manifestaba evidentemente la accion de una inteligencia, que manda á la naturaleza, porque este fuego brotaba tantas veces, cuantas emprendieron el trabajo, y no cesó de salir, hasta que lo abandonaron. Una maravilla tan sorprendente llenó de espanto á todos los espectadores: muchos judíos y aun mas

número de idólatras, confesaron la divinidad de Jesucristo y pidieron el bautismo. El emperador, ciego en medio de la mas viva luz, vió destruido su proyecto; pero no depuso su ceguedad. Este hecho es incontestable, y unánimemente lo atestiguan, no solo los autores eclesiásticos de aquel tiempo, sino aun los mismos paganos como Amiano Marcelino.

San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo, lo manifestaron públicamente en presencia de una multitud de oyentes, de los cuales muchos habian sido testigos oculares sin que alguno los contradijese. Un famoso rabino que escribia en el siglo siguiente, aunque tenia interes en ocultarlo, refiere el hecho y lo testifica con los anales de su nacion: el mismo Juliano confiesa que intentó reedificar el templo de Jerusalen, y su silencio sobre los obstáculos, que le hicieron renunciar su empresa, es una confesion tácita de lo que sobre esto han referido los escritores de su tiempo. Juliano entonces emprendió una guerra contra los persas, en la que murió infelizmente: su muerte fué mirada como un efecto de la venganza divina contra este príncipe apóstata, y de una particular providencia en defensa de la Iglesia perseguida por él.

JOVIANO, EMPERADOR, PROTEJE LA FE CATOLICA.

Luego que murió Juliano, los principales oficiales del ejército formaron un consejo, y de unánime consentimiento proclamaron emperador á Joviano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po las sumas necesarias, y envió á uno de sus oficiales llamado Alipio, de mas confianza, para que apresurase la ejecucion de sus órdenes. Al punto ocurrieron de todas partes los judíos: una multitud innumerable de operarios se reunieron en el sitio del templo: se descombró la plaza, cavaron la tierra y trabajaron con ardor para arrancar los antiguos cimientos: los viejos, los niños y aun las mugeres cooperaron á este trabajo: ellas recibian en las faldas de sus vestidos las piedras y la tierra de los escombros. Entre tanto Cirilo, obispo de Jerusalen, se burlaba de sus esfuerzos: decia públicamente que habia llegado el tiempo en que la profecía del Salvador iba á cumplirse á la letra, que de este vasto edificio no quedaria piedra sobre piedra. En efecto, luego que demolieron los fundamentos del antiguo templo, sobrevino un horrible temblor de tierra, que arrazó las escavaciones, dispersó los materiales que se habian acopiado, echó abajo los edificios inmediatos, mató ó hirió á los operarios: quedaron arruinadas las obras; mas los judíos no deponian su obstinacion: recobrados de su terror volvieron á poner mano á la obra. Entonces salieron del seno de la tierra unos globos de fuego, despidiendo contra los operarios las piedras que ellos procuraban acomodar, y consumieron sus herramientas. Este terrible fenómeno se repitió muchas veces, y manifestaba evidentemente la accion de una inteligencia, que manda á la naturaleza, porque este fuego brotaba tantas veces, cuantas emprendieron el trabajo, y no cesó de salir, hasta que lo abandonaron. Una maravilla tan sorprendente llenó de espanto á todos los espectadores: muchos judíos y aun mas

número de idólatras, confesaron la divinidad de Jesucristo y pidieron el bautismo. El emperador, ciego en medio de la mas viva luz, vió destruido su proyecto; pero no depuso su ceguedad. Este hecho es incontestable, y unánimemente lo atestiguan, no solo los autores eclesiásticos de aquel tiempo, sino aun los mismos paganos como Amiano Marcelino.

San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo, lo manifestaron públicamente en presencia de una multitud de oyentes, de los cuales muchos habian sido testigos oculares sin que alguno los contradijese. Un famoso rabino que escribia en el siglo siguiente, aunque tenia interes en ocultarlo, refiere el hecho y lo testifica con los anales de su nacion: el mismo Juliano confiesa que intentó reedificar el templo de Jerusalen, y su silencio sobre los obstáculos, que le hicieron renunciar su empresa, es una confesion tácita de lo que sobre esto han referido los escritores de su tiempo. Juliano entonces emprendió una guerra contra los persas, en la que murió infelizmente: su muerte fué mirada como un efecto de la venganza divina contra este príncipe apóstata, y de una particular providencia en defensa de la Iglesia perseguida por él.

JOVIANO, EMPERADOR, PROTEJE LA FE CATOLICA.

Luego que murió Juliano, los principales oficiales del ejército formaron un consejo, y de unánime consentimiento proclamaron emperador á Joviano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era comandante de las guardias imperiales, y sus cualidades personales le habian grangeado la mas alta reputacion. A mas de su conocido valor, tenia habilidad para arbitrar recursos en las mas dificiles circunstancias. Como el ejército romano se hallaba entonces en medio de la Persia, se necesitaba un gefe de este carácter; pero lo que mas interesaba á la Iglesia, era que éste habia conservado la pureza de la fé, de la cual, en el reinado anterior, habia dado las pruebas mas esclarecidas, manifestando su adhesion á la religion cristiana; porque el emperador Juliano, cuando se disponia al combate contra los persas, habiéndole hecho venir, le dijo con severidad: Sacrifica á los dioses, ó entrégame tu espada: Joviano se la entregó sin vacilar. Entre tanto, el emperador hizo al punto que la volviese á tomar, porque no queria privarse de los servicios de un oficial tan distinguido, en una circunstancia en que le eran tan necesarios. Antes de tomar las insignias de la dignidad imperial, reunió Joviano el ejército, y le declaró que estando unido á la religion cristiana, no se hallaba en ánimo de mandar unos soldados idólatras, á quienes Dios no protegia. Los soldados esclamaron todos á una voz: No temais señor: vos mandais cristianos: los mas antiguos de nosotros han sido instruidos por el gran Constantino, y los otros por sus hijos: poco ha sido el tiempo que Juliano ha reinado, para que pudiese afirmar la impiedad entre aquellos mismos que procuró seducir. Esta respuesta causó mucho gusto á Joviano: se puso á la cabeza del ejército, y por las sábias medidas que tomó, le hizo regresar en pocos dias á los dominios del imperio. Entonces este emperador piadoso se

dedicó á curar las llagas que Juliano habia hecho á la Iglesia: uno de sus primeros cuidados, fué llamar del destierro á San Atanasio, y restablecerlo en su silla. La carta que escribió al santo obispo, manifiesta el profundo respeto con que le veneraba. Atanasio salió de su desierto, y se restituyó á Alejandría: las desgracias de este santo prelado, eran tambien de la Iglesia, y su triunfo, á ella particularmente le convenia. Los arrianos, sin embargo, procuraron prevenir á Joviano contra él; mas no tuvo efecto su intencion depravada. El emperador concibió mas estimacion al santo prelado, y siempre le honró con una distinguida confianza. Para confirmarse mas en la fé, y no desviarse ni un punto de la creencia de la Iglesia, pidió á San Atanasio que le enviase una esposicion clara y precisa de la doctrina católica. El santo obispo satisfizo el deseo del emperador: le esplicó en su esposicion la fé de Nicéa, y le hizo advertir, que no habia otro medio para hacer que cesasen los males de la Iglesia, que procurar la sumision á los decretos de este concilio. La Iglesia comenzaba á respirar despues de tantos obstáculos, y gozaba por parte de Joviano un favor, que despues de Constantino se le habia negado. El piadoso emperador habia restablecido á los eclasiásticos, á las viudas y á las vírgenes, en los derechos de su inmunidad: habia mandado á los gobernadores de las provincias que favoreciesen las juntas de los fieles, y velasen por el honor del culto divino y por la instruccion de los pueblos. Se esperaba gozar de todas estas ventajas por mucho tiempo, cuando Joviano, que aun no habia llegado á la edad de 32 años, fué sorprendido de la muerte en su lecho.

Se cree que murió sofocado con el gas del carbon que se habia encendido en su aposento para secarlo. Esta muerte prematura volvió á dejar á la Iglesia en medio de las anteriores turbulencias.

(AÑO 367 DE JESUCRISTO.)

VALENTE RENUEVA LOS DESORDENES DEL ARRIANISMO.

Valentiniano, elevado al trono imperial despues de Joviano, dividió el imperio con su hermano Valente. Era sinceramente adicto á la verdadera fé; y la Iglesia se mantuvo en paz en toda la estension de su dominio; pero Valente, á quien habia tocado el Oriente, suscitó allí una violenta persecucion contra los católicos, y renovó todos los males del reinado de Constancio: comenzó por desterrar á San Atanasio, que era siempre el principal objeto del ódio de los arrianos, y la primera víctima de su furor. Los golpes que la malicia descargaba contra el santo prelado, fueron la señal de una general persecucion. Desde luego los católicos comenzaron á sufrir toda suerte de malos tratamientos, los ultrajes, confiscaciones de bienes, cadenas y suplicios; todo se empleó contra ellos, y aun sus quejas se miraban como un enorme crímen. Ved aquí un hecho, entre otros muchos. "Los fieles de Constantinopla no podian persuadirse que el emperador autorizase las vejaciones que sufrian: comisionaron

ochenta eclesiásticos virtuosos para hacerle por medio de ellos presentes sus quejas de estos escesos. Valente escuchó su representacion, disimulando su cólera; pero dió órden á Modesto, prefecto del Pretorio, de que les quitase la vida. El prefecto, temiendo que la ciudad se sublevase si los condenaba á muerte públicamente, pronunció contra ellos sentencia de destierro, á la que ellos se sujetaron con gusto: les hicieron embarcar á todos en una misma nave; y á los marineros que la conducian, mandó que la incendiasen cuando estuviesen ya bastante lejos de la ribera. De estos ochenta eclesiásticos no se salvó mas que uno solo; todos perecieron, ó en las llamas, ó en las aguas." Los solitarios, viendo el peligro en que se hallaba la Iglesia de Oriente, se persuadieron á que debian socorrerla, segun les fuese posible: dejaron sus retiros para ir á alentar y fortalecer á sus hermanos. Uno de ellos, venerable por su edad y por su santidad, á quien vió el emperador, le dijo: ¿á dónde vas tú? ¿Por qué motivo no permaneces en tu celdilla, mas bien que andar recorriendo por las ciudades, y que incitar á los pueblos á una rebelion? El santo viejo le respondió con aquella firmeza que inspira un ardiente celo: Príncipe, yo he permanecido en mi soledad, mientras que las ovejas del celestial Pastor han estado en paz; mas luego que yo las veo en la turbacion y peligro de ser devoradas, ¿me seria permitido permanecer con tranquilidad en mi retiro? Si yo soy un hijo que me hallo actualmente en la casa de mi padre, y viese al mismo tiempo que alguno le prendia fuego, ¿deberia estarme quieto, y dejar que el fuego me consumiese á mí juntamen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te con la casa? ¿No convendria mas bien ir á buscar socorro, arrojarle agua, y poner todos mis esfuerzos para estinguir el incendio? He aquí, pues, lo que yo hago: vos, ó príncipe, habeis prendido fuego á la casa del Señor: he visto desde mi celdilla el incendio, y procuro apagarlo. No replicó el emperador á una respuesta tan sensata y generosa, y aun le pareció portarse con mas suavidad con respecto á San Atanasio, á quien permitió que volviese á su Iglesia; sin embargo, no era porque hubiese variado en sus resoluciones, sino porque temia irritar á su hermano Valentiniano, que miraba con respeto al santo obispo. Volvió entonces San Atanasio á Alejandría; y despues de haberse distinguido en tantos combates, desterrado cinco veces, y vuelto otras tantas de su destierro, permaneció allí con tranquilidad, durante los seis últimos años de su vida.

(AÑO 370 DE JESUCRISTO.)

INTREPIDEZ DE SAN BASILIO, OBISPO DE CESARÉA.

VALENTE, empeñado constantemente en establecer el arrianismo en sus estados, recorrió personalmente muchas provincias para echar de sus sillas los obispos católicos; pero encontró defensores generosos de la verdad. San Basilio, obispo de Cesaréa en Capadocia, se distinguió entre todos los demas, por su firmeza. Este gran prelado fué como un inespugnable muro contra el cual vinieron á deshacerse todos los esfuerzos de la heregía. El emperador, antes de ir á Cesaréa, mandó á Modesto, prefecto del Pretorio, para ganarlo, ó por lo menos para intimidarlo, y obligarle á que recibiese á los arrianos en su comunion. El prefecto hizo comparecer á su presencia al santo obispo: se presentó con todo el magnífico aparato propio de su dignidad, la mas distinguida del imperio: sentado sobre su tribunal, estaban al rededor de él todos sus ministros, armados con segures. Basilio se presentó con un aire sereno y tranquilo. El prefecto lo recibió primero con demostraciones de honor, y le persuadió con palabras insinuantes á que se rindiese al deseo del emperador, y comunicase con los arrianos. No habiéndole surtido efecto alguno este medio, tomó un aire amenazante, y le dijo con un tono de indignacion: ¿Qué, piensas oponerte á tan grande emperador, y á las disposiciones de aquel á quien obedece todo el mundo? ¿No temes sentir los efectos de su indignacion? ¿No ves que tiene poder para despojarte de tus bienes, mandarte al destierro, y aun para quitarte la vida? "Nada me mueven "ciertamente esas amenazas, respondió Basilio: ninguna cosa puede perder el que nada posee, sino es "que querais despojarme de estos miserables vestidos que me cubren, y quitarme algunos libros "en que consiste toda mi riqueza: por lo que mira "al destierro, yo no lo conozco, pues jamás he tenido apego á lugar alguno: toda la tierra es de "Dios, y por consiguiente toda es mi patria y lugar "de mi camino: cuanto á la muerte, yo no la temo,

" porque será para mí un gran beneficio; pues ella " me ha de hacer pasar á la verdadera vida, y mas " cuando ya ha mucho tiempo que estoy muerto al " mundo: los tormentos no son capaces de intimi- " darme: mi cuerpo está en tal estado de flaqueza y " debilidad, que no podrá sufrirlos mucho tiempo, " y el primer golpe pondrá fin á mi vida y á mis " penas." Un discurso tan nuevo á los oidos de un cortesano, asombró al prefecto: jamás, dijo, se me ha hablado con tanta osadía: es, replicó el santo prelado, porque acaso jamás habreis hablado con un obispo. El prefecto no pudo menos que admirarse de la firmeza de esta alma tan superior á las amenazas y á las promesas. Fué á dar cuenta al emperador del mal resultado de su comision. ¡O príncipe! le dice, nosotros estamos vencidos por un solo hombre: no tengais esperanza de rendirlo con amenazas, ni de ganarlo con la benevolencia: no os queda otro recurso que la fuerza. El emperador no creyó prudente emplear entonces este medio: temia al pueblo de Cesaréa; y á pesar suyo, se inclinaba á respetar al santo prelado.

VALOR ADMIRABLE DE UNA MUGER CRISTIANA.

NO solamente los obispos y los sacerdotes, sino tambien los simples fieles, y aun las mugeres mismas, se distinguieron por su fé y valor en esta persecucion del emperador Valente. Ved aquí un ejemplo memorable. Este príncipe habia desterrado al

obispo de Edesa, ciudad de Mesopotamia, por su adhesion á la fé de Nicéa, y en su lugar habia hecho ordenar otro obispo: habia encargado igualmente al prefecto Modesto, que obligase á los sacerdotes y diáconos á comunicar con el nuevo obispo, ó desterrarlos á los últimos confines del imperio. Modesto, habiéndolos reunido, procuró con persuacion obligarles á que se sometiesen á sus órdenes; mas no pudo conseguirlo: uno de ellos le respondió generosamente á nombre de todos: Nosotros tenemos aun nuestro Pastor legítimo, y no reconocemos á otro alguno: así es que fueron enviados al destierro. Alentado el pueblo con su ejemplo, rehusó constantemente comunicar con el intruso: salian de la ciudad á la hora señalada para los divinos oficios, y se juntaban á orar en el campo. Habiéndolo sabido el emperador, se irritó contra el prefecto, y le reprendió severamente el que no hubiese tenido cuidado de impedir estas asambleas: le mandó juntar todos los soldados para disipar la multitud de los fieles: Modesto, aunque era enemigo de los católicos, no aprobaba, sin embargo, estas medidas violentas del rigor. Advirtió secretamente á los fieles, que no se juntasen el dia siguiente en aquel sitio donde acostumbraban reunirse para orar, porque tenia órden del emperador, de castigar á todos los que allí se encontrasen. Con esta amenaza esperaba impedir la reunion y aplacar por este medio al emperador; pero los católicos jamás se habian empeñado tanto como entonces en ocurrir al lugar de su oracion: allí se reunieron muy de mañana en mayor número. Informado de esto el prefecto, no sabia qué partido tomar: marchó, sin embargo, ácia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquel lugar; pero hacia con su tropa un ruido estraordinario, para intimidar al pueblo y obligarle á que se dispersase: cuando pásaba por la ciudad, vió á una pobre muger que salia apresuradamente, sin atender ni aun á cerrar la puerta de su casa, llevando á su hijo de la mano, y dejando caer negligentemente su vestido, en lugar de recogerle, segun costumbre del pais. Atravesó de este modo la fila de los soldados que marchaban delante del prefecto, y pasó con demasiada prontitud, sin manifestar temor alguno. Modesto la hizo detener, y le preguntó dónde iba con tanta prisa: Voy, dijo ella, al campo donde los fieles están reunidos: ¿pues qué no sabes, añadió el prefecto, que tengo órden de quitar la vida á todos los que encontrase allí? Lo sé muy bien, respondió la muger, y esto mismo es lo que me hace apresurar, temerosa de perder la ocasion de sufrir el martirio. ¿Pues por qué llevas, la dijo, contigo á ese niño? Para que participe, respondió, de la misma felicidad. Modesto, asombrado del valor de esta muger, volvió al palacio; informó al emperador de lo que le habia pasado, y le persuadió á que renunciase una empresa que le seria inútil, y cuyos resultados no podian hacerle honor. Este hecho basta para dar á conocer cuáles eran los sentimientos de los primeros fieles, á vista del cisma, cuidadosos de practicar esta palabra de Jesucristo: *Las ovejas siguen á su verdadero pastor; escuchan su voz con docilidad; pero huyen de un pastor estraño:* permanecian adictos inviolablemente al obispo que la Iglesia les habia enviado: estaban dispuestos á sacrificar cuanto les era mas estimable, y á perder la misma vida, antes que comunicar con el intruso.

VALENTE TIEMBLA DELANTE DE SAN BASILIO.

Hallándose el emperador en Cesaréa el dia de la Epifanía, fué á la Iglesia principal á asistir al oficio divino: entró en ella, acompañado de todos sus guardias, para infundir un temor respetuoso al santo obispo con esta imponente pompa; pero cuando vió el bello órden, la modestia de un pueblo inmenso, y el profundo recogimiento de San Basilio, que estaba postrado ante el Santísimo, con el cuerpo inmóvil, la vista fija y el espíritu unido á Dios; la piedad de los sagrados ministros que le cercaban, que mas parecian ángeles que hombres, quedó el príncipe sorprendido con este espectáculo religioso, y se contuvo como deslumbrado y helado de temor. Recobrándose, sin embargo, un poco, quiso presentar su ofrenda; pero como ninguno de los ministros se adelantaba, segun costumbre, á recibirla, porque ignoraba si San Basilio querría aceptarla, se apoderó del príncipe un temblor repentino: sus rodillas vacilantes no lo podian mantener en pié, y fué necesario que lo sostuviese uno de los sacerdotes, que observaron su debilidad. El santo prelado creyó que en tales circunstancias podia moderar el rigor de la disciplina eclesiástica, y usó de condescendencia, recibiendo la ofrenda del emperador. El príncipe se serenó, y procuró rendir á San Basilio, enviándole algunos magistrados y oficiales de su ejército con algunas otras personas mas distinguidas,

con el fin de ir él personalmente á tratar con el santo obispo, el cual, sin salir de los límites del debido respeto, le habló con una libertad apostólica, é impuso silencio á un cortesano que tuvo la osadía de amenazarle en presencia del príncipe: esta conferencia no indispuso al emperador; cedió en beneficio del santo prelado, á quien le concedió tierras para fundar un hospital en Cesaréa; pero los arrianos que cercaban al emperador, le hicieron mudar muy pronto de resolucion. Se habia determinado Valente á desterrar á San Basilio, cuando su hijo fué atacado de una violenta fiebre, á la cual los médicos no pudieron hallar algun remedio. Persuadido el emperador que esta enfermedad era un justo castigo por la resolucion que habia tomado contra San Basilio, le mandó llamar: apenas el santo obispo habia entrado al palacio, cuando el jóven príncipe se sintió aliviado. El santo aseguró, que el enfermo recobraria enteramente la salud, siempre que se procurase imbuirlo en los principios de la doctrina católica. Habiéndose aceptado la condicion, se puso en oracion, y el niño quedó sano; pero el emperador, infiel á su palabra, permitió que un obispo arriano bautizase á su hijo, que atacado nuevamente de la enfermedad, murió poco despues. No convirtió con todo á Valente este golpe, y condenó por segunda vez al destierro al santo prelado; pero cuando quiso firmar el decreto, se le rompió por tres veces la pluma en las manos, y tembló en términos de no poder trazar ni una sola letra. Dios, por último, quiso ejercer su indignacion sobre este príncipe impenitente, que pereció en una batalla en que desapareció su cadáver, sin que jamás se hubiese

podido hallar. Se cree que habiendo sido traspasado con una flecha, hizo que lo llevasen á una cabaña, la cual incendiaron sus enemigos.

VIRTUD DE SAN GREGORIO NACIANCENO.

San Basilio estaba unido por una amistad muy estrecha con San Gregorio Nacianceno, que no tenia menos celo que él por la pureza de la fé. Esta amistad, contraida desde el tiempo en que ambos seguian sus estudios en Atenas, fué con el tiempo mas estrecha, y duró toda su vida. "Los dos, decia San Gregorio en la admirable relacion que hizo él mismo, de lo que habia dado lugar á esta santa amistad, los dos teniamos un mismo fin: la virtud, que "es nuestro tesoro, era el objeto de nuestra solici-"tud: procurábamos hacer eterna nuestra union, "preparándonos á el efecto á adquirir una feliz in-"mortalidad: recíprocamente nos enseñábamos, y "celábamos sobre nuestra conducta: nos ecshortá-"bamos á la piedad: no teniámos comercio alguno "con aquellos compañeros, cuyas costumbres eran "desarregladas, ni nos familiarizábamos mas que "con aquellos que por su modestia, su prudencia y "su sabiduría, podian sostenernos en la práctica "de la virtud, persuadidos de que los malos ejem-"plos son como los males contagiosos, que fácil-"mente se comunican: no conociamos en Atenas "mas que dos calles, la que conducia á la Iglesia,

con el fin de ir él personalmente á tratar con el santo obispo, el cual, sin salir de los límites del debido respeto, le habló con una libertad apostólica, é impuso silencio á un cortesano que tuvo la osadía de amenazarle en presencia del príncipe: esta conferencia no indispuso al emperador; cedió en beneficio del santo prelado, á quien le concedió tierras para fundar un hospital en Cesaréa; pero los arrianos que cercaban al emperador, le hicieron mudar muy pronto de resolucion. Se habia determinado Valente á desterrar á San Basilio, cuando su hijo fué atacado de una violenta fiebre, á la cual los médicos no pudieron hallar algun remedio. Persuadido el emperador que esta enfermedad era un justo castigo por la resolucion que habia tomado contra San Basilio, le mandó llamar: apenas el santo obispo habia entrado al palacio, cuando el jóven príncipe se sintió aliviado. El santo aseguró, que el enfermo recobraria enteramente la salud, siempre que se procurase imbuirlo en los principios de la doctrina católica. Habiéndose aceptado la condicion, se puso en oracion, y el niño quedó sano; pero el emperador, infiel á su palabra, permitió que un obispo arriano bautizase á su hijo, que atacado nuevamente de la enfermedad, murió poco despues. No convirtió con todo á Valente este golpe, y condenó por segunda vez al destierro al santo prelado; pero cuando quiso firmar el decreto, se le rompió por tres veces la pluma en las manos, y tembló en términos de no poder trazar ni una sola letra. Dios, por último, quiso ejercer su indignacion sobre este príncipe impenitente, que pereció en una batalla en que desapareció su cadáver, sin que jamás se hubiese

podido hallar. Se cree que habiendo sido traspasado con una flecha, hizo que lo llevasen á una cabaña, la cual incendiaron sus enemigos.

VIRTUD DE SAN GREGORIO NACIANCENO.

San Basilio estaba unido por una amistad muy estrecha con San Gregorio Nacianceno, que no tenia menos celo que él por la pureza de la fé. Esta amistad, contraida desde el tiempo en que ambos seguian sus estudios en Atenas, fué con el tiempo mas estrecha, y duró toda su vida. "Los dos, decia San Gregorio en la admirable relacion que hizo él mismo, de lo que habia dado lugar á esta santa amistad, los dos teniamos un mismo fin: la virtud, que "es nuestro tesoro, era el objeto de nuestra solici-"tud: procurábamos hacer eterna nuestra union, "preparándonos á el efecto á adquirir una feliz in-"mortalidad: recíprocamente nos enseñábamos, y "celábamos sobre nuestra conducta: nos ecshortá-"bamos á la piedad: no teniámos comercio alguno "con aquellos compañeros, cuyas costumbres eran "desarregladas, ni nos familiarizábamos mas que "con aquellos que por su modestia, su prudencia y "su sabiduría, podian sostenernos en la práctica "de la virtud, persuadidos de que los malos ejem-"plos son como los males contagiosos, que fácil-"mente se comunican: no conociamos en Atenas "mas que dos calles, la que conducia á la Iglesia,

"y aquella por donde pasábamos al estudio; y ab-
"solutamente ignorábamos las que se dirigian á las
"fiestas del mundo, espectáculo y asambleas." ¿Qué modelo mas precioso puede proporcionarse á los jóvenes, que la conducta de estos dos santos niños? ¡Dichosos aquellos que en sus tiernos años no se forman relaciones de amistad, mas que para escitarse á la virtud, y que desde que en ellos amanece la luz de la razon, comprenden la vanidad de los placeres y entretenimientos del mundo! San Gregorio Nacianceno pasó la mayor parte de su vida en el retiro, en el cual ponia toda su delicia. Habiendo salido de él á instancias de su ilustre amigo, y elevado contra su voluntad al episcopado, se le confió el gobierno de la Iglesia de Constantinopla, ácia el año 379, para oponerse á los progresos del arrianismo, que dominaba en esta gran ciudad. Su virtud, su ciencia, su elocuencia, todo prometia los mas felices sucesos. Tuvo el valor de atacar la heregía en el mismo palacio de los emperadores que la protegian: espuesto á toda suerte de malos tratamientos, no oponia á ellos mas que la paciencia: mostraba una gran dulzura y amor á todo el mundo, al mismo tiempo que tenia una vida áspera y mortificada, llorando en secreto y delante de Dios, y preparándose al ejercicio del santo ministerio con la oracion y la meditacion de las santas Escrituras. Esta conducta, verdaderamente episcopal, le grangeó en poco tiempo el afecto de los habitantes de Constantinopla. Estos primeros afectos de benevolencia, pasaron despues á ser de veneracion y respeto para con este hombre de tanta sabiduría y santidad. El profundo conocimiento que tenia de las

santas Escrituras; sus raciocinios tan urgentes y justos; su imaginacion fecunda y brillante; su facilidad increible para espresarse; la fuerza y la precision de su estilo, le atrajeron la admiracion de toda la ciudad: defendia la verdad de una manera victoriosa, al mismo tiempo que edificaba con el ejemplo de sus virtudes; mas por otra parte, como era enemigo de adular y complacer á los grandes, y sus talentos escitaban la envidia, padeció amargas contradicciones, que le hicieron tomar el partido de retirarse. Se apresuró á volverse á su amada soledad, y allí gustó mas que nunca las dulzuras, como él mismo decia á uno de sus amigos: "Yo no puedo, dice, es-
"timar, como es debido, el bien que mis enemigos
"me han acarreado con su envidia." Los discursos de este santo doctor hacen la mayor parte de los escritos que de él nos han quedado: nada hay mas sublime y magestuoso, ni tan digno de la grandeza de nuestros misterios, que estos discursos, por los cuales se ha dado á San Gregorio el sobrenombre de Teólogo por esencia.

HEREGIA DE LOS MACEDONIANOS.

LA muerte de Valente puso fin á los destrozos que el arrianismo, sostenido por la autoridad imperial, en el Oriente, causaba; pero del seno de esta heregía se levantó otra, que no era menos contraria al

dogma del augusto misterio de la Trinidad: esta atacaba la divinidad del Espíritu Santo. El autor de novedad tan escandalosa, era Macedonio, semi-arriano, que habia usurpado la silla episcopal de Constantinopla. Por espacio de muchos años se habia ocultado bajo la sombra del arrianismo, y no habia hecho un ruido particular en medio de las grandes turbulencias que los arrianos escitaban á los principios del reinado de Valente. San Atanasio, á quien nada se escapaba de cuanto interesaba á la fé, habia advertido este error, y compuso de intento un tratado para combatirlo. El santo doctor prueba en esta obra que la Iglesia ha creido y enseñado siempre que en Dios hay una Trinidad de personas, y que esta Trinidad no tiene mas que una sola naturaleza, que no hay mas que un solo Dios: demuestra con las santas Escrituras, que el Espíritu Santo es Dios, que lo que á él se atribuye no conviene mas que á Dios, como un ser santificador, vivificante, inmutable é inmenso: protesta al fin del tratado, que él nada dice, si no es lo que ha aprendido y sabe, que es la doctrina de los Apóstoles. Cuando los arrianos comenzaron á perder su reputacion, adquirieron crédito los macedonianos, é hicieron un papel independiente de los primeros: sus costumbres parecian arregladas; su esterior de mucha gravedad, y su vida austera. Como el pueblo se dejaba llevar fácilmente de esta aparente virtud, los macedonianos formaron una secta, y su partido se hizo considerable en la ciudad de Constantinopla. Esta nueva heregía se estendió tambien en la Trásia, en la Bitinia y en el Helesponto. El emperador Teodosio, succesor de Valente, consagró los principios de

su gobierno por su celo en contener los progresos del error. Este príncipe, á quien sus bellas acciones, y mas particularmente su grande piedad y amor á la Iglesia, le merecieron justamente el sobrenombre de Grande, publicó poco tiempo despues d su bautismo, una célebre ley, en la cual designa la comunion con la Iglesia Romana, como una señal segura de catolicismo. "Queremos, dice, que to-"dos los pueblos sujetos á nuestro mando, sigan "la religion que enseñó el Príncipe de los Apósto-"les á los romanos, y que en la actualidad nos so-"metamos á la obediencia del pontífice Dámaso; de "modo, que segun la doctrina del Evangelio, y lo "que nos han enseñado los Apóstoles, creamos en "una sola divinidad de Padre, de Hijo y del Espí-"ritu Santo, con una igual magestad, y en una Tri-"nidad adorable. Ordenamos que á aquellos que "tienen esta doctrina pura, se les dé el nombre de "católicos; y los demas, cuya temeraria é insensa-"ta impiedad reprobamos, sean llamados con el ig-"nominioso nombre de hereges; y que á sus asam-"bleas no se les dé ni el honor ni el título de Igle-"sia, para que ellos vuelvan á sentir los efectos de "la venganza divina." En efecto, la fé católica es la que Jesucristo ha enseñado, la que los Apóstoles publicaron, y han conservado los santos padres: la Iglesia está fundada sobre esta fé: cualquiera que de ella se separa, no es católico: basta, pues, para confundir á todos los hereges, manifestarles que su doctrina no trae su orígen de esta fuente, y que ella es nueva: la verdadera doctrina es mas antigua que las heregías: los Apóstoles han ecsistido antes que los autores de las sectas: la verdad ha precedido al

error: en una palabra, la doctrina verdaderamente divina es aquella que se recibió primero; y la que despues ha venido, es necesariamente falsa y estrangera.

(AÑO 381 DE JESUCRISTO.)

CONCILIO DE CONSTANTINOPLA GENERAL O ECUMENICO.

Bien sabia Teodosio que una constitucion imperial no era bastante para conciliar á todos los espíritus y reunirlos á la sana doctrina. Desde su advenimiento al trono habia concebido el designio de juntar un concilio de todo su dominio, á ejemplo del gran Constantino; mas para ponerlo en ejecucion, esperó hallarse mas tranquilo. Escribió entonces á todos los obispos de Oriente para invitarlos á que se reuniesen en Constantinopla, ciudad que habia escogido para lugar de la asamblea, porque él mismo queria asistir á ella. Se dieron las órdenes convenientes para la subsistencia y alojamientos de los obispos, y Teodosio no se manifestó con menos magnificencia que lo que se habia mostrado Constantino para con los padres de Nicéa. Ocurrieron los obispos de todas las partes del Oriente, en número de ciento y cincuenta. Melecio, obispo de Antioquía, debia presidir esta augusta asamblea. Tenia muchos deseos el emperador de conocerlo, tanto por la reputacion de santidad que este prelado habia adquirido, cuanto por motivo de un sueño en que al príncipe se le habia representado, ofreciéndole con una mano la púrpura, y con otra la corona. Teodosio le habia honrado siempre, particularmente despues de este sueño, aunque jamás le habia visto personalmente. Luego que los obispos llegaron, fueron todos reunidos á saludar al emperador, quien queriendo probar si reconocia entre los demas á Melecio, impidió el que se le mostrase: como las facciones del anciano que se le habia aparecido, se le habian quedado profundamente impresas en su espíritu, lo distinguió entre todos: corrió á él y le abrazó con una prontitud mezclada de respeto y de ternura, y le besó la mano que antes le habia coronado. Pidió despues á todos los obispos el que escogitasen los mejores medios para dar la paz á la Iglesia, y les prometió sostenerlos con toda su autoridad. La apertura del concilio se hizo con toda solemnidad: se procuró primero disuadir á los macedonianos: el mismo Teodosio les ecshortó á que nuevamente entrasen á la fé y comunion de la Iglesia; pero ellos lo rehusaron obstinadamente, y se retiraron del concilio, el cual entonces los trató como á declarados hereges. Renovaron los padres los decretos del concilio de Nicéa, y confirmando al efecto el símbolo de este concilio, se añadieron solamente algunas palabras para esplicar lo que él contenia, ya tocante á la Encarnacion del Hijo de Dios, ya á la divinidad del Espíritu Santo. "Este símbolo, hablando de la Encarnacion, decia, únicamente des-
" cendió de los cielos; encarnó y se hizo hombre;
" padeció y resucitó al tercero dia; subió á los cie-
" los y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos."

El símbolo de Constantinopla dice: "Bajó de los "cielos; encarnó por obra del Espíritu Santo, de la "Vírgen María; se hizo hombre; padeció y murió; "fué sepultado; resucitó al tercero dia, segun las san- "tas Escrituras; subió á los cielos, y está sentado á "la diestra del Padre; que vendrá nuevamente con "magestad á juzgar á los vivos y á los muertos, y "que su reino no tendrá fin." Por lo que toca á la tercera persona de la Santísima Trinidad, el símbolo de Nicéa no espresaba el dogma mas que con estas palabras: "Creemos en el Espíritu Santo." El de Constantinopla añade, por causa de los macedonianos: "Creemos en el Espíritu Santo, que es así- "mismo Señor vivificante, ó que confiere la vida; "que procede del Padre; que con el Padre y el Hi- "jo es juntamente adorado y glorificado; que habló "por los profetas." El emperador Teodosio recibió esta decision como pronunciada por la boca del mismo Dios: ordenó por ley la ejecucion de todo lo que se habia arreglado en el concilio. Aunque esta asamblea no se formó mas que con los obispos del Oriente, la aprobacion que el papa y los obispos de Occidente le dieron despues, hizo que este concilio se reconociese por ecuménico ó universal.

(AÑO 387 DE JESUCRISTO.)

CLEMENCIA DE TEODOSIO.

Era Teodosio naturalmente vivo y pronto á irritarse; pero se dejaba apaciguar; y la piedad que le

animaba, ponia freno á su cólera. Sucedió en la ciudad de Antioquía una grande sedicion, por motivo de una pension nuevamente establecida. El pueblo, en medio de su furor, derribó y arrastró por las calles las estátuas del emperador y de la emperatriz. Informado Teodosio de este atentado, se arrebató de una violenta cólera, y en su primer movimiento queria destruir la ciudad, y sepultar á sus habitantes bajo de sus ruinas: entrando despues en mas moderados sentimientos, nombró dos comisarios para que en forma procediesen contra los culpados, con facultad de quitarles ó concederles la vida. Entre tanto, el pueblo de Antioquía, reflecsionando sobre sí mismo, sintió la enorme gravedad de su crímen, y temblaba, aguardando el castigo: consternados los habitantes, no se atrevian á salir de sus casas, y á cada momento esperaban la muerte con un continuo sobresalto. Flaviano, obispo de Antioquía, se hallaba sumergido en el dolor mas amargo: sentia su corazon atormentado: pasaba los dias y las noches llorando delante de Dios, pidiéndole que ablandase el corazon del príncipe. Al fin este anciano, mas venerable entonces por su santidad, que por sus años, fué á presentarse al emperador para pedirle que perdonase á su pueblo. Luego que compareció delante de Teodosio, se contuvo primero, retirado á alguna distancia de él, con los ojos bajos ácia la tierra, como si él solo llevase sobre sí el crímen de sus hijos. El emperador, viéndolo suspenso y confuso, se le acercó, y recordándole todos los beneficios de que habia colmado á la ciudad de Antioquía, añadia á cada una de sus cláusulas: "¿Y es posible que en recompensa de estos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"beneficios, haya merecido tantos ultrajes."? Penetrado Flaviano de tan justas reconvenciones, y ecshalando un profundo suspiro, ¡oh príncipe! le dijo, merecemos á la verdad todos los suplicios: destruireis á Antioquía desde sus cimientos; la reducireis á cenizas, y no seremos con esto bastante castigados: queda entre tanto un remedio á nuestros males: podeis imitar la bondad de Dios, ultrajado por sus criaturas: su bondad soberana les concedió el perdon y les abrió los cielos: si vos nos perdonais, á vos seremos deudores de nuestra salud; pero vuestra clemencia añadirá un nuevo esplendor á vuestra gloria: los infieles esclamarán, ¡cuán grande es el Dios de los cristianos! Él hace á los hombres superiores á la naturaleza, y los transforma en ángeles! No temais que la impunidad corrompa á las demas ciudades: ¡ay de mí! nuestra suerte no puede hacer mas que asombrarlas: la consternacion de que estamos penetrados, es el mas cruel de los suplicios: no os avergonceis de condescender con un débil anciano; esto será condescender con el mismo Dios: él es quien me envia á haceros presente el Evangelio, y á deciros de parte suya: "Si no perdonais las ofen-"sas cometidas contra vos, el Padre celestial no os "perdonará las vuestras." Representaos aquel dia terrible en que los reyes y los vasallos comparecerán ante el tribunal de la justicia suprema, y reflecsionad que todas vuestras faltas serán entonces perdonadas, en vista del perdon que vos hubiéreis concedido. Teodosio se enterneció, y le respondió llorando: ¿Podré yo acaso negar el perdon á unos hombres que son mis semejantes, despues que el Señor del mundo, reducido por nosotros á la condicion de esclavo, se dignó pedir á su Padre que perdonase á los autores de su suplicio, á quienes habia llenado de beneficios? Despues mandó al santo obispo que volviese á su pueblo: id, le dijo, id, padre mio: mostraos con presteza á vuestro rebaño: restituid la tranquilidad á la ciudad de Antioquía: ella no estará perfectamente segura despues de una tempestad tan violenta, sino cuando vuelva á ver á su piloto.

Adicion.=A pesar de toda la aversion de Teodosio á las novedades impías, apareció por este tiempo una nueva secta de las mas corrompidas, y su cuna fué la misma patria del emperador. Un cierto Marcos de Menfis trajo los delirios de los maniqueos, de Egipto á España, donde tuvo por primeros discípulos á una muger llamada Agape, y al retórico Elpidio. Estos prosélitos hicieron otro en la persona de Prisciliano, cuyo nombre tomó la secta. Este era distinguido por su nacimiento y sus riquezas; de un carácter afable con que cautivaba, hablando con mucha gracia y facilidad: era laborioso, paciente, frugal y desinteresado; aunque por otra parte tenia un génio ardiente, ligero y poco sólido; corrompido desde mucho tiempo antes, con estudios sospechosos, y aun segun se decia, con el ejercicio de la mágia. Sostenidos tan perniciosos principios por un esterior modesto, se vió en breve seguido de una multitud de personas del pueblo, de todo secso y estados; de manera, que estos errores derramaron su contagio con una rapidez prodigiosa, é inficionaron á algunos obispos y hombres distinguidos.

Estos fanáticos se juntaban de noche, sin respeto á la decencia, hombres y mugeres, preocupados de que la oracion les servia de todo, de cualquier manera que la hiciesen: oraban muchas veces desnudos, sin cuidar de refrenar las pasiones, que los arrastraban á acciones indignas, que no permite referir el pudor; pero todas estas reuniones se tenian en secreto; y la mácsima mas sagrada de la secta, era negar siempre y no revelar jamás el secreto, por mas mentiras y perjurios que fuesen necesarios para sostener la reserva; lo que esplicaban en este verso.

Jura, perjura, secretum prodere nolli.

Sin embargo, no pudieron ocultar tanto estos horrores, que no llegasen á noticia de Higinio, obispo de Córdova, el cual, ayudado de Hidasio, obispo de Mérida, procuró destruir la secta; pero el carác-

ter de ambos, enteramente diverso, fué un obstáculo que les impidió remediar tales desórdenes, y hasta despues de la muerte de Teodosio, imperando Mácsimo, fué Prisciliano condenado á muerte con sus sectarios, despues de haber sufrido el tormento.

No dejaron de producirse nuevamente los errores que ya antes de los priscilianistas habian afligido á la Iglesia. Desde el año 307 sostenia pertinazmente Apolinar, que Jesucristo no tenia una alma humana, y que su cuerpo era celestial.

Los anti-dicomarianitas, enemigos de Ntra. Sra. la Vírgen María, siguieron este error. En el año 380, los cristianos miraban á la Madre de Dios como una divinidad; y conformes con la doctrina de Apolinar, erraban tambien acerca de la carne de nuestro Salvador, diciendo que su cuerpo habia bajado del cielo, y por consiguiente, que era de otra naturaleza que los nuestros, y que se habia aniquilado ó disuelto despues de su resurreccion; de suerte, que Jesus, segun ellos, mas habia sido hombre en apariencia, que en realidad. Apolinar fué condenado con su nombre en un concilio celebrado en Roma, cuatro años antes del de Constantinopla.

(AÑO 389 DE JESUCRISTO.)

CAIDA Y PENITENCIA DE TEODOSIO.

Olvidó Teodosio algun tiempo despues la moderacion con que se habia portado en el acontecimiento de Antioquía, y se dejó llevar de los primeros transportes de su cólera. La ciudad de Tesalónica, capital de la Iliria, se habia revelado contra su gobernador, el cual perdió la vida en esta sedicion. La noticia de la sublevacion llenó de indignacion al emperador, quien al punto dió órden de que pasasen á cuchillo á los habitantes de la ciudad, sin distincion alguna de inocentes y culpados: perecieron en esta vez siete mil hombres. Se hallaba entonces Teodosio en Milán: S. Ambrosio, obispo de esta ciudad, escribió al emperador para hacerle presente la gravedad de su culpa, y obligarle á que volviese sobre sí mismo; concluye advirtiéndole, que hasta que no la hubiese expiado por la penitencia, no debia asistir á los santos misterios. Teodosio no dejó por esto de dirigirse ácia la Iglesia; pero el santo obispo fué á encontrarle, y le dijo: Deteneos, ¡oh príncipe! vos no conoceis, sin duda, la enormidad de vuestro pecado: haced reflecsion sobre él. ¿Con qué ojos podreis ver el templo santo? ¿Cómo entrareis al santuario de un Dios terrible? ¿Tendreis valor para estender una mano manchada todavia con la sangre inocente, para recibir el cuerpo de Jesucristo? Retiraos, ¡oh príncipe! y no querais añadir un sacrilegio á tantos homicidios. Como el emperador quisiese escusar su culpa con el ejemplo de David, reo en otro tiempo de un adulterio y un homicidio: si vos, le respondió San Ambrosio, le habeis imitado en su pecado, imitadle tambien en su penitencia. Recibió Teodosio esta sentencia como de la boca del mismo Dios. Volvió á su palacio, suspirando, y permaneció allí encerrado por el espacio de ocho meses. Al acercarse la festividad del nacimiento del Señor, sintió que su dolor se aumentaba: ¿qué, decia, el templo del Señor está abierto al último y mas pequeño de mis vasallos, y para mí se han cerrado sus puertas? Él entonces fué, no á la misma Iglesia, sino á una sala inmediata á ella, donde pidió al santo obispo que le absolviese. Ambrosio le representó que no podia asistir á los santos misterios hasta que se some-

ter de ambos, enteramente diverso, fué un obstáculo que les impidió remediar tales desórdenes, y hasta despues de la muerte de Teodosio, imperando Mácsimo, fué Prisciliano condenado á muerte con sus sectarios, despues de haber sufrido el tormento.

No dejaron de producirse nuevamente los errores que ya antes de los priscilianistas habian afligido á la Iglesia. Desde el año 307 sostenia pertinazmente Apolinar, que Jesucristo no tenia una alma humana, y que su cuerpo era celestial.

Los anti-dicomarianitas, enemigos de Ntra. Sra. la Vírgen María, siguieron este error. En el año 380, los cristianos miraban á la Madre de Dios como una divinidad; y conformes con la doctrina de Apolinar, erraban tambien acerca de la carne de nuestro Salvador, diciendo que su cuerpo habia bajado del cielo, y por consiguiente, que era de otra naturaleza que los nuestros, y que se habia aniquilado ó disuelto despues de su resurreccion; de suerte, que Jesus, segun ellos, mas habia sido hombre en apariencia, que en realidad. Apolinar fué condenado con su nombre en un concilio celebrado en Roma, cuatro años antes del de Constantinopla.

(AÑO 389 DE JESUCRISTO.)

CAIDA Y PENITENCIA DE TEODOSIO.

Olvidó Teodosio algun tiempo despues la moderacion con que se habia portado en el acontecimiento de Antioquía, y se dejó llevar de los primeros transportes de su cólera. La ciudad de Tesalónica, capital de la Iliria, se habia revelado contra su gobernador, el cual perdió la vida en esta sedicion. La noticia de la sublevacion llenó de indignacion al emperador, quien al punto dió órden de que pasasen á cuchillo á los habitantes de la ciudad, sin distincion alguna de inocentes y culpados: perecieron en esta vez siete mil hombres. Se hallaba entonces Teodosio en Milán: S. Ambrosio, obispo de esta ciudad, escribió al emperador para hacerle presente la gravedad de su culpa, y obligarle á que volviese sobre sí mismo; concluye advirtiéndole, que hasta que no la hubiese expiado por la penitencia, no debia asistir á los santos misterios. Teodosio no dejó por esto de dirigirse ácia la Iglesia; pero el santo obispo fué á encontrarle, y le dijo: Deteneos, ¡oh príncipe! vos no conoceis, sin duda, la enormidad de vuestro pecado: haced reflecsion sobre él. ¿Con qué ojos podreis ver el templo santo? ¿Cómo entrareis al santuario de un Dios terrible? ¿Tendreis valor para estender una mano manchada todavia con la sangre inocente, para recibir el cuerpo de Jesucristo? Retiraos, ¡oh príncipe! y no querais añadir un sacrilegio á tantos homicidios. Como el emperador quisiese escusar su culpa con el ejemplo de David, reo en otro tiempo de un adulterio y un homicidio: si vos, le respondió San Ambrosio, le habeis imitado en su pecado, imitadle tambien en su penitencia. Recibió Teodosio esta sentencia como de la boca del mismo Dios. Volvió á su palacio, suspirando, y permaneció allí encerrado por el espacio de ocho meses. Al acercarse la festividad del nacimiento del Señor, sintió que su dolor se aumentaba: ¿qué, decia, el templo del Señor está abierto al último y mas pequeño de mis vasallos, y para mí se han cerrado sus puertas? Él entonces fué, no á la misma Iglesia, sino á una sala inmediata á ella, donde pidió al santo obispo que le absolviese. Ambrosio le representó que no podia asistir á los santos misterios hasta que se some-

tiese á una pública penitencia. Habiendo aceptado Teodosio la condicion, le obligó entonces el santo obispo á que dictase una ley en que por el espacio de treinta dias, se mandase suspender la ejecucion y las sentencias de muerte. Al punto, Teodosio hizo escribir, firmó esta ley, y prometió su observancia. Entonces San Ambrosio, movido de su docilidad, y del ardor de su fé, le levantó la escomunion, y le permitió que entrase á la Iglesia. Prosternado Teodosio, bañando la tierra con sus lágrimas é hiriéndose el pecho, pronunció en alta voz estas palabras de David: "Permanecí tendido sobre el pavimento, ¡oh Dios mio! restituidme la vida segun vuestras promesas." Todo el pueblo, penetrado de tan grande ejemplo, acompañaba con sus oraciones y sus lágrimas las de su piadoso emperador. La Magestad soberana, cuya impetuosa cólera habia hecho temblar todo el imperio, no inspiraba entonces mas que sentimientos de compasion y de dolor. San Ambrosio, mas enternecido que ninguno, creyó que debia dispensar en estas circunstancias, las reglas ordinarias que solo concedian en la muerte la gracia de la reconciliacion por el crímen de homicidio, y esto fué lo que inspiró al ilustre penitente que tuviese un dolor mas vivo, que le duró ocho años, despues de este acontecimiento. La memoria de tan grande príncipe ha sido siempre venerada en la Iglesia: los autores eclesiásticos y los mismos concilios, lo proponen como modelo de príncipes cristianos.

Adicion.=Con el nombre de Monges, tan respetado entonces, se ocultaban en tiempo de Teodosio, los hereges llamados en siriaco, Mesalianos, y en griego, Euchitas, es decir, *oradores*, por-

que hacian consistir toda la religion en sola la oracion. Los habia de dos generos: unos eran verdaderos paganos, sin tener cosa alguna de comun con los fieles, sino una ú otra práctica esterior de la Iglesia: reconocian muchos dioses, aunque no adoraban propiamente sino á uno solo. Cree se que estos sectarios son los mismos que los upsistarios ó adoradores: algunos de ellos se llamaron Satanianos, por el culto espantoso que el miedo de los demonios les hacia dar á estas potestades maléficas.

De los otros que se llamaban cristianos, es muy incierto su orígen. San Epifanio atribuye su error á la simplicidad grosera de algunas personas, que tomando demasiado á la letra el precepto de Jesucristo, de abandonarlo todo, se entregaban á una vida ociosa y vagamunda, pidiendo limosna y viviendo mezclados hombres y mugeres: reprobaban como pecado el trabajo de manos, abusando de estas palabras de nuestro Salvador: "Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el que permanece eternamente."

Debemos advertir, que San Epifanio, que con este motivo declama contra la mendicidad, solo censura la que vive ociosa, y lo que dice no es aplicable á las órdenes mendicantes, aprobadas por la Iglesia.

Los Mesalianos tomaban tambien el precepto de la oracion en todo el rigor de la letra: daban en mil estravagancias ridículas, hasta alabarse de que veian por sus propios ojos la Santísima Trinidad: dormian la mayor parte del dia, y despues contaban su sueño como otras tantas revelaciones. La sagrada Eucaristía, los demas Sacramentos y otras instituciones sagradas y divinas, eran para ellos cosas indiferentes.

Fueron condenados estos hereges en el concilio primero de Antioquía, por la solicitud del obispo Flaviano, y con mas solemnidad en Iconio, de donde el santo obispo Anfiloquio envió una relacion esacta á este patriarca.

CISMA DE LOS DONATISTAS.

EL cisma de los donatistas, que desoló la Iglesia en Africa, habia comenzado desde el reinado de Constantino; pero en su orígen no habia sido mas

que una pequeña centella, que con el transcurso del tiempo vino á ser un grande incendio. Al principio no se trataba mas que de saber si Ceciliano, obispo de Cartago, habia sido legítimamente ordenado. Algunos obispos, siguiendo la opinion de Donato, pretendian que esta ordenacion no habia sido legítima, y se separaron de su comunion. Se presentó esta causa al papa, el cual pronunció su sentencia en favor de Ceciliano, cuya inocencia le era bastantemente conocida, y este juicio fué despues apoyado por un decreto del emperador Constantino; pero Donato y sus partidarios rehusaron obstinadamente someterse á su decision, levantando altar contra altar: establecieron en Cartago otro obispo: escribieron cartas á todas las costas de Africa, para apartar á los fieles de la comunion de Ceciliano. Este escandaloso rompimiento causó en Africa males sin número. La escomunion que empleó la Iglesia contra sus hijos rebeldes, no atemorizó á los donatistas, quienes ninguna otra cosa procuraban que separarse y formar una sociedad aparte. Era débil este medio contra unas gentes, cuyo crímen consistia en romper la unidad de la Iglesia. Su partido fué creciendo insensiblemente; y cuando se hallaron con fuerzas considerables, usaron violencias tan horribles, que seria dificil creerlas, si la esperiencia no enseñase que el espíritu del cisma, del mismo modo que el de la heregía, es capaz de mayores escesos. En efecto, la obstinacion de los donatistas degeneró en furor: se apoderaban de las Iglesias á mano armada: se arrojaban de ellas á los obispos: despedazaban los altares y vasos sagrados; y llegó á tal estremo su impiedad, que se valian de la fuerza para rebautizar á aquellos que habian recibido el bautismo fuera de su comunion, como si la Iglesia hubiese ya desaparecido en lo restante del mundo, y únicamente subsistiese en el pequeño rincon de la Africa, que ocupaba entonces este sedicioso partido. Cuando rehusaban recibir de sus manos este segundo bautismo, se valian para obligarlos, de los mas inhumanos tratamientos: no contentos con cubrir de heridas á aquellos que se resistian, estendian estos furiosos su barbarie, hasta llenarles los ojos de cal y vinagre: se dice que en una sola ocasion rebautizaron cuarenta y ocho personas, que no tuvieron fortaleza para sufrir estos tormentos. Los obispos católicos no opusieron al principio mas que la dulzura y la paciencia á las crueldades de los cismáticos, creyendo que podian ganarlos por este medio. San Agustin, obispo de Hipona, que despues llegó á ser tan célebre, arrostró los mayores trabajos para obligarlos á entrar en mejores sentimientos y reunirlos á la Iglesia: logró convertir un gran número; pero los mas concibieron por esto el mayor furor: ponian al santo emboscadas cuando iba á visitar las parroquias de los católicos. Una vez pensó caer en sus manos, y sin duda le hubieran quitado la vida, si se hubiera apartado del que lo guiaba; el cual se desvió por inadvertencia, de aquel camino, donde estos malvados lo aguardaban. Su audacia, creciendo mas cada dia, creyeron los obispos católicos que debian implorar la proteccion del emperador, el cual publicó contra estos sectarios una ley severa, por la que les prohibió, so pena de muerte, el que formasen públicas asambleas.

(AÑO 411 DE JESUCRISTO.)

CELEBRE CONFERENCIA DE CARTAGO Y FIN DEL CISMA.

LOS obispos católicos, que mas bien procuraban que los donatistas se convirtiesen, que el que se castigasen, suplicaron al emperador que emplease los medios mas suaves para que volviesen á la Iglesia. Le propusieron el de las conferencias, y el emperador aprobó este partido. A todos los obispos de Africa, así donatistas como católicos, mandó que pasasen á Cartago, con el fin de que los prelados escogidos de una y otra parte, pudiesen conferenciar reunidos. Al tribuno Marcelino encargó el emperador que procurase conservar el órden y la paz en esta asamblea. El 16 de Mayo fué el dia en que se tuvo esta célebre conferencia. Se escogieron de una y otra parte siete obispos, quienes debian sostener la disputa, y cuatro notarios eclesiásticos, para que pusiesen en órden y redactasen las actas. Para mayor seguridad, cuatro obispos se encargaron de velar sobre los notarios. Establecido este órden tan sábio, dieron los obispos católicos un admirable ejemplo de moderacion y generosidad: hicieron de viva voz, y estendieron por escrito la siguiente declaracion: "Si obtienen nuestros contra-
" rios la ventaja en la conferencia, nosotros conve-
" nimos desde luego cederles nuestras sillas, y po-
" nernos bajo sus disposiciones; si por el contrario,

" los donatistas quedan vencidos, se reunirán á la
" Iglesia, y partiremos con ellos el honor del epis-
" copado." Pasó á mas su generosidad, añadiendo:
" Que si los fieles no tuviesen á bien que dos obis-
" pos juntos ocupasen una misma Iglesia, contra la
" costumbre ordinaria, nosotros nos retiraremos, ce-
" diéndoles gustosamente nuestras sillas: bastante
" dichosos somos con ser cristianos, y con respecto
" al pueblo, por cuya súplica hemos sido ordenados
" obispos: si consideran la renuncia de nuestra dig-
" nidad útil á los fieles, consentimos en ella con to-
" do nuestro corazon." Se observó con admiracion, que entre trescientos prelados católicos que concurrieron á esta conferencia, no hubiese en ella mas que dos á quienes esta magnánima resolucion desagradase al principio; sin embargo de que bien presto vinieron á ser unánimes con los demas, sus sentimientos. San Agustin, que se los habia inspirado, no solamente fué uno de los siete obispos que los católicos escogieron para sostener la causa de la Iglesia, sino que los otros seis dejaron al santo todo el cuidado de contestar á las cavilaciones de los donatistas. Todo pasó con el mejor órden en esta conferencia, que duró tres dias. San Agustin probó con evidencia, que no podia haber en el asunto una causa legítima para separarse de la Iglesia católica, y que es un enorme crímen romper su unidad: que es preciso estar en el seno de la Iglesia para salvarse, sin lo cual no se puede esperar la salud eterna, porque fuera de esta única Iglesia no puede haber verdadera santidad ni verdadera justicia: que la verdadera Iglesia, que es la única esposa de Jesucristo, está, segun su promesa, estendida para toda la tier-

ra, y no ceñida á ocupar solamente un rincon de la Africa: que se halla sobre la tierra, compuesta de justos y de pecadores: que á la verdad no conviene comunicar con estos últimos en su iniquidad; pero no se debe separar de ellos esteriormente."

Dios bendijo el celo del santo doctor: los cismáticos, que concibieron algun amor á la verdad, y los pueblos que tuvieron noticia de lo que habia pasado en esta célebre conferencia, abrieron, por último, los ojos, y desde entonces venian en gran número á reunirse á la Iglesia.

HEREGIA DE LOS PELAGIANOS.

SE iba estinguiendo insensiblemente el cisma de los donatistas, cuando se vió la Iglesia combatida por otros nuevos enemigos que la afligieron con largos y peligrosos combates. Pelagio, gefe de este partido, nació en la Gran-Bretaña: era de un espíritu sutil y artificioso é hipócrita, que conservando siempre unos mismos sentimientos, sabia variar de lenguage, segun convenia á las circunstancias. Vino á Roma, y allí sembró secretamente una nueva doctrina, que tenia su orígen en el orgullo humano, á quien lisongea. Negaba el pecado original, y la necesidad de la gracia de un Redentor: al principio no se atrevió á esplicarse con claridad, temeroso de conmover los espíritus, combatiendo la antigua y universal creencia. Mas para disponerlos

poco á poco á recibir sus errores, les disimulaba el veneno con palabras ambiguas. Adquirió un discípulo llamado Celestio, que contribuyó no poco á los progresos de esta secta impía. Pasó éste á la Africa; y como era mas fogoso é intrépido que su maestro, enseñó allí sin rodeos, contra la doctrina de San Pablo, que el pecado del primer hombre, de ninguna manera se ha transmitido á sus descendientes; y que el hombre, sin necesidad de una gracia interior, puede, con solo las fuerzas naturales, cumplir los mandamientos de Dios. Esta novedad profana causó bastante turbacion. San Agustin refutó con vigor esta doctrina en sus sábios escritos, y probó por las palabras espresas de las santas Escrituras, y por el bautismo que se administra á los niños, que todos hemos nacido manchados con el pecado de nuestro primer padre. Demostró con la misma oracion, que Ntro. Sr. Jesucristo se dignó enseñarnos la necesidad que tenemos de una gracia que previene y ayuda nuestra voluntad en todas las acciones útiles á nuestra eterna salud. Celestió fué condenado en Cartago, y escluido de la comunion eclesiástica. Entre tanto, Pelagio que habia pasado á Palestina, habia logrado, por medio de sus engaños y disimulos, atraer á su partido á los obispos de este país. Con esto creció desmedidamente su orgullo, y mandó á San Agustin su apología, en la cual alegaba en su defensa el favorable juicio que habian formado de él los del Oriente. Este escándalo escitó el celo de los obispos de Africa, los cuales celebraron allí dos concilios, uno en Cartago y otro en Mileví, en donde se definió, conforme á la fé católica, que el pecado de Adan ha pasado á sus

hijos, y que sin una gracia interior que nos inspira la buena voluntad, no se puede hacer bien alguno sobrenatural ó útil á la salvacion. Los padres de estos concilios escribieron al papa San Inocencio, pidiéndole que esta decision fuese confirmada por la autoridad de la silla apostólica. El soberano pontífice respondió á las cartas sinodales de los obispos de Africa. Alaba el celo con que procuran mantener la pureza de la fé, y establece sólidamente la antigua doctrina acerca del pecado original, y de la necesidad de la gracia para todas las acciones de la piedad cristiana. Condena solemnemente á Pelagio, á Celestio y á sus sectarios: los declara separados de la comunion de la Iglesia, si ellos se obstinan en sus errores. Despues de este decreto del papa, miraba San Agustin como terminada ya esta causa. "Roma ha hablado, dice este santo doctor: el juicio "de los obispos de Africa se ha presentado á la si- "lla apostólica: las letras del papa que lo confirman, "se han publicado: la causa se terminó: plegue á "Dios que el error igualmente termine."

Adicion. = Desde el año 406 comenzó Vigilancio á sembrar sus errores. De tabernero, en España, pasó á ser presbítero de Barcelona, en donde tuvo bastante sagacidad para contraer amistad con San Paulino, del cual obtuvo cartas de recomendacion para San Gerónimo, con motivo del viage que emprendió para Palestina. Mas apenas llegó allí, cuando se unió con los enemigos del santo doctor, para infamarle tambien. Hubiera disimulado San Gerónimo las intrigas hechas á su persona, si la mordacidad de Vigilancio no hubiera tocado al mismo tiempo los libros sagrados con algunas interpretaciones impías. San Gerónimo escribió contra su orgullosa temeridad, en estos términos: "Si no es perder el tiempo, le dice, "dar lecciones á un hombre que no aprendió el arte de hablar, y "que no tiene la prudencia de callar, os advierto que no hagais "ostentacion sino de las ciencias en que os habeis ejercitado, no sea

"que escribiendo movais á risa á los que menos piensan en hacer "burla. Lo que al presente emprendeis, no es lo que aprendísteis "en la juventud, en la cual os aplicásteis á otros estudios; y no es "lo mismo gustar vinos, que oir las divinas Escrituras: si quereis "consagraros á las tareas del espíritu, estudiad primero los elemen- "tos de la gramática, retórica, dialéctica y filosofía; y cuando ya se- "pais todas estas cosas, aprended todavia á guardar silencio."

No siguió Vigilancio este consejo, y se deshonró con la corrupcion grosera de su doctrina, que reprobaba la virginidad, el estado monástico y la continencia de los clérigos: fué el precursor de las sectas que mucho despues de él se suscitaron, tratando de supersticion é idolatría el culto de la santas reliquias.

San Gerónimo no podia dejarnos un testimonio mas espreso, escribiendo contra este heresiarca de la antigüedad de la disciplina de la Iglesia, tocante á la continencia de los ministros sagrados: justifica asimismo la invocacion de los santos, de un modo no menos triunfante, la veneracion de las reliquias, y la costumbre de encender luces de dia en las Iglesias, costumbre que comenzaba, á la verdad, en Occidente; pero que se hallaba universalmente establecida entre los orientales.

Cooperaron al triunfo del santo doctor, contra los errores de Vigilancio, San Victricio y San Ecsuperio, quienes hicieron constar los usos santos, y renovar los decretos de la silla apostólica.

INTRIGA Y OBSTINACION DE LOS PELAGIANOS.

NO se cumplió el deseo de San Agustin: el error continuó despues, sin embargo de haber sido condenado. Pelagio y sus sectarios no quisieron ni pensaron someterse al juicio que contra ellos se habia pronunciado: procuraron únicamente ocultar á la vista de los hombres, la nota que esta sentencia les imprimia. El papa Inocencio, que los habia condenado, ya habia muerto. Escribió Pelagio en tér-

minos muy respetuosos á Zózimo, succesor de este pontífice, con el fin de justificarse: el mismo Celestio pasó á Roma, y le presentó una confesion de fé muy capciosa, protestando condenar todo cuanto la santa sede condenase: el nuevo papa se contentó con hacerle varias preguntas, á las cuales Celestio contestó con aquella disimulada simplicidad y aparente rectitud que el engaño sabe muy bien contrahacer; y sin que pasasen adelante sus precauciones, le juzgó inocente, no porque aprobase sus errores, sino porque veia que este impostor manifestaba una rendida sumision al juicio de la santa sede. Zózimo escribió á los obispos de Africa una carta, en que se muestra convencido de la sinceridad de Pelagio, y en la que de algun modo reprende sus procedimientos con respecto á este novador, sin decir, no obstante, palabra alguna que favoreciese su mala doctrina. Cuando se recibió en Africa esta carta, conocieron que el papa habia sido engañado por estos hábiles impostores. Se resolvieron convocar un concilio el mas numeroso que fuese posible, y en efecto concurrieron á él doscientos catorce obispos: se estendieron unas instrucciones con la mayor claridad sobre este asunto: se esplicó todo lo que en Africa habia pasado: se descubrió el veneno oculto en las profesiones de fé y los ardides engañosos de estos hereges: se formaron cánones dogmáticos que mandaron á Roma con una carta concebida en estos términos: "Nosotros hemos establecido, que la "sentencia dada por Inocencio contra Pelagio y Ce- "lestio, tenga todo su efecto, hasta que ellos, sin do- "blez y con toda claridad, confiesen que la gracia "de Ntro. Sr. Jesucristo nos ayuda, no solamente á

"conocer, sino á seguir las reglas de la justicia en "cada una de nuestras acciones; de suerte que sin "este socorro nada podemos tener, pensar, decir ó "hacer, que sea piadoso. No basta que Celestio di- "ga vagamente que se somete al decreto de la san- "ta sede: para quitar todo escándalo es necesario "que se le haga anatematizar sin equívoco alguno "y sin la menor ambigüedad, cuanto hay sospecho- "so en sus escritos; pues muchos, sin duda, juzga- "rán, no que el sectario ha condenado sus errores, "sino que la santa sede los ha aprobado." Estas representaciones tuvieron todo su efecto. El papa Zózimo ecsaminó la causa con toda atencion, y habiendo quedado convencido de la mala fé de Celestio, pronunció una sentencia que confirmaba las decisiones de los obispos de Africa, y condenaba al mismo tiempo á Pelagio y sus sectarios. Esta sentencia fué recibida con respeto por todo el mundo cristiano. Se vió entonces cuán poco sinceras son las protestas de docilidad que los hereges hacen antes de su condenacion. Los pelagianos apelaron de este decreto del papa al concilio general; pero San Agustin prueba que esta apelacion era ilusoria, y que la Iglesia reunida no haria otra cosa que confirmar lo que se habia decidido por los obispos de Africa, unidos al papa: que la heregía estaba suficientemente condenada, y que no debia tratarse ya de ecsaminarla, sino de reprimirla. De este modo, el emperador Honorio apoyó este juicio, y pronunció la pena de destierro contra todos aquellos que se obstinasen en sostener los errores condenados.

ERRORES DE LOS SEMI-PELAGIANOS.

Combatida así la heregía de Pelagio, fué decayendo y estinguiéndose poco á poco; pero salió de sus cenizas otra secta que suavizaba lo que la primera tenia de mas subversivo, y que tomó un medio entre la doctrina de Pelagio y la fé ortodocsa. Algunos eclesiásticos de Marsella fueron los que dieron curso á este pelagianismo mitigado, por lo que se llamaron semi-pelagianos. Atribuian al libre alvedrío el principio de la fé, y los primeros movimientos de la voluntad humana ácia el bien: segun ellos, Dios, en consecuencia de estos esfuerzos primeros, dá el incremento de la fé y la gracia de las buenas obras: así es que los semi-pelagianos admitian, del mismo modo que los católicos, el dogma del pecado original, y la necesidad de una gracia interior para obrar el bien; pero decian que el hombre puede merecer esta gracia por un principio de fé, y por aquel primer movimiento de la virtud, del cual Dios no es el autor. San Agustin se levantó con fortaleza contra este pernicioso error, y persiguió al pelagianismo hasta sus últimos atrincheramientos. Con este motivo compuso dos obras, en las cuales hace ver que no solamente el incremento y progresos, sino tambien el principio de la fé es un don de Dios: que la primera gracia no puede estar fundada sobre nuestros méritos, y que ella de ninguna manera puede venir de nosotros mismos. Alega en prueba, muchos pasages de las santas Escrituras, que enseñan que Dios es únicamente quien prepara las voluntades y las dirige ácia el bien: insiste en estas palabras del Apóstol: "¿Qué teneis que no háyais recibido?" Palabras que con la mayor claridad demuestran que el hombre tiene necesidad de la gracia de Dios para dar principio al bien, y para hacerlo de una manera útil á la salud: que Dios no llama á los hombres porque son fieles, sino para que lo sean. Hace observar que la Iglesia ha testificado siempre por sus súplicas, que ella espera la gracia de la misericordia divina, y no á consecuencia de nuestros méritos; y que la gracia dejaria de ser gracia si ella no fuese gratuita. Demuestra, en fin, esta verdad por el bautismo de los niños que son llamados á esta gracia, sin que haya en ellos cosa alguna de su parte que se las haya podido merecer; porque dice: ¿dónde está la fé, dónde están las obras que han precedido á esta gracia? El papa San Celestino, informado de que los sacerdotes de Marsella tenian unos sentimientos contrarios á esta doctrina de San Agustin, los condenó, y definió contra ellos, que Dios obra de tal suerte en el corazon de los hombres, que un pensamiento santo, una intencion piadosa, y en suma, todo movimiento de la buena voluntad, en órden á la salud, vienen de Dios; y que si algo bueno podemos, es por aquel mismo Dios, sin el cual nada podemos. Terminaron últimamente todas estas disputas por el célebre cánon del segundo concilio de Oragne, al que presidió el ilustre San Cesario de Arles: este cánon se halla espreso en los términos siguientes: "Si al-
" guno dice, que ya sea el acrescentamiento de la fé,
" ó ya sea el principio de la misma fé, y que este

" primer movimiento del corazon, por el cual cree-
" mos en aquel que justifica al pecador, no es efec-
" to del don de la gracia, sino que esta disposicion
" se forma naturalmente en nosotros, contradice á
" los dogmas apostólicos, pues dice San Pablo: tene-
" mos confianza que aquel mismo que ha comenza-
" do en vosotros la buena obra, la perfeccionará has-
" ta el dia de Ntro. Sr. Jesucristo: dice á mas de es-
" to, á vosotros ha sido dado creer en Ntro. Sr. Je-
" to; y si sois salvos por medio de la fé, es única-
" mente por gracia, y ésta no viene de vosotros, si-
" no que es un don de Dios."

SAN GERÓNIMO.

San Gerónimo, uno de los mas ilustres doctores de la Iglesia, se unió á San Agustin para combatir la heregía de Pelagio. Nació en Dalmacia, de padres cristianos y ricos: dió á conocer bien pronto las bellas disposiciones que tenia para las ciencias; por lo que su padre juzgó conveniente valerse de todos los medios posibles para cultivar en él esta preciosa semilla. Mandó á su hijo á Roma, donde este jóven hizo grandes progresos en las letras humanas y en la elocuencia; pero como el aprecio y estimacion de los hombres era mas bien el objeto de sus estudios, que el deseo de adelantar en la ciencia de la salvacion, permitió Dios que cayese en el desórden. Sus estravios no duraron largo tiempo: ácia

el año 374 se retiró al desierto de Cálcis, en los límites de la Siria. Este era una vasta soledad abrasada por los ardores del sol; pero habitada sin embargo por algunos solitarios, á quienes el amor de la penitencia habia conducido allí. Conmovido vivamente Gerónimo con el temor de los juicios de Dios, no pensaba en su retiro mas que en prevenir sus rigores, cuando Pelagio pasó á Palestina y se empeñó en estender allí sus errores. El piadoso solitario, cuidadoso del peligro en que veía la fé, se levantó esforzadamente contra la nueva doctrina: encendió el furor de Pelagio, y no solamente escribió para defender sus errores, sino que estimuló á sus discípulos contra San Gerónimo, hasta el punto de hacerles cometer las mas horribles violencias: atacaron el monasterio donde se hallaba; lo saquearon y pusieron fuego. San Gerónimo emprendió un viage para Antioquía, donde Paulino, que era obispo, le ordenó sacerdote; pero no quiso detenerse en esta ciudad, ni adherirse á alguna Iglesia, porque su designio era permanecer en la vida solitaria. Pasó á Constantinopla, donde estuvo algun tiempo con San Gregorio Nacianceno, y se aplicó, bajo la direccion de tan hábil maestro, al estudio de las santas Escrituras, las que formaban sus castas delicias. De allí pasó á Roma, donde el papa Dámaso le obligó á estar cerca de él, para responder á aquellos que le consultaban sobre la Escritura ó sobre algun punto de moral. Despues de la muerte del papa Dámaso, volvió á Palestina, y fijó en Belén su domicilio: aquí fué donde el santo doctor gozó del reposo que habia deseado, y donde trabajó la mayor parte de sus grandes obras sobre las santas Escrituras,

con las que hizo á la Iglesia el mas importante servicio. Emprendió la traduccion en latin del testo de la Escritura: con este motivo hizo un estudio laborioso y reflecsivo de la lengua hebrea; y para alcanzar un profundo conocimiento de ella, tomó lecciones de un judío que era muy hábil, haciéndose su discípulo. Trabajó despues infatigablemente en aclarar las dificultades de la Escritura. No solamente enriqueció la Iglesia con una nueva version, sino que compuso otros tratados para facilitar la inteligencia de los santos libros. Tenemos muchos comentarios de San Gerónimo: en el prefacio que escribió sobre el profeta Isaías, que habia ecsistido 700 años antes que Ntro. Sr. Jesucristo, dice, que no mira á este profeta solamente como tal, sino como un evangelista y un apóstol, porque abraza en sus profecías todos los misterios del Salvador: su nacimiento de una Vírgen, las maravillas de su vida, la ignominia de su muerte, la gloria de su resurreccion y la estension de su Iglesia por toda la tierra. "Isaías, dice este sábio intérprete, habla "con tanta claridad de todas estas cosas, que mas "bien parece que compuso una historia de hechos "ya pasados, que una prediccion de lo futuro."

(AÑO 407 DE JESUCRISTO.)

VIRTUDES Y TRABAJOS DE SAN JUAN CRISOSTOMO.

POR este mismo tiempo, San Juan Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla, honraba á la religion con su celo apostólico por la reforma del clero y del

pueblo de esta gran ciudad. Reprendia con una generosa libertad la avaricia de los ricos, el lujo de las mugeres y el orgullo de los grandes: la misma corte esperimentó su celo: hacia ver frecuentemente al emperador y á Eudocsia, su esposa, sus obligaciones. Esta fortaleza episcopal le suscitó poderosos enemigos: la emperatriz, particularmente, se habia irritado contra él, á causa de un discurso dirigido oportunamente á esta princesa. Ella buscaba ocasion para vengarse, y halló en Teófilo, obispo de Alejandría, un ministro que pudo complacer su ódio y sus violencias. San Juan Crisóstomo sufrió la deposicion de su silla, y el destierro; pero el dia siguiente hubo en Constantinopla un temblor de tierra, que se miró como un efecto de la cólera divina: la misma Eudocsia quedó sobrecogida de tanto terror, que pidió con instancia al emperador, llamase del destierro al santo obispo, el cual entró como en triunfo en la ciudad. Sin embargo, muy pronto se levantó contra él otra nueva borrasca. Se habia erigido en honor de la emperatriz una estátua de plata, cerca de la Iglesia principal de Constantinopla, y allí se celebraban juegos públicos y supersticiosos. El santo obispo predicó contra este abuso; y habiéndolo sabido Eudocsia, creyó ser esta una injuria que se hacia á su misma persona, y juró perder al santo prelado: le depusieron por segunda vez, y fué desterrado á Cucusa, ciudad pequeña de Armenia. La emperatriz habia escogido este pais estéril y desprovisto de todo, para que el santo obispo sintiese el peso de su venganza. No llegó al lugar de su destierro hasta despues de dos meses de camino, con las mayores incomodidades,

causadas por una fiebre violenta que padeció, y por la dureza de los soldados que le conducian. Desde que se restableció su salud, trabajó con un nuevo celo por el bien de la Iglesia: instruía á los pueblos del pais, asistia á los infelices y rescataba á los cautivos: sus enemigos, aunque se lisongeaban haber logrado su designio, cooperaban, sin querer, al celo del santo. Lo confinaron á Pitiónta, lugar desierto sobre las costas septentrionales del Ponto Euxsino, y el último del imperio: le condujeron á este nuevo lugar de destierro, dos soldados sin piedad, que le importunaban para que acelerase su marcha, con los mas crueles tratamientos: fatigados de un viage largo y penoso, se les habia ofrecido á éstos una recompensa si el santo moria en el camino: la merecieron por su barbarie: el santo obispo, débil y consumido, se rindió, finalmente, á tantos males, despues de haber caminado tres meses. Habiendo llegado cerca de Comána, en el Ponto, se sintió atacado de una violenta fiebre, que le obligó á detenerse: la noche siguiente, hallándose en la Iglesia de San Basilisco obispo y mártir, de Comána, se le apareció este santo, y le dijo: "Tén buen ánimo, amigo mio: mañana estaremos juntos." Su muerte sucedió en efecto al dia siguiente. La Iglesia perdió uno de sus mas santos obispos, é ilustres doctores. Su elocuencia, igual por lo menos á la de los mas célebres oradores de la antigüedad, hizo que se le diese el nombre de Crisóstomo, que quiere decir, *boca de oro.*

HEREGIA DE NESTORIO.

EL espíritu del error, despues de haber atacado el misterio de la Santísima Trinidad y los dogmas sobre el pecado original y la gracia, hizo repetidos esfuerzos para abolir la fé del misterio de la Encarnacion. Siempre se habia creido que Jesucristo no es otro que el Verbo hecho carne; y que hay por consiguiente, en Jesucristo, dos naturalezas y una sola persona. Nestorio, obispo de Constantinopla, enseñó, que en Jesucristo hay dos personas; mas como no se atrevia á combatir abiertamente el dogma católico, se produjo con cierto disimulo, diciendo: que la Santísima Vírgen no debia llamarse Madre de Dios, sino únicamente Madre de Cristo, distinguiendo, bajo estos términos, dos personas, la de Cristo y la del Verbo. Esta nueva doctrina, contraria á la comun creencia, causó grande escándalo, tanto en el clero, como en el pueblo. La primera vez que se oyó esta blasfemia en la Iglesia de Constantinopla, los fieles se salieron para no comunicar con el impío que la habia proferido. Este primer clamor de la fé, es muy notable, y jamás deja de levantarse cuando todas las heregías han comenzado á manifestarse, es decir, cuando se dá atencion á lo que siempre se ha creido. Nestorio se habia acreditado en la corte: nada omitia para empeñar al emperador en favor suyo, y para estender por este medio sus errores en todas partes; pero Dios habia preparado un remedio á este mal, y un ilustre defensor de la fé combatida. San Cirilo, obispo de Alejan-

dría, fue el invencible atleta que la Providencia opuso al heresiarca. Desde que el santo obispo conoció los progresos de la impiedad, publicó un escrito, en donde con toda claridad esplicaba la verdad del misterio de la Encarnacion. "Yo me admiro, "dice el santo, cómo puede ponerse en duda el que "la Santísima Vírgen deba llamarse Madre de Dios, "porque si Ntro. Sr. Jesucristo es Dios, la Santísima "Vírgen su Madre, es por consiguiente Madre de "Dios: esta es la fé que los Apóstoles nos enseña- "ron, esta la doctrina de nuestros padres; no que la "naturaleza del Verbo ó la divinidad, haya tomado "su orígen de María, sino porque en ella ha sido "formado y animado de una alma racional el cuer- "po sagrado á que el Verbo se unió hipostáticamen- "te: esto es lo que hace decir que el Verbo nació "segun la carne; así como en el órden de la natu- "raleza, aunque las madres no tienen parte alguna "en la creacion del alma, no se deja por eso de de- "cir que ellas son verdaderamente madres del hom- "bre entero, y no solamente del cuerpo del hom- "bre." Este escrito de San Cirilo se estendió bien presto por todas las Iglesias del Oriente, y consoló á los fieles, á quienes el nuevo error habia escandalizado. San Cirilo escribió en particular á Nestorio, procurando reducirlo á la senda de la verdad: le ecshortaba á que pusiese fin al escándalo, nombrando Madre Dios á la Santísima Vírgen. "Por lo "demas, añadia, estad persuadido de que estoy pron- "to á sufrir todo trabajo, aun la prision y la muer- "te, por la fé de Ntro. Sr. Jesucristo." Ningun efecto produjo en Nestorio esta carta: la conversion de un gefe de partido, es muy rara. El santo obispo,

viendo que nada podia esperarse de Nestorio, se dirigió al papa San Celestino: le refirió todo lo que habia pasado, y el estado en que se hallaba la Iglesia de Constantinopla: le suplicó encarecidamente pusiese un remedio pronto á este mal: Nestorio, por su parte, habia enviado igualmente al papa sus escritos, firmados por él mismo. El soberano pontífice convocó en Roma una asamblea de obispos, en la cual fueron ecsaminados los escritos de Nestorio. Se halló desde luego que su doctrina era contraria á la de los santos padres, y todos los obispos unánimemente la condenaron. Para notificar Celestino este juicio, escribió á los obispos de las sillas principales del Oriente: en la carta que dirigió á San Cirilo, alaba el papa su celo y su vigilancia, y le declara que sus sentimientos sobre la Encarnacion, han sido aprobados por la silla apostólica: que si Nestorio prosigue combatiendo la doctrina católica, y si en un tiempo señalado no anatematiza él mismo su doctrina impía, será separado del cuerpo de la Iglesia.

(AÑO 431 DE JESUCRISTO.)

CONCILIO GENERAL DE ÉFESO.

NO se sujetó Nestorio al juicio de la santa sede; antes sí, como es comun en todos los novadores, procuró estender con mas empeño su error; y aunque hubo en la corte quien lo protegiese, el emperador Teodosio, el jóven que sinceramente amaba

la religion, abrió los ojos, observando la conmocion de los fieles de Constantinopla, y se determinó á convocar un concilio ecuménico en Éfeso. La nueva de esta convocacion causó un gozo estraordinario á todos los católicos. Se reunieron allí doscientos obispos de todas las partes del mundo cristiano, y San Cirilo presidió este concilio en nombre del papa: llegó tambien Nestorio á Éfeso, en compañia del conde Candidiano, á quien habia encargado el emperador que protegiese el concilio; pero éste favorecia abiertamente el partido de Nestorio. Este heresiarca no quiso jamás concurrir á la asamblea que jurídicamente se citó por tres veces: él pretestaba la ausencia de Juan, obispo de Antioquía, y de sus sufragáneos, quienes hasta entonces no habian llegado. Como la tardanza de estos obispos parecia hecha de intento, y que el término señalado por el emperador para la apertura del concilio, habia quince dias que habia pasado, se celebró la primera sesion. En medio de la Iglesia, sobre un trono elevado, se habia puesto el libro de los Evangelios para representar la asistencia de Jesucristo, que prometió estar en medio de los pastores reunidos en su nombre. Espectáculo santo é imponente, del cual dió el modelo el concilio de Éfeso á todos los concilios siguientes. Los obispos se sentaron á los dos lados, segun la dignidad de sus sillas. Como Nestorio rehusó constantemente comparecer, fué preciso ecsaminar en sus escritos, su doctrina: luego que se concluyó la lectura, esclamaron: *anatema á estos errores impíos, anatema á cualquiera que siga esta doctrina: ella es contraria á las santas Escrituras y á la tradicion de los padres.* Se leyó despues la carta del papa Celestino á Nestorio, y muchos pasages de los padres mas respetables San Cipriano, San Atanasio, San Ambrosio, San Basilio, que se oponen á las proposiciones del heresiarca. Despues, cada uno de los obispos, habiendo dado testimonio de la fé de su respectiva Iglesia, declararon solemnemente que la Santísima Vírgen María *es Madre de Dios*, y se pronunció sentencia de deposicion contra el novador. Cuando el pueblo de Éfeso llegó á saber este juicio, prorrumpió en grandes esclamaciones de júbilo, y colmó de bendiciones á los padres del concilio. Toda la ciudad de Éfeso resonaba con el nombre y los elogios de la Madre de Dios. Los prelados escribieron al emperador para informarle de su decision; pero el conde Candidiano interceptó sus cartas, y de acuerdo con Nestorio, previno á Teodosio contra ellos, por medio de una falsa relacion. Las cartas y los diputados del concilio, no podian llegar al emperador: pusieron guardias en los bajeles y en los caminos: les cerraban todas las entradas; y la *verdad* no habria triunfado, si Dios no le hubiese concedido la fuerza para vencer todos los obstáculos, y sobreponerse á todas las cábalas formadas contra ella. Un diputado disfrazado de mendígo llevó la verdadera relacion, encerrada en el hueco de una caña, y entró al palacio. Cuando el emperador se halló mas instruido de cuanto habia pasado en Éfeso, mandó que Nestorio quedase recluso en un monasterio de Antioquía; y como este heresiarca continuaba en predicar allí sus errores, fué desterrado á Tasis, en Egipto, en donde algunos años despues, murió miserablemente.

HEREGIA DE EUTIQUES.

LA heregia de Nestorio dió motivo á otra que despues siguió, no menos contraria al dogma de la Encarnacion. Eutiques, impugnando la heregía de Nestorio, se estravió él mismo. Enseñó que no habia en Jesucristo mas que una sola naturaleza despues de su Encarnacion. De este modo el espíritu humano no evita un error sin que caiga en otro; pero la Iglesia, gobernada por el espíritu de Dios, condena todos los errores. Nestorio habia dividido la persona de Jesucristo, y Eutiques confundió las naturalezas. Era éste superior de un monasterio, cerca de Constantinopla, y habia mostrado mucho celo en sostener la unidad de la persona contra Nestorio; mas esta separacion, que lo libertaba del nestorianismo, le hizo caer en la heregía opuesta; y este error no escitó menos disturbios que el de Nestorio. El nuevo heresiarca no se esplicó al principio; mas despues procuró estender su error en los monasterios de Constantinopla. Sus amigos hicieron los esfuerzos posibles para disuadirlo, y evitar una conmocion escandalosa; pero todo fué inútil, y Eutiques mostró una obstinacion inflecsible: desde luego se creyeron obligados á denunciarlo ante San Flaviano, patriarca de Constantinopla. El santo prelado, despues de haber apurado todos los medios de la dulzura, reunió á los obispos que se hallaban en la capital del imperio: citó al novador para que se presentase á la asamblea; pero por mucho tiempo no quiso comparecer. Como Eutiques persistia en su errada opinion, condenaron su doctrina, y le quitaron el gobierno de su monasterio. Encontró el novador apoyo en la corte contra su obispo. Crisafo, uno de los pricipales ministros del emperador, lo sostenia con todo su valimiento. Éste era un bárbaro, cuya estravagante figura hacia todo su mérito: avaro, cruel, impío, en una palabra, reunia todos los vicios, dominaba al espíritu del príncipe, y él solo dirigia todas sus disposiciones. Obtuvo de Teodosio el que se discutiese el asunto de Eutiques nuevamente, en una junta de obispos: hizo que se nombrase para presidente á Dióscoro, obispo de Alejandría, amigo de Eutiques, y dispuesto de antemano contra San Flaviano. Crisafo se constituyó señor absoluto de esta asamblea, donde todo se hizo con violencia; y fué mas bien una reunion de bandidos, que una asamblea eclesiástica. Llevó á ella dos comisarios del emperador, los cuales entraron con soldados, que llevaban las cadenas, y amenazaban con las mas grandes violencias á todos aquellos que no se sujetasen á las disposiciones del valido del emperador. En medio de este tumulto, Eutiques fué absuelto, y San Flaviano condenado. Como muchos rehusaban suscribirse á este juicio inicuo, cerraron las puertas, y obligaron por fuerza á los obispos á firmarlo. Aquellos que no cedieron á la violencia, fueron enviados al destierro, y entre otros, San Flaviano, á quien descargaban golpes cuando caminaba, y que murió pocos dias despues. El emperador Teodosio, que se habia dejado sorprender, no les sobrevivió mucho tiempo: la confianza ciega que dió á su privado indigno, marchi-

tó la gloria de su reinado, cuyo fin fué tan funesto, como habian sido felices sus principios. Le sucedió el emperador Marciano, príncipe religioso, que empleó sus primeros cuidados en mantener la pureza de la fé.

(AÑO 451 DE JESUCRISTO.)

CONCILIO GENERAL DE CALCEDONIA.

San Leon, que entonces ocupaba la cátedra de San Pedro, sintió vivamente la llaga que se habia hecho á la Iglesia, y se dedicó á aplicarle el remedio: era á la verdad el mas eficaz un concilio ecuménico. El emperador Marciano, segun el deseo del santo pontífice, lo convocó en Calcedonia, uno de los arrabales de Constantinopla, porque queria asistir á él personalmente, y cuidar del buen órden. Se reunieron trescientos sesenta obispos en la Iglesia de Santa Eufemia, y se tuvo la primera sesion el dia 8 de Octubre del año 451. No pudiendo asistir á él San Leon, envió tres legados que presidiesen á su nombre. Se colocó el libro de los Evangelios, como en el concilio de Éfeso, sobre un trono, en medio de la asamblea. Se dió principio á la sesion, ecsaminando la conducta violenta é injusta de Dióscoro, con respecto á S. Flaviano: se le echó en cara el que hubiese pisado todas las reglas canónicas; y pronunciaron contra él los padres, la sentencia de deposicion. Leyeron la carta admirable

que San Leon habia escrito á Flaviano, desde que comenzó á manifestarse esta heregía, en la que el santo doctor habia espuesto con tanta solidez como claridad, la fé católica, sobre el misterio de la Encarnacion; conviene á saber, la unidad de la persona y la distincion de las naturalezas en Jesucristo. La doctrina que en ella se contenia, se halló enteramente conforme al símbolo de Nicéa y al de Constantinopla: fué por tanto unánimemente aprobada, y recibida como una regla infalible de fé. "Todos "nosotros, esclamaron los obispos, creemos lo mis- "mo: esta es la fé de nuestros padres, esta es la fé "de los Apóstoles: el mismo Pedro es el que ha ha- "blado por boca de Leon: es preciso recibir esta doc- "trina como ortodocsa: sea anatema aquel que así "no lo crea."

Los padres del concilio estendieron luego una confesion de fé, en la cual, despues de haber traido los símbolos de Nicéa y Constantinopla, se espresan en estos términos:

"Nosotros declaramos, que se debe confesar á "Ntro. Sr. Jesucristo único y solo verdadero Dios "y verdadero hombre, perfecto en una y otra natu- "raleza; consustancial al Padre, segun la divinidad, "y á nosotros segun la humanidad: engendrado del "Padre ante todos los siglos, segun la divinidad; y "nacido en tiempo de la Santísima Vírgen María, "segun la humanidad: uno solo y el mismo Jesu- "cristo Sr. Ntro. en dos naturalezas, sin confusion, "sin mutacion, sin division, sin separacion, sin que "la union quite la diferencia de las naturalezas; al "contrario, la propiedad de cada una se conserva y "concurre en una sola persona; de suerte que es él

" solo, y el mismo hijo único, Dios, Verbo, Ntro. Sr. " Jesucristo."

El emperador asistió personalmente á la sesta sesion, y declaró que á ejemplo de Constantino no habia querido entrar á esta santa asamblea, mas que con el fin de sostener con la autoridad imperial las decisiones del concilio, y no para obligar á que se inclinase á alguna parte la votacion. Todos los obispos esclamaron: viva el nuevo Constantino, viva el religioso emperador y la católica emperatriz: reine por muchos años felizmente Marciano el amante de Ntro. Sr. Jesucristo. El emperador hizo que se leyese la definicion de fé decretada por el concilio; y cuando concluyeron su lectura, preguntó si estaban todos conformes acerca de lo que acababan de oír. Todos esclamaron: nosotros no tenemos mas que una sola fé y una sola doctrina; tal es la fé de los santos doctores, tal fué la de los Apóstoles; esta es la fé que ha salvado al universo. Nuevamente resonaron las aclamaciones, y con un nuevo transporte se repitieron los nombres de *Nuevo Constantino*, de *Nueva Elena*, y todos aquellos títulos que con mas espresion daban á conocer el amor y el respeto. El emperador dió órden de que se ejecutasen los decretos del concilio, por una ley, en donde dice: que disputar ó querer buscar ya despues de esta decision la verdad, es desear hallar únicamente la mentira.

GRANDES CUALIDADES DE SAN LEON PAPA.

San Leon habia sido suscitado por Dios principalmente, para combatir la heregía de Eutiques;

mas no fué este solo el servicio que hizo á la Iglesia. Este grande hombre libró dos veces á su pueblo en tan críticas circunstancias, que parecian irremediables. Atila, rey de los Hunos, que se habia adquirido el nombre de *azote de Dios*, despues de haber llevado todo á fuego y sangre en la Italia, dirigia su marcha ácia Roma, con el fin de hacer sufrir la misma suerte á esta ciudad. El emperador, que no se hallaba en estado de defenderse, consultó al senado sobre el partido que en tales circunstancias debia tomar. No se halló otro recurso que el de mandar al rey bárbaro una diputacion, para procurar alcanzar de él la paz. El papa S. Leon, persuadido á que Dios dispone, segun le agrada, de los corazones mas inflecsibles, se encargó de esta peligrosa negociacion; y la ejecutó con tanta intrepidez, que impuso á este inhumano conquistador. Atila no representaba en su esterior grandeza alguna; pero todo en él era terrible, y estaba retratada en su aspecto la ferocidad de su origen: era de baja estatura; tenia el pecho ancho, la cabeza disformemente abultada, los ojos centellantes, escasa la barba y cabello, al cual las fatigas de la guerra habia en su mocedad emblanquecido; la nariz chata, el color del rostro atezado, el modo de su paso fiero y amenazante. San Leon, protegido de un poder invisible, pero superior á todas las fuerzas humanas, se presentó con un aire firme delante de este príncipe, á quien los mas poderosos reyes, sus feudatarios, no fijaban la vista sino temblando: le habló con respeto, pero con fortaleza, para obligarle á que volviese la tranquilidad á la Italia. La firmeza del prelado asombró á este príncipe feroz, y dijo á los que le ro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deaban: yo no sé por qué las palabras de este sacerdote me han conmovido tanto. Mostrándose mas tratable, escuchó las proposiciones que le hizo el emperador, y desde luego mandó cesar las hostilidades, y retiró su ejército de la Italia. Tal es el imperio de la virtud, que ella sola basta para apaciguar los ánimos mas feroces. Casi tres años despues, el santo pontífice dió otra prueba semejante. Jenserico, rey de los Vándalos, vino á su vez á devastar la Italia, y dejó por todas partes señales de su crueldad: cuando se acercaba ya á los muros de Roma, San Leon se presentó delante de él, y le pidió que perdonase la vida á los ciudadanos. Le habló con tanta dignidad y sabiduría, que consiguió ablandar á este príncipe sanguinario: obtuvo de él que no se emplease ni el fuego ni la espada, y que no hiciese daño á los edificios y habitantes de esta gran ciudad. San Leon no hizo, entre tanto, mas que retardar la caida del imperio romano en Occidente. Las provincias diversas que lo componian, llegaron á ser, poco despues, la presa de muchos pueblos bárbaros, que succesivamente la invadieron. Hodoacre, rey de los Hérules, se hizo señor de la Italia el año 476, y destruyó este imperio: le dió el último golpe con la toma de Roma, y borró hasta su nombre en el Occidente, tomando el título de *Rey de Italia*, que él por ventura juzgó mas glorioso que el de emperador. En la general confusion que resultó de este grande acontecimiento, las naciones bárbaras se arrojaron sobre las provincias que mas les acomodaban; y unas despues de otras, ocurrian á participar de los despojos de este vasto cuerpo. Así, el imperio mas poderoso del mundo quedó

destruido cerca de 1.228 años, despues que Rómulo puso sus primeros fundamentos. Ejemplo bastantemente claro de la vicisitud de las potencias de la tierra mas firmes. No son solamente los vasallos y los reyes los que con tanta prontitud pasan y desaparecen; los mismos reinos llegan á su fin; y ningun otro imperio hay que aquel que Ntro. Sr. Jesucristo ha establecido por medio de su cruz, que pueda subsistir para siempre.

(AÑO 493 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LOS FRANCOS.

Cuando llegó el tiempo en que el imperio romano debia sufrir en Occidente su última ruina, no abandonó Dios la Galia, noble parte de la cristiandad, á los caprichos de los príncipes idólatras: llamó á la fé á Clodoveo, rey de los francos. Este pueblo, salido de Germania, se habia establecido ya en las Galias. El príncipe, aunque era todavia pagano, se desposó con una princesa cristiana de gran virtud. Clotilde (este era el nombre de la virtuosa reina), le hablaba con frecuencia sobre la religion cristiana: ella le hacia conocer en sus conversaciones particulares, la vanidad de los ídolos; pero el rey oponia alguna resistencia á sus razones. Entre tanto, Clotilde obtuvo de él que se bautizase un hijo que habia dado á luz. El niño murió pocos dias despues de su bautismo, y Clodoveo culpaba á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la reina, y atribuia esta muerte á la cólera de sus falsos dioses. Clotilde no se acobardó por esto: la fé viva de que estaba animada, enjugó las lágrimas que la ternura de madre le hacia derramar, y la sostuvo en su afliccion: tuvo otro hijo, que tambien hizo bautizar. El niño cayó enfermo, y el rey la aseguraba que moriria indubitablemente como su hermano, porque, como él, habia recibido el bautismo: ocurrió Clotilde á la oracion; y Dios, contentándose con haber probado su fé, recompensó su mérito, y concedió al príncipe la salud. Las grandes cualidades de Clodoveo, y las esperanzas que habia de su conversion, le ganaron el afecto de sus nuevos vasallos: en todo su reino se ofrecian los mas ardientes votos para que Dios se dignase iluminarlo: fueron oídas del Señor estas súplicas, y plugo á la divina Providencia que la conversion de este príncipe, de la cual pendia la de toda la nacion francesa, sucediese por un milagro semejante á aquel que antes habia ganado al gran Constantino para Jesucristo. Una milagrosa victoria fué para estos dos príncipes el motivo mas poderoso que les hizo abrazar el cristianismo. Los alemanes, pueblo guerrero de la Germania, á la cual dieron despues su nombre, habian pasado el Rhin, y se dirigian ácia la Galia para conquistarla. Clodoveo marchó contra ellos, y los encontró en las llanuras de Tolviac, ducado de Juliers. Antes de su partida le habia dicho Clotilde que si deseaba obtener con seguridad la victoria, debia invocar al Dios de los cristianos. Se dió principio al ataque, y las tropas de Clodoveo comenzaban á rendirse y desordenarse. Este primer movimiento de desórden, dió nuevo ardor á los alemanes, que ya se creian victoriosos. En este conflicto, Clodoveo se acordó de la advertencia de Clotilde; y dirigiéndose al Dios de su virtuosa esposa, dijo en alta voz: "¡Oh Dios á quien adora Clotilde, "socorredme: si os dignais concederme la victoria, á tí únicamente reconoceré y adoraré por mi Dios!" Dios habia señalado este momento para darse á conocer á Clodoveo por sus beneficios. Apenas este príncipe habia concluido su oracion, cuando la victoria se declaró por parte de los francos. Los alemanes huyeron precipitadamente; y todos aquellos que escaparon de la muerte, se rindieron á discrecion.

BAUTISMO DE CLODOVEO.

ES indubitable que esta victoria fué milagrosa, y la nacion guerrera de los francos conoció claramente que el Dios de Clotilde era el verdadero Dios de los ejércitos. Clodoveo volvió, pues, á las Galias, con sus tropas, á cumplir el solemne voto que habia hecho. Le ocupaba un religioso empeño en adquirir la instruccion necesaria de nuestros misterios, imponiéndose en ellos aun durante su marcha: tomó para este fin, al pasar por Toul, á un santo presbítero, llamado Vaast, que tenia una gran fama de virtud. Clotilde quedó transportada de gozo luego que tuvo noticia de la victoria, y particularmente de la conversion de Clodoveo. Ella fué á encontrarlo hasta Reim, y le felicitó por las disposiciones en que lo veia, mas bien que por la prosperidad de sus

armas. San Remigio, obispo de esta ciudad, á quien Dios habia adornado de talentos y virtudes, y que habia ocupado esta silla para ser el Apóstol de los francos, acabó de instruir al rey. Clodoveo no deliberó mas sobre su mudanza: reunió á sus soldados y los ecshortó á que siguiesen su ejemplo, renunciando los ídolos vanos, para adorar á Dios, á cuyo poder habian debido la victoria. En aquel momento fué interrumpido por las aclamaciones de los francos, que por todas partes esclamaban: "Nosotros renunciamos á los dioses mortales, y estamos dispuestos á adorar al verdadero Dios, al Dios que Remigio nos predica." Clodoveo, complacido de ver á su ejército con los mismos sentimientos que él, emplazó el dia, con San Remigio, para recibir el bautismo, y quedaron de acuerdo que sería en la Vigilia de Navidad. Remigio, que queria poner á la vista de los francos un aparato sorprendente con cuanto nuestra religion tiene de mas augusto, en sus sagradas ceremonias, nada omitió para hacer á ésta muy brillante. Mandó adornar la Iglesia y bautisterio con ricas tapicerías: hizo encender un gran número de cirios, cuya cera estaba mezclada con preciosos perfumes; de suerte que el lugar santo parecia estar lleno de un olor celestial. Nada hay mas patético que la descripcion que tenemos de los nuevos catecúmenos: las calles y las plazas se entapizaron, y marcharon procesionalmente con los santos Evangelios y la cruz, desde el palacio del príncipe hasta la Iglesia, cantando himnos y letanías. San Remigio llevaba al rey de la mano: la reina le seguia con las dos princesas, hermanas de Clodoveo, y mas de tres mil hombres de su ejército, la mayor

parte oficiales, á quienes su ejemplo habia ganado á Jesucristo. Luego que llegó el rey al bautisterio, pidió el bautismo. El santo obispo le dijo: "Príncipe cicambro, dobla la cabeza bajo el yugo del Todopoderoso: adorad lo que habeis blasfemado, y pisad lo que habeis adorado hasta ahora." Habiéndole hecho confesar despues la fé de la Trinidad, le confirió el bautismo y le ungió con el santo crisma. Los tres mil francos que le acompañaban, sin contar con las mugeres y los niños, recibieron al mismo tiempo el bautismo por los obispos y los ministros que habian venido de Reim á esta ceremonia. Las dos hermanas de Clodoveo, una recibió el bautismo, y la otra que era cristiana, pero que habia tenido la desgracia de caer en la heregía, fué reconciliada con la uncion del santo crisma. La noticia de la conversion de Clodoveo, llenó de júbilo á todo el mundo cristiano. El papa Anastasio tuvo, sobre todo, el placer mas sensible, tanto, cuanto que esperaba tener en este príncipe un poderoso protector de la Iglesia. Era en efecto el único soberano que entonces habia católico. Despues que abrazó la verdadera fé, no cesó de protejerla; ejemplo que sus succesores han imitado por mas de doce siglos, y que les ha hecho dignos del título de Reyes cristianísimos.

VIRTUDES DE SANTA GENOVEVA.

Clodoveo miraba con mucha veneracion á una santa niña llamada Genoveva, que vivia en su tiem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po, y se habia hecho célebre en toda la Galia, por la pureza de su vida y fama de sus milagros. Habia nacido en Nanterra, cerca de París. San Germano, obispo de Augerre, pasando por este lugar, advirtió en ella alguna cosa estraordinaria: la ecshortó á que consagrase á Dios su virginidad: la condujo á la Iglesia, y le dió la bendicion de las vírgenes. El dia siguiente le preguntó si hacia acuerdo de su promesa; y luego que ella le respondió, que ayudada de la gracia de Dios la cumpliria, le dió el santo una medalla de cobre, en que estaba grabada una cruz: le encargó que la trajese siempre pendiente de su cuello, y le prohibió que se adornase con alhajas de oro, plata ó piedras preciosas. Desde entonces hizo Genoveva grandes progresos en la virtud: juntó á la inocencia los rigores de la penitencia mas austera. Comia solo dos veces en la semana: su alimento no era mas que pan de cebada, y su bebida solo agua. Un ayuno tan rigoroso, era sostenido por una oracion ferviente y casi continua: derramaba en la presencia de Dios tanta abundancia de lágrimas, que empapaba la tierra. Su virtud no la puso á cubierto de los tiros de la maledicencia y la calumnia; mas ella les oponia únicamente la dulzura y la paciencia. Dios cuidaba de defender su inocencia: hizo resplandecer su santidad, dándola á conocer con el don de los milagros y de profecía, que le concedió. Habiendo pasado el cruel Atila por un lado de París, causó su marcha las mas violentas conmociones en esta ciudad. Genoveva ecshortó á sus habitantes á que aplacasen la cólera de Dios con las súplicas y oraciones de los ancianos y de los niños; y unida á ellos, les aseguró que

no llegaria á entrar á París este azote. La prediccion se cumplió, y París quedó libre. Despues de este acontecimiento, todas las prevenciones que habia contra ella, se disiparon é hicieron lugar á unos sentimientos de respeto y de confianza: de todas partes venian á implorar el socorro de la santa. Todo le era fácil cuando se trataba del servicio de Dios y provecho del prójimo. Por el crédito que le habia adquirido su virtud, proyectó por último, edificar una Iglesia en honor de San Dionisio y sus compañeros: en un tiempo en que se padecia la hambre y la escasez, emprendió un largo viage para hacer que se condujesen los víveres de que tenian necesidad los pariscienses. En ninguno se ha visto con mas claridad como en esta virtuosa niña, cuán respetable es la santidad. La envidia, que primero la habia perseguido, se vió en la necesidad de elogiarla: no obstante sus continuas mortificaciones, llegó á una avanzada ancianidad: despues de haber pasado 90 años en la práctica de toda suerte de buenas obras, murió en el año de 511. Fué enterrado su cuerpo junto al sepulcro de Clodoveo, en la Iglesia de los apóstoles San Pedro y San Pablo, la cual en el dia de hoy tiene el nombre de Santa Genoveva. Los beneficios que ésta hizo á la ciudad de París, no terminaron con su vida: continuó despues de su muerte protegiendo á la capital, que la honra como á su patrona, y mira sus preciosas reliquias como un sagrado, á donde jamás ocurren en las públicas calamidades, sin lograr el socorro.

(AÑO 480 DE JESUCRISTO.)

PRINCIPIO DE SAN BENITO.

BENITO, á quien Dios destinaba para que fuese el padre de la vida cenovítica en Occidente, ó para que diese por lo menos una forma mas perfecta á este respetable estado, nació de padres nobles en Norcia, de Italia. Luego que llegó á una edad capaz para el estudio de las ciencias, le mandaron á las escuelas públicas de Roma. Como su corazon jamás se habia contaminado con el veneno del vicio, temia peligrase su inocencia en medio de una multitud de jóvenes, de los cuales los mas vivian con unas costumbres muy desarregladas. Él se retiró á una caverna muy estrecha, distante cuarenta millas de Roma: allí vivió tres años, desconocido á todos, á escepcion de un santo monge, llamado Romano, que le ministraba un poco de pan para su sustento. Pasado este espacio de tiempo, fué descubierto, y llegó á hacerse célebre en toda la comarca: entonces los religiosos de un monasterio inmediato le pidieron por abad. Benito se resistió mucho tiempo, y les predijo que ellos no se acomodarian al método de su vida. La prediccion se cumplió puntualmente: vencido de sus repetidas instancias, se encargó del gobierno del monasterio; pero á poco tiempo, no pudiendo estos inhumanos sufrir su gobierno, resolvieron deshacerse del santo abad, echando veneno en el vaso en que bebia: á la hora

de la comida, San Benito hizo sobre el vaso la señal de la cruz, segun tenia de costumbre, y el vaso se rompió con estrépito. El santo conoció el motivo, y vió el peligro de que Dios le habia sacado: se levantó y dijo á los religiosos con tranquilidad, ¿por qué habeis querido, hermanos mios, tratarme de este modo? Yo bien os predije, que os arrepentiriais de vuestra eleccion: buscad, pues, un superior que os convenga. El santo se retiró despues á su primera soledad: no obstante el cuidado que él ponia en ocultarse allí, su esclarecida santidad le dió á conocer, y su desierto llegó muy pronto á poblarse. Como algunas personas le pidiesen con instancia que los condujera en los caminos de Dios, se vió obligado á recibirlos por discípulos. Edificó doce monasterios, en cada uno de los cuales acomodó doce monges, bajo el gobierno de un superior; quedando únicamente en compañia de aquellos que entonces tenian necesidad de sus instrucciones. Los jóvenes venian en gran número á tratarle, y las mas ilustres familias de Roma, le encomendaban sus hijos para que los educase. Entre ellos se hallaban Mauro y Plácido, hijos de los primeros senadores. Estos jóvenes, criados en su escuela, llegaron á ser grandes santos, que formaron otros muchos: un dia, el jóven Plácido, habiendo ido á beber agua á un lago, quedó sumergido en él. San Benito, que estaba en su monasterio, conoció por una luz sobrenatural, lo que habia sucedido, y le dijo á Mauro: "Hermano mio, corre prontamente: Plácido ha caido en la agua." Mauro corrió apresuradamente hasta aquel parage del lago en donde Plácido se habia sumergido; y habiéndolo tomado por los cabellos,

lo trajo ácia la orilla con el mismo cuidado. Cuando él llegó á tierra, lo tomo por la espalda; y viendo que él habia caminado sobre la agua, quedó sorprendido: volvió á la choza de San Benito, el cual atribuyó este milagro á su obediencia; pero Mauro juzgó haber sido efecto de las oraciones de San Benito. San Gregorio el Grande refiere así este prodigio.

FUNDACION DEL MONASTERIO DEL MONTE CASINO.

EL principal establecimiento de San Benito, fué el monasterio del Monte Casino. Estaba situado en el reino de Nápoles, y era como el centro comun de su órden. Cuando el santo abad se retiró por primera vez á aquel lugar, permanecia sobre la montaña un antiguo templo de Apolo, que adoraban aun los pueblos circunvecinos. Habiendo llegado Benito, derribó el ídolo y el altar, y consiguió por último, la conversion de aquel pueblo con sus ecshortaciones y milagros. Dios concedió entonces á su siervo el don de profecía, é hizo su santidad esclarecida por un gran número de maravillas. Totila, rey de los godos, sorprendido de todo lo que le contaban del santo abad, quiso verle: vino al Monte Casino, y para probar si acaso el santo conocia los mas secretos acaecimientos, como le habian asegurado, mandó decir al santo abad que iba á visitarle; mas envió primero al monasterio uno de sus oficiales, á quien hizo vestir con el manto real é insignias de la magestad, haciendo igualmente que le acompañase una corte numerosa. Benito, que jamás habia visto á Totila, no supo el cámbio: luego que se le presentó el oficial, le dijo esclamando: "Quita, hijo mio, quita ese vestido que traes, pues no es propio á tu persona ni te pertenece." El oficial y todos los que le acompañaban, llenos de asombro, fueron á decir á Totila lo que les habia pasado. Entonces este príncipe, no dudando ya de todas las cosas maravillosas que se decian de este hombre estraordinario, fué él mismo á verle; se le acercó con un temor respetuoso; se postró á sus pies, y permaneció así hasta que le hizo levantar el santo. Le dió S. Benito avisos saludables, y le predijo los principales sucesos de su vida. Totila se encomendó á sus oraciones, y se mostró en lo ulterior mas humano que lo que habia sido hasta entonces. Poco tiempo despues, cuando este príncipe tomó la ciudad de Nápoles, trató á los prisioneros con una benignidad, que no debia esperarse de un bárbaro conquistador. San Benito mandó á Francia muchos de sus discípulos, para que fundasen allí algunos monasterios: predijo su muerte: algun tiempo antes de sentirse enfermo, hizo abrir su sepulcro; y poco despues, una fiebre violenta se apoderó de él; y como de dia en dia se le aumentaba, hizo que le llevasen á la Iglesia, donde recibió el cuerpo y la sangre de Jesucristo: levantando despues las manos al cielo, espiró, de edad de 63 años. San Benito dejó á sus discípulos una admirable regla, que mereció los elogios del papa San Gregorio: por ella se conoce que aquel hombre estaba profundamente instruido en la ciencia de la salud, y habia sido suscitado por el espíritu de Dios para conducir á las almas á la mas

sublime perfeccion. Esta regla se ha considerado tan sábia y tan llena de discrecion, que todos los monges del Occidente han hecho profesion de seguirla. El célebre C..... de Medicis, y muchos otros hábiles legisladores, leían con frecuencia la regla de San Benito: ellos la miraban como un rico fondo de mácsimas, propias para instruirse bien en el arte de gobernar con acierto á los hombres. Así es que este piadoso establecimiento vino á ser una fuente de bienes preciosos de todo género. A mas de los grandes ejemplos de virtud que aquí resplandecen, en estos respetables asilos se ha conservado la mayor parte de los hechos históricos acaecidos en los primeros siglos de la monarquía, y han permanecido en ellos las ciencias y las artes, despues de la irrupcion de los bárbaros.

Adicion.=Jenayas, por otro nombre Jiloxeno, desde el año 486 sembró la perniciosa semilla del error de los iconoclastas, que tanto afligió á la Iglesia. Estos negaban la veneracion de las santas imágenes.

Emisthio, en el año 530 formó la secta, y se hizo el caudillo de los Agnoitas, que negaban á Ntro. Sr. Jesucristo el conocimiento de nuestros misterios. Parece que esta secta se vió con desprecio, y se desvaneció con la muerte de sus autores. Tuvo por lo menos mas séquito la de los Barsanianos ó semidulitas, que por el año 535 sostenian que Jesucrito no habia padecido sino en apariencia. Juan Filópono, en el año 537 se hizo cabeza de los Triteitas, que admitian tres dioses en la Trinidad.

En el año 537 ó 538, el emperador Justiniano, irritado en estremo por las turbulencias y sediciones que movieron los monges origenistas de la pequeña Laura de San Sabás, contra los monges de la gran Laura del mismo santo, resolvió la ruina de los origenistas, y compuso una larga declaracion, en la cual refiere los errores atribuidos á Orígenes, para hacerlos proscribir severamente. Por este escrito vemos que los principales consistian en negar las penas del infierno, en defender la preecsistencia de las almas á los cuerpos humanos: negaban la igualdad de las personas de la Santísima Trinidad, y el

poder en Dios de crear mas que determinado número de espíritus; así como tambien solo cierta cantidad de materia.

En el año 560, Justiniano, en una edad muy avanzada, desmentia con opiniones tan estravagantes como impías, la adhesion que en otro tiempo habia manifestado á la fé ortodocsa. En esto vino al fin á parar su curiosidad en materias de fé, y su temeridad de evangelizar sin mision. Los hereges origenistas, á quienes habia perseguido con mas vigor, fueron los mismos que le sedujeron y precipitaron en el error de los incorruptibles. Dejóse persuadir por estos renuevos de los eutiquianos, que el cuerpo de Jesucristo no era susceptible de alteracion alguna, ni aun por las afecciones naturales mas inocentes. Luego que Justiniano cayó en estos delirios, comenzó en breve, como tenia de costumbre, á multiplicar definiciones y ordenanzas. El peso de la autoridad, el atractivo del favor y los artificios y manejos de la seduccion, todo lo puso en obra para hacer que los obispos aprobasen su loca teología.

El patriarca Eutiques hizo entonces todo lo que se debia esperar de un santo y docto prelado: espuso al príncipe las inconsecuencias de semejante doctrina; á saber, que un cuerpo incorruptible no hubiera sido alimentado con la leche de su Santísima Madre María, ni podia ser propia y verdaderamente cuerpo de su Hijo; que no habria sido clavado en la cruz ni muerto por los judios; y en una palabra, que esta opinion hacia absolutamente imaginarios los misterios de la Encarnacion y de la Redencion. No se puede llamar incorruptible el cuerpo del Salvador, añade el santo obispo, sino en cuanto no fué manchado por pecado alguno, ni padeció corrupcion en el sepulcro. Por esta apostólica libertad fué Eutiques depuesto de su silla, y mandó Justiniano lo condujesen á Amaséa, metrópoli del Ponto, al monasterio que habia gobernado antes de ser obispo.

(AÑO 553 DE JESUCRISTO.)

QUINTO CONCILIO ECUMENICO.

Despues de la muerte del emperador Marciano, el partido de Eutiques se volvió á levantar en Egipto, y estos sectarios cometieron allí las mas horri-

bles violencias. Nadie se atrevia á oponérseles, á causa de su número y del crédito que gozaban. Hicieron los mayores esfuerzos para abolir la autoridad del concilio de Calcedonia, que les habia condenado. Ved aquí el medio que ellos pusieron por obra para lograr su designio. En tiempo de Nestorio habian salido á luz tres obras favorables á este heresiarca; conviene á saber, los escritos de Teodoreto, obispo de Ciro, contra San Cirilo; la carta de Hibas, obispo de Edesa; y los escritos de Teodoreto, obispo de Mopsuesta. Estas tres obras, que se llaman *los tres capítulos*, eran á la verdad dignos de censura; mas parecia que sus autores se habian retratado, haciendo una profesion de fé ortodocsa en el concilio de Calcedonia. Los padres de este concilio, que no se habian reunido con este objeto, no ecsaminaron los tres capítulos, y se contentaron con ecsigir que sus autores anatematizasen á Nestorio. Teodoreto é Hibas, lo ejecutaron. El obispo de Mopsuesta habia muerto. Con esta declaracion de los dos obispos, no se procedió á condenar sus personas, ni se pronunció sentencia alguna sobre sus obras. Los eutiquianos, que procuraban desacreditar el concilio de Calcedonia, quisieron sacar partido contra este concilio, de su silencio, con respecto á los *tres capítulos*, y de que sus autores habian sido mirados como ortodocsos. Ellos promovieron con calor la condenacion de los *tres capítulos*, é hicieron que el emperador Justiniano se interesase en favor suyo. Este príncipe, que habia procurado estender su autoridad sobre los asuntos de la religion, publicó un edicto, en el cual condenaba los tres capítulos. Los católicos, aunque no

aprobasen la doctrina de estos escritos, y confesasen que era reprensible, temian, sin embargo, que ellos llegasen á ultrajar, ó cediese en perjuicio de la autoridad del concilio de Calcedonia, y que esta condenacion no fuese un triunfo para los eutiquianos. Este asunto se hizo muy ruidoso. El papa Vigilio desechó primero el edicto del emperador contra los tres capítulos: despues, con la esperanza de lograr la paz, los condenó él mismo, pero con esta restriccion: "salva la autoridad del concilio de Calcedonia." Se resolvió, por último, convocar un concilio general en Constantinopla, para poner fin á estos debates. Allí se ecsaminaron los tres escritos, que habian sido el objeto de tantas contestaciones, y se condenaron; pero sin perjuicio de lo dispuesto por el concilio de Calcedonia. Los padres declararon espresamente, que ellos tenian inviolablemente la fé de los cuatro primeros concilios, dando de este modo al de Calcedonia, la misma autoridad que á los otros tres. Juzgaron igualmente que se podian condenar con justicia los escritos, sin condenar la persona de sus autores. El papa Vigilio, despues de haber resistido por algun tiempo, confirmó esta decision; y todas las Iglesias, así del Oriente como del Occidente, la recibieron. De este modo, el concilio se tuvo como el quinto ecuménico. Aquí se ve un notable ejemplo del poder que tiene la Iglesia para condenar los escritos, pronunciar su juicio sobre los libros, y ecsigir que á él se sometan los fieles. Esta autoridad le es en efecto necesaria para mantener la fé; pues uno de los medios mas propios para conservar el depósito de las verdades que ella enseña, es dar á conocer á los fieles las fuentes

puras donde las pueden beber, y las cisternas venenosas del error, de que deben precaverse. Encargada por su divino Autor de enseñar la buena doctrina, ha recibido al mismo tiempo el poder de asegurar á sus hijos contra aquella que es mala, y de prohibirles la lectura de libros que la contienen, y podrian alterar su fé.

(AÑO 596 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE INGLATERRA.

YA desde el segundo siglo se habia predicado la fé en Inglaterra; mas por desgracia se habia estinguido despues que los sajones idólatras conquistaron este reino y echaron fuera de él sus antiguos habitantes. San Gregorio el Grande, no siendo entonces mas que diácono, concibió el designio de restablecer el cristianismo en este pais. Un dia que iba de tránsito para Roma, admiró en algunos esclavos ingleses, que allí se habian espuesto para ser vendidos, la bella proporcion de su cuerpo: preguntó al mercader si aquellos esclavos eran cristianos; y habiendo sabido que no eran sino idólatras, es lástima, dijo, que unos hombres de tan bella presencia se hallen bajo el poder del demonio. El mismo santo hubiera emprendido esta mision, si algunos obstáculos no se la hubiesen impedido; pero jamás la perdió de vista. Luego que subió á la cátedra de S. Pedro, fué su primer cuidado ejecutar el proyecto que mucho tiempo antes habia meditado. Mandó

á Inglaterra cuatro misioneros, á quienes puso por superior á Agustin, prior del monasterio de San Andrés. Partieron estos hombres apostólicos con valor para ir á anunciar á Jesucristo á aquel nuevo pueblo, y llegaron al pais de Kent. El rey Ethelbert concedió á los misioneros una pública audiencia. Ellos se dirigieron al rey, yendo procesionalmente, llevando una cruz de plata con la imágen del Salvador, y pidiendo á Dios la salvacion de aquellos pueblos por quienes habian emprendido tan largo viage. El rey los hizo sentar para oirlos con espacio. Nosotros os anunciamos, le dijo Agustin, la mas dichosa nueva: el Señor Dios que nos ha mandado, os ofrece despues de esta vida, un reino infinitamente mas glorioso, y de mayor duracion que el de Inglaterra. Ved aquí, dijo el rey, cuán preciosas promesas; pero como ellas son nuevas, yo no puedo abandonar lo que por tan dilatado tiempo he observado con toda la nacion de los ingleses; sin embargo, yo no os impido el que procureis atraer á vuestra religion, á cuantos podais persuadir; y como venis de un lugar tan distante para hacer que nosotros participemos de lo que creeis ser mejor, yo quiero que se os franquee cuanto sea necesario para vuestra subsistencia. Los santos misioneros comenzaron á predicar el Evangelio: su conducta era una fiel imágen de la vida de los Apóstoles: la pureza de sus costumbres, su frugalidad, su desinterés, y el don que Dios les concedió de hacer milagros, tocaron el corazon de un gran número de idólatras, que renunciaron á sus supersticiones, y pidieron el bautismo. El rey mismo, asombrado, así de sus esclarecidas virtudes, como de los milagros que obra-

ban, se convirtió. Su conversion fué seguida de la de una multitud prodigiosa de sus vasallos. El rey, despues de su bautismo, hacia, lleno de celo, que en sus estados progresase la religion cristiana; pero á ninguno obligaba por fuerza, instruido por los misioneros, de que el servicio de Jesucristo debia ser voluntario: se contentaba con manifestar una particular confianza y venebolencia para con aquellos que, á su ejemplo, profesaban la verdadera religion.

AGUSTIN, CONSAGRADO ARZOBISPO DE CANTORBERY.

Para dar alguna forma á la Iglesia recientemente fundada en Inglaterra, y para establecerla de una manera estable y permanente, pasó San Agustin á Francia, y fué consagrado obispo, de mano del de Arlés, que era vicario de la santa sede en las Galias. Volvió despues á Inglaterra, donde produjo los mas abundantes frutos, porque Dios sostenia su predicacion con frecuentes y esclarecidos milagros. Bautizó mas de dos mil personas en Cantorbery, el dia de la Natividad del Señor: la fama de las maravillas que San Agustin obraba en Inglaterra, llegó hasta Roma, y San Gregorio le escribió, dándole saludables avisos, y enseñándole á temer, en medio de los continuos milagros que Dios obraba por su medio: despues de haberle felicitado por la conversion de los ingleses, le dice: "Este gozo, mi caro "hermano, debe estar mezclado de un santo temor, "pues yo sé que Dios ha hecho por tí grandes co- "sas en medio de esta nacion: acuérdate, pues, que

"cuando los Apóstoles decian con gozo á su divi- "no Maestro, Señor, los demonios mismos se some- "ten á nosotros en vuestro nombre, él respondió, "no es este el motivo porque debais alegraros; ale- "graos únicamente de que vuestros nombres están "escritos en el cielo. Mientras que Dios obra de "este modo por tu medio en lo esterior, tú debes, "mi caro hermano, juzgarte severamente en lo in- "terior, é insistir atentamente en el conocimiento "de tí mismo: si tú te acuerdas haber ofendido á "Dios por tus palabras ó acciones, pon siempre á "la vista de tu alma estas faltas para reprimir la se- "creta complacencia que podria introducirse en tu "corazon: advierte que este don de hacer milagros, "no se te ha dado por tí, sino por aquellos, cuya "salvacion debes procurar: tú sabes lo que la mis- "ma verdad dice en el Evangelio: *muchos* se pre- "sentarán á mí, y me dirán, nosotros hemos hecho "milagros en vuestro nombre, y yo les diré con cla- "ridad que jamás los he conocido." Nada prueba mejor la verdad de los milagros de San Agustin, que estos avisos tan sérios de San Gregorio. A medida que se multiplicaban las conversiones en Inglaterra, enviaba allí el papa nuevos operarios para que cultivasen aquel campo que la gracia hacia tan fecundo. Hizo venir á Roma algunos jóvenes ingleses á que se instruyesen en los monasterios, para mandarlos despues á su patria, á trabajar allí en estender la religion cristiana. El celo de este santo papa se estendia á toda la Iglesia, y velaba sobre todas sus necesidades: en medio de su débil complecsion, no se concedia á sí mismo descanso alguno en sus funciones apostólicas: él corregia los abusos, y

mantenia la pureza de la disciplina: él protegia á los débiles, y socorria á los pobres, á quienes hacia tan abundantes limosnas, que muchas veces le faltaba á él mismo lo necesario: aunque siempre se veía cercado de negocios, jamás se dispensó de instruir á su pueblo, lo que hacia, ó de viva voz, ó por escrito: compuso un gran número de obras, donde esplica los principios y las mácsimas de la moral cristiana, con tanta solidez como claridad. Unos trabajos de tanto peso, y una aplicacion tan continua, arruinaron enteramente su salud, y en breve le condujeron á aquella felicidad, objeto único de sus deseos. San Agustin, su amado discípulo, no le sobrevivió mas que tres años, y fué á recibir la misma recompensa.

(AÑO 612 DE JESUCRISTO.)

MAHOMA SE DA A SI MISMO EL NOMBRE DE PROFETA.

LA conversion de los pueblos del Norte al cristianismo, indemnizaba á la Iglesia de las pérdidas que iba á sufrir en el Oriente. Tendremos frecuentemente ocasion de admirar esta economía de la sabiduría y justicia de Dios, que hace pasar de un pueblo á otro la luz de la fé; de manera que la Iglesia ha ganado en un pais, lo que ha perdido en otros, permaneciendo católica. Mahoma, que le quitó las mas bellas provincias del Oriente, nació en la Meca, en Arabia. Su padre era pagano y su madre judía. Perdió á ambos siendo aun muy jóven, y fué

educado por un tio suyo, que lo puso en el comercio. Se casó despues con una viuda rica, de quien era factor. A la edad de cerca de 40 años, comenzó á fingirse profeta; y diciendo que estaba inspirado de Dios, sin dar de esto prueba alguna, inventó una nueva religion, que era una mezcla del judaismo y cristianismo, á la que añadió algunos dogmas que eran particulares á los habitantes de la Arabia. Enseñaba que no hay mas que un solo Dios; pero sin distincion de personas en la divinidad: desechaba la Encarnacion y los otros misterios de la religion cristiana: admitia la circunsicion, y prescribia la abstinencia del vino, de la sangre y de la carne de cerdo; pero permitió á cada hombre tener cuantas mugeres quisiese, y él mismo tuvo hasta diez á la vez. Ecshortaba al pueblo para que tomase las armas en defensa de la religion, prometiendo á los que muriesen en el combate, un paraiso en donde gozarian todos los placéres de los sentidos. Cuando se le pedia algun milagro, para prueba de su mision, decia que no era enviado para hacer milagros, sino para propagar la religion con la espada. Como no sabia ni leer ni escribir, hizo que otro estendiese por escrito sus impíos dogmas, y dió á este libro el nombre de *Alcorán*. Padecia algunas veces ataques de epilepsia, y los hizo pasar por écstasis ocasionados por las visitas del Angel Gabriel, que le venia á revelar estos dogmas. Siguieron á este impostor algunos bandoleros y esclavos fugitivos que le acompañaban, con tanta mas adhesion, cuanto que él les concedia la libertad de satisfacer sus sensuales deseos. Despues de haber formado un pequeño cuerpo de tropa, se puso á su frente como su

mantenia la pureza de la disciplina: él protegia á los débiles, y socorria á los pobres, á quienes hacia tan abundantes limosnas, que muchas veces le faltaba á él mismo lo necesario: aunque siempre se veía cercado de negocios, jamás se dispensó de instruir á su pueblo, lo que hacia, ó de viva voz, ó por escrito: compuso un gran número de obras, donde esplica los principios y las mácsimas de la moral cristiana, con tanta solidez como claridad. Unos trabajos de tanto peso, y una aplicacion tan continua, arruinaron enteramente su salud, y en breve le condujeron á aquella felicidad, objeto único de sus deseos. San Agustin, su amado discípulo, no le sobrevivió mas que tres años, y fué á recibir la misma recompensa.

(AÑO 612 DE JESUCRISTO.)

MAHOMA SE DA A SI MISMO EL NOMBRE DE PROFETA.

LA conversion de los pueblos del Norte al cristianismo, indemnizaba á la Iglesia de las pérdidas que iba á sufrir en el Oriente. Tendremos frecuentemente ocasion de admirar esta economía de la sabiduría y justicia de Dios, que hace pasar de un pueblo á otro la luz de la fé; de manera que la Iglesia ha ganado en un pais, lo que ha perdido en otros, permaneciendo católica. Mahoma, que le quitó las mas bellas provincias del Oriente, nació en la Meca, en Arabia. Su padre era pagano y su madre judía. Perdió á ambos siendo aun muy jóven, y fué

educado por un tio suyo, que lo puso en el comercio. Se casó despues con una viuda rica, de quien era factor. A la edad de cerca de 40 años, comenzó á fingirse profeta; y diciendo que estaba inspirado de Dios, sin dar de esto prueba alguna, inventó una nueva religion, que era una mezcla del judaismo y cristianismo, á la que añadió algunos dogmas que eran particulares á los habitantes de la Arabia. Enseñaba que no hay mas que un solo Dios; pero sin distincion de personas en la divinidad: desechaba la Encarnacion y los otros misterios de la religion cristiana: admitia la circunsicion, y prescribia la abstinencia del vino, de la sangre y de la carne de cerdo; pero permitió á cada hombre tener cuantas mugeres quisiese, y él mismo tuvo hasta diez á la vez. Ecshortaba al pueblo para que tomase las armas en defensa de la religion, prometiendo á los que muriesen en el combate, un paraiso en donde gozarian todos los placéres de los sentidos. Cuando se le pedia algun milagro, para prueba de su mision, decia que no era enviado para hacer milagros, sino para propagar la religion con la espada. Como no sabia ni leer ni escribir, hizo que otro estendiese por escrito sus impíos dogmas, y dió á este libro el nombre de *Alcorán*. Padecia algunas veces ataques de epilepsia, y los hizo pasar por écstasis ocasionados por las visitas del Angel Gabriel, que le venia á revelar estos dogmas. Siguieron á este impostor algunos bandoleros y esclavos fugitivos que le acompañaban, con tanta mas adhesion, cuanto que él les concedia la libertad de satisfacer sus sensuales deseos. Despues de haber formado un pequeño cuerpo de tropa, se puso á su frente como su

gefe y legislador. Atacó al principio unas carabanas de comerciantes que atravesaban la Arabia. Tuvo feliz écsito, y por este medio enriqueció á sus sectarios, y adelantó sus proyectos. Cuando su pequeña tropa se habia ya considerablemente aumentado, marchó contra la ciudad de la Meca, y se apoderó de ella. Sometió en seguida las diferentes tribus de árabes, una despues de otra, forzando los pueblos para que se sujetasen á su dominacion, y abrazaran su religion. Fueron tan rápidos sus progresos, que el año 631, en que murió, era ya dueño de casi toda la Arabia. Sus succesores continuaron sus conquistas, y formaron en poco tiempo un dilatado imperio; pero ya se ha visto por qué medios se estendió esta secta. A la violencia y al amor del placer, fué á quien ella debió su écsito. Mahoma ha establecido su religion, abriendo la puerta á las pasiones y degollando á los que rehusaban abrazarla. Por el contrario los Apóstoles, han establecido la religion cristiana, refrenando todas las pasiones, y sacrificando su vida. Nada hay, pues, que no sea enteramente humano por una parte; y por la otra, todo es manifiestamente divino.

(AÑO 614 DE JESUCRISTO.)

TOMA DE JERUSALEN POR COSROAS, REY DE LOS PERSAS.

Los persas, bajo el mando de Cosroas, su rey, atacaron el imperio de Oriente con la mas terrible violencia. Habiendo pasado el Eufrates, se apoderaron de la ciudad de Apamia, y llevaron la desolacion hasta las puertas de Antioquía. Destrozaron un ejército romano que encontraron en su travesía: penetraron en la Palestina, y pasaron el Jordan. Las riberas de este rio quedaron en toda su estension reducidas á escombros: los habitantes de las campiñas no tuvieron mas recurso que la fuga; pero los solitarios que no pudieron resolverse á salir de sus celdas, sufrieron al principio horribles torturas de parte de los soldados persas, y al fin fueron cruelmente asesinados. El ejército marchó en seguida á Jerusalen, á donde entró sin resistencia alguna. La guarnicion habia abandonado la ciudad, y un terror general se habia difundido en el corazon de todos los ciudadanos. Los persas todo lo destruyeron á fuego y sangre: un gran número de sacerdotes, de monges y religiosos, perecieron allí, y principalmente aquellos á quienes queria este pueblo idólatra, enemigo del cristianismo. El resto de los habitantes, hombres, mugeres y niños, fueron cargados de cadenas, para ser arrastrados mas allá del rio Tígre. Esceptuaron solamente á los judíos por el ódio que estos tenian á los cristianos, y que manifestaron en esta ocasion, escediendo en su rábia aun á los mismos paganos: compraban á los persas cuantos cautivos cristianos podian, para tener el bárbaro placer de hacerlos morir á su gusto. Fueron hasta ochenta mil los que los judíos asesinaron por este medio. Llevaron prisionero al obispo Zacarías: incendiaron el santo sepulcro y las Iglesias de Jerusalen, despues de haberlas demolido: robaron los vasos sagrados y todas las riquezas que la piedad de los fieles habia acumulado en estos san-

tos lugares; pero la pérdida mas sensible á los cristianos fué la de la verdadera cruz, que cada uno de ellos habria querido rescatar á costa de su propia vida. Los persas la trasportaron en el mismo estado en que la encontraron, es decir, encerrada en una caja, en donde se habia puesto el sello del obispo; se libertó, sin embargo, la esponja que presentaron á Jesucristo sobre la cruz, y la lanza con que su costado habia sido atravesado. Un oficial del emperador sacó estas dos santas reliquias de las manos de un persa, mediante una gran suma de dinero, y las hizo llevar á Constantinopla, en donde fueron espuestas durante cuatro dias, á la veneracion de los fieles, que las regaban con sus lágrimas. La santa cruz fué depositada en Táuris, en Armenia. Se ven aún las ruinas de un castillo en donde colocaron este precioso depósito, que parecia á los ojos de los persas, menos rico que los otros despojos de que estaban cargados. Cuando se retiraron los enemigos, los habitantes de Jerusalen, que por medio de la fuga habian podido sustraerse de los persas y del furor de los judíos, volvieron á la ciudad santa. El sacerdote Modesto, en la ausencia del obispo Zacarías, tomó el gobierno de esta desolada Iglesia, y trabajó con ardor para restablecer los santos lugares. En esta piadosa empresa recibió grandes socorros de Juan, llamado por otro nombre el *Limosnero*, patriarca de Alejandría. En esta capital del Egipto era en donde se habian refugiado en gran número los habitantes de la Palestina. El santo prelado los recibió con una ternura paternal: los alojó en los hospitales, á donde él mismo iba á curar sus llagas, enjugar sus lágrimas, y á distribuirles la subsistencia. Para todo bastaba su inagotable caridad. Hizo trasportar á Jerusalen, plata, trigo y vestidos; y dulcificó en cuanto pudo, la suerte de estos desgraciados.

(AÑO 628 DE JESUCRISTO.)

LA SANTA CRUZ RESTITUIDA Y LLEVADA A JERUSALEN.

EL emperador Eraclio envió una embajada á Cosroas, pidiéndole la paz; mas este príncipe idólatra ecsigia por condicion el acto impío de abjurar el cristianismo, y adorar al sol, que era la divinidad principal de los persas. Eraclio rechazó con horror esta proposicion, y resolvió pelear hasta morir por la religion y el imperio. Levantó un ejército, y marchó él mismo á su frente contra el enemigo. Dios se dignó socorrer á su pueblo; y desde la primera campaña, el emperador obtuvo una ventaja considerable sobre los persas. Este primer écsito reanimó el valor de sus tropas, que no cesaron de batir á los enemigos, durante cuatro años continuados. Eraclio, en fin, resolvió darles una batalla decisiva. Habiendo reunido sus soldados, los animó al combate, haciéndoles ver todos los males que los persas habian hecho al imperio; las campiñas desoladas, las ciudades saqueadas, los altares profanados, las Iglesias reducidas á cenizas. Ved, les decia, á que enemigos vais á combatir: ellos declaran la guerra al mismo Dios: han entregado á las llamas sus templos y altares: armaos de confianza;

Dios combatirá por vosotros: la fé es superior á todos los temores: ella triunfa aun de la misma muerte. Estas palabras hicieron una viva impresion en todos los corazones: los ojos centellantes de sus soldados, manifestaban el valor. Atacaron intrépidamente á los persas: el emperador se espuso en aquella parte del ejército en que era mas vigoroso el combate: su caballo cayó herido, y él mismo recibió muchos golpes en su armadura, que por ser bastante resistente, le salvó la vida. El combate comenzó desde la mañana, y acabó con el dia. Los persas perdieron en él tres de sus principales gefes, y mas de la mitad de sus soldados: de parte de los romanos solo murieron cincuenta hombres. Cosroas huyó; y despues de ocho leguas de camino, pasó la noche en una pobre cabaña, á la que no se podia entrar sino arrastrando. Puesto en tan grande conflicto, y atacado de una violenta disenteria, nombró por succesor suyo á uno de sus hijos, á quien amaba con preferencia, con perjuicio de su hijo primogénito. Éste se reveló contra su padre: le hizo arrestar y morir de hambre en una prision, y se apoderó del reino. El nuevo rey de los persas propuso una composicion con Eraclio, y le remitió todos los cristianos que estaban cautivos en la Persia, entre otros al patriarca Zacarías, con la santa cruz que habia sido quitada catorce años antes. Durante todo este tiempo, ella habia permanecido en su caja, y los persas no habian tenido la curiosidad de abrirla, rompiendo el sello que el patriarca reconoció, y la santa cruz volvió á verse en sus manos, en el mismo estado en que se hallaba cuando fué robada. Se admiró la proteccion de Dios en la conservacion de

esta preciosa reliquia. El emperador volvió á entrar á Constantinopla con todo el aparato del triunfo. Montado sobre un carro llevado por cuatro elefantes, hacia llevar delante de él la santa cruz, que era el mas precioso trofeo de sus victorias. En los primeros dias de la primavera, Eraclio partió para Jerusalen á dar gracias á Dios por tan felices sucesos, y para volver á colocar la santa cruz en la Iglesia de la Resurreccion. Él quiso marchar, siguiendo la huella del Salvador, y llevar él mismo la cruz sobre sus espaldas, hasta lo alto del Calvario. Esta fué una fiesta solemne para todos los cristianos, y la Iglesia celebra aún su memoria, el 14 de Septiembre.

(AÑO 630 DE JESUCRISTO.)

HEREGIA DE LOS MONOTELITAS.

EL gozo que tenia la Iglesia de haber recobrado la santa cruz, se turbó por una violenta tempestad que se levantó en Oriente: allí tuvo su orígen una nueva heregía, ó mas bien, apareció de nuevo la de Eutiques, disfrazada de algun modo, bajo otro nombre. Algunos partidarios ocultos de este heresiarca, enseñaron que no habia en Jesucristo mas que una sola voluntad y una sola operacion; y esto es lo que en griego significa el nombre del monotelismo con que se distingue esta secta. La Iglesia católica, que por el contrario, ha reconocido en Jesu-

cristo dos naturalezas, reconoce igualmente dos voluntades, la divina y la humana, que sin ser jamás opuestas, no dejan, sin embargo, de ser distintas. El error de los monotélitas fué obstinadamente sostenido por Sergio, patriarca de Constantinopla, quien se valió de todos los medios que le sugeria su malicia para acreditarlo. Él lo insinuó astutamente en el espíritu del emperador Eraclio, quien lo sostuvo en un famoso edicto, bajo el título de Esposicion. San Sofronio, patriarca de Jerusalen, combatió con el mas fervoroso celo esta heregía naciente, y publicó un escrito, en que despues de haber probado la distincion de las naturalezas de Jesucristo, espone con claridad la doctrina constantemente recibida por la Iglesia acerca de las dos voluntades y las dos operaciones. Temeroso Sergio que previniesen al papa Honorio contra su nueva doctrina, tomó el partido de escribirle primero, para atraerle á su sentir. Su carta era lisongera y persuasiva: decia, que la cuestion que acababa de suscitarse sobre este asunto, ponia un grande obstáculo á la conversion de los hereges: únicamente pedia que no se hablase sobre las dos voluntades de Jesucristo, porque este era el único medio de reunir los espíritus. Cayó Honorio en el lazo, y trató á Sergio con el mas peligroso miramiento. Convino en un silencio que igualmente ocultaba la verdad y el error; y por esta indigna complacencia, sin haber permitido jamás que se enseñase el error, dió motivo para que se sospechase que le favorecia. Sin embargo, San Sofronio, por su infatigable desvelo, descubrió, por último, los artificios de los hereges, é hizo al papa un informe esacto de los progresos que hacia la nueva secta. Honorio habia muerto: su succesor condenó el error, á pesar del edicto del emperador, que le favorecia. El papa San Martin confirmó despues el juicio de su antecesor, y sacrificó la libertad y la vida al celo que mostró para mantener la pureza de la fé. El emperador Constante, succesor de Eraclio, habiendo publicado otro edicto en favor del *monotelismo*, hizo echar de Roma al santo papa. Le condujeron cargado de cadenas á Constantinopla, donde toleró innumerables veces los mas indignos tratamientos: despues lo desterró, y al cabo de dos años murió en el cautiverio, en medio de los trabajos, sin que saliese de sus lábios queja alguna, ni aflojase jamas en el cumplimiento de los deberes de su pastoral ministerio. Un santo abad de Constantinopla, llamado Mácsimo, imitó el celo de este santo papa, y sufrió, por parte de los hereges, los mismos tratamientos: le azotaron cruelmente con nervios de toro: le cortaron la lengua hasta la raiz, y consumó, por último, su martirio, en un destierro.

(AÑO 680 DE JESUCRISTO.)

SESTO CONCILIO ECUMENICO.

El emperador Constantino, llamado por otro nombre Pogonato, enjugó las lágrimas de la Iglesia, y reparó los males que le habian causado sus predecesores. Creyó este príncipe no poder hacer mejor uso de su poder, que convocando un concilio gene-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ral: á este fin escribió al papa Agaton, quien hizo saber las piadosas intenciones del emperador á los obispos de Occidente, y nombró tres legados para que en su nombre presidiesen el concilio. No habia penetrado aun al Occidente el nuevo error, y todos los obispos, sin escepcion, protestaron reconocer en Jesucristo dos voluntades, del mismo modo que reconocian dos naturalezas. El emperador recibió con el debido honor á los legados de la santa sede, y en una sala de su palacio se hizo la apertura del concilio. El libro de los Evangelios se colocó, segun costumbre, en medio de la asamblea: asistió á ella el emperador, con trece de sus principales oficiales. Los legados del pontífice tomaron primero que los demas, la palabra, y propusieron el objeto del concilio. "Hace mas de cuarenta años, dijeron, que Sergio y otros hereges han enseñado que no hay en Ntro. Sr. Jesucristo mas que una sola voluntad y una sola operacion: la santa sede ha condenado este error, y los ha ecshortado á que lo detesten; mas estas ecshortaciones han sido inútiles: este es el motivo porque pedimos que se aclare esta doctrina." Se ecsaminaron con cuidado los cánones de los concilios precedentes, y los pasages de los santos padres: se encontró que la nueva doctrina era contraria al Evangelio y á la tradicion. Los monotélitas quedaron convencidos de haber truncado los testos de los santos padres que citaban, para apoyar sus errores: ecsaminaron igualmente el escrito de San Sofronio, en que los combatió, y esto se juzgó enteramente conforme á la verdadera fé, á la doctrina de los Apóstoles y de los santos padres. Despues de este ecsámen, se estendió la confesion

de la fé: se declaró en ella que se conformaba con los concilios precedentes: despues se pronunció el juicio en estos términos: "Nosotros creemos que hay en Jesucristo dos voluntades y dos operaciones naturales, y prohibimos enseñar lo contrario: detestamos y condenamos los dogmas impíos de los hereges, que no admiten en Jesucristo sino una voluntad y una operacion, considerando estos dogmas contrarios á la doctrina de los Apóstoles, á los decretos de los concilios y al sentir de todos los santos padres." El santo concilio fulminó en seguida un *anatema* contra los autores de la secta, sin perdonar al mismo Honorio, que habia contemporizado con ella. El emperador, que se hallaba presente, recibió, al concluirse el concilio, los mismos honores que se habian tributado en otro tiempo al gran Constantino, á Teodosio y Marciano. Las actas fueron suscritas por los legados por todos los obispos, que eran ciento sesenta, y por el emperador mismo que mandó se obedeciese, y lo apoyó con toda su autoridad. En efecto, el error cayó bien pronto, y cesaron las turbulencias.

Adicion.=En 25 de Octubre del año 765, juntó el papa Zacarías siete obispos con diez y siete sacerdotes y el resto del clero romano, en la Basilica de Teodoro, en el palacio de Letrán, en donde el sacerdote Dencardo, habiendo entrado por órden del pontífice á la sesion, refirió la condenacion de los hereges fanáticos Adalberto y Clemente, pronunciada por el obispo Bonifacio, en un concilio celebrado en Francia. En otras dos sesiones, á presencia del pontífice, se leyó la vida de Adalberto, y la ridícula carta en que pretendia persuadir haber bajado del cielo. La historia de su vida le suponia otro Juan Bautista, santificado en el vientre de su madre, bajo la figura de un ternero que salia de su lado derecho, emblema tan distante de la dignidad evangélica, como análogo á la bajeza del fanatismo. Concluida la lectura de los escritos de Adalberto, dijo

el papa: "Seguramente, hijos mios, este Adalberto es un delirante; y los que han dado crédito á sus palabras, son como los niños que creen las fábulas como una verdad; pero nuestro ministerio es igualmente responsable á los débiles y á los fuertes; y supuesto que esta seduccion grosera ha sido capaz de alucinar á ciertas personas no menos groseras, nada debemos omitir de cuanto sea capaz de desengañarlas." Se concluyó la sesion, quemando los escritos, y condenando á sus autores.

Sanson, en el año 748, produjo é hizo abrazar á muchos el error de que sin el bautismo podia uno ser cristiano, y conseguir la salud eterna por sola la imposicion de las manos del obispo.

(AÑO 923 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE ALEMANIA.

La luz de la fé, del mismo modo que la del sol, no se aparta de un pais, sino para difundir en otro su claridad, como ya antes hemos insinuado. A medida que la luz del Evangelio dejó de brillar en el Oriente, por las conquistas de los mahometanos, se estendia entonces ácia el Norte, mediante los apostólicos trabajos de muchos misioneros. El mas célebre de todos era Bonifacio, arzobispo de Moguncia y apóstol de Alemania: era ingles de nacion y desde su infancia se descubrieron en él las señales sensibles del alto destino que desempeñó en el discurso de su vida. Habiéndose hospedado algunos misioneros en la casa de su padre, hablándole de Dios y de las cosas celestiales, quedó tan conmovido, así de su conducta edificante, como de sus instrucciones, que desde luego concibió un ardiente deseo de imitarlos, y de consagrarse á Dios como

ellos. Aunque entonces todavia era niño, las impresiones de la virtud que recibió, jamás se borraron de su espíritu. Entró á un monasterio, en donde se formó desde el principio para las funciones del apostolado. Habiéndose ordenado de presbítero, á la edad de 30 años, sintió que en su corazon se aumentaba aquel celo, que le llamaba poderosamente á instruir á los pueblos, y á trabajar en la salud de las almas. Dia y noche lloraba la desgracia de los que estaban entonces sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Penetrado de tan piadosos sentimientos, fué á arrojarse á los pies del papa Gregorio II, el que despues de haber reconocido en él la vocacion divina, le concedió una ámplia facultad de predicar el Evangelio á los alemanes. El santo apóstol tuvo mucho trabajo para hacer que naciesen en el corazon de aquellos pueblos, hasta entonces bárbaros, los sentimientos de dulzura y piedad que el Evangelio prescribe; pero vió, en fin, que los frutos correspondian á sus trabajos, siendo muy abundante la cosecha. Fué desde luego á la Baviera y Turingia, y allí bautizó un gran número de infieles: hizo que por todas partes se derrivasen los templos de los ídolos, y allí mismo se edificasen Iglesias al verdadero Dios. El santo apóstol tuvo, entre tanto, mucho que sufrir, principalmente en la Turingia, pais asolado poco despues por los sajones, y en donde los pueblos eran tan pobres que se vió obligado á procurar su subsistencia con el trabajo de sus manos. Desde allí se volvió á la Trisia, en donde ejercitó, por espacio de tres años, sus funciones apostólicas, y ganó innumerables almas para Jesucristo. Este fué el motivo porque el

el papa: "Seguramente, hijos mios, este Adalberto es un delirante; y los que han dado crédito á sus palabras, son como los niños que creen las fábulas como una verdad; pero nuestro ministerio es igualmente responsable á los débiles y á los fuertes; y supuesto que esta seduccion grosera ha sido capaz de alucinar á ciertas personas no menos groseras, nada debemos omitir de cuanto sea capaz de desengañarlas." Se concluyó la sesion, quemando los escritos, y condenando á sus autores.

Sanson, en el año 748, produjo é hizo abrazar á muchos el error de que sin el bautismo podia uno ser cristiano, y conseguir la salud eterna por sola la imposicion de las manos del obispo.

(AÑO 923 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE ALEMANIA.

La luz de la fé, del mismo modo que la del sol, no se aparta de un pais, sino para difundir en otro su claridad, como ya antes hemos insinuado. A medida que la luz del Evangelio dejó de brillar en el Oriente, por las conquistas de los mahometanos, se estendia entonces ácia el Norte, mediante los apostólicos trabajos de muchos misioneros. El mas célebre de todos era Bonifacio, arzobispo de Moguncia y apóstol de Alemania: era ingles de nacion y desde su infancia se descubrieron en él las señales sensibles del alto destino que desempeñó en el discurso de su vida. Habiéndose hospedado algunos misioneros en la casa de su padre, hablándole de Dios y de las cosas celestiales, quedó tan conmovido, así de su conducta edificante, como de sus instrucciones, que desde luego concibió un ardiente deseo de imitarlos, y de consagrarse á Dios como

ellos. Aunque entonces todavia era niño, las impresiones de la virtud que recibió, jamás se borraron de su espíritu. Entró á un monasterio, en donde se formó desde el principio para las funciones del apostolado. Habiéndose ordenado de presbítero, á la edad de 30 años, sintió que en su corazon se aumentaba aquel celo, que le llamaba poderosamente á instruir á los pueblos, y á trabajar en la salud de las almas. Dia y noche lloraba la desgracia de los que estaban entonces sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Penetrado de tan piadosos sentimientos, fué á arrojarse á los pies del papa Gregorio II, el que despues de haber reconocido en él la vocacion divina, le concedió una ámplia facultad de predicar el Evangelio á los alemanes. El santo apóstol tuvo mucho trabajo para hacer que naciesen en el corazon de aquellos pueblos, hasta entonces bárbaros, los sentimientos de dulzura y piedad que el Evangelio prescribe; pero vió, en fin, que los frutos correspondian á sus trabajos, siendo muy abundante la cosecha. Fué desde luego á la Baviera y Turingia, y allí bautizó un gran número de infieles: hizo que por todas partes se derrivasen los templos de los ídolos, y allí mismo se edificasen Iglesias al verdadero Dios. El santo apóstol tuvo, entre tanto, mucho que sufrir, principalmente en la Turingia, pais asolado poco despues por los sajones, y en donde los pueblos eran tan pobres que se vió obligado á procurar su subsistencia con el trabajo de sus manos. Desde allí se volvió á la Trisia, en donde ejercitó, por espacio de tres años, sus funciones apostólicas, y ganó innumerables almas para Jesucristo. Este fué el motivo porque el

papa, informado de los grandes bienes que hacia á la Iglesia, le mandó que pasase á Roma á recibir allí el órden episcopal. A la vuelta de este viage S. Bonifacio, comenzó á predicar la fé en la Hessa, con felices y prodigiosos sucesos: allí fundó muchas Iglesias y monasterios. Llamado á Baviera por el duque de esta provincia, logró reformar algunos abusos que allí se habian introducido. Encontró algunos seductores que engañaban al pueblo con sus artificios, y le escandalizaban con sus desórdenes. Hizo que algunos se prendiesen y otros fuesen desterrados. Por este medio estableció la fé y las costumbres en este pais. El papa le nombró su legado en Alemania, y le permitió que hiciese todos los reglamentos que juzgase necesarios para dar una forma regular á esta Iglesia recien establecida.

MARTIRIO DE SAN BONIFACIO.

La reputacion de San Bonifacio se estendia por la mayor parte de la Europa, y principalmente recibian sus trabajos apostólicos los mas dignos elogios. Ocurrió á él un gran número de siervos de Dios, que reuniéndose á esta mision, aliviaron sus fatigas. El santo arzobispo entonces, viendo que su edad se avanzaba y se aumentaban sus enfermedades, determinó elegirse un sucesor. Despues de haber consagrado al arzobispo de Moguncia, puso sobre sus hombros el cuidado oneroso de esta Iglesia particular, para seguir con libertad la vocacion que habia recibido del cielo, y dedicarse enteramente á la conversion de los infieles. No podia tener ningun reposo cuando conocia que algunas almas habia que aun no tenian conocimiento de Jesucristo: por otra parte, sentia los mas ardientes deseos de derramar su sangre por la fé, y un secreto presentimiento le aseguraba de que su muerte estaba ya cercana. Habiendo entonces puesto en órden los negocios de su Iglesia, partió con algunos celosos compañeros á predicar el Evangelio á un pueblo entonces idólatra, sobre las costas mas retiradas de la Trisia. Allí convirtió una multitud de paganos, y les dió el santo bautismo. Señaló un dia para administrarles el sacramento de la confirmacion; mas como una sola Iglesia no era de bastante capacidad para contener aquel numeroso pueblo, señaló un campo inmediato, donde todos debian reunirse para recibir este sacramento. Hizo que se dispusiesen algunas tiendas, y allí vino el dia señalado. Se recogió á la oracion, mientras concurrian los nuevos cristianos que aguardaba; pero desde la mañana se observó la concurrencia, no de aquellos que esperaba, sino la de unas tropas de paganos, armados de espadas y de lanzas, que se echaban sobre las tiendas del santo obispo. Sus compañeros se preparaban ya á rechazar á los bárbaros de mano armada; pero San Bonifacio, habiendo escuchado el alboroto, llamó á su clero, y tomando las reliquias, que siempre llevaba consigo, salió de la tienda y dijo á sus gentes: "Hijos mios, dejad las armas: la santa Escritura nos enseña que no volvamos mal por mal. Ha llegado, por último, el dia que yo, despues de tanto tiempo, he esperado: en Dios confio: él salvará nuestras almas." Ecshortó despues á sus sa-

cerdotes y compañeros á que sufriesen valerosamente una muerte pasagera, que les iba á abrir las puertas del reino eterno: mas los fortaleció entonces su ejemplo, que sus lecciones. Apenas habia acabado de hablar, cuando vió que venian sobre él los bárbaros: él los aguardó con firmeza; pero ellos, furiosos, le quitaron al momento la vida, junto con todos aquellos que le acompañaban, que eran cincuenta y dos. San Bonifacio terminó de este modo, con una gloriosa muerte, una vida que habia sido un continuo martirio, llena toda de sus apostólicos trabajos: sus inmensas fatigas, y los frutos que la Iglesia ha recogido de ellas, le merecieron corona tan preciosa. El cuerpo del santo mártir fué trasportado á la Abadía de Tulde, que él habia fundado, y Dios ha engrandecido allí á su siervo con una multitud de milagros.

(AÑO 727 DE JESUCRISTO.)

HEREGIA DE LOS ICONOCLASTAS,
O DESTRUCTORES DE LAS IMAGENES.

LA Iglesia era frecuentemente agitada en Oriente por nuevas heregías, que se succedian despues de cortos intervalos de reposo. La que se suscitó en el siglo VIII, era tanto mas peligrosa, cuanto que su autor era el príncipe mismo. Ya se habian visto emperadores que protegiesen el error; pero entonces hubo uno que se hizo gefe de la secta. Leon Isaurico habia llegado al trono por sus hazañas guerreras, nacido, por decirlo así, y criado en el ejercicio de las armas, tenia una suma ignorancia. Sin embargo, tuvo la loca vanidad de hacerse reformador de la religion. Se habia dejado prevenir contra el culto de las santas imágenes, á lo que llamaba idolatría. Habiendo emprendido abolirlo, publicó un edicto por el que mandaba quitar de las Iglesias las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Vírgen y de los santos. Esta empresa, contraria á la práctica constante y universal de la Iglesia, puso en conmocion á todo el mundo. El pueblo de Constantinopla murmuraba públicamente. Jermano, patriarca de esta ciudad, combatió lleno de celo, este error, sin temer la cólera del emperador: intentó al principio desengañar á este príncipe, en conversaciones particulares: le dijo, que el culto que se daba á las santas imágenes, se referia á los originales que ellas representaban, como se honraba el retrato de un soberano: que este culto relativo, siempre se habia dado á las imágenes de Ntro. Sr. Jesucristo y de su Santísima Madre, desde el tiempo de los Apóstoles: que era, por consiguiente, una impía temeridad, atacar tan antigua tradicion; pero el emperador, que no conocia los elementos de la doctrina cristiana, se obstinaba en su error. Entonces el patriarca informó al papa de lo que pasaba en Constantinopla. El soberano pontífice respondió al santo obispo, felicitándolo por su valor en combatir la heregía naciente. Tuvo en Roma una asamblea de obispos, en donde fué condenada. Escribió al mismo emperador, ecshortándolo á que revocase su edicto; advirtiéndole, que no era de las atribuciones del príncipe establecer cosa alguna sobre puntos de

fé, ni tampoco hacer innovaciones en la disciplina de la Iglesia. Estas declaraciones fueron tan mal recibidas del emperador, que aumentaron su ardiente tenacidad en la ejecucion de su edicto. Hacia quemar las imágenes en la plaza pública, y mandó blanquear las paredes de las Iglesias que estaban adornadas con pinturas: mandó derribar á hachazos un gran Crucifijo, que Constantino, despues de su victoria, habia hecho colocar sobre la puerta del palacio imperial. Unas mugeres que se hallaban presentes, intentaron al principio, disuadir con sus súplicas, de semejante impiedad al oficial encargado de ejecutar la órden del emperador; pero sus ruegos fueron inútiles, porque el oficial subió en persona á una escalera, y dió tres golpes con la hacha en el rostro de la imágen. Entonces las mugeres, dejándose llevar de su indignacion, estiraron la escalera por el pié, é hicieron caer al oficial, que murió del golpe. Ellas fueron condenadas al último suplicio, con otras diez personas que el emperador sospechó haber favorecido este tumulto. El patriarca San Germán fué arrojado de su silla, y murió en el destierro, á la edad de 90 años.

VIOLENCIAS DE LOS ICONOCLASTAS.

Constantino, llamado por otro nombre, Coprónimo, hijo y sucesor de Leon, siguió las huellas de su padre, y aun lo aventajó. Educado en el seno de la impiedad, á la cual su carácter violento é impetuoso añadia la audacia y la insolencia, persiguió

con furor á los que honraban á las santas imágenes. Constantinopla se convirtió en un teatro de suplicios: mandaba sacar los ojos, cortar las narices á los católicos; les despedazaban á azotes, y les arrojaban al mar. Así ordenaba el emperador se hiciese, principalmente con los monges: no habia ultrajes ni tormentos que él no les hiciese sufrir: les quemaban la barba untada de pez: les rompian sobre la cabeza las imágenes de los santos, grabadas en madera. Estos horrores divertian á Constantino. La relacion que se hacia de ellos, le era la conversacion mas agradable mientras comia. No contento con las crueldades que hacia ejecutar por sus oficiales, quiso presidir él mismo las ejecuciones de ellas, y ver correr la sangre. Mandó levantar su tribunal en las puertas de Constantinopla: allí, rodeado de verdugos, en medio de la pompa imperial, hacia atormentar á los católicos, y fijaba sus ojos con complacencia en este espectáculo, capaz de horrorizar á cualquiera otro que no fuese él y sus cortesanos. Habia allí, cerca de Nicomedia, un santo abad, llamado Estevan, cuya virtud era muy reverenciada de todo el pueblo. Queriendo el emperador atraerlo á su partido, lo hizo venir á Constantinopla, y se encargó él mismo de formarle interrogatorio, con la confianza de que lo embarazaria con sus raciocinios, porque este príncipe se creía muy hábil en la dialéctica. Entró, pues, en cuestion con el santo abad. ¡Oh! hombre estúpido, le dice el emperador, ¿cómo no has podido conocer que se puede hollar con los pies la imágen de Jesucristo, sin ofender al mismo Jesucristo? Entonces Estevan, aprocsimándose á él, y manifestándole una moneda que tenia su re-

trato, "yo puedo, pues, le respondió el santo abad, tratar del mismo modo esta efigie, sin faltar al respeto que os debo." Despues, habiéndola arrojado por tierra, la pisó varias veces. Habiéndose arrojado sobre él los cortesanos para maltratarlo, ¿qué, respondió Estevan, dando un profundo suspiro, es un crímen profanar la imágen de un príncipe de la tierra, y no lo seria igualmente arrojar al fuego la imágen del rey de los cielos? Nada, en justicia, se le podia replicar; pero se decretó su muerte. Se le arrastró á una prision, y poco tiempo despues se le hizo morir. Diez y nueve oficiales, acusados de haber tenido relaciones con el santo mártir, y de haber elogiado tanto su constancia en los tormentos, fueron tambien atormentados, y á dos de los mas calificados se les cortó la cabeza por órden del emperador. La persecucion se estendia hasta las provincias. Los gobernadores, por obsequiar al príncipe, se distinguian por su impiedad contra los católicos, en todo el imperio: ellos hacian la guerra, no solo á las imágenes de los santos, sino tambien á sus reliquias, y las arrancaban de los santuarios, las arrojaban en los albañales y en los rios: las hacian quemar con huesos de animales, con el fin de que no pudiesen separarse las cenizas.

(AÑO 787 DE JESUCRISTO.)

SEPTIMO CONCILIO ECUMENICO, SEGUNDO DE NICEA.

Despues de la muerte de Constantino Copróni-mo, y de la de su hijo Leon, el supremo poder recayó en las manos de Irene, como regenta, á nombre de su hijo, que aun era niño. La Iglesia entonces, atormentada despues de tanto tiempo por la impiedad de los iconoclastas, comenzó á respirar. Esta princesa, adicta á la doctrina católica, se dedicó á reparar los males que habia causado el perverso gobierno de los últimos emperadores. Por consejo de Tarasio, patriarca de Constantinopla, escribió Irene al papa Adriano, para que convocase un concilio general. Aprobó el papa este designio, y envió dos legados, para que á su nombre lo presidiesen. Se habia electo al principio, la ciudad de Constantinopla para lugar de la asamblea; pero como los iconoclastas, cuyo número era grande, aun en esta ciudad, comenzaban á escitar allí algunas turbulencias, el concilio fué trasladado á Nicéa, ciudad célebre por el primer concilio ecuménico que se habia celebrado en ella. Los obispos, cuyo número ascendia á trescientos setenta y siete, se reunieron allí de las diversas provincias del imperio. Hubo dos comisarios del emperador, para mantener el órden, dejando á los obispos en una entera libertad. Se celebraron ocho sesiones: en la primera se leyó la carta del papa, en la que alegaba justamente la tradicion de la Iglesia, sobre la veneracion de las santas imágenes, y en la que se esplicaba la naturaleza de este culto. Se leyó tambien la confesion de fé de los patriarcas de Oriente, que no pudieron venir al concilio, porque estaban bajo el dominio de los mahometanos. Su doctrina era en todo conforme á la del santo padre: produjeron en favor de este culto los testimonios de la santa Escritura y de los antiguos padres: refutaron las objeciones de los icono-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clastas. La heregía quedó confundida y reducida al silencio. En fin, los padres, despues de haber manifestado que recibian con respeto los concilios precedentes, pronunciaron su juicio, concebido en estos términos: "Decidimos que las imágenes deben ser espuestas á la veneracion, no solamente de las Iglesias, sobre los vasos sagrados, sobre los ornamentos, sobre las paredes, sino tambien en las casas y en los caminos, porque cuanto mas se tengan á la vista las imágenes de Jesucristo Ntro. Sr., de su Santísima Madre, de los Apóstoles y de los otros santos; tanto mas fácilmente es elevada la alma á los originales, y con tanta mas facilidad se les honra. Se debe dar á estas imágenes honor y culto; pero no el culto de latría que esclusivamente conviene á la naturaleza divina. Podrá colocarse ante estas imágenes incienso y luces, como se ha acostumbrado hacer con la santa cruz, con el Evangelio y las otras cosas sagradas; porque el honor de la imágen se refiere al objeto que ella representa: tal es la doctrina de los padres y de la Iglesia católica." En seguida se pronunció *anatema* contra los iconoclastas. Este decreto fué suscrito por los legados y por todos los obispos. Se volvieron despues los padres á Constantinopla, y allí tuvieron la octava sesion, en presencia del emperador y de su madre, que firmaron la definicion del concilio, en medio de las aclamaciones de todos los asistentes. Así se estinguió por entonces esta atroz heregía. Pero los últimos reformadores, siguiendo las huellas de estos antiguos fanáticos, la han renovado en el siglo XVI con los mismos escesos de impiedad, de crueldad y de furor.

Adicion. =Los hereges Elipando de Toledo, y Felix de Orgel, enseñaban que el Salvador no era hijo de Dios por naturaleza, sino solamente por adopcion: dividia al Verbo hecho hombre, en dos personas, y aniquilaba la divinidad del que habia nacido de la Vírgen María y habia padecido por nosotros. El concilio de Francfort, celebrado en el año 794, condenó su perniciosa doctrina, y S. Paulino, arzobispo de Aquileya, compuso una Memoria, en que refutaba esta heregía, tanto en su nombre, como en el de los obispos italianos que estaban con él en Francfort.

(AÑO 768 DE JESUCRISTO.)

BELLAS CUALIDADES Y CELO DE CARLO MAGNO,

REY DE FRANCIA.

La piedad de Carlo Magno, rey de Francia, fué un nuevo motivo de gozo para la Iglesia, á la que este príncipe no cesó de protejer, durante el largo y glorioso curso de su reinado. Subió al trono siendo aun muy jóven; mas no tenia de su juventud mas que la actividad y vigor: la prudencia arreglaba todos sus pasos, y empleó su poder en estender el reino de Jesucristo. En los primeros años de su reinado publicó, á peticion de algunos obispos, una ordenanza para mantener la disciplina eclesiástica: protejió la santa sede, defendiéndola de las usurpaciones del rey de los Lombardos. Despues de largo tiempo, hacian los sajones algunas incursiones en las tierras de su dominio. Para reprimirlos, sostuvo contra ellos una larga guerra, que tuvo por resultado la conversion de estos pueblos. Este fué el fru-

to mas precioso que él se prometió de su conquista: parecia que todos sus deseos se ocupaban mas en estender la luz de la fé, que en someterlos á su poder. Estos pueblos idólatras opusieron una larga resistencia; pero al fin abrazaron la religion cristiana: por esta sumision les perdonó gustosamente sus precedentes y continuas revoluciones. Como Carlo Magno se recelaba de su inconstancia, y viendo que muchos de ellos no parecia que habian pedido el bautismo mas que por política, les mandó celosos misioneros para confirmarlos en la fé. Entre tanto Witikind, el mas acreditado de sus gefes, no se rendia, y estaba mas disgustado, que humillado por sus derrotas. Carlo Magno, que no habia logrado reducirlo por la fuerza de las armas, no perdió la esperanza de poderlo ganar por medio de unos pacíficos tratados. Le propuso una conferencia: Witikind volvió á Attigny, donde estaba entonces la corte, y allí lograron la magestad y bondad de Carlo Magno, lo que no habian conseguido sus combates. La benignidad y dulzura, desarmaron al gefe de los rebeldes, que se sometió con mucho gusto á tan grande príncipe. Aun hizo mas: durante su mansion en Francia, ecsaminó con cuidado la religion: desde que la conoció, la admiró, y al punto abrió los ojos á la gracia que ilustraba su entendimiento: detestó el paganismo, y pidió el bautismo. Lo recibió en efecto, y Carlo Magno quiso ser su padrino. Witikind, que siempre habia tenido tanta franqueza como valor, dió las mas escelentes pruebas de la sinceridad de su conversion: manifestó despues tanto celo por la propagacion de la fé, cuanta animosidad habia mostrado antes para retardar sus

progresos. Carlo Magno referia á Dios la gloria de estos sucesos, é hizo que se diesen solemnes acciones de gracias por la conversion de los sajones y de su gefe.

CARLO MAGNO RESTABLECE LOS ESTUDIOS.

Cuando Carlo Magno ascendió al trono, la ignorancia se habia difundido en toda la Francia: no habia en ella gusto á las letras: no habia maestros ni escuelas públicas en donde se pudiesen aprender. Carlo Magno, que sabia que el estudio de las ciencias y de las artes, no contribuye menos al bien de la religion que á la gloria del estado, se aplicó á restablecerlas en su reino. Para conseguirlo, era necesario abrir escuelas y escitar la emulacion: era tambien necesario encontrar maestros capaces de enseñar, y la Francia carecia de ellos. Este príncipe atrajo á su corte los hombres mas instruidos, y los personages mas acreditados en todos los paises estrangeros: él supo fijarlos en sus estados por medio de recompensas dignas de un monarca, y de los sábios que habian dejado su patria. No creia recompensar bastantemente á unos hombres que por sus talentos podian hacer honor á la Francia y á la religion. Un sábio ingles, el célebre Alcuino, fué de quien sacó muy útiles servicios, y á quien colmó de bienes y de honores. Este hombre, á quien se consideraba como el mas bello espíritu de su tiempo, habia enseñado en su pais las ciencias sagradas

to mas precioso que él se prometió de su conquista: parecia que todos sus deseos se ocupaban mas en estender la luz de la fé, que en someterlos á su poder. Estos pueblos idólatras opusieron una larga resistencia; pero al fin abrazaron la religion cristiana: por esta sumision les perdonó gustosamente sus precedentes y continuas revoluciones. Como Carlo Magno se recelaba de su inconstancia, y viendo que muchos de ellos no parecia que habian pedido el bautismo mas que por política, les mandó celosos misioneros para confirmarlos en la fé. Entre tanto Witikind, el mas acreditado de sus gefes, no se rendia, y estaba mas disgustado, que humillado por sus derrotas. Carlo Magno, que no habia logrado reducirlo por la fuerza de las armas, no perdió la esperanza de poderlo ganar por medio de unos pacíficos tratados. Le propuso una conferencia: Witikind volvió á Attigny, donde estaba entonces la corte, y allí lograron la magestad y bondad de Carlo Magno, lo que no habian conseguido sus combates. La benignidad y dulzura, desarmaron al gefe de los rebeldes, que se sometió con mucho gusto á tan grande príncipe. Aun hizo mas: durante su mansion en Francia, ecsaminó con cuidado la religion: desde que la conoció, la admiró, y al punto abrió los ojos á la gracia que ilustraba su entendimiento: detestó el paganismo, y pidió el bautismo. Lo recibió en efecto, y Carlo Magno quiso ser su padrino. Witikind, que siempre habia tenido tanta franqueza como valor, dió las mas escelentes pruebas de la sinceridad de su conversion: manifestó despues tanto celo por la propagacion de la fé, cuanta animosidad habia mostrado antes para retardar sus

progresos. Carlo Magno referia á Dios la gloria de estos sucesos, é hizo que se diesen solemnes acciones de gracias por la conversion de los sajones y de su gefe.

CARLO MAGNO RESTABLECE LOS ESTUDIOS.

Cuando Carlo Magno ascendió al trono, la ignorancia se habia difundido en toda la Francia: no habia en ella gusto á las letras: no habia maestros ni escuelas públicas en donde se pudiesen aprender. Carlo Magno, que sabia que el estudio de las ciencias y de las artes, no contribuye menos al bien de la religion que á la gloria del estado, se aplicó á restablecerlas en su reino. Para conseguirlo, era necesario abrir escuelas y escitar la emulacion: era tambien necesario encontrar maestros capaces de enseñar, y la Francia carecia de ellos. Este príncipe atrajo á su corte los hombres mas instruidos, y los personages mas acreditados en todos los paises estrangeros: él supo fijarlos en sus estados por medio de recompensas dignas de un monarca, y de los sábios que habian dejado su patria. No creia recompensar bastantemente á unos hombres que por sus talentos podian hacer honor á la Francia y á la religion. Un sábio ingles, el célebre Alcuino, fué de quien sacó muy útiles servicios, y á quien colmó de bienes y de honores. Este hombre, á quien se consideraba como el mas bello espíritu de su tiempo, habia enseñado en su pais las ciencias sagradas

y profanas con felices resultados. Él se prestó á la invitacion de Carlo Magno, y aconsejó á este príncipe el que estableciesen escuelas en las principales ciudades, y en las grandes Abadías de su reino. Carlo Magno tomó el consejo, y escribió con este fin á los obispos y abades una carta circular, ecshortándolos á formar tan útiles establecimientos. Como las lecciones dadas de viva voz no bastasen, y faltaban entonces libros, que son de algun modo los depósitos de la ciencia, el rey tomó las precauciones para impedir que este público manantial de erudicion no se alterase por la negligencia de los copistas, de que era necesario servirse antes de la invencion de la imprenta. Mandó por una ordenanza que no se ocupasen en copiar libros, sino hombres que fuesen inteligentes y de una edad madura. El estudio de la religion era el que llevaba principalmente su atencion. Hizo revisar y corregir con la mas grande esactitud los ejemplares manuscritos del antiguo y nuevo Testamento: puso asimismo todo su cuidado en la correccion de las oraciones que componen el oficio divino, á fin de que no hubiese en él cosa alguna que no fuese digna de la magestad de Dios. Hizo traer de Roma cantores que enseñasen á los franceses el canto romano en toda su pureza: ordenó á todos los maestos de canto del reino, que llevasen á corregir sus antifonarios, y enseñasen á algunos el arte de cantar. Para dar ejemplo él mismo de aplicacion al estudio, y para escitar mas eficazmente la emulacion, formó en el recinto de su palacio una academia, donde los jóvenes príncipes, sus hijos, y los grandes de la corte, venian á instruirse. El monarca mismo no se desdeñaba bajar algunas veces de su trono y enumerarse como uno de los discípulos de Alcuino. Sacó la Francia las mas grandes ventajas de este establecimiento. El deseo de instruirse, vino á ser general, y cada uno se empeñaba en adquirir algunos conocimientos. En poco tiempo se reunió una compañia de sábios, que recíprocamente mantenian un comercio de literatura, y se comunicaban entre sí sus luces. Se cree que esta fué la cuna de la universidad de París, la mas antigua y célebre de toda la Europa.

Adicion. = Miguel Curopalate, llamado tambien Rhangati, proclamado emperador á fines del año 811, resolvió desde luego esterminar los Paulicianos, discípulos de Paulo, un fanático muy acreditado en otro tiempo en Capadocia. Estos predicaban las impiedades y las detestables impurezas de los antiguos discípulos de Manés. Aunque los obispos, siguiendo la antigua tradicion, no querian suscribir á la pena de muerte á que los jueces sentenciaban á estos hereges, el emperador hizo degollar á muchos, y á todos persiguió de muerte por las abominaciones de su culto, y sus perversas costumbres.

Thiota, falsa profetiza, anunciaba, como inspirada de Dios, el fin del mundo para el año 847.

(AÑO 800 DE JESUCRISTO.)

CARLO MAGNO CORONADO EMPERADOR DEL OCCIDENTE.

Carlo Magno era dueño de casi todas las provincias que habian compuesto el imperio de Occidente. La Jermania, las Galias, una gran parte de la España y de la Italia, le obedecian: solo le faltaba

el título de emperador: ya tenia el de Patricio de Roma, que le habia sido concedido por los romanos. Éstos creyeron que no podian reconocer mejor los distinguidos servicios que él habia hecho á la Iglesia, que concediéndole la corona imperial. En un viage que este príncipe hizo á Roma, el papa Leon III, de acuerdo con los principales señores romanos, tomó la resolucion de hacerle proclamar emperador del Occidente. Nada se habia prevenido á Carlo Magno sobre este gran designio, con el fin de que no se sospechase que él hubiese solicitado esta dignidad. En efecto, habiendo ido el rey el dia de la Natividad á la Basílica de San Pedro, para asistir allí á la misa, quedó muy sorprendido cuando el papa le puso la corona imperial sobre la cabeza, mientras que el pueblo gritaba: "Vida y victoria al augusto y muy piadoso Cárlos, coronado de Dios, grande y pacífico emperador." El papa ungió entonces al rey y al príncipe Luis su hijo; y en seguida tributó el primero sus homenages al nuevo emperador, postrándose públicamente delante de él. De esta manera el imperio de Occidente, abandonado hasta entonces, por decirlo así, de sus antiguos poseedores, pasó á los franceses en la persona de un príncipe capaz por su valor y por su piedad, de sostener todo el peso de la gloria de los Constantinos y de los Teodosios. La modestia que este gran príncipe manifestó en esta ocasion, dió un nuevo realce á su dignidad, y fué un nuevo título para merecerlo. Eghinardo, su secretario, asegura, que al volver de la ceremonia este príncipe, protestaba que si él hubiese podido prever las intenciones de los romanos, se hubiera abstenido de ir aquel dia á la Iglesia, á pesar de la festividad solemne. Hizo magníficos presentes á la Basílica de San Pedro, y á las otras Iglesias de Roma: partió despues de pascua, para volver á Aixlachapella. Viéndose en paz con todos los pueblos vecinos, Carlo Magno quiso hacer memorables los principios de su imperio, redoblando su celo por el bien de sus pueblos y por la estirpacion de los vicios. Envió á las diversas provincias de sus estados comisionados reales, para que se informasen de las malas versaciones, y para que administrasen una esacta justicia á todos los que pudiesen haber sido ofendidos. Con esta última accion de equidad, acabó de prepararse para morir. Este gran príncipe fué atacado de fiebre, cuando Dios habia señalado el dia en que tantas virtudes habian de ser recompensadas en el cielo. Conociéndose grave, se hizo administrar el santo Viático, que recibió con grandes sentimientos de piedad, y entregó su alma á Dios á los 72 años de su edad. Tal fué la cristiana muerte del mas poderoso de nuestros reyes, de uno de los mas celosos defensores de la Iglesia, de un príncipe á quien el mundo ha colocado en el número de los héroes, y la religion en el catálogo de los santos.

(AÑO 892 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LOS DINAMARQUESES Y DE LOS SUECOS.

A la conversion de los sajones, siguió la de otros muchos pueblos, entre quienes la luz del Evangelio se estendió sin interrupcion alguna. San Ans-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cario la llevó á la Dinamarca y á la Suecia. Este santo apóstol habia nacido en Francia, y habia sido educado en el monasterio de Corbia. Cuando ya estaba lleno en el retiro de un espíritu apostólico, le mandaron sus superiores á Dinamarca, á ilustrar con la luz de la fé á sus habitantes, bárbaros é idólatras hasta entonces. Trabajó allí con buen efecto, y el número de los fieles crecia diariamente. El medio mas eficaz que empleó para que se perpetuase el fruto de sus predicaciones, fué comprar algunos esclavos jóvenes para educarlos en el temor de Dios; y con esto llegó á formar una escuela numerosa. Mientras que esta obra prosperaba, el rey de Suecia pidió al emperador Luis el Hermoso, algunos misioneros, para que anunciasen el Evangelio en sus estados. Juzgó el emperador que Anscario era muy á propósito para mandarlo á la Suecia: él hizo que allí llevase por compañero á otro religioso de Corbia, que se ofreció á acompañarlo en esta nueva mision. Partieron juntos los dos misioneros, llevando obsequiosos presentes que Luis enviaba al rey de Suecia; pero unos piratas los despojaron en el camino, y les quitaron aquellos presentes. Así es que, llegando á Suecia, no llevaron consigo mas que la buena nueva de salud. El rey, sin embargo, los recibió benignamente, y ellos hicieron muchas conversiones. El gobernador de la ciudad fué uno de los primeros á quienes la gracia convirtió. Este señor, que era muy querido del rey, hizo edificar una Iglesia; dió muchas señales de una sincera piedad, y perseveró en la fé que habia abrazado. Luego que el número de los cristianos se aumentó considerablemente, se estableció en Amburgo una silla arzobispal, y consagró por su primer arzobispo á San Anscario. El santo cultivó este campo con celo infatigable, y allí se mantuvo con una vida muy austera, sustentándose únicamente con pan y agua. Frecuentemente se retiraba á una pequeña ermita que él mismo habia edificado, con intencion de ir á buscar en ella su reposo, y derramar con libertad sus lágrimas delante de Dios, en los intervalos de tiempo que le dejaban libres sus funciones pastorales. Dios le concedió el don de hacer milagros, y curaba muchas enfermedades por la virtud de sus oraciones; pero por su humildad, nunca los atribuyó á ellas. Hablándose un dia delante de él de algunas de las curaciones milagrosas que habia hecho, "si yo tuviese, decia él, algun crédito con Dios, no le pediria sino un solo milagro, y es, el que me hiciese por su gracia hombre de bien." El santo prelado habia siempre esperado que derramaria su sangre por la fé. Cuando se vió atacado de la enfermedad de que murió, estaba inconsolable por no haber tenido aquella dicha. "¡Ah! decia, mis pecados me han privado de la gracia del martirio." Prócsimo ya á su muerte, reunió las fuerzas que le quedaban para ecshortar á sus discípulos á servir á Dios con fidelidad, y sostener su querida mision. Esta naciente Iglesia sufrió despues de algun tiempo una violenta tempestad por una irrupcion de bárbaros; pero la preciosa semilla que el santo apóstol habia ya sembrado, volvió á aparecer despues, y fructificó por los trabajos de sus succesores.

(AÑO 842 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LOS ESCLAVONES Y DE LOS RUSOS.

LA Esclavonia, pueblo bárbaro que ocupaba una parte del pais que hoy se llama Polonia, hacia frecuentes incursiones sobre las tierras del imperio de Oriente. Sus habitantes tuvieron ocasion de conocer la religion cristiana, y concibieron el deseo de abrazarla. Con este designio se dirigieron á la emperatriz Teodora, que gobernaba entonces á nombre de su hijo, por ser todavia niño, y la suplicaron que les enviase un misionero que los instruyera: prometieron en reconocimiento de este beneficio, ser desde entonces constantemente adictos al imperio. El que fué electo para esta mision, se llamaba Constantino. Desde que llegó á este pueblo se dedicó á aprender la lengua del pais: tradujo á este idioma el Evangelio, y las otras partes de la Escritura que creyó mas útiles para instruir á los fieles. Dios bendijo sus trabajos, y toda la nacion se hizo cristiana. La conversion de los esclavones abrió una puerta para que el Evangelio pasase á los rusos, sus vecinos: la luz de la fé no tardó en penetrar allí. Se aprovechó de esta oportunidad el emperador Basilio para concluir con ellos un tratado de paz; y despues de haber suavizado, por medio de regalos, su natural ferocidad, les hizo aceptar un obispo consagrado por Ignacio, patriarca de Constantinopla. Un sorprendente milagro que hizo el santo obispo, hizo

fecundas sus instrucciones. El príncipe de los rusos habia reunido la nacion para deliberar si deberian abandonar su antigua religion. Se hizo comparecer al santo obispo, y se le preguntó lo que venia á enseñar. El santo prelado manifestó el libro de los Evangelios, y refirió algunos milagros, tanto del antiguo, como del nuevo Testamento. El milagro de los tres niños en el horno, hizo la mas viva impresion en la asamblea, la cual dijo: "Si tú nos haces ver una maravilla semejante, creeremos que nos enseñas la verdad." "No es permitido tentar á Dios, respondió el santo obispo; sin embargo, si vos estais resueltos á reconocer su poder, pedid lo que os agrade, y os lo manifestará por el órgano de su ministro." Los rusos pidieron que el libro santo que él tenia en las manos, fuese arrojado al fuego, que ellos mismos prenderian; y prometieron que si no se quemaba, se harian cristianos. Entonces el obispo, levantando sus ojos y manos ácia el cielo, esclamó: "Jesus, hijo de Dios, glorificad vuestro santo nombre en presencia de este pueblo." Arrojaron el libro en una hoguera encendida, y lo dejaron allí mucho tiempo. Al fin se estinguió el fuego, y se encontró el libro tan entero, como lo habia estado al arrojarse en él. Inmediatamente el pueblo pidió el bautismo, y se apresuró á recibirlo. Dios ha renovado de siglo en siglo, y renueva aun en nuestros dias, los milagros que han distinguido el establecimiento de la religion cristiana. Su brazo no se ha acortado; y cuando envia misioneros á un pueblo nuevo, obra en su favor los mismos milagros que han acompañado á la predicacion de los Apóstoles.

Adicion.=En el año 848, en un concilio que celebró Rabáno en Maguncia, se condenaron los errores de Gotescalco, monge díscolo, que habia mostrado siempre todas las disposiciones para llegar á un novador peligroso. Tenia Gotescalco algun estudio, talento y una imaginacion igualmente fuerte que precipitada: decia que la divina predestinacion imponia al hombre tal necesidad, que aunque quisiese salvarse é hiciese, con el ausilio de la gracia, esfuerzos para obrar su salud con la fé y las obras, nada podria si no estaba predestinado. Se celebró otro concilio en Quersi, sobre el rio Oirsa, en el que Gotescalco, oido de nuevo, fué juzgado herege incorregible; depuesto del órden sacerdotal; condenado á ser azotado, y puesto en prision. La flagelacion, segun la regla de San Benito, era el castigo de los monges indóciles; y el abad Orbais, superior de Gotescalco, con otros muchos abades que asistian al concilio, le juzgó digno de esta pena; en particular, por las atroces injurias en que se precipitó contra los padres.

(AÑO 855 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LOS BULGAROS.

Los búlgaros, en una guerra que sostuvieron contra Teófilo, emperador de Oriente, perdieron una batalla considerable, y entre los primeros se encontró la hermana del rey vencido. Esta princesa fué llevada á Constantinopla con los demas prisioneros de guerra, y allí se retuvo por el espacio de 38 años. En este dilatado tiempo, ella misma hizo que se le instruyese en la religion cristiana, y recibió el bautismo. Despues de la muerte del emperador, la emperatriz Teodora gobernó, á nombre de su hijo. Entonces el rey de los búlgaros, creyendo que aquella circunstancia le era favorable para reparar su derrota, le declaró la guerra. Teodora le contestó con firmeza, que si entraba en las tierras de su imperio, marcharia contra él, segura de vencerle; pero que aun cuando la misma victoria se declarase por su parte, deberia avergonzarse el haber combatido con una muger. El rey, asombrado de una respuesta tan arrogante, concibió una grande estimacion ácia Teodora: le ofreció la paz con ciertas condiciones, que fueron aceptadas: una de ellas era, que se pusiese en libertad á la hermana del rey. Volviendo en compañia de su hermano, no cesaba la princesa de hablarle sobre la religion cristiana, y de ecshortarle á que la abrazase. Conmovian sus discursos al rey, y parecia que el cielo obraba de acuerdo con la princesa. Habiéndose estendido en la Bulgaria una enfermedad contagiosa, el rey recurrió al Dios de su hermana, y el contagio cesó al momento. Despues de este prodigio, el rey estaba convencido; mas el temor de sublevar á sus vasallos, que estaban muy apegados á sus supersticiones, lo detenian: era preciso que el terror hiciese á este príncipe doblar la cerviz al yugo del Evangelio. Se presentó la ocasion, y sin duda alguna la Providencia fué quien la dirigió. Habia mandado el rey pintar una galería en su palacio; y como era naturalmente duro y feroz, habia encargado espresamente al pintor el que escogiese un objeto terrible. El pintor, que era cristiano, pintó al vivo el juicio final, y los horribles suplicios de los réprobos, con unas circunstancias las mas capaces de inspirar el terror. La esplicacion de este cuadro, llenó de espanto al rey mismo: se resolvió á renunciar la idolatría, é hizo saber á Teodora que no aguardaba mas que á un ministro

de la religion cristiana para recibir el bautismo. Le mandó la emperatiz un obispo, que lo bautizó de noche. Sin embargo de las precauciones que se tomaron para tener secreta esta accion, el rumor de ella se estendió muy pronto. Los búlgaros se amotinaron y vinieron á atacar el palacio; mas el rey, lleno de confianza en los socorros del cielo, salió á la cabeza de sus domésticos, y disipó esta multitud de sediciosos: perdonó á los rebeldes, que al fin concibieron las ideas mas justas de la religion, y la abrazaron gustosamente. Mandó el rey entonces algunos embajadores al papa, como á gefe de la Iglesia, pidiéndole ministros evangélicos, y consultándole sobre muchas cuestiones pertenecientes á la religion y á las costumbres. El papa Nicolás I vió con ternura á estos nuevos cristianos, que habian venido de paises tan remotos á recibir las instrucciones de la santa sede. Despues de haberlos acogido con un afecto paternal, respondió á su consulta, y los mandó llenos de gozo, acompañados de dos obispos recomendables por su sabiduría y su virtud.

(AÑO 858 DE JESUCRISTO.)

FOCIO USURPA LA SILLA DE CONSTANTINOPLA.

Dios, que por una parte consolaba á su Iglesia con los progresos que hacia el cristianismo en los paises del Norte, permitió por otra parte el que fuese turbada con la escandalosa intencion de Fócio

en la silla de Constantinopla. Este hombre distinguido por su alto nacimiento, por sus cualidades y por su ciencia, habia sido honrado con muchos empleos distinguidos en la corte imperial, pero él oscureció todos sus talentos con su ambicion y sus intrigas. Lo distinguia con singulares favores el César Bardas, tio del jóven emperador Miguel, y su primer ministro. Bardas era de muy desarregladas costumbres; y habiéndole escomulgado San Ignacio, patriarca de Constantinopla, despues de amonestaciones inútilmente repetidas, resolvió perder á este santo prelado. Como lograba mucho ascendiente sobre el espíritu del emperador, su sobrino, le persuadió que desterrase á San Ignacio, y él empleó cuantos medios estaban á su alcance para obligar al patriarca á que renunciase su silla. Mas no habiendo podido conseguirlo, hizo elegir para el patriarcado, contra todas las reglas, á Fócio, aunque todavia era lego. Una promocion tan irregular escandalizó á todos los espíritus. Los obispos sufragáneos de Constantinopla no quisieron al principio reconocer á Fócio por patriarca; pero logró al fin ganar algunos, y á los demas desterró. Fué para Fócio gran ventaja que el papa Nicolás le hubiese sostenido con su aprobacion. Le escribió para darle parte de su elevacion á la silla patriarcal. El intrigante nada omitió hacer para prevenir en su favor al soberano pontífice. Con el fin de hacerlo creer que contra su voluntad le habian escogido para llenar este alto destino, le dice que con todas sus fuerzas le habia rehusado, pero se le habia hecho violencia; y á pesar de haber derramado abundantes lágrimas, habia consentido, por último, recibir la imposicion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de manos. Añadia, que Ignacio se habia retirado con su entera voluntad á un monasterio, para terminar allí sus dias en un honroso retiro, que se habia resuelto á tomar este partido por su vejez y por sus enfermedades. Esta carta iba acompañada de otra del mismo emperador, que confirmaba todas estas imposturas. Mientras esto pasaba, San Ignacio habia sido encerrado en una inmunda prision, en donde se le trataba indignamente. Con el designio de hacerle perecer, se le acusó de haber conspirado contra el estado, aunque ninguna prueba pudo darse de semejante calumnia. Le cargaron de cadenas y le enviaron desterrado á Mitilena, en la isla de Lesbos. El papa, á quien San Ignacio no habia podido dar noticia alguna de lo que pasaba, porque sus enemigos no le habian dejado la libertad de escribir, se abstuvo, y no quiso decir nada sobre la eleccion de Fócio, sin un maduro ecsámen. Su santidad tomó el partido de enviar á Constantinopla dos legados, para informarse de la verdad de los hechos, y poder cerciorarse de ellos. Los legados recibieron en el camino los regalos del emperador y de Fócio, quienes anticipadamente buscaban medios de seducirlos. Cuando llegaron á Constantinopla, se les pusieron centinelas de vista, y se les separó de toda comunicacion, para que no pudiesen instruirse de las violencias que habian hecho á San Ignacio. Les amenazaron con los últimos rigores si no reconocian á Fócio por patriarca. Ellos resistieron mucho tiempo; pero al fin cedieron; y vencidos por las solicitaciones, las promesas y las amenazas, se prestaron á los deseos del príncipe.

FAMOSAS INTRIGAS DE FOCIO.

San Ignacio encontró al fin el medio de informar al soberano pontífice de todo lo que pasaba en Constantinopla. Se quejó el papa de la prevaricacion de los legados, y condenó todo lo que se habia hecho. Escribió al emperador y á Fócio unas cartas, en que reconocia á Ignacio por patriarca legítimo, y declaraba nulo el nombramiento de Fócio. Pero éste suprimió las verdaderas cartas, y las sustituyó con otras falsas, en las que hacia decir al papa, que su santidad sentia haberle sido contrario; que habiendo, en fin, descubierto la verdad, le prometia una constante amistad. No tuvo buen écsito esta impostura. Entonces este imprudente falsario maquinó otra intriga, de la que no se ha visto ejemplo alguno. Fingió un concilio ecuménico, tenido contra el papa Nicolás. Dió á esta supercheria todas las apariencias de la verdad, para que al menos los estraños pudieran creerla. Las actas de este pretendido concilio fueron dirigidas con tanto cuidado, que podian seducir aun á los espíritus mas atentos. Como el intrigante estaba perfectamente instruido de cuanto pertenece á la celebracion de los concilios, habia dado á su imaginaria asamblea la forma mas regular. Allí se veían los acusadores que pedian justicia contra el papa, y los testigos que sostenian con juramento á los gefes de la acusacion. Fócio se encargaba de hacer el papel de defensor

de manos. Añadia, que Ignacio se habia retirado con su entera voluntad á un monasterio, para terminar allí sus dias en un honroso retiro, que se habia resuelto á tomar este partido por su vejez y por sus enfermedades. Esta carta iba acompañada de otra del mismo emperador, que confirmaba todas estas imposturas. Mientras esto pasaba, San Ignacio habia sido encerrado en una inmunda prision, en donde se le trataba indignamente. Con el designio de hacerle perecer, se le acusó de haber conspirado contra el estado, aunque ninguna prueba pudo darse de semejante calumnia. Le cargaron de cadenas y le enviaron desterrado á Mitilena, en la isla de Lesbos. El papa, á quien San Ignacio no habia podido dar noticia alguna de lo que pasaba, porque sus enemigos no le habian dejado la libertad de escribir, se abstuvo, y no quiso decir nada sobre la eleccion de Fócio, sin un maduro ecsámen. Su santidad tomó el partido de enviar á Constantinopla dos legados, para informarse de la verdad de los hechos, y poder cerciorarse de ellos. Los legados recibieron en el camino los regalos del emperador y de Fócio, quienes anticipadamente buscaban medios de seducirlos. Cuando llegaron á Constantinopla, se les pusieron centinelas de vista, y se les separó de toda comunicacion, para que no pudiesen instruirse de las violencias que habian hecho á San Ignacio. Les amenazaron con los últimos rigores si no reconocian á Fócio por patriarca. Ellos resistieron mucho tiempo; pero al fin cedieron; y vencidos por las solicitaciones, las promesas y las amenazas, se prestaron á los deseos del príncipe.

FAMOSAS INTRIGAS DE FOCIO.

San Ignacio encontró al fin el medio de informar al soberano pontífice de todo lo que pasaba en Constantinopla. Se quejó el papa de la prevaricacion de los legados, y condenó todo lo que se habia hecho. Escribió al emperador y á Fócio unas cartas, en que reconocia á Ignacio por patriarca legítimo, y declaraba nulo el nombramiento de Fócio. Pero éste suprimió las verdaderas cartas, y las sustituyó con otras falsas, en las que hacia decir al papa, que su santidad sentia haberle sido contrario; que habiendo, en fin, descubierto la verdad, le prometia una constante amistad. No tuvo buen écsito esta impostura. Entonces este imprudente falsario maquinó otra intriga, de la que no se ha visto ejemplo alguno. Fingió un concilio ecuménico, tenido contra el papa Nicolás. Dió á esta supercheria todas las apariencias de la verdad, para que al menos los estraños pudieran creerla. Las actas de este pretendido concilio fueron dirigidas con tanto cuidado, que podian seducir aun á los espíritus mas atentos. Como el intrigante estaba perfectamente instruido de cuanto pertenece á la celebracion de los concilios, habia dado á su imaginaria asamblea la forma mas regular. Allí se veían los acusadores que pedian justicia contra el papa, y los testigos que sostenian con juramento á los gefes de la acusacion. Fócio se encargaba de hacer el papel de defensor

del papa, fingiendo que no queria que se condenase á un papa ausente. Pero los padres del pretendido concilio no se rindieron á las razones que él alegaba para defenderlo; y Fócio, cediendo, en fin, á su autoridad, aunque afectando dolor, pronunció contra Nicolás la sentencia de deposicion y escomunion. El impostor encontró á algunos obispos bastante corrompidos para que firmasen estas falsas actas, y él mismo añadió á ellas cerca de mil firmas. Se veían tambien en ellas los nombres de los diputados, de los tres patriarcas de Oriente, y el del emperador. Todas estas firmas eran supuestas. Fócio tuvo la imprudencia de enviar estos pliegos á Luis el Hermoso, rey de Francia, para obligar á este príncipe á que echase á Nicolás de su silla. Dirigió á los obispos de Oriente una carta circular, llena de insultos contra la Iglesia latina: trataba en ella de error la doctrina que nos enseña que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, sin embargo de que este dogma católico ha sido tambien enseñado por los padres griegos, del mismo modo que por los latinos, y aprobado en muchos concilios: reprochaba á la Iglesia romana algunos puntos de disciplina, que él mismo habia considerado hasta entonces como legítimos é irreprensibles. Esta fué como una semilla oculta, que despues de haber germinado durante mucho tiempo, produjo, en fin, un cisma funesto, que aun dura en nuestros dias.

(AÑO 869 DE JESUCRISTO.)

RESTABLECIMIEMTO DE SAN IGNACIO

Y OCTAVO CONCILIO ECUMÉNICO.

No encontró Fócio en el emperador Basilio, el favor que Miguel su predecesor le habia dispensado. El nuevo emperador lejos de protejer al usurpador, reunió en su palacio los obispos que se hallaban en Constantinopla, y por su consejo depuso á Fócio de la silla patriarcal, y lo hizo encerrar en un monasterio. En esta ocasion se descubrieron las actas del falso concilio, cuya novela habia urdido este hombre malvado. El ejemplar que se encontró en su casa, fué llevado al senado y espuesto á la vista del pueblo, que miró con horror una impostura tan estraña. Despues que el usurpador fué espelido, Ignacio, patriarca legítimo, volvió á entrar solemnemente á su Iglesia: y para reparar tantos escándalos, obligó al príncipe á convocar un concilio general. El emperador dirigió algunos diputados al papa, pidiendole que enviase sus legados. Al mismo tiempo escribió á los tres patriarcas de Oriente, y á todos los obispos del imperio, invitándolos al concilio, que se celebró en efecto en Constantinopla, el año 869. El papa Adriano II, sucesor de Nicolao, nombró tres legados, á quienes entregó dos cartas, una para el emperador y otra para el patriarca. Entraron á Constantinopla con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la mas grande pompa, y estos legados siempre inflecsibles, defendieron con dignidad la primacía de la Santa Sede. Ellos ocupaban el primer asiento en el concilio, despues de los cuales se sentó Ignacio, y los diputados de los otros patriarcas de Oriente. Once de los principales oficiales de la corte asistieron á todas las sesiones, para mantener en ellas el buen órden. Leyeron los legados la fórmula de reunion, que recibió todo el concilio. En ella se reconocia la primacía de la Iglesia romana, y se pronunció allí mismo anatema contra todos los hereges, particularmente contra Fócio y contra todos aquellos que permanecian unidos á su comunion. Se perdonó á aquellos obispos á quienes la violencia ó el temor habian compelido á abrazar el partido de Fócio, y que humildemente pidieron perdon de su debilidad. Se citó á Fócio á que compareciese, pero fué preciso llevarle por fuerza. Este hipócrita afectó todos los modales de la inocencia, y remedó la persona de un justo oprimido. A las mas de las preguntas que se le hicieron, guardó un profundo silencio, y cuando le obligaron á hablar, tomó en sus respuestas las mismas palabras que Jesucristo habia pronunciado delante de los jueces en tiempo de su pasion. Fué despedido nuevamente con indignacion. La sesion última fué la mas numerosa: asistió á ella el emperador con sus dos hijos: se confirmaron entonces los decretos de los papas Nicolao y Adriano en defensa de San Ignacio y contra Fócio. Este usurpador permaneciendo obstinado, fué anatematizado del mismo modo que sus secuaces. El emperador declaró á continuacion, que si alguno tenia alguna cosa de que quejarse por las decisiones del concilio, manifestase allí mismo sus motivos; porque cerrada la sesion y separada la asamblea, todos quedarian sujetos á obedecer, so pena de incurrir en su indignacion. Se escribieron por último, á nombre del concilio, dos cartas, una al papa Adriano pidiéndole que confirmase con su autoridad los decretos del concilio, é hiciese recibirlos á todas las Iglesias de Occidente: la otra dirigida á todos los fieles, ecshortándolos á que se sujetasen á sus decisiones.

REFLECSIONES SOBRE LAS HEREGIAS.

La segunda prueba por donde debia pasar la Iglesia, son las heregías y los cismas. "Es preciso, dice el apóstol, que haya heregías, para que se descubran entre vosotros los que son de una virtud probada." Esta persecucion que la Iglesia sufrió de los hereges, nunca ha sido mas violenta que en aquel tiempo en que cesaba la de los paganos. El infierno hizo entonces los mayores esfuerzos para destruir por medio de los mismos cristianos esta Iglesia, á quien los ataques de sus primeros enemigos no habian hecho mas que darla mayor firmeza. Apenas comenzaba á respirar gozando de la paz que por Constantino habia logrado, cuando Arrio escitó contra ella una tempestad mas violenta que cuantas hasta entonces habia sufrido. Constancio, hijo de Constantino, seducido por los arrianos; afligió por todas partes á los católicos, nuevo perseguidor del

cristianismo, y tanto mas formidable cuanto que bajo el nombre de Jesucristo hacia la guerra al mismo Jesucristo. Despues de él siguió Valente adicto del mismo modo á los arrianos, pero mas violento que Constancio. Así otros emperadores protejieron con igual obstinacion diversas heregías. La Iglesia conoció por una triste esperiencia, que no tenia menos que padecer bajo los emperadores cristianos, que lo que habia padecido bajo los príncipes infieles, y que debia derramar la sangre de sus confesores para defender, no solamente todo el cuerpo de su doctrina, sino tambien cada artículo de su fé en particular. No ha habido en efecto alguno de ellos que no haya visto combatir por sus mismos hijos: la divinidad de Jesucristo, su encarnacion, su gracia, sus sacramentos, todos los dogmas, en fin, han llegado á ser la materia de diferentes errores, y han dado igualmente ocasion á divisiones muy funestas. En esta confusion de sectas que se levantaba entre los cristianos, Dios no desamparó á su Iglesia, y la hizo entonces tan invencible contra las divisiones intestinas, como la habia hecho victoriosa contra los enemigos estraños. Toda la Iglesia ha decidido solemnemente cada uno de estos dogmas: es decir, que ella ha confirmado aquello mismo de que ya tenia posesion su antigua creencia, cuando habia aparecido la heregía y los que habian turbado esta posesion introduciendo la novedad, han sido arrojados de su seno. La Iglesia que habia visto levantarse las heregías segun la prediccion de Jesucristo; las habia tambien visto caer unas despues de otras segun sus promesas, sin embargo de haber sido sostenidas por los emperadores y por los

reyes. Constancio y Valente no han tenido mas poder para alterar la fé de la Iglesia, que el que tuvieron Neron y Diocleciano para impedir su establecimiento. Dios para probar á los que permanecian inviolablemente adictos á la verdad, ha permitido que ciertas heregías hiciesen algunos progresos; pero jamas ha prevalecido el error. La enseñanza pública y universal ha estado siempre en favor de la verdad; la Iglesia ha conservado perpétuamente un carácter de autoridad, que los hereges no han podido imitar; nunca ha dejado de ser católica ó universal, porque se estendia por todas partes, y nada perdia de su universalidad; aunque separase á algunos de sus miembros. Si se estudia con atencion la historia de la Iglesia, se advertirá que cuantas veces por una parte la ha disminuido la heregía, por otra ha resarcido sus pérdidas haciendo nuevas conquistas: del mismo modo que un árbol robusto á quien se arrancan algunas ramas, su buen jugo no se pierde por esto: él retoña por otra parte; y la separacion de la madera superflua, hace que produzca frutos mas escelentes. Ella era apostólica, es decir que subia por una sucesion no interrumpida de los pastores hasta San Pedro, á quien Jesucristo estableció gefe de los apóstoles, cuando por otra parte todas las sectas han carecido necesariamente de esta sucesion en el ministerio: y no ha habido alguna que no haya sido inventada por su autor criado en la Iglesia antes de formar una sociedad aparte. Esta separacion habia sido ruidosa, su época era conocida, los paganos mismos consideraban á la Iglesia como el tayo de donde todas las otras sociedades se habian separado: como el tronco siempre vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vo, á quien las ramas cortadas no privan de su verdor: ellos la llamaban la "Grande Iglesia, Iglesia católica:" no era posible darle otro nombre ni reconocer otro autor de ella que al mismo Jesucristo. Las heregías por el contrario, han llevado sobre su frente un carácter de novedad y de rebelion, que no han podido ocultar: nunca han podido despojarse del nombre de sus autores: los Arrianos, los Pelagianos, los Nestorianos, en vano se ofendian del nombre que se les daba, á su pesar el mundo queria hablar naturalmente, y designaba cada secta por el nombre de aquel de quien traia su orígen. Este hecho palpable de su separacion de la grande Iglesia, la Iglesia antigua, la Iglesia apostólica siempre ha subsistido: esta tacha de su novedad que no podian borrar, deponia siempre contra ellos, y manifestaba á los ojos de todo el universo que su secta era obra de los hombres. Así es que estas ramas separadas del tronco del árbol han perdido siempre su fecundidad; por esto no podian crecer; como sarmientos separados al fin venian á secarse: las obras de los hombres han perecido á pesar del infierno que las sostenia; pero la obra de Dios ha quedado firme é inmutable. La Iglesia ha triunfado de las heregías, como antes habia triunfado de la idolatría, y triunfará siempre de todas las que se levanten en la Iglesia de Jesucristo: las verá caer á sus pies: sus victorias pasadas son para ella un garante seguro, de las que obtendrá en lo porvenir: las promesas que ha recibido son eternas, y seguirán cumpliéndose en toda la sucesion de los siglos.

HISTORIA COMPENDIADA
DE
LA IGLESIA.

PARTE SEGUNDA.

INCURSION DE LOS PUEBLOS BARBAROS.—ESCANDALOS.
(Siglo X.)

EN el siglo X la Iglesia tuvo mucho que sufrir de la ferocidad de los pueblos del Norte, que destrozaron sucesivamente todas las provincias del imperio de Occidente. Los Normandos, los Húngaros, y otros pueblos salvages recorrieron á mano armada la Alemania, la Inglaterra, la Francia, la Italia y la España, y causaron por todas partes males infinitos. Las ciudades fueron reducidas á cenizas: los monasterios saqueados y destruidos: los estudios abandonados: las ciencias y las artes casi olvidadas. La ignorancia produjo la relajacion de la disciplina y la corrupcion de las costumbres: los escándalos se multiplicaron, las leyes mas santas eran violadas públicamente: el mal se habia estendido hasta entre los primeros pastores, y no estaba esenta de él la misma Roma. Gemia la Iglesia por estos desórdenes, y esta prueba era para ella mil veces mas do-

vo, á quien las ramas cortadas no privan de su verdor: ellos la llamaban la "Grande Iglesia, Iglesia católica:" no era posible darle otro nombre ni reconocer otro autor de ella que al mismo Jesucristo. Las heregías por el contrario, han llevado sobre su frente un carácter de novedad y de rebelion, que no han podido ocultar: nunca han podido despojarse del nombre de sus autores: los Arrianos, los Pelagianos, los Nestorianos, en vano se ofendian del nombre que se les daba, á su pesar el mundo queria hablar naturalmente, y designaba cada secta por el nombre de aquel de quien traia su orígen. Este hecho palpable de su separacion de la grande Iglesia, la Iglesia antigua, la Iglesia apostólica siempre ha subsistido: esta tacha de su novedad que no podian borrar, deponia siempre contra ellos, y manifestaba á los ojos de todo el universo que su secta era obra de los hombres. Así es que estas ramas separadas del tronco del árbol han perdido siempre su fecundidad; por esto no podian crecer; como sarmientos separados al fin venian á secarse: las obras de los hombres han perecido á pesar del infierno que las sostenia; pero la obra de Dios ha quedado firme é inmutable. La Iglesia ha triunfado de las heregías, como antes habia triunfado de la idolatría, y triunfará siempre de todas las que se levanten en la Iglesia de Jesucristo: las verá caer á sus pies: sus victorias pasadas son para ella un garante seguro, de las que obtendrá en lo porvenir: las promesas que ha recibido son eternas, y seguirán cumpliéndose en toda la sucesion de los siglos.

HISTORIA COMPENDIADA
DE
LA IGLESIA.

PARTE SEGUNDA.

INCURSION DE LOS PUEBLOS BARBAROS.—ESCANDALOS.
(Siglo X.)

EN el siglo X la Iglesia tuvo mucho que sufrir de la ferocidad de los pueblos del Norte, que destrozaron sucesivamente todas las provincias del imperio de Occidente. Los Normandos, los Húngaros, y otros pueblos salvages recorrieron á mano armada la Alemania, la Inglaterra, la Francia, la Italia y la España, y causaron por todas partes males infinitos. Las ciudades fueron reducidas á cenizas: los monasterios saqueados y destruidos: los estudios abandonados: las ciencias y las artes casi olvidadas. La ignorancia produjo la relajacion de la disciplina y la corrupcion de las costumbres: los escándalos se multiplicaron, las leyes mas santas eran violadas públicamente: el mal se habia estendido hasta entre los primeros pastores, y no estaba esenta de él la misma Roma. Gemia la Iglesia por estos desórdenes, y esta prueba era para ella mil veces mas do-

lorosa que las persecuciones. Estos escándalos en lugar de debilitar nuestra fé, deben al contrario servir para afirmarla. En estas circunstancias es cuando se hace mas sensible, que es la mano de Dios la que sostiene á la Iglesia y no la del hombre. En medio de tantos desórdenes, la fé se mantuvo siempre pura. Dios no permitió que la moral cristiana y la creencia católica tuviese el menor demérito en la pública doctrina. Nunca se ha dejado de reclamar contra los vicios y los abusos; se renovaban en todos los concilios las leyes de la disciplina, y se hacian esfuerzos para restablecer su observancia. La Divina Providencia ha suscitado santos ilustres que se han opuesto con celo al torrente de la iniquidad. En fin, la Iglesia ha tenido fuerzas bastantes, no solo para curar las heridas que habia recibido de los bárbaros, sino aun tambien para convertir á estos nuevos perseguidores, y para someterlos al yugo del Evangelio. Las naciones feroces que habian derribado el imperio romano, lejos de destruir la Iglesia, ellas mismas han venido á ser su conquista. Es cierto que ha sido necesario algun tiempo para domar los restos de su primitiva barbarie, y para disipar la ignorancia que era consecuencia de aquella; pero en fin, Dios ha hecho triunfar á la Iglesia de la ignorancia y de la barbarie como ya habia triunfado de las persecuciones y de las heregías. Las ciencias y las artes encontraron un asilo entre el clero y en los monasterios. Las casas episcopales y religiosas se convirtieron en escuelas públicas, en donde se ha conservado el gusto del estudio y el amor á las ciencias. Mientras que los nobles dedicados á la profesion de las armas veian con menos-

precio el cultivo de las letras: los clérigos y los monges se ocupaban en copiar las obras antiguas que habian arrancado de las manos de los bárbaros: habrian perecido para siempre estos preciosos monumentos, si la Iglesia no hubiera tenido cuidado de transmitirlos á la posteridad: de su seno han salido estas débiles centellas de las letras, que estendidas han comenzado á arrojar nuevamente alguna claridad. A la religion se deben, no solo la tradicion constante y ordenada de las verdades que reglan nuestra creencia y nuestras costumbres; sino tambien el restablecimiento de las letras, y la vuelta á la Europa de las ciencias y de las bellas artes.

(AÑO 942 DE JESUCRISTO.)

RESTABLECIMIENTO DE LA DISCIPLINA EN INGLATERRA.

LA Iglesia, á quien el espíritu de Dios nunca abandona, encuentra en sí misma en los tiempos de relajacion, un principio de vida que la renueva y le restituye su primer vigor. San Odon fué colocado por la Providencia en la primera silla de Inglaterra para reparar la disciplina en este reino. Desde que él fué arzobispo de Cantorbery, dictó sábios reglamentos para la instruccion del clero, de los grandes y del pueblo. Sostenido por el rey Edmundo que favoreció los deseos del santo prelado, publicó leyes propias para restablecer el buen órden. Un obispo lleno de celo no puede dejar de hacer mucho bien cuando encuentra apoyo en un princi-

pe religioso. Así San Odon reformó innumerables abusos; y San Dustano su sucesor acabó la obra que él felizmente habia comenzado. Aquel santo prelado animado del mismo espíritu, viéndose obligado por su dignidad á velar sobre todas las Iglesias de Inglaterra, recorrió las diferentes ciudades de este reino, instruyendo á los fieles sobre las reglas de la vida cristiana, y llevándolos á la práctica de todas las virtudes, con ecshortaciones enérgicas y persuasivas. Hablaba con tanta uncion y fuerza, que parecia imposible resistirla: era infatigable, constantemente se ocupaba en quitar los escándalos, en terminar las disputas, y en apaciguar los ódios: no se separaba de sus trabajos casi continuos sino para recogerse á la oracion. El objeto principal de su celo era la reforma del clero: empeñábase para que castigasen severamente á los que deshonraban este santo estado con su mala conducta, y así llegó á darle todo su esplendor, de suerte que las casas mas ilustres de Inglaterra miraban como un grande honor ver á sus hijos abrazar este estado. La firmeza de San Dustano igualaba á su actividad. Uno de los mas poderosos señores del pais se habia casado con una parienta suya, y no queria separarse de ella, aunque ya se le habia amonestado por tres ocasiones. El santo prelado le prohibió la entrada á la Iglesia. El conde dirigió su queja al rey y obtuvo de él una órden dirigida al arzobispo para que le levantase la censura. San Dustano sorprendido de que un rey tan piadoso se hubiese así dejado engañar, ecshortó al conde á la penitencia; pero viendo que aun así era peor su conducta, respondió con firmeza: cuando yo os vea verdaderamente penitente, obedeceré con gusto al rey; pero mientras permanezcais obstinado en vuestro pecado, ¡Dios no permita que ningun hombre mortal me obligue á violar su ley ni á hacer despreciables las censuras! El vigor de este santo ministro movió por último á que este pecador se arrepintiese sinceramente. El conde se sometió, y no solo renunció á este ilícito enlace, sino que se presentó descalzo en medio de un concilio compuesto de todos los obispos de toda la nacion que entonces se celebraba, revestido con un hábito grosero, y teniendo en la mano una disciplina en señal de sumision; se arrojó á los piés de su obispo, quien mezclando sus lágrimas con las del penitente, le levantó la escomunion. La firmeza apostólica de San Dustano se dejó ver aun con mas esplendor algun tiempo despues. El rey, aunque era tan religioso, tuvo la debilidad de cometer un grande crímen. El santo arzobispo fué inmediatamente á encontrarlo, y le representó con energia la enormidad de su pecado. Tocado el rey de sus amonestaciones, le preguntó con lágrimas lo que debia hacer para obtener el perdon. El santo arzobispo impuso una penitencia conveniente á este príncipe, la que cumplió escrupulosamente.

(AÑO 991 DE JESUCRISTO.)

RESTABLECIMIENTO DE LA DISCIPLINA EN ALEMANIA.

Por este tiempo algunos ilustres y piadosos obispos, poderosamente sostenidos por el emperador

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Oton, trabajaron con la misma felicidad en reformar los abusos de Alemania; pero ninguno con tanta eficacia como San Bruno, arzobispo de Colonia, hermano del príncipe. Habia recibido Bruno una educacion conforme á su nacimiento: desde la edad de cuatro años fué enviado á Utrecht, donde el obispo Baudri habia reunido los mas escelentes maestros, á quien él aventajaba en sabiduría. Hizo grandes progresos en las ciencias; pero fueron mas grandes y admirables los que entonces hizo en la virtud. Su piedad no se resfriaba por su dedicacion al estudio: era muy aplicado á los oficios divinos; y el recogimiento con que los practicaba era de mucha edificacion á todos los asistentes. Las mas pequeñas irreverencias en el servicio divino inflamaban su celo. Un dia que vió al príncipe Henrique, su hermano, entretenerse en tiempo de la misa con Conrado, duque de Lorena, los amenazó con la cólera de Dios. Bastaba el que se amase la religion para obtener de él cualquier beneficio. El fomentaba con su proteccion todas las empresas que tenian por objeto la gloria de Dios. Habiendo vuelto á la corte halló en ella el celo mas fervoroso en la piedad: ella era entonces una escuela de reales y cristianas virtudes. Santa Matilde, madre del emperador, el mismo Oton, y Adelaida su esposa, daban con la regularidad de su conducta, las lecciones mas elocuentes de religion y piedad á los cortesanos que los rodeaban. Así es que cuando los escándalos se multiplicaban, Dios daba al mismo tiempo á su Iglesia, reyes santos que la consolasen en su aflicsion. Bruno se dispuso al gobierno de la silla episcopal, por el de algunos monasterios donde se dió á conocer su sabiduría, y á los que redujo á una esacta disciplina. Habiendo sido despues elevado á la silla episcopal de Colonia, dió mas estension á su celo, y se aplicó á hacer que la piedad refloreciese en toda la Alemania. Fué su primer cuidado restablecer en toda su diócesis la union y la paz, y hacer celebrar los divinos oficios con la decencia debida. Habiendo partido el emperador su hermano para la Italia, le confió la administracion de su reino durante su ausencia. Bruno desempeñó con fidelidad este encargo. El supo unir los deberes de un príncipe con las obligaciones de un obispo. No se servia de su autoridad mas que para formar los mas útiles establecimientos, para protejer á los infelices, socorrer á los pobres, intimidar á los malos, y alentar el fervor de las personas virtuosas. El edificó ó reparó innumerables Iglesias y monasterios: anunciaba la palabra de Dios y esplicaba la santa Escritura con mucha frecuencia; pero su principal atencion era poner obispos sábios y virtuosos en las provincias donde se habian introducido la relajacion y los abusos: persuadido de que el medio mas poderoso para corregir los vicios y reducir á sus deberes á los pueblos, son las instrucciones, y principalmente el ejemplo de los pastores.

(AÑO 910 DE JESUCRISTO.)

RESTABLECIMIENTO DE LA DISCIPLINA MONASTICA EN FRANCIA.

Nada contribuyó tanto en Francia al restablecimiento de la disciplina, como la fundacion del cé-

lebre monasterio de Cluny, que fué como un plantel de hombres apostólicos. Esta congregacion debió su orígen al celo del virtuoso Bernón, que fué su primer abad. Bernón, descendiente de una de las mas nobles familias de Borgoña, abrazó el estado monástico en la abadía de San Martin de Antun. Algun tiempo despues fué sacado de allí para gobernar el monasterio de Beaubino en Borgoña, en donde estableció la mas esacta regularidad. Habiendo pasado por esta casa edificante algunos oficiales de Guillermo, Duque de Aquitánia, le hicieron de ella á su vuelta tantos elogios al duque, que concibió el designio de establecer por este modelo, un monasterio en sus dominios, y confiar su gobierno al santo abad. Invitó pues á Bernón para que viniese á encontrarlo en Cluny, tierra que pertenecia al duque en el Maconés. Bernón se dirigió allí con San Hugo, entonces monge de San German de Autun, su amigo particular. El duque los recibió con bondad, y habiéndoles declarado la resolucion en que estaba, de hacer edificar un monasterio en sus dominios; les dijo que escogiesen un lugar á propósito para este nuevo establecimiento. Los dos santos religiosos encantados de la situacion de Cluny, en donde estaban, respondieron que no encontrarian otro lugar mas propio que aquel. El duque les dijo al principio, que no convenia pensar en él, porque era el que habia destinado para mantener los perros de caza. "Ah señor, replicó Bernón con gracia, echad de él á los perros y recibid mas bien á los monges." El duque consintió, en fin, de buena voluntad, y quiso que el monasterio se dedicase á San Pedro y San Pablo. Dispuso que al instante se estendiese la acta de la fundacion que hasta el dia de hoy se conserva, en donde espone los motivos que le han movido á hacerla. "Queriendo, dice, hacer un santo uso de los bienes que Dios me ha dado, he creido grangearme la amistad de los pobres de Jesucristo, y hacer perpétua esta buena obra, fundando de ellos una comunidad monástica: yo doy por amor de Dios y de Jesucristo nuestro Salvador, mi tierra de Cluny, para fabricar en ella en honor de San Pedro y San Pablo, un monasterio que sirva siempre de refugio á los que saliendo pobres del siglo vengan á buscar en el estado religioso los tesoros de la virtud." La intencion del piadoso fundador se vió cumplida: esta comunidad hizo bienes infinitos; y se distinguió por su regular disciplina, y por el estraordinario mérito de los abades que la gobernaron. Desde esta casa se difundió despues en toda la Francia el espíritu de la vocacion religiosa. El santo abad solo puso al principio doce monges en Cluny; pero tenian un fervor tan grande, que la reputacion de su virtud se estendió á tierras remotas. Emprendieron bien pronto fundar otros monasterios bajo la direccion del santo abad, y llegó á gobernar hasta siete á un mismo tiempo. Esta célebre casa ha dado grandes papas á la Iglesia, y ha producido santos obispos que han renovado el espíritu del cristianismo en las diferentes diócesis de la Francia.

SE CONTINUA LA REFORMA POR LOS SUCESORES DE S. BERNON.

San Odon que sucedió al santo fundador, acabó el establecimiento de la nueva congregacion, y le

dió la última forma. Odon habia nacido de una familia noble en el pais de Mena. Hizo sus estudios en París, en donde á pesar del tiempo tan peligroso, la sana doctrina se perpetuó por una no interrumpida sucesion de escelentes maestros. El deseo de consagrarse á Dios le hizo emprender la resolucion de ir á Roma con la esperanza de encontrar allí alguna fervorosa comunidad en donde pudiese adelantar en la virtud. Pasó por Borgoña y quedó sorprendido de la piedad que vió resplandecer en Cluny. Habiendo encontrado en Francia lo que iba á buscar en Italia, se detuvo en esta casa y suplicó se le admitiese en el número de los religiosos. No pasó mucho tiempo sin que se hubieran descubierto las grandes cualidades del nuevo profeso, y se le confió el cuidado de la juventud que se educaba en el monasterio. El modo con que desempeñó este importante empleo, y los talentos y virtudes que se admiraban en él, hicieron nacer el deseo de tenerle por abad. Odon resistió mucho tiempo, y solo se consiguió rendirlo por órden espresa de los obispos, que se vieron obligados á emplear la amenaza de escomunion para vencer su resistencia. Cedió en fin, y recibió la bendicion del abad. Bajo su gobierno, el monasterio de Cluny se distinguió por la esacta observancia de la regla, por el estudio de la religion, y por la caridad que se ejercía allí con todos los pobres. Esta edificante regularidad atrajo á Cluny un gran número de sugetos distinguidos por su nacimiento y por sus dignidades. No solo los legos de la primera calidad venian allí para hacer penitencia; sino aun los obispos mismos dejaban sus Iglesias para abrazar en

esta casa la vida monástica. Los condes y los duques se empeñaban en que los monasterios de sus terrenos se sujetasen al de Cluny, para que el santo abad los reformase; de manera que bien pronto Odon no se limitó á su comunidad. Trabajó con un celo infatigable en restablecer la disciplina en toda la Francia, y aun en la Italia, á donde fué llamado por los soberanos pontífices. Padeció por esto el santo abad, trabajos inmensos, pero los efectos le consolaron. Jamas se vió con mas claridad lo que el celo de un solo hombre puede alcanzar para la gloria de Dios, cuando está sostenido por la virtud y por una conducta prudente. Los sucesores del santo abad heredaron sus virtudes y su celo, Maieul, Odilón, Pedro el Venerable, Hugo, edificaron toda la Iglesia con el esplendor de su santidad, y dieron la última mano á la grande obra de la reforma. Por sus cuidados y por sus ejemplos se vió renacer el fervor religioso en todos los monasterios: el bien que ellos hicieron por sí mismos, inspiró á otros el deseo de imitarlos. San Gerardo restableció la disciplina regular en la Bélgica; y Adalberon, obispo de Metz, logró los mismos resultados en Lorena.

REFORMA DEL CLERO.

EL papa Leon IX se dedicó con mucho celo á reparar el detrimento que habia sufrido la disciplina eclesiástica. Combatió particularmente contra los dos vicios de la simonía é incontinencia que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

afligian entonces á la Iglesia. Con este motivo fué muchas veces á Francia y Alemania, sin que lo retrajesen ni los obstáculos ni los peligros. Celebró dos concilios é hizo sábios reglamentos para estirpar estos vicios. Todos aquellos que se encontraron culpables, fueron depuestos; y cuando no se sometian á esta sentencia, eran escomulgados. Los sucesores de este santo papa caminaron por la misma senda, y procuraron con igual firmeza reformar las costumbres del clero. Ayudó maravillosamente á su celo, un hombre de eminente santidad que la Providencia habia suscitado en este desgraciado tiempo para oponerse á los desórdenes. San Pedro Damiano, que fué el que hizo á la Iglesia este importante servicio, nació en Rabena, en Italia. Abandonado de sus padres, fué educado por una caritativa muger, que le sirvió de madre. Dios que le destinaba á grandes cosas, le proporcionó en lo sucesivo los medios de instruirse. Progresó igualmente en las ciencias y en la virtud; unia al estudio grandes mortificaciones: ayunaba, velaba, y oraba con frecuencia: renunció, en fin, enteramente al mundo, y abrazó la vida religiosa en el monasterio de Fontabel en Humbria, donde los solitarios vivian en celdas separadas, únicamente ocupados en la oracion y en la lectura. Se alimentaban con pan y agua solo cuatro dias de la semana, y no comian mas que un poco de legumbres el martes y el jueves. Pedro fué para todos los solitarios una regla viva con su fervor en todos los ejercicios de penitencia, y un modelo perfecto de todas las virtudes. Los papas, viendo cuan útiles podian ser á la Iglesia los dones de piedad y ciencia que Dios habia

puesto en él; lo colocaron en las primeras dignidades eclesiásticas. Fué cardenal y obispo de Ostia. Entonces trabajó con un celo infatigable y con una santa libertad en combatir la relajacion y restituir á su vigor las santas leyes de la Iglesia. Habiéndole ocupado en diversas legaciones, no dejó por esto de reprimir los escándalos, corregir los abusos, y restablecer por todas partes una esacta disciplina. La reforma de las comunidades eclesiásticas que se hizo en un concilio tenido en Roma por Alejandro II en 1063, fué uno de los frutos de su celo. Desde el IV siglo se habian formado las comunidades de los clérigos que renunciaban toda propiedad, y vivian reunidos bajo la autoridad del obispo. En medio de las ciudades, practicaban en cuanto lo permitian sus funciones, el desprendimiento, el retiro y las austeridades de los solitarios. Esta institucion mereció los elogios de San Ambrosio, que habla de ella en estos términos. "Es una milicia toda celestial y angélica, ocupada dia y noche en cantar las alabanzas de Dios, sin dejar de atender á los pueblos confiados á su cuidado: tienen siempre el espíritu aplicado á la lectura y al trabajo: y ¿hay cosa mas admirable que esta vida, en la que la pena y la austeridad del ayuno está compensada con la paz de la alma, sostenida con el ejemplo, endulzada con el hábito, y agradable por sus santas ocupaciones? Esta vida ni se turba con los cuidados temporales, ni se distrae con los embarazos del siglo, ni se interrumpe con las visitas de las gentes ociosas, ni se relaja ni entibia con el comercio de personas escolares." San Agustin no hacia de ella menos estimacion, como se vé por los dos discursos que com-

puso sobre la escelencia de la vida comun, y que han servido de fundamento á la regla de los canónigos. Esta disciplina se debilitó poco á poco, y casi se habia estinguido por las incursiones de los bárbaros que arruinaron las Iglesias en el siglo X; pero volvió á recobrar su primitivo fervor en tiempo de San Pedro Damiano; y los que la siguieron se llamaron canónigos regulares.

(AÑO 912 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LOS NORMANDOS.

NADA es de tanto honor para la Iglesia, ni hay cosa que mas sensiblemente manifieste la proteccion Omnipotente de su divino autor, como la conversion de los pueblos bárbaros. Se fundó y adquirió su firmeza en la fé, en un siglo en que deshonrada por tantos desórdenes, parecia que se debilitaba; hizo, sin embargo, nuevas conquistas, y rindió á su observancia las naciones feroces que la habian desolado. Los normandos devastaban la Francia despues de setenta años, cuando Dios se dignó contener este torrente de males: ya habia llegado el tiempo señalado por la Providencia para la conversion de este pueblo; aunque no se manifestaban principios de donde entonces pudiese resultar este grande acontecimiento. Rollon, uno de sus mas valientes capitanes, parecia que entonces, mas que nunca, se encarnizaba en la guerra. El rey Cárlos *el Simple*, tomó el partido de tratar con él, y le ofreció la provincia de Nurcia, y á su hija por esposa, si convenia en instruirse en nuestra santa religion, y recibir el bautismo. Aceptó la condicion, y se concluyó el tratado. El arzobispo de Ruten instruyó al príncipe en los misterios de la fé, y lo bautizó á principios del año de 912. Esta conversion fué muy sincera, aunque la política al parecer habia tenido parte en ella. La oferta que se le hizo á Rollon, solo fué una ocasion que la Providencia habia dispuesto para volver á la fé á este príncipe y á su pueblo. El nuevo duque inmediatamente despues de su bautismo, preguntó al arzobispo cuales eran las Iglesias mas reverenciadas de su provincia. El prelado le nombró las Iglesias de Nuestra Señora de Ruan de Bayeux, y de Evreux, las del monte de San Miguel, de San Pedro de Ruan, y de Jumiega. ¿En nuestro vecindario, añadió el duque, qué santo es mas poderoso intercesor para con Dios? Es, respondió el arzobispo, San Dionisio apóstol de la Francia: y bien, dijo el duque, antes de repartir mis tierras á los señores de mi ejército, quiero dar una parte de ellas á Dios, á la Santísima Vírgen, y á los santos, que me habeis nombrado para merecer su proteccion. En efecto, durante los siete dias que siguieron á su bautismo, y en los que anduvo vestido de blanco, segun costumbre, dió cada dia una tierra á cada una de las Iglesias que le habian sido indicadas: distribuyó despues las restantes de su ducado entre sus vasallos. Habia tenido cuidado de que sus oficiales y demas súbditos se instruyesen en la fé, los que casi todos recibieron el bautismo. La gracia perfeccionó lo que habia habido de humano en el príncipe, como de un momento á otro variaron las costumbres de este pueblo. Solo la fé de Jesucristo era la que podia someter y civilizar una

puso sobre la escelencia de la vida comun, y que han servido de fundamento á la regla de los canónigos. Esta disciplina se debilitó poco á poco, y casi se habia estinguido por las incursiones de los bárbaros que arruinaron las Iglesias en el siglo X; pero volvió á recobrar su primitivo fervor en tiempo de San Pedro Damiano; y los que la siguieron se llamaron canónigos regulares.

(AÑO 912 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LOS NORMANDOS.

NADA es de tanto honor para la Iglesia, ni hay cosa que mas sensiblemente manifieste la proteccion Omnipotente de su divino autor, como la conversion de los pueblos bárbaros. Se fundó y adquirió su firmeza en la fé, en un siglo en que deshonrada por tantos desórdenes, parecia que se debilitaba; hizo, sin embargo, nuevas conquistas, y rindió á su observancia las naciones feroces que la habian desolado. Los normandos devastaban la Francia despues de setenta años, cuando Dios se dignó contener este torrente de males: ya habia llegado el tiempo señalado por la Providencia para la conversion de este pueblo; aunque no se manifestaban principios de donde entonces pudiese resultar este grande acontecimiento. Rollon, uno de sus mas valientes capitanes, parecia que entonces, mas que nunca, se encarnizaba en la guerra. El rey Cárlos *el Simple*, tomó el partido de tratar con él, y le ofreció la provincia de Nurcia, y á su hija por esposa, si convenia en instruirse en nuestra santa religion, y recibir el bautismo. Aceptó la condicion, y se concluyó el tratado. El arzobispo de Ruten instruyó al príncipe en los misterios de la fé, y lo bautizó á principios del año de 912. Esta conversion fué muy sincera, aunque la política al parecer habia tenido parte en ella. La oferta que se le hizo á Rollon, solo fué una ocasion que la Providencia habia dispuesto para volver á la fé á este príncipe y á su pueblo. El nuevo duque inmediatamente despues de su bautismo, preguntó al arzobispo cuales eran las Iglesias mas reverenciadas de su provincia. El prelado le nombró las Iglesias de Nuestra Señora de Ruan de Bayeux, y de Evreux, las del monte de San Miguel, de San Pedro de Ruan, y de Jumiega. ¿En nuestro vecindario, añadió el duque, qué santo es mas poderoso intercesor para con Dios? Es, respondió el arzobispo, San Dionisio apóstol de la Francia: y bien, dijo el duque, antes de repartir mis tierras á los señores de mi ejército, quiero dar una parte de ellas á Dios, á la Santísima Vírgen, y á los santos, que me habeis nombrado para merecer su proteccion. En efecto, durante los siete dias que siguieron á su bautismo, y en los que anduvo vestido de blanco, segun costumbre, dió cada dia una tierra á cada una de las Iglesias que le habian sido indicadas: distribuyó despues las restantes de su ducado entre sus vasallos. Habia tenido cuidado de que sus oficiales y demas súbditos se instruyesen en la fé, los que casi todos recibieron el bautismo. La gracia perfeccionó lo que habia habido de humano en el príncipe, como de un momento á otro variaron las costumbres de este pueblo. Solo la fé de Jesucristo era la que podia someter y civilizar una

nacion tan belicosa y tan feroz como eran los normandos. El duque Rollon, despues de su conversion, se manifestó tan amable y tan religioso, cuanto hasta entonces habia sido terrible; solamente se le consideraba como gran capitan; pero hizo ver que era un sábio legislador, y que sabia tambien hacerse obedecer de sus súbditos por sus leyes, como se habia hecho temible por sus armas á los estraños. Se aplicó al principio á establecer leyes para arreglar su nuevo estado; y como los normandos habian estado hasta entonces acostumbrados al pillage, publicó contra el robo leyes muy severas: fueron estas tan esactamente observadas, que ni aun se osaba recoger lo que se encontraba en el camino. He aquí un hecho memorable. El duque habia dejado colgado un dia uno de sus braceletes en una rama de encina bajo la cual habia reposado un dia que salió á cazar, y el que por olvido habia dejado: este bracelete permaneció allí tres años, sin que nadie se atreviese á tomarlo, tan persuadidos estaban de que nada podia escapar á las indagaciones y severidad de Rollon: su nombre solo inspiraba tanto terror, que bastaba reclamarlo cuando se sufria alguna violencia, para obligar á todos los que lo oian á perseguir al malhechor.

(AÑO 1002 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LOS HUNGAROS.

LOS húngaros, pueblo feroz venido de la Sytia, desolaron la Alemania, y penetraron hasta la Lore-

na. Dejaron por todas partes las señales de la mas horrible crueldad: quemaban las Iglesias, quitaban la vida á los sacerdotes al pié de los altares; y llevaban cautivos á innumerables cristianos, sin distincion de edad, secso ni condicion. Sin embargo, la religion cristiana fué bastante poderosa para ablandar á estos monstruos, y para inspirarles sentimientos de humanidad y de virtud: Dios, que queria convertirlos, tocó el corazon de uno de sus reyes, y le dió unas disposiciones favorables para con los cristianos. Como habia algunos de estos en las inmediaciones de Ungría, este rey les permitió, por un edicto público, entrar en sus estados; y quiso que á su vista se ejercitase el deber de hospitalidad. Este primer paso lo puso á las puertas del conocimiento de la santidad de la religion cristiana, y lo condujo, en fin, á una verdadera conversion. Recibió el bautismo con toda su familia; y habiendo tenido un hijo, hizo que San Alberto, obispo de Praga, lo bautizase, á quien puso por nombre Estevan. Este jóven príncipe, educado con esmero, dió desde su infancia estraordinarias señales de piedad, y vino á ser despues el apóstol de sus súbditos. Inmediatamente que subió al trono, se ocupó en los medios de procurar la conversion de su pueblo, y establecer el cristianismo en sus estados. Algunos vasallos rebeldes se opusieron á este designio, á quienes la adhesion á la idolatría obligó á tomar las armas; pero el rey, lleno de confianza en los socorros de Dios, marchó contra ellos, llevando en sus estandartes la imágen de San Martin, á quien la Ungría ha tenido siempre una particular veneracion, como patria de este santo obispo. Habiendo vencido á los

rebeldes, consagró á Dios sus tierras, y fundó un monasterio en honor de San Martin. Desde que ya vió restablecida la tranquilidad en sus estados, empleó todos los medios que podian favorecer los progresos del Evangelio; y para hacerlos mas eficaces, repartia abundantes limosnas, y oraba con gran fervor: le veian frecuentemente en la Iglesia postrado en tierra, ofrecer á Dios sus gemidos y sus lágrimas: enviaba á buscar por todas partes operarios evangélicos, y Dios inspiraba á los sacerdotes virtuosos la resolucion de dejar su pais para secundar el celo de un príncipe tan religioso. Se hicieron conversiones sin número, y el piadoso rey tuvo el consuelo de estinguir enteramente la idolatría en toda la estension de sus estados. Entonces, para dar firmeza y una forma conveniente á la Iglesia de Ungría, la dividió en diez obispados, cuya metrópoli fué Estrigonia, sobre el Danubio. Se puso allí por arzobispo un santo religioso que se llamaba Sebastian. El rey envió á Roma un obispo para pedir la confirmacion de este establecimiento. No dejó el diputado de referir al papa todo lo que el príncipe hacia por el bien de la religion. El soberano pontífice, lleno de júbilo, concedió todo lo que se le pedia. Envió al rey una corona, y ademas una cruz, para que la hiciese llevar delante de él, como una señal de su apostolado: de allí viene el título de *apostólicos* que toman los reyes de Ungría. Cuando volvió el diputado, Estevan fué coronado solemnemente con su esposa, princesa de una eminente piedad, que concurria con todo su poder á las buenas obras del santo rey. Tenia Estevan una particular devocion á la Madre de Dios, y puso ba-

jo su proteccion su persona y su reino; ejemplo que ha sido imitado por uno de nuestros reyes. El fervor de este religioso príncipe crecia, á medida que avanzaba ácia el término de su vida. Conociendo aprocsimarse su muerte, llamó á los obispos y señores para recomendarles, ante todo, que mantuviesen la religion cristiana en Ungría.

(AÑO 1050 DE JESUCRISTO.)

HEREGIA DE BERENGARIO.

LA Iglesia no tiene en este mundo el lugar de su reposo: ha estado siempre agitada, ó por la heregía, ó por el cisma, ó por los escándalos. Por el espacio de once siglos ha sufrido alternativamente estas diferentes pruebas. Berengario, arcediano de Angers, queriendo distinguirse y adquirir celebridad, tuvo la osadía de atacar el misterio de la Eucaristía, y enseñar que el cuerpo y sangre de Jesucristo no están allí realmente contenidos, sino en figura. Se levantó al punto un general reclamo contra esta doctrina, que era contraria á la creencia constante de toda la Iglesia. Los doctores católicos refutaron con celo esta nueva impiedad: por todas partes escribieron para defender la verdad. Lanfranco, arzobispo de Cantorberi, y Adelmán, obispo de Brecia, escribieron al innovador, para ver si conseguian volverlo á mejores sentimientos: "Yo os conjuro, "le decia Adelmán, á que no turbeis la paz de la "Iglesia católica, por la cual han combatido tan-

"tos millares de mártires y tantos santos doctores:
"creemos que el verdadero cuerpo y la verdade-
"ra sangre de Jesucristo, están en la Eucaristía:
"tal es la fé que ha tenido desde los primeros tiem-
"pos, y que aun tiene la Iglesia, que está estendida
"por toda la tierra, y que lleva el nombre de *católi-*
"*ca*. Todos los que se dicen cristianos, se glorían
"de recibir en este sacramento la verdadera carne
"y la verdadera sangre de Jesucristo: preguntad,
"pues, á todos los que tienen conocimiento de nues-
"tros libros santos: preguntad á los griegos, á los
"armenios; preguntad á los cristianos de cualquie-
"ra nacion que sean: todos confiesan que esta es su
"creencia." Establece en seguida la verdad de es-
te dogma católico, sobre las palabras de la Escritu-
ra; y como Berengario alegaba que él no podia com-
prender cómo el pan se convierte en el cuerpo de
Jesucristo, Adelmán añadia: "El justo que vive de
"la fé, no ecsamina la palabra de Dios, ni intenta
"concebir por la razon lo que es superior á ella: de-
"sea mas bien creer los misterios celestiales, para
"recibir un dia la recompensa de su fé, que esfor-
"zarse inútilmente en comprender lo que es incom-
"prensible. Le es tan fácil á Jesucristo mudar el
"pan en su cuerpo, como convertir el agua en vi-
"no, y criar la luz con solo el poder de su palabra."
Para callar á este innovador, se celebró al principio,
en París, un concilio, en el que se leyeron las car-
tas que él habia escrito con este objeto. No se pu-
do oír sin horror la doctrina contenida en ellas. El
concilio manifestó su indignacion contra el autor, y
todos unánimemente le condenaron. El papa Ni-
colás II reunió otro concilio en Roma: compareció

en él Berengario; pero no se atrevió á sostener allí
su error: prometió suscribir la profesion de fé que
el concilio le presentase, la que estaba concebida en
estos términos: "Yo anatematizo todas las heregías,
principalmente aquella de que he sido acusado: yo
protesto de corazon y con mis palabras que tengo,
respecto de la Eucaristía, la fé que el papa y el con-
cilio me han prescrito, segun la autoridad de los
Evangelios y del Apóstol, á saber, que el pan y el
vino que se ofrecen sobre el altar, son, despues de
la consagracion, el verdadero cuerpo y la verdade-
ra sangre de Jesucristo." Berengario confirmó con
juramento esta profesion de fé, y él mismo arrojó
al fuego los libros que contenian sus errores. Al-
gun tiempo despues se ha advertido que él variaba
y sostenia que la sustancia del pan no se mudaba
en la del cuerpo de Jesucristo, sino que el pan que-
daba unido al cuerpo de Ntro. Señor. Este era el
último subterfugio de este heresiarca; pero la Igle-
sia, que sigue siempre á los hereges paso á paso, pa-
ra condenar todos los errores, á medida que vayan
presentándose, despues de haber establecido tan cla-
ramente la presencia real en la primera profesion
de fé, propuso otra, donde la transustanciacion es-
taba esplicada con mas claridad. Berengario sus-
cribió tambien esta, y confesó que el pan y el vino
que se ponen sobre el altar, se convierten sustancial-
mente por la virtud omnípotente de las palabras de
Jesucristo, en la verdadera y propia sangre de Ntro.
Señor, y en su verdadera carne; de manera, que el
cuerpo que se recibe allí, es el mismo que nació de
la Vírgen María, que ha sido clavado en la cruz,
y que está sentado á la diestra del Padre. Así Be-

rengario fué condenado la segunda vez. Esta heregía, anatematizada por el autor, quedó por entonces estinguida, y no volvió á aparecer hasta muchos siglos despues que los protestantes la reprodujeron.

(AÑO 1053 DE JESUCRISTO.)

CISMA DE MIGUEL CERULARIO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA.

EN el mismo tiempo en que Berengario turbaba la Iglesia en el Occidente, Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, renovó la funesta division, de la que Fócio habia ya dado ejemplo. La herida que esta última habia hecho á la Iglesia en otro tiempo, nunca habia quedado bien cerrada: permanecia aún la raiz de la envidia en el corazon de los obispos de Constantinopla, que no veían sino con gran disgusto la prerogativa de la silla de Roma, que es la cátedra principal de donde todos los fieles reciben la doctrina: esta es la cátedra de San Pedro, que Jesucristo ha establecido como el fundamento de la Iglesia, por estas palabras: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Sin embargo, Miguel Cerulario, mas impetuoso aún que Fócio, se atrevió á romper abiertamente con la Iglesia romana, y se separó de la unidad, cuyo centro es la misma Iglesia. Para dar algun colorido á este escandaloso rompimiento, renovó las injustas acusaciones y las frívolas notas que Fócio habia puesto otras veces á los latinos. Prohibió comunicar con el papa: hizo cerrar las Iglesias de los latinos, y llevó el fanatismo hasta el estremo de hacer rebautizar á los que habian recibido el bautismo en la Iglesia latina. El papa Leon IX, informado de este escandaloso rompimiento, hizo todos los esfuerzos para contenerlo, y calmar los espíritus. Refutó con sólidas razones todos los sofismas del patriarca: le hizo observar que la diversidad de usos no era un motivo suficiente para romper la unidad. Como deseaba sinceramente la paz, envió tres legados á Constantinopla, para conferenciar con el patriarca, y que trabajasen en restablecer la union: les dió dos cartas, una para el emperador, y otra para Miguel Cerulario. Los legados fueron bien recibidos del emperador; pero el patriarca no quiso ni hablarles, ni verlos. Irritados de una conducta tan indigna los legados, escomulgaron á Miguel Cerulario: colocaron en presencia del pueblo y del clero, la acta de escomunion sobre el altar de la Iglesia principal, y salieron sacudiendo el polvo de sus pies, y diciendo, *que Dios vea y juzgue.* Se despidieron en seguida del emperador, que vituperaba el proceder del patriarca, pero que no tenia la suficiente energía para reprimir sus escesos. Miguel Cerulario, á quien la sentencia de los legados habia puesto furioso, tuvo atrevimiento para pronunciar tambien otra escomunion contra el papa. Procuró, por medio de algunas cartas llenas de imposturas, separar de la Iglesia romana á los otros patriarcas del Oriente, las que tuvieron buen écsito, seduciendo á muchos obispos, que secundaron sus intenciones; pero el cisma no fué entonces general, ni se consumó hasta despues de un siglo, que los latinos se hicieron odiosos á los griegos, quienes se apoderaron de la ciudad y del imperio de Constantinopla.

(AÑO 1075 DE JESUCRISTO.)

TURBACION DE LA EUROPA, CON OCASION DE LAS INVESTIDURAS.

Poco tiempo despues de la escandalosa empresa de Miguel Cerulario en el Oriente, Enrique IV, emperador de Alemania, dió lugar á una queja, que causó grandes males en la Iglesia y en el imperio. Era uso entonces, establecido en Alemania, que el emperador pusiese en posesion de sus beneficios á los obispos y abades, y que les diese el báculo y el anillo, y esto era lo que se llamaba *derecho de investidura.* Enrique IV no se contentaba con seguir esta costumbre, sino que por ocasion de ella hacia un vergonzoso tráfico de estas dignidades eclesiásticas, confiriéndolas, no á quienes eran mas dignos de ellas, sino á aquellos que le ofrecian mas dinero. El papa Gregorio VII, lleno de celo en defensa de la disciplina eclesiástica, quiso cortar este abuso. Como el anillo y el báculo pastoral son los símbolos del poder espiritual, que los legos no pueden conferir, condenó Gregorio el uso de las investiduras, y amenazó con escomunion á aquellos que de este modo las concediesen y las recibiesen. El emperador despreció esta amenaza; y perseverando en su resistencia, fué escomulgado. El papa no se contentó con imponerle esta pena espiritual, sino que declaró tambien á Enrique, depuesto de la dignidad imperial, y á sus vasallos absueltos del juramento de fidelidad. Esta conducta era contraria á aquella que habian observado muchos santos obispos de la antigüedad, no menos sumisos en las cosas temporales á los emperadores paganos y hereges, que á Constantino y á Teodosio. La sentencia del pontífice fué un pretesto de rebelion para algunos señores que por otra parte estaban descontentos del gobierno. Ellos se aprovecharon de esta ocasion para satisfacer su resentimiento y ambicion. Colocaron sobre el trono del imperio á Rodulfo, duque de Suavia, que se hizo consagrar en Maguncia, doce dias despues de su eleccion. Este príncipe, habiendo levantado un ejército, obtuvo la victoria en una batalla contra Enrique; pero á esta victoria siguió un suceso desgraciado. Rodulfo perdió la vida en la segunda accion; y Enrique, viéndose en estado de poderse vengar del papa, pasó á Italia: hizo deponer á Gregorio, y elegir en su lugar á Guiberto, arzobispo de Rabena, que tomó el nombre de Clemente III. Este anti-papa, que vivió hasta fines del siglo, causó mucha inquietud y embarazos á Gregorio VII y á sus succesores. Aunque este hecho tuvo las consecuencias mas funestas, se renovó despues con el mismo escándalo. Mas debe notarse, que los papas que han usurpado la autoridad temporal, no han formado ninguna decision sobre este punto: sus aberraciones solo eran por via de hecho, y eran las consecuencias de la preocupacion de su siglo, preocupacion que los príncipes mismos habian adoptado, y que acreditaban, recurriendo á la santa sede para autorizarse en las empresas favorables á sus intereses. Por lo demas, la Iglesia de Francia ha guardado siempre con fidelidad sus antiguas mácsimas, y las ha consagrado en

su declaracion de 1682, cuyo primer artículo está concebido en estos términos (*). Despues de un maduro ecsámen, nos los arzobispos y obispos hemos creido necesario hacer los reglamentos y la declaracion siguiente: que Dios no ha dado á San Pedro y á sus succesores, ni aun á la Iglesia misma, poder, sino sobre las cosas espirituales que pertenecen á la salud, y no sobre las cosas temporales y civiles, segun estas palabras de Ntro. Sr.: *Mi reino no es de este mundo*, y en otra parte: *Dad al César*

(*) Como este es uno de los cuatro artículos de la famosísima declaracion sobre la autoridad del papa, hecha por la asamblea del clero galicano, y sus actas, que primero el Sr. Inocencio XI habia declarado nulas, fueron condenadas por el Sr. Alejandro VIII, en su constitucion, el año de 1690, que comienza *Inter multiplices*, tenga presente el lector, que á pesar del elogio y mérito que hace M. Lhomond de la presente, que es la primera de las proposiciones, nos debemos conformar en todo, y sujetarnos con la mas sumisa deferencia á la decision de la santa sede. Aun algunos diputados de la misma asamblea galicana, cedieron; y con aprobacion del gobierno de Francia, escribió cada uno de ellos una carta al papa Inocencio XII, en que decian: "Los abundantes frutos que sacan los fieles de la solicitud y vigilancia pastoral de vuestra santidad, y el libre acceso, que con gran consuelo suyo, hallan todos en vuestro seno paterno, demuestran cuán infeliz es nuestra situacion, viéndonos casi totalmente escluidos de vuestra benevolencia. Por lo que observando que esta desgracia nos viene de haber asistido en la asamblea del clero de 1682, acudimos, postrados á los pies de vuestra santidad, á manifestarle que nos causa un imponderable dolor cuanto se hizo en dicha asamblea, con tanto disgusto de vuestra santidad y de sus predecesores. Declaramos, pues, que todo cuanto parece determinado en dicha asamblea, acerca de la potestad eclesiástica y autoridad pontificia, lo tenemos y juzgamos deberse tener por no decretado, como tambien cuanto se deliberó en perjuicio de las Iglesias."

El papa, en consistorio de Octubre de 1693, dió cuenta de estas cartas de los obispos electos, que habian sido vocales de la asamblea, y eran mas de treinta: dióse por satisfecho, y mandó espedir las bulas de confirmacion para su consagracion.

lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Y así es necesario estar á este precepto del Apóstol: que todo hombre se someta á las potestades superiores, porque no hay poder que no venga de Dios, y él es quien ha establecido todas las potestades que hay sobre la tierra: aquel, pues, que se oponga á las potestades, se opone á la ordenacion de Dios. En consecuencia, declaramos que los reyes y los príncipes no pueden ser depuestos ni directa ni indirectamente por la autoridad eclesiástica: que sus súbditos no pueden ser esceptuados de la sumision y de la obediencia que les deben, ni dispensados del juramento de fidelidad, y que esta doctrina tan necesaria para la tranquilidad pública, y tan ventajosa á la Iglesia como al estado, debe ser considerada como conforme á la Escritura, á la tradicion de los padres y á los ejemplos de los santos.

(AÑO 1084 DE JESUCRISTO.)

FUNDACION DE LA ORDEN DE LOS CARTUJOS.

En medio de las turbaciones que agitaban á la Iglesia, no quedó privada de todo consuelo: ella vió nacer en su seno una nueva órden de solitarios, que por los grandes ejemplos de santidad, por una vida de recogimiento, de mortificaciones y oracion, debian constantemente edificar los pueblos y honrar la religion. San Bruno, que fué fundador de ella, habia nacido en Colonia, de padres distinguidos en el mundo: su infancia fué señalada por grandes dis-

su declaracion de 1682, cuyo primer artículo está concebido en estos términos (*). Despues de un maduro ecsámen, nos los arzobispos y obispos hemos creido necesario hacer los reglamentos y la declaracion siguiente: que Dios no ha dado á San Pedro y á sus succesores, ni aun á la Iglesia misma, poder, sino sobre las cosas espirituales que pertenecen á la salud, y no sobre las cosas temporales y civiles, segun estas palabras de Ntro. Sr.: *Mi reino no es de este mundo*, y en otra parte: *Dad al César*

(*) Como este es uno de los cuatro artículos de la famosísima declaracion sobre la autoridad del papa, hecha por la asamblea del clero galicano, y sus actas, que primero el Sr. Inocencio XI habia declarado nulas, fueron condenadas por el Sr. Alejandro VIII, en su constitucion, el año de 1690, que comienza *Inter multiplices*, tenga presente el lector, que á pesar del elogio y mérito que hace M. Lhomond de la presente, que es la primera de las proposiciones, nos debemos conformar en todo, y sujetarnos con la mas sumisa deferencia á la decision de la santa sede. Aun algunos diputados de la misma asamblea galicana, cedieron; y con aprobacion del gobierno de Francia, escribió cada uno de ellos una carta al papa Inocencio XII, en que decian: "Los abundantes frutos que sacan los fieles de la solicitud y vigilancia pastoral de vuestra santidad, y el libre acceso, que con gran consuelo suyo, hallan todos en vuestro seno paterno, demuestran cuán infeliz es nuestra situacion, viéndonos casi totalmente escluidos de vuestra benevolencia. Por lo que observando que esta desgracia nos viene de haber asistido en la asamblea del clero de 1682, acudimos, postrados á los pies de vuestra santidad, á manifestarle que nos causa un imponderable dolor cuanto se hizo en dicha asamblea, con tanto disgusto de vuestra santidad y de sus predecesores. Declaramos, pues, que todo cuanto parece determinado en dicha asamblea, acerca de la potestad eclesiástica y autoridad pontificia, lo tenemos y juzgamos deberse tener por no decretado, como tambien cuanto se deliberó en perjuicio de las Iglesias."

El papa, en consistorio de Octubre de 1693, dió cuenta de estas cartas de los obispos electos, que habian sido vocales de la asamblea, y eran mas de treinta: dióse por satisfecho, y mandó espedir las bulas de confirmacion para su consagracion.

lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Y así es necesario estar á este precepto del Apóstol: que todo hombre se someta á las potestades superiores, porque no hay poder que no venga de Dios, y él es quien ha establecido todas las potestades que hay sobre la tierra: aquel, pues, que se oponga á las potestades, se opone á la ordenacion de Dios. En consecuencia, declaramos que los reyes y los príncipes no pueden ser depuestos ni directa ni indirectamente por la autoridad eclesiástica: que sus súbditos no pueden ser esceptuados de la sumision y de la obediencia que les deben, ni dispensados del juramento de fidelidad, y que esta doctrina tan necesaria para la tranquilidad pública, y tan ventajosa á la Iglesia como al estado, debe ser considerada como conforme á la Escritura, á la tradicion de los padres y á los ejemplos de los santos.

(AÑO 1084 DE JESUCRISTO.)

FUNDACION DE LA ORDEN DE LOS CARTUJOS.

En medio de las turbaciones que agitaban á la Iglesia, no quedó privada de todo consuelo: ella vió nacer en su seno una nueva órden de solitarios, que por los grandes ejemplos de santidad, por una vida de recogimiento, de mortificaciones y oracion, debian constantemente edificar los pueblos y honrar la religion. San Bruno, que fué fundador de ella, habia nacido en Colonia, de padres distinguidos en el mundo: su infancia fué señalada por grandes dis-

posiciones á la piedad, que se desarrollaron con la edad: sus progresos en las ciencias no fueron menos sensibles; y llegó á ser tan hábil en la teología, que pasaba por uno de los mas célebres doctores. Fué rector de los mas grandes colegios, y canciller en la Iglesia de Reims; pero temiendo los peligros á que se hallaba espuesto en el mundo, formó la resolucion de vivir en la soledad, y consagrarse allí á la penitencia. Dió parte de su designio á algunos de sus amigos, y les inspiró los mismos sentimientos. Todos se dirigieron á San Hugo, obispo de Grenoble, quien los condujo á un espantoso desierto de su diócesis, llamado la Cartuja, en donde San Bruno se estableció con sus compañeros. Entonces aparecieron de nuevo en Francia las maravillas que en otro tiempo habian sido admiradas en la Tebayda. Estos nuevos solitarios eran mas bien ángeles, que hombres, dice un autor contemporáneo que describe así su método de vida. "Cada uno tiene su celda separada de los otros, y recibe un pan, y algunas legumbres de una sola especie, para comer durante una semana; pero se reunen el domingo, y pasan juntos este dia santo: llevan un hábito muy simple, y debajo de él un cilicio. Todo es pobre entre ellos, aun su Iglesia, en la que, escepto un caliz, no se ve ni oro ni plata: guardan un silencio tan esacto, que piden solo por señas las cosas de que absolutamente necesitan: no viven sino del trabajo de sus manos, el que ordinariamente es el de copiar libros;" lo que era bastante en aquel tiempo, en el que aun no se habia inventado el arte de la imprenta. La fama de su santidad, difundiéndose por todas partes, despertó á los hombres de su letargo, y

á su ejemplo atrajo á innumerables que abrazaron aquella vida. Se veían de todas edades y de todas condiciones correr al desierto para abrazar allí la cruz de Jesucristo, y bien pronto se formaron otros monasterios en diferentes paises. Apenas habían pasado seis años de la fundacion de esta santa sociedad, cuando el papa Urbano II obligó á San Bruno á venir á Roma para que le ayudase con sus consejos en los asuntos eclesiásticos; pero los embarazos de una vida tumultuosa le hicieron solicitar su vuelta, y regresar á poco á su querida soledad. El soberano pontífice, para fijarle cerca de él, quiso, aunque inútilmente, hacerle arzobispo de Rega. El siervo de Dios no quiso obtener mas del pontífice, que el permiso de retirarse. Habiéndolo, en fin, alcanzado, se fué á la Calabria, en donde fundó un nuevo monasterio con algunos compañeros que se le habian unido en Italia. Pasó allí el resto de su vida en los ejercicios de la oracion y de la penitencia. Cuando se conoció prócsimo á su fin, reunió su comunidad; hizo su profesion de fé contra la heregía de Berengario, en estos términos: "Yo creo los sacramentos de la Iglesia, y en particular, que el pan y el vino consagrados sobre el altar, son el verdadero cuerpo de Ntro. Sr. Jesucristo, su verdadera carne y su verdadera sangre, que nosotros recibimos por la remision de nuestros pecados, y con la esperanza de la salud eterna." El espíritu del santo fundador vive aún en sus hijos: su órden, por una fidelidad rara, no ha decaido de su primer fervor: despues de haber subsistido por ocho siglos, no ha necesitado de reforma.

(AÑO 1095 DE JESUCRISTO.)

PRIMERA CRUZADA.

Hácia el fin del siglo XI, fué cuando comenzaron las cruzadas, es decir, las guerras emprendidas para librar la tierra santa del yugo de los mahometanos. Los emperadores de Oriente, á quienes los infieles habian despojado de sus mas bellas posesiones, y en particular de la Palestina, imploraban mucho tiempo hacia, el socorro de los latinos. Para lograrlo, era necesario que á sus instancias se uniese un motivo de religion. Habiendo hecho una peregrinacion á Jerusalen, un sacerdote de la diócesis de Amiens, Pedro el Ermitaño, quedó sensiblemente afligido de ver á los santos lugares profanados por los infieles. Conferenció con Simon, patriarca de Jerusalen; y en las conversaciones que tuvieron sobre este objeto, concibieron el designio de librar á la Palestina de la servidumbre en que gemia, ya hacia largo tiempo. Convinieron en que el patriarca escribiria al papa; y que Pedro, llevándole la carta, procuraria hacerle aprobar este proyecto. Pedro en efecto se dirigió á Italia é hizo al papa Urbano II una pintura viva del estado deplorable en que se hallaba la tierra santa. Urbano, que por esto se sintió vivamente conmovido, resolvió obligar á los príncipes cristianos á que reuniesen sus fuerzas para librarla: propuso una dieta en Clermont, en donde se reunieron muchos príncipes. Habló allí de

una manera tan patética, que los asistentes derramaron lágrimas, y esclamaron todos á una voz: *Dios lo quiere.* Estas palabras, que todos repitieron como por inspiracion, se tuvieron por un pronóstico feliz, y vinieron á ser despues un grito de guerra. El mayor número de los que estaban presentes, se obligaron á esta espedicion, y tomaron por señal de su compromiso una cruz de tela roja, cosida sobre el hombro derecho; por lo que se les dió el nombre de cruzados. Al mismo tiempo los obispos predicaron la cruzada en su diócesis, con un éxito que escedió á sus esperanzas. Pedro el ermitaño recorria las provincias para animar los espíritus á esta grande empresa: su celo, su desinterés y su vida penitente, le daban el aire y autoridad de un profeta. Bien pronto se puso todo en movimiento en Francia, en Italia y en Alemania. Entre los grandes y en el pueblo, se advirtió igual empeño para tomar la cruz: se vió con admiracion que las enemistades y las guerras particulares que entonces habia en todas las provincias, cesaron repentinamente: parecia que la paz y la justicia habian vuelto sobre la tierra para preparar los hombres á la guerra santa. Entre los señores franceses que se alistaron á la cruzada, los mas distinguidos fueron Gofredo de Bullon, duque de Lorena; Hugo el Grande, conde de Vermandues; Reymundo, conde de Tolosa; Roberto, conde de Flandes; y Roberto, duque de Normandia. Héroes de este carácter, eran capaces de hacer la conquista del mundo entero, si hubiese habido mas union entre los gefes, y mas disciplina entre sus tropas. Gofredo de Bullon, que tuvo todo el honor de esta cruzada, reunia en su persona

la prudencia con el ardor de la juventud, y el valor mas intrépido con la mas tierna piedad. Aunque no fué el mas poderoso de los príncipes cruzados, su ejército era el mas floreciente, porque su reputacion habia atraido á sus banderas un gran número de nobles, que tenian por honor aprender en su escuela la milicia. Los cruzados se dividieron en muchas tropas, que tomaron diferentes rumbos para dirigirse á Constantinopla, en donde debian reunirse; mas pereció una gran parte en el camino, porque los cruzados no guardaron ni órden ni disciplina, y se entregaron á toda clase de escesos y de desórdenes.

ESPEDICION DE LOS CRUZADOS.

EL primero que llegó á Constantinopla fué Gofredo de Bullon, porque él fué quien mejor supo sujetar sus tropas, y allí aguardó al resto de los cruzados. Cuando todos se hallaron reunidos, atravesaron el Helesponto, y sitiaron á Nicéa, capital de la Bitinia, para abrirse paso á la tierra santa. Esta ciudad tenia una fuerte guarnicion; pero no pudo resistir los esfuerzos de los sitiadores, y se vió precisada á capitular. Poco despues, los cruzados que habian continuado su marcha, fueron atacados por una innumerable multitud de enemigos: llegaron á las manos; y los cristianos pelearon como leones, obligando á los infieles á salvar su vida con la fuga, despues de haberles hecho una gran carnicería. Esta victoria, sin embargo, no quitó todos los peligros. El ejército cristiano se vió espuesto á todos los horrores de la hambre y de la sed, por haber asolado el pais los enemigos. La escasez de víveres, unida á la fatiga de los viages, lo privó de una infinidad de hombres, é hizo perecer á la mayor parte de sus caballos. Llegaron por fin á la Siria, y resolvieron poner sitio á Antioquía, que era una de las mas grandes y mas fuertes ciudades del Oriente. Los enemigos, que ya esperaban este sitio, se habian provisto de todo lo necesario para una larga resistencia; y tenian, á mas de esto, un ejército considerable, preparado á la defensa. El sitio permanecia despues de siete meses, y los cruzados perdian ya la esperanza de la victoria, cuando un feliz acontecimiento los hizo dueños de la plaza. Uno de los principales habitantes de Antioquía tenia un hijo, que fué hecho prisionero en una salida: su padre le amaba tiernamente, y ofrecia por su rescate una suma considerable. El caballero de los cruzados á quien pertenecia el jóven cautivo, lo volvió á su padre graciosamente. Esta generosidad obligó al padre, y formó la resolucion de facilitar á los cruzados la entrada en la ciudad. Despues de esta importante conquista, se alarmó toda la Palestina, y el ejército cristiano avanzó sin obstáculo ácia Jerusalen, que era el grande objeto de esta espedicion. La ciudad podia resistir mucho tiempo: el enemigo nada habia olvidado para ponerla en estado de defensa; pero los cruzados hicieron prodigios de valor, y al fin de cinco semanas la tomaron por asalto, un viernes á las tres de la tarde; circunstancia memorable, por ser el dia y hora en que Jesucristo espiró sobre la cruz. En el primer calor de la victoria,

nada pudo contener á los soldados. Hicieron una gran mortandad entre los infieles, de que la ciudad estaba llena, y la carnicería fué horrible; pero se pasó bien pronto, despues de este arrebato de furor, á los sentimientos de la mas tierna piedad. Los cruzados se despojaron de sus vestidos sangrientos, y fueron descalzos derramando lágrimas, é hiriéndose el pecho, á visitar todos los lugares santificados por los padecimientos del Salvador. Los pocos cristianos que antes habitaban en Jerusalen, daban gritos de júbilo, y rendian gracias á Dios que los habia librado de la opresion. Ocho dias despues, los príncipes y señores se reunieron para elegir un rey capaz de conservar esta preciosa conquista. Recayó la eleccion en Gofredo de Bullon, que era el mas valiente y virtuoso de todo el ejército. Lo condujeron á la Iglesia del santo sepulcro, y allí fué solemnemente proclamado. El piadoso héroe rehusó una corona de oro que le presentaban, diciendo: "No quiera Dios que yo lleve semejante corona en un lugar en donde el rey de los reyes no ha sido coronado sino con una de espinas."

(AÑO 1098 DE JESUCRISTO.)

ESTABLECIMIENTO DE LAS ORDENES MILITARES.

LAS cruzadas dieron lugar al establecimiento de las órdenes militares, de las cuales la mas antigua es la de los hospitalarios de San Juan, y subsiste aun hoy, bajo el nombre de los Caballeros de Mal-

ta. La primera casa de esta órden célebre, no era al principio mas que un hospital edificado en Jerusalen para recibir en él á los peregrinos que venian á visitar los santos lugares, y para cuidar á los enfermos. Habia sido fundado por los mercaderes del reino de Nápoles, cuando la ciudad de Jerusalen estaba aún en poder de los infieles. El bienaventurado Gerardo, originario de Provenza, hombre de una gran prudencia y de rara virtud, era el director de este hospital. Cuando los cruzados se hicieron dueños de la ciudad, Gofredo de Bullon, despues de haber tomado posesion de su reinado, como hemos dicho, protegió este establecimiento, y le hizo grandes beneficios. Muchos jóvenes, gentilhombres que le habian seguido, en su espedicion, edificados de la caridad que allí se ejercia con los peregrinos y con los enfermos, renunciaron el deseo de volver á su patria, y se consagraron á esta buena obra; pero no se limitaron únicamente, como se habia hecho hasta entonces, á los pacíficos ejercicios de la caridad, sino que tomaron las armas contra los enemigos de la religion. Estos eran los bravos guerreros á quienes la piedad de que estaban llenos, y la santa causa que defendian, inspiraban un nuevo valor: fieros y terribles á la vista de los musulmanes, fuera de Jerusalen, eran en el interior del hospital humildes siervos de los peregrinos, austeros para sí mismos, y llenos de una generosa caridad para los otros: no comian mas que pan hecho de la harina mas grosera, y reservaban la mas pura para alimento de los enfermos. A fin de perpetuar este piadoso establecimiento, resolvieron obligarse con votos. El patriarca de Jerusalen aprobó esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

resolucion, y en sus manos hicieron los tres votos de religion, á los que añadieron el de combatir contra los infieles. El papa Pascual confirmó despues este instituto, y le concedió grandes privilegios: formaron, pues, un cuerpo religioso y militar á un mismo tiempo, en el que sin renunciar á los ejercicios de la hospitalidad, hacian una profesion particular de defender á los cristianos contra los insultos de los infieles. Esta nueva órden se multiplicó considerablemente en poco tiempo, y adquirió en todos los reinos de Occidente, bienes inmensos. Muchos jóvenes nobles de todos los paises de la Europa, ocurrieron á alistarse bajo sus banderas. Estos valientes caballeros manifestaron en mil ocasiones su celo y su valor, y llegaron á ser el mas firme apoyo del trono de Jerusalen, mientras subsistió. Despues de la caida de este reinado, que solo duró 96 años, pasaron á la isla de Rodas, en donde sostuvieron contra Solimán, emperador de los turcos, un sitio digno de perpetua memoria. Despues fueron á la isla de Malta, que desde entonces fué el lugar principal de la órden, y la residencia del gran maestre, á quien el emperador Cárlos V cedió la soberanía, y la que despues poseyeron, hasta que la tomaron los franceses, y de ellos pasó á los ingleses.

(AÑO 1120 DE JESUCRISTO.)

INSTITUCION DE LOS PREMONSTRATENSES.

LA Iglesia, que acababa de criar en el Oriente una sociedad de héroes religiosos, vió con nuevo consuelo formarse en Francia otras muchas órdenes, destinadas á producir bienes de diverso género. Dios mandó á San Norberto para dar en él á los eclesiásticos un perfecto modelo de las virtudes de su estado con el establecimiento de los canónigos regulares, de quienes fué padre. Habia nacido en el ducado de Clevés, y de una familia distinguida por su nobleza: colocado desde jóven en el clero, no conoció al principio la santidad de su vocacion. Se le habian conferido muchos beneficios, cuyas rentas empleaba en el lujo y la vanidad; pero Dios, que queria hacer de él un vaso de eleccion, le derribó, como en otro tiempo á San Pablo, para elevarlo mas gloriosamente. Un dia en que Norberto paseaba á caballo en una fértil pradería, sobrevino una grande tempestad, y cayó un rayo á los pies del caballo, que derribado, arrojó tambien al caballero medio muerto. Norberto quedó por mas de una hora privado de sus sentidos; pero al fin, vuelto en sí, esclamó como Saul: "Señor, qué quieres que yo haga." Dios le respondió interiormente, que debia llevar una vida digna del estado que habia abrazado. Entonces varió enteramente de conducta: dejó todo su lujo, y se vistió con un áspero cilicio: renunció todos los beneficios que poseía: vendió su patrimonio, y distribuyó el précio á los pobres, y vino descalzo á encontrar al papa Calixto II, que entonces habia concurrido á un concilio en Reims. El papa le hizo una favorable acogida, y encargó al obispo de Laon, que tuviese cuidado de él. Este obispo, despues del concilio, se llevó consigo á Norberto para Laon, y lo detuvo allí durante el invierno, con el fin de darle tiempo para que restablecie-

se la salud, muy debilitada por sus austeridades. Pero como Norberto le manifestase frecuentemente el deseo que tenia de retirarse á la soledad, el prelado, que queria detenerle en su diócesis, lo llevaba á diversos lugares para que escogiese el que mas le agradase. El santo se detuvo en un lugar muy solitario llamado Premostre, y allí fijó su morada. Bien pronto le atrajeron discípulos sus predicaciones y la santidad de su vida: en poco tiempo tenia ya en su compañia cuarenta eclesiásticos, y muchos legos, que todos parecian llenos de su espíritu, y que se esforzaban en imitar sus virtudes. Entonces Norberto pensó elegir una regla; y despues de haber deliberado, durante algun tiempo, se determinó á abrazar la de San Agustin. Todos sus discípulos hicieron de ella una profesion solemne, prometiendo observarla. El santo fundador fué despues á Roma, para pedir al soberano pontífice la confirmacion de su órden. El papa Honorio le concedió lo que deseaba, y Dios bendijo este instituto naciente, que se difundió bien pronto en todo el mundo cristiano. Habia, á la verdad, por todas partes un empeño admirable en abrazar este santo instituto. Tibaldo, conde de Hampaña, movido por los discursos y las virtudes del santo fundador, se resolvió á dejar el mundo, y vino á ofrecer á Norberto su persona y todo lo que poseía; pero el santo, que buscaba menos su gloria y el engrandecimiento de su órden, que el bien general de la Iglesia, le aconsejó que permaneciese en el siglo, en donde podia ser mas útil, haciendo que sus vasallos honrasen y sirviesen á Dios. Es muy digno de notar cuán puro ha sido el orígen de las órdenes religiosas: la vida austera y desinteresada de los que se han consagrado á ellas, manifiesta que estaban muy distantes de solicitar donaciones: sus inmensos trabajos para beneficiar las tierras, hasta entonces incultas; una administracion sábia y activa, han sido la principal fuente de sus riquezas.

SAN NORBERTO ES ELECTO ARZOBISPO DE MAGDEBURGO.

Dios, que habia elevado á San Norberto á tan alto grado de santidad, le destinaba á gobernar un gran pueblo, y edificar á toda la Alemania. Precisado á hacer un viage por negocios importantes, Norberto llegó á Espira, cuando el emperador Lotario habia reunido allí una asamblea para elegir al arzobispo de Magdeburgo: le suplicaron que predicase; y lo hizo con tan buen écsito, que los diputados de la Iglesia de Magdeburgo, le propusieron para la silla vacante; y sin darle tiempo para que lo pensase, se asieron de su persona, gritando: "He aquí á nuestro obispo, he aquí á nuestro padre." Lo presentaron al emperador, quien en union de todos los asistentes, aplaudió esta eleccion. Despues que el legado del papa, que se hallaba presente, confirmó la eleccion, llevaron al nuevo arzobispo á Magdeburgo. Desde que Norberto descubrió la ciudad donde iba á ser pastor, quiso continuar lo restante del camino descalzo. A su entrada en ella, concurrió un pueblo numeroso á ver á un hombre tan santo: el gozo era universal: lo llevaron en procesion á la Iglesia, y de la Iglesia al palacio arzobispal. Su ves-

tido era pobre: nada tenia que esteriormente lo distinguiese. Cuando se presentó para entrar al palacio, el portero, que no lo conocia, lo retiró groseramente, creyendo ser algun pobre, y le dijo: "ya hace mucho tiempo que entraron los demas pobres, retírate, y no incomodes á estos señores." Todo el concurso gritó al portero, ¡qué haces, desgraciado! este es el arzobispo, es tu señor á quien corres. El portero, confundido por su desprecio, quiso ocultarse; pero el santo arzobispo lo contuvo, y le dijo sonriéndose: "No temas, amigo mio: tú no me disgustas en esto: me conoces mejor que los que me obligan á ocupar un palacio poco conveniente á un pobre como yo." Gobernó su diócesis con un celo infatigable; pero tuvo mucho que sufrir, porque la Iglesia de Magdeburgo se habia entregado á una gran relajacion, y se aplicó á establecer allí una esacta reforma. Sus esfuerzos fueron felices con respecto á muchos; pero tuvo tambien enemigos á quienes no pudo ganar: ¿por qué, decian ellos, hemos llamado á este estrangero, cuyas costumbres son tan contrarias á las nuestras? Le llenaban de injurias, y trataban de desacreditarle para con el pueblo: su furor llegó hasta el esceso de buscar medios para quitarle la vida. Norberto sufria todo con una inalterable paciencia, y con este motivo decia á sus amigos: ¿es acaso admirable que el demonio se revele contra mí, cuando se ha atrevido á quitar la vida al mismo Jesucristo, nuestro gefe? Su caridad, su dulzura y su perseverancia, triunfaron, por último, de todos los obstáculos. Murió lleno de trabajos y de fatigas, despues de haber llenado todos los deberes de un buen pastor.

(AÑO 1110 DE JESUCRISTO.)

FUNDACION DE LA ORDEN DEL CISTER.

LA órden del Cistér fué establecida ácia el mismo tiempo que la del Premostre, y no fué menos célebre, ni menos útil á la Iglesia. San Roberto, su fundador, habia abrazado el estado religioso desde la edad de quince años. Con el designio de guardar un retiro mas esacto, y de practicar la regla de San Benito, sin mitigacion alguna, fué á establecerse con algunos compañeros que tenian el mismo fervor, en el bosque del Cistér, á cinco leguas de Dijon. Este era un desierto, cuya sola vista causaba horror, y que era habitado por béstias salvages; pero cuanto mas espantosa era á la naturaleza esta soledad, mas propia parecia al deseo que ellos tenian de ocultarse y de no vivir sino para Dios. Se pusieron á desmontar el terreno, y fabricaron, para alojarse, celdas de madera; de suerte, que mas era en realidad un conjunto de cabañas, que un monasterio. Aquí estos santos religiosos inmolaban sin cesar sus cuerpos á Dios con los rigores de la penitencia, y sus corazones con el fuego de la caridad. Frecuentemente les faltaba el alimento, porque el trabajo no bastaba para procurarles lo necesario; y no obstante, ellos rehusaron los ricos presentes que el duque de Borgoña queria hacer les; tanto estimaban la pobreza. Aunque este nuevo instituto era muy afamado por su fervor, permaneció muchos años sin

hacer notables progresos. Era como un árbol que arrojaba profundas raices antes de elevarse y estender sus ramas. Dios se complacía en quitarle por todas partes todo lo que la virtud puede tener de mas brillante á los ojos de los hombres. Un señor jóven, llamado Bernardo, vino á consagrarse al retiro con treinta compañeros que habia ganado para Dios, y que conducia al Cistér como preciosos despojos que él habia quitado al mundo que renunció. Bernardo nació en el castillo de Fontaine, en Borgoña. Como reunia en su persona las gracias esteriores del cuerpo á las raras cualidades del espíritu, se habian concebido de él las mas bellas esperanzas. Desde sus primeros años todo el mundo se le manifestaba risueño; pero él formó la generosa resolucion de sacrificarlo todo por Dios: sus hermanos y sus amigos, luego que supieron su designio, hicieron los mayores esfuerzos para disuadirlo; pero se mantuvo firme, y aun llegó á inspirar la misma resolucion á los que se le habian manifestado mas opuestos. Se fué por fin al Cistér, seguido de todos sus hermanos, escepto el menor, que dejó á su padre para consuelo de su vejez. Luego que partieron, el mayor de los hermanos, viendo en la calle al menor, que jugaba con otros niños, "tú serás, le dijo, el único heredero de nuestra casa: nosotros te dejamos todos nuestros bienes." "¡Cómo! le respondió el niño, ¿los bienes del cielo son para vosotros, y me dejais á mí los de la tierra? La reparticion no es igual." Él permaneció por entonces en su casa; pero despues vino á reunirse con sus hermanos. Desde que Bernardo entró al Cistér, se vieron brillar en él las mas sublimes virtudes: se

aplicó de tal modo á mortificar todos sus sentidos, que parecia haberse vuelto un hombre enteramente espiritual. Se reprendia á sí mismo haber probado el alimento que le era necesario tomar, y la comida era para él un tormento. Su recogimiento habia sido tan profundo, que despues de haber permanecido un año entero en el aposento de los novicios, salió de él sin saber cómo estaba construido: velaba una gran parte de la noche, considerando perdido el tiempo que dedicaba al sueño: él sostenia con su ejemplo el fervor de sus compañeros, y reanimaba el suyo recordando los motivos de su conversion, y diciéndose frecuentemente á sí mismo: *Bernardo, ¿con qué motivo has venido aquí?* Estas cortas palabras le inspiraban un nuevo valor para llenar los deberes de la vida religiosa.

SAN BERNARDO ES NOMBRADO ABAD DE CLARAVAL.

El ejemplo de San Bernardo atrajo tan gran número de religiosos al monasterio del Cistér, que por ser estrecho para tantos, se fundaron muchas abadías; entre otras, la de Claraval. El lugar en donde se construyó esta abadía, era un desierto, que se llamaba antes el valle de Asinto, cuyos bosques habian servido mucho tiempo de guarida á los ladrones; pero se convirtió entonces en guarida de santos. Bernardo fué en ella nombrado abad, y se llevó consigo doce religiosos; pero este número se aumentó bien pronto considerablemente. El santo

abad habia acostumbrado decir á los que admitia entre los novicios: si vosotros quereis entrar aquí, dejad fuera el cuerpo que habeis traido del siglo: esta casa no está abierta, sino únicamente para sola la alma. En efecto, la regla que se observaba allí, era sumamente austera. Como era muy pobre al principio el monasterio, no se comia allí sino pan hecho de cebada y de mijo: el guisado era hecho con hojas de haya cocidas. A pesar de tan escaso alimento, estos santos solitarios vivian contentos: el amor de la penitencia sazonaba estos manjares groseros. No se conocian en Claraval otros ejercicios que la oracion y el trabajo de manos. Aunque la comunidad fué numerosa, el silencio de la noche reinaba en ella durante el dia: este silencio imprimia tal respeto á los seglares, que no osaban ellos mismos tener ningun discurso profano en este santo lugar. Se veían hombres que despues de haber sido ricos y honrados en el mundo, se gloriaban en la pobreza de Jesucristo, y que sufrian con gusto las fatigas del trabajo, la hambre, la sed, el frio y las humillaciones. El santo abad se hallaba en todas partes á su frente: él mismo hacia mas de lo que ecsigia que ellos hiciesen: tenia tan alta idea de la vida religiosa, que al principio de su gobierno le eran de mucho peso las mas pequeñas imperfecciones, que no se pueden absolutamente evitar en esta vida, y que él no queria encontrar mas que ángeles en aquellos que gobernaba; pero Dios le hizo conocer que se engañaba, y supo despues acomodarse á las debilidades de la humanidad, y dirigir sus religiosos á la perfeccion por caminos diferentes, segun las diversas medidas de la gracia que reconocia

en cada uno de ellos. San Bernardo santificó toda su familia: tenia en su compañia á todos sus hermanos: Teselén, su padre, vino tambien en su vejez á tomar el hábito monástico en Claraval. No le quedaba en el mundo sino una hermana casada, y muy apegada al siglo: sin embargo, deseando ver á su hermano, vino al monasterio con un aparato soberbio, y una numerosa comitiva. El santo abad rehusó verla en tal estado: esta repulsa la llenó de vergüenza y confusion. "Aunque yo no sea, dijo, sino una pecadora, Jesucristo tambien ha muerto por mí: si mi hermano desprecia mi cuerpo, que como siervo de Dios no desprecie mi alma: venga, pues, él y mándeme, que estoy pronta á obedecer." Entonces San Bernardo vino á verla. Quedó tan conmovida con sus conversaciones, que renunció la vanidad; y dos años despues, habiendo obtenido el consentimiento de su marido, entró al monasterio de Jully, que acababa de fundarse para las mugeres, y en donde murió santamente.

CELEBRE FAMA DE SAN BERNARDO.

San Bernardo se hacia de dia en dia mas célebre por sus talentos y por sus virtudes, que fueron bien pronto recompensadas con el don de hacer milagros. Hizo el primero en favor de un gentil-hombre, pariente del santo abad. Este hombre cayó enfermo, y perdió á un mismo tiempo el conocimiento y la habla. Su familia estaba muy aterrorizada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque el enfermo habia cometido antes algunas injusticias. Llamaron á San Bernardo, el cual aseguró que el enfermo volveria á ponerse en su conocimiento, si se reparaban los daños que habia hecho. Se hizo inmediatamente la reparacion, y el santo abad fué á ofrecer el santo sacrificio. Antes que acabase la misa, el enfermo comenzó á hablar libremente, y pidió que le llevasen un confesor: se confesó en efecto, derramando abundantes lágrimas: recibió los sacramentos, y tres dias despues, murió con grandes sentimientos de penitencia. Vino un dia una muger á encontrar al santo abad, y le presentó á su hijo, que desde su nacimiento tenia una mano seca y el brazo dislocado. San Bernardo tuvo compasion de esta muger, y la dijo que pusiese á su hijo en tierra: despues, habiendo dirigido á Dios una ferviente súplica, hizo la señal de la cruz sobre el brazo del niño, que al instante quedó sano y corrió á abrazar á su madre. Habiéndose difundido la fama de estos milagros, le traían desde muy lejos, enfermos de toda especie, ciegos, paralíticos, y los curaba, tocándolos, ó haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Las conversiones que hacia eran prodigios no menos admirables. Nada resistia á su elocuencia persuasiva, ó mas bien al espíritu divino que le animaba. Una numerosa concurrencia de señores jóvenes, que iban á buscar las fiestas y las diversiones, tuvieron la curiosidad de ver, al pasar, la casa de Claraval. El santo abad los recibió con bondad; y para apartarlos de los peligrosos placeres á que corrian, los convidó á que permaneciesen allí algunos dias, hasta la cuaresma, que estaba próxima; pero no lo pudo conseguir. "Yo espero,

les dijo, yo espero que Dios me concederá lo que vosotros me negais." Al mismo tiempo les hizo presentar un féretro, y los ecshortó á que cuidasen de la salud de sus almas. Ellos se reían, y en seguida partieron; pero apenas estaban á alguna distancia del monasterio, cuando recordando lo que S. Bernardo les habia dicho, se sintieron mudados. Volvieron á Claraval, y abrazaron todos la vida religiosa. La reputacion de San Bernardo hizo nacer en muchas Iglesias el deseo de tenerle por pastor. Le ofrecieron el arzobispado de Milán, el de Reims, el obispado de Langrés y el de Chalon. Rehusó constantemente todas estas dignidades; y el respeto que los soberanos pontífices tenian á su virtud, les impidió siempre hacer violencia á su modestia. El humilde solitario no deseaba mas que sepultarse en su retiro, instruir á sus religiosos, y adelantar él mismo en los caminos de Dios; pero el crédito que sus luces y su santidad le daban, turbó muchas veces su soledad. De todas las provincias ocurrian á él, y su celo le obligaba á tomar parte en todos los negocios de la Iglesia: él era á un mismo tiempo el refugio de los desgraciados, el defensor de los oprimidos, el azote de los hereges, el oráculo de los soberanos pontífices, el consejero de los obispos y de los reyes; en una palabra, el hombre de la Iglesia, siempre pronto á sostener sus derechos, á defender su unidad, y á combatir sus enemigos.

(AÑO 1140 DE JESUCRISTO.)

SAN BERNARDO PREDICA LA SEGUNDA CRUZADA.—SU MUERTE.

San Bernardo se ocupó despues en un asunto que le acarreó muchas persecuciones, y ejercitó su paciencia. Se hallaba la tierra santa en el mayor peligro de volver á caer en el poder de los infieles, que se habian ya apoderado de la ciudad de Edesa, y habian hecho una horrible mortandad en los cristianos. El rey de Jerusalen pedia socorro á los principales de Occidente. El papa, afligido por la triste situacion en que se hallaba la Palestina, procuró encender en el corazon de los cristianos aquel mismo ardor que cincuenta años antes habia escitado en ellos Urbano II. Escribió con este fin al rey de Francia una carta, en la que ecshortaba á todos los franceses á tomar las armas en defensa de la religion. Encargaron á San Bernardo que predicase la cruzada. El rey lo habia ya invitado, y el papa le habia tambien escrito con este objeto; pero el santo abad no pudo resolverse á hacerlo, sino despues que recibió una órden formal: entonces lo hizo, no solamente en Francia, sino tambien en Alemania, con un prodigioso fruto. Autorizaban y hacian eficaz su predicacion los milagros; y una gran multitud de señores pidieron la cruz, con tal empeño, que parecia que toda la Europa iba á pasar á la Asia. Aunque se habia preparado un gran número de cruces, no bastaban, sin embargo, para la multitud de

los que se presentaban, y el santo abad se vió precisado á romper una parte de sus vestidos para hacer cruces. El rey Luis el jóven, que dió á sus súbditos el ejemplo de tomar la cruz, tomándola él el primero, se dispuso á marchar en persona á la cabeza de su ejército. El emperador Conrado, que era tambien de esta espedicion, tomó la vanguardia, y se puso en camino el dia de la Ascension, el año de 1147. Su ejército se componia de setenta mil caballeros cruzados, sin contar la caballería ligera y la infantería, que era innumerable. El ejército del rey de Francia, que se puso en marcha quince dias despues que el emperador, no era menos considerable; pero casi todo pereció por la mala disposicion de los cruzados, á quienes no fué posible sujetar al freno de la disciplina militar. Cuando llegaron á las tierras del imperio griego, cometieron tales desórdenes, que causaron desconfianza á Manuel, emperador de Constantinopla. Este príncipe, que temia el trastorno de sus estados, resolvió hacer perecer á los cruzados, y les dió guias infieles que los condujesen á los desiertos de la Asia menor, en donde cayeron en las manos de sus enemigos. Con gran trabajo Luis y Conrado hicieron pasar hasta Siria los restos de sus ejércitos: formaron el sitio de Damasco; pero se vieron precisados á levantarlo, y volver á tomar el camino de la Europa. Tal fué el fin de esta desgraciada espedicion, en la que perecieron los dos ejércitos mas brillantes que se han visto jamás. El horror que causó tan grande pérdida, suscitó la murmuracion contra San Bernardo, que habia predicado la cruzada, y que habia hecho esperar de ella un écsito feliz; pero él se jus-

tificó, diciendo, que los cruzados habian atraido la cólera de Dios por sus desórdenes, é impedido el cumplimiento de sus promesas, como en otro tiempo los israelitas en el desierto habian sido escluidos de la tierra de promision, á causa de sus crímenes. Estenuado así, ya por sus fatigas, como por sus austeridades, no sobrevivió mucho tiempo á esta desgracia. Se ha visto San Bernardo como el último de los padres de la Iglesia; pero sus virtudes eminentes y sus talentos estraordinarios, lo han hecho superior á todo elogio.

(AÑO 1160 DE JESUCRISTO.)

INSTITUCION DE LA ORDEN DE LOS TRINITARIOS.

Poco tiempo despues de la muerte de San Bernardo, la Francia vió salir de su seno un nuevo establecimiento muy útil á la Iglesia, é infinitamente glorioso á la religion. En tiempo de las cruzadas, los infieles habian cogido prisionero á un gran número de cristianos: éstos gemian en las prisiones, espuestos al peligro de perder la fé, cuando un santo sacerdote se sintió inspirado de Dios para trabajar en librarlos. Juan de Matha (este era su nombre), nacido en Provenza, de padres virtuosos, habia recibido de ellos una educacion cristiana, y la gracia habia fortificado sus felices inclinaciones. El estudio y la oracion, eran las ocupaciones ordinarias de su infancia, y no conocia otras recreaciones

que la lectura de obras piadosas: desde jóven afligia ya á su cuerpo con ayunos y otras mortificaciones: distribuia en limosnas todo el dinero que sus padres le daban. Despues de sus primeros estudios, se retiró por algun tiempo á una ermita cercana para vivir en continuo trato con Dios; pero viendo que allí le era muy dificil evitar las visitas de su familia, vino á París, en donde estudió teología, y obtuvo el grado de doctor. Mauricio de Sully, obispo de París, informado de su ciencia y de su piedad, lo ordenó de presbítero. Celebrando la primera vez el santo sacrificio de la misa, conoció por una inspiracion, los designios que Dios tenia sobre él. Inmediatamente el santo sacerdote se dispuso á llenar su vocacion con el retiro y ejercicios de la penitencia. Habiendo oído hablar de un solitario que se llamaba Felix de Valois, y que vivia en la diócesis de Meaux, en un lugar llamado Gerfroy, fué á encontrarlo, y le comunicó su designio. Formaron ambos el plan de una sociedad religiosa, cuyo objeto seria la libertad de los cautivos. Fueron juntos á Roma, y manifestaron este proyecto al papa Inocencio III, quien lo aprobó por una bula solemne, y lo erigió en instituto religioso, bajo el nombre de la Santísima Trinidad, para la redencion de cautivos. Vueltos á Francia, fundaron el primer monasterio de la órden, en el lugar en donde estaba la ermita de Felix de Valois. Su vida era tan santa, el fin del nuevo instituto tan noble y la obra que se ejercia allí tan respetable, que se atrajeron en breve la estimacion y veneracion de los fieles. Venian á este santo lugar una muchedumbre de personas; y el número de los que pedian ser admitidos en la

comunidad, se aumentaba de dia en dia. El santo fundador se vió obligado á edificar muchos monasterios, cuya obra se apresuraba con la contribucion de piadosas liberalidades. Entonces comenzó la obra particular de caridad, á la que se habia dedicado. Envió á la Africa dos de sus religiosos, que por la primera vez sacaron del poder de los infieles ciento ochenta y seis esclavos. Juan mismo hizo muchos viages á España y á Berberia, y procuró la libertad de ciento veinte cautivos. Sufrió en sus diferentes viages muy grandes contratiempos, y se vió espuesto á innumerables peligros; pero nada pudo contener la actividad de su celo; y á pesar de tantas fatigas, no disminuia sus austeridades. Sintiendo, al fin, agoviadas sus fuerzas, se retiró á Roma, en donde pasó los dos últimos años de su vida, visitando á los prisioneros, asistiendo á los enfermos y consolando á los pobres. ¡Solo en la religion cristiana se encuentran ejemplos de esta caridad generosa, que hace sacrificar el reposo, la salud, y aun esponer la vida por la felicidad de los otros! Una natural sensibilidad, una beneficencia, puramente humana, bien puede hacer algunos ligeros sacrificios; pero no es capaz de este heroismo, que hace despreciar los trabajos, los peligros y la muerte: es necesario para inspirarla, para mantenerla y perpetuarla, motivos mas poderosos, y esfuerzos nacidos de un orígen mas sublime.

(AÑO 1170 DE JESUCRISTO.)

MARTIRIO DE STO. TOMAS DE CANTORBERY.

LA Iglesia que San Juan de Matha honraba en Francia por su caridad, fué glorificada en Inglaterra por la firmeza episcopal y por el martirio de Santo Tomás de Cantorbery. Nacido en Lóndres en 1117, se manifestó desde su juventud dotado de escelentes cualidades: habia llegado á la dignidad de canciller de Inglaterra, y al mas alto favor cerca del rey Enrique II. Habiendo vacado la silla de Cantorbery, el rey quiso colocar en ella á su canciller. Tomás resistia, y manifestaba al rey que si llegaba á ser arzobispo, no dejaria de incurrir en su desgracia, porque se creeria obligado á oponerse á ciertos abusos que reinaban en Inglaterra. Enrique no hizo aprecio á estas representaciones, y lo hizo elegir arzobispo para la capital de Cantorbery. Sucedió en efecto lo que el santo prelado habia previsto. El rey se apropiaba las rentas de los beneficios cuando estaban vacantes, y diferia proveerlos para prolongar la vacante. Tomás se declaró con fortaleza contra este abuso: se opuso tambien á las usurpaciones de los jueces legos, que con desprecio de las inmunidades de la Iglesia anglicana, citaban á su tribunal á las personas eclesiásticas: en fin, manifestó un celo intrépido contra los señores y los oficiales que oprimian á la Iglesia, y usurpaban sus bienes. Irritado Enrique, ecsigió que los obispos

hiciesen juramento de mantener todas las costumbres del reino. Este santo arzobispo comprendió que bajo el nombre de costumbres, el príncipe entendia los abusos de que se trataba, y rehusó el juramento. Desde entonces esperimentó una abierta persecucion, hasta el punto de estar su vida en peligro, y verse obligado á pasar á Francia. Mandó á Luis VII dos de los sugetos que le habian acompañado en su fuga, pidiéndole un asilo en sus estados. A la relacion que hicieron de todo lo que el arzobispo habia sufrido, este príncipe les contestó benignamente: ¿Cómo el rey de Inglaterra ha olvidado estas palabras del Salmista: *irascimini et nollite peccare?* Señor, le respondió uno de los diputados, él, acaso las tendria presentes si asistiese al oficio divino tan frecuentemente como V. M. El rey se sonrió, y prometió su proteccion al arzobispo, añadiendo: es propio de la antigua dignidad de la corona de Francia, que los justos perseguidos, y sobre todo, los ministros de la Iglesia, encuentren socorros y seguridad en el reino. Trabajó despues, de acuerdo con el papa, para reconciliar al santo arzobispo con Enrique. Sobre la fé de esta reconciliacion, Tomás volvió á Inglaterra; pero no habian pasado aún tres meses despues de su vuelta, cuando el rey se encolerizó de nuevo contra él, y dijo en un arrebato de ira: ¿qué no habrá, por ventura, alguna persona que me vengue de un sacerdote que turba todo mi reino? Estas palabras fueron como la sentencia de muerte contra el santo prelado. Inmediatamente cuatro oficiales del príncipe formaron el horrible proyecto de matar al arzobispo: ellos se dirigieron secretamente á Cantorbery, y lo asesinaron en su Iglesia. Habiendo sabido Enrique semejante hecho, se consternó, y protestó con juramento, que él jamas lo habia ordenado: permaneció tres dias encerrado en su aposento, casi sin comer, y sin recibir consuelo alguno, y consintió en sufrir la penitencia que le fuese impuesta. Dios no tardó en manifestar la santidad de su siervo con un gran número de milagros hechos en su sepulcro, y por los horribles castigos que ejerció sobre Enrique, hasta que este príncipe apaciguó la cólera divina con una penitencia ejemplar.

(AÑO 1190 DE JESUCRISTO.)

TERCERA CRUZADA.

ENRIQUE II, rey de Inglaterra, para expiar sus faltas, habia resuelto ir en persona á socorrer á los cristianos de la Palestina. Ellos se hallaban entonces en la mas lamentable situacion. Saladino, sultán de Egipto, habia entrado allí al frente de cincuenta mil hombres: habia ganado una gran victoria sobre los cristianos, y hecho prisioneros á Guy de Lusiñan, rey de Jerusalen; á Reynaldo de Hatillon, gran maestre de los hospitalarios, y á otras muchas personas distinguidas; pero la pérdida mas sensible fué la de la verdadera cruz, que llevaron al combate, y habian tomado los infieles. Despues de esta derrota del ejército cristiano, nada pudo contener los progresos de las armas de Saladino. Casi

hiciesen juramento de mantener todas las costumbres del reino. Este santo arzobispo comprendió que bajo el nombre de costumbres, el príncipe entendia los abusos de que se trataba, y rehusó el juramento. Desde entonces esperimentó una abierta persecucion, hasta el punto de estar su vida en peligro, y verse obligado á pasar á Francia. Mandó á Luis VII dos de los sugetos que le habian acompañado en su fuga, pidiéndole un asilo en sus estados. A la relacion que hicieron de todo lo que el arzobispo habia sufrido, este príncipe les contestó benignamente: ¿Cómo el rey de Inglaterra ha olvidado estas palabras del Salmista: *irascimini et nollite peccare?* Señor, le respondió uno de los diputados, él, acaso las tendria presentes si asistiese al oficio divino tan frecuentemente como V. M. El rey se sonrió, y prometió su proteccion al arzobispo, añadiendo: es propio de la antigua dignidad de la corona de Francia, que los justos perseguidos, y sobre todo, los ministros de la Iglesia, encuentren socorros y seguridad en el reino. Trabajó despues, de acuerdo con el papa, para reconciliar al santo arzobispo con Enrique. Sobre la fé de esta reconciliacion, Tomás volvió á Inglaterra; pero no habian pasado aún tres meses despues de su vuelta, cuando el rey se encolerizó de nuevo contra él, y dijo en un arrebato de ira: ¿qué no habrá, por ventura, alguna persona que me vengue de un sacerdote que turba todo mi reino? Estas palabras fueron como la sentencia de muerte contra el santo prelado. Inmediatamente cuatro oficiales del príncipe formaron el horrible proyecto de matar al arzobispo: ellos se dirigieron secretamente á Cantorbery, y lo asesinaron en su Iglesia. Habiendo sabido Enrique semejante hecho, se consternó, y protestó con juramento, que él jamas lo habia ordenado: permaneció tres dias encerrado en su aposento, casi sin comer, y sin recibir consuelo alguno, y consintió en sufrir la penitencia que le fuese impuesta. Dios no tardó en manifestar la santidad de su siervo con un gran número de milagros hechos en su sepulcro, y por los horribles castigos que ejerció sobre Enrique, hasta que este príncipe apaciguó la cólera divina con una penitencia ejemplar.

(AÑO 1190 DE JESUCRISTO.)

TERCERA CRUZADA.

ENRIQUE II, rey de Inglaterra, para expiar sus faltas, habia resuelto ir en persona á socorrer á los cristianos de la Palestina. Ellos se hallaban entonces en la mas lamentable situacion. Saladino, sultán de Egipto, habia entrado allí al frente de cincuenta mil hombres: habia ganado una gran victoria sobre los cristianos, y hecho prisioneros á Guy de Lusiñan, rey de Jerusalen; á Reynaldo de Hatillon, gran maestre de los hospitalarios, y á otras muchas personas distinguidas; pero la pérdida mas sensible fué la de la verdadera cruz, que llevaron al combate, y habian tomado los infieles. Despues de esta derrota del ejército cristiano, nada pudo contener los progresos de las armas de Saladino. Casi

todas las ciudades abrieron sus puertas al vencedor: sitió á Jerusalen, y se hizo dueño de ella. Así esta ciudad volvió á caer bajo el poder de los infieles, ochenta y ocho años despues de haber sido conquistada por los cristianos, y no quedaba ya en la Palestina mas que tres plazas considerables, Antioquía, Tyro y Trípoli. La nueva de esta desgracia causó mucha consternacion en todo el Occidente: este pesar quitó la vida al papa Urbano III. Los reyes de Francia é Inglaterra, que estaban entonces en guerra, quedaron tan conmovidos por estos desastres, que olvidaron sus particulares resentimientos, para no pensar mas que en servir á la religion. Enrique II murió antes de haber cumplido su voto; pero Ricardo, su hijo, se alistó en la cruzada con Felipe Augusto. Para sufragar los gastos de esta cruzada, se impuso sobre todos los bienes eclesiásticos una contribucion, á la que se dió el nombre de Décima Saladina, porque era la décima parte de las rentas, y estaba destinada para hacer la guerra á Saladino. Los dos reyes se embarcaron, cada uno con su ejército. Felipe llegó el primero á la Palestina, y se unió á los cristianos, que habian puesto, ya hacia dos años, un sitio á la ciudad de Acre. Este refuerzo puso á los sitiadores en estado de poder dar un asalto; pero Felipe, por consideracion al rey de Inglaterra, quiso aguardar su llegada para repartir con él el honor de tomar la ciudad. Ella se rindió en efecto por una capitulacion, y uno de los principales artículos del tratado, fué, que la verdadera cruz se restituyese á los cristianos. Se esperaba que á este primer écsito seguirian nuevas conquistas; pero la salud quebrantada de Felipe, y

los disgustos que habia recibido del rey de Inglaterra, lo obligaron á volverse á Francia: sin embargo, para que no se le tuviese á mal, haber abandonado á su aliado, le dejó en su lugar diez mil hombres de infantería y quinientos de caballería, con el dinero necesario para mantener sus tropas por el espacio de tres años. Ricardo quedó solo en Palestina: tenia un ejército bastante fuerte para formar cualquiera empresa grande: ganó en efecto una batalla contra Saladino; y si hubiese marchado en derechura á Jerusalen, habria fácilmente vuelto á tomar esta ciudad; pero no supo aprovecharse de la ventaja que acababa de obtener, y dió tiempo á su enemigo para fortificar la plaza. Habiéndose visto despues precisado á renunciar el proyecto de este sitio, marchó para Europa, despues de haber pactado con Saladino una tregua de tres años. Así, todo el fruto de la tercera cruzada, fué la toma de la ciudad de Acre, que vino á ser el refugio de los cristianos de Oriente, en donde ellos esperaron mucho tiempo, aunque en vano, la ocasion de restablecer el reinado de Jerusalen.

(AÑO 1195 DE JESUCRISTO.)

CUARTA CRUZADA.

Aunque la tercera cruzada habia tenido poco efecto, no impidió el que se emprendiese la cuarta, pocos años despues de la vuelta de Felipe Augusto; pero este príncipe no tomó parte en ella. Los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

franceses é italianos mas distinguidos, á cuya frente iba el marqués de Monferrato, y Balduino, conde de Flandes, emprendieron esta nueva espedicion. Convinieron en reunirse en Venecia, y la república se habia ofrecido á dar los bageles necesarios para el transporte de los cruzados á la tierra santa. Los venecianos, fieles á sus ofertas, reunieron con prontitud las embarcaciones necesarias: hicieron mas, quisieron tambien distinguirse en una guerra en que la religion se interesaba, y equiparon á sus espensas cincuenta galeras para quinientos nobles de entre ellos, que se unieron á los cruzados. Esperaban la estacion favorable para embarcarse, cuando el jóven Alejo, hijo del emperador de Constantinopla, llegó á implorar sus socorros en favor de su padre, á quien un usurpador habia destronado y encerrado en una estrecha prision, despues de haberle hecho sacar los ojos. Él prometia restablecer la union entre los griegos y los latinos; dar doscientos mil marcos de plata, y víveres para un año; facilitar la conquista de la tierra santa, y mantener toda su vida quinientos caballeros para defenderla. Estas ofertas parecieron tan ventajosas, que creyeron no deber rehusarlas; aunque llevando la guerra á esta parte, se separaban del objeto que se habian propuesto. Por tanto, en lugar de ir á Palestina, se hizo la vela ácia Constantinopla: solo faltaban á los cruzados seis dias para apoderarse de la plaza, cuando huyó el usurpador, y coronaron al jóven Alejo, proclamándolo emperador; pero muy poco despues este príncipe perdió la vida á manos de uno de sus oficiales, que se hizo dueño del trono. En estas circunstancias, los cruzados formaron un consejo para deliberar lo que debian hacer, y se creyeron autorizados para vengar la muerte del príncipe á quien habian protegido. Atacaron de nuevo la ciudad de Constantinopla; la tomaron por asalto, y la abandonaron al pillage. La autoridad de los gefes no pudo contener la licencia de los soldados, que cometieron los mas grandes escesos. Dueños ya de Constantinopla, resolvieron los cruzados colocar allí á uno de entre ellos, en calidad de emperador. La eleccion recayó sobre Balduino, conde de Flandes, cuyas virtudes no han podido dejar de elogiar aun los mismos griegos. Este príncipe fué coronado solemnemente en la Iglesia de Santa Sofia: tomó desde entonces el título y vestiduras de emperador del Oriente. Los señores cruzados repartieron despues la mayor parte de las provincias del imperio que estaban en Europa: y ocupados únicamente en mantenerse allí, abandonaron del todo la espedicion de la tierra santa, por la cual habian tomado las armas. De esta manera comenzó el imperio de los latinos en Constantinopla; pero no fué de larga duracion: al cabo de cincuenta y siete años, los griegos consiguieron volver á poner sobre el trono imperial á Miguel Paleologo, de la dinastía de sus antiguos emperadores. Esta conquista de los latinos, lejos de facilitar la reunion de los griegos á la Iglesia romana, acabó de separarlos de ella. Los escesos que se cometieron en la toma y pillage de Constantinopla, les inspiraron una aversion violenta contra los latinos; y en esta época es preciso colocar el entero rompimiento y el cisma consumado de la Iglesia griega.

(AÑO 1204 DE JESUCRISTO.)

INSTITUCION DE LOS FRAILES MENORES.

Las dos órdenes célebres que se instituyeron despues de la cuarta cruzada, ofrecen á los ojos de la religion un objeto mas interesante que la conquista mas segura de un imperio. Francisco, nacido en Asis, pequeña ciudad de Italia, fundó la primera de estas dos órdenes, y dió á sus discípulos el nombre de frailes menores. Su padre, que era mercader, lo destinaba á la misma profesion, y no tuvo mucho cuidado de su educacion. Aunque el jóven Francisco tomó mas gusto á los vanos entretenimientos del mundo, que á los ejercicios de piedad, tenia una tierna compasion de los pobres, y los socorria en lo que podia. Negó, sin embargo, dar una vez limosna, contra su costumbre; pero tuvo por esto un arrepentimiento tan vivo, que resolvió desde entonces dar á todos aquellos que le pidiesen en nombre de Dios. Una grave enfermedad que padeció, le hizo tomar el partido de renunciar al mundo, y consagrarse únicamente á Dios. Algun tiempo despues, habiendo encontrado á un pobre, cubierto de andrajos, se despojó de un vestido nuevo que llevaba, y con él lo cubrió. En otra ocasion, yendo de viage, encontró en el camino un leproso, tan desfigurado, que le causó horror á primera vista; pero reflecsionando despues que para servir á Jesucristo es necesario vencerse á sí mismo, bajó del caballo y besó al leproso, dándole una limosna. Cuando de este modo se comienza, en poco tiempo se hacen grandes progresos en la virtud. De este modo Francisco pareció á poco un hombre nuevo: buscaba la soledad, y meditaba con ternura la pasion del Salvador. La vida retirada de Francisco no agradaba á su padre, quien frecuentemente lo maltrataba, y que al fin llegó á desheredarlo. Francisco nunca se creyó mas rico que en el momento en que comenzó á no poseer nada: sufrió todo con paciencia. "Abandonado de mi padre, sobre la tierra, decia, yo me dirigiré con mas confianza á mi Padre que está en los cielos." Se retiró despues á una pequeña Iglesia, llamada Porcíuncula, ó Ntra. Sra. de los Angeles, y se dedicó á servir á los leprosos, ejercitándose en las obras mas penosas de misericordia y de humildad. Habiendo oído leer en misa estas palabras, que Ntro. Señor dijo á sus Apóstoles, *no lleveis oro, ni plata, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston*, he aquí, esclamó lleno de gozo, he aquí lo que yo busco, lo que deseo de todo mi corazon. Inmediatamente se quitó el calzado y dejó el baston: se deshizo del dinero, y no conservó mas que una simple túnica, que ceñia con una cuerda, practicando á la letra lo que acababa de oír. Desde entonces comenzó á predicar la penitencia con discursos sencillos, pero sólidos, y que hacian la mas viva impresion en los oyentes: tuvo muy pronto discípulos que imitaron su penitencia y su celo: anunciaban la palabra de Dios, ecshortando á todos los que encontraban, al temor de Dios, y al amor y observancia de sus mandamientos. Algunos los escuchaban con atencion; pero los mas se manifestaban sorprendi-

dos de su hábito estraordinario, y de la austeridad singular de su vida. Les preguntaban de qué pais y de qué profesion eran: las mas veces les negaban el hospedage, como á malhechores, y entonces se veían necesitados á pasar las noches enteras bajo los pórticos de las Iglesias. Algunas veces los llenaban de injurias los muchachos y el populacho: les arrojaban piedras y lodo; pero ellos sufrian muy gustosos estos oprobios, en el ejercicio de su evangélico ministerio. En fin, por su desinterés y por su sufrimiento, llegaron al cabo á disipar todas las prevenciones, y se conciliaron en todas partes la pública veneracion.

SAN FRANCISCO OBTIENE LA APROBACION DE SU ORDEN. SUS TRABAJOS APOSTÓLICOS.

Viendo San Francisco que el número de sus discípulos se aumentaba, les formó una regla, que no era otra cosa que la práctica de los consejos del Evangelio: añadió solamente algunas observaciones particulares para arreglar con uniformidad su tenor de vida. Fué á Roma á presentar esta regla á Inocencio III, quien la aprobó. Entonces el siervo de Dios condujo su pequeña sociedad á la Iglesia de la Porciuncula, que le cedió un abad de los Benedictinos, de quien dependia, y formó allí su primer establecimiento. Esta fué como la cuna de su órden. Se dedicó despues á formar á sus discípulos, y hacerlos propios para las funciones apostólicas: les dió instrucciones para que ellos mismos adelantasen en la perfeccion, y para que ganasen almas á Jesucristo: les recomendó principalmente que siempre se mantuviesen firmemente unidos á la fé de la Iglesia romana. Despues de haberles hablado mucho del reino de Dios, del menosprecio del mundo, de la mortificacion del cuerpo y de la abnegacion de su propia voluntad, "no temais añadia, el que á la vista del mundo parezcamos dignos de menosprecio: poned vuestra confianza en Dios, que ha vencido al mundo: encontrareis hombres duros que os maltratarán: aprended á sufrir con paciencia las injurias y los ultrajes." Los envió luego á diferentes paises, y se reservó para sí mismo la mision de la Siria y del Egipto, con la esperanza de encontrar el martirio. Se embarcó con un solo compañero, y llegó á Damieta, en donde se hallaba entonces el sultán Meledin. Éste le preguntó quién le habia enviado á él: Dios, respondió Francisco con valor, me ha mandado manifestarte el camino del cielo, á tí y á tu pueblo. Esta intrepidez admiró al sultán, quien lo invitó á que permaneciese con él. Yo lo haré con gusto, dijo Francisco, si quieres convertirte, así tú como tu pueblo. Para que no dudes mas que se debe abandonar la ley de Mahoma, y abrazar la de Jesucristo, haz encender una hoguera: yo entraré en ella con tus sacerdotes, para que así veas cual es la verdadera religion. Yo dudo mucho, respondió Meledin, sonriéndose, que algunos de nuestros ministros quieran sujetarse á esta prueba; y ademas, seria de temer que esto escitase alguna sedicion. No obstante, el sultán, prendado de los discursos de Francisco, le ofreció ricos

presentes, que el santo hombre no quiso aceptar; y esta generosa repulsa le hizo aún mas venerable á los ojos de Meledin, quien le despidió, diciéndole: "Rogad por mí, padre mio, para que Dios me haga conocer la religion que le es mas agradable, y me dé el necesario valor para abrazarla." Francisco, á su vuelta de Egipto, convocó un capítulo general en Asis: su órden se habia multiplicado de tal manera, que se contaban ya mas de cinco mil religiosos. Como algunos de ellos le suplicasen que obtuviese del papa un privilegio, en virtud del cual pudiesen predicar por todas partes, aun sin el permiso de los obispos, "¡qué, hermanos mios! vosotros no conoceis la voluntad de Dios: el Señor quiere que nosotros grangemos primero á los superiores con la humildad del respeto; despues ganaremos á sus súbditos por nuestros discursos y por nuestros buenos ejemplos. Cuando los obispos vieren que vosotros vivis santamente, y que no quereis usurpar su autoridad, ellos mismos os suplicarán que trabajeis por la salud de las almas, de que están encargados: nuestro singular privilegio debe ser el no tener ninguno." Cuando San Francisco conoció que se aprocsimaba su muerte, redobló los rigores de su penitencia. El mismo dia en que murió, hizo que le leyesen la pasion del Salvador; y habiéndose puesto á rezar el salmo 141, espiró al decir estas palabras: *me expectant justi, donec retribuas mihi.*

(AÑO 1216 DE JESUCRISTO.)

INSTITUCION DE LOS FRAILES PREDICADORES.

SANTO DOMINGO instituyó la segunda órden que comenzó por este tiempo. Era Domingo de una familia ilustre de España. Desde su juventud se sintió animado de un gran deseo de trabajar por la salud de las almas, y en particular por la conversion de los que estaban sumergidos en las tinieblas del error. Encontró bien pronto la ocasion de ejercer su celo: era canónigo regular de la Iglesia de Osna, cuando Inocencio III encargó á Diego, obispo de aquella diócesis, el cuidado de instruir y volver á la fé católica á los albigenses, cuyos errores inficionaban entonces la ciudad de Albi y sus inmediaciones. Domingo acompañó á su obispo en esta mision apostólica, y se empleó con mucho ardor en la conversion de estos hereges. Daban el nombre de albigenses á diferentes sectarios, que divididos por otra parte en opiniones, convenian entre sí en despreciar la autoridad de la Iglesia; en rechazar el uso de los sacramentos, y en abolir, en fin, toda la antigua disciplina. Estos fanáticos llevaban la ruina y desolacion por todo el pais: se reunian algunas veces en número de ocho mil hombres: saqueaban las ciudades y las villas; asesinaban los sacerdotes; profanaban las Iglesias, y rompian los vasos sagrados. Los misioneros conocian el peligro y la dificultad de la empresa; pero no ti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tubearon en abrazarla. Estaban dispuestos á sacrificar su vida por tan bella causa: Dios los libró de muchos peligros. Se habian apostado dos asesinos en un punto por donde Domingo debia pasar; pero escapó de sus manos: preguntándole despues qué hubiera hecho si hubiera caido en manos de estos homicidas, "hubiera, dijo, dado gracias á Dios, y pedido que hiciese correr mi sangre gota á gota, y que mis miembros hubiesen sido cortados uno despues de otro, para prolongar así mis tormentos, y enriquecer mi corona." Esta respuesta produjo una viva impresion sobre sus enemigos. Los santos misioneros tuvieron muchas conferencias con los hereges, y todas se terminaron siempre en favor de la verdad. No habia dia en que no se hiciesen ruidosas conversiones; pero con ellas se irritaban mas los espíritus; y como estos sectarios estaban sostenidos por Raymundo, conde de Tolosa, se cometian libremente las mayores crueldades. Para reprimirlos, fué necesario recurrir á remedios violentos, y se publicó contra ellos una cruzada, menos por sus errores en la fé, que porque trastornaban las leyes de la sociedad, y turbaban la tranquilidad pública. Encargaron á Simon, conde de Monforte, el mando de este ejército que se habia levantado contra los albigenses. Este caballero los perseguia vivamente; y si en la série de sus espediciones se encuentran algunos rasgos de una severidad escesiva, es necesario considerar que la ejercia con unos monstruos, que él creia no poder de otra manera espelerlos de las provincias que asolaban. Por otra parte, Santo Domingo no tuvo parte alguna en esta espedicion militar: la dulzura y la paciencia fueron las solas

armas que él empleó. Cuando vió que se aproc-simaba el ejército de los cruzados, nada olvidó de cuanto pudiese alejar el peligro que amenazaba á este pueblo obstinado. Encontrándose despues entre los cruzados, notó que muchos no se unian á ellos sino para robar, y que se entregaban á toda clase de escesos: emprendió reformarlos; y trabajó con tanto celo, como el que habia manifestado para convertir á los albigenses.

(AÑO 1216 DE JESUCRISTO.)

SANTO DOMINGO OBTIENE LA CONFIRMACION DE SU ORDEN.

LA cruzada emprendida contra los albigenses, no era sin duda, ni el solo ni el mejor medio de restablecer y mantener la fé en el Languedoc. Dios quiso hacer muchos mayores bienes por la persuacion, que por el terror. Inspiró á Santo Domingo el designio de formar una sociedad de hombres apostólicos, que sacrificándose á sí mismos en los ejercicios de la vida religiosa, pudiesen trabajar eficazmente con sus predicaciones, para difundir la luz de la fé, y obrar la santificacion del prójimo. Con esta mira se asoció á algunos compañeros, que consintieron vivir en comunidad, segun el plan que él les trazó. Foulqués, obispo de Tolosa, aprobó mucho este proyecto, y con todo su poder favoreció su ejecucion. Llevó consigo á Domingo para Roma, con el fin de que obtuviese la aprobacion del soberano pontífice. Despues de algunas dificultades,

que fácilmente se allanaron, el papa aprobó el nuevo instituto, y confirmó sus constituciones por su autoridad. El obispo Foulqués dió á Santo Domingo y á sus discípulos, su primera Iglesia, fundada en honor de San Román, en la ciudad de Tolosa; y hubo entre los vecinos de esta ciudad una piadosa emulacion para contribuir á su establecimiento. Este fervor se estendió brevemente en toda la provincia, y se empeñaron en fundar casas de este órden en Mompeller, en Bayona, en Leon y en otras muchas ciudades. La reputacion de que gozaban los nuevos religiosos, conocidos bajo el nombre de Frailes predicadores, atrajo á su órden hombres de más distinguido mérito. Entonces el santo patriarca envió muchos de sus discípulos á diferentes paises, para predicar la penitencia, y defender la pureza de la fé contra los hereges. Fueron siete de ellos á París, á quienes la universidad y un piadoso doctor llamado Juan, dean de San Quintín, cedieron la casa de San Jacobo, de donde tomaron el nombre de Jacobinos. Esta pequeña comunidad se aumentó de modo, que Santo Domingo encontró en ella treinta religiosos cuando vino en 1219. El santo fundador veía con gran consuelo que prosperaba la obra de Dios, y no cesaba de rogar por la conversion de los hereges y pecadores. Nada seria para él tan agradable, como ir á anunciar el Evangelio á las naciones bárbaras, y derramar su sangre por Jesucristo, si la voluntad de Dios no lo hubiese detenido en medio de sus hermanos. Por hallarse animado de estos sentimientos, quiso que el ministerio de la palabra fuese el fin principal de su instituto. Deseaba que todos sus religiosos se aplicasen á este objeto: cuanto mas importante es este ejercicio, tanto mas cuidado tomaba por preparar á él á sus discípulos, con la práctica de todas las virtudes: les enseñaba el arte de hablar al corazon, inspirándoles una ardiente caridad para con el prójimo. Un dia que venia de predicar, le preguntaron en qué libro habia estudiado el sermon: "el libro de que yo me he servido, respondió, es el de la caridad." Predijo la hora de su muerte mucho tiempo antes que llegase. Ácia fines de Julio, dijo á algunos amigos: vosotros me veis bueno y sano, sin embargo, yo saldré de este mundo antes de la fiesta de la Asumpcion. En efecto, fué atacado de una fiebre violenta; y despues de haber ecshortado á sus religiosos á que edificasen al prójimo, y honrasen su estado con sus virtudes, espiró tranquilamente, tendido en la ceniza. Si se aprecian con sinceridad los importantes servicios que han hecho las órdenes religiosas, todo lo que ellas han practicado por la instruccion y conversion de los pueblos, y por alivio de sus pastores en el ejercicio del santo ministerio, no se podrá dejar de convenir en que estos establecimientos nos han dado una multitud de hombres, igualmente preciosos á la Iglesia y al estado.

(AÑO 1213 DE JESUCRISTO.)

NACIMIENTO Y EDUCACION DE SAN LUIS, REY DE FRANCIA.

Por el nacimiento de un gran príncipe que santificó el trono con sus virtudes, y lo honró con sus

raras cualidades, Dios puso el colmo á los distinguidos favores que se dignó conceder á este siglo fecundo en hombres santos. Luis IX tenia apenas doce años, cuando murió su padre, y fué educado bajo la tutela de su madre Doña Blanca de Castilla, que gobernó el reino de Francia en calidad de regente. Esta virtuosa princesa inspiró desde niño á su augusto hijo, el amor de la virtud y el gusto de la piedad: le repetia con frecuencia estas bellas palabras, tan dignas de una madre cristiana: "Hijo mio, por grande que sea mi ternura ácia tí, yo querría mejor verte privado del trono y de la vida, que manchado con un solo pecado mortal." El jóven Luis escuchaba con placer las instrucciones de su madre, y jamás las olvidó. Blanca, no pudiendo bastar por sí sola á la educacion del jóven rey, le puso cerca de su persona hombres de una acreditada sabiduría, que formasen en él las cualidades de un héroe, y las virtudes de un gran santo. Ellos le enseñaron que todo es grande en el cristianismo, é infinitamente superior á lo que hay de mas estimado en el mundo. El feliz natural del príncipe era muy propio para secundar los deseos de sus maestros, y sus progresos escedian á sus lecciones: manifestó toda su vida el singular aprecio que hacia de la gracia del bautismo, por la singular predileccion que tenia al lugar en donde lo recibió: se firmaba algunas veces Luis de *Poisi*, dando á entender que preferia el título de cristiano al de rey de Francia. Fué consagrado en Reims, el primer domingo de adviento, de 1226, y este acto no fué para el jóven príncipe una simple ceremonia; lo consideró como una solemne obligacion de

que se encargaba para trabajar por la felicidad de su pueblo. Se preparó á él con ejercicios de piedad, pidiendo al Señor difundiese en su alma la uncion santa de la gracia: pareció estar penetrado de las palabras del salmo, que entonces se cantó al principio del oficio, y se las aplicó á sí mismo: *Acia vos, Señor, elevo mi alma: Dios mio, yo he puesto mi confianza en vos.* Así se cultivó el espíritu de este jóven príncipe: se le enseñó el arte de gobernar á los hombres, y el de hacer la guerra: se le enseñó la historia, que siempre se ha considerado como la escuela de los príncipes: en fin, no se despreció conocimiento alguno, propio para formar un gran rey. Se habia instruido muy bien en la lengua latina, para entender los escritos de los santos padres, que acostumbraba leer para santificar sus otros estudios. Cuando el jóven monarca comenzó á gobernar por sí mismo, le veían aplicado á todos los deberes, y fiel en cumplirlos: obraba con munificencia cuando era necesario, aunque amaba la economía, y preferia la sencillez en todas sus cosas: su trage, su mesa y su corte, todo manifestaba en él un príncipe enemigo del fausto. Despues de haber dedicado la mayor parte de su tiempo á los asuntos del estado, tenia gusto en conversar con las personas piadosas: cada dia consagraba algunas horas á los ejercicios de la religion; y cuando aquellos que tenian menos piedad que él le motejaban este proceder, respondia con dulzura: Son estraños los hombres: me acriminan la aplicacion que tengo á la oracion, y no hablarian ni una palabra si emplease el tiempo que consagro á ella, en el juego ó en la caza.

(AÑO 1239 DE JESUCRISTO.)

S. LUIS HACE QUE SE TRASLADE A FRANCIA LA CORONA DE ESPINAS.

NO hacia mucho tiempo que San Luis habia tomado en sus manos las riendas del gobierno, cuando tuvo ocasion de manifestar la piedad y respeto que tenia á la religion. Baudino, tercer emperador de Constantinopla, habia venido á Francia á solicitar socorros para sostener su vacilante trono: este trono se hallaba á la verdad, mal seguro, despues que fué conquistado, y los griegos lo combatian entonces con una fuerza poderosa. Baudino, á quien el santo rey habia hecho grandes beneficios, le manifestó su reconocimiento, ofreciéndole la corona de espinas de Ntro. Señor, que se conservaba desde tiempo inmemorial, en la capilla del palacio de los emperadores de Oriente. El religioso príncipe aceptó esta oferta con un indecible gozo, é inmediatamente despachó á Constantinopla los diputados, á quienes el emperador dió las cartas que contenian la órden de entregárseles esta preciosa reliquia. Cuando llegaron los diputados á esta ciudad, encontraron que habia sido necesario empeñar la santa corona á los venecianos, en cuyo poder se hallaba, los cuales habian prestado una suma considerable: así, era necesario ecshibir esta suma, para rescatar la santa reliquia. Luis, informado de este convenio, la redimió á sus espensas. Fué entonces llevada á Francia, sellada con los sellos del imperio

y los de la república de Venecia. Cuando el rey supo que ya llegaba por la parte del Sena, fué á encontrarla hasta Villanueva, acompañado de su corte y de un numeroso clero. A la vista de la santa corona, derramó tantas lágrimas, que hizo enternecer á aquel numeroso concurso: en seguida, el príncipe y su hermano Roberto, cargaron sobre sus hombros la caja que la contenia, y la llevaron desde la entrada del Sena, marchando descalzos en medio de un innumerable concurso del pueblo, hasta la Iglesia de San Estevan, de aquella ciudad. El piadoso rey la recibió con los mismos sentimientos y la misma pompa en París, y la hizo colocar en su palacio. Algunos años despues recibió tambien de Constantinopla, otras muchas reliquias; un pedazo considerable de la verdadera cruz, el fierro de la lanza que traspasó el costado de Ntro. Señor, la esponja que le presentaron empapada con hiel y vinagre; é hizo que se encerrasen en cajas de plata, guarnecidas de preciosas piedras; y para colocarlas con el honor debido, mandó construir una capilla célebre, sobre el mismo lugar en donde estaba el antiguo oratorio, y fundó canongías para que se celebrase allí el oficio divino. La dedicacion de la santa capilla se hizo con mucha solemnidad, y este fué el lugar ordinario en donde el santo rey se ocupaba en los ejercicios de piedad, pasando en él algunas veces las noches en oracion; pero el tiempo que dedicaba á ella, nunca era en perjuicio de su pueblo: estaba persuadido á que la piedad que impide el cumplimiento de los deberes, es una falsa piedad. La atencion con que dirigia todos los ramos del gobierno, manifiesta en los monumentos que nos han quedado

de su reinado, que los deberes de un rey eran su principal ocupacion: la Francia le debe los mas bellos establecimientos, y las mas sábias leyes.

(AÑO 1248 DE JESUCRISTO.)

PRIMERA CRUZADA DE SAN LUIS.

UNA peligrosa enfermedad que padeció San Luis, fué el motivo de la primera cruzada que emprendió para recobrar la tierra santa. Fué atacado de una disenteria tan violenta, que muy pronto le puso en peligro de muerte: algunas veces se creyó que habia espirado. La Francia, consternada, dirigia á Dios fervientes oraciones, pidiéndole les conservase á su padre y su rey: pusieron sobre el agonizante príncipe el pedazo de la verdadera cruz y las otras reliquias que habia recibido en Constantinopla, y volvió de su letargo. La primera palabra que pronunció, fué para llamar al obispo de París, y pedirle la cruz, porque queria ir al socorro de la tierra santa. El prelado le espuso muchas dificultades; pero el rey insistió de una manera tan persuasiva, que ya no tuvo medio de rehusárselo. Al recibir la cruz, la besó afectuosamente, y declaró que estaba enteramente sano: en efecto, muy poco despues volvió á presentarse en medio de su pueblo, y se enterneció al ver el espectáculo de la pública alegría. Se dispuso á cumplir su voto con el ejercicio de toda clase de buenas obras: el mayor número de los príncipes tomaron la cruz, y á su ejemplo hicieron lo mismo la nobleza y el pueblo. El rey se embarcó con el designio de llevar la guerra al Egipto, y atacar en su propio pais al sultán que tenia la tierra santa bajo su dominio. Llegaron con felicidad á la isla de Chipre, en donde el rey habia hecho preparar los almacenes: desde allí envió á declarar la guerra al sultán de Egipto, en caso que rehusase devolver á los cristianos las plazas que les habian quitado. El fiero musulmán negó lo que el rey pedia, y se preparó á sostener la guerra. La flota de los cruzados partió, pues, de la isla de Chipre, y llegó á la vista de Damieta, una de las mas fuertes plazas del Egipto. El enemigo guardaba la costa, para oponerse al desembarco: entonces el rey subió á la cubierta de la nave, y todos los señores se reunieron á su alrededor. "Mis amigos, les dijo, este viage ha sido emprendido por una singular providencia: no podemos nosotros dudar que Dios tenga algun gran designio: seremos invencibles si nos reunimos; pero cualquiera que sea el écsito, él nos será ventajoso: si morimos, obtenemos la inmortal corona del martirio; y si es nuestra la victoria, Dios será glorificado: combatamos nosotros por él, y él triunfará por nosotros: no tengais consideracion á mi persona: yo no soy mas que un hombre, cuya vida esta en las manos de Dios." Estas palabras, y la intrepidez del rey, inspiraron á los cruzados un nuevo ardor, y avanzaron con valor sobre la ribera. El legado que estaba en el mismo bajel del rey, llevaba una cruz levantada, para animar á los soldados con la vista de este signo sagrado: presidia una chalupa, en la que se habia colo-

de su reinado, que los deberes de un rey eran su principal ocupacion: la Francia le debe los mas bellos establecimientos, y las mas sábias leyes.

(AÑO 1248 DE JESUCRISTO.)

PRIMERA CRUZADA DE SAN LUIS.

UNA peligrosa enfermedad que padeció San Luis, fué el motivo de la primera cruzada que emprendió para recobrar la tierra santa. Fué atacado de una disenteria tan violenta, que muy pronto le puso en peligro de muerte: algunas veces se creyó que habia espirado. La Francia, consternada, dirigia á Dios fervientes oraciones, pidiéndole les conservase á su padre y su rey: pusieron sobre el agonizante príncipe el pedazo de la verdadera cruz y las otras reliquias que habia recibido en Constantinopla, y volvió de su letargo. La primera palabra que pronunció, fué para llamar al obispo de París, y pedirle la cruz, porque queria ir al socorro de la tierra santa. El prelado le espuso muchas dificultades; pero el rey insistió de una manera tan persuasiva, que ya no tuvo medio de rehusárselo. Al recibir la cruz, la besó afectuosamente, y declaró que estaba enteramente sano: en efecto, muy poco despues volvió á presentarse en medio de su pueblo, y se enterneció al ver el espectáculo de la pública alegría. Se dispuso á cumplir su voto con el ejercicio de toda clase de buenas obras: el mayor número de los príncipes tomaron la cruz, y á su ejemplo hicieron lo mismo la nobleza y el pueblo. El rey se embarcó con el designio de llevar la guerra al Egipto, y atacar en su propio pais al sultán que tenia la tierra santa bajo su dominio. Llegaron con felicidad á la isla de Chipre, en donde el rey habia hecho preparar los almacenes: desde allí envió á declarar la guerra al sultán de Egipto, en caso que rehusase devolver á los cristianos las plazas que les habian quitado. El fiero musulmán negó lo que el rey pedia, y se preparó á sostener la guerra. La flota de los cruzados partió, pues, de la isla de Chipre, y llegó á la vista de Damieta, una de las mas fuertes plazas del Egipto. El enemigo guardaba la costa, para oponerse al desembarco: entonces el rey subió á la cubierta de la nave, y todos los señores se reunieron á su alrededor. "Mis amigos, les dijo, este viage ha sido emprendido por una singular providencia: no podemos nosotros dudar que Dios tenga algun gran designio: seremos invencibles si nos reunimos; pero cualquiera que sea el écsito, él nos será ventajoso: si morimos, obtenemos la inmortal corona del martirio; y si es nuestra la victoria, Dios será glorificado: combatamos nosotros por él, y él triunfará por nosotros: no tengais consideracion á mi persona: yo no soy mas que un hombre, cuya vida esta en las manos de Dios." Estas palabras, y la intrepidez del rey, inspiraron á los cruzados un nuevo ardor, y avanzaron con valor sobre la ribera. El legado que estaba en el mismo bajel del rey, llevaba una cruz levantada, para animar á los soldados con la vista de este signo sagrado: presidia una chalupa, en la que se habia colo-

cado la oriflama, estandarte que nuestros reyes hacian llevar delante de ellos á la guerra: cuando ya no habia suficiente agua para abordar con los bajeles, el rey saltó al mar con la espada en la mano, y le siguió todo el ejército. Los enemigos dispararon una lluvia de dardos; pero no pudieron resistir al impetuoso ataque de los franceses, y huyeron en desórden. Los habitantes y la guarnicion de Damieta, abandonaron esta plaza, y el rey entró á ella sin resistencia; pero esto no fué con la pompa y el fausto de un conquistador, sino con la humildad de un rey verdaderamente cristiano, que hace á Dios un homenage sincero de su victoria. Hizo su entrada en procesion, descalzo, con los príncipes y el clero: se fué de esta manera hasta la principal mezquita, en la que el legado, purificándola, hizo una Iglesia, y en ella celebró solemnemente la misa.

(AÑO 1250 DE JESUCRISTO.)

PRISION DE SAN LUIS.

San Luis, dueño ya de Damieta, resolvió ir con direccion al Cairo, que era la capital del Egipto: para llegar á este punto, era necesario combatir con el ejército de los infieles, que estaba acampado en un lugar llamado Mazoura. El rey condujo á este sitio sus tropas, y atacó á los enemigos, que hicieron una vigorosa resistencia. La temeridad del conde de Artois, que se avanzó contra la órden del rey su hermano, hasta la Mazoura, atrajo sobre él y sobre el ejército frances, todas las desgracias que siguieron á esta funesta jornada. Los enemigos se arrojaron sobre él impetuosamente: los franceses volaron al socorro del príncipe, y el conde se empeñó en un sangriento combate, donde perdió la vida. La pérdida fué considerable de una y otra parte; pero el enemigo podia reparar sus fuerzas, estando en su propio pais; mas no sucedia lo mismo á los cruzados. Por colmo de su desgracia, se estendió entre ellos una enfermedad contagiosa que los obligó á quedar en inaccion por espacio de muchos meses: como los víveres se consumian, á la peste se agregaba la hambre: fué, pues, necesario volver á tomar el camino de Damieta; mas los enemigos los siguieron, y todo el discurso de la marcha fué un combate continuo. El santo rey hizo increibles esfuerzos; pero habiéndose visto precisado á detenerse en una pequeña ciudad, cayó en manos de los infieles con sus dos hermanos, y la mayor parte de su ejército. San Luis se hallaba en la prision, lo mismo que sobre el trono: tan grande se manifestaba en medio de las cadenas, como si hubiese sido el vencedor en el campo de batalla: los bárbaros mismos estaban admirados de su firmeza, y decian que este era el mas valeroso de los cristianos que habian conocido jamás: tratado con inhumanidad, se portó siempre como rey, cuya grandeza es independiente de los acontecimientos: como cristiano fiel á Dios, es el que tiene, sobre todo, el primer lugar en sus acciones: como héroe, su alma es superior á todas las desgracias. "Tú eres, el que estás preso, le decian los bárbaros, y nos tratas co-

mo si nosotros fuésemos tus cautivos." Esta constancia heróica hizo tanta impresion sobre el sultán, que le ofreció su libertad, con la condicion de que diese un millon de besantes de oro por su rescate y el de los otros prisioneros. "La persona de un rey de Francia no se rescata á précio de plata, respondió el rey: yo daré por mi rescate la ciudad de Damieta, y por el de mis súbditos, la suma que vos me pedis." El sultán, lleno de admiracion, hizo al rey una rebaja de la quinta parte del précio. Estaba concluido el convenio; pero antes que se ejecutase, el sultán murió á manos de sus emires, y esta muerte volvió á poner al santo rey en nuevos embarazos. Los asesinos vinieron á su prision como unos furiosos: Luis los vió entrar sin turbacion, y su intrépida serenidad les infundió respeto: ellos ratificaron el convenio, y aun deliberaron si lo nombrarian su sultán; pero el temor de ver sus mezquitas destruidas por un príncipe tan firme en su religion, les impidió ofrecerle esta dignidad. Puesto en libertad el rey, ejecutó fielmente lo tratado: entregó á Damieta en el dia señalado, y pagó la suma prometida; y como los infieles se hubiesen engañado en el cálculo con desventaja de ellos, les hizo remitir lo que faltaba, aunque hubiesen sido poco esactos en el cumplimiento de sus compromisos.

VIAGE DE SAN LUIS A LA PALESTINA.

Los infieles retenian, violando la fé del tratado, un gran número de prisioneros franceses, y se esforzaban en hacerlos apostatar: esto fué lo que impidió al santo rey volver á Francia, segun se le estrechaba. Para lograr mas fácilmente el sacar de sus manos el resto de los cautivos, y preservar la tierra santa de una total ruina, se hizo á la vela áeia la Palestina, y llegó felizmente á la ciudad de Acre. Fué recibido con grandes demostraciones de gozo por los habitantes, que vinieron en procesion á encontrarlo hasta el mar. Apenas le habian quedado seis mil hombres, número muy pequeño para formar alguna empresa; sin embargo, á ruego de los cristianos de este pais, resolvió permanecer algun tiempo; pero envió para Francia á sus dos hermanos, Alfonso de Poitiers y Cárlos de Anjou. En el tiempo que permaneció este príncipe en la tierra santa, visitó los santos lugares, con los mas tiernos sentimientos de piedad, y las demostraciones de respeto mas edificantes. Habiendo ido á Nazaret el dia de la Anunciacion, apenas vió desde lejos este sagrado lugar, cuando bajó del caballo y se puso de rodillas: despues hizo á pié lo restante del camino, aunque estaba muy fatigado, y habia ayunado este dia á pan y agua: tenia muy grandes deseos de ir á Jerusalen, y el sultán que allí mandaba, se lo habia permitido; pero se le representó que si entraba á la ciudad santa sin haberla libertado, todos los reyes que viniesen en lo succesivo á la Palestina, se creerian libres de su voto, contentándose, á imitacion suya, con hacer un simple viage de devocion. Esta consideracion le hizo variar de intencion. Empleó todo el tiempo que se detuvo en Palestina, en asegurar los negocios de los cristianos de este pais, reparando y fortificando á sus

espensas las plazas que allí tenian. Se hallaba ocupado en estas grandes obras, cuando supo la muerte de la reina Doña Blanca, su madre: la lloró amargamente; pero como cristiano, con una entera resignacion en la voluntad de Dios, se puso de rodillas delante del altar, y dirigió á Dios estas palabras: "Señor, yo os doy gracias por haberme conservado hasta aquí una madre tan digna de todo mi afecto: esta era un presente de vuestra misericordia, tomadlo como un bien que os pertenece: yo no debo quejarme de esto: es cierto que yo la amaba tiernamente; pero si es vuestro agrado quitármela, vuestro nombre sea bendito en todos los siglos." Esta muerte le hizo pensar en volver á Francia, despues de casi seis meses que habia salido de ella. Hizo sus últimas disposiciones; y habiendo puesto las plazas de la Palestina en estado de defensa, partió del puerto de Acre, el mes de Abril de 1254, lleno de las bendiciones de todo el pueblo, de la nobleza y de los obispos, que le condujeron hasta su navio. En el curso de la navegacion, el santo rey se ocupó en la oracion, en el cuidado de los enfermos, y en la instruccion de los marineros: sus ejemplos produjeron los mejores efectos: los ejercicios de la religion se practicaban casi con tanta regularidad, como en un monasterio. Desembarcó en Provenza, y tomó el camino de París, á donde llegó el dia 5 de Septiembre. Uno de sus primeros cuidados, fué ir á dar gracias á Dios, á la Iglesia de San Dionisio, á la cual hizo magníficos presentes.

(AÑO 1270 DE JESUCRISTO.)

SEGUNDA CRUZADA DE SAN LUIS.—SU MUERTE.

San Luis, despues de haber vuelto de la Palestida, no habia dejado la cruz, porque desde entonces meditaba una segunda espedicion, con el mismo objeto: las nuevas que recibió de este pais, lo confirmaron en esta determinacion. Despues de su partida, los infieles habian vuelto á tomar una parte de las plazas que habia fortificado, y ejecutaban las mas grandes crueldades contra los cristianos que rehusaban abrazar el mahometismo. Este príncipe, despues de haber arreglado los asuntos de su reino, declaró la resolucion que tenia de ir á socorrerlos. Empeñó á los príncipes y á los señores de sus estados, para que se cruzaran con él: sus discursos y su ejemplo hicieron la mas viva impresion en los espíritus, y el rey se vió pronto á la cabeza de un poderoso ejército. Se embarcó en el mes de Julio del año de 1270, y dirigió la vela ácia Tunez. Se determinó á conducir su ejército á este punto, porque el rey le habia hecho creer que abrazaria la religion cristiana, si no temiese por esto la revolucion de sus vasallos. Esta conversion parecia á Luis muy propia para facilitar el recobro de la tierra santa, que deseaba tan vivamente. ¡Oh, esclamaba algunas veces, si yo tuviese el consuelo de verme padrino de un príncipe mahometano! Pronto se desvaneció una esperanza tan lisongera, porque desde que los

espensas las plazas que allí tenian. Se hallaba ocupado en estas grandes obras, cuando supo la muerte de la reina Doña Blanca, su madre: la lloró amargamente; pero como cristiano, con una entera resignacion en la voluntad de Dios, se puso de rodillas delante del altar, y dirigió á Dios estas palabras: "Señor, yo os doy gracias por haberme conservado hasta aquí una madre tan digna de todo mi afecto: esta era un presente de vuestra misericordia, tomadlo como un bien que os pertenece: yo no debo quejarme de esto: es cierto que yo la amaba tiernamente; pero si es vuestro agrado quitármela, vuestro nombre sea bendito en todos los siglos." Esta muerte le hizo pensar en volver á Francia, despues de casi seis meses que habia salido de ella. Hizo sus últimas disposiciones; y habiendo puesto las plazas de la Palestina en estado de defensa, partió del puerto de Acre, el mes de Abril de 1254, lleno de las bendiciones de todo el pueblo, de la nobleza y de los obispos, que le condujeron hasta su navio. En el curso de la navegacion, el santo rey se ocupó en la oracion, en el cuidado de los enfermos, y en la instruccion de los marineros: sus ejemplos produjeron los mejores efectos: los ejercicios de la religion se practicaban casi con tanta regularidad, como en un monasterio. Desembarcó en Provenza, y tomó el camino de París, á donde llegó el dia 5 de Septiembre. Uno de sus primeros cuidados, fué ir á dar gracias á Dios, á la Iglesia de San Dionisio, á la cual hizo magníficos presentes.

(AÑO 1270 DE JESUCRISTO.)

SEGUNDA CRUZADA DE SAN LUIS.—SU MUERTE.

San Luis, despues de haber vuelto de la Palestida, no habia dejado la cruz, porque desde entonces meditaba una segunda espedicion, con el mismo objeto: las nuevas que recibió de este pais, lo confirmaron en esta determinacion. Despues de su partida, los infieles habian vuelto á tomar una parte de las plazas que habia fortificado, y ejecutaban las mas grandes crueldades contra los cristianos que rehusaban abrazar el mahometismo. Este príncipe, despues de haber arreglado los asuntos de su reino, declaró la resolucion que tenia de ir á socorrerlos. Empeñó á los príncipes y á los señores de sus estados, para que se cruzaran con él: sus discursos y su ejemplo hicieron la mas viva impresion en los espíritus, y el rey se vió pronto á la cabeza de un poderoso ejército. Se embarcó en el mes de Julio del año de 1270, y dirigió la vela ácia Tunez. Se determinó á conducir su ejército á este punto, porque el rey le habia hecho creer que abrazaria la religion cristiana, si no temiese por esto la revolucion de sus vasallos. Esta conversion parecia á Luis muy propia para facilitar el recobro de la tierra santa, que deseaba tan vivamente. ¡Oh, esclamaba algunas veces, si yo tuviese el consuelo de verme padrino de un príncipe mahometano! Pronto se desvaneció una esperanza tan lisongera, porque desde que los

cruzados arribaron á la Africa, el rey de Tunez hizo arrestar á todos los cristianos que estaban en la ciudad, y los amenazó con que haria cortarles la cabeza, si el ejército frances se aprocsimaba á la plaza. Como la ciudad de Tunez estaba muy fortificada entonces, y defendida con una numerosa guarnicion, Luis creyó que nada debia emprender hasta haber recibido los refuerzos que aguardaba, y se contentó con poner su ejército en parte donde estuviese libre de los insultos del enemigo, haciendo rodear su campo de fozos y empalizadas; pero á poco tiempo las fiebres malignas y las disenterias causadas por el calor escesivo del clima y por las aguas mal sanas, se propagaron entre sus tropas con tanta violencia, que el ejército se disminuyó casi la mitad. Al mismo santo rey tocó el contagio, y juzgó desde el primer dia que el ataque era mortal: nunca se mostró tan grande como en esta crítica circunstancia: á pesar del dolor que sufria, no interrumpió funcion alguna de su real dignidad: dió siempre sus órdenes con la misma presencia de ánimo que si hubiese estado con perfecta salud; y mas ocupado de los otros que de sí mismo, nada omitió para consolarlos: al fin quedó rendido, y con la necesidad de estar en el lecho. El príncipe Felipe, su hijo mayor, estaba siempre á su lado: San Luis, que le amaba, y que iba luego á cederle su reino, se esforzó cuanto pudo para darle las admirables instrucciones, que han llegado hasta nosotros, y comienzan de esta manera: "Hijo mio, la primera cosa que os recomiendo, es amar á Dios con todo vuestro corazon, y estar dispuesto á sufrirlo todo, antes que pecar mortalmente." Esto era lo que su virtuosa madre le habia inculcado desde su infancia, y la mácsima sobre que habia fundado la regla de toda su conducta. Pidió oportunamente los sacramentos, y los recibió con un fervor, que hizo derramar lágrimas á todos los asistentes. Cuando sintió aprocsimarse su último momento, hizo que lo acostaran sobre una cama cubierta de ceniza, en la que teniendo los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos fijos ácia el cielo, espiró, pronunciando distintamente estas palabras del Psalmista: "*Señor, yo estaré en vuestra casa; yo os adoraré en vuestro santo templo, y glorificaré vuestro nombre.*" Así murió el mejor de los reyes, cuyas virtudes no pueden admirarse sin bendecir la religion santa que las ha producido.

VIRTUDES DE SANTO TOMAS DE AQUINO.

San Luis tenia un grande aprecio y amor á los religiosos de las dos órdenes nuevamente establecidas, esto es, á los frailes menores y á los predicadores. Admiraba el celo que tenian por la salud de las almas: su profunda humildad, su vida penitente y mortificada, y su perfecto desinterés: decia que si pudiese hacer dos partes de su persona, daria una á los hijos de San Francisco, y la otra á los de Santo Domingo. Santo Tomás de Aquino, nacido de una familia noble en el reino de Nápoles, hacia entonces el ornato y gloria de esta última órden. Recibió una educacion conforme á su nacimiento, y segun las miras de fortuna que tenian acerca de él:

lo enviaron á las escuelas mas célebres de Italia; primero á Monte Casino, y despues á Nápoles, en donde habia una floreciente universidad. El jóven Tomás manifestaba desde entonces los mas grandes talentos para las ciencias, y descubria las mas felices disposiciones para la virtud. Algunas conversaciones que tuvo con un religioso domínico, hombre lleno del espíritu de Dios, le hicieron concebir un ardiente deseo de entrar en esta órden, cuyo hábito tomó á la edad de 17 años. Informada de esto su familia, emprendió cuanto pudo para hacerlo desistir de su resolucion; pero se mantuvo firme en ella: llegaron hasta el estremo de apoderarse de su persona: le aprisionaron y maltrataron; pero nada pudo hacerle variar. Por último, emplearon un medio, que solo el infierno pudo sugerir; y fué introducir en su recámara una cortesana, que creyeron propia para seducirlo: Tomás, horrorizado del peligro que corria su inocencia, llamó á su socorro al Dios de la pureza: tomó luego un tizon ardiendo, y echó fuera á esta muger deprabada, con indignacion. Despues de haber dado gracias á Dios por esta victoria, se consagró de nuevo á su servicio; y le pidió, con los ojos bañados de lágrimas, la gracia de no pecar jamás contra la virtud que el demonio habia intentado robarle. Su súplica fué oída, y en prémio de su fidelidad recibió el don de una perfecta castidad: ademas, Dios permitió que le dejasen libre y árbitro para seguir su vocacion. Sus superiores lo enviaron á Colonia para que estudiase teología, bajo la direccion de Alberto Magno. Instruido por este hábil preceptor, hizo en poco tiempo grandes progresos en esta ciencia; pero los

ocultaba por humildad: hablaba poco por temor de que no tuviese entrada en su corazon el demonio del orgullo: su silencio pasaba por estupidez, y le llamaban por burla el *buey mudo*. Pero su maestro, que lo conocia mejor, juzgaba de él de otra manera, y decia á los burlones, que los doctos bramidos de este buey, resonarian algun dia por toda la tierra. No se engañó: Tomás, despues de haber acabado su curso, y recibido el grado de doctor, enseñó en París con el mas grande esplendor: compuso muchas y escelentes obras, que estendieron á gran distancia y por todas partes, su reputacion. El santo doctor atribuia su ciencia mas bien á la oracion que al estudio. Antes de componer, invocaba siempre el espíritu de Dios; y redoblaba sus súplicas cuando encontraba alguna gran dificultad que resolver. El papa Clemente IV le ofreció el arzobispado de Nápoles, que el santo doctor rehusó. El soberano pontífice cedió á sus instancias sobre este punto; pero le ordenó que concurriese al concilio convocado en Lyon. El santo doctor obedeció; y aunque entonces padeció una fiebre, no dejó de partir para Lyon; pero como él se agravaba, se vió precisado á contenerse en el camino, y murió en la abadía de Fosanova, en la diócesis de Terracsina.

VIRTUDES DE SAN BUENAVENTURA.

San Buenaventura no houraba menos á la órden de San Francisco, que Santo Tomás de Aquino á la de Santo Domingo. Nació en Toscana, de

padres recomendables por su piedad: le pusieron por nombre Buenaventura, por una palabra que pronunció acerca de él San Francisco, para anunciar las gracias de que la divina misericordia le colmaria en lo succesivo. Este hijo de bendicion, á la edad de cuatro años, fué atacado de una peligrosa enfermedad: su desconsolada madre fué á recomendarlo á San Francisco, quien rogó por él, y le alcanzó la salud. Buenaventura, instruido acerca de este beneficio que recibió de Dios, lo apreció debidamente, desde que pudo conocerlo, y á la edad de veinte y dos años entró á la órden de los frailes menores, segun el voto que su madre habia hecho. Poco tiempo despues lo enviaron á París para que acabase sus estudios, bajo la direccion del célebre Alejandro de Halés, que era uno de los mas sábios religiosos de su órden. Buenaventura hizo rápidos progresos, y fué admitido al grado de doctor, junto con Santo Tomás, con quien llevaba una íntima amistad. Estos dos santos doctores se visitaban frecuentemente, y se tenian una recíproca y alta estimacion. Un dia, Santo Tomás, encontrando á su amigo ocupado en escribir la vida de San Francisco, no quiso distraerlo de su trabajo: "Dejemos, dijo, que el santo trabaje por otro santo, pues seria una indiscrecion interrumpirlo." Al cabo de siete años de profesion, lo eligieron para que ocupase la cátedra de teología, en lugar de Alejandro de Halés, y él desempeñó este empleo muy distinguidamente: dando las lecciones de esta ciencia sublime, se proponia formar, mas bien hombres cristianos, que sacar discípulos sábios: enseñando á éstos lo que se debe creer, les manifestaba con su ejemplo lo que

se debe obrar. Solo tenia treinta y cinco años, cuando lo hicieron, contra su voluntad, superior de su órden, que gobernó, en calidad de general, con mucha prudencia y capacidad. El papa Gregorio X, que le habia cobrado una grande estimacion por sus virtudes y por su talento, pensaba elevarlo á la dignidad de cardenal: el santo doctor, que sospechó este designio, procuró impedir su ejecucion, saliendo secretamente de Italia; pero una órden espresa del soberano pontífice, le obligó á volverse prontamente. Estaba en un convento de su órden, cerca de Florencia, cuando dos nuncios del papa vinieron á traerle el *capelo:* ellos lo encontraron ocupado en uno de los mas bajos ministerios de la comunidad: á esta vista manifestaron alguna sorpresa; pero el santo no tuvo ningun embarazo, y continuó en su presencia el oficio que habia comenzado; y cuando hubo concluido, recibió los distintivos de su nueva dignidad, suspirando; y no disimuló la pena que sentia de hallarse en la necesidad de cambiar las funciones apacibles del cláustro, por las temibles obligaciones que se le imponian. Poco tiempo despues, el papa mismo lo consagró obispo de Alvania, y le ordenó que se preparase sobre las materias que se debian tratar en el concilio general de Lyon. S. Buenaventura se dirigió al concilio, y predicó en la segunda y tercera sesion; pero cayó entonces en un desfallecimiento, y terminó su vida. Este santo ha dejado un gran número de obras, que respiran la piedad mas afectuosa, y es considerado, particularmente entre todos los doctores de su tiempo, como el mas grande maestro de la vida espiritual.

(AÑO 1274 DE JESUCRISTO.)

PRIMERA REUNION DE LOS GRIEGOS.

SEGUNDO CONCILIO DE LYON.

EL concilio de Lyon tenia por principal objeto la reunion de los griegos á la Iglesia romana, de la que estaban separados ya hacia mucho tiempo. Este concilio se abrió el dia 27 de Mayo de 1274, y duró hasta el 17 de Julio. La asamblea fué muy numerosa: concurrieron quinientos obispos y setenta abades. Santiago, rey de Aragón, asistió personalmente: los embajadores y otros muchos príncipes, asistieron tambien al concilio. *Miguel Paleologo*, entonces emperador de Constantinopla, habia deseado mucho esta reunion; mas por miras puramente políticas, temia que los príncipes latinos declarasen contra él la guerra, despues de haber arrojado á Baudino III del trono imperial. Para huir de la tempestad que le amenazaba, se dirigió al papa, y le prometió emplear su autoridad para hacer cesar el cisma. Esta proposicion causó tanto mayor placer al soberano pontífice, cuanto que los mismos griegos ofrecian por sí mismos una reconciliacion, á la que se les habia ecshortado hasta entonces, sin efecto alguno, y cuanto que las circunstancias parecian favorables á la ejecucion de este gran designio. Miguel, que habia pedido á Gregorio X que convocase el concilio, no dejó de enviar á él sus

embajadores, que fueron, Germano, antiguo patriarca de Constantinopla; Teofante, metropolitano de Nicéa; y Jorge, gran cancelario, ó principal tesorero del imperio. Estaban éstos encargados de una carta para el papa, en la que lo llamaba primero y soberano pontífice, padre comun de todos los cristianos: traían tambien otro escrito á nombre de treinta y cinco arzobispos griegos con sus sufragáneos. En esta carta, los prelados manifestaban su consentimiento y su cooperacion para la reunion con la Iglesia de Roma. A la llegada de estos embajadores, todos los padres del concilio fueron á recibirlos, y los condujeron al palacio del papa, quien los recibió honoríficamente, y les dió el ósculo de paz con todas las demostraciones de un afecto paternal. Los embajadores por su parte, rindieron al soberano pontífice todos los respetos que son debidos al vicario de Jesucristo, gefe de la Iglesia universal: declararon que venian á nombre del emperador y de los obispos del Oriente, á rendir obediencia á la Iglesia romana, y profesar con ella una misma fé. Esta declaracion escitó el gozo mas vivo en todos los corazones. El dia de San Pedro, el papa celebró la misa en la catedral de Lyon, en presencia de todo el concilio. Despues que cantaron el símbolo en latin, el patriarca Germano y los otros griegos, para manifestar la unidad de la fé, repitieron el mismo símbolo en su idioma. Concurrieron á la cuarta sesion, y se sentaron á la derecha del papa, despues de los cardenales: se leyeron en alta voz las cartas que llevaban. Entonces el gran cancelario, á nombre de la nacion, abjuró el cisma; aceptó la profesion de fé de la Iglesia romana, y confesó la

primacía de la santa sede. El papa, despues de haber manifestado en pocas palabras, el gozo que la Iglesia tenia al abrazar, por fin, con ternura á todos sus hijos reunidos en su seno, entonó el *Te-Deum;* y todos los asistentes, uniendo sus voces, rindieron á Dios solemnes acciones de gracias. Todo parecia prometer una reunion durable: sin embargo, ella no se mantuvo sino hasta la muerte del emperador Miguel: el succesor, hijo de éste, renovó entonces el cisma.

(AÑO 1378 DE JESUCRISTO.)

CISMA DE OCCIDENTE.—CONCILIO DE CONSTANZA.

Otro cisma aun mas escandaloso, desoló á la Iglesia, poco tiempo despues del de los griegos: he aquí lo que lo ocasionó. El papa Clemente V, que era frances, fijó su residencia en Aviñon, y sus succesores continuaron allí mismo. La Italia sufria mucho por esta ausencia de los papas, y Roma, en particular, era despedazada por diferentes facciones: deseaban ardientemente, y solicitaban con empeño, la vuelta del papa: en fin, Gregorio XI se rindió á estas urgentes instancias, y partió de Aviñon: fué recibido en Roma, en medio de las aclamaciones del pueblo, y de las demostraciones del mas vivo júbilo. Despues de su muerte, el pueblo romano, temiendo que el nuevo papa, si era frances, se fuese tambien á residir á Aviñon, se agolpó al lugar donde los cardenales estaban reunidos, y gritó: *nosotros*

queremos un papa romano. A estos clamores sediciosos, añadió las amenazas, y les declaró que si elegian un estrangero, les pondria su cabeza tan roja como su capelo. Intimidados los cardenales, nombraron precipitadamente al arzobispo de Beri, que tomó el nombre de Urbano VI. Este papa, que era de un carácter duro é inflecsible, indispuso á poco tiempo, por una conducta imprudente, á los que lo habian electo. Descontentos de su eleccion, se salieron de Roma; declararon nulo su nombramiento por falta de libertad, y eligieron otro papa, con el nombre de Clemente VII. Este desgraciado suceso sepultó á la Iglesia en una horrible confusion: toda la cristiandad se encontró dividida entre los dos papas: Clemente fué reconocido en Francia, en España, en Escocia y en Sicilia: Urbano tuvo por su parte, la Inglaterra, la Ungría, la Bohemia y una parte de Alemania. Emplearon el uno contra el otro, las armas espirituales; y la violenta conducta con que se manejaron, hizo encender mas el cisma: los cardenales de su obediencia le dieron un succesor. Lo mismo se hizo en el partido opuesto. Estas funestas escenas se renovaron muchas veces: en fin, los cardenales, afligidos de esta horrorosa division, se reunieron en el concilio de Pisa; y para hacerla cesar, privaron de la dignidad á los dos papas, y nombraron de concierto, á Alejandro V; pero á pesar de sus esfuerzos, el cisma continuaba, y los males se aumentaban. La obstinacion de los papas, el celo de los cardenales de las diferentes obediencias, y los diversos intereses de las coronas, todo hacia temer que el cisma se perpetuase; pero la Iglesia ha fiado siempre en las promesas de su Esposo, y Dios

no la abandonó en este peligro: el Señor rompió todos los obstáculos que las pasiones humanas oponian al restablecimiento de la union, y se verificó ésta en el concilio general de Constanza, tenido en 1414. Todos los pretendientes de la silla pontificia, ó renunciaron, ó fueron depuestos por la autoridad del concilio. Eligieron en él á Martino V, que fué generalmente reconocido de todos por legítimo y único soberano pontífice. Por lo demas, aunque estuvieron divididos sobre el derecho de los concurrentes, no quedaron por esto menos adictos á la silla apostólica, cátedra de San Pedro; y este cisma, por deplorable que fuese en sí mismo, dañaba menos á las conciencias, que otros escándalos. Esta es la reflecsion de San Antonio, arzobispo de Florencia, que escribia ácia mediados del siglo siguiente. "Se podia, dice, estar de buena fé y con seguridad de conciencia, en uno ó en otro partido, porque aunque sea necesario creer que no hay sino un solo gefe visible de esta Iglesia, si sucede no obstante, que se hayan criado dos soberanos pontífices á un mismo tiempo, no es necesario creer que éste ó aquel es el papa legítimo; pero es necesario creer solamente que el verdadero papa es aquel que ha sido canónicamente electo, y el pueblo no está en obligacion de discernir cuál es éste: él puede seguir en esto el sentir y la conducta de sus pastores particulares." El gran designio de Dios, que es la santificacion de los escogidos, no se cumple menos en medio de los escándalos. En efecto, hubo hombres de gran santidad en las dos obediencias.

CONDENACION DE WICLEF Y DE JUAN HUS.

Ademas de la estirpacion del cisma, el concilio de Constanza tenia tambien por objeto la condenacion de las heregías que se habian difundido en Alemania, prevalidas de esta funesta division. Wiclef, doctor de la universidad de Oxford, habia sido el principal autor de ellas: habia comenzado avanzando algunas opiniones singulares, que fueron condenadas por el papa Urbano V, y por los obispos de Inglaterra. Para vengarse de esto este heresiarca, atacó todo el órden eclesiástico: enseñó públicamente que el papa no es el gefe de la Iglesia; que los obispos no tienen ninguna preeminencia sobre los simples sacerdotes; que la autoridad eclesiástica se pierde por el pecado mortal; que la confesion es inútil á aquel que está suficientemente contrito. Estos errores no se estendieron en Inglaterra, en donde nacieron; y despues de muerto Wiclef, su secta cayó tambien poco á poco; pero este novador habia dejado escritos inficionados con el veneno de la heregía, que llevó á Praga un gentil-hombre de Bohemia, el cual habia estudiado en Oxford, y se los comunicó á Juan Hus, rector de la universidad de Praga. Éste adoptó la doctrina perniciosa que estos libros contenian, y la divulgó en sus sermones con un ardor increible: añadió á ella nuevos errores, entre otros, la necesidad de comulgar bajo las dos especies: se atrajo un gran número de discípulos, de los que el mas intrépido era Gerónimo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Praga, y esta secta hizo grandes progresos en Bohemia. El arzobispo de Praga y el papa Juan XXIII, hicieron los posibles esfuerzos para contener los progresos del error, y para hacer que el novador reconociese la verdad, y se sujetase; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y Juan Hus continuó difundiendo su heregía en las villas y en las ciudades, seguido de un concurso innumerable del pueblo, que le escuchaba con demasiado empeño. A este estado habian llegado las cosas, cuando se celebró el concilio de Constanza. Juan Hus vino á él en persona, para defender allí su doctrina. Antes de su partida habia hecho fijar en las puertas de las Iglesias unos anuncios, de que él consentia en ser juzgado por el concilio, y sufrir las penas establecidas contra los hereges, si lo podian convencer de algun error contra la fé. Despues de esta declaracion, el emperador Segismundo le habia dado un salvo conducto, no para libertarlo del castigo á que se sometia él mismo, sino para su seguridad en el viage, y facilitarle medio de justificarse, si habia sido calumniado como él decia. No bien habia llegado á Constanza, cuando se puso á dogmatizar, sin esperar el juicio del concilio sobre su doctrina: se creyó, pues, necesario asegurar su persona, y el concilio nombró comisarios para que revisasen sus escritos, y se encontraron en ellos un gran número de errores: infructuosamente se le obligó á retractarse. Él se presentó á la sesion que se tuvo el dia 5 de Junio: se sacaron de sus escritos, muchos artículos que contenian los errores de Wiclef: despues de haberle dejado la libertad de esplicarse sobre cada artículo, le ecshortaron á someterse al juicio del

concilio, y le presentaron una fórmula de retractacion, que rehusó obstinadamente suscribir. El concilio, que no queria llegar al caso de usar de rigor, procuró repetidas ocasiones, vencer su obstinacion: comenzaron por condenar sus libros al fuego, creyendo intimidarlo por este medio; pero persistió en su negativa. Entonces este heresiarca obstinado, fué solemnemente degradado de los santos órdenes, y entregado al magistrado de Constanza, que segun las leyes imperiales, lo condenó á ser quemado. Gerónimo, su discípulo, tan obstinado como el maestro, sufrió el mismo castigo. El concilio no solicitó su suplicio, sino que dejó que obrase la justicia del soberano, que ciertamente puede, por el bien del estado, castigar á los que turban el órden civil, diseminando malas doctrinas, muy funestas por lo regular, á la tranquilidad pública.

(AÑO 1439 DE JESUCRISTO.)

SE PROCURA DE NUEVO LA REUNION DE LOS GRIEGOS.

CONCILIO DE FLORENCIA.

Despues que la Iglesia griega habia vuelto á caer en el cisma, los soberanos pontífices hicieron, aunque sin efecto alguno, muchos ensayos, con el fin de restablecer la union. Por último, el año de 1437, el emperador griego Juan Paleologo, y el papa Eugenio IV, habiendo tratado nuevamente sobre este asunto, convinieron en que se reuniese un concilio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

general en Occidente, compuesto de griegos y latinos. En virtud de este convenio, el pontífice abrió en Ferrara, de Italia, el concilio: el emperador y el patriarca de Constantinopla, concurrieron á él con veinte arzobispos de Oriente, y un gran número de eclesiásticos griegos, de distinguido mérito y capacidad. Los patriarcas de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalen, mandaron tambien sus diputados. Algunos inconvenientes que ocurrieron, no permitieron que el concilio se continuase en Ferrara; y con acuerdo y beneplácito de los griegos, fué necesario trasladarlo á Florencia. Despues de haber resuelto con claridad todas las dificultades, el emperador, el patriarca y los obispos griegos, presentaron una profesion de fé, conforme á la de la Iglesia romana, en la que reconocian en particular, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y que el papa es el gefe de la Iglesia universal. Una y otra parte aprobó despues la reunion, y estendieron un decreto en que se insertaron todos los puntos que los griegos habian primero controvertido, y firmaron este decreto el papa, el patriarca, y los otros prelados griegos, á escepcion del obispo de Éfeso, que rehusó constantemente suscribirlo. De este modo se concluyó un asunto como este, de tanto peso; y tan feliz resultado, llenó de júbilo á toda la Iglesia católica, aunque este gozo duró poco tiempo. Cuando el emperador y los prelados griegos volvieron á Constantinopla, encontraron al clero y al pueblo de esta ciudad, prevenidos estrañamente contra la union. Estos cismáticos cargaron de injurias á los que habian firmado, y aclamaron con grandes elogios al obispo de Éfeso, por el valor con que él solo

rehusó prestar su consentimiento. Intimidados aquellos que habian asistido al concilio de Florencia, por la desunion de sus conciudadanos, retractaron lo que habian hecho, y el cisma continuó como antes, sin esperanza de estinguirse. Algunos años despues, el papa Nicolás V, pontífice de mucha piedad, reflecsionando sobre la inutilidad de los trabajos que se habian padecido por la conversion de los griegos, les escribió una carta, en que despues de haberles hablado acerca de los preparativos que hacian los turcos contra ellos, les ecshortó á que abriesen, por último, los ojos sobre su pasada obstinacion. "Mucho tiempo ha, les dice, que los griegos abusan de la paciencia de Dios, perseverando en el cisma. Segun la palabra del Evangelio, Dios aguarda para ver si la higuera, despues de haber sido cultivada con tanto cuidado, produce su fruto; pero si en el espacio de tres años, que Dios entonces le concede, no lleva alguno, el árbol será cortado desde la raiz, y los griegos serán enteramente rendidos por los ministros de la justicia divina, que Dios enviará como ejecutores del decreto que desde el cielo ha pronunciado." Pronto veremos el cumplimiento literal de esta prediccion.

(AÑO 1453 DE JESUCRISTO.)

TOMA DE CONSTANTINOPLA POR MAHOMET II.

MAHOMET II, sultán de los turcos, habiendo resuelto reducir á Constantinopla, capital del imperio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

general en Occidente, compuesto de griegos y latinos. En virtud de este convenio, el pontífice abrió en Ferrara, de Italia, el concilio: el emperador y el patriarca de Constantinopla, concurrieron á él con veinte arzobispos de Oriente, y un gran número de eclesiásticos griegos, de distinguido mérito y capacidad. Los patriarcas de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalen, mandaron tambien sus diputados. Algunos inconvenientes que ocurrieron, no permitieron que el concilio se continuase en Ferrara; y con acuerdo y beneplácito de los griegos, fué necesario trasladarlo á Florencia. Despues de haber resuelto con claridad todas las dificultades, el emperador, el patriarca y los obispos griegos, presentaron una profesion de fé, conforme á la de la Iglesia romana, en la que reconocian en particular, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y que el papa es el gefe de la Iglesia universal. Una y otra parte aprobó despues la reunion, y estendieron un decreto en que se insertaron todos los puntos que los griegos habian primero controvertido, y firmaron este decreto el papa, el patriarca, y los otros prelados griegos, á escepcion del obispo de Éfeso, que rehusó constantemente suscribirlo. De este modo se concluyó un asunto como este, de tanto peso; y tan feliz resultado, llenó de júbilo á toda la Iglesia católica, aunque este gozo duró poco tiempo. Cuando el emperador y los prelados griegos volvieron á Constantinopla, encontraron al clero y al pueblo de esta ciudad, prevenidos estrañamente contra la union. Estos cismáticos cargaron de injurias á los que habian firmado, y aclamaron con grandes elogios al obispo de Éfeso, por el valor con que él solo

rehusó prestar su consentimiento. Intimidados aquellos que habian asistido al concilio de Florencia, por la desunion de sus conciudadanos, retractaron lo que habian hecho, y el cisma continuó como antes, sin esperanza de estinguirse. Algunos años despues, el papa Nicolás V, pontífice de mucha piedad, reflecsionando sobre la inutilidad de los trabajos que se habian padecido por la conversion de los griegos, les escribió una carta, en que despues de haberles hablado acerca de los preparativos que hacian los turcos contra ellos, les ecshortó á que abriesen, por último, los ojos sobre su pasada obstinacion. "Mucho tiempo ha, les dice, que los griegos abusan de la paciencia de Dios, perseverando en el cisma. Segun la palabra del Evangelio, Dios aguarda para ver si la higuera, despues de haber sido cultivada con tanto cuidado, produce su fruto; pero si en el espacio de tres años, que Dios entonces le concede, no lleva alguno, el árbol será cortado desde la raiz, y los griegos serán enteramente rendidos por los ministros de la justicia divina, que Dios enviará como ejecutores del decreto que desde el cielo ha pronunciado." Pronto veremos el cumplimiento literal de esta prediccion.

(AÑO 1453 DE JESUCRISTO.)

TOMA DE CONSTANTINOPLA POR MAHOMET II.

MAHOMET II, sultán de los turcos, habiendo resuelto reducir á Constantinopla, capital del imperio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Oriente, bajo de su poder, vino en 1453 á ponerle sitio con un ejército de trescientos mil hombres, y cerca de cien galeras, sin contar con un gran número de embarcaciones de menor tamaño. Era, pues, necesario que los griegos tuviesen fuerzas iguales que oponerle, y la guarnicion de la ciudad solo consistia en cinco mil griegos y dos mil estrangeros, que el emperador Constantino Paleologo puso bajo las órdenes de Justiniano, oficial genovés, de grande esperiencia. Este príncipe no se habia descuidado de fortificar á Constantinopla, antes de la llegada de los turcos. Como esta ciudad estaba rodeada de una muralla doble, Mahomet hizo preparar una artillería de catorce baterías, en las cuales habia algunas piezas de cañon de prodigioso calibre, que lanzaban balas y piedras de doscientas libras. Estas máquinas terribles, hicieron fuego dia y noche sobre la ciudad; y la batieron con tanta ventaja, que en poco tiempo habian ya abierto anchas brechas en las murallas. Los sitiados, en la crítica situacion en que se encontraban, no dejaban de oponer al enemigo una vigorosa resistencia, reparando las brechas en cuanto les era posible, y haciendo con buen écsito algunas salidas, en las que mataban un gran número de turcos, y quemaban sus maniobras. Los turcos, desalentados, ya pedian en alta voz que se abandonase la empresa; pero Mahomet los hizo resolver á dar un asalto general, prometiéndoles el pillage de la ciudad. Hechas ya las disposiciones, se atacó la plaza por mar y tierra: los griegos se defendieron con resolucion, é hicieron prodigios de valor; pero habiendo sido herido Justiniano, abandonó su puesto. Este contra-

tiempo acobardó de tal modo á los griegos, que comenzaron á huir. Los turcos, cargando al instante con impetuosidad, por la brecha, persiguieron á los que huian, y mataron la mayor parte de ellos. El emperador, que en persona se habia colocado en la brecha, hacia esfuerzos prodigiosos; pero fué arrebatado por la multitud, y pereció en medio de ella. Despues de la muerte del emperador, los turcos no encontraron mas resistencia, y se hicieron dueños de la ciudad, en donde nadie escapó de la espada de los vencedores: hicieron una horrible carnicería en los habitantes; y por espacio de tres horas que duró el pillage, cometieron los mas grandes escesos. Así pereció el imperio de Constantinopla, despues de haber subsistido 1123 años, contados desde que la silla imperial habia sido transportada por el gran Constantino, en el año 330. Este fué un castigo manifiesto de su obstinacion en el cisma. Dios los habia aguardado con paciencia, y ellos no habian aprovechado el tiempo que les habia concedido para que entrasen por la obediencia al seno de la Iglesia: habian despreciado las ecshortaciones que les habian hecho, y por esto han llegado á ser las víctimas de la justicia divina: no han querido reconocer la autoridad del succesor de San Pedro, y cayeron bajo la tiranía de los infieles, de quienes no tienen que esperar mas que la opresion y la esclavitud. Todo reino que se opone al de Jesucristo, está amenazado con la maldicion divina, y se pone en peligro de no permanecer mucho tiempo.

(AÑO 1507 DE JESUCRISTO.)

INSTITUCION DE LA ORDEN DE LOS MINIMOS.

LA Iglesia, á quien la total ruina del imperio del Oriente aflige sensiblemente, recibió algun consuelo por la moderacion de que usó el vencedor. Éste permitió que se mantuviese la religion cristiana en aquel pais, del que acababa de hacerse dueño. Habiendo tambien sabido que la silla de Constantinopla estaba vacante, estableció allí un patriarca. La Iglesia encontró otro motivo de consuelo en la brillante santidad de San Francisco de Paula, á quien Dios suscitó para formar una nueva órden religiosa, especialmente consagrada á la penitencia y á la humildad. Este santo fundador nació en la pequeña ciudad de Paula, en Italia, y tomó el nombre de ella. Sus padres, que eran muy virtuosos, le inspiraron desde niño el gusto á la piedad, mas con sus ejemplos, que con sus discursos. El jóven Francisco se sintió llamado á una vida austera y mortificada: se ejercitó en ella desde su infancia: no comia ni carne, ni pescado, ni huevos, ni leche: se impuso de esta abstinencia para toda su vida, una ley que observó religiosamente. Movido de una inspiracion interior de abrazar la soledad, se retiró á una gruta, cerca del mar, en donde solo se ocupaba de las cosas de Dios: no tenia allí otra cama que la desnuda roca, ni otro alimento que las yerbas que crecian al derredor de su gruta: bajo un vestido humilde y pobre, llevaba un áspero cilicio. La reputacion de una virtud tan rara en un jóven, atrajo á él muchas personas que le rogaban las asociase á su retiro, y les enseñara á servir á Dios: él no pudo resistir á sus instancias. Se construyeron, pues, algunas celdas y un oratorio, cerca de su gruta. Esta fué como la cuna de la órden que fundó poco tiempo despues, porque el aumento que su comunidad tomaba de dia en dia, le hizo formar la resolucion de construir en el mismo lugar un monasterio y una Iglesia, lo que ejecutó con los socorros que le dieron los habitantes de las inmediaciones. La regla que dió á sus discípulos, fué observar una perpetua abstinencia; y para enseñarles que la penitencia nada sirve sin la humildad, quiso que ellos hiciesen una profesion particular de esta virtud, y que se les llamase los *mínimos*, es decir los menores de todos los religiosos. Su órden fué aprobada por Sixto IV, en el año de 1747. Luis XI oyó hablar de la virtud estraordinaria de Francisco de Paula; y con la esperanza de obtener por sus oraciones, la curacion de una enfermedad de que estaba atacado, invitó al santo para que viniese á verlo. El papa ordenó á Francisco que se prestase al deseo del rey. El santo obedeció, y fué recibido con singulares demostraciones de veneracion. Luis se arrojó á sus pies, y le suplicó que pidiese á Dios el restablecimiento de su salud; pero Francisco se dedicó á hacerle entrar en disposiciones mas cristianas: le ecshortó á que se conformase con la voluntad de Dios y le hiciese el sacrificio de su vida. Se hizo respetar de toda la corte, por un perfecto desprendimiento y por la sabiduría de sus discur-

sos, que en un hombre sin estudios y sin cultura, no podian venir sino del Espíritu Santo: así, se le llamaba solo con los nombres de hombre santo, hombre de Dios. Los succesores de Luis XI le colmaron de beneficios, y vió estenderse su órden, no solamente en Italia y en Francia, sino tambien en España y en Alemania. Cayó enfermo en el convento de Plecis de las Torres, el domingo de Ramos. Fué el jueves santo á recibir la santa Eucaristía á la Iglesia, con grandes sentimientos de piedad, descalzo, con la cuerda en el cuello, y derramando abundantes lágrimas. Murió el dia siguiente por la mañana, despues de haber ecshortado á sus religiosos á que observaran fielmente su regla, y se amasen mútuamente.

(AÑO 1517 DE JESUCRISTO.)

HEREGIA DE LUTERO.

Dios tiene cuidado de consolar su Iglesia, como se acaba de ver, y le manifiesta su proteccion para darle una estable firmeza en las diversas tempestades que sin cesar se renuevan. La que Lutero escitó á principios del siglo XVI, fué la mas terrible y la mas funesta que sufrió despues del tiempo del arrianismo. Este heresiarca, que nació en Sajonia, era de la órden de los ermitaños de San Agustin, y doctor de la universidad de Vitemberga; espíritu inquieto y lleno de presuncion, se irritó con motivo

de las indulgencias concedidas por Leon X, porque la publicacion de ellas fué confiada á los domínicos, y no á los de su órden. Comenzó declamando contra los abusos de las indulgencias; despues contra las indulgencias mismas. Impugnó á poco tiempo la doctrina de la Iglesia, sobre el pecado original, sobre la justificacion, y sobre los Sacramentos. Habiendo sido condenadas estas nuevas impiedades por una bula del papa, el fogoso novador se levantó con furor contra la primacía de la silla de Roma; y no teniendo ya consideracion alguna, fué de unos en otros estravíos, y de esceso en esceso, renovando los errores condenados ya tiempo hacia, de los albígenses, de Wiclef, y de los husitas. Luego escribió contra el purgatorio, contra el libre albedrío, contra el mérito de las buenas obras &c. Tal fué el principio de su funesta apostasía de la antigua fé, apostasía que él calificó con el nombre de reforma (*). Como le era necesario procurarse algun apoyo para sostener una empresa tan atrevida, Lutero ecshortó á los príncipes de Alemania para que se apoderasen de los bienes eclesiásticos: este era seguramente un medio fácil de traerlos á su partido. La esperanza de recoger estos ricos despojos, impelió á abrazar su partido á muchos señores poderosos. Federico, elector de Sajonia, y Felipe Langrave, de Hessa, se declararon altamente sus protectores. Lutero atrajo á este último príncipe por una complacencia aun mas vergonzosa. Felipe quiso, viviendo todavia su esposa, contraer segundo

(*) Se llamó despues protestantes á los sectarios de Lutero, porque protestaron contra un decreto del emperador Cárlos V, en la dieta de Spira, en 1520.

matrimonio, y creyó poder conseguirlo del nuevo reformador. Se dirigió, pues, á Lutero, quien habiendo reunido en Vitemberga á los doctores de la nueva reforma, dió á Langrave, contra la prohibicion espresa de Jesucristo, el permiso de tener dos esposas á un mismo tiempo. Para multiplicar sus sectarios, combatió la ley del celibato de los sacerdotes y religiosos, y él mismo dió el ejemplo para que se infringiese, tomando por esposa, no obstante ser sacerdote y monge, á una jóven religiosa que habia sacado de su convento, para iniciarla y seducirla. Semejantes lecciones, sostenidas por tales ejemplos, encontraron fácilmente entrada en el espíritu de los pueblos; y una secta tan favorable á las inclinaciones corrompidas del corazon humano, se aumentó de dia en dia. Desde la alta Sajonia se propagó á las provincias septentrionales, á los d i cados de Brunswick, Mekelburgo, Pomerania y Prusia, en donde el gran maestre de la órden Teutónica se hizo luterano. Entonces Lutero, viéndose gefe de un partido poderoso, se quitó la máscara, y ecshaló sin consideracion, su bílis, contra el papa y contra las personas mas respetables: vomitó contra ellos un torrente de injurias groseras, cuales el delirio mas furioso puede sugerir á un frenético. No se pueden leer sin una lástima, mezclada de indignacion, las bajas ridiculeces, las revoltosas y ordinarias bufonadas, las torpezas mismas con que él ha sazonado sus escritos: apenas se puede concebir cómo una persona semejante ha podido atraer, sin embargo, á su partido, tantas provincias y reinos: es necasario que la codicia y el amor del placer, que son los dos grandes medios que Lutero ha

empleado, tengan sobre el espíritu de los hombres un ascendiente muy imperioso, para haberlos cegado hasta este punto, y para que la seduccion se haya propagado tanto, con oprobio de la razon misma.

(AÑO 1536 DE JESUCRISTO.)

CALVINO AÑADE OTROS ERRORES A LOS DE LUTERO.

Luego que Lutero dió el ejemplo de variar la doctrina recibida entre los fieles, se levantó un gran número de pretendidos reformadores, que adoptando una parte de sus errores, añadian á ellos otros nuevos. Calvino, á quien se considera como el segundo gefe de los protestantes, nació en Noyon: despues de haber cursado humanidades en París, se pasó á estudiar derechos á Orleans y á Urgés, cuyas escuelas habian adquirido fama: tuvo por maestro en esta última ciudad, un hombre célebre, pero imbuido en la doctrina de Lutero: el discípulo, que como tan de cerca lo trataba, tomó gusto á estas novedades, y no disimuló sus sentimientos. La Francia entonces se esforzaba á apagar el contagio que comenzaba á encenderse, y el rey Francisco I castigaba con severidad á los luteranos. Temiendo, pues, Calvino que lo prendiesen, se retiró á Basilea: en esta ciudad fué en donde publicó su libro de la *institucion cristiana*, que es como el compendio de toda su doctrina, escepto el artículo de la Eucaristía: sobre este punto no se separaba mucho

de los sentimientos de Lutero, y aun añade á él otros errores: enseña que el libre albedrío ha sido enteramente estinguido por el pecado: que Dios ha criado la mayor parte de los hombres para condenarlos, no á causa de sus crímenes, sino porque así le agrada: impugna la invocacion de los santos, el purgatorio y las indulgencias: es de dictámen que deben abolirse el papa, los obispos y los sacerdotes, é igualmente las festividades, el culto esterior y las demas sagradas ceremonias que sirven de un socorro muy poderoso para elevar nuestra alma á la adoracion del Ser supremo. Lutero, á pesar del deseo que tuvo, de negar la presencia real del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Eucaristía, estaba tan convencido de su verdad, que jamás pudo abandonar este dogma. Calvino abrió un camino, y se atrevió á rechazarlo. Es verdad que precisado por la fuerza de estas palabras de Jesucristo: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, y obligado por la fé constante y universal de este misterio, dá á conocer un grande embarazo en la manera de esplicarse, y parece que se avergüenza de su propia doctrina: este es un forzado homenage que dá á la verdad, al mismo tiempo que la combate. El novador hizo diferentes viages para difundir su veneno. Vino despues á establecerse en Ginebra, que algunos años antes habia hecho salir á su obispo, y abrazado el luteranismo: ejercitó el empleo de predicador y profesor de teología. Habiendo adquirido mucho crédito, hizo de esta ciudad como el centro de su secta, y desde allí sopló el fuego de la heregía y de la discordia á la Francia y otras partes de Europa. Su poder era absoluto en Ginebra, y nadie

se atrevia á resistirle, porque ninguno lo hubiera hecho impunemente: no podia sufrir que nadie pensase de diverso modo que él; y este hombre que predicaba que no se debia escuchar á la Iglesia, ni obedecerla, ecsigia de los otros una ciega sumision á todo lo que á él le agradaba definir. Hizo quemar en Ginebra al médico Miguel Gerved, por haber avanzado algunos errores sobre el misterio de la Santísima Trinidad; y sin embargo él declamaba con furor contra la justa severidad que se usaba en Francia con los hereges; así, la iniquidad se miente á sí misma. Cuando no podia vengarse de otro modo, se abandonaba á un furor indigno, no solo de un reformador, sino aun de un hombre honesto, y prodigaba á sus adversarios los epítetos de béstia, de asno, de perro rabioso, de puerco &c. ¡Qué estraño lenguage en la boca de un hombre que quiere pasar por un apóstol! Que se compare este lenguage con el de San Pablo, y por el contraste se verá la diferencia que hay entre los enviados de Dios y los que no han sido sino los órganos del demonio, de la heregía y de la impiedad.

VIOLENCIAS DE LOS PROTESTANTES.

La heregía es cruel y enemiga de toda subordinacion. Los arrianos habian escitado los mas grandes disturbios, y puesto por obra las violencias mas horribles. Lo mismo han hecho los protestantes; no han tenido mas respeto al poder del príncipe que á la autoridad espiritual del papa. "Si me es per-

de los sentimientos de Lutero, y aun añade á él otros errores: enseña que el libre albedrío ha sido enteramente estinguido por el pecado: que Dios ha criado la mayor parte de los hombres para condenarlos, no á causa de sus crímenes, sino porque así le agrada: impugna la invocacion de los santos, el purgatorio y las indulgencias: es de dictámen que deben abolirse el papa, los obispos y los sacerdotes, é igualmente las festividades, el culto esterior y las demas sagradas ceremonias que sirven de un socorro muy poderoso para elevar nuestra alma á la adoracion del Ser supremo. Lutero, á pesar del deseo que tuvo, de negar la presencia real del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Eucaristía, estaba tan convencido de su verdad, que jamás pudo abandonar este dogma. Calvino abrió un camino, y se atrevió á rechazarlo. Es verdad que precisado por la fuerza de estas palabras de Jesucristo: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, y obligado por la fé constante y universal de este misterio, dá á conocer un grande embarazo en la manera de esplicarse, y parece que se avergüenza de su propia doctrina: este es un forzado homenage que dá á la verdad, al mismo tiempo que la combate. El novador hizo diferentes viages para difundir su veneno. Vino despues á establecerse en Ginebra, que algunos años antes habia hecho salir á su obispo, y abrazado el luteranismo: ejercitó el empleo de predicador y profesor de teología. Habiendo adquirido mucho crédito, hizo de esta ciudad como el centro de su secta, y desde allí sopló el fuego de la heregía y de la discordia á la Francia y otras partes de Europa. Su poder era absoluto en Ginebra, y nadie

se atrevia á resistirle, porque ninguno lo hubiera hecho impunemente: no podia sufrir que nadie pensase de diverso modo que él; y este hombre que predicaba que no se debia escuchar á la Iglesia, ni obedecerla, ecsigia de los otros una ciega sumision á todo lo que á él le agradaba definir. Hizo quemar en Ginebra al médico Miguel Gerved, por haber avanzado algunos errores sobre el misterio de la Santísima Trinidad; y sin embargo él declamaba con furor contra la justa severidad que se usaba en Francia con los hereges; así, la iniquidad se miente á sí misma. Cuando no podia vengarse de otro modo, se abandonaba á un furor indigno, no solo de un reformador, sino aun de un hombre honesto, y prodigaba á sus adversarios los epítetos de béstia, de asno, de perro rabioso, de puerco &c. ¡Qué estraño lenguage en la boca de un hombre que quiere pasar por un apóstol! Que se compare este lenguage con el de San Pablo, y por el contraste se verá la diferencia que hay entre los enviados de Dios y los que no han sido sino los órganos del demonio, de la heregía y de la impiedad.

VIOLENCIAS DE LOS PROTESTANTES.

La heregía es cruel y enemiga de toda subordinacion. Los arrianos habian escitado los mas grandes disturbios, y puesto por obra las violencias mas horribles. Lo mismo han hecho los protestantes; no han tenido mas respeto al poder del príncipe que á la autoridad espiritual del papa. "Si me es per-

mitido, decia Lutero, hablando de su soberano, por amor de la libertad cristiana, no solamente menospreciar, sino aun pisar los decretos de los papas y cánones de los concilios, ¿pensais que yo tengo respeto á vuestras órdenes, de suerte que las mire como leyes?" "El Evangelio, dice en otra parte, ha causado siempre disenciones, y es preciso derramar la sangre para establecerlo." ¿A qué horrribles escenas no ha dado lugar esta sediciosa doctrina en toda la Europa? En Alemania, los luteranos se reunieron, tomando las armas, y llevando el esterminio hasta las provincias de Suevia, Franconia y Alsacia: ellos saquearon y quemaron las Iglesias; destruyeron los monasterios y los castillos; pasaron á cuchillo á los sacerdotes y á los religiosos; formaron un ejército de setenta y dos mil hombres, y el emperador Cárlos V tuvo bastante trabajo para contenerlos. ¿Qué de sangre no ha derramado en la Francia el calvinismo? Este reino fué destrozado durante tres reinados, por las continuas facciones, por las guerras civiles y por las batallas sangrientas: no se puede leer la historia de esta heregía sin estremecerse al escuchar los escesos que cometió, ó á los que dió ocasion: se han contado hasta veinte mil Iglesias que estos revoltosos fanáticos han destruido en todo el discurso de estas guerras: en solo la provincia del Delfinado, mataron doscientos cincuenta y seis sacerdotes, y ciento doce monges: quemaron novecientas ciudades ó villas. Su furor se encarnizaba aun contra los mismos muertos: le han llevado hasta el esceso de profanar con manos sacrílegas las preciosas reliquias de los mártires y confesores de Jesucristo: han ecshumado, prevalidos de

la fuerza, los cuerpos santos, arrancándolos de los sagrados depósitos donde se conservaban: los arrojaron al fuego, y esparcieron al viento sus cenizas. Basta citar dos ejemplares de esta cruel impiedad. En 1562 rompieron el relicario de San Francisco de Paula, en Plecis de las Torres; y habiendo encontrado su cuerpo sin corrupcion alguna, lo arrastraron por las calles, y lo quemaron en el fuego que habian encendido con la madera de una gran cruz. En el mismo año robaron en Lyon la caja de reliquias en que estaba San Buenaventura: llevaron todas sus riquezas; quemaron las reliquias del santo, y arrojaron sus cenizas en las aguas del Saona. Si las mácsimas de la religion ó pretendida reforma, autorizan tales escesos, ¿puede ser su Evangelio el Evangelio de Jesucristo? Dijo Ntro. Señor Jesucristo á sus apóstoles cuando los envió por el mundo: "Yo os envio como ovejas en medio de los lobos: no opongais vosotros á su crueldad mas que la paciencia y la dulzura." El Señor, sin duda, ha permitido que se derrame la sangre para establecer el Evangelio; pero esta sangre no fué sino de las ovejas; y si se derramaba, era por medio de los lobos mismos. Los fieles no aprendieron entonces de los apóstoles otra doctrina que la de la paciencia y de la sumision á los soberanos, á quienes estuvieron inviolablemente adictos. Decian por la boca de S. Justino, en su apología: "Nuestras esperanzas no están fundadas sobre el mundo presente, y por esto no hacemos ninguna resistencia al verdugo que viene á degollarnos." Decian á los emperadores: "Nosotros no adoramos sino solo á Dios; en todo lo demas os obedecemos con gusto." Decian tambien con Ter-

tuliano: "Como cristianos, rogamos á Dios que conceda á los emperadores una larga vida, un reinado pacífico, seguridad en lo interior, armas victoriosas en lo esterior, un senado fiel, súbditos obedientes, una paz universal, y todo lo que un hombre y un emperador pueden desear." ¡Qué diferencia entre este espíritu del cristianismo y el de la pretendida reforma!

VARIACIONES DE LAS IGLESIAS PROTESTANTES.

Uno de los caractéres de la heregía, es estar sujeta á las divisiones y variaciones en sus dogmas. Como ella ha sido compuesta por el propio espíritu de su autor, cada individuo en particular se considera tambien con derecho para mudar y modificar por su propio espíritu lo que él ha recibido: el autor de una secta no tiene mas derecho que sus secuaces para hacer innovaciones. Se ha visto esta estabilidad de doctrina en los arrianos, en los pelagianos &c., y no ha sido menos sensible en los protestantes. Lutero y Calvino no han podido contener á sus prosélitos en los límites que ellos les prescribieron; así, era contra la mácsima fundamental de la secta, traspasar estos límites. Ellos habian anunciado una libertad que llamaban evangélica, hasta entonces desconocida, en virtud de la cual cada particular era dueño de arreglar su creencia. ¿Y qué podria resultar de esta libertad, sino una estraña confusion de doctrina, y una perpetua variacion? "Los que han truncado un solo artículo de la fé, decia en el siglo V el célebre Vicente Lerins, bien

pronto atacarán los otros. ¿Y cuál será la consecuencia necesaria de este modo de reformar la religion, sino que sus reformadores nunca descansarán, sino que la mudarán sin cesar, hasta que no quede de ella la menor señal? Esto es lo que ha sucedido en la nueva reforma: despues de haber sacudido el yugo saludable de la autoridad de la Iglesia, ya no ha tenido principio de unidad, porque solo esta autoridad puede poner freno á la licencia del espíritu. La nueva reforma, abandonada al ecsámen y al juicio de cada particular, ha variado mil veces; ha tomado mil formas diferentes; se ha dividido en *anabatistas, en cuáqueros, en armenios, en gomaritas, en episcopales, en puritanos y en socinianos*, que tienen todos dogmas opuestos, y que solo están acordes en su ódio comun á la antigua fé, y en el desprecio de toda autoridad. Casi siempre han visto levantarse nuevos predicadores, que descontentos de lo que los gefes habian establecido, no cesaban de hacer algunas variaciones; de allí las diferentes confesiones de fé que se contradicen mútuamente. Los gefes mismos no permanecian firmes en su primer plan de religion; lo que construian hoy, lo derrivaban al dia siguiente: se les puede aplicar bien lo que San Hilario de Poitiers decia á los arrianos: "Vos os semejais á aquellos arquitectos ignorantes que nunca están contentos de su obra: no haceis otra cosa que fabricar y destruir. Hay en efecto tantas confesiones de fé diferentes, como hay hombres; y tan gran variedad en la doctrina, como en las modas. Cada año, cada mes, se ve salir á luz una confesion de fé: os avergonzais de las antiguas, y forjais otras nuevas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para abandonarlas despues." Su inconstancia sobre este punto, era tan visible, que ellos mismos no han podido dejar de sentirlo. He aquí como se espresa uno de sus teólogos (*): "¡Qué clase de gentes son nuestros protestantes, que se estravian á cada momento; vuelven despues sobre sus pasos; se dejan llevar de todo viento de doctrina, ya de una, ya de otra parte! Vos, acaso, podeis conocer cuáles son hoy sus sentimientos en materia de religion; pero no podreis nunca estar seguros de que estos mismos tendrán mañana. ¿Sobre qué artículo de la religion, estas Iglesias que se han separado de la de Roma, están acordes? Ecsaminad todos los puntos de su creencia; desde el primero hasta el último, apenas encontrareis un solo artículo afirmado por tal ministro, que prontamente no le veais condenado por otro, como una doctrina impía." Nada tiene que admirar que así se descarrien los que no tienen guia para conducirse: ellos han abandonado la Iglesia, á quien Jesucristo mandó escuchar. Encontrándose solos y sin conductores, se perdieron en sendas desconocidas, en donde el espíritu de seduccion los ha encaminado, y se separaron por mil caminos, diferentes de la verdad, que es una sola. No sucede así á la Iglesia católica. ¡Qué constancia en su gobierno y en su conducta! Fundada sobre Jesucristo, y gobernada por él, segun su promesa, jamás varía en su doctrina: su fé es siempre la misma: ella la ha recibido de su divino Fundador, y ha conservado inviolablemente este depósito sagrado: ninguna innovacion permite sobre este artículo.

(*) Dusio, carta á Besa.

(AÑO 1583 DE JESUCRISTO.)

CISMA DE INGLATERRA.

Las pasiones de los príncipes son ordinariamente la causa de las revoluciones que sobrevienen en sus estados, y particularmente de que lleguen á mudar de religion: esto es lo que justamente esperimentó la Inglaterra, en donde la fé habia estado al principio tan floreciente, que le llamaban la Iglesia de los Santos. Se habia distinguido el celo de Enrique VIII en defensa de la fé católica, cuando comenzaba á propagarse el luteranismo: habia publicado severos edictos contra los sectarios de Lutero, para impedir que la heregía naciente infestase su reino: aun habia hecho mas, habia compuesto él mismo una obra para combatirla; pero una criminal inclinacion estinguió en su corazon tan felices disposiciones, y fué causa de la desgracia de su reino. Habia casado, con dispensa, con Catarina de Aragon, viuda de su hermano, y diez y ocho años habia ya subsistido esta union, cuando este príncipe abrió su corazon á la pasion, que le precipitó á él y á su reino en un cisma deplorable. Quiso dar el nombre y el rango de reina á Anavolena, á quien amaba: para esto era necesario disolver su primer matrimonio, como si hubiese sido ilegítimo: pretendió con mucho empeño que en Roma se despachase este asunto, segun su deseo. El papa Clemente VII, despues de haberlo ecsaminado, juzgó que las

razones que se alegaban para el divorcio, no eran fundadas, y rehusó separar lo que Dios habia unido: pronunció tambien una sentencia de escomunion contra Enrique, si no volvia á recibir á su legítima esposa. Entonces este príncipe apasionado, se dejó llevar de todos los transportes de su injusto resentimiento: no quiso reconocer la autoridad del soberano pontífice; y por una acta solemne del parlamento de Inglaterra, hizo que le declarasen gefe supremo de la Iglesia Anglicana. Sostuvo este descarrío cismático por una violenta persecucion contra los que no quisieron suscribir á esta declaracion. Tomás Moro, gran canciller; y Fischer, obispo de Rochester, fueron las primeras víctimas de su furor, y los hizo degollar porque habian rehusado reconocer su supremacía eclesiástica. Entonces el canciller dió esta bella respuesta: "Si yo juzgase por mis propios sentimientos, desconfiaria de mis luces, y preferiria las del consejo de Inglaterra; pero en este asunto es mi guia la Iglesia toda: este es el gran consejo de los cristianos." El suplicio de estos dos hombres ilustres, fué como el ensayo de un gran número de sangrientas ejecuciones; y Enrique, que hasta entonces no se habia manifestado inclinado á la crueldad, se convirtió en un príncipe violento y sanguinario. Para vengarse de los religiosos que perseveraban en la obediencia debida á la santa sede, suprimió los monasterios, y se apropió de sus rentas: parecia que no se habia hecho gefe de la Iglesia de su reino, sino con el fin de tener motivo para robarla. Se casó con Anavolena, que era la causa de tantas turbaciones; pero disgustado bien pronto de ella, le hizo cortar la cabeza, y contrajo

otro nuevo enlace, á que siguieron otros cuatro. De esta manera Dios castigaba los primeros escesos de este desgraciado príncipe, con otros nuevos, y lo entregaba á los desarreglados deseos de su corazon. Enrique murió despedazado de los remordimientos de su conciencia. A pesar de sus estravíos, en nada habia variado la doctrina; pero al cisma siguió pronto la heregía: los nuevos errores no podian dejar de ser bien recibidos en un pais tan dispuesto á la revolucion: aun estando vivo Enrique, el luteranismo comenzaba á estenderse allí sin conocerlo, y contra su voluntad. Despues de su muerte, Eduardo VI abolió enteramente la religion católica, y estableció la pretendida reforma: se suprimió la misa; las imágenes fueron destruidas; las Iglesias saqueadas y profanadas; las cátedras ocupadas por los predicadores, que atacaban públicamente los antiguos dogmas, y las santas ceremonias de la religion. Para juzgar bien de la reforma Anglicana, basta recordar lo vergonzoso de su orígen y la impiedad de sus atentados. El mismo Enrique VIII lo juzgó de esta manera, en el lecho de la muerte, en aquel fatal momento, en el que la ilusion se disipa y la verdad brilla con todo su esplendor.

(AÑO 1541 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LAS INDIAS.

EL celo de Francisco Javier reparaba ventajosamente las pérdidas que la Iglesia sufria en Europa

con el cisma y la heregía, ganando entonces para Jesucristo, paises inmensos, pueblos innumerables. Javier era originario de una familia noble en el reino de Navarra: estudió en París, y allí enseñaba la filosofia en la universidad, cuando se unió á San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, y vino á ser uno de sus primeros discípulos. Habiendo sido electo por el papa Pablo III, para llevar el Evangelio á las Indias Orientales, en donde los portugueses habian formado nuevos establecimientos, se embarcó en Lisboa en 1541, y abordó, despues de una larga navegacion, á Goa, capital que en aquel pais pertenecia al dominio de Portugal. El deplorable estado en que encontró allí la religion, le hizo derramar lágrimas, y enardecer su celo. Como la vida escandalosa de los cristianos, en las Indias, era el mayor obstáculo que se oponia á la conversion de los idólatras mezclados con ellos, comenzó sus trabajos apostólicos, haciendo que estos malos cristianos volviesen á los verdaderos principios de su religion. Para conseguirlo, se aplicó á formar una juventud virtuosa: reunia á los niños y los llevaba á la Iglesia para enseñarles el símbolo de los Apóstoles, los mandamientos de Dios y las prácticas de la vida cristiana. La piedad de estos niños edificó á toda la ciudad, cuyo aspecto cambió bien pronto: los pecadores comenzaron á avergonzarse de sus desórdenes, y venian á pedir á Javier sus consejos: él los recibia con bondad, los instruia, los ecshortaba, y casi á todos los convirtió con su dulzura y su caridad. Pasó despues á la costa de la Pesquería, cuyos habitantes habian recibido el bautismo, y sin embargo, conservaban siempre sus

supersticiones y sus vicios. Para ponerse en estado de poder sacar mas fruto, estudió la lengua malavar, y á fuerza de trabajo tradujo en este idioma el símbolo de los Apóstoles, el decálogo, la oracion dominical, y en fin, todo el catecismo. Aprendió de memoria su traduccion, y se puso á recorrer las villas, predicando á Jesucristo. Su predicacion, confirmada con milagros, produjo abundantes frutos: el fervor de esta cristiandad naciente era admirable: de una nacion abandonada á todos los vicios, formó un pueblo de santos: muchos pecadores mudaron de vida, y la multitud de infieles que pedia el bautismo, era tan grande, que Javier, agoviado de la fatiga, casi no podia levantar los brazos. Animado por estos primeros sucesos, avanzó á los paises vecinos que aun no tenian conocimiento de Jesucristo; y en poco tiempo tuvo el consuelo de ver á los habitantes destruir los templos de sus ídolos, y en su lugar edificar Iglesias. El siguiente año pasó al reino de Trabarcon, en donde bautizó con sus propias manos diez mil idólatras, en el espacio de un mes. Se fabricaron en este pais cuarenta y cinco Iglesias, y Francisco, que ordenó en persona todas estas particularidades, añade, que era un espectáculo muy tierno ver á estos infieles convertidos, correr á competencia á demoler sus templos. La reputacion del santo apóstol se estendió hasta las estremidades de las Indias, y de todas partes le suplicaban que viniese para oír sus instrucnes, y recibir el bautismo. En medio de esta rica cosecha, Francisco enviaba cartas á Italia y á Portugal, para pedir obreros evangélicos. En los transportes de su celo hubiera querido que todos los doc-

tores de las universidades de Europa. se hiciesen misioneros. Viajó por la isla de Manât, por Cochin, por Meliapur, por Malác, por las Molucas y por Ternate: en todas partes obró un prodigioso número de conversiones, y en cada punto formó una numerosa Iglesia de los que bautizaba. A fuerza de increibles penas, y entre toda clase de peligros, producia tan multiplicados frutos, que seria dificil esplicar todo lo que tuvo que sufrir en sus diferentes misiones; pero estaba bien recompensado de todo, con los consuelos interiores que recibió. "Los peligros á que he estado espuesto, escribe él mismo á S. Ignacio, los trabajos que yo emprendo por los intereses de Dios, únicamente son para mí, fuentes inagotables de un gozo espiritual: yo no me acuerdo haber gustado tantas delicias interiores; y estos consuelos del alma son tan puros, tan dulces y permanentes, que quitan el sentimiento de las penas del cuerpo." De este modo, en medio de estas dulzuras celestiales que se le concedian sin medida, suplicaba á la divina bondad que moderase sus escesos.

CONTINUACION DE LOS TRABAJOS APOSTOLICOS

DE SAN FRANCISCO JAVIER.

San Francisco Javier, cuyo celo no conocia límites, se embarcó para ir al Japon, y llegó en 1549 al reino de Saxuma. Con los socorros de un habitante de aquellas comarcas, á quien él habia convertido en la India, tradujo en la lengua del pais el símbolo y la esplicacion de cada uno de los artículos de que se compone. Habiendo logrado una audiencia del rey, obtuvo el permiso de anunciar la fé: hizo un gran número de conversiones; pero turbaron su gozo las persecuciones que esperimentó de parte de los bonsos ó sacerdotes del pais, que al fin llegaron á indisponer al rey contra él. Partió, pues, para dirigirse á Firando, capital del otro pequeño reino, y fué en él bien recibido del príncipe, que le permitió predicar la ley de Jesucristo en todos sus estados. El fruto de sus predicaciones fué estraordinario, y convirtió allí mas idólatras en veinte dias, que los que habia convertido en un año entero, en Saxuma. Dejó esta cristiandad bajo el gobierno de un misionero que le habia acompañado, y se puso en camino para dirigirse á Meaco, ciudad capital de todo el Japon: pasó por Amangucio, en donde reinaba una horrible corrupcion de costumbres: sus predicaciones no sacaron fruto, y sufrió muchos insultos y afrentas. Habiendo llegado á Meaco, no fué allí mejor atendido, y vió con dolor que los espíritus no estaban aún dispuestos para recibir la verdad: volvió, pues, á Amangucio, y como hubiese conocido que la pobreza de su esterior habia chocado á los habitantes de esta ciudad é impedido que hubiese sido recibido en la corte, creyó deberse acomodar á las preocupaciones del pais, y se presentó allí con un aparato y una comitiva capaces de captarle el respeto, é hizo al príncipe algunos presentes: por este medio obtuvo la proteccion del rey y el permiso de anunciar el Evangelio. Bautizó tres mil personas en esta ciudad, y se-

tores de las universidades de Europa. se hiciesen misioneros. Viajó por la isla de Manât, por Cochin, por Meliapur, por Malác, por las Molucas y por Ternate: en todas partes obró un prodigioso número de conversiones, y en cada punto formó una numerosa Iglesia de los que bautizaba. A fuerza de increibles penas, y entre toda clase de peligros, producia tan multiplicados frutos, que seria dificil esplicar todo lo que tuvo que sufrir en sus diferentes misiones; pero estaba bien recompensado de todo, con los consuelos interiores que recibió. "Los peligros á que he estado espuesto, escribe él mismo á S. Ignacio, los trabajos que yo emprendo por los intereses de Dios, únicamente son para mí, fuentes inagotables de un gozo espiritual: yo no me acuerdo haber gustado tantas delicias interiores; y estos consuelos del alma son tan puros, tan dulces y permanentes, que quitan el sentimiento de las penas del cuerpo." De este modo, en medio de estas dulzuras celestiales que se le concedian sin medida, suplicaba á la divina bondad que moderase sus escesos.

CONTINUACION DE LOS TRABAJOS APOSTOLICOS

DE SAN FRANCISCO JAVIER.

San Francisco Javier, cuyo celo no conocia límites, se embarcó para ir al Japon, y llegó en 1549 al reino de Saxuma. Con los socorros de un habitante de aquellas comarcas, á quien él habia convertido en la India, tradujo en la lengua del pais el símbolo y la esplicacion de cada uno de los artículos de que se compone. Habiendo logrado una audiencia del rey, obtuvo el permiso de anunciar la fé: hizo un gran número de conversiones; pero turbaron su gozo las persecuciones que esperimentó de parte de los bonsos ó sacerdotes del pais, que al fin llegaron á indisponer al rey contra él. Partió, pues, para dirigirse á Firando, capital del otro pequeño reino, y fué en él bien recibido del príncipe, que le permitió predicar la ley de Jesucristo en todos sus estados. El fruto de sus predicaciones fué estraordinario, y convirtió allí mas idólatras en veinte dias, que los que habia convertido en un año entero, en Saxuma. Dejó esta cristiandad bajo el gobierno de un misionero que le habia acompañado, y se puso en camino para dirigirse á Meaco, ciudad capital de todo el Japon: pasó por Amangucio, en donde reinaba una horrible corrupcion de costumbres: sus predicaciones no sacaron fruto, y sufrió muchos insultos y afrentas. Habiendo llegado á Meaco, no fué allí mejor atendido, y vió con dolor que los espíritus no estaban aún dispuestos para recibir la verdad: volvió, pues, á Amangucio, y como hubiese conocido que la pobreza de su esterior habia chocado á los habitantes de esta ciudad é impedido que hubiese sido recibido en la corte, creyó deberse acomodar á las preocupaciones del pais, y se presentó allí con un aparato y una comitiva capaces de captarle el respeto, é hizo al príncipe algunos presentes: por este medio obtuvo la proteccion del rey y el permiso de anunciar el Evangelio. Bautizó tres mil personas en esta ciudad, y se-

mejante suceso le llenó de consuelo. De Amangucio, el santo apóstol pasó al reino de Bongo, cuyo príncipe deseaba ardientemente verlo. Confundió en públicas conferencias á los bonsos, que por motivos de interés procuraban por todas partes estorbarlo: convirtió, no obstante, algunos de ellos. Sus discursos públicos y sus conversaciones particulares, conmovieron al pueblo, y venia en numerosos concursos á pedirle el bautismo. El rey mismo quedó convencido de la verdad del cristianismo; pero una pasion, de que se habia dejado arrastrar, le impidió entonces abrazarlo. Mas despues reflecsionó sobre las instrucciones que Javier le habia dado: renunció sus desórdenes, y recibió el bautismo: por último, despues de haber permanecido cerca de dos años y medio en el Japon, Javier se sintió vivamente movido del deseo de hacer conocer á Jesucristo en la China. Aunque la entrada de este vasto imperio estaba severamente prohibida á todo estrangero, premeditó los medios propios para ejecutar su designio: mil obstáculos se oponian á su cumplimiento, y cuantas dificultades podian imaginarse; pero nada pudo detenerlo, y á fuerza de paciencia consiguió al fin, pasar hasta la isla de Sasian, que está situada cerca de Macao, sobre la costa de la China. La eterna Sabiduría inspira algunas veces á sus siervos, designios que no deben, al fin, tener su efecto, para recompensar en ellos la buena voluntad. El santo apóstol, al momento mismo que esperaba entrar en la China, cayó enfermo; y despues de doce dias de enfermedad, que padeció sin algun socorro humano, murió, á la edad de cuarenta y seis años: lo sepultaron en la ribera,

y echaron sobre su cuerpo cal viva, para que consumiéndose mas pronto sus carnes, pudiesen transportarse sus huesos á las Indias; pero despues de cerca de dos meses se encontró su cuerpo tan fresco y tan entero, como el de un vivo, y sus vestidos muy intactos. Lo transportaron á Goa, en donde fué depositado, en la Iglesia de San Pablo, con todos los honores que se le pudieron tributar, y allí hizo un gran número de milagros.

(AÑO 1545 DE JESUCRISTO.)

APERTURA DEL CONCILIO DE TRENTO.

Cuando la heregía de los protestantes se estendió por Alemania, se creyó que un concilio general era el medio mas propio para contener sus progresos, y para curar los males que habia ya causado á la Iglesia. El emperador Cárlos V lo deseaba con mucho ardor; y el papa Pablo III, despues de haber sabido las disposiciones de los otros príncipes cristianos, espidió la bula de convocacion: eligió para que se celebrase el concilio, la ciudad de Trento, porque su situacion entre Italia y Alemania ofrecia mas facilidad para que se reuniesen los que debian asistir á él. Ocurrieron diversos obstáculos, que hicieron diferir la apertura del concilio hasta fines del año 1545. Se comenzó por acordar los puntos que debian tratarse en él, y el órden en que debian proponerse. Despues de una misa solemne

del Espíritu Santo, se leyó el símbolo, á imitacion de los antiguos concilios, que habian acostumbrado oponer este escudo á todas las heregías, y que frecuentemente por este solo medio habian atraido los infieles á la fé, y confundido á los hereges. En seguida se trató de la canonicidad de los libros santos, que son los primeros fundamentos de la fé cristiana, y unánimemente convinieron los padres en que era necesario reconocer como canónicos todos los libros del antiguo y nuevo Testamento. Uno de los legados habló con mucha sabiduría y celo, sobre este artículo, é hizo ver que estos libros habian sido recibidos como sagrados por los concilios y por los padres de los primeros siglos. Se trató tambien de la tradicion, es decir, de la doctrina de Jesucristo y de los apóstoles, que no está consignada en los libros de la Escritura, sino que se nos ha transmitido de palabra, y que se encuentra en las obras de los padres y en otros monumentos eclesiásticos. Se estendió sobre estos dos puntos un decreto, concebido en estos términos: "El santo concilio de Trento, ecuménico y general, legítimamente congregado, con la asistencia del Espíritu Santo, y presidido por los legados de la silla apostólica, considerando que las verdades de la fé, y las reglas de las costumbres, están contenidas en los libros escritos y en las tradiciones, que recibidas de boca de Jesucristo por los apóstoles, ó inspiradas á éstos por el Espíritu Santo, han llegado hasta nosotros como de mano en mano; el santo concilio, siguiendo el ejemplo de los padres ortodoxos, recibe todos los libros, tanto del antiguo, como del nuevo Testamento, y tambien las tradiciones que pertenecen, así á

la fé, como á las costumbres, como salidas de la boca de Jesucristo, ó dictadas por el Espíritu Santo, y conservadas en la Iglesia por una succesion no interrumpida, las abraza con el mismo respeto y la misma piedad; y á fin de que nadie pueda dudar cuáles son los libros santos que recibe el concilio, ha querido que se insertase en este decreto el catálogo de ellos." *Sigue la lista de todos los libros canónicos, tales como se han impreso en la Vulgata.* El concilio añade: "Si alguno no recibe como sagrados y canónicos estos libros enteros, con todas sus partes, ó si desprecia con conocimiento y deliberacion las tradiciones de que acaba de hablarse, que sea anatema." En seguida, para contener á los espíritus inquietos, el concilio ordena que en las cosas de la fé y de la moral, que miran á la conservacion de la doctrina cristiana, ninguno, sea el que fuese, se fie de su propio juicio para traer los libros santos á su sentir particular, contra la interpretacion que les ha dado la santa Iglesia, á quien pertenece juzgar del verdadero sentido y de la verdadera interpretacion de las santas Escrituras, ó contra el unánime sentimiento de los santos padres: el concilio ordena tambien, que los que empleasen las palabras de la Escritura en usos profanos, como en chanzas, en aplicaciones ridículas, y en lisonjas ó prácticas supersticiosas, sean castigados como profanadores de la palabra de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOCTRINA DEL CONCILIO SOBRE EL PECADO ORIGINAL.

EL santo concilio de Trento, espuso en la quinta sesion, la doctrina católica sobre el pecado original y sobre su remedio. Enseña que Adan, despues de haber quebrantado el mandamiento de Dios, perdió la santidad y la justicia en que habia sido criado: desobedeció á Dios; incurrió en su enojo é indignacion; se hizo esclavo del demonio, y quedó sujeto á la muerte. El primer hombre, por su prevaricacion, no solo se dañó á sí mismo, sino tambien á su posteridad, transmitiendo el pecado, que es la muerte del alma: ha transmitido á todo el género humano la muerte y los dolores del cuerpo, segun lo que dice el Apóstol: "El pecado entró en el mundo por un solo hombre, y la muerte por el pecado; y así, la muerte ha pasado á todos los hombres, habiendo pecado todos en uno solo." No puede borrarse este pecado por las fuerzas naturales, sino únicamente por los méritos de Jesucristo, único mediador que por su sangre nos ha reconciliado con Dios; y estos méritos de Jesucristo se aplican, tanto á los adultos, como á los niños, por el sacramento del bautismo, segun estas palabras: "No hay bajo del cielo otro nombre dado á los hombres, por el cual debamos ser salvos," y aquellas otras: "He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo: vosotros, todos los que habeis sido bautizados, habeis sido revestidos de Jesucristo." Así los niños, aun aquellos que han nacido de padres bautizados, tienen necesidad de recibir el bautismo, porque ellos trajeron de Adan la culpa original, que no puede borrarse sino por la agua de la regeneracion, para obtener la vida eterna. Por esta razon, segun la tradicion de los apóstoles, los niños pequeños que no han podido aún cometer ningun pecado personal, son verdaderamente bautizados para la remision de los pecados, á fin de que la regeneracion borre en ellos las manchas que han contraido por la generacion, porque el que no naciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Por la gracia que se confiere en el bautismo, el pecado original queda verdaderamente perdonado y destruido, porque en aquellos que han sido reengendrados no se halla cosa alguna digna de la indignacion de Dios, y no serán condenados aquellos que han sido sepultados con Jesucristo por el bautismo, para morir al pecado, y que no viven segun la carne, sino que despojándose del hombre viejo, y revistiéndose del nuevo, se vuelven inocentes, sin mancha alguna, herederos de Dios y coherederos de Jesucristo; de manera que nada hay en ellos que pueda servirles de obstáculo para entrar al cielo. El santo concilio reconoce, con todo eso, y confiesa, que la concupiscencia ó fomes del pecado, queda en los que han sido bautizados: esta concupiscencia, habiendo quedado en el hombre para combatirlo, no puede dañar á aquellos que no prestan su consentimiento, sino que resisten con valor, por la gracia de Jesucristo; al contrario, éste será coronado por haber peleado legítimamente. Si el apóstol San Pablo la llama pecado, es solamente porque es efecto del pecado, y porque inclina al pecado. El

santo concilio declara despues, que en lo que ha decidido, tocante al pecado original que han contraido todos los hombres, su intencion no ha sido en manera alguna, comprender á la bienaventurada é inmaculada Vírgen María, Madre de Dios. Por esta cláusula, los padres del concilio manifestaron su celo en mantener la piadosa persuasion de los fieles, tocante á la Concepcion inmaculada de la Santísima Vírgen.

DOCTRINA DEL CONCILIO
SOBRE LA JUSTIFICACION DEL PECADOR.

Despues de haber tratado sobre el pecado, se sigue naturalmente hablar de su justificacion. El santo concilio advierte primeramente, que cada una de las disposiciones que conducen á la justificacion, es efecto de una gracia actual y preveniente, que Dios no debe de justicia al pecador, sino que se la concede por pura liberalidad. El hombre ha podido herirse y darse la muerte; pero no puede por sus propias fuerzas, y sin la gracia del Libertador, ni curar sus heridas, ni aun conseguir un deseo saludable de su curacion; por esta razon está obligado á pedirlo todo, y todo esperararlo de la misericordia de Dios por los méritos de Jesucristo. La primera disposicion para la justificacion, es creer firmemente las verdades que Dios ha revelado, y los bienes que ha prometido. Entre estas verdades hay unas que son terribles, y las hay tambien consoladoras:

estas verdades producen en el alma del pecador, el temor del castigo, y la esperanza del perdon. El pecador, abatido por el temor, se eleva considerando la misericordia de Dios, y en ella encuentra un seguro recurso; y por una viva confianza, fundada sobre los méritos de Jesucristo, se arroja entre los brazos de esta misericordia infinita, y comienza á amar á Dios, como fuente de toda justicia. Despues de haber espuesto como el pecador consigue la justificacion, el concilio esplica su naturaleza y efectos: no consiste solo en la remision de los pecados, sino tambien en la interior renovacion del alma; de manera, que el pecador se vuelve verdaderamente justo amigo de Dios y heredero de la vida eterna: el Espíritu Santo es quien produce en él esta maravillosa mudanza, formando en su corazon los santos hábitos de la fé, esperanza y caridad que lo unen íntimamente con Jesucristo, y le hacen un miembro vivo de su cuerpo. El hombre, viniendo á hacerse justo de este modo, por la gracia de Jesucristo, no se limita al grado de justicia que ha recibido, sino que se adelanta de virtud en virtud, y se hace mas justo de dia en dia por la oracion y la mortificacion, por la práctica de las buenas obras, por la observancia esacta de la ley de Dios, y las máximas del Evangelio. Cumpliendo estos preceptos, esperimenta cuán cierto es lo que dice la Escritura, que los mandamientos de Dios no son pesados; que el yugo de Jesucristo es suave y su carga ligera, porque siendo hijo de Dios, le ama como á un padre; y amándole, encuentra facilidad y dulzura en obedecerle y hacer su voluntad. Si Dios, para hacer sentir al hombre la necesidad que tiene de su

gracia, para hacerlo humilde y mas vigilante, parece algunas veces que aparta de él su vista, se le retira y le abandona á su propia debilidad, el hombre no se desanima, sino que sabiendo que Dios no le manda cosas imposibles, y que al imponerle sus preceptos le advierte que haga lo que pueda, y que pida socorro para lo que no pueda, se dirige á su Dios por la oracion, con una humilde y firme confianza de obtener los socorros necesarios para marchar hasta el fin por el camino de la justicia.

DOCTRINA DEL CONCILIO SOBRE LOS SACRAMENTOS.

El santo concilio habló despues sobre los sacramentos, que son otros tantos medios para obtener la verdadera justicia, ó para aumentarla en nosotros, ó para recobrarla cuando se ha perdido. Enseña que los sacramentos de la nueva ley han sido instituidos por Jesucristo; que son únicamente siete, ni mas ni menos, á saber, el bautismo, la confirmacion, la eucaristía, la penitencia, la estrema-uncion, el órden sacerdotal, y el matrimonio; que cada sacramento contiene la gracia de que es señal, y la confiere á todos los que no ponen algun obstáculo. Despues de haber condenado los errores de Lutero, sobre los dos primeros sacramentos, pasa á la Eucaristía. La doctrina pura que la Iglesia católica ha enseñado siempre, y que conservará hasta el fin de los siglos, es, que despues de la consagracion del pan y del vino, Ntro. Señor Jesucristo, verdadero

Dios y verdadero hombre, está contenido verdadera, real y sustancialmente, bajo las especies de estas cosas sensibles. Es un crímen y un atentado horrible atreverse á apartar de su natural sentido, para dar un metafórico á aquellas palabras con que Jesucristo instituyó este sacramento. La Iglesia, que es la columna de la verdad, detestó esta invencion impía y diabólica, conservando siempre la memoria de un beneficio que ella considera como el mas escelente de los que ha recibido de Jesucristo. En efecto, nuestro Salvador, estando ya prócsimo á dejar este mundo, para volver á su Padre, instituyó este sacramento, en el que derramó, por decirlo así, todas las riquezas de su amor para con los hombres, dejando igualmente contenido en él la memoria de todas sus maravillas: nos ha recomendado que anunciemos su muerte al recibirlo, y ha querido que este sacramento fuese el alimento espiritual de nuestras almas, que las hace vivir de su propia vida, como él mismo dice: *El que me come, vivirá por mí.* Ha querido, á mas de esto, que este sacramento fuese la prenda de nuestra eterna felicidad, y el símbolo de la unidad del cuerpo, de que él mismo se constituye cabeza. La Iglesia de Dios ha creido siempre, que despues de la consagracion, el verdadero cuerpo de Ntro. Señor Jesucristo y su verdadera sangre, con su alma y su divinidad, están bajo las especies de pan y vino: que una ú otra especie contienen tanto, como las dos juntas; porque Jesucristo está todo entero bajo la especie de pan y bajo la menor partícula de esta especie, como tambien bajo la especie de vino y bajo todas sus partes. La Iglesia, siempre y constantemente ha crei-

do que por la consagracion del pan y del vino se hace una mutacion de toda la sustancia de pan en la sustancia del cuerpo de Ntro. Señor, y de toda la sustancia del vino, en la sustancia de su sangre, y esta mudanza ha sido llamada con toda propiedad, *transustanciacion*. Todos los fieles están, pues, obligados á honrar al Santísimo Sacramento con el culto de latría que es debido al verdadero Dios, porque creemos allí presente al mismo Dios, á quien se ha mandado que adoren todos los ángeles, desde que vino al mundo, el mismo á quien los Magos adoraron postrados á sus pies, al mismo á quien los Apóstoles adoraron en Galilea. En cuanto al uso de este divino sacramento, el santo concilio advierte con un afecto paternal, ecshorta, pide y conjura por las entrañas de Ntro. Señor, á todos los que llevan el nombre de cristianos, que se reunan en esta señal de paz, en esta alianza de caridad, en este símbolo de concordia; que se acuerden sin cesar del amor escesivo de Ntro. Señor Jesucristo; que nos ha dado á comer su carne; que ha sufrido la muerte por nuestra salud; que crea el sagrado misterio de su cuerpo y de su sangre con una fé tan firme, un respeto tan profundo, una piedad tan sincera; que se hallen en estado de recibir frecuentemente este pan celestial, á fin de que estando sostenidos por su virtud, pasen de la peregrinacion de esta vida miserable, á la patria celestial, en donde sin velo alguno, se comerá el pan de los ángeles, que ahora mismo comen bajo los velos sagrados.

DOCTRINA DEL CONCILIO SOBRE EL SACRIFICIO DE LA MISA.

La Eucaristía no es solo un sacramento en el que Jesucristo se dá á nosotros para ser nuestro alimento espiritual, es tambien un sacrificio en que por nosotros se ofrece á su Padre como víctima. Esto es lo que enseña el concilio de Trento, en estos términos: "Aunque Jesucristo Ntro. Señor debió ofrecerse á sí mismo una vez á Dios su Padre, muriendo sobre el altar de la cruz, para obrar la eterna redencion, sin embargo, no debiendo su sacerdocio terminar con su muerte, ha querido dejar á la Iglesia, su amada esposa, un sacrificio visible, tal como la naturaleza de los hombres lo ecsige; sacrificio que representase el sacrificio sangriento de la cruz; que conservase su memoria hasta el fin del mundo; que aplicase su saludable virtud para la remision de los pecados que todos los dias cometemos. Por esta razon, en la última cena, la noche misma que fué entregado, manifestando que era el eterno Sacerdote, segun el órden de Melchisedec, ofrece á Dios su Padre su cuerpo y sangre bajo las especies de pan y vino, y bajo los mismos símbolos los dió á los Apóstoles, á quienes entonces establecia sacerdotes del nuevo Testamento; y por estas palabras *haced esto en memoria mia*, les mandó á ellos y á sus succesores que los ofreciesen, como lo ha entendido siempre y enseñado la Iglesia católica, porque despues de haber celebrado la antigua pascua, en que los hijos de Israel inmolaban, en memoria de la salida de Egip-

to, estableció la nueva pascua, dándose á sí mismo para ser inmolado por los sacerdotes, á nombre de la Iglesia, bajo signos visibles, en memoria de su tránsito de este mundo á su Padre; cuando redimiéndonos por la efusion de su sangre, nos arrancó del poder de las tinieblas, y nos transfirió á su reino, lo cual se hace por esta ofrenda pura, que no puede ser mancillada ni por la indignidad, ni por la malicia de los que la ofrecen, y de la que el Señor ha predicho por Malaquias, que en todo lugar seria ofrecida en su nombre el que debia ser grande entre las naciones; es la misma que el apóstol San Pablo, escribiendo á los Corintios, ha enseñado tan claramente, cuando ha dicho que aquellos que están manchados por la particion de la mesa del demonio, no pueden participar de la mesa del Señor; ella es, en fin, la que á un mismo tiempo la naturaleza y la fé, han figurado y representado por diferentes modos de sacrificios, como encerrando todos los bienes, que solo han sido significados por los demas, de que ella era el cumplimiento y la perfeccion, y porque el mismo Jesucristo que se ha ofrecido una vez á sí mismo sobre la cruz, con la efusion de su sangre, está contenido é inmolado sin efusion de sangre, en este divino sacrificio que se ejecuta en la misa; el santo concilio declara que este es verdaderamente propiciatorio, que por él obtenemos la misericordia y hallamos gracia y los socorros que necesitamos si llegamos á Dios contritos y penitentes, con un corazon sincéro, una fé recta, y con un espíritu de temor y respeto; porque Dios, aplacado por esta ofrenda, y concediendo la gracia y el don de penitencia, remite los pecados y aun los

crímenes mas grandes, pues que es la misma y única hostia el mismo Jesucristo que se ofreció primero sobre la cruz, y que ahora mismo se ofrece por el ministerio de los sacerdotes; no habiendo otra diferencia que en la manera de ofrecerle, pues que aquella fué sangrienta sobre la cruz, y esta es sin efusion de sangre sobre el altar; pero lejos de que ésta destruya la primera, es al contrario, la misma en que por medio de la oblacion no sangrienta, se recibe con abundancia el fruto de aquella que se hizo con efusion de sangre; por esto mismo, segun la tradicion de los Apóstoles, se ofrece, no solo por los pecados, las penas, las satisfacciones y las otras necesidades de los fieles que aun están vivos, sino tambien por los que han muerto en Jesucristo, y que aun no están enteramente purificados.

DOCTRINA DEL CONCILIO SOBRE LA PENITENCIA.

Si todos los que han sido regenerados por el bautismo, permaneciesen constantemente en la justicia que han recibido, no hubiera sido necesario establecer otro sacramento á mas de el del bautismo, para la remision de los pecados. Pero Dios, que es rico en misericordia, conociendo nuestra fragilidad, ha querido conceder tambien otro medio de recobrar la vida á aquellos mismos que despues del bautismo se han entregado á la esclavitud del pecado y al poder del demonio. Este remedio es el sacramento de la penitencia, por el cual el beneficio de la muer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to, estableció la nueva pascua, dándose á sí mismo para ser inmolado por los sacerdotes, á nombre de la Iglesia, bajo signos visibles, en memoria de su tránsito de este mundo á su Padre; cuando redimiéndonos por la efusion de su sangre, nos arrancó del poder de las tinieblas, y nos transfirió á su reino, lo cual se hace por esta ofrenda pura, que no puede ser mancillada ni por la indignidad, ni por la malicia de los que la ofrecen, y de la que el Señor ha predicho por Malaquias, que en todo lugar seria ofrecida en su nombre el que debia ser grande entre las naciones; es la misma que el apóstol San Pablo, escribiendo á los Corintios, ha enseñado tan claramente, cuando ha dicho que aquellos que están manchados por la particion de la mesa del demonio, no pueden participar de la mesa del Señor; ella es, en fin, la que á un mismo tiempo la naturaleza y la fé, han figurado y representado por diferentes modos de sacrificios, como encerrando todos los bienes, que solo han sido significados por los demas, de que ella era el cumplimiento y la perfeccion, y porque el mismo Jesucristo que se ha ofrecido una vez á sí mismo sobre la cruz, con la efusion de su sangre, está contenido é inmolado sin efusion de sangre, en este divino sacrificio que se ejecuta en la misa; el santo concilio declara que este es verdaderamente propiciatorio, que por él obtenemos la misericordia y hallamos gracia y los socorros que necesitamos si llegamos á Dios contritos y penitentes, con un corazon sincéro, una fé recta, y con un espíritu de temor y respeto; porque Dios, aplacado por esta ofrenda, y concediendo la gracia y el don de penitencia, remite los pecados y aun los

crímenes mas grandes, pues que es la misma y única hostia el mismo Jesucristo que se ofreció primero sobre la cruz, y que ahora mismo se ofrece por el ministerio de los sacerdotes; no habiendo otra diferencia que en la manera de ofrecerle, pues que aquella fué sangrienta sobre la cruz, y esta es sin efusion de sangre sobre el altar; pero lejos de que ésta destruya la primera, es al contrario, la misma en que por medio de la oblacion no sangrienta, se recibe con abundancia el fruto de aquella que se hizo con efusion de sangre; por esto mismo, segun la tradicion de los Apóstoles, se ofrece, no solo por los pecados, las penas, las satisfacciones y las otras necesidades de los fieles que aun están vivos, sino tambien por los que han muerto en Jesucristo, y que aun no están enteramente purificados.

DOCTRINA DEL CONCILIO SOBRE LA PENITENCIA.

Si todos los que han sido regenerados por el bautismo, permaneciesen constantemente en la justicia que han recibido, no hubiera sido necesario establecer otro sacramento á mas de el del bautismo, para la remision de los pecados. Pero Dios, que es rico en misericordia, conociendo nuestra fragilidad, ha querido conceder tambien otro medio de recobrar la vida á aquellos mismos que despues del bautismo se han entregado á la esclavitud del pecado y al poder del demonio. Este remedio es el sacramento de la penitencia, por el cual el beneficio de la muer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te de Jesucristo se aplica á aquellos que han caido despues del bautismo. La penitencia ha sido siempre necesaria para aquellos que han querido volver á la gracia de Dios; pero ántes de la venida de Jesucristo, la penitencia no era un sacramento, ni lo es tampoco despues de su venida, para los que no han recibido el bautismo. Ntro. Señor Jesucristo instituyó principalmente el sacramento de la penitencia, cuando habiendo resucitado de entre los muertos, sopló sobre sus discípulos, diciendo: *Recibid el Espíritu Santo: les serán perdonados los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonáseis.* Por estas palabras, Jesucristo ha comunicado á los Apóstoles y á sus succesores, el poder de remitir y retener los pecados cometidos despues del bautismo. Hay una gran diferencia entre este sacramento y el del bautismo, porque por la penitencia no podemos llegar á aquella renovacion total y perfecta que el bautismo produce en nosotros, si no es por medio de muchas lágrimas y de grandes trabajos, que la justicia de Dios ecsige de nosotros; de manera, que con mucha razon los santos padres han llamado á la penitencia, *un bautismo laborioso.* La forma del sacramento de la penitencia, y en la que consiste principalmente su fuerza y su virtud, está contenida en las palabras de la absolucion que pronuncia el sacerdote. Los actos del penitente, que son, la contricion, la confesion y la satisfaccion, son como la materia de este sacramento; y la reconciliacion del pecador con Dios, es el objeto de ella. La contricion, que es el primero de los actos del penitente, es un dolor interior y una detestacion al pecado que se ha cometido, con la resolucion de no pecar mas

en lo succesivo. El santo concilio declara, que esta contricion no contiene solo la cesacion del pecado, la resolucion de convertirse y el dar principio á una nueva vida, sino tambien el aborrecimiento de la vida pasada. "Aunque sucede algunas veces, añade el concilio, que la contricion sea perfecta por la caridad, y que entonces ella reconcilie al hombre con Dios, antes que haya recibido el sacramento de la penitencia, es necesario, sin embargo, no atribuir esta reconciliacion á la contricion sola, independiente de la voluntad de recibir el sacramento." Cuando á la contricion imperfecta, que se llama atricion, porque ordinariamente se concibe por la consideracion de la ignominia y fealdad del pecado, ó por el temor de los castigos, si se acompaña de la esperanza del perdon y escluye la voluntad de pecar, no solamente no hace al hombre hipócrita y mas criminal, sino que por el contrario, es un don de Dios y un impulso del Espíritu Santo, que no habita todavia en el hombre, sino le escita solamente y le ayuda á prepararse para la justicia; y aunque no pueda por sí misma, sin el sacramento de la penitencia, conducir al pecador á la justificacion, le dispone, con todo, para obtener la gracia de Dios en el sacramento de la penitencia.

DOCTRINA DEL CONCILIO SOBRE LA CONFESION.

LA Iglesia universal ha entendido siempre que la confesion entera de los pecados, es una consecuencia necesaria de la institucion del sacramento de la penitencia, que del mismo modo ha sido instituida

por Ntro. Señor, y que por derecho divino es necesaria á todos los que han caido despues del bautismo; porque Jesucristo, estando prócsimo á subir á los cielos, ha establecido á los sacerdotes, como sus vicarios, para que sean los jueces, á cuya presencia los fieles llevasen todos los pecados mortales en que hubieren incurrido, á fin de que, segun el poder que han recibido de perdonar ó retener los pecados, pronunciasen la sentencia; pero es manifiesto que los sacerdotes no podrian ejercer esta autoridad sin conocimiento de causa, ni guardar equidad en la imposicion de las penas, si los penitentes no declarasen sus pecados mas que en general y no en particular y circunstanciadamente; de donde el concilio concluye, que los penitentes deben acusar todos los pecados mortales de que se sienten culpados, despues de un esacto ecsámen de su conciencia, aun cuando estos pecados fuesen muy ocultos, y cometidos solamente contra los dos últimos preceptos del decálogo, que prohiben los malos deseos, porque tales pecados son algunas veces mas peligrosos, y hieren al alma mas mortalmente, que los que se cometen en presencia del mundo. Respecto á los pecados veniales, que no nos hacen perder la gracia de Dios, y en los que caimos mas frecuentemente, no se comprenden necesariamente en el precepto de la confesion, porque estos pueden expiarse por otros muchos remedios: sin embargo, es útil confesarse de ellos, segun lo enseña el uso de las personas *piadosas;* pero todos los pecados mortales, aun los de pensamiento, hacen á los hombres hijos de la cólera, y enemigos de Dios; de consiguiente, es necesario pedir el perdon de ellos al mismo Dios, por una con-

fesion sin reserva, sincera y acompañada de confusion. Los que voluntariamente callen algunos de estos pecados, no los presentan á la misericordia divina para que puedan ser perdonados por el sacerdote, porque si un enfermo tuviese vergüenza de descubrir su llaga á su médico, éste, con toda su ciencia, no podrá curar lo que no conoce. Es necesario tambien, en la confesion, esplicar las circunstancias que mudan la especie de pecado, porque sin esto el sacerdote no puede conocerlo suficientemente para hacer una justa estimacion de su gravedad, é imponer á los penitentes una pena conveniente; pero es una impiedad decir que la confesion, tal como está mandada, es imposible, y considerarla como tormento de las conciencias; porque es constante que la Iglesia no ecsige de los penitentes otra cosa, sino que despues de haberse ecsaminado con atencion, y despues de haber hecho una esacta indagacion de los senos de su conciencia, declaren todos los pecados mortales de que pudiesen acordarse. Para los pecados que no se presentan á la memoria de una persona que sobre este particular piensa con aplicacion, se consideran comprendidos en general en la confesion que hace: por estos pecados es por lo que decimos con confianza, segun el profeta: *Límpiame, Señor, de mis pecados ocultos.* Es necesario, sin embargo, decir, que la confesion, sóbre todo, por la vergüenza que se tiene de descubrir sus crímenes, podria parecer un yugo pesado, si no se convirtiese en ligero, por las grandes ventajas y los consuelos que la absolucion procura á todos los que se llegan á este sacramento con piedad y de una manera digna de Dios.

DOCTRINA DEL CONCILIO SOBRE LA SATISFACCION.

EL santo concilio declara, que es absolutamente falso y contrario á la palabra de Dios, decir que el Señor no perdona jamás el pecado, y que al mismo tiempo no remite toda la pena, porque ademas de la autoridad de la tradicion divina, hay en los libros santos muchos ejemplos notables que destruyen manifiestamente este error. En efecto, el órden de la justicia divina parece que ecsige que de diverso modo reciban su gracia aquellos que antes del bautismo han pecado por ignorancia, y aquellos que despues de haber quedado libres una vez de la servidumbre del demonio, y haber recibido los dones del Espíritu Santo, no han temido profanar con propósito deliberado, el templo de Dios, y contristar al Espíritu Santo. Es tambien propio de la clemencia divina, que nuestros pecados no se nos perdonen sin alguna satisfaccion, para que no tomando de este modo ocasion de creer los ligeros, nos dejemos arrastrar á crímenes mas enormes por una conducta injuriosa al Espíritu Santo, acumulando sobre nuestras cabezas, tesoros de cólera para el dia de la venganza, porque es cierto que estas penas impuestas para satisfacer por los pecados, apartan de cometerlos, y son como un freno que contiene á los pecadores, obligándolos á ser mas vigilantes y mas cautos: ademas, sirven de remedios para curar las reliquias de los pecados, y para destruir por la práctica de las virtudes contrarias, los malos hábitos que

se han contraido por una vida criminal y desarreglada: á mas de esto, la Iglesia de Dios ha creido siempre que no hay camino mas seguro para evitar el castigo con que Dios amenaza continuamente á los hombres, que practicar estas obras de penitencia con un verdadero dolor y arrepentimiento: en fin, añádese á esto, que sufriendo algo por nuestros pecados en esta especie de satisfacciones, nos conformamos con Jesucristo, que ha satisfecho tambien por nuestros pecados; y por otra parte, tenemos una prenda segura de que participaremos de su gloria, participando de sus sufrimientos; pero esta satisfaccion con que pagamos por nuestros pecados, no es de tal manera nuestra, que no sea hecha y se cumpla por Jesucristo, porque no pudiendo nada por nosotros mismos, todo lo podemos con el socorro de aquel que nos fortifica; así, el hombre no tiene de que gloriarse, sino que toda nuestra gloria está en Jesucristo, por quien vivimos, merecemos y satisfacemos, haciendo frutos dignos de penitencia, cuya fuerza y mérito, todo viene de aquel por quien son ofrecidos al Padre, el cual los recibe y acepta por su mediacion. Los sacerdotes del Señor deben, pues, en cuanto el Espíritu Santo y su propia prudencia les dicte, aplicar satisfacciones saludables y convenientes, segun la calidad de los crímenes y el estado de los penitentes; no sea que tratándolos con mucha indulgencia, se hagan ellos mismos participantes de los pecados de los otros: deben tener presente que la satisfaccion que imponen, no solo puede servir de remedio á la enfermedad de los penitentes, y de preservativo para conservar su nueva vida, sino que ella puede tambien tener lugar de pe-

na y de castigo por los pecados pasados. El santo concilio declara, ademas, que la bondad de Dios es tan grande, que por medio de Jesucristo podemos satisfacer á Dios Padre, no solamente con las penas que voluntariamente abrazamos para vengar en nosotros mismos nuestros pecados, ó con aquellos que el sacerdote nos impone, sino tambien con las aflicciones temporales que el Señor nos envia cuando las sufrimos con paciencia y sumision.

DOCTRINA DEL CONCILIO
SOBRE EL SACRAMENTO DE LA ESTREMA-UNCION.

EL santo concilio ha juzgado á propósito añadir á lo que acaba de decirse sobre la penitencia, lo que sigue, tocante al sacramento de la estrema-uncion, que los santos padres han considerado como la consumacion, no solo de la penitencia, sino de toda la vida cristiana, que debe ser una penitencia continua: declara, pues, que Ntro. Redentor, infinitamente bueno, que ha querido proveer en todos tiempos á sus siervos, de remedios saludables, contra los ataques de toda clase de enemigos, ha preparado en los otros sacramentos poderosos socorros á los cristianos, para que puedan librarse, durante la vida, de los mas grandes males espirituales: así ha querido defender y fortificar el fin de su carrera con el sacramento de la estrema-uncion, como con una defensa firme y segura; porque aunque durante toda la vida, nuestro enemigo busca y acecha las ocasiones de devorar nuestras almas, por toda clase de medios, no hay, sin embargo, tiempo alguno en que emplee con mas fuerza y atencion, sus artificios y astusias para perdernos y para quitarnos, si se puede, la confianza en la misericordia de Dios, que cuando nos ve próesimos á morir. Así que, esta uncion sagrada de los enfermos, ha sido establecida por Ntro. Señor, como un verdadero sacramento, cuyo uso está insinuado en San Marcos, y se ve manifiestamente establecido y recomendado á los fieles, por el apóstol Santiago, en estos términos: "¿Alguno de vosotros está enfermo? Que haga venir á los sacerdotes de la Iglesia para que oren sobre él, ungiéndole con el óleo, en nombre del Señor; y la oracion de la fé salvará al enfermo, y el Señor le consolará; y si se halla en pecado, le será perdonado." Por estas palabras, que la Iglesia ha recibido como de mano en mano, de la tradicion de los Apóstoles, ella ha entendido, y á nosotros ha enseñado, cuales son la materia, la forma, el ministro y el efecto de este sacramento saludable; porque la materia es el aceite consagrado por la bendicion del obispo, y representa muy bien la gracia del Espíritu Santo con que el alma del enfermo es como ungida invisiblemente: la forma consiste en esta oracion que acompaña á la uncion: "Que el Señor, por esta uncion y por su misericordia llena de bondad, os perdone todos los pecados que hállais cometido por la vista, por el oído &c." El efecto real del sacramento, es la gracia del Espíritu Santo, cuya uncion limpia las reliquias del pecado y los pecados mismos, si aun hay algunos que expiar: consuela, corrobora al alma del enfermo, escitando en él una confianza grande en

la misericordia de Dios, que le sostiene y le hace soportar mas fácilmente las incomodidades y penas de la enfermedad, y resistir mejor las tentaciones del demonio, que en este último trance le arma muchas acechanzas: obtiene tambien algunas veces, por la virtud de esta uncion, la salud del cuerpo, cuando ella conviene para la salud del alma. Las palabras del Apóstol, manifiestan con claridad cuales son los ministros de este sacramento, y quienes deben recibirlo: los obispos y los sacerdotes son los ministros, y los enfermos son los que deben recibir esta uncion, principalmente aquellos atacados tan peligrosamente, que parezcan estar prócsimos á morir. No se debe, sin embargo, aguardar á que el enfermo se halle sin esperanza de vida, y haya perdido el conocimiento: añade el catecismo, compuesto por órden del concilio: "Es un gran pecado diferir hasta entonces el darle este sacramento, porque se privaria por esto al enfermo de una gran parte del fruto que podria sacar de él, si lo recibiese con un perfecto conocimiento, uniéndose con fé y con piedad á las oraciones de la Iglesia."

DOCTRINA DEL CONCILIO

SOBRE EL PURGATORIO, INDULGENCIAS, CULTO DE LOS SANTOS &.

EL santo concilio de Trento, despues de haber anatematizado los errores de Lutero y Calvino, sobre los sacramentos de la órden y matrimonio, espone en estos términos la doctrina católica sobre el purgatorio: "La Iglesia, instruida por el Espíritu

Santo, ha enseñado siempre, segun las santas Escrituras y la tradicion antigua de los Padres, que hay un purgatorio, y que las almas que están detenidas allí, reciben alivio por el sufragio de los fieles, y particularmente por el sacrificio del altar, tan digno de la aceptacion de Dios. En consecuencia, el santo concilio ordenó á los obispos que tuviesen cuidado de que la fé de los fieles, tocante al purgatorio, sea conforme á la santa doctrina que nos han dado los santos padres y los santos concilios, y que se predique y anuncie en todas partes. Pasa en seguida á tratar del culto de los santos, y enseña que los santos que reinan con Jesucristo, ofrecen á Dios sus súplicas por los hombres: que es bueno y útil invocarlos humildemente, y recurrir á sus oraciones, á su ayuda y asistencia, para obtener de Dios sus beneficios por su Hijo Ntro. Señor Jesucristo, que es solo nuestro Redentor y nuestro Salvador: que los fieles deben tambien respetar los cuerpos de los santos, porque estos cuerpos han sido antes miembros vivos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo, y deben algun dia resucitar para la vida eterna: que Dios autoriza este respeto, haciendo milagros por la presencia de estas santas reliquias, como en otro tiempo por la sombra de San Pedro, y por las ropas que habian tocado al cuerpo de San Pablo: ademas, que se deben tener y conservar, sobre todo, en las Iglesias, las imágenes de Jesucristo, de la Vírgen Madre de Dios y de los otros santos: que es necesario darles el honor y veneracion que les son debidos. "Y no por esto, añade el concilio, se crea que hay en las imágenes divinidad ni virtud alguna por la que deba reverenciárseles ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pedirles gracia alguna, ni poner en ellas su confianza, como lo hacen los paganos, que ponen la esperanza en los ídolos, sino que el honor que se les dá se refiere á los originales que representan; de manera, que las imágenes que besamos, y delante de las que nos descubrimos y nos prosternamos, adoramos en ellas á Jesucristo, y honramos á los santos que representan. Los obispos deben aplicarse tambien á hacer conocer que las historias de los misterios de nuestra redencion, manifestadas por la pintura, ó de alguna otra manera, sirven para instruir al pueblo y afirmarle en la práctica de recordar continuamente los artículos de nuestra fé: que se saca ademas, una gran ventaja de todas las santas imágenes, no solo porque ellas recuerdan al pueblo la memoria de los beneficios y de las gracias que ha recibido de Ntro. Señor, sino tambien porque esponen á los ojos de los fieles, los milagros que Dios ha hecho y los ejemplos saludables que nos ha procurado por los santos, á fin de que le den gracias y se esciten por la vista de estos objetos, á imitar los ejemplos de los santos, á adorar y amar á Dios, y á vivir piadosamente." El concilio de Trento termina su instruccion, por lo que mira á las indulgencias. "Jesucristo, dice el santo concilio, ha conferido á su Iglesia el poder de conceder indulgencias; y habiendo la Iglesia, desde los primeros tiempos, hecho uso del poder que ha recibido de Dios, el santo concilio enseña y ordena que se conserve en la Iglesia esta práctica tan saludable al pueblo cristiano, y confirmada por la autoridad de los concilios: anatematiza á los que dicen que las indulgencias son inútiles, ó que niegan que la Iglesia tiene poder para concederlas. Desea, sin embargo, que se use de este poder con moderacion y reserva, segun la costumbre observada antiguamente, y aprobada en la Iglesia, para que la disciplina eclesiástica no se debilite por una escesiva facilidad en concederlas.

(AÑOS 1563 Y 1584 DE JESUCRISTO.)

CONCLUSION DEL CONCILIO DE TRENTO.

SAN CARLOS BORROMEO.

EL concilio de Trento, cuya primera sesion se celebró en el año 1545, se terminó últimamente en 1563, bajo el pontificado de Pio IV. Por el espacio de diez y ocho años que duró el concilio, el espíritu del error y de la heregía puso por obra cuantos obstáculos podian oponerse, ó para suspender su ejecucion, ó para debilitar su autoridad; mas la fé triunfó; y aquel que ha prometido á la Iglesia estar siempre con ella, supo sacar de las pasiones humanas, la gloria de su Esposa, é hizo servir para su conservacion y para la mas feliz de todas sus reformas, la heregía misma, que parecia amenazar su próxima ruina. La vigésima quinta y última sesion, se tuvo el 3 de Diciembre de 1563. El secretario, despues de haber leido todos los decretos dados desde la apertura del concilio, publicó el último para la conclusion de esta santa é ilustre asamblea: apenas fué ratificado, cuando los padres, dando gracias á Dios, manifestaron su gozo con lágri-

pedirles gracia alguna, ni poner en ellas su confianza, como lo hacen los paganos, que ponen la esperanza en los ídolos, sino que el honor que se les dá se refiere á los originales que representan; de manera, que las imágenes que besamos, y delante de las que nos descubrimos y nos prosternamos, adoramos en ellas á Jesucristo, y honramos á los santos que representan. Los obispos deben aplicarse tambien á hacer conocer que las historias de los misterios de nuestra redencion, manifestadas por la pintura, ó de alguna otra manera, sirven para instruir al pueblo y afirmarle en la práctica de recordar continuamente los artículos de nuestra fé: que se saca ademas, una gran ventaja de todas las santas imágenes, no solo porque ellas recuerdan al pueblo la memoria de los beneficios y de las gracias que ha recibido de Ntro. Señor, sino tambien porque esponen á los ojos de los fieles, los milagros que Dios ha hecho y los ejemplos saludables que nos ha procurado por los santos, á fin de que le den gracias y se esciten por la vista de estos objetos, á imitar los ejemplos de los santos, á adorar y amar á Dios, y á vivir piadosamente." El concilio de Trento termina su instruccion, por lo que mira á las indulgencias. "Jesucristo, dice el santo concilio, ha conferido á su Iglesia el poder de conceder indulgencias; y habiendo la Iglesia, desde los primeros tiempos, hecho uso del poder que ha recibido de Dios, el santo concilio enseña y ordena que se conserve en la Iglesia esta práctica tan saludable al pueblo cristiano, y confirmada por la autoridad de los concilios: anatematiza á los que dicen que las indulgencias son inútiles, ó que niegan que la Iglesia tiene poder para concederlas. Desea, sin embargo, que se use de este poder con moderacion y reserva, segun la costumbre observada antiguamente, y aprobada en la Iglesia, para que la disciplina eclesiástica no se debilite por una escesiva facilidad en concederlas.

(AÑOS 1563 Y 1584 DE JESUCRISTO.)

CONCLUSION DEL CONCILIO DE TRENTO.

SAN CARLOS BORROMEO.

EL concilio de Trento, cuya primera sesion se celebró en el año 1545, se terminó últimamente en 1563, bajo el pontificado de Pio IV. Por el espacio de diez y ocho años que duró el concilio, el espíritu del error y de la heregía puso por obra cuantos obstáculos podian oponerse, ó para suspender su ejecucion, ó para debilitar su autoridad; mas la fé triunfó; y aquel que ha prometido á la Iglesia estar siempre con ella, supo sacar de las pasiones humanas, la gloria de su Esposa, é hizo servir para su conservacion y para la mas feliz de todas sus reformas, la heregía misma, que parecia amenazar su próxima ruina. La vigésima quinta y última sesion, se tuvo el 3 de Diciembre de 1563. El secretario, despues de haber leido todos los decretos dados desde la apertura del concilio, publicó el último para la conclusion de esta santa é ilustre asamblea: apenas fué ratificado, cuando los padres, dando gracias á Dios, manifestaron su gozo con lágri-

mas y reiteradas esclamaciones, como en los antiguos concilios. El papa confirmó los decretos por una bula de 6 de Enero de 1564, y estimuló á los reyes, á los pueblos y á todos los fieles, á que recibiesen religiosamente sus santos decretos. Los venecianos fueron los primeros que se sujetaron á ellos, y á ejemplo suyo, hicieron lo mismo al punto, toda la Italia, España, Portugal y Polonia. Se publicó tambien el concilio en Flandes, en el reino de Nápoles y de Sicilia, y en casi toda la Alemania, donde encontró, sin embargo, en los luteranos, enemigos que no quisieron reconocer su autoridad, como si su adhesion hubiese de servir de regla para la infalibilidad de la Iglesia, y quedasen sin fuerza sus leyes, privadas de la sancion de estos hereges. La Francia recibió tambien el santo concilio: sus definiciones son para nosotros, como para las otras partes de la Iglesia, unas reglas de fé, y lo veneramos del mismo modo que á aquellos grandes concilios, de quienes dijo un santo papa: "Yo reverencio los cuatro primeros concilios, como á los cuatro Evangelios." La Iglesia Galicana ha adoptado tambien muchos reglamentos dirigidos por el concilio: decimos mas, la disciplina de Trento es la nuestra, si se esceptúan los artículos contrarios á nuestras costumbres y á los privilegios de la corona.

Sin embargo, la reforma ordenada por el santo concilio, y los sábios reglamentos que habia prescrito, se establecieron poco á poco. Innumerables obstáculos se levantaron por todas partes, y grandes Iglesias se opusieron al principio á la ejecucion de los decretos del concilio; pero Dios suscitó una de aquellas almas grandes y generosas que dá de siglo en siglo á su Iglesia, para ser como el móvil y el apoyo de todas las grandes empresas. Cárlos Borromeo, modelo de los obispos, y restaurador de la disciplina eclesiástica, habia nacido en Arona, cerca de Milán, de una de las mas ilustres familias de Italia. Se descubrieron desde su mas tierna infancia, una piedad y unas inclinaciones que no tardaron en dar á conocer á su familia, los designios que Dios tenia sobre él. Le aficionaron, siendo aun jóven, al estado eclesiástico; y su tio, el cardenal de Medias, habiendo sido electo papa, bajo el nombre de Pio IV, le hizo venir á Roma, en donde con el capelo de cardenal, le dió el arzobispado de Milán, y le confió la principal administracion de los asuntos. Cárlos Borromeo, elevado á las primeras dignidades de la Iglesia, gozando de la confianza del soberano pontífice, rodeado de honores y esplendor, y aun en la flor de la edad, se libró de todas las ilusiones que rodean la juventud, y se manifestó digno, por sus virtudes y su conducta, del alto puesto en que la Providencia le habia colocado. El concilio de Trento se concluyó por sus esfuerzos y su celo: aceleró su publicacion con su eficaz solicitud para con algunos obispos y príncipes, é inmediatamente que esta venerable asamblea se disolvió, hizo que se celebrase un numeroso sínodo en Milán, para recibir y publicar los decretos del concilio. Poco satisfecho de estos primeros progresos y de sus primeros sucesos, se aplicó de una manera mas particular á establecer entonces en la Iglesia la reforma ordenada por el concilio. Como él habia sido el alma de las últimas sesiones, y las habia dirigido por decirlo así, conocia el espíritu del santo conci-

lio, y se apresuró á ejecutar todo lo que él habia prescrito, comenzando la reforma por él mismo, apartando de su persona y de su casa, todo lo que no era compatible con la gravedad y dignidad episcopal: á los placeres mas inocentes hizo que sucediesen las ocupaciones mas graves y sérias: la oracion, la predicacion y la administracion de los sacramentos, y el gobierno de las Iglesias, ocupaban y llamaban todo su tiempo; pero Cárlos Borromeo estaba destinado para dar á la Iglesia ejemplos mas admirables. El concilio de Trento se habia espresado con fuerza contra los obispos que no residian en sus diócesis. San Cárlos, detenido en Roma por una órden espresa del soberano pontífice, se creyó, sin embargo, obligado á ir á gobernar su Iglesia que se le habia confiado: pidió, pues, al papa, su tio, el permiso de volverse á su diócesis, y lo obtuvo á fuerza de instancias y súplicas. Vuelto á su grey, no tuvo otro pensamiento que la santificacion de su pueblo y la gloria de su Iglesia: trajo cerca de sí, hombres eminentes en ciencia y en piedad: convocó un concilio provincial, é hizo sancionar en él, segun los decretos del de Trento, los mas sábios reglamentos, para la recepcion y observancia del concilio, la reforma del clero y la celebracion del oficio divino. Pero trabajando por su grey San Cárlos, no se olvidó de sí mismo: dejó todos sus beneficios; se prohibió el uso de los vestidos de seda, y abrazó un género de vida, duro y austero: su casa estaba tan bien arreglada, que parecia mas bien un seminario, que el palacio de un arzobispo; y en los últimos años de su vida, llevó á tal estremo la frugalidad, que su alimento no era mas que pan y agua y

algunas legumbres groseras: así, no se hablaba mas en la Italia, que de la santidad y celo del cardenal Borromeo: visitó mas de una vez su vasta diócesis: recorrió toda su provincia eclesiástica, y penetró hasta los profundos valles de los Grisones y de los Suizos: se le vió en sus correrías apostólicas, marchar á pié, sufrir la hambre, la sed, las injurias del aire, subir las montañas mas escarpadas, y esponerse á los precipicios mas espantosos, para buscar la oveja descarriada, y volverla á su rebaño: su celo era tan activo, y su caridad tan fecunda, que nada se le escapaba de cuanto podia servir á la gloria de Dios y á la salud del prójimo. El culto de los altares, sin decencia y sin pompa; las ceremonias santas de la religion, despreciadas y sin esplendor, encontraron en San Cárlos un reformador, que por la magnificencia de los ornamentos y la magestad del culto divino, realzó la grandeza de nuestros misterios, y los hizo como sensibles á su pueblo: fué el primer fundador de los seminarios: fundó hasta cinco en su diócesis, y estendió para el buen órden de estos piadosos asilos, los sábios reglamentos que han servido de modelo para la formacion de iguales establecimientos, que se han, felizmente, multiplicado en la Iglesia: estableció colegios, hospitales, monasterios; erigió piadosas asociaciones; restableció el espíritu de regularidad y de fervor entre el clero regular y secular de su diócesis; reunió hasta seis concilios, todos confirmados por la santa sede; y como si tantos y tan útiles establecimientos no bastasen para hacer entrar á su pueblo al verdadero espíritu del cristianismo, aun se reprendia á sí mismo de no haber comenzado á santificar la grey que le ha-

bia sido confiada. Sin embargo, la divina Providencia reservaba á San Cárlos una de aquellas grandes pruebas en que de ordinario la virtud mediana se deja abatir, pero en donde una alma grande y generosa se manifiesta con toda entereza. Apareció la peste en Milán: inmediatamente los grandes y los ricos del siglo, abandonan la ciudad: le aconsejan á San Cárlos que se retire á un lugar seguro, y que se conserve para toda su diócesis; pero él rehusa con indignacion un concepto tan contrario á estas palabras del Salvador: "El buen pastor da su vida por su rebaño." Y al mismo tiempo, ofreciendo á Dios el sacrificio de su vida, se dedica al servicio de los apestados: desde este dia, su caridad no conoce mas límites: corria dia y noche, llevando por todas partes el consuelo, los remedios, las palabras de paz y de resignacion: su presencia endulzaba los dolores, y la consolacion de Dios salia de su boca. Pero el contagio se estiende; se agotan los recursos; nada queda para los desgraciados. Cárlos encontró socorros en su inagotable caridad: puso en venta sus bienes, sus muebles, y hasta su cama; y rico para los pobres, y pobre para consigo mismo, va en persona á llevar á los enfermos el alimento que calmara sus dolores, y no teme ni los peligros ni la muerte, si puede endulzar los males de su pueblo. La cólera de Dios se deja, en fin, apaciguar por los votos del pastor, y San Cárlos, antes de su muerte, vió restablecida la santidad en su diócesis. Se aprovechó de la desgracia que acababa de esperimentarse, para establecer mas y mas una saludable reforma; y habiendo sobrevivido siete años despues de la peste, fué á recibir la corona de tantas virtudes

y sacrificios, el dia 3 de Noviembre de 1584, llevando al sepulcro el dolor de su rebaño, que le amaba como al mas tierno de los padres, el sentimiento de la santa sede, de quien habia sido el apoyo, y la admiracion de la Iglesia, á quien su vida santa habia edificado, su celo habia estendido, y su prudencia reformado. ¡Feliz la Iglesia que produce aún tantas virtudes! ¿Qué sociedad, separada de la unidad católica, ha producido hombres tan eminentes en santidad, en celo y en caridad?

(AÑO 1582 DE JESUCRISTO.)

SANTA TERESA, REFORMA DEL CARMEN.

Mientras que San Cárlos trabajaba para restablecer la disciplina eclesiástica, cuando los celosos misioneros predicaban á algunos pueblos bárbaros la buena nueva del Evangelio, y cuando la heregía redoblando sus furores, daba al cielo generosos mártires, se formaban en la Iglesia nuevas instituciones religiosas: se restablecia la reforma en los cláustros, y las órdenes monásticas volvian nuevamente á su primitivo fervor. Podemos referir á esta época, aunque hayan sido establecidas un poco antes, y porque nada se ha dicho de ellas en el curso de esta historia, la congregacion de los Teatinos, cuyo fundador fué el papa Pablo IV: la de los Barnavitas, de la que fueron primeros fundadores tres gentiles-hombres milaneses, y la de los Jesuitas, que

confirmada en 1534 gozaba entonces del esplendor y consideracion que eran debidos á una de las mas santas y útiles instituciones que hasta entonces habian aparecido en la Iglesia. Estos establecimientos no fueron los únicos de un siglo, en que á pesar de los esfuerzos de la heregía, la religion conservaba aún sobre los corazones, un feliz ascendiente. San Juan de Dios estableció los frailes de la caridad para consuelo de los enfermos. Los papas aprobaron la reforma de los recoletos que observaban la regla de San Francisco en toda su pureza, y la Francia vió nacer los penitentes de Picpús y la reforma de los Tulences. Pero de todas las instituciones de este tiempo, una de las mas ilustres es la que mira á Santa Teresa como su reformadora. Esta tierna amante del Salvador, nació en Avila, en las Españas, y tuvo desde su mas tierna infancia, precoces disposiciones para la piedad. La vida de los santos que gustaba leer, inflamaba su tierno corazon, y la hacia suspirar por la gloria del martirio, sin embargo, estas felices disposiciones se debilitaron: privada de su madre en una edad en que las pasiones comienzan á desarrollarse, tuvo la libertad de ocuparse en lecturas frívolas, y bebió en los romances algunos sentimientos de vanidad y peligrosas impresiones; tan cierto es que los malos libros son funestos á la inocencia y á la virtud. Pero antes que estas afecciones nacientes hubiesen echado profundas raices en su corazon, fué conducida á un convento en donde los buenos ejemplos y las prácticas de la religion despertaron su piedad. Teresa sintió el grande peligro que habia corrido; y para precaver otras caidas mas funestas, resolvió consagrarse á Dios. A la edad de veinte y un años abrazó la vida religiosa en la órden del Cármen, y se consagró como una generosa víctima, á los rigores de la penitencia. La nueva esposa de Jesucristo participó de los mas insignes favores de un Dios que jamas se deja vencer en generosidad: se hablaba frecuentemente de los dones que el cielo le concedia, y de las inefables gracias de que su alma estaba inundada. Sin embargo, terminaron estos dias de consolacion: volviendo al mundo para restablecer su salud por su complecsion débil y delicada, Teresa dejó entibiar su piedad: tomó gusto á las conversaciones del siglo, y contrajo algunas relaciones que aunque inocentes, la retenian en las imperfecciones y en una disipacion contrarias al espíritu de recogimiento y de fervor. La muerte de su padre y la lectura de las confesiones de San Agustin, llegaron á reanimar el corazon de Teresa: ardió de nuevo en las mas vivas llamas de la caridad; se desprendió de todas las afecciones terrenas, y se elevó á los mas sublimes grados del amor divino. Faltaban palabras á sus lábios y sentimientos á su corazon, para esplicar el fuego que le abrasaba y los ardores que la consumian: caia en unos éestasis y desfallecimientos de que ninguna cosa criada podia sacarla; y si en la sublimidad de sus éestasis se le escapaban algunas palabras, se le oia esclamar: "Dilatad, ó Dios mio, ensanchad la capacidad de mi corazon, ó poned término á vuestras divinas gracias!" Pero estos celestiales consuelos no le fueron concedidos sin mezcla de pruebas y dolores: se creyó que las revelaciones con que Dios la favorecia, eran ilusiones: la trataron de visiona-

ria y aun pensaron delatarla al tribunal de la inquisicion; sin embargo, en medio de estas persecuciones esteriores y algunas veces desamparos y penas interiores, Teresa supo callar y sufrir con calma y resignacion; de este modo sucediendo la tranquilidad bien pronto á la tempestad, sus perseguidores vinieron á ser despues sus apologistas, y los que habian despreciado en ella los dones del Señor, fueron los primeros en publicar sus virtudes. Teresa comenzó ácia esta época á trabajar en la reforma del Cármen. Dotada de un génio superior y de un valor aun mas estraordinario en su secso, permaneció firme en medio de las contradicciones: superó todos los obstáculos y consiguió á fuerza de constancia, de fatiga y de celo, restablecer en su órden el espíritu de penitencia y de regularidad. Diez y seis conventos de niñas y catorce de hombres abrazaron cuando ella vivia, su austera reforma, que poco despues se estendió por toda la cristiandad. Juan de Yepes, conocido bajo el nombre de San Juan de la Cruz, habia ayudado á Teresa en sus trabajos: este religioso humilde, mortificado y lleno del verdadero espíritu de la perfeccion evangélica, ansioso de la cruz y de los sufrimientos, sostenia y animaba á Teresa al mismo tiempo que se sometia á todo lo que ella creia deberle prescribir para restituir el espíritu primitivo del Cármen. La santidad de su vida y el esplendor de sus milagros, le han hecho colocar en el número de los santos. Santa Teresa, en medio de los trabajos que arrostraba para introducir la reforma en los conventos de su órden, fué afligida de frecuentes enfermedades y de penas sin número; pero se esforzaba á sufrirlas con

aquel ardiente amor que tenia á los padecimientos y que le hacia repetir sin cesar: "O morir, ó padecer." Jamas se quejó de estas crueles pruebas, y juzgándose muy feliz con merecer por los dolores de un momento una corona de gloria eterna, fué á recibir la recompensa de sus virtudes el 4 de Octubre de 1582.

ERRORES DE BAYO.

NUEVAS VIOLENCIAS DE LOS HEREGES.

Bayo, doctor de Lobaina, con el designio de unir á los protestantes con los católicos, cayó en graves errores sobre la gracia, el libre albedrío, la justificacion, y el pecado original: enseñaba que los movimientos indeliberados de la concupiscencia son otras tantas prevaricaciones: que la libertad, segun la Santa Escritura, es la suspension del pecado; que ella es compatible con la necesidad: que desde la caida de Adan todas las obras de los hombres hechas sin la gracia, son criminales: que se puede merecer la vida eterna antes de estar justificado, &c. Esta doctrina, enteramente luterana, apenas apareció, cuando encontró celosos antagonistas en los defensores de la fé católica. La facultad de teología de París, censuró en 1560, diez y ocho proposiciones estractadas de los libros de Bayo, y pocos años despues, el santo papa Pio V condenó setenta y seis. Bayo al principio parecia que se sometia á esta censura; mas poco despues publicó una larga apología de su doctrina, en la cual no se avergonzaba de sostener que los sentimientos de los santos padres eran

difamados en la bula que lo condenaba. Pio V, por una suma condescendencia, habiendo ordenado un nuevo ecsámen de la doctrina censurada, confirmó su primer juicio. Bayo rehusó suscribir á su condenacion; pero al fin se sometió por el temor de un grande escándalo si resistia.

Despues de la muerte del papa, Bayo y sus partidarios se levantaron de nuevo. Publicó la sesta apología de su doctrina: se quejó de haber sido condenado sin ser oido, y nada omitió para justificarse. Gregorio XIII, para poner fin á estas turbaciones, espidió en 1579, una bula en confirmacion de la de Pio V. La universidad de Lobaina y todos los doctores la recibieron, y Bayo se vió forzado de nuevo á retractar de palabra y por escrito, las proposiciones condenadas, así lo ejecutó, pero ha dejado á la posteridad en la duda de si su última retractacion seria mas sincera que las precedentes. Murió en 1589, despues de haber trazado el laberinto de los errores, en donde veremos al semi-calvinismo refugiarse y atrincherarse con tanta destreza, que á pesar de la Iglesia que le desecha y le condena, él quiere siempre permanecer unido y adherido á su seno.

Mientras que Bayo difundia sus errores y acreditaba su doctrina, los calvinistas destrozaban á Flandes, sublevaban la Holanda contra su soberano legítimo, y llegaban á sustraerla de la dominacion española, al mismo tiempo que la separaban de la unidad católica. Ácia esta época, reinos enteros se separaron á un mismo tiempo del seno de la Iglesia: abrazaron los errores del protestantismo, y abandonaron al parecer para siempre, á la Iglesia, madre á quien ellos debian su fé, su prosperidad y su dicha. La Escocia, la Dinamarca y la Suiza, renunciaron la fé de la Iglesia romana. La heregía se arma por todas partes, y por donde quiera que ella domina, el hierro y el fuego destruyen los altares, derriban los templos, y los verdugos degüellan á los fieles que no quieren ni reconocerla ni abrazarla; pero en donde ella es débil, procura aumentarse por la revolucion y la felonía; así se vió á la heregía sentada sobre el trono de Inglaterra, ejercer sus furores contra los católicos. La cruel Isabel, con desprecio de todas las leyes divinas y humanas, sacrifica á su envidia y al ódio que tenia á la religion de sus padres, á la infortunada María Stuard, reina de Escocia; y se vió esta sangre tan pura mezclarse en la corriente, confundida con la sangre derramada por la misma causa. Los católicos degollados y proscritos sin asilos, sin defensa, fueron entregados á merced de las leyes mas bárbaras. De esta manera, en Francia, el calvinismo ataca la soberanía, y á pesar de las diarias pérdidas y de reveces contínuos, desola aun nuestras provincias, y prolonga una guerra civil, mas funesta á la patria que las hordas de bárbaros de que algunos siglos antes habia sido inundada; pero bien pronto los estragos de la heregía se mudan en prosperidades. Un jóven príncipe, heredero presuntivo de la corona, se pone á la cabeza de los rebeldes; la victoria le sigue por todas partes, y bajo su penacho blanco no se recogen sino laureles. En vano la liga, mezcla horrorosa de todas las pasiones y de un falso celo de la religion, opone alguna resistencia á este torrente impetuoso: él triunfa de todo, y ya una última victoria le abre las puertas de la capital, cuan-

do aquel que vela por la conservacion de este reino cristianísimo, cámbia el corazon del hijo de San Luis. Enrique IV renuncia á la heregía antes de entrar á París: él hizo la abjuracion solemne de los errores á que habia estado adherido en la Iglesia de San Dionisio, en manos del arzobispo de Burgos, asistido de un gran número de prelados: hizo su profesion de fé en estos términos. "Yo prometo y juro en presencia del Dios Todopoderoso, vivir y morir en la religion católica, apostólica y romana, protejerla y defenderla á costa de mi vida; y renuncio todas las heregías contrarias á su doctrina." Antes de su retractacion, Enrique IV habia hecho reunir á los ministros protestantes para preguntarles si ellos creian que se podia uno salvar en la Iglesia romana: se vieron obligados á convenir, segun sus principios, en que sí se podia. "¿Qué razon teneis, replicó el rey, para haberla abandonado? Los católicos sostienen que no se puede uno salvar en la vuestra; vos convenis en que sí puede salvarse en la de ellos; el buen sentido pide que yo tome el partido mas seguro y que prefiera una religion, en la cual, segun confiesa todo el mundo, yo puedo conseguir mi salvacion." Enrique IV sentado sobre el trono, no pensó mas que en reparar las pérdidas del estado y de la Iglesia. Volvió á llamar á los Jesuitas espatriados por decreto del parlamento: estinguió las discordias, apaciguó las disensiones civiles, é hizo, durante todo su reinado, la felicidad de sus vasayos. ¡Feliz príncipe si la vivacidad de sus pasiones no hubiera manchado la pureza de sus costumbres, y si no hubiera encontrado la muerte bajo el puñal de un asesino!

(AÑO 1622 DE JESUCRISTO.)

SAN FRANCISCO DE SALES.

La Iglesia recogia los frutos del santo concilio de Trento, mientras que la heregía separándose mas y mas de la fé católica, se precipitaba en todos los errores y abrazaba una despues de otra, las doctrinas mas opuestas y contradictorias. Ella criaba tantas sectas cuantos eran los hombres turbulentos é inquietos que se encontraban en su seno. Cada dia veia salir nuevas profesiones de fé, y las contínuas variaciones de los protestantes hacian ya preveer que llegaria un tiempo en que no tendrian mas que la apariencia de cristianismo y un vano simulacro de religion. Las turbaciones y la division reinaban en el seno mismo de sus conciliábulos, y la reforma abrazada para restablecer la pureza de las costumbres y de la fé, ocasionaba contínuos trastornos y escándalos. Pero dejemos á la heregía que entregada á sus propios furores se desgarre á sí misma: no hablemos ni de los Anabaptistas, de los Adiaforitas, de los Libertinos, de los Menonitas y Socinianos, sectas horrorosas de las que el mismo protestantismo se ha avergonzado, y pongamos nuestra vista sobre esta imágen viva del Hijo de Dios conversando con los hombres sobre este ilustre obispo de Ginebra, Francisco de Sales, cuyo nombre jamas puede pronunciarse sin recordar la virtud mas pura y la alma mas bella. Nació cerca de Anecy en Savoya en 1567, y debió á la piedad de su madre una educacion cristiana, y las primeras se-

do aquel que vela por la conservacion de este reino cristianísimo, cámbia el corazon del hijo de San Luis. Enrique IV renuncia á la heregía antes de entrar á París: él hizo la abjuracion solemne de los errores á que habia estado adherido en la Iglesia de San Dionisio, en manos del arzobispo de Burgos, asistido de un gran número de prelados: hizo su profesion de fé en estos términos. "Yo prometo y juro en presencia del Dios Todopoderoso, vivir y morir en la religion católica, apostólica y romana, protejerla y defenderla á costa de mi vida; y renuncio todas las heregías contrarias á su doctrina." Antes de su retractacion, Enrique IV habia hecho reunir á los ministros protestantes para preguntarles si ellos creian que se podia uno salvar en la Iglesia romana: se vieron obligados á convenir, segun sus principios, en que sí se podia. "¿Qué razon teneis, replicó el rey, para haberla abandonado? Los católicos sostienen que no se puede uno salvar en la vuestra; vos convenis en que sí puede salvarse en la de ellos; el buen sentido pide que yo tome el partido mas seguro y que prefiera una religion, en la cual, segun confiesa todo el mundo, yo puedo conseguir mi salvacion." Enrique IV sentado sobre el trono, no pensó mas que en reparar las pérdidas del estado y de la Iglesia. Volvió á llamar á los Jesuitas espatriados por decreto del parlamento: estinguió las discordias, apaciguó las disensiones civiles, é hizo, durante todo su reinado, la felicidad de sus vasayos. ¡Feliz príncipe si la vivacidad de sus pasiones no hubiera manchado la pureza de sus costumbres, y si no hubiera encontrado la muerte bajo el puñal de un asesino!

(AÑO 1622 DE JESUCRISTO.)

SAN FRANCISCO DE SALES.

La Iglesia recogia los frutos del santo concilio de Trento, mientras que la heregía separándose mas y mas de la fé católica, se precipitaba en todos los errores y abrazaba una despues de otra, las doctrinas mas opuestas y contradictorias. Ella criaba tantas sectas cuantos eran los hombres turbulentos é inquietos que se encontraban en su seno. Cada dia veia salir nuevas profesiones de fé, y las contínuas variaciones de los protestantes hacian ya preveer que llegaria un tiempo en que no tendrian mas que la apariencia de cristianismo y un vano simulacro de religion. Las turbaciones y la division reinaban en el seno mismo de sus conciliábulos, y la reforma abrazada para restablecer la pureza de las costumbres y de la fé, ocasionaba contínuos trastornos y escándalos. Pero dejemos á la heregía que entregada á sus propios furores se desgarre á sí misma: no hablemos ni de los Anabaptistas, de los Adiaforitas, de los Libertinos, de los Menonitas y Socinianos, sectas horrorosas de las que el mismo protestantismo se ha avergonzado, y pongamos nuestra vista sobre esta imágen viva del Hijo de Dios conversando con los hombres sobre este ilustre obispo de Ginebra, Francisco de Sales, cuyo nombre jamas puede pronunciarse sin recordar la virtud mas pura y la alma mas bella. Nació cerca de Anecy en Savoya en 1567, y debió á la piedad de su madre una educacion cristiana, y las primeras se-

millas de tantas virtudes, como bien pronto veremos nacer y desarrollarse. El conde de Sales, padre de Francisco, lo envió á terminar sus estudios á París, siendo aun jóven: en medio de la corrupcion de una córte y de los escollos que rodean á la juventud, supo preservarse del contagio general, y su permanencia en esta capital en nada disminuyó ni su regularidad ni su fervor: que sin embargo sufrieron mas de una vez pruebas muy duras. Se dice que perseguido de una horrorosa tentacion contra la esperanza, Francisco de Sales se creyó por mucho tiempo reprobado de Dios y destinado á las eternas llamas. ¡Qué suplicio para un corazon tan puro y que servia á Dios con tanta fidelidad! Con este amargo y vivo pensamiento, pasaba los dias y las noches llorando y quejándose; nada calmaba sus vivas inquietudes, ni en nada tenia seguridad, cuando un dia postrado á los piés de una imágen de María Santísima, y oprimido mas que nunca por la importuna idea de su destino futuro, hizo á Dios esta tierna y fervorosa súplica. "Dios mio, si yo he de tener la desgracia de aborreceros eternamente, haced al menos que sobre la tierra yo os ame con todo mi corazon." Apenas habia acabado este heroico acto de amor, cuando un rayo de esperanza comenzó á renacer en su alma, y su oracion fué recompensada con haber quedado libre de la mas cruel de todas las tentaciones. Francisco de Sales dejó á París á la edad de diez y siete años, para dirigirse á Pádua, en donde por espacio de algunos años estudió con el mayor aprovechamiento el derecho y la teología: recorrió despues la Italia, visitó por órden de su padre los monumentos mas curiosos, y volvió con todas las virtudes y grandes conocimientos al seno de una familia de la que era el ornato y toda la esperanza. Le instaban á que se estableciese y admitiese un empleo de senador en el senado de Chamberi: rehusó este honor y declaró que ya estaba tomada su resolucion: que él queria consagrarse á Dios en el estado eclesiástico. Al principio se opusieron á su designio, representándole los intereses de su ilustre casa y las brillantes esperanzas que él podia concebir; pero al fin despues de algunos combates y largas oposiciones, obtuvo el consentimiento del conde de Sales. Sigámosle ahora en esta nueva carrera, evangelizando á los pobres, convirtiendo á los hereges, y difundiendo por todas partes el suave olor de las mas puras virtudes. El calvinismo se habia apoderado de una parte de la Savoya, y estos pueblos ignorantes y groseros lo habian abrazado con ardor. Francisco de Sales comenzó las funciones de su ministerio, combatiendo la heregía: recorrió el Cablais y los paises vecinos, y en pocos años todo lo que era de protestantes se convirtió en paises católicos: nada resistia á la dulce persuacion de las palabras del Santo. Setenta mil hereges volvieron á entrar al seno de la Iglesia: él los ganó, tanto por el ejemplo de sus virtudes y su singular dulzura, como por la fuerza de sus discursos. Elevado al arzobispado, algunos años despues de su promocion al sacerdocio, no se debilitó su celo: trabajó en la conversion de los hereges del pais de Gex, y sus esfuerzos fueron recompensados con el mas feliz écsito. Los soberanos pontífices le escribieron, elogiando sus trabajos, y los príncipes de la tierra le dieron repeti-

das veces, lisongeras manifestaciones de su estimacion. Enrique IV le ofreció una pension y un obispado: Cristina, de Francia, que á fuerza de instancias y de súplicas consiguió tenerlo por su limosnero, lo honró con una benevolencia particular, y el duque de Savoya, su soberano, aprovechaba todas las ocasiones para hacer notoria la estimacion que tenia al mas santo y al mas ilustre obispo de sus estados. El episcopado de San Francisco de Sales, fué una série continua de obras de caridad, y de trabajos apostólicos: reformó su clero; visitó su diócesis, evangelizando en los poblados y villas, atravesando con peligro de su vida, los mas rápidos torrentes, y trepando con trabajo las mas inaccesibles montañas: hablaba á los paisanos y á los pobres con una bondad paternal, tan afable, que le ganaba todos los corazones: se complacia en enseñar por sí mismo los primeros elementos de la doctrina cristiana á los niños: animaba sus esfuerzos y sostenia su valor: á todo se estendia su celo, y no podia desalentarse ni por la multitud de los obstáculos, ni por las muchas ocupaciones. Trabajó en el establecimiento de la órden de la Visitacion: él mismo formó el corazon de aquella ilustre Señora, con la que puso los primeros fundamentos; la dirigió en su conducta, y trazó las reglas santas de esta nueva órden: tantos trabajos no absorvian, sin embargo, todo su tiempo. Los santos saben disponer con órden sus asuntos: le quedaba bastante para ocuparse en la composicion de muchas obras: aquí es en donde se manifiesta todo el espíritu de S. Francisco de Sales: sus escritos respiran dulzura y caridad: no se pueden leer sin amar la piedad: jamás parece la virtud tan bella, como cuando él la pinta, ni la religion tan dulce, como cuando quiere hacerla amable. Este grande obispo, despues de una vida enteramente apostólica, fué quitado á su rebaño y á la Iglesia, en una edad poco avanzada. Murió en Lyon, en 1622, y recibió los honores de la canonizacion, treinta y cuatro años despues de su muerte.

ESTADO DE LA RELIGION EN EL JAPON.

La religion cristiana, predicada en el Japon por San Francisco Javier, á mediados del siglo XVI, habia hecho rápidos progresos. Sesenta años despues de su muerte, se contaban en aquel pais cerca de dos millones de cristianos: casi todos los grandes del imperio eran, ó cristianos declarados, ó sus protectores y amigos: aun algunos príncipes habian renunciado el culto de los ídolos, y se distinguian sobre todos, los de Bungo, de Arima, de Fungo, de Bugen y de Omira, de quienes la fé mas viva y las obras mas edificantes, sostenian á los neófitos. Tan rápidos progresos, hacian creer que solo faltaba una conquista para que todo el Japon fuese cristiano, cuando una revolucion que se levantó en el estado, hizo succeder la persecucion á la calma, y á la paz de que gozaba el cristianismo. Taikosamá, usurpador del imperio, comenzó á perseguir á los cristianos: desterró á los grandes que le eran sospechosos por la generosidad y grandeza de su fé, y fué el primero en derramar la sangre preciosa de los fieles; mas esto no fué mas que como un ensayo de

la bárbara persecucion, cuyos horrores vamos á referir. Todo el que es cristiano perecerá; ninguno escapará del ódio de los perseguidores; ni la ancianidad, ni la debilidad del secso, ni las dignidades mas eminentes, ni los mas distinguidos empleos, podrán librar á los cristianos del último suplicio: la fé de estos héroes será puesta á las mas duras pruebas; y el infierno, que parecia haber agotado su rábia para inventar rigurosos suplicios contra los primeros cristianos, este mismo infierno los inventará aun mas crueles, para triunfar del valor de estos generosos confesores. Los prenden, y no de uno en uno, sino en multitud: se apoderan de sus personas, no con sogas y cadenas, sino con agudos instrumentos que hieren y despedazan sus miembros: los verdugos los arrastran de los cabellos: los derriban de una manera brutal, y los ahogan con sus piés; de esta manera se comenzaban estas escenas sangrientas, de donde no salian victoriosos sino para entrar en una carrera aun mas dolorosa. Primero trataron de degollar á los confesores ó quemarlos; pero á poco estos suplicios parecieron muy suaves y no se les hacia morir sino despues de haberles hecho sufrir todos los tormentos que inventaba la rábia de los verdugos: se aplicaron con un bárbaro furor á desgarrarlos y atormentarlos: á unos rompian las piernas entre dos postes erizados de puntas de fierro, á otros arrancaban todos los miembros con tormentos lentos y dolorosos. Aquí tendian á los mártires boca abajo, y despues de haberles puesto sobre los riñones enormes piedras, los levantaban con cordeles que atándoles los piés y las manos los doblaban ácia atras y les rompian todo el cuerpo en un

momento: allá legiones de verdugos recorrian las provincias, aplicándose con un horroroso encarnizamiento á aumentar y prolongar los suplicios: introducian lesnas bajo las uñas de los mártires, y se las arrancaban con increibles dolores: los arrojaban en fosos llenos de víboras, les introducian por todo el cuerpo agudas cañas, les aplicaban hachas encendidas en las partes mas sensibles; y para desgarrar á un mismo tiempo el corazon y el cuerpo de las madres, se les veia golpearlas con la cabeza de sus niños que ellos tenian por los piés y redoblan con brutalidad á medida que estas inocentes víctimas daban gritos mas agudos. Sin embargo, por grande que fuese la rábia de los verdugos, en lugar de desalentar el valor de los cristianos, parecia que reanimaban su ardiente deseo del martirio: corrian á los tormentos como á una fiesta: tenian como á uno de los dias mas felices á aquel en que debian ser arrastrados al cadalzo: las prisiones resonaban con los cánticos, y las mazmorras mas oscuras se habian convertido en santuarios, en donde no se oian mas que las alabanzas del Señor. Cuando se supo el decreto que proscribia la religion cristiana de todo el Japon, las mugeres se reunian á orar, y se gloriaban de llevar en público alguna señal de la verdadera religion: las niñas hacian voto de pureza, los jóvenes corrian delante de las guardias y se hacian inscribir para ser martirizados: aun los niños viendo en sus padres alguna inquietud por temor de su debilidad, prometian obligar á los verdugos á que á ellos primero hiciesen morir; y para quitar los temores de un padre ó de una madre, se ejercitaban en sufrir y anticipaban con tormentos

voluntarios los suplicios de los verdugos. Dios no abandonó estos generosos atletas á su propio valor; manifestó su poder como en otra vez, por los primeros mártires. Las sogas que ataban á los confesores, fueron destrozadas por manos invisibles, sus espantosas prisiones mudadas en mansiones de delicias, los perseguidores convertidos en fieles ó castigados visiblemente por la mano de Dios.

Pero el fuego de la persecucion iba siempre en aumento, y mientras que quedaban cristianos, parecia que quedaban nuevos suplicios que inventar para hacérselos sufrir. Se vé en las inmediaciones de Nangazaqui una espantosa montaña de donde se ecshalan torbellinos de llamas, aguas infectas y lavas encendidas: concibieron la idea de precipitar á los cristianos en estos horrorosos abismos; pero como hubieran sido sofocados inmediatamente si los hubiesen arrojado allí, no se les sumergia sino ligeramente hasta que por este insoportable suplicio se hubiese triunfado de su constancia, ó se les hubiese dado la muerte en medio de las convulsiones y de la sofocacion: otras veces se contentaban con estenderlos desnudos sobre el borde de estos abismos, y rociarlos despues con aquellas lavas que bien pronto los cubrian de llagas, y los ponian en un estado capaz de horrorizar. Entonces no siendo su cuerpo mas que una llaga, se les abandonaba como cadáveres arrojados al muladar; á este suplicio se añadió la tortura del agua y el tormento del foso. En el primero se obligaba al paciente á que se llenase de agua, y cuando estaba muy lleno de ella, le ponian una plancha sobre el vientre, y andando frecuentemente sobre él, le hacian echar mezclada

con la sangre toda la agua que habia bebido. En el segundo se hacia bajar al mártir con los piés para arriba, en un foso lleno de inmundicias las mas infectas: dos tablas sesgadas que le abrazaban por el estómago, le quitaban la vista y no le dejaban desperdiciar nada del mal olor que se dirigia á su olfato; aquí el generoso confesor sufria continuas sofocaciones: se sentia despedazar los nervios y como arrancar los músculos, la sangre salia por todos los conductos de la cabeza, en tan grande cantidad, que si no hubiera sido por esta sangria, hubiera muerto en pocos momentos; pero en medio de estos detestables consuelos vivian nueve ó diez dias.

Por estas infernales maniobras, se consiguió, en fin, arruinar sin recurso la Iglesia del Japon: todos los misioneros llegaron á ser sucesivamente las víctimas de estas atroces crueldades, y los suplicios no se acabaron hasta que ya dejó de haber cristianos. Los tiranos abolieron hasta los menores vestigios de la religion: á cada uno de los Japones obligaban á llevar un signo esterior del paganismo, y fué prohibida á todos los europeos la entrada á este reino, á escepcion de los holandeses que podian abordar al puerto de Nangazaqui. ¡O profundidad de los decretos de Dios, podemos nosotros esclamar, cuan impenetrables son vuestros caminos! Vos habeis arrancado la llama de la fé de una tierra cultivada con tanto cuidado, tan fecunda en virtudes, regada con el sudor de tantos apóstoles y con la sangre de tantos mártires, y el hombre quiere descorrer el velo á vuestros decretos y penetrar vuestros juicios.

(AÑOS 1630 DE JESUCRISTO.)

PRINCIPIO DEL JANSENISMO.

BAYO, cuyos errores y condenacion hemos referido, habia dejado discípulos que en la oscuridad y el silencio acreditaban su doctrina y propagaban sus destructores sistemas; nos resta manifestar cómo llegaron á propagarlos nuevamente, qué esfuerzos hicieron para sostenerlos, y hacer ver descubriendo su obstinacion, cuán criminales y perniciosas son las innovaciones en materias de fé. Jansenio que dió su nombre á esta nueva heregía, nació en Holanda y bebió en las lecciones de Santiago Janson, doctor de Lavaina, los errores de Bayo: persuadido de su maestro, se inclinó á las novedades que se le habian enseñado como la mas pura doctrina de San Agustin, y se aplicó por el espacio de mas de veinte años á entresacar de los escritos de este gran doctor, algunas autoridades propias para sostener los sentimientos de que estaba ya prevenido. El fruto de sus trabajos y de sus indagaciones fué aquella grande obra que intituló *Augustinus*, como si no contuviera mas que la pura doctrina de este padre: puso á su obra la última mano en 1638, y estaba para publicarla, cuando murió de la peste, dos años despues de su nombramiento para el obispado de Ipres: dejó á algunos amigos el cuidado de dar á luz su obra, y aunque insertó en ella muchas protestas de sumision á la Santa Sede, fueron á la verdad poco sinceras, pues que el autor no podia ignorar que reproduciendo los errores de Bayo, merecia tambien él los mismos anatemas; y así apenas habian pasado dos años solamente despues de la publicacion del *Augustinus*, cuando Urbano VIII condenó la obra como que renovaba los errores del Bayanismo. Esta censura, lejos de contener los progresos del error, irritó el orgullo de los partidarios de las nuevas doctrinas, y los hizo mas obstinados en defenderlas. Cornet, síndico de la facultad de teología de París, habiendo delatado á la Sorbona cinco proposiciones estractadas del libro de Jansenio, y habiéndolas condenado la facultad, setenta doctores se levantaron contra esta censura, y rehusaron someterse á ella: el asunto fué entonces llevado á los obispos que remitieron de nuevo la decision de él á Inocencio X, y el soberano pontífice despues de un ecsámen de mas de dos años condenó solemnemente las cinco proposiciones. Aterrados y vencidos por este golpe que ellos habian querido eludir, los Jansenistas sostuvieron que las proposiciones habian sido condenadas cuanto al derecho y no cuanto al hecho, es decir como heréticas é impías en sí mismas; pero no como tales en el sentido de Jansenio: vano subterfugio del espíritu del error, y que no sirve mas que para poner en claro la mala fé del Dr. Arnaud y de sus partidarios. En efecto, si esta distincion pudiese admitirse, seria en vano que la Iglesia condenara las heregías, podria uno obstinarse en sostenerlas bajo pretesto de que el autor ha sido mal entendido, y que no se ha tomado el sentido de sus escritos; así para no dejar ningun recurso á los artificios con que

se cubria el error, Alejandro VII por su constitucion de 1656, declaró que las cinco proposiciones *eran sacadas del libro de Jansenio y quedaban condenadas en el sentido del autor*. Oprimidos con esta sentencia y con la adhesion que manifestó á ella todo el cuerpo episcopal, los Jansenistas pretendieron que la bula solo contenia un reglamento de disciplina que no ecsigia mas que un silencio respetuoso y no la aprobacion interior; y para evitar el suscribir el formulario de fé que fué prescrito en esta época, recurrieron á los equívocos y á las restricciones mentales á que ellos blasonaban tener horror; pero la heregía fué aun perseguida hasta en este último atrincheramiento. Clemente XI por su bula de 1705, declaró que el silencio respetuoso no bastaba para darle á la Iglesia la obediencia que le es debida, y que era necesario aun condenar como herética, y desechar de todo corazon el sentido del libro de Jansenio que ha sido condenado en las cinco proposiciones.

A este grado habia llegado la cuestion del Jansenismo y de su condenacion á principios del siglo XVII. Entonces desconocido, débil y humillado este nuevo vástago de la heregía sacramentaria, se cubrió con las apariencias de la piedad y de una afectacion de severidad y de rigor en la moral, pero bien pronto se estendió, se propagó, hizo partidarios, y aunque el error nada tenga en apariencia de seductor, pronto se vieron corporaciones enteras en el órden seglar y religioso por este espíritu de revolucion y oposicion contra todo poder que es el carácter distintivo del Jansenismo, obstinarse en defender una doctrina que sin embargo no parecia

propia para hacer prosélitos. En efecto, lejos de suavizar el yugo, lo agrava haciendo del tribunal de la penitencia un tribunal de terror y de venganza: no habla mas que de rigores, de austeridades y de privaciones, al mismo tiempo que prueba que todas estas buenas obras son dones de Dios, tan gratuitos, tan independientes de las disposiciones del hombre, como la lluvia lo es de la tierra: habla solamente de caridad, de amor de Dios, al mismo tiempo que lo representa como un Señor cruel y bárbaro que quiere cosechar en donde no ha sembrado, que castiga porque no ha recibido lo que no ha juzgado conveniente dar y aun ha rehusado: quiere esta doctrina que el amor solo y no el temor nos eleve ácia un Dios que niega su gracia, no solo á los pecadores sino aun á los justos, á quienes imputa faltas que les era imposible evitar, á quienes castigará por no haber practicado virtudes que no les era posible practicar, y que no ha muerto sobre la cruz sino para salvar á algunos hombres y no á todo el género humano. Esta es en sustancia la doctrina del Jansenismo, mezcla horrorosa de todo lo que las heregías han tenido de mas desesperado y mas propio para encaminar al vicio: ella no hace del hombre sino un juguete de la cólera de Dios, de la virtud un don que se posee sin mérito, que se adquiere sin esfuerzo, y que se pierde sin que su pérdida pueda llamarse delito: del crímen una fatalidad que no se ha podido evitar, y que solo es una desgracia que nos oprime, un precipicio á que necesariamente somos arrastrados. Así bien pronto veremos las consecuencias funestas de esta peligrosa faccion que nada ha omitido para conmover la

autoridad de todos los soberanos, apartar de la virtud, alejar de la confianza en Dios, y llevar á la desesperacion.

(AÑO 1660 DE JESUCRISTO.)

SAN VICENTE DE PAUL.

EN pocas épocas de las que se refieren en la historia de la Iglesia Galicana, se vieron tantos establecimientos piadosos, y personages tan eminentes por la santidad de su vida y ardor de su fé, como á mediados del siglo XVII. Parece que el cielo quiso reunir en estos bellos dias, las mas puras virtudes, como para oponerlas á los desórdenes de la heregía, y hacer conocer que no era en su seno en donde se formaban los celosos misioneros, los santos pontífices y los piadosos fundadores de tantos establecimientos útiles, erigidos en gloria de Dios, y criados para alivio del prójimo. Los Berulles, los Obliers, los Bourdairés, los Vicentes de Paul, y otros innumerables que comunicaron sus sentimientos, y se asociaron á sus trabajos, eran todos hijos de la Iglesia católica; y referir sus virtudes y sus obras, es confundir la heregía, y glorificar á la Madre comun de todos los fieles, que ha recibido de su celestial Esposo la divina fecundidad que siempre le ha hecho engendrar santos.

San Vicente de Paul, el mas ilustre de los hombres santos que en esta época digna de memoria,

honraban á la Iglesia y á la religion, nació en la diócesis de Dax, en 1576, de padres pobres y oscuros, que lo emplearon en su infancia, en guardar rebaños: tuvo despues la fortuna de hacer sus estudios y ser elevado al sacerdocio: poco tiempo despues, volviendo de Marsella á Narbona, cayó en las manos de los turcos, que lo llevaron prisionero á Túnes; pero la Providencia, que tenia sobre él designios de misericordia, lo arrancó pronto de su prision: llegó á convertir á su amo, que era un renegado; y habiéndose escapado ambos sobre un frágil esquife, dejaron la tierra de la cautividad para volver á entrar á su patria comun. Llegado á Francia Vicente de Paul, fué succesivamente destinado en muchos empleos, en los que su rara humildad le hacia ocultar su mérito y encubrir sus virtudes; pero en fin, Mr. de Berulle, habiéndole hecho entrar en la casa de Manuel Gondi, general de las galeras, comenzó á dar mas estension á su celo: estableció al principio las misiones por los campos, y él mismo se aplicó con ardor á esta obra tan importante de su ministerio. Llamado despues á Marsella, á donde el general de las galeras se habia vuelto para cumplir los deberes de su cargo, no pudo ver sin sentimiento el lamentable estado de los galeotes, que castigados por la justicia humana, expiaban sus crímenes sin consuelo alguno, en medio de las blasfemias y de la desesperacion: les prodigó los cuidados de la mas tierna caridad, y se aplicó á suavizar estas almas feroces é infamadas por el vicio: nada le parecia penoso en el ejercicio de este desagradable ministerio: vivia en medio de estos desgraciados para aliviar sus penas y mitigar el rigor de

autoridad de todos los soberanos, apartar de la virtud, alejar de la confianza en Dios, y llevar á la desesperacion.

(AÑO 1660 DE JESUCRISTO.)

SAN VICENTE DE PAUL.

EN pocas épocas de las que se refieren en la historia de la Iglesia Galicana, se vieron tantos establecimientos piadosos, y personages tan eminentes por la santidad de su vida y ardor de su fé, como á mediados del siglo XVII. Parece que el cielo quiso reunir en estos bellos dias, las mas puras virtudes, como para oponerlas á los desórdenes de la heregía, y hacer conocer que no era en su seno en donde se formaban los celosos misioneros, los santos pontífices y los piadosos fundadores de tantos establecimientos útiles, erigidos en gloria de Dios, y criados para alivio del prójimo. Los Berulles, los Obliers, los Bourdairés, los Vicentes de Paul, y otros innumerables que comunicaron sus sentimientos, y se asociaron á sus trabajos, eran todos hijos de la Iglesia católica; y referir sus virtudes y sus obras, es confundir la heregía, y glorificar á la Madre comun de todos los fieles, que ha recibido de su celestial Esposo la divina fecundidad que siempre le ha hecho engendrar santos.

San Vicente de Paul, el mas ilustre de los hombres santos que en esta época digna de memoria,

honraban á la Iglesia y á la religion, nació en la diócesis de Dax, en 1576, de padres pobres y oscuros, que lo emplearon en su infancia, en guardar rebaños: tuvo despues la fortuna de hacer sus estudios y ser elevado al sacerdocio: poco tiempo despues, volviendo de Marsella á Narbona, cayó en las manos de los turcos, que lo llevaron prisionero á Túnes; pero la Providencia, que tenia sobre él designios de misericordia, lo arrancó pronto de su prision: llegó á convertir á su amo, que era un renegado; y habiéndose escapado ambos sobre un frágil esquife, dejaron la tierra de la cautividad para volver á entrar á su patria comun. Llegado á Francia Vicente de Paul, fué succesivamente destinado en muchos empleos, en los que su rara humildad le hacia ocultar su mérito y encubrir sus virtudes; pero en fin, Mr. de Berulle, habiéndole hecho entrar en la casa de Manuel Gondi, general de las galeras, comenzó á dar mas estension á su celo: estableció al principio las misiones por los campos, y él mismo se aplicó con ardor á esta obra tan importante de su ministerio. Llamado despues á Marsella, á donde el general de las galeras se habia vuelto para cumplir los deberes de su cargo, no pudo ver sin sentimiento el lamentable estado de los galeotes, que castigados por la justicia humana, expiaban sus crímenes sin consuelo alguno, en medio de las blasfemias y de la desesperacion: les prodigó los cuidados de la mas tierna caridad, y se aplicó á suavizar estas almas feroces é infamadas por el vicio: nada le parecia penoso en el ejercicio de este desagradable ministerio: vivia en medio de estos desgraciados para aliviar sus penas y mitigar el rigor de

sus males. Se dice tambien, que conmovido de la desesperacion de un galeote, á quien su desgracia habia puesto inconsolable, se puso en lugar suyo; cargó sus cadenas, y permaneció por algun tiempo entre aquella multitud de galeotes. San Francisco de Sales, que no *conocia en la Iglesia de Dios otro sacerdote mas digno que Vicente de Paul*, le confió la direccion de sus hijas de la Visitacion, quienes tuvieron, por espacio de cuarenta años, la dicha de recibir sus instrucciones, y aprovechar sus ejemplos; pero habia llegado el tiempo en que Vicente de Paul debia dar una entera amplitud á los deseos generosos de su corazon: retirado despues de la muerte de Manuel de Gondi, al colegio llamado de Buenos-Niños, habia puesto allí los primeros fundamentos de la congregacion de San Lázaro, ó de los padres de la mision, que fué aprobada en 1632; y como si el establecimiento y la direccion de una congregacion naciente, no fuesen bastantes á su celo, dirigia las misiones del reino de la Italia, de la Escocia, de Berbería y de Madagascar: daba los ejercicios á los jóvenes que se preparaban para los santos órdenes: reunia las célebres conferencias eclesiásticas, de donde salieron tantos ilustres prelados y santos personages. Llamado al consejo de la reina, se presentó allí para hacer reinar la equidad y la justicia, y para manifestar toda la autoridad que ejerce un sacerdote santo, cuando solo lo animan los intereses de Dios. Principal motor de todas las buenas obras que la caridad hizo en esta época, Vicente de Paul fundó las hermanas de la Caridad para el servicio de los pobres enfermos: hizo establecer y dotar los hospitales de Vicetre, de la

Salpetriere, de la Piedad; los de Marsella, para los galeotes; el del Dulce Nombre de Jesus, para los ancianos. Protector celoso de las vírgenes consagradas á Dios, sostuvo el establecimiento de las hijas de la Providencia, de Santa Genoveva y de la Cruz: trabajó eficazmente en la reforma de Gramont, de los Premostratenses y de la abadía de Sta. Genoveva; pero el objeto que movió particularmente su corazon, y animó su caridad, fué el triste estado de tantos niños, que nacidos del libertinage, ó en la miseria, se encontraban espuestos con tanta impiedad como barbárie, en las calles y encrucijadas de la capital: abandonados de todo el mundo, parecia que no habian recibido la vida mas que para sufrir ó prolongarla algun tiempo en el dolor y la miseria. Vicente de Paul no pudo ver estas inocentes víctimas, sin amarlas y socorrerlas: comenzó por recoger á algunos de ellos: interesó en su favor la piedad de las almas sensibles, y pronto se fundó y dotó el hospital de los niños espósitos; y como su caridad previsiva, socorriendo la desgracia presente, preveia tambien las necesidades futuras, estableció para mantener sus obras, la congregacion de las hijas de la Caridad, llamadas Hermanas del hábito pardo, hijas de San Vicente de Paul, han heredado su caridad: ninguna clase de beneficio les es estraña, ninguna enfermedad las encuentra insensibles: las enfermedades mas asquerosas, los prisioneros mas feroces, los huérfanos mas abandonados, las islas lejanas, los paises estrangeros, no pueden debilitar su valor ni disminuir su caridad: ellas vuelan por todas partes, donde descubren el infortunio: ni aun la heregía, incapaz de tan gene-

roso desprendimiento, ha podido verlas sin admiracion; y su boca emponzoñada, que no vomita sino blasfemias contra la Iglesia nuestra madre, ha tenido que callar para alabar su valor. A todas estas obras, hechas ó dirigidas por San Vicente de Paul, ¿podremos añadir mas de cuarenta mil limosnas distribuidas por sus manos, no solamente en Francia, sino hasta en los paises mas remotos? Hablaremos de tantas provincias provistas de alimento por sus cuidados, en tiempos de hambre, de tantos desgraciados, de los que él fué el bienhechor y el padre, en medio de las turbaciones de la guerra; y para añadir aún á la veneracion que él merece por tantos beneficios, diremos, que en medio de los prodigios que obraba su caridad, era pobre, humilde, y murió creyéndose el último y el mas inútil de los hombres. Agobiado de años, de trabajos y de sufrimientos, entró á la bienaventuranza eterna, el 27 de Septiembre de 1660, á la edad de 85 años, llevando el sentimiento de todos los desgraciados, que jamás tuvieron un amigo tan ardiente, ni un protector mas celoso, y dejando á la posteridad un nombre venerable, y una memoria preciosa.

PROGRESOS DE LA FÉ CRISTIANA

EN LA CHINA Y EN OTRAS REGIONES DE LA TIERRA.

Dios no provee solamente de ministros celosos á una pequeña parte de la tierra, porque Jesucristo, que murió por todos los hombres, concede á todas

las naciones los medios para que se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad: *Omnes homines vult salvos fiere et ad agnitionem veritatis venire.* Con este fin ha suscitado en todos los siglos hombres apostólicos que llevasen la luz de la fé á las naciones mas remotas y sumergidas en las tinieblas de la infidelidad. Acaso jamás se han visto tantos hombres apostólicos, consagrarse á estas misiones lejanas, como en el siglo de que hablamos: una de las mas florecientes fué la de la China. El Apóstol de las Indias y del Japon, San Francisco Javier, habiendo muerto á la vista de este imperio, á donde lo dirigia su celo, no habia podido formar mas que votos por la salud de sus habitantes. Ácia el fin del siglo XVI, el padre Ricci y otros dos jesuitas, movidos del mismo ardiente deseo de dedicarse á la conversion de estos infieles, encontraron el medio de introducirse allí, mezclándose con algunos mercaderes portugueses. Ricci, muy instruido, ademas, en el idioma, leyes y costumbres de esta nacion, comenzó por atraerse admiradores por medio de sus pequeñas obras y de su ciencia; pues á las matemáticas y á la astronomía debe la fé cristiana haber sido introducida allí, y por el crédito que los misioneros matemáticos han tenido sucesivamente en la corte: la fé ha sido predicada con buen écsito en este vasto imperio. Ricci obtuvo primero licencia de fijarse en Canton; despues en Nankin, en donde se aumentó el numero de sus admiradores: construyó allí un observatorio, y se aprovechó de la consideracion que gozaba para anunciar la religion cristiana, aunque no quedaban ningunas señales de ella, á pesar de haber penetrado hasta á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquel pais en el tiempo de los Apóstoles, y despues en el siglo XVII. El misionero tuvo la felicidad, ayudado de sus compañeros, de convertir muchos de estos infieles: entre ellos, algunos de los gobernantes, y esto fué lo que le franqueó el camino de la capital: no rehusaron en ella ver á un hombre tan estraordinario: llegó á Pekin, en 1600, y mereció la proteccion del emperador, que le permitió residir en ella: algunos retratos del Salvador y de la Santísima Vírgen, que ofreció á este príncipe, fueron aceptados y colocados en un lugar elevado del palacio, para ser venerados. El celoso misionero se aprovechó de esta proteccion para difundir la luz del Evangelio: esta era su única mira: llegó por fin á convertir un gran número de chinos, y aun muchos de los grandes de la corte. Ricci gozó constantemente las gracias del emperador: consiguió edificar una Iglesia, y puso los fundamentos de una cristiandad que llegó á ser floreciente, y terminó su gloriosa carrera en 1617. El padre Schall, jesuita de Colonia, llamado á la corte, fué nombrado en seguida gefe de los matemáticos y mandarín: pasó su vida en la alternativa de los favores y de las mas violentas persecuciones: consumido de los trabajos y padecimientos, murió en 1666, despues de haber ejercido, durante cuarenta y cuatro años, las penosas funciones de misionero: religiosos de diferentes órdenes, particularmente de Santo Domingo, y sacerdotes seglares, se unieron á los jesuitas para trabajar en la propagacion del Evangelio, y lo hicieron con mucho fruto. Estos sucesos indispusieron contra ellos á los bonsos y á algunos mandarines, que escitaron varias persecuciones; pero esto no sirvió mas que para aumentar el ardor de estos operarios, la fé y el fervor de los nuevos cristianos. Ácia fines del siglo XVII, una revolucion colocó sobre el trono la dinastía de los príncipes tártaros, que durante el resto de este siglo fué favorable á los cristianos; así por todo el imperio se vieron erigir Iglesias al verdadero Dios, aun se edificó una magnífica en el recinto del palacio del emperador. La cosecha llegó á ser tan abundante, que no guardaba ninguna proporcion con el número de los obreros; pero su valor, su actividad infatigable, suplieron tan bien su pequeño número, que difundieron la luz de la fé hasta en las partes mas retiradas de este vasto imperio.

Dios suscitó en el mismo siglo otros hombres apostólicos que fueron á anunciar la fé de Jesucristo á las costas de la Africa, á Egipto, á la Grecia, en el Oriente y en casi toda la estension de la América. Desde el siglo XVI algunos misioneros se habian diseminado en este hemisferio, y al mismo tiempo que ellos civilizaban á los pueblos trabajando en iluminarlos con la luz de la fé, hacian esfuerzos para reparar los destrozos que la ambicion y la sed del oro causaban en este nuevo mundo. No puede dejarse de admirar el celo de estos misioneros, á quienes no arredraron ni la barbarie de los pueblos, ni la distancia de los lugares, ni la diferencia de los climas, ni los peligros é incomodidades del mar, ni la estravagancia de los idiomas: han dominado los hielos del Norte y los calores del Mediodia, el orgullo de las naciones civilizadas tales como la China, y la estupidez de los salvages, como los de la América, y se han frecuentemente espuesto á la

muerte. Ya se deja ver que ninguna pasion humana, ningun motivo de interés eran capaces de producir tanto valor: que solo el celo y la caridad cristiana pueden inspirar tales sentimientos á los ministros de la religion católica: así su celo ha sido mas activo, mas animoso que la ambicion de los conquistadores, que la avaricia de los negociantes y que la curiosidad de los hombres; porque si los misioneros no hubiesen comenzado por dirigir el camino de los navegantes, y no hubiesen hecho ellos mismos los mas grandes descubrimientos, una gran parte del globo estaria aún tal vez desconocida. La verdadera religion es, pues, victoriosa de todo lo que se le opone á su establecimiento: ella es por tanto, católica, no estando circunscripta á ningun pais en particular, sino que se propaga en todas las partes del mundo conocido, produciendo en todas ellas adoradores de Jesucristo, semejante á un grande árbol plantado, segun dice San Pablo, sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, y sobre Jesucristo que es la piedra angular: repara con mucha ventaja sus pérdidas por los nuevos retoños que produce.

CAUSAS DE LA INCREDULIDAD.

LA desesperada doctrina de Calvino, así como la de Lutero, tocante á la predestinacion, el libre albedrio, la gracia &c., causaban las mas tristes ruinas. Calvino consideraba á Dios como autor del pecado, segun se lo probó Bolsec carmilo apóstata:

Lutero profesaba todos los principios de anarquia en su libro de la libertad cristiana: estos pretendidos reformadores que repetian los errores de los Albigenses, de los Baudinos, de los Begardos, de los Fratriselos, de los Wiclefitas y de los Husitas, tan perjudiciales á la seguridad de los estados como á la verdadera religion, dispusieron los espíritus á la incredulidad y á la insubordinacion: sus principios produgeron á los Socinianos; los Deistas siguieron hasta el esceso los discursos de estos; y de este espíritu de desvario ha nacido la incredulidad que reina hoy. En el seno del protestantismo se han formado en Inglaterra los Hobes, los Tolands, los Woolstons, los Tindalls, y tantos otros que descubiertamente han enseñado la impiedad. Los Espinosas, los Bailes en Holanda, uno estableció el deismo, ó mas bien el materialismo; otro sostuvo en casi todas sus obras, un scepticismo que se estendia sobre todas las religiones, lo que le hacia decir que él era verdaderamente protestante, pues que protestaba contra todas las religiones; pero principalmente contra la religion cristiana á quien parece que dirige todos sus tiros. Se les puede considerar como los maestros de ese gran número de escritores de todos los paises que despues se han aplicado á repetir y á reproducir sus sofismas bajo diversas formas.

Pero lo que principalmente autorizó la impiedad, fué la conducta del duque de Orleans, regente del reino de Francia durante la minoridad de Luis XV; desde entonces parecia que Dios contemplaba en su cólera este grande estado, sacando de este mundo á el Delfin, padre de Luis XV, alumno de Fenelon,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

principe que habia dado las esperanzas mas fundadas de un reinado sábio y justo, establecido sobre la religion; así es como se vió tambien despues á el Delfin, padre de Luis XVI, arrebatado á la religion y al estado despues de haber dado pruebas de que hubiera sido el apoyo de aquella y restaurador de este. En la época de la regencia del duque de Orleans, fué particularmente cuando la impiedad hasta entonces tímida y oculta, comenzó á manifestarse á las claras, y á gloriarse de sus mácsimas, de sus razonamientos, de sus sistemas que no se dirigian menos al trastorno de la sociedad entera que al de la religion. El palacio del regente era el lugar de la cita de los bellos ingenios; allí era principalmente en donde se permitian aquellas agudezas y espresiones atrevidas sobre las materias y las personas mas respetables; y desde allí estas burlas circulaban en toda la capital y en las provincias. El regente fué considerado como la columna de estos incrédulos que se preciaban del nombre de filósofos, así como del libertinage mas vergonzoso que de su palacio se propagó á todo el reino; sin embargo, no se veian aun circular sino libelos y pequeños folletos clandestinos sin nombre de autor: un resto de pudor hacia que no se permitiese poner en ellos su nombre, porque la mayor parte de la nacion quedaba todavia adicta á los principios antiguos de la religion. Así es que hasta en 1751 un sacerdote bachiller de la Sorbona, llamado de Prades, se atrevió á sostener una conclusion que fué considerada como su primer ensayo público de la filosofia irreligiosa. Diderot, uno de los mas grandes promotores de esta filosofia, le habia dado la

mano para formar esta tesis, que era una recopilacion de todas las paradojas impías de los pretendidos espíritus fuertes. En el mismo año fué cuando se vieron aparecer los dos primeros volúmenes del Diccionario enciclopédico, inmensa recopilacion que debia ser, segun el prospecto, el tesoro mas completo de todos los conocimientos humanos, y servir solo de biblioteca; pero que en realidad era el depósito de todos los errores, sofismas y calumnias que desde las primeras escuelas de la impiedad hasta esta enorme recopilacion, podian haber sido inventadas contra la religion, de tal suerte que se pudo considerar este Diccionario como el arsenal de los incrédulos. Esta enciclopedia á fuerza de ser recomendada, ecsagerada por los promulgadores y todos los diarios del partido, llegó á ser el libro de todas las bibliotecas, y poco á poco el pretendido mundo sábio se encontró el mundo anticristiano, y es manifiesto que ella se habia emprendido con esta mira. Voltaire que ha dado á su siglo un tan fuerte impulso para el trastorno de todos los principios, y que habia jurado antes del año de 1730 consagrar su vida á la destruccion de la religion cristiana, estaba entonces en la fuerza de su génio: atacó la religion directamente con el mas grande atrevimiento, en una infinidad de escritos, y jamas escritor ninguno manejó con tanta destreza la arma del ridículo: adornó sus sofismas con un estilo seductor, y sin embargo, natural, fácil, elegante, que los ponia al alcance de toda clase de lectores; así es que por la lectura de estos escritos incidiosos é impíos, este hombre desgraciadamente célebre, adquirió un número infinito de prosélitos. Sin embargo, hábiles

y sábios escritores se empeñaron inmediatamente en descubrir el error, en refutarlo victoriosamente, y en demostrar las verdades de la religion hasta la última evidencia, de manera que los escritos de los incrédulos no pudieron perjudicar sino á los que gustando la doctrina de los filósofos, porque daba rienda á todas las pasiones, se obstinaban en cerrar los ojos á la luz del Evangelio y de la revelacion, y tratar de culto supersticioso á esta religion que ha hecho la felicidad de los paises en donde ha sido seguida durante el trascurso de diez y ocho siglos.

(AÑO 1725 DE JESUCRISTO.)

LAS SOCIEDADES SECRETAS.

EL siglo XVIII tan fecundo en errores, vió nacer y propagar estas asociaciones secretas y reuniones clandestinas, conocidas con el nombre de fracmasonería. La Inglaterra que habia arrojado en nuestra patria los primeros gérmenes de la irreligion, nos envió tambien esta peligrosa novedad. Un Lord ingles estableció en París en 1725, la primera lógia que hubo en Francia, y pocos años despues se contaron muchas en la capital y en las provincias. Al principio nada ofrecian estas asociaciones de sospechosas, y parecia que nada importaba conocer el secreto de sus iniciados; pero poco despues sospechas graves vinieron á despertar la atencion de las autoridades, y bien pronto se les comunicaron denuncias que las pusieron en inquietud. Se descubrió que habia entre los fracmasones hombres que meditaban la ruina del estado y de la religion, que estaban ligados entre sí por medio de horrorosos juramentos, y que no revelaban sus designios á los asociados sino con arreglo á sus disposiciones. Las sociedades secretas fueron proscriptas en muchos estados: Clemente XII y Benito XIV las condenaron bajo pena de escomunion. Estas rigorosas providencias que parecia deberian contener el naciente contagio, no sirvieron sino para estenderlo y darle tal vez una direccion mas conocida ácia el crímen y la revolucion. En efecto, desde esta época, los que blasonaron la incredulidad y que han sido los mas señalados durante la revolucion, han tenido la mas grande influencia en las sociedades secretas. Voltaire, Condorsed, Bonneville, Lalande, Volney, los partidarios mas entusiastas de las mudanzas políticas, Mirabeau, Chapelier, Fauchet, han ocupado los principales grados de la fracmasonería, sorprendidos de lo maravilloso que ella ofrece de esta afeccion de reserva, de esas pruebas multiplicadas, de las estravagantes ceremonias á que son sometidos los iniciados, muchos escritores han hecho sobre estas reuniones estensas indagaciones: han reunido un gran número de hechos y de circunstancias que tienden á manifestar cuan peligrosas son: han recogido numerosas delaciones que descubrian el espíritu y fin ulterior de la fracmasonería; sin embargo, no creian ellos que todos los asociados fuesen cómplices en todas las tramas que allí se maquinan, y que no hubiese en estas reuniones mas que hombres conjurados; pero ellos pretenden

y sábios escritores se empeñaron inmediatamente en descubrir el error, en refutarlo victoriosamente, y en demostrar las verdades de la religion hasta la última evidencia, de manera que los escritos de los incrédulos no pudieron perjudicar sino á los que gustando la doctrina de los filósofos, porque daba rienda á todas las pasiones, se obstinaban en cerrar los ojos á la luz del Evangelio y de la revelacion, y tratar de culto supersticioso á esta religion que ha hecho la felicidad de los paises en donde ha sido seguida durante el trascurso de diez y ocho siglos.

(AÑO 1725 DE JESUCRISTO.)

LAS SOCIEDADES SECRETAS.

EL siglo XVIII tan fecundo en errores, vió nacer y propagar estas asociaciones secretas y reuniones clandestinas, conocidas con el nombre de fracmasonería. La Inglaterra que habia arrojado en nuestra patria los primeros gérmenes de la irreligion, nos envió tambien esta peligrosa novedad. Un Lord ingles estableció en París en 1725, la primera lógia que hubo en Francia, y pocos años despues se contaron muchas en la capital y en las provincias. Al principio nada ofrecian estas asociaciones de sospechosas, y parecia que nada importaba conocer el secreto de sus iniciados; pero poco despues sospechas graves vinieron á despertar la atencion de las autoridades, y bien pronto se les comunicaron denuncias que las pusieron en inquietud. Se descubrió que habia entre los fracmasones hombres que meditaban la ruina del estado y de la religion, que estaban ligados entre sí por medio de horrorosos juramentos, y que no revelaban sus designios á los asociados sino con arreglo á sus disposiciones. Las sociedades secretas fueron proscriptas en muchos estados: Clemente XII y Benito XIV las condenaron bajo pena de escomunion. Estas rigorosas providencias que parecia deberian contener el naciente contagio, no sirvieron sino para estenderlo y darle tal vez una direccion mas conocida ácia el crímen y la revolucion. En efecto, desde esta época, los que blasonaron la incredulidad y que han sido los mas señalados durante la revolucion, han tenido la mas grande influencia en las sociedades secretas. Voltaire, Condorsed, Bonneville, Lalande, Volney, los partidarios mas entusiastas de las mudanzas políticas, Mirabeau, Chapelier, Fauchet, han ocupado los principales grados de la fracmasonería, sorprendidos de lo maravilloso que ella ofrece de esta afeccion de reserva, de esas pruebas multiplicadas, de las estravagantes ceremonias á que son sometidos los iniciados, muchos escritores han hecho sobre estas reuniones estensas indagaciones: han reunido un gran número de hechos y de circunstancias que tienden á manifestar cuan peligrosas son: han recogido numerosas delaciones que descubrian el espíritu y fin ulterior de la fracmasonería; sin embargo, no creian ellos que todos los asociados fuesen cómplices en todas las tramas que allí se maquinan, y que no hubiese en estas reuniones mas que hombres conjurados; pero ellos pretenden

que este es el fin de los últimos grados, y el secreto que no se descubre sino á aquellos cuyos sentimientos están ya bien conocidos. Sea lo que fuere de la realidad de sus aserciones, y aun cuando no todas tuviesen este grado de autoridad que produce la certeza, quedan otras muchas razones para hacer á la fracmasonería legítimamente sospechosa. "En efecto, ha dicho un escritor (*) cuando se considera que ella ha nacido con el espíritu de irreligion, que ha crecido con él, que no se ha estendido sino á medida que él hace progresos, que no ha tenido jamas sino hombres incrédulos ó indiferentes, que ha sido siempre vista con desagrado por los hombres firmemente adictos á la fé; entonces no se la puede considerar sino como una institucion mala por su naturaleza, ó al menos peligrosa por sus efectos. Esta desconfianza se aumenta cuando se vé este profundo secreto y la importancia que se le dá: si solo se tuviese un objeto laudable, ¿para qué un tan grande misterio, para qué estos juramentos reprehensibles por el solo hecho de no ser necesarios? ¿Para qué esta afectacion de oscuridad, este lenguage fastuoso de luces, de tinieblas y de profanidades? ¿Para qué estas pruebas y estas ceremonias que parecen encerrar alguna cosa que se tiene empeño en encubrir? ¿No se ha acostumbrado ver en los masones los ausiliares de la filosofia, hombres que con sus ideas de libertad y de igualdad han ensayado la revolucion, han propagado el disgusto de la autoridad y el espíritu de independencia y de innovacion? Así todas las gentes religiosas han manifestado constantemente su repugnancia á estas asociaciones misteriosas que la sana política no reprueba menos que el espíritu del cristianismo. Jamas un católico piadoso se ha iniciado en estas lógias, y el juicio mas moderado que se puede formar sobre el mayor número de los que las frecuentan es, que las ideas de libertad, los banquetes, los desahogos de la alegría, eran un incentivo de que se usaba para inspirarles poco á poco sentimientos y principios que no eran favorables ni al espíritu de la religion ni al órden de la sociedad (†).

(*) El apreciable autor de las memorias, para servir á la Historia de la Iglesia durante el siglo XVIII.

(AÑO 1752 DE JESUCRISTO.)

PROGRESOS DE LA INCREDULIDAD.

Despues de haber manifestado el orígen y causas principales de la incredulidad, haremos conocer sus progresos rápidos y sus funestos efectos. A mediados del siglo último, fué cuando la filosofia moderna hasta entonces tímida, reservada y que apenas osaba lanzar de lejos algunos sarcasmos contra nuestros misterios, se quitó, en fin, la máscara, y publicó sin pudor y sin retentiva, la impiedad mas desenfrenada; hacia algunos años, es verdad, que se habian dado grandes golpes á la religion: algunos hombres sin costumbres y sin fé se habian tam-

(†) Véase la obra de Monsiur Barrnel, que tiene por título: Memorias para servir á la historia del Jacobinismo, en cinco volúmenes, ó bien el compendio en dos.

bien atrevido á atacar la moral tan pura, y los consoladores misterios del cristianismo; pero rechazados por la opinion pública, no habian tenido por sectarios sino algunos grandes ó ricos que afectaban no creer nada, para que la licencia de sus pasiones no tuviese ningun freno; pero el pueblo aun no habia aprendido á despreciar la fé de sus padres; ni á hollar todo lo que la religion tiene de mas santo y sagrado; mas entonces el filosofismo bajó á las últimas clases de la sociedad: se difundió como un torrente desolador, y llevó por todas partes sus perniciosas doctrinas. Voltaire, el héroe y gefe de los espíritus fuertes de su tiempo, enseñó á sacudir toda sujecion, á no respetar mas el trono ni el altar, y á vomitar sin escepcion los sarcasmos y las blasfemias. Tan luego como se dió la señal, la nueva filosofia se apoderó del espíritu público, inundó la capital y las provincias de un diluvio de malos libros compuestos para todas las edades, todos los secsos y todas las condiciones, ganó hombres perdidos para que los repartiesen gratuitamente en los colegios y en los campos, y nada omitió para difundir por todas partes el veneno de sus funestas doctrinas. La irreligion tomó todos los tonos y todas las formas: se reprodujo de mil maneras diferentes: atacó el cristianismo, ya con las armas del ridículo, ó ya con falsas aserciones; aquí sublevaba á los pueblos contra los reyes, allá á los hijos contra los padres, y por todas partes enseñaba la inmoralidad é independencia. En medio de estos desenfrenos impíos, si alguno queria defender la religion, al pronto violentas sátiras ó malignos epígramas cubrian á un autor apreciable de un ridículo que no podia evitar. Si alguno la atacaba con violencia, inmediatamente Voltaire escribia una carta lisongera al autor D'Alembert, lo preconizaba en las sociedades, y un hombre sin talento era trasformado en un gran escritor. De este modo, en pocos años la filosofia consiguió cambiar el espíritu y el carácter de un gran pueblo: substituyó el gusto de la frivolidad y de las vagatelas al de la verdadera ciencia: diseminó el egoismo en la sociedad: rompió los lazos que unen á los hombres entre sí, y los ligan á la patria: inspiró á todos los particulares esta insaciable sed del oro que de la nacion mas desinteresada y mas generosa, hizo casi un pueblo sin probidad.

Sin embargo, en medio de este trastorno general de todos los principios, el cristianismo tuvo como en todos los siglos, defensores ilustres y santos de una eminente virtud.

La corte ofrecia entonces modelos de una piedad ejemplar: la reina y los príncipes sus hijos, en medio del brillo y de las grandezas, representaban la vida edificante de los primeros cristianos, y madama Luisa su augusta hija, prefirió la santa pobreza de los cláustros, al esplendor de la corona: entró en las carmelitas de San Dionisio, en donde vivió mucho tiempo en la práctica de las mas heroicas virtudes, sometida á todas las observancias de una regla austera, obediente á la voz de una simple religiosa, y no distinguiéndose de las demas, sino por una piedad mas fervorosa y una humildad mas profunda. Cuando tan grandes ejemplos consolaban la piedad de las almas fieles, los obispos y los sacerdotes de la Iglesia Galicana, se manifestaban llenos de ardor y celo por reprimir la licencia de estos es-

critores enemigos del órden y de la moral; y se puede citar con honor á Monsiur Beaumont, Arzobispo de París, tan justamente llamado el Atanasio de su siglo, á Monsiur de Pompignam, obispo de Puy que se señaló muchas veces contra la incredulidad, á Monsiur Dulan, arzobispo de Arlés, que mereció derramar su sangre por la religion que tantas veces habia defendido: á su lado pueden colocarse tantos sacerdotes que por la santidad de su vida y sábios escritos, vengaron á la religion de sus detractores, como tambien Bergier que publicó *el deismo refutado por sí mismo: la certeza de las pruebas del cristianismo; la apología de la religion cristiana &c.:* el abate Güené, en las *cartas de algunos judios portugueses á Monsiur Voltaire*, unió la fuerza de la razon á los chistes mas ingeniosos, y obligó aun á sus mismos adversarios á que lo admirasen: Bullet que puede ser considerado como uno de los mejores apologistas de la religion: Feller, Gerard, Barruel y tantos otros, cuyas obras son tan comunes.

Pero tantos esfuerzos reunidos para contener los progresos de la incredulidad, no pudieron hacer volver los espíritus á las antiguas costumbres y á las creencias de nuestros padres: el mal era muy grande: la seduccion muy lisongera y el error habia echado ya muy profundas raices; nada podia salvar á un pueblo á quien se le habia enseñado á no creer en Dios: era necesario que del abismo de los males en que lo precipitaban, abriese el abismo los ojos y reconociera que lejos de Dios no se encuentra ni verdadera libertad ni verdadera felicidad.

(AÑO 1773 DE JESUCRISTO.)

ESTINCION DE LOS JESUITAS.

LA estincion de los jesuitas comienza la gran cadena de los funestos acontecimientos que llenarán por muchos años las páginas de la historia, y la filosofía, quitando á la Iglesia estos celosos defensores, parece prepararse para largas conquistas y reposar sobre ruinas. Los jesuitas encargados por su ministerio de enseñar y defender la religion, combatian con una energia y fruto, que jamas se podrá elogiar lo bastante contra la heregía y la incredulidad: sus sábias obras confirmaban la fé de los fieles contra las impías producciones de los incrédulos modernos, y su celo los sostenia contra sus continuas sugestiones: tantos títulos al reconocimiento y á la estimacion de los hombres virtuosos, les atrageron todo el odio de los enemigos de la Iglesia que resolvieron su ruina: ministros culpables, engañaron á príncipes débiles y sin luces, y la persecucion comenzó á estallar contra los jesuitas. Portugal dió la señal: aquí fué en donde un hombre cubierto de crímenes, habiendo llegado á ganar la confianza de su rey, manifestó todo el furor de un enemigo cruel que persigue víctimas inocentes. Hizo al principio circular en toda la Europa una multitud de libelos, en los que infamaba á los jesuitas con las mas negras calumnias: los acusó de ser cómplices en una horrible conspiracion contra

el rey su Señor, y pidió al soberano pontífice, que fuesen suprimidos: no habiendo podido obtenerlo, los hizo estinguir en todo Portugal, hizo rodear sus casas de soldados que los arrestasen y condujeran á unas horrorosas prisiones, de donde se les sacó bien pronto para amontonarlos sobre bageles que los arrojaron desprovistos de todo sobre las costas de los estados romanos: la España siguió bien pronto este ejemplo, y la Francia no tardó tambien en proscribir á los jesuitas: sus constituciones, decian los obispos en una representacion hecha al rey en 1772, fueron delatadas al parlamento, y en un plazo tan corto, que apenas habria sido suficiente para la instruccion de un proceso particular; sin oirlos, sin admitir sus quejas y sus pedimentos, fueron declaradas por impías, sacrílegas que atentaban contra la Magestad Divina, y contra la autoridad de las dos potestades, y bajo pretesto de calificaciones tan odiosas como imaginarias, fueron cerrados sus colegios, sus noviciados destruidos, tomados sus bienes y anulados sus votos: los despojaron de las ventajas de su vocacion, privándolos de los retiros que habian elegido, proscritos, humillados no eran ni ciudadanos, ni religiosos; sin estado, sin bienes, sin funciones, se vieron reducirse al triste estremo ó de espatriarse, ó de prestar juramentos que su conciencia reprobaba.

Pero tantas persecuciones y ultrages, todavia parecia poco á los enemigos de los jesuitas: quisieron aun obtener del soberano pontífice, su general supresion. La iglesia romana poseia en diferentes reinos algunos terrenos con que los reyes habian gratificado la silla de San Pedro: al punto fueron

confiscados, y los embajadores de los soberanos cerca de la corte romana, declararon que no se devolvieran hasta que se hubiesen estinguido todos los jesuitas: que su aniquilamiento, era el solo medio de restablecer la union y concordia entre la Santa Sede y las cortes estrangeras. Clemente XIV vaciló mucho tiempo: dilató el asunto cuanto pudo: buscó mil medios para salvar á los religiosos perseguidos; pero en fin, urgido mas vivamente que nunca, dió el 21 de Julio de 1773 un breve que suprimia la Compañía de Jesus. De este modo fué disuelto un instituto célebre que habia subsistido mas de dos siglos, y que contaba cerca de veinte mil religiosos consagrados á los penosos ministerios de la enseñanza, de las misiones y á todas las buenas obras.

Cuando el hombre imparcial y desprendido de toda preocupacion, ecsamine á sangre fria la supresion de los jesuitas; cuando considere que sus enemigos no han sido sino los de la religion, ó de la Iglesia, que los crímenes que se les imputan carecen de pruebas y aun de verosimilitud, y que aun cuando fuesen verdaderos, esto solo perjudicaria á algunos miembros; pero no á todo el cuerpo cuya doctrina y costumbres fueron siempre puras; en fin, cuando considere los servicios que han hecho á la Iglesia, las ventajas que han procurado á tantos reinos, las luces que han propagado, el buen gusto que han difundido, este hombre digo, admirado del encarnizamiento con que se ha perseguido á unos pobres religiosos sin escucharlos ni ecsaminarlos, no sé si el deba mas bien llorar á aquellos cuya gloria no ha podido ser manchada por el odio injusto de

tantos enemigos, ó á los hombres que no han sabido conocer que en ellos condenaban la virtud y deshonraban el mérito.

ATENTADOS

CONTRA LA JURISDICCION DEL SOBERANO PONTIFICE.

La supresion de los jesuitas habia sido reclamada como el único medio de restablecer la paz entre la Iglesia y los soberanos, y no vino á ser mas que una señal de discordias y de insurrecciones contra la Santa Sede. De todas partes se lanzaron folletos y libelos contra la cátedra de San Pedro, escritores temerarios, desconocieron sus derechos, despreciaron su autoridad y no se avergonzaron de reproducir el lenguage y los sistemas de Lutero y de Calvino. En Alemania fué principalmente donde estas peligrosas novedades tuvieron mayor número de partidarios, y en donde algunas universidades bebieron en la obra de Febronio, los sistemas de anarquía y revolucion contra la Iglesia. José II, hijo y sucesor de María Teresa, protegió á estos novadores, é hizo en la disciplina de la Iglesia, innovaciones que tendian nada menos que á producir un cisma: á las escuelas cristianas, hizo suceder escuelas normales, y en lugar de las antiguas cátedras de Teología, hizo establecer seminarios generales independientes de los obispos, é hizo nombrar por una comision especial, profesores infestados de todos los nuevos errores: un gran número de casas

religiosas fueron suprimidas, y otras arbitrariamente absueltas de toda obediencia á sus superiores generales. Las reformas no se limitaron á esto; se habia escrito y publicado que los obispos eran independientes del papa, y que podian dispensar leyes generales de la Iglesia; el príncipe pidió á los obispos, que confirmasen esta doctrina, y algunos prelados tuvieron la debilidad de obedecer las órdenes del soberano. Sobresaltado del peligro que corria esta Iglesia desolada, Pio VI dirigió muchos breves á los pastores y á los príncipes conjurándolos á que no rompiesen la unidad; pero su voz no fué oida, y tomó entonces una resolucion inesperada: anunció al emperador que su proyecto era dirigirse á Viena: José II lo recibió con respeto, lo trató con los miramientos debidos á su dignidad, y aun modificó algunos de sus edictos: Pio VI dejó entonces la córte del emperador, y se volvió á Roma afligido del poco fruto de su viage; pero consolado por las demostraciones de adhesion y respeto que le dieron los pueblos.

Muy poco tiempo despues de que el soberano pontífice volvió á entrar en sus estados, el cisma que muchos años há amenazaba á la Alemania, pareció consumarse: el emperador en las nuevas órdenanzas, permitió el divorcio en ciertos casos, se constituyó juez de la fé, y usurpó mas que nunca, los derechos de la Iglesia: á imitacion suya, algunos obispos quisieron usurpar tambien ciertos derechos esenciales é inherentes á la primacía de la Santa Sede, los tres electores eclesiásticos y el arzobispo de Saltzbourg, se coligaron para disputar al gefe supremo de la Iglesia, el derecho de enviar los nuncios y de

reservarse á él solo la facultad de dispensar en algunos casos graves: reunieron un congreso en Ems, cerca de Coblenzt, y allí cuatro eclesiásticos que ellos habian revestido de sus poderes, organizaron una especie de constitucion eclesiástica, que no dejaba al vicario de Jesucristo en la tierra, mas que un vano título de honor, y que trasformaba en otros tantos papas á los que los habian diputado.

Ácia esta misma época, un prelado italiano se sublevaba contra la Santa Silla, y favorecia los errores condenados en repetidas ocasiones.

Ricci, obispo de Pistoya y de Prato, reunia un sínodo, y trasformando á sus curas en jueces de la fé, los hacia tomar resoluciones que destruian toda la gerarquia de la Iglesia, su disciplina y su gobierno: adoptaban en este conciliábulo todas las innovaciones hechas por José II y por los metropolitanos del imperio germánico, y Ricci se abrogaba la facultad de poder dispensar en los casos reservados al soberano pontífice.... De esta manera todo tendia ácia el cisma, y la Iglesia estaba amenazada de una funesta division, cuando de la Alemania, en donde habian tomado orígen todas estas turbaciones, se vieron salir mil reclamaciones contra las novedades que por fuerza se querian introducir: el arzobispo de Malinas tuvo el valor de llevar sus representaciones hasta el pié del trono, de manifestar al soberano el peligro de estas mutaciones, y de presagiar sus funestas consecuencias para la Iglesia y para el estado. José II, contra quien se habian revelado algunos de sus vasayos, fastidiados de sus innovaciones, reconoció, en fin, la justicia de los reclamos del arzobispo, y la mala fé de los consejos que se le

habian dado: y mas cuando los males que resultaban ya de las novedades que él habia intentado introducir en sus vastos estados, le conmovian vivamente. Así es que antes de su muerte que acaeció poco tiempo despues, publicó un edicto para revocar y anular todas las disposiciones anteriores en materias eclesiásticas. Informado el papa por el mismo emperador de una mutacion tan inesperada, escribió un hermosísimo breve á los obispos de Alemania para poner fin y calmar las turbaciones que reinaban en sus provincias; y de este modo se terminaron los disturbios que habian amenazado á la iglesia con una funesta division: pero apenas ella hubo recobrado la calma por una parte, cuando en un reino que hasta entonces no habia tomado parte alguna en los contratiempos que acababa de sufrir, se levantó una horrorosa tempestad que la puso á punto de perderse. Estas son las rigurosas pruebas y los nuevos combates de donde la veremos en fin salir victoriosa y será fácil conocer en medio de ellos, la mano que la sostiene: estas son, repito, las nuevas pruebas que vamos á referir.

(AÑO 1789 DE JESUCRISTO.)

PRESAGIO Y PRINCIPIO DE LA REVOLUCION.

DESDE la fatal regencia de Felipe de Orleans, durante la cual la inmoralidad y la irreligion habian hecho tan rápidos progresos por todas partes, se ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reservarse á él solo la facultad de dispensar en algunos casos graves: reunieron un congreso en Ems, cerca de Coblenzt, y allí cuatro eclesiásticos que ellos habian revestido de sus poderes, organizaron una especie de constitucion eclesiástica, que no dejaba al vicario de Jesucristo en la tierra, mas que un vano título de honor, y que trasformaba en otros tantos papas á los que los habian diputado.

Ácia esta misma época, un prelado italiano se sublevaba contra la Santa Silla, y favorecia los errores condenados en repetidas ocasiones.

Ricci, obispo de Pistoya y de Prato, reunia un sínodo, y trasformando á sus curas en jueces de la fé, los hacia tomar resoluciones que destruian toda la gerarquia de la Iglesia, su disciplina y su gobierno: adoptaban en este conciliábulo todas las innovaciones hechas por José II y por los metropolitanos del imperio germánico, y Ricci se abrogaba la facultad de poder dispensar en los casos reservados al soberano pontífice.... De esta manera todo tendia ácia el cisma, y la Iglesia estaba amenazada de una funesta division, cuando de la Alemania, en donde habian tomado orígen todas estas turbaciones, se vieron salir mil reclamaciones contra las novedades que por fuerza se querian introducir: el arzobispo de Malinas tuvo el valor de llevar sus representaciones hasta el pié del trono, de manifestar al soberano el peligro de estas mutaciones, y de presagiar sus funestas consecuencias para la Iglesia y para el estado. José II, contra quien se habian revelado algunos de sus vasayos, fastidiados de sus innovaciones, reconoció, en fin, la justicia de los reclamos del arzobispo, y la mala fé de los consejos que se le

habian dado: y mas cuando los males que resultaban ya de las novedades que él habia intentado introducir en sus vastos estados, le conmovian vivamente. Así es que antes de su muerte que acaeció poco tiempo despues, publicó un edicto para revocar y anular todas las disposiciones anteriores en materias eclesiásticas. Informado el papa por el mismo emperador de una mutacion tan inesperada, escribió un hermosísimo breve á los obispos de Alemania para poner fin y calmar las turbaciones que reinaban en sus provincias; y de este modo se terminaron los disturbios que habian amenazado á la iglesia con una funesta division: pero apenas ella hubo recobrado la calma por una parte, cuando en un reino que hasta entonces no habia tomado parte alguna en los contratiempos que acababa de sufrir, se levantó una horrorosa tempestad que la puso á punto de perderse. Estas son las rigurosas pruebas y los nuevos combates de donde la veremos en fin salir victoriosa y será fácil conocer en medio de ellos, la mano que la sostiene: estas son, repito, las nuevas pruebas que vamos á referir.

(AÑO 1789 DE JESUCRISTO.)

PRESAGIO Y PRINCIPIO DE LA REVOLUCION.

DESDE la fatal regencia de Felipe de Orleans, durante la cual la inmoralidad y la irreligion habian hecho tan rápidos progresos por todas partes, se ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nifestaba un espíritu de inquietud y una corrupcion universal: las nuevas doctrinas que un gobierno débil dejó propagar; los principios de independencia y de libertad que permitió proclamar; habian debilitado el respeto y amor que los pueblos deben al soberano que los gobierna; por todas partes se afectaba un amor sin límites á la novedad, una escesiva separacion de las antiguas instituciones y una pública aversion á la religion; de aquí nacieron tantos escritos en favor de la libertad, tantos discursos contra nuestras leyes y nuestros usos, tantos folletos contra la fé y los ministros del altar. Horrorizados á la vista de la tempestad que amenazaba destruirlo todo; los hombres sábios, hicieron los mayores esfuerzos para contenerla, la manifestaron al príncipe, y el clero de Francia en una de sus últimas asambleas, hizo escuchar estas memorables palabras: "aun algunos años de silencio y la conmócion haciéndose general, no dejará mas que ruinas." En efecto, era llegado el momento en que todo poder debia ser entregado al espíritu de las tinieblas y de la novedad, en que la impiedad debia triunfar de las sanas mácsimas de la religion, gritos de alarma y de sedicion se dejan oir por todas partes, todos se quejan de la servidumbre en que viven, y piden la libertad. Numerosas murmuraciones y reclamaciones se elevan en favor de los pretendidos reformadores; se publican memorias sobre el servilismo en que ellos gimen y obtienen su entera emancipacion, y la revocacion del edicto de Nantes que desterraba á todos los ministros y no á todos los protestantes como se ha dicho.

Conseguida esta primera victoria, se alegaron algunos embarazos pecuniarios para quejarse mas altamente del gobierno. Se convocó entonces una grande asamblea, con la esperanza de que ella remediaria el *deficit* del tesoro público; pero no tardaron en arrepentirse de una convocacion que los hombres sensatos temian mucho. En efecto, apenas habian reunido los estados generales, cuando los enemigos del órden, no disimularon ya sus designios; pidieron y obtuvieron que no se discutiese ya por clases como en las asambleas precedentes, sino que los rangos fuesen confundidos y que se votase por cabeza ó individuos; por este medio la clase del pueblo se aseguraba de la mayoría, pues que era mas numeroso el solo, que el clero y la nobleza reunidos: así es que, el primer resultado de esta violacion de las antiguas costumbres, fué el triunfo de los facciosos que dominaban en la asamblea y que comenzaron por presentar los decretos mas contrarios á la religion y á la iglesia. Declararon al principio que los bienes eclesiásticos pertenecian al estado, que los votos monásticos quedaban provisionalmente suspendidos, y poco tiempo despues, pusieron en venta por cuatrocientos millones los bienes de la iglesia, y se suprimieron todas las órdenes religiosas: en vano los obispos reclamaron contra estas medidas violentas, sus clamores fueron sofocados y sus representaciones inútiles.

Sin embargo, el mal empeoraba de dia en dia, la sangre comenzaba á correr y los facciosos llenos de orgullo con sus triunfos, se prometian aun mas grandes ventajas. Se habia formado en la asamblea nacional una comision eclesiástica para que se ocupase en los asuntos del clero; pero se habia com-

puesto casi en su totalidad de jurisconsultos poco favorables á los principios de la iglesia; quienes dirigieron un plan de reforma adaptado á los principios en que habian sido educados. Redujeron al principio los ciento treinta y cinco obispos que habia en Francia, á ochenta, segun el número de los nuevos departamentos: abolieron las sillas episcopales y criaron otras nuevas: suprimieron los cabildos, abadías, prioratos, capillas y beneficios: establecieron que los nuevos obispos, pidiesen la institucion canónica al metropolitano ó al obispo mas antiguo de su provincia y no al papa, como lo prevenia una disciplina recibida hacia muchos siglos; únicamente debian escribirle en muestra de su comunion con la Santa Sede: dispusieron que la eleccion de los obispos y de los curas, fuese confiada á los electores, y que los vicarios, fuesen nombrados por los curas entre los sacerdotes ordenados ó admitidos en la diócesis sin que hubiese necesidad de la aprobacion del obispo: en fin, determinaron que el obispo no podria ejercer ningun acto de jurisdiccion en lo concerniente al gobierno de su diócesis, sin haber conferenciado con los vicarios episcopales que por esto mismo se encontrarian investidos de una parte de la jurisdiccion episcopal. Tales eran los principales artículos de la constitucion civil del clero que destruia por los fundamentos la autoridad de la iglesia quitándole el derecho que ha tenido siempre de gobernarse por sí sola, de reglar su disciplina, de instituir sus obispos y fijar el territorio que les estaba confiado.

Apenas habia sido publicada una constitucion, apenas la asamblea nacional la habia sancionado,

cuando por todas partes, fué denunciada como contraria á los derechos de la iglesia, á su gerarquia y á su disciplina; por todas partes rehusaron someterse á ella, y de ciento treinta y cinco obispos, cuatro solamente la recibieron y juraron observarla. Irritada de encontrar tanta resistencia, la asamblea pronunció que todos los eclesiásticos que en el término de ocho dias no hubiesen prestado el juramento de fidelidad á la constitucion civil, serian considerados como que renunciaban á sus funciones. La iglesia tuvo el dolor de ver algunos de sus ministros que descarriados por el amor de la novedad, ó seducidos por hábiles sobornadores, prestaron el juramento que se les ecsigia, y se sometieron á los nuevos decretos; pero ella quedó muy consolada por el gran número de los que lo recusaron, y prefirieron la persecucion, el destierro y la pérdida de sus empleos, antes que hacer traicion á su fé. Inmediatamente se declararon destituidos de sus funciones y se apresuraron á reemplazarlos por aquellos que habian prevaricado; y de esta manera quedó consumado este cisma deplorable que desoló á la iglesia durante los dias de sus combates y de sus pruebas.

(AÑO 1793 DE JESUCRISTO.)

PROGRESOS DE LA REVOLUCION: MUERTE DE LUIS XVI.

Despues de haber arruinado la autoridad real, introducido la turbacion y la division en la iglesia,

suprimido todas las órdenes religiosas, y despojado al clero, la asamblea nacional ó constituyente terminó sus elecciones y fué reemplazada por la asamblea legislativa, cuyas primeras deliberaciones anunciaron cual era la suerte que le estaba reservada á la religion y al trono: renovaron los antiguos decretos contra los sacerdotes refractarios á la ley del juramento, y bien pronto siendo insuficientes estas medidas, fueron privados del tratamiento moderado que se les habia concedido y fueron condenados al destierro. La renovacion de estos decretos hizo estallar la persecucion sobre todos los puntos de Francia contra los sacerdotes fieles: los echaban de su presbiterio, los perseguian á pedradas, los asesinaban sin piedad: emplearon los medios mas rigurosos para que ninguno escapase del destierro ó de la muerte: en Labal fueron aprisionados cuatrocientos, y en las ciudades grandes se establecieron para ellos prisiones particulares; tan considerable así era el número de los sacerdotes arrestados. Los salteadores iban á robar impunemente á las religiosas de sus conventos, ó á echar los religiosos de sus cláustros, y la asamblea lejos de reprimir estos actos arbitrarios, antes bien preparaba mayores horrores.

En efecto, desde que se vió asegurada del écsito, las medidas mas violentas se succedieron con una espantosa rapidez, y nuevas maldades sirvieron de preludio á los grandes crímenes que debian manchar nuestra desgraciada pátria. Luis XVI fué asaltado en las Tullerías, sus fieles guardias asesinados á su vista y obligados á huir para escapar del bárbaro furor de un populacho hambriento de sangre

y de pillage; no le queda otro recurso que retirarse á la asamblea y confiarse á los facciosos que causaban todas las turbaciones. Entra, y estos feroces representantes lejos de compadecer sus desgracias, le echan en cara la sangre que corre, y le declaran despojado de la dignidad real. Inmediatamente lo prenden y lo conducen á la torre del templo, con su esposa, sus hijos y su hermana; al mismo instante se abrieron listas de proscripcion, se apuntaron en ellas á todos los que habian sido fieles, y en muy poco tiempo los calabozos se llenaron de víctimas; pero no tuvieron que sufrir mucho tiempo los rigores de la prision. El 2 de Septiembre, comenzó el asesinato de los prisioneros, duró cuatro dias enteros y costó la vida á mas de catorce mil franceses. Tres obispos y mas de quinientos sacerdotes, fueron degollados en el Cármen, en Abadía ó en San Fermin, y pocos dias despues perecieron aun un mayor número en Meaux, en Versalles, en Chalons, en Reins &c.: se vieron en estos dias de terror, las escenas de la mas atroz barbarie: los verdugos cantaban y danzaban al derredor de sus víctimas espirantes, desgarraban sus entrañas, bebian su sangre, y llevaban en triunfo los restos sangrientos de sus víctimas. En medio de estos espantosos horrores, la asamblea legislativa declaró que habia terminado su mision, y dió lugar á la convencion que consumó la revolucion. El mismo dia de su apertura, abolió la dignidad real, proclamó la república, y bien pronto no poniendo ya límites á su audacia y á su furor, osó declarar que Luis XVI habia sido acusado y que debia comparecer ante los diputados de la nacion, para responder á los críme-

nes que se le imputaban. El desgraciado monarca tuvo pocos dias para preparar sus medios de defensa: espiró este término, se presentó delante de la asamblea, y fué tratado en ella, como el último de los criminales, y al cabo de algunos dias de debates, el mejor de los reyes oyó pronunciar la sentencia que le condenaba á muerte, como á un tirano que habia oprimido á sus pueblos: fué ejecutada el 21 de Enero de 1793. La muerte de Luis XVI fué como la señal de los asesinatos y de las mas atroces ejecuciones. La Francia se vió inundada en sangre, no se respetó ni rango, ni edad, ni secso: fueron arruinadas ciudades enteras, y los ciudadanos degollados á millares.

Pero mientras que el furor de los satélites de la revolucion llevaba por todas partes el espanto y la muerte, la convencion abolió enteramente la religion cristiana, y proclamó el culto de la *razon*. Fué la iglesia de Nuestra Señora en donde se celebró la primera fiesta de esta infame divinidad. Una vil prostituta sentada sobre el altar del Dios de la pureza, recibia allí los inciensos de la multitud, y se hacia dar el título de *reina de los dioses*. La Francia entera, imitó el ejemplo de la capital: las fiestas impuras remplazaron las solemnidades santas del cristianismo, y se tributaron sacrílegos homenages á la perversidad: se vieron renovar las abominaciones del paganismo. En medio de un pueblo ilustrado y la religion proscrita y desterrada, casi sin asilo en la misma tierra que ella habia mas iluminado, se proscribió el ejercicio del culto: las iglesias fueron profanadas y entregadas al pillage: los vasos sagrados, quebrados y hollados con los pies;

y los ornamentos sagrados, arrastrados por burla en las calles, sirvieron de juguete al populacho, las imágenes de los santos fueron mutiladas, las cruces derribadas, las casas de la caridad cristiana, demolidas ó enagenadas; en fin, la Francia entera no ofreció bien pronto mas que ruinas y escombros que se amontonaban sobre las hosamentas de sus habitantes degollados: sin embargo, estos dias de horror no fueron mas que el anuncio de crímenes mas grandes y de las mas vergonzosas defecciones. Veinte y siete obispos nombrados en virtud de esta famosa constitucion civil del clero de que hemos hablado, abjuraron su fé y renunciaron al ministerio del culto católico: algunos aun mancharon su apostacía con torpezas escandalozas y no tuvieron vergüenza de envilecer su carácter augusto con un sacrílego matrimonio; pero cubramos con el velo del olvido tantos escesos; no recordemos mas los estravios de estos tiempos desgraciados, y admirémos la Providencia que ha sostenido á la iglesia combatida por tantos desastres, pasada por tantas pruebas, y despues de una larga tempestad ha mandado á las olas apaciguar su furia, y ha restituido la calma y la serenidad.

PIO VI ES ARRESTADO Y CONDUCIDO A FRANCIA.

LA Francia siempre entregada á los horrores de la anarquía y hecha presa de un nuevo gobierno que bajo el nombre de director ó ejecutivo, desgarraba aun su mismo seno; derramaba á lo lejos las

llamas de que ella era víctima, y sus armas por todas partes victoriosas llevaban á los paises conquistados sus funestas instituciones. Habiendo sido sometida una gran parte de la Italia por sus generales, el directorio se apresuró á cambiar allí el gobierno, proscribir la religion y difundir los destructores principios que desde muchos años hacia causaban tantos males. Entre tanto Roma, la mas bella ciudad de aquellos paises, ecsitaba los ambiciosos deseos de estos encarnizados enemigos de la religion cristiana, y les parecia muy glorioso desterrarla y proscribirla del centro de la unidad católica. Las armas de la república, marchan pues hácia Roma, precedidas por manifiestos y proclamas que prometian á los pueblos la felicidad y la libertad, y que ultrajaban calumniosamente al gobierno pontificio sin ejército, sin socorros, y amenazado de una prócsima invasion. Pio VI trató por la mediacion del embajador de España, con el poder directorio, y obtuvo á costa de grandes sacrificios, una tregua que bien pronto fué interrumpida. El ejército frances penetró pues nuevamente en los estados del papa y marchaba en derechura á Roma, cuando el general Bonaparte que lo mandaba, sabiendo que los austriacos se aprocsimaban, entabló una negociacion con el arzobispo Terraza, legado de la Santa Sede. El papa que no deseaba sino la paz, suscribió á todas las condiciones que le fueron propuestas; pero este nuevo avenimiento, no fué de mas larga duracion que el precedente. La muerte de un general republicano, asesinado en medio de una insurreccion que él secundaba, vino á ser el pretesto de que se sirvieron para romperlo: se arrestó al embajador del papa en Paris; y las tropas francesas recibieron órden de invadir los estados de la iglesia y entraron en ellos sin esperimentar ninguna resistencia, proclamando la república y la abolicion del gobierno pontificio. El general sin embargo aseguró al papa que seria respetado y reconocido siempre por obispo de Roma; pero sus promesas fueron luego olvidadas y la noche del 19 al 20 de Febrero del año 1798, quince dias solamente despues de la entrada del ejército en la capital del mundo cristiano, Pio VI fué arrebatado y llevado fuera de Roma. Un gran número de cardenales y obispos, tuvieron la misma suerte, y un gobierno militar que agobió al pueblo con contribuciones remplazó al gobierno pacífico del soberano pontífice. El gefe de la iglesia cautivo y despojado de todo, es llevado de destierro en destierro. Este anciano venerable á quien sus virtudes y blancas canas debian haber hecho respetar, esperimentó hasta el fin de su carrera, los tratamientos mas bárbaros: lo separaron de todo lo que le era mas amado: lo arrastraron á paises lejanos sin consideracion á su edad, á sus enfermedades y á los riesgos de la estacion. Llegado á Francia Pio VI fué conducido á Grenóble, en donde permaneció pocos dias y en donde á pesar del ódio de sus enemigos, tuvo el consuelo de ver á los pueblos que corrian á su tránsito para pedirle su bendicion que recibian con la mas grande piedad. Transportado á Valencia, fué atacado allí despues de seis semanas, de una postracion cuyas consecuencias le condujeron al sepulcro: murió el 29 de Agosto de 1799 á la edad de ochenta y dos años despues de haber ocupado la

Santa Sede mas de veinte y cuatro; tal fué el fin de este valeroso y santo pontífice, cuyo reinado sufrió tantas pruebas y reveces: sus virtudes y sus desgracias le merecieron el aprecio de las comuniones separadas de la iglesia romana; y he aquí en que términos Mallet de Pan, ciudadano de Génova en su mercurio de 25 de Mayo de 1799 habla de su cautiverio: "de todas las injusticias bárbaras que forman la historia de la república francesa; yo no sé si hay otra que escite tanto la indignacion, como la fria y cismática atrocidad del directorio ejecutivo hácia el soberano pontífice: ningun tratamiento jamas mereció mejor el nombre de asesinato; habria sido menos inhumanidad entregar la blanca cabeza de Pio VI al fierro de un verdugo, que profanar con estudio la santidad de su carácter, que en llenarlo de afrentas y de dolores, que arrastrarlo de su asolado palacio á la cautividad, en una tierra estraña, que en pasear su agonía de prision en prision, dejándole solo la vida, para que esperimentase en ella todos los sufrimientos. ¿Y sobre quién se ejercia una tan ecsecrable violencia? Sobre un octogenario que estaba ya á las puertas de la eternidad, sobre un pontífice cuya moderacion, dulzura y piedad tranquila y sincera, habian merecido los homenages aun de las comuniones separadas de la iglesia romana, sobre un soberano sin estados, sin poder, sin defensores á quien se habia vendido la paz para corromper bajo la máscara de la amistad la fidelidad de su pueblo, á quien se atacó sin guerra, á quien se oprimió sin oposicion: se robó, se destronó y se aprisionó sin que hubiera costado ni un cabello de su ejército, ¿qué se podia temer de

su caducidad? ¿Qué seguridad, qué ventaja podria sacarse de una crueldad tan gratuita? ¿Cómo se podia perjudicar á este papa moribundo, cuya muerte ó ausencia en nada influian sobre la suerte de sus estados ni sobre la de la iglesia? ¿Era acaso un rehen de quien ellos creian asegurarse, ó bien el fanatismo de la filosofia les habia dictado añadir al número de los mártires que ha inmolado el gefe de una religion á quien ella persigue hasta su total destruccion?

ELECCION DE UN NUEVO PAPA: CONCORDATO.

PIO VI no ecsistia ya, y los príncipes de la iglesia y aquellos á quienes pertenece escoger y elegir el vicario de Jesucristo dispersos ó cautivos, no podian reunirse para dar á la iglesia un pastor, y á Roma, un soberano digno de ella; pero he aquí que repentinamente aquel que ha dicho á las olas del mar, *hasta aquí llegarán vuestras aguas y no ireis más lejos, aquí estrellareis el orgullo de vuestras olas*, rompió la vara que castigaba las naciones, suspendió la marcha de nuestras armas, é hizo servir al triunfo de la iglesia, á los pueblos que desde tanto tiempo, estaban separados de su comunion. Los franceses son desalojados de Roma y de la Italia, y el emperador de Alemania convoca á los cardenales para dar un succesor á Pio VI: se reunen en Venecia, forman el cónclave y despues de una muy larga deliberacion hacen caer sus sufra-

Santa Sede mas de veinte y cuatro; tal fué el fin de este valeroso y santo pontífice, cuyo reinado sufrió tantas pruebas y reveces: sus virtudes y sus desgracias le merecieron el aprecio de las comuniones separadas de la iglesia romana; y he aquí en que términos Mallet de Pan, ciudadano de Génova en su mercurio de 25 de Mayo de 1799 habla de su cautiverio: "de todas las injusticias bárbaras que forman la historia de la república francesa; yo no sé si hay otra que escite tanto la indignacion, como la fria y cismática atrocidad del directorio ejecutivo hácia el soberano pontífice: ningun tratamiento jamas mereció mejor el nombre de asesinato; habria sido menos inhumanidad entregar la blanca cabeza de Pio VI al fierro de un verdugo, que profanar con estudio la santidad de su carácter, que en llenarlo de afrentas y de dolores, que arrastrarlo de su asolado palacio á la cautividad, en una tierra estraña, que en pasear su agonía de prision en prision, dejándole solo la vida, para que esperimentase en ella todos los sufrimientos. ¿Y sobre quién se ejercia una tan ecsecrable violencia? Sobre un octogenario que estaba ya á las puertas de la eternidad, sobre un pontífice cuya moderacion, dulzura y piedad tranquila y sincera, habian merecido los homenages aun de las comuniones separadas de la iglesia romana, sobre un soberano sin estados, sin poder, sin defensores á quien se habia vendido la paz para corromper bajo la máscara de la amistad la fidelidad de su pueblo, á quien se atacó sin guerra, á quien se oprimió sin oposicion: se robó, se destronó y se aprisionó sin que hubiera costado ni un cabello de su ejército, ¿qué se podia temer de

su caducidad? ¿Qué seguridad, qué ventaja podria sacarse de una crueldad tan gratuita? ¿Cómo se podia perjudicar á este papa moribundo, cuya muerte ó ausencia en nada influian sobre la suerte de sus estados ni sobre la de la iglesia? ¿Era acaso un rehen de quien ellos creian asegurarse, ó bien el fanatismo de la filosofia les habia dictado añadir al número de los mártires que ha inmolado el gefe de una religion á quien ella persigue hasta su total destruccion?

ELECCION DE UN NUEVO PAPA: CONCORDATO.

PIO VI no ecsistia ya, y los príncipes de la iglesia y aquellos á quienes pertenece escoger y elegir el vicario de Jesucristo dispersos ó cautivos, no podian reunirse para dar á la iglesia un pastor, y á Roma, un soberano digno de ella; pero he aquí que repentinamente aquel que ha dicho á las olas del mar, *hasta aquí llegarán vuestras aguas y no ireis más lejos, aquí estrellareis el orgullo de vuestras olas*, rompió la vara que castigaba las naciones, suspendió la marcha de nuestras armas, é hizo servir al triunfo de la iglesia, á los pueblos que desde tanto tiempo, estaban separados de su comunion. Los franceses son desalojados de Roma y de la Italia, y el emperador de Alemania convoca á los cardenales para dar un succesor á Pio VI: se reunen en Venecia, forman el cónclave y despues de una muy larga deliberacion hacen caer sus sufra-

gios sobre el cardenal Bernabé Chiaramonte que tomó el nombre de Pio VII. El nuevo papa señaló su entrada al pontificado con sábias y respetables determinaciones; procuró con empeño restablecer el órden en el gobierno de la iglesia romana: dió un breve en favor de los jesuitas que algunos príncipes habian conservado en sus estados, y no tardó en entrar en negociaciones con el nuevo gobierno frances para los asuntos eclesiásticos. El cardenal Spina se dirigió á Paris con este objeto, y el dia 15 de Julio de 1801, concluyó un tratado con el primer cónsul de la república. Los convenios hechos con el soberano pontífice no fueron luego publicados, era necesario antes quitar los poderosos obstáculos que se oponian á que fuesen ratificados. Una parte del cuerpo legislativo, estaba fuertemente pronunciado contra la religion ó sostenia los esfuerzos de la iglesia constitucional que estaba reunida para deliberar sobre los medios de sostener un cisma que por todas partes iba á arruinarse. El primer cónsul que parecia entonces que deseaba de buena fé el restablecimiento de la religion, quitó todas las dificultades, convocó una asamblea legislativa mas favorable á los buenos principios, é intimó á los constitucionales la órden de que se separasen. El concordato fué entonces sometido á la deliberacion de la cámara legislativa, y adoptado como ley del estado: se publicaron al mismo tiempo dos bulas del papa, la primera esplanaba y ratificaba los convenios hechos con el gobierno frances; la segunda suprimia todas las sillas episcopales de Francia y criaba en su lugar sesenta nuevas, divididas en diez metrópolis. Antes de dar estas

bulas Pio VII habia dirigido un breve á los obispos de Francia pidiéndoles la renuncia de sus sillas. De ochenta y un obispos que vivian, cuarenta y cinco la hicieron y treinta y seis manifestaron al papa su disgusto por no poder seguir este ejemplo; despues no obstante muchos retractaron esta primera determinacion, y se adhirieron á la peticion del soberano pontífice.

Inmediatamente que fué reconocido el concordato se restableció el ejercicio público del culto: la ceremonia se hizo en la iglesia de Nuestra Señora en los dias de pascua: el cardenal legado celebró la misa á la cual asistieron los cónsules con todos los cuerpos del estado: cantaron el *Tedeum* en accion de gracias por esta dichosa mudanza y restablecimiento de la fé católica: la calma, la paz y la confianza comenzaron á renacer; los pastores de tantas iglesias viudas abandonaron las estrañas tierras, en donde gemian desterrados y volvieron á aparecer en medio de sus pueblos. La Francia volvió á tomar poco á poco el aspecto de una nacion cristiana, y ya no hubo en ella *templo consagrado á la razon*, ni fiestas al Ser Supremo: se restablecieron las congregaciones de las hermanas hospitalarias y de la doctrina cristiana; se permitió tambien reunirse algunas corporaciones de hombres: los sacerdotes se repartian en las ciudades y en el campo; instruian á los pueblos, despertaban la fé casi estinguida en su corazon, y aun cuando el concordato no hubiese producido otros bienes, sus censores habrian debido hablar de él con mas respeto y miramiento.

Pero la Francia no fué sola el objeto de las aten-

ciones del soberano pontífice: las iglesias de Piamonte, de Italia y de Alemania, atrajeron tambien sus miradas y se apresuró á proveerlas de pastores, á restablecer allí la disciplina y á hacer reflorecer la religion que los desastres de las últimas guerras habian desterrado de ellas.

BONAPARTE.

Mientras que la iglesia reparaba los males que nuestras disensiones le habian causado, un hombre de una grande ambicion y á quien hechos brillantes al frente de nuestro ejército habian elevado á la cumbre de los honores, se hizo proclamar con el título de emperador. Muy feliz con haber escapado de los horrores de la anarquía, la Francia creyó tocar los bellos dias de su antigua gloria y esperó por algun tiempo que el guerrero á quien ella colocaba al frente de sus destinos, le volveria á sus primeros soberanos; pero pronto quedó desengañada de su error. La Europa agotada ya por largas guerras reconoció al nuevo emperador, y el soberano pontífice se vió obligado por el bien de la religion á obsequiar el pedido que se le hizo de que se dirigiese á Paris para coronar á Bonaparte. Llegado á Francia Pio VII, recibió todas las demostraciones de la mas profunda veneracion y mas vivo celo para obsequiarlo, y quedó sorprendido de encontrar tanta religion en un pueblo á quien con tanto empeño habian procurado pervertir. Durante su permanencia en Paris, su principal ocupacion, fué acu-

dir á las necesidades de la iglesia, interesar al gobierno en favor del clero y obtener la supresion de los embarazos que los artículos fundamentales causaban al ejercicio del santo ministerio. Despues de haber permanecido cuatro meses en Francia Pio VII se volvió á Roma, dejando por todas partes el suave olor de sus virtudes y dejando esta tierra por la que habia hecho tantos sacrificios, con el sentimiento de no haber podido obtener todo lo que ecsigian las necesidades de sus iglesias.

A su llegada á la capital del mundo cristiano, el papa en un consistorio secreto, dió cuenta á los cardenales de su viage, de los frutos que la religion habia sacado de él, y de la reconciliacion de Ricci, obispo de Pistoya con la iglesia romana. De esta suerte todo parecia caminar hácia la paz y la concordia, cuando la ambicion de un solo hombre vino á turbar la armonía que se restablecia en la iglesia. Comenzó por apoderarse de la ciudad de Ancona, *para defender esta plaza (decia) de la invasion de los mahometanos y de los griegos.* Esta hostilidad ejercida sin motivo alguno, hizo entrever un prócsimo rompimiento entre las dos córtes; sin embargo, dos ó tres años se pasaron en este órden de cosas, y durante este intervalo, se hizo en Roma la canonizacion solemne de muchos bienaventurados (hacia ya cuarenta años qué no habia habido ninguna) y Bonaparte dió algunos decretos en favor de la religion y del clero; estos fueron los últimos beneficios que les concedió, y solo le veremos en lo sucesivo ocupado en destruir á la una, y perseguir al otro. En efecto, ciego por la prosperidad, concibió el proyecto de reinar solo en Eu-

ropa, y pidió al soberano pontífice que entrase en la liga que formaba contra los reyes sus vecinos, y que cerrase sus puertas á los ingleses. El papa se rehusó y manifestó cuan poco digno seria de su carácter y ministerio, tomar parte en las guerras de la Europa. Oida su negativa, las tropas tuvieron órden de marchar ácia Roma, se apoderaron de ella sin disparar un tiro: desarmaron la guardia pontifical y se fortificaron en el castillo de Sant-Angelo. Pio VII protestó contra estas violencias; pero fueron inútiles sus reclamos: continuaron en maltratar á sus súbditos, aprisionando á los mas fieles, y tratándolos como á enemigos vencidos.

Retirado á su palacio, y ya cautivo el papa, no podia sino gemir los ultrages de que se cargaba su augusta persona y á sus súbditos, y esperar el término de esta revolucion con una santa resignacion, cuando desde Viena en Austria á donde Bonaparte habia entrado vencedor, decretó la reunion de los estados romanos al imperio frances, bajo el pretesto de que no habian sido dados á los soberanos pontífices sino con título de feudos, y concedió al papa una indemnizacion de dos millones de rentas. Pio VII protestó contra este despojo y rehusó toda compensacion y lanzó una bula de escomunion contra los autores, fautores y ejecutores de las violencias ejercidas contra la Santa Sede sin designar no obstante persona alguna. Arrebatado Napoleon con este golpe de rigor que no esperaba, persiguió á su víctima con mas ardor. El papa fué sacado de Roma por la noche, conducido á Sabona y tuvo que sufrir los bárbaros tratamientos que se habian hecho tolerar á su predecesor. Culpable de un tan

grande atentado, y declarado ya perseguidor de la iglesia, Bonaparte se atrevió sin embargo á publicar una circular dirigida á los obispos para justificar la invasion de las tierras de la iglesia: hizo ostentacion de su celo por la religion, y rehusando el papa instituir los obispos nombrados, convocó una comision de obispos, para buscar el medio de acudir á las necesidades de las iglesias destituidas de pastores. La comision se declaró incompetente y propuso reunir un concilio nacional: fué convocado en efecto y se abrió en la iglesia de Nuestra Señora el 17 de Junio de 1811. El resultado de las deliberaciones, fué que el concilio no podia suplir á las bulas del papa. Irritado el emperador hizo disolver el concilio y conducir á Venecia á los obispos que habian tenido mas influencia en hacer tomar esta deliberacion; sin embargo, pocos dias despues quisieron hacer revivir el concilio: los obispos fueron convocados de nuevo y decretaron que los obispos no podian estar ausentes mas de un año: que el papa daria la institucion en los seis primeros meses que siguiesen al nombramiento, que corridos los seis meses, el metropolitano podria proceder á la institucion. En consecuencia de esta determinacion se despachó á Savona una diputacion de nueve prelados: el papa la recibió conformándose en todo, y confirmó por un breve los artículos que se le propusieron, el cual llegado á Paris fué sometido á la deliberacion del consejo de estado que disgustado de algunas espresiones, rehusó admitirlo; de consiguiente se interrumpieron las negociaciones y el concilio reunido con tanto aparato, quedó disuelto sin haber tenido resultado alguno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pio VII desterrado siempre en Sabona, sufria allí los rigores de un largo destierro, cuando sin que se hubiese podido descubrir la causa, fué transferido á Fontainebleau. Esta nueva morada, en nada cambió su situacion, y su cautividad no por esto era mas suave; pero por último era llegado el tiempo en que la Providencia debia humillar al azote de los pueblos, y volver su pastor á la Iglesia. Reveses sin número, succedieron á los triunfos que habian siempre acompañado á las armas de Bonaparte, y el vencedor de tantas naciones se vió precisado á huir. Llegó á Paris y pocos dias despues se dirigió á Fontainebleau para concluir un nuevo tratado con el papa. Pio VII hizo todos los sacrificios posibles y accedió á todas las peticiones que se le hicieron; pero viendo que á pesar de esto, siempre permanecia en su destierro, retractó toda concesion, y desde este dia rehusó todas las proposiciones de avenimiento que le fueron hechas, y respondió que no trataria mas ningunos asuntos, hasta que se hallase en sus estados. Las nuevas que de Italia amenazada de una prócsima conquista recibió Napoleon, lo decidieron á remitir al papa á Roma mas bien sin duda que su última respuesta; ordenó que se le restituyese una parte de los estados de la iglesia, y lo hizo salir de Fontainebleau. Pio VII dejó finalmente la tierra de su destierro y volvió á entrar en sus estados el mismo dia que los soberanos aliados hacian su entrada á Paris, y que su perseguidor vencido y forzado á abdicar la corona, dejaba de reinar para la felicidad y el reposo de la Europa.

RESTAURACION DE LA MONARQUIA FRANCESA.

Se habia ya roto el yugo del hombre malo, destruido su imperio, y este soberbio conquistador de tantas coronas quedaba reducido á gobernar los pueblos salvages de una pequeña isla del Mediterráneo. Los príncipes de la casa de Borbon habian vuelto á subir al trono de sus antepasados, y su augusta presencia restablecia por todas partes la paz y la felicidad. El papa vuelto á Roma hacia olvidar por su bondad paternal las vejaciones y los desórdenes causados con su destierro: y todos los soberanos se apresuraban á porfia á reparar los males que gravitaban sobre todas las naciones de la Europa. De esta manera, todo presagiaba el término de los largos males y agitaciones políticas que desde mas de veinte años trastornaban al mundo; cuando una fatal conspiracion volvió á colocar á Bonaparte sobre el trono: su vuelta fué la señal de nuevos males y de nuevas guerras. La Europa entera se armó contra este feroz enemigo; y se preparó para disipar á los facciosos, que lo habian vuelto á llamar. Una sola batalla decidió de la suerte de tantos pueblos cuyos destinos iban á ser regidos por la prosperidad ó reveses del usurpador. Fué vencido; y su derrota restituyó á la Francia á Luis XVIII; y dió la paz á la Europa, á quien la sola presencia de Bonaparte turbaba y amenazaba con continuos trastornos. El rey volvió á entrar á su

capital, que se habia visto en la necesidad de abandonar; y recibió las demostraciones del gozo y entusiasmo de todo un pueblo, que fué apresuradamente á encontrarlo, colmándolo de bendiciones; y maldiciendo mil veces al ambicioso que habia atraido millares de soldados estrangeros al territorio frances. Poco á poco los espíritus agitados por las últimas turbaciones, se calmaron y volvieron á la senda de sus deberes. El bien que se habia emprendido despues de la primera restauracion, comenzó á realizarse: en Roma el soberano pontífice que habia ya restablecido á los jesuitas; se ocupó en muchos asuntos importantes para mantener la religion: en Baviera, en Sicilia y en Cerdeña, los soberanos manifestaron altamente cuan penetrados estaban de la importancia y necesidad de la religion; y tomaron con la Santa Sede, medidas propias para hacerla reflorecer en medio de sus pueblos. La España ofreció el mismo ejemplo: ¡feliz, si hubiera sabido recoger los frutos de sus antiguos sacrificios, y preservarse del espíritu de innovacion! En Francia, el rey manifestaba en todas ocasiones, cuanto deseaba que la religion fuese honrada en sus estados: dió muchos decretos en su favor: restableció algunas congregaciones religiosas, y mandó terminar las negociaciones entabladas con Roma, é interrumpidas por la invasion de Bonaparte: se concluyó tambien un concordato: sus sábias disposiciones consolaban á los amigos de la religion, sin embargo quedó suspendido. La política tortuosa de un ministro que amenazó algun tiempo á la Francia con nuevas calamidades, se opuso á la ejecucion de un tratado que debia proveer de pastores á tantas iglesias viu-

das, y restituir á la iglesia galicana algo de su primer esplendor.

Pero esta desgracia no fué la única que tuvo que llorar la religion despues de la restauracion: la secta impía de los revolucionarios volvió á levantar repentinamente con audacia su horrible frente: se le vió de nuevo en el consejo de los reyes, y se le oyó aun proferir espantosas blasfemias y reproducir sediciosas máesimas. La Europa se horrorizó de ver reaparecer estos hombres, cuya osadía se aumentó á proporcion del temor que inspiraban: orgullosos con sus crímenes, y como si debiesen aplaudirse de los trastornos pasados; se atrevieron á publicar las fastidiosas apologías de sus maldades: la revolucion fué diariamente presentada al público en los periódicos como un beneficio, y la fidelidad para presentarse sin rubor, tuvo necesidad de una amnistia: la Francia fué inundada de un diluvio de malos libros, y lo que la revolucion no se habia atrevido á hacer, lo toleró la restauracion y permitió que circulase el *Rousseau de los pobres, y el Voltaire de las cabañas.* Así la rebelion se presentaba, ya con batallones armados, para disputar á la legitimidad los derechos que defendia con tan poca energía, y ya tramando en las sombras de la noche negros atentados, determinó á un nuevo seide para traspasar el corazon de un príncipe generoso (*).

Tantos crímenes despertaron en fin la funesta seguridad del gobierno: intentó contener los progresos del mal y comenzó á hacer algo por la religion: una parte del concordato fué puesta en ejecu-

(*) El duque de Berry asesinado el 13 de Febrero de 1820.

cion, y las iglesias recibieron sus pastores: por todas partes se formaban nuevos establecimientos; y se llegó á esperar que las piadosas intenciones del soberano, tantas veces manifestadas, tendrian su cumplimiento.

Pio VII no gozó mucho tiempo del consuelo que le prometia la feliz calma que succedia á tantas borrascas. La muerte quitó á la iglesia este pastor venerable el 20 de Agosto de 1823, pontífice augusto á quien sus desgracias y sus virtudes colocan en el rango de los pastores que han combatido mas generosamente por la fé, y sostenido con mas firmeza los derechos de la iglesia.

El cardenal Dellagenga le succedió: elevado al pontificado el 28 de Septiembre del mismo año, tomó el nombre de Leon XII, y gobernó los asuntos de la iglesia con una rara prudencia. Su muerte acaecida el 10 de Febrero de 1829 fué la época de la reunion de un cónclave que dió el 31 de Marzo siguiente un nuevo pastor al rebaño de Jesucristo. El cardenal Castiglioni fué electo y su Santidad es quien ahora bajo el nombre de Pio VIII ocupa el trono pontifical.

REFLECSIONES SOBRE LOS ESCANDALOS.

Es necesario que haya escándalos, dice el mismo Jesucristo, esta es una de las pruebas á que quiere sujetar á sus siervos con el fin de hacerlos dignos de él: "vendrá un tiempo en que se resfriará la caridad, y abundará la iniquidad en todas partes." Los vicios tienen su orígen de las pasiones que la religion no destruye; enseña á sujetarlas, pero no quita la libertad de seguirlas: no debe pues admirarnos ver escándalos en la iglesia: esta es un campo en donde la zizaña crece junta con el buen grano, hasta el tiempo de la cosecha: es una era, en donde la paja está mezclada con el grano: es una barca, en donde se encuentran reunidos buenos y malos peces. Todas estas comparaciones que el Evangelio emplea, nos anuncian que habrá en la iglesia abusos y desórdenes que no aprueba ni disimula; al contrario los llora, los condena y los detesta; y el cuidado de reprimirlos será siempre una parte de sus trabajos, pero no estará libre de ellos, sino hasta el fin del mundo. Mientras ecsista sobre la tierra habrá escándalos entre los fieles y aun entre sus ministros. Jesucristo prometió al cuerpo de los pastores la infalibilidad de su doctrina; pero no les ha prometido la santidad de su conducta. "Id, les dice, enseñad á todas las gentes, bautizándolas y amonestándolas que observen todo lo que os he mandado; y yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos." En virtud de esta promesa, Jesucristo está con los pastores para preservarlos de todo error; mas no para esceptuarlos de todo vicio. Aunque el buen ejemplo de los pastores es un escelente medio para predicar el Evangelio, dice el ilustre Bossuet, Dios no ha querido unir la señal precisa de la verdadera fé á la inocencia de sus costumbres, porque no puede esta inocencia conocerse; y tal hombre que parece un santo, no es sino un hipócrita; pero sí la ha unido á la profe-

cion, y las iglesias recibieron sus pastores: por todas partes se formaban nuevos establecimientos; y se llegó á esperar que las piadosas intenciones del soberano, tantas veces manifestadas, tendrian su cumplimiento.

Pio VII no gozó mucho tiempo del consuelo que le prometia la feliz calma que succedia á tantas borrascas. La muerte quitó á la iglesia este pastor venerable el 20 de Agosto de 1823, pontífice augusto á quien sus desgracias y sus virtudes colocan en el rango de los pastores que han combatido mas generosamente por la fé, y sostenido con mas firmeza los derechos de la iglesia.

El cardenal Dellagenga le succedió: elevado al pontificado el 28 de Septiembre del mismo año, tomó el nombre de Leon XII, y gobernó los asuntos de la iglesia con una rara prudencia. Su muerte acaecida el 10 de Febrero de 1829 fué la época de la reunion de un cónclave que dió el 31 de Marzo siguiente un nuevo pastor al rebaño de Jesucristo. El cardenal Castiglioni fué electo y su Santidad es quien ahora bajo el nombre de Pio VIII ocupa el trono pontifical.

REFLECSIONES SOBRE LOS ESCANDALOS.

Es necesario que haya escándalos, dice el mismo Jesucristo, esta es una de las pruebas á que quiere sujetar á sus siervos con el fin de hacerlos dignos de él: "vendrá un tiempo en que se resfriará la caridad, y abundará la iniquidad en todas partes." Los vicios tienen su orígen de las pasiones que la religion no destruye; enseña á sujetarlas, pero no quita la libertad de seguirlas: no debe pues admirarnos ver escándalos en la iglesia: esta es un campo en donde la zizaña crece junta con el buen grano, hasta el tiempo de la cosecha: es una era, en donde la paja está mezclada con el grano: es una barca, en donde se encuentran reunidos buenos y malos peces. Todas estas comparaciones que el Evangelio emplea, nos anuncian que habrá en la iglesia abusos y desórdenes que no aprueba ni disimula; al contrario los llora, los condena y los detesta; y el cuidado de reprimirlos será siempre una parte de sus trabajos, pero no estará libre de ellos, sino hasta el fin del mundo. Mientras ecsista sobre la tierra habrá escándalos entre los fieles y aun entre sus ministros. Jesucristo prometió al cuerpo de los pastores la infalibilidad de su doctrina; pero no les ha prometido la santidad de su conducta. "Id, les dice, enseñad á todas las gentes, bautizándolas y amonestándolas que observen todo lo que os he mandado; y yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos." En virtud de esta promesa, Jesucristo está con los pastores para preservarlos de todo error; mas no para esceptuarlos de todo vicio. Aunque el buen ejemplo de los pastores es un escelente medio para predicar el Evangelio, dice el ilustre Bossuet, Dios no ha querido unir la señal precisa de la verdadera fé á la inocencia de sus costumbres, porque no puede esta inocencia conocerse; y tal hombre que parece un santo, no es sino un hipócrita; pero sí la ha unido á la profe-

sion de la doctrina que es pública, cierta y que nunca engaña: ha dicho: "yo estaré con vosotros enseñando;" pero no ha dicho: "yo estaré con vosotros practicando todo lo que os he mandado." Así añade hablando á los fieles: "haced lo que os dicen y no lo que hacen." Sin embargo, su predicacion no será sin efecto. Como la palabra de Dios es siempre profunda, y la gracia nunca deja de acompañar á la sana doctrina, ella producirá siempre santos; pero los santos serán algunas veces en pequeño número en comparacion de los pecadores; y lo maravilloso es, que la multitud de los que deshonran á la iglesia, no impedirá que subsista siempre; que por multiplicados que sean los desórdenes y los abusos, jamas podrán estinguirla ni oscurecerla; y que la barca no dejará de arribar al puerto aunque esté sobrecargada de malos peces: habrá, pues, escándalos en el reino de Jesucristo, pues que lo ha predicho; pero estos escándalos no impedirán que su Divina Magestad esté con su iglesia, y que la verdad que se predica en ella tenga su eficacia, porque así lo ha prometido. En efecto, en todos tiempos, aun los mas desgraciados, se encuentran grandes ejemplos de virtud: la moral del Evangelio ha sido siempre puesta en práctica por muchos cristianos de todos estados: cada siglo ha tenido modelos de santidad, pastores irreprensibles, vírgenes puras, fervientes religiosos, cristianos fieles á sus deberes y verdaderos penitentes; porque despues del siglo undécimo en que la relajacion era tan grande, el deseo sincero de la penitencia es quien ha introducido tantas nuevas órdenes religiosas. Dios ha suscitado hombres estraordinarios para despertar la piedad. La santidad de la iglesia consiste, pues, no en que todos sus miembros sean santos, en que su doctrina y sus sacramentos sean santos; sino en que hay siempre santos en su sociedad, y que encierra todos los santos en su unidad. La iglesia, dice el mismo Bossuet, es siempre santa, porque siempre enseña alta y visiblemente la buena doctrina sobre la santidad de las costumbres, y porque esta doctrina de piedad será puesta en práctica en todos los tiempos, aun en aquellos de mayor relajacion: así por grande que sea ó pueda ser la corrupcion que se imagine en las costumbres, no se puede decir que prevalece, pues que la regla de la verdad siempre subsiste íntegra: si hay en la iglesia desobedientes y rebeldes, habrá tambien santos y gentes virtuosas mientras subsista la predicacion del Evangelio: es decir, sin interrupcion y sin fin. "Es necesario juzgar de la santidad de la iglesia, dice San Agustin, no por los malos cristianos, sino por los buenos que siempre serán en gran número." La iglesia sufre á los pecadores por un tiempo como una paja que pone á cubierto el buen grano en la era: seria pues un error manifiesto el creer que las promesas de su eterna duracion no pueden cumplirse entre los abusos y los escándalos: aun aquellos mismos que vienen de parte de los ministros en nada perjudican al efecto de las promesas. Dios ha permitido que los gefes de la religion no fuesen siempre hombres sin tacha, porque la conservacion de su iglesia no depende de la santidad de sus pontífices, sino de la palabra que le ha dado de estar con ella hasta la consumacion de los siglos. La suerte de los imperios de la tierra es inherente á la

conducta de los príncipes que la gobiernan; pero no sucede así con la iglesia: es Dios mismo quien ha afirmado sus fundamentos y les ha dado tal consistencia, que ni los hombres ni los tiempos pueden conmoverlos: esta es la conclusion que es necesario sacar de ciertos puntos de la historia eclesiástica, en donde se vé que se han introducido grandes abusos en el seno del cristianismo: en lugar de tomar motivo de escándalo, debemos acordarnos que han sido predichos y que son una consecuencia del estado presente de la iglesia: ella no está aquí en el lugar de su reposo: su pátria es el cielo, la tierra no es para ella sino un lugar de pruebas, un pais estraño en donde está rodeada de enemigos que se esforzan, aunque vanamente por quitarle lo que tiene de mas precioso, la verdad y la caridad. Por violentas que sean las tempestades no temamos que sea sumergida: el que manda á las olas y al mar, es el mismo piloto que la gobierna y la hará llegar al puerto. Nacidos y educados en el seno de esta iglesia, instruidos con su doctrina, santificados por sus sacramentos, nutridos en los principios de una inviolable adhesion á su fé y á su autoridad, edifiquémonos con el bien que hay en ella, lloremos el mal que no podemos impedir y conservémos con cuidado la unidad de un mismo espíritu con los lazos de la paz.

CONCLUSION.

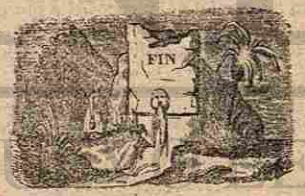
Los profetas habian predicho que el Mesías seria rey, que su dominio se estenderia por todo el universo y que su reino seria eterno: claramente vemos que este imperio de Jesucristo no es otra cosa que la iglesia que él ha establecido, y que este imperio es muy diferente de los reinos de la tierra: nada tiene de aquella brillantez que á la vista de los hombres hace mirar á los reinos como florecientes. En el imperio de Jesucristo el oro y la plata por nada se computan: la gloria vana de los hombres le es estraña, no tiene pompas, ni soldados y sin aparato alguno esterior: no tiene otras riquezas que las de la gracia, ni otra fuerza que la de la virtud: es un imperio enteramente espiritual el reino de la verdad y de la justicia, y su fin es iluminar á los hombres y santificarlos. Jesucristo reina sobre los espíritus por la fé, y sobre los corazones por la caridad. Los únicos enemigos de este imperio son los errores y los vicios: la iglesia está continuamente ocupada en combatirlos; pero no emplea para vencerlos mas que la instruccion y la paciencia: con estas armas está segura de la victoria. La iglesia cristiana se estiende por todos los pueblos; cualquiera que sea la forma de su gobierno entra en ellos y se les une sin mudar nada en el órden político que encuentra establecido: les comunica una nue-

conducta de los príncipes que la gobiernan; pero no sucede así con la iglesia: es Dios mismo quien ha afirmado sus fundamentos y les ha dado tal consistencia, que ni los hombres ni los tiempos pueden conmoverlos: esta es la conclusion que es necesario sacar de ciertos puntos de la historia eclesiástica, en donde se vé que se han introducido grandes abusos en el seno del cristianismo: en lugar de tomar motivo de escándalo, debemos acordarnos que han sido predichos y que son una consecuencia del estado presente de la iglesia: ella no está aquí en el lugar de su reposo: su pátria es el cielo, la tierra no es para ella sino un lugar de pruebas, un pais estraño en donde está rodeada de enemigos que se esforzan, aunque vanamente por quitarle lo que tiene de mas precioso, la verdad y la caridad. Por violentas que sean las tempestades no temamos que sea sumergida: el que manda á las olas y al mar, es el mismo piloto que la gobierna y la hará llegar al puerto. Nacidos y educados en el seno de esta iglesia, instruidos con su doctrina, santificados por sus sacramentos, nutridos en los principios de una inviolable adhesion á su fé y á su autoridad, edifiquémonos con el bien que hay en ella, lloremos el mal que no podemos impedir y conservémos con cuidado la unidad de un mismo espíritu con los lazos de la paz.

CONCLUSION.

Los profetas habian predicho que el Mesías seria rey, que su dominio se estenderia por todo el universo y que su reino seria eterno: claramente vemos que este imperio de Jesucristo no es otra cosa que la iglesia que él ha establecido, y que este imperio es muy diferente de los reinos de la tierra: nada tiene de aquella brillantez que á la vista de los hombres hace mirar á los reinos como florecientes. En el imperio de Jesucristo el oro y la plata por nada se computan: la gloria vana de los hombres le es estraña, no tiene pompas, ni soldados y sin aparato alguno esterior: no tiene otras riquezas que las de la gracia, ni otra fuerza que la de la virtud: es un imperio enteramente espiritual el reino de la verdad y de la justicia, y su fin es iluminar á los hombres y santificarlos. Jesucristo reina sobre los espíritus por la fé, y sobre los corazones por la caridad. Los únicos enemigos de este imperio son los errores y los vicios: la iglesia está continuamente ocupada en combatirlos; pero no emplea para vencerlos mas que la instruccion y la paciencia: con estas armas está segura de la victoria. La iglesia cristiana se estiende por todos los pueblos; cualquiera que sea la forma de su gobierno entra en ellos y se les une sin mudar nada en el órden político que encuentra establecido: les comunica una nue-

va fuerza, consagra sus leyes y sus instituciones, y viene á ser su mas firme apoyo: la iglesia debe durar hasta la consumacion de los siglos: su estabilidad no depende de la de los estados en donde es admitida. Las diferentes revoluciones que esperimenta no la alteran: ella subsiste despues de su destruccion y sobrevive á su ruina. Ha visto al imperio romano desplomarse y ha permanecido firme; inmóvil en medio de este gran trastorno, se sostiene despues de diez y ocho siglos en medio de las borrascas que se han levantado por todas partes, y se perpetuará hasta el fin del mundo, á pesar de las tempestades que sobrevengan despues, porque este es el carácter de la iglesia mientras ecsista sobre la tierra. El ser casi siempre asaltada con nuevos ataques, y triunfar de ellos con los socorros de su Divino Autor, los que vengan despues de nosotros, la encontrarán siempre subsistente, porque le ha sido prometida esta perpetua duracion, y aquel que ha hecho esta promesa es inmutable, fiel y Todopoderoso. "Leed, dice San Agustin, lo que ha sido predicho, ved lo que ha sido cumplido y concluid que el resto se cumplirá infaliblemente *prædicta lege, impleta cerne, implenda collige.* Sí, la iglesia cumplirá su glorioso destino, continuará avanzando con paso firme al traves de los siglos y de las revoluciones humanas hasta el fin de los tiempos, para reunirse con Jesucristo en lugar de su eterno reposo. ¡Cuán venerable es á los ojos de la fé esta iglesia, que es la obra maestra del poder de Dios! Felices los que la aman. El amor de la iglesia es el carácter de los hijos de Dios: no se puede amar á Dios sin amar á su iglesia que es la ciudad en donde reina la mansion de la eterna verdad, el santuario de la divina caridad: felices, pues, aquellos que aman á la iglesia, que se complacen en verla en paz, que la piden á Dios y que contribuyen á ella con todo su poder; pero su verdadera paz, su paz perfecta no se encontrará sino en el cielo: allí es en donde será inundada con un torrente de paz, cuya fuente es Dios mismo: aguardándola la iglesia tiene que sostener combates sobre la tierra, pero en medio de ellos no deja de gustar en la persona de sus verdaderos hijos, aquella paz de Dios que escede á todo sentido, y que consiste en la firmeza de la fé, en el consuelo de la esperanza y en la union de los corazones por la caridad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE

las materias que se contienen en esta obra.

PAG.

Prólogo del Editor ..... V.
Introduccion ..... IX.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

Predicacion de los Apóstoles 1
Admirables progresos del Evangelio 5
Virtudes de los primeros cristianos 8
Concilio de Jerusalen 11
Muerte de Santiago el menor 15
Primera persecucion bajo el imperio de Neron 18
Profecía terrible contra la ciudad de Jerusalen 21
Ruina de Jerusalen 23
Segunda persecucion bajo el imperio de Domiciano 27
Ultimas acciones de San Juan 29
Division en la iglesia de Corintho 32
Tercera persecucion bajo el imperio de Trajano 34
Trajano hace un interrogatorio, y condena á muerte á San Ignacio 37
Carta de San Ignacio á los fieles de Roma 40
Martirio de San Ignacio 43
Apología de San Justino 45
Cuarta persecucion bajo el imperio de Marco Aurelio 48
San Policarpo obispo de Esmirna, preso y presentado al procónsul 51
Martirio de San Policarpo 54
Legion fulminante 57
Persecucion en las Gálias 59
Tormentos que sufrieron los Santos Mártires 62
Humildad de los Santos Mártires 65
Ultimo combate de los Mártires 67
Martirio de San Epipodio, y San Alejandro 69
Martirio de San Sinforiano 72
Apología de Tertuliano 75
Continuacion del apologético de Tertuliano 77
Quinta persecucion bajo el emperador Severo 81
Martirio de San Irineo, obispo de Leon 83
Martirio de Santas Perpetua y Felícitas 85

PAG.

Interrogatorio y condenacion de los Santos Mártires 88
Suplicio de los Santos Mártires 90
Bellas cualidades de Orígenes 93
Obras de Orígenes 96
Continuacion de la apología de Orígenes 99
Sesta persecucion por el emperador Macsimino 102
Séptima persecucion bajo el emperador Decio 104
Martirio de San Pionio 107
Octava persecucion bajo el emperador Valeriano 109
San Cipriano es preso y enviado al destierro 112
Martirio de San Cipriano 116
Continuacion de la persecucion en Africa 119
Admirable constancia de un niño 122
Castigo de los perseguidores, y caridad de los cristianos 124
Nona persecucion bajo el emperador Aureliano 126
Décima y última persecucion bajo el imperio de Dioclesiano 130
Martirio de San Quintin 132
Martirio de la legion tebana 135
Martirio de San Victor de Marsella 137
Martirio de San Vicente de Zaragoza 140
Reflecsiones sobre las persecuciones 142
Constancio Cloro favorece á los cristianos 147
Conversion de Constantino 150
Triunfo de la religion cristiana 153
Invencion de la Santa Cruz 156
Institucion de los solitarios.—San Antonio 159
San Hilarion establece algunos monasterios en Palestina 161
Vida de los solitarios 164
Heregía de Arrio 167
Concilio de Nicea 169
El emperador se deja sorprender y destierra á San Atanasio 173
Muerte funesta de Arrio 175
Decreto de libertad y justificacion de San Atanasio 177
Violencias que ejecutaron los cismáticos 180
El emperador Constancio turba toda la iglesia 183
Celo de San Hilario de Poitiers, en defensa de la fé [illegible] de Nicea. 186
San Martin, obispo de Tours 189
El emperador Juliano intenta restablecer el paganismo 192
Juliano intenta reedificar el templo de Jerusalen. Su muerte 195
Joviano, emperador, proteje la fé católica 197
Valente renueva los desórdenes del arrianismo 200
Intrepidez de San Basilio, obispo de Cesarea 202
Valor admirable de una muger cristiana 204
Valente tiembla delante de San Basilio 207
Virtud de San Gerónimo Nacianceno 209
Heregía de los macedonios 211
Concilio de Constantinopla general ó ecuménico 214
Clemencia de Teodosio 216
Caida y penitencia de Teodosio 220
Cisma de los donatistas 223
Célebre conferencia de Cartago y fin del cisma 226
Heregía de los pelagianos 228

PAG.

Intriga y obstinacion de los pelagianos 231
Errores de los semi-pelagianos 234
San Gerónimo 236
Virtudes y trabajos de San Juan Crisóstomo 238
Heregía de Nestorio 241
Concilio general de Efeso 243
Heregía de Eutiques 246
Concilio general de Calcedonia 248
Grandes cualidades de San Leon papa 250
Conversion de los Francos 253
Bautismo de Clodoveo 255
Virtudes de Santa Genoveva 257
Principio de San Benito 260
Fundacion del monasterio del Monte Casino 262
Quinto concilio ecuménico 265
Conversion de Inglaterra 268
Agustin, consagrado Arzobispo de Cantorbery 270
Mahoma se dá á sí mismo el nombre de profeta 272
Toma de Jerusalen por Cosroas, rey de los persas 274
La Santa Cruz restituida y llevada á Jerusalen 277
Heregía de los monotelitas 279
Sesto concilio ecuménico 281
Conversion de Alemania 284
Martirio de San Bonifacio 286
Heregía de los iconoclastas, ó destruccion de las imágenes 288
Violencias de los iconoclastas 290
Séptimo concilio ecuménico, segundo de Nicea 292
Bellas cualidades y celo de Cárlo Magno, rey de Francia 295
Cárlo Magno restablece los estudios 297
Cárlo Magno coronado emperador del Occidente 299
Conversion de los dinamarqueses y de los suecos 301
Conversion de los esclavones y de los rusos 304
Conversion de los búlgaros 306
Focio usurpa la silla de Constantinopla 308
Famosas intrigas de Focio 311
Restablecimiento de San Ignacio, y octavo concilio ecuménico. 313
Reflecsiones sobre las heregías 315

HISTORIA COMPENDIADA DE LA IGLESIA.

PARTE SEGUNDA.

Incursion de los pueblos bárbaros.—Escándalos 319
Restablecimiento de la disciplina en Inglaterra 321
Restablecimiento de la disciplina en Alemania 323
Restablecimiento de la disciplina monástica en Francia 325
Se continúa la reforma por los succesores de San Bernon 327

PAG.

Reforma del clero 329
Conversion de los normandos 332
Conversion de los húngaros 334
Heregía de Berengario 337
Cisma de Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla 340
Turbacion de la Europa, con ocasion de las investiduras 342
Fundacion de la órden de los cartujos 345
Primera cruzada 348
Espedicion de los cruzados 350
Establecimiento de las órdenes militares 352
Institucion de los premonstratenses 354
San Norberto es electo Arzobispo de Magdeburgo 357
Fundacion de la órden del Cister 359
San Bernardo es nombrado Abad de Claraval 361
Célebre fama de San Bernardo 363
San Bernardo predica la segunda cruzada.—Su muerte 366
Institucion de la órden de los trinitarios 368
Martirio de Santo Tomas de Cantorbery 371
Tercera cruzada 373
Cuarta cruzada 375
Institucion de los frailes menores 378
San Francisco obtiene la aprobacion de su órden. Sus tratados apostólicos 380
Institucion de los frailes predicadores 383
Santo Domingo obtiene la confirmacion de su órden 385
Nacimiento y educacion de San Luis rey de Francia 387
San Luis hace que se traslade á Francia la corona de espinas. 390
Primera cruzada de San Luis 392
Prision de San Luis 394
Segunda cruzada de San Luis.—Su muerte 399
Virtudes de Santo Tomas de Aquino ..... algunos cristianos 401
Virtudes de San Buenaventura 403
Primera reunion de los griegos. Segundo concilio de Lyon .. 406
Cisma de Occidente.—Concilio de Constanza 408
Condenacion de Wiclef y de Juan Hus 411
Se procura de nuevo la reunion de los griegos. Concilio de Florencia 413
Toma de Constantinopla por Mahomet II 415
Institucion de la órden de los mínimos 418
Heregía de Lutero 420
Calvino añade otros errores á los de Lutero 423
Violencias de los protestantes 425
Variaciones de las iglesias protestantes 428
Cisma de Inglaterra 431
Conversion de las Indias 433
Continuacion de los trabajos apostólicos de San Francisco Javier 436
Apertura del Concilio de Trento 439
Doctrina del concilio sobre el pecado original 442
Doctrina del concilio sobre la justificacion del pecador 444
Doctrina del concilio, sobre los sacramentos 446
Doctrina del concilio, sobre el sacrificio de la misa 449

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pág.

Doctrina del concilio, sobre la penitencia 451
Doctrina del concilio, sobre la confesion 453
Doctrina del concilio, sobre la satisfaccion 456
Doctrina del concilio, sobre el sacramento de la Estrema-Uncion 458
Doctrina del concilio, sobre el purgatorio, indulgencias, culto de los Santos &c 460
Conclusion del Concilio de Trento. San Cárlos Borromeo ... 463
Santa Teresa, reforma del Cármen 469
Errores de Bayo. Nuevas violencias de los hereges 473
San Francisco de Sales 477
Estado de la religion en el Japon 481
Principio del jansenismo 486
San Vicente de Paul 490
Progresos de la fé cristiana en la China y en otras regiones de la tierra 494
Causas de la incredulidad 498
Las sociedades secretas 502
Progresos de la incredulidad 504
Estincion de los jesuitas 509
Atentados contra la jurisdiccion del soberano pontifice 512
Presagios y principio de la revolucion 515
Progresos de la revolucion. Muerte de Luis XVI 519
Pio VI es arrestado y conducido á Francia 523
Eleccion de un nuevo papa: concordato 527
Bonaparte 530
Restauracion de la monarquía francesa 535
Reflecsiones sobre los escándalos 538
Conclusion 543

Cárlo Ma...
Cárlo Magno corona...
...s de los dinamarqueses y de los ...



ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Lease.*
5.	5.	juzgados y dignos	juzgados dignos
27.	14.	furor	fervor
29.	29.	los viages	sus viages
58.	30.	que aun hoy se ve	aun hoy se ve
71.	14.	para vivir al alma	para hacer vivir al alma
79.	20 y 22.	reflecciones	refecciones
104.	13.	con el mejor escrito	con el mejor ecsito
129.	5.	en al Sena	en el Sena
132.	19.	á Miens	á Amiens
136.	30.	que morir culpados	que vivir culpados
145.	8.	ellos no ponian	ellos no oponian
145.	9.	al furor de los cristianos	al furor de los paganos
146.	8.	azotar	asolar
175.	10.	Belfica	Belgica
189.	14.	que era semejante	que era desemejante
211.	21.	Teólogo por ecencia	Teólogo por ecselencia
220.	10.	los cristianos	algunos cristianos
308.	27.	intencion de Fócio	intrucion de Fócio
324.	8.	á quien	á quienes
328.	24.	del Abad	de Abad
331.	31.	personas escolares	personas seculares
333.	12.	Rutén	Ruan
347.	14.	de Rega	de Regio
356.	24.	Hampaña	Champaña
421.	ult.	1520	1529
428.	17.	estabilidad	instabilidad
465.	11.	Medias	de Medicis
468.	10.	concepto	consejo
468.	29.	santidad	sanidad
479.	27.	Arzobispado	Obispado
521.	7.	templo	temple

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

BR162
L5
1841

41489

AUTOR

LHOMOND, Charles Francois 1727

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS